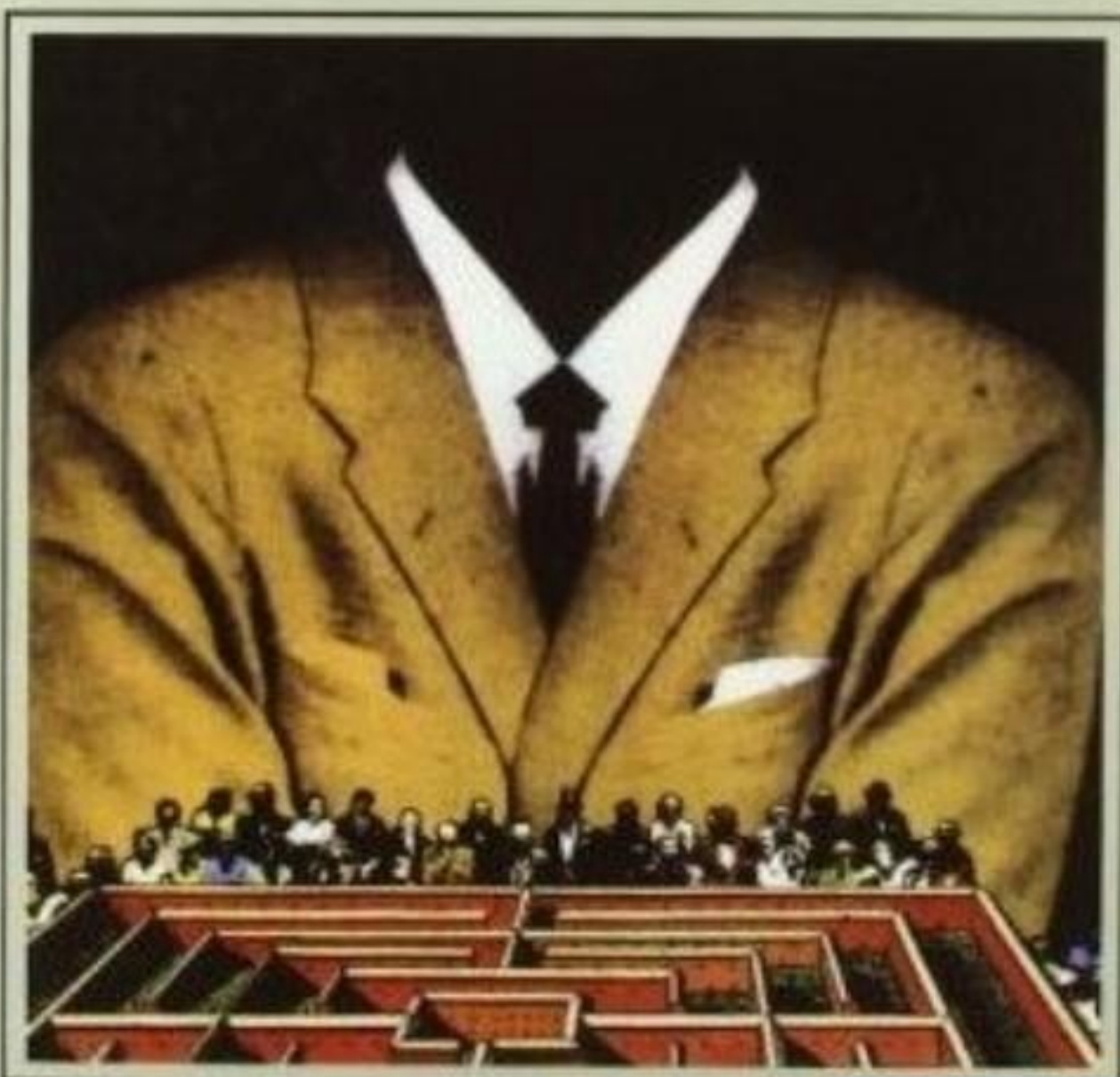


Kazuo Ishiguro

Los inconsolables



Lectulandia

Ryder un famoso pianista, llega a una ciudad de provincias en algún lugar de Europa central. Sus habitantes adoran la música y creen haber descubierto que quienes antes satisfacían esta pasión eran impostores. Ryder es recibido como el salvador y en un concierto apoteósico, para el que todos se están preparando, deberá reconducirlos por el camino del arte y la verdad. Pero el pianista descubrirá muy pronto que de un salvador siempre se espera mucho más de lo que puede dar y que los habitantes de aquella ciudad esconden oscuras culpas, antiguas heridas jamás cerradas, y también demandas insaciables.

Los inconsolables es una obra inclasificable, enigmática, de un discurrir fascinante, colmada de pequeñas narraciones que se adentran en el laberinto de la narración principal, en una escritura onírica y naturalista a un tiempo, y cuentan una historia de guerras del pasado, exilios y crueldades, relaciones imposibles entre padres e hijos, maridos y mujeres, ciudades y artistas. Una obra que ha hecho evocar *El hombre sin atributos* de Musil.

Lectulandia

Kazuo Ishiguro

Los inconsolables

ePUB r1.1

Ariblack 21.06.14

Título original: *The Unconsoled*

Kazuo Ishiguro, 1995

Traducción: Jesús Zulaika

Ilustración de portada: Andrzej Klimowski

Diseño de portada: Julio Vivas

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Lorna y Naomi

I

1

Al taxista pareció darle un poco de apuro ver que no había nadie para recibirme, ni siquiera un conserje tras el mostrador de recepción. Cruzó el desierto vestíbulo..., tal vez con la esperanza de descubrir a algún empleado oculto detrás de los maceteros con plantas o de los butacones. Hasta que, finalmente, dejó en el suelo mis maletas junto a la puerta del ascensor y se despidió de mí murmurando unas palabras de excusa.

El vestíbulo era amplio sin exageración: lo suficiente para albergar varias mesitas de café sin dar sensación de agobio. Pero el techo era bajo y el cielo raso estaba claramente pandeado, lo que inspiraba una leve claustrofobia, a la que contribuía también el hecho de que, a pesar del espléndido sol que hacía fuera, en el interior reinaba la penumbra. Sólo junto a la recepción había una franja brillante de luz solar en la pared, que iluminaba una zona con revestimiento de madera oscura y un expositor con revistas en alemán, francés e inglés. Vi también una campanilla de plata en el mostrador y estaba a punto de hacerla sonar cuando se abrió una puerta a mis espaldas y apareció un joven uniformado.

—Buenas tardes, señor —dijo en tono cansino, y, tras introducirse detrás del mostrador, inició los trámites de registro. Musitó una disculpa por su ausencia pero, aun así, durante unos instantes su acogida me pareció un tanto brusca. En cuanto dije mi nombre, advertí en él un respingo y un cambio de actitud.

—Perdone que no le haya reconocido, señor Ryder. El director, el señor Hoffman, deseaba darle la bienvenida personalmente, pero, por desgracia, ha tenido que ausentarse para asistir a una reunión importante.

—No importa. Espero poder verle más tarde.

El hombre rellenó apresuradamente la tarjeta de registro, sin dejar de repetir lo mal que le sabría al director no haber estado allí para recibirme. Y mencionó un par de veces que los preparativos para «la noche del jueves» traían de cabeza a su jefe, obligándole a ausentarse del hotel mucho más tiempo que de costumbre. Me limité a asentir comprensivamente, incapaz de reunir fuerzas suficientes para inquirir detalles precisos sobre lo que se preparaba para «la noche del jueves».

—¡Oh...! ¡Y el señor Brodsky está genial hoy! —añadió el conserje animándose—. Espléndido de veras. Esta mañana se ha pasado cuatro horas ensayando sin parar con la orquesta esa... ¡Y véalo ahora...! Aún dale que te pego..., repasándolo todo de pe a pa.

Indicó con un gesto hacia el fondo del vestíbulo. Sólo entonces me di cuenta de que estaban tocando el piano en algún lugar del edificio, pues la música destacaba apenas sobre el sordo ruido del tráfico que llegaba de la calle.

Alguien repetía una y otra vez una misma frase musical no muy larga —

perteneciente al segundo movimiento de Verticality, de Mullery—, interpretándola morosamente, con los cinco sentidos en ello.

—Si el director hubiera estado en el hotel —seguía diciendo el conserje—, seguro que le habría comunicado su llegada al señor Brodsky para que saliera a saludarle... Pero yo..., no sé... —se excusó riendo—. No estoy muy seguro de atreverme a molestarle. Está totalmente enfrascado en su tarea, ya ve.

—Sí, claro, claro... En otro momento.

—Si el señor director hubiera sabido que... —Dejó la frase inacabada para reír de nuevo. E, inclinándose sobre el mostrador, dijo en tono confidencial—: ¿Se imagina usted, señor?... Algunos huéspedes han tenido el valor de quejarse. De que cerremos, como ahora, el saloncito cada vez que el señor Brodsky necesita el piano. ¡Es sorprendente cómo son algunos! Ayer mismo fueron dos a quejarse al señor Hoffman. Ni que decir tiene que él les paró enseguida los pies...

—No lo dudo. Así que Brodsky, dice usted... —Estaba dándole vueltas al nombre, pero no me decía absolutamente nada. Noté que el conserje me observaba con expresión de perplejidad y me apresuré a terminar—: Sí, sí, por supuesto... Espero tener ocasión de conocer personalmente al señor Brodsky.

—¡Si estuviera aquí el señor director...!

—No se preocupe, de verdad. Y ahora, si todo está en orden, le agradecería...

—Por supuesto, señor. Debe de estar usted muy fatigado después de un viaje tan largo. Aquí tiene su llave. Gustav le acompañará a su habitación.

Miré a mi espalda y vi a un mozo de hotel de edad madura que aguardaba al otro lado del vestíbulo. Estaba de pie frente a la puerta abierta del ascensor, mirando el interior con aire absorto. Se sobresaltó cuando me acerqué a él. Alzó del suelo mis maletas y se apresuró a entrar en el ascensor detrás de mí.

Mientras iniciábamos la subida, el anciano mozo seguía sosteniendo en sus manos mis dos maletas y noté que el esfuerzo congestionaba su rostro. Las maletas eran realmente pesadas y la preocupación de que el hombre pudiera pasar a mejor vida sin haberme conducido a mi habitación me hizo decirle:

—¿No cree que sería mejor dejarlas en el suelo?

—Me alegra que lo diga, señor —respondió con una voz que, sorprendentemente, no delataba el esfuerzo físico que se estaba imponiendo—. Cuando comencé en esta profesión, hace ya muchos años, solía dejar los bultos en el suelo del ascensor, para alzarlos sólo cuando era absolutamente necesario. Al entrar en acción, por expresarlo de algún modo. De hecho tengo que confesar que empleé ese método durante mis primeros quince años de trabajar aquí. Es el que todavía utilizan muchos de los mozos jóvenes de la ciudad. Pero no me verá hacer eso ahora... Aparte de que no vamos demasiado lejos, señor.

Proseguimos la ascensión en silencio. Que rompí diciendo:

—¿Así que lleva usted ya tiempo trabajando en este hotel?

—Veintisiete años se han cumplido ya, señor. Y he visto muchas cosas en todo ese tiempo. Aunque, por supuesto, el hotel data de mucho antes de venir yo a él. Se dice que Federico el Grande se alojó aquí una noche, en el siglo dieciocho, y según todos los indicios era ya una posada acreditada desde mucho antes. ¡Oh, sí...! En el transcurso de los años se han vivido aquí acontecimientos de gran interés histórico. En otro momento, cuando el señor no esté tan cansado, me encantará contarle algunos de ellos.

—Pero me estaba usted diciendo por qué consideraba un error dejar el equipaje en el suelo...

—¡Ah, sí..., en efecto! Es un tema muy interesante. Verá usted, señor... Ya imaginará usted que en una ciudad como ésta hay muchos hoteles. Lo que quiere decir que, en un momento u otro de sus vidas, muchos paisanos míos han probado a ejercer el oficio de mozo de hotel. Pero hay quienes parecen creer que con venir y ponerse el uniforme ya está, que serán capaces de realizar el trabajo. Es una ilusión bastante extendida en esta ciudad. Un mito local, podría decirse. Y me apresuro a reconocer que hubo un tiempo en que yo mismo irreflexivamente lo creí también. Pero en cierta ocasión, mucho ha llovido desde entonces, mi mujer y yo nos permitimos unas pequeñas vacaciones y fuimos a Suiza, a Lucerna. Mi mujer ya no vive, señor..., pero siempre que pienso en ella me acuerdo de aquellas vacaciones. Es un paisaje precioso el del lago... Sin duda lo conocerá usted. Dimos algunos deliciosos paseos en barca por las mañanas, después del desayuno. Pero, en fin..., como le estaba diciendo, durante aquellas vacaciones observé que la gente de aquella ciudad no tenía las mismas ideas preconcebidas acerca de los mozos de hotel que las que aquí se estilan. ¿Cómo se lo diría, señor...? Que allí eran mucho más respetuosos con los mozos..., sí. Los mejores del oficio eran figuras de cierto renombre y los principales hoteles rivalizaban por hacerse con sus servicios. Debo confesarle que aquello me abrió los ojos. Pero aquí, en cambio..., bueno..., esta idea lleva mucho, muchísimo tiempo arraigada. A veces me pregunto incluso si alguna vez se podrá erradicar. Compréndame... No estoy diciendo ni muchísimo menos que la gente de aquí se comporte de forma grosera con nosotros. Todo lo contrario: a mí me han tratado aquí siempre con cortesía y consideración. Pero, ya digo..., con esa idea subyacente de que cualquiera puede hacer este trabajo si le da por ahí. Supongo que se debe a que, hasta cierto punto, todos han tenido la experiencia de transportar equipaje de un lugar a otro... Y, basándose en ella, dan por supuesto que el trabajo de mozo en un hotel es una simple extensión de lo mismo. Con los años me he encontrado gente que, en este mismo ascensor, me han dicho: «Cualquier día dejaré mi trabajo actual para hacer de mozo en un hotel». ¡Oh, sí, como lo oye! El caso es

que, no mucho después de aquellas vacaciones en Lucerna, tuve que oír de boca de uno de nuestros más destacados munícipes estas mismas palabras, casi al pie de la letra: «Me gustaría dedicarme a su trabajo —dijo señalándome las maletas—. Es mi ideal de vida. Vivir sin preocupaciones». Supongo que trataba de mostrarse amable conmigo, señor... Dándome a entender que envidiaba mi suerte. Esto ocurrió cuando yo era más joven, señor, cuando no sostenía las maletas todo el rato, sino que las dejaba en el suelo del ascensor... Me imagino que entonces tal vez causaba esa impresión... Ya sabe, de despreocupación, como me dio a entender aquel caballero. Pero fue la gota que colmó el vaso. No es que viera en sus palabras nada ofensivo. Sólo que, cuando me dijo aquello..., bueno..., fue como si todo encajara. Cosas que ya llevaba pensando hacía tiempo. Ya le he dicho, señor, que tenía fresco el recuerdo de aquellas vacaciones en Lucerna, con la nueva perspectiva que me habían dado. Así que me dije..., que ya era hora de que los mozos de hotel de esta ciudad hicieran algo para cambiar las actitudes predominantes aquí. Comprenda, señor... Había visto algo muy diferente en Lucerna y sentía que..., bueno, que no estaba bien lo que pasaba aquí. Así que, tras reflexionar mucho, decidí adoptar personalmente cierto número de medidas. Probablemente me diera ya cuenta entonces de lo difícil que iba a resultarme, sí... Pienso que ya en aquel instante, hace tantos años, entreví que tal vez era demasiado tarde para mi propia generación. Pero me dije que, bien..., que aunque sólo lograra aportar un granito de arena y cambiar las cosas mínimamente, se lo dejaría más fácil a los que habrían de venir después de mí. Y por eso adopté mis medidas, señor, y me he atenido a ellas desde el día en que oí a aquel concejal del ayuntamiento decir lo que dijo. Me enorgullece decir también que algunos otros mozos de la ciudad han seguido mi ejemplo. No estoy diciendo que hayan hecho exactamente lo mismo que yo, pero sí que han tomado medidas, por así decir, compatibles.

—Ya veo... ¿Y una de esas medidas fue no dejar en el suelo las maletas, sino cargar con ellas todo el rato?

—Precisamente, señor. Veo que ha captado usted perfectamente la esencia. Ni que decir tiene que, cuando me impuse estas normas, era yo bastante más joven y fuerte... Supongo que no tomé en cuenta que me iría debilitando con los años. Tiene gracia, pero olvidas una cosa tan simple... A los demás mozos les han pasado cosas por el estilo. Aun así, tratamos todos de mantenernos fieles a nuestros viejos propósitos. Con los años hemos formado un grupito muy unido..., doce de nosotros, los que quedamos de quienes nos propusimos cambiar las cosas hace tanto tiempo. Si fuera a flojear ahora, señor, me parecería estar traicionando a los otros. Y estoy seguro de que, si alguno de ellos renunciara a sus antiguas normas, me sentiría traicionado también. Porque, no le quepa ninguna duda, algunos progresos se han logrado en nuestra ciudad. Nos queda un largo camino por recorrer, es cierto, pero

cuando nos reunimos... Nos encontramos todos los domingos por la tarde en el Café de Hungría, en el barrio antiguo de la ciudad; si algún día quisiera usted venir, nos sentiríamos muy honrados, señor... Digo que a menudo hemos comentado este tema y estamos todos de acuerdo en que ha habido notables mejoras en la actitud que se nos dispensa aquí. Los jóvenes que han venido detrás, naturalmente, lo dan por descontado. Pero los poquitos del Café de Hungría somos conscientes de haber marcado la diferencia, aunque sea pequeña. De veras que sería usted muy bien recibido entre nosotros, señor. Me encantaría presentarle a los del grupo. Ahora no somos tan rigoristas como en algún momento lo fuimos y desde hace tiempo se acepta que, en especiales circunstancias, tengamos invitados a nuestra mesa. El lugar es muy agradable en esta época del año con el soléenlo de las primeras horas de la tarde. Nuestra mesa está a la sombra de la marquesina, mirando a la Plaza Vieja. Se está muy bien allí, señor; estoy seguro de que le gustará. Pero, volviendo a lo que le decía, este tema ha sido muy debatido en el Café de Hungría. El de las resoluciones que cada uno de nosotros adoptó en el pasado. Ya ve..., a ninguno se nos ocurrió pensar qué ocurriría cuando nos hiciéramos viejos... Supongo que estábamos tan absortos en nuestro trabajo, que sólo podíamos pensar a corto plazo. O tal vez calculamos con demasiado optimismo el tiempo que haría falta para cambiar unas actitudes tan profundamente inveteradas. Y está usted en lo cierto, señor. Tengo ahora los años que tengo, y a cada año que pasa se me hace más duro.

El hombre hizo una pausa y, a pesar del esfuerzo físico a que se obligaba, pareció abismarse en sus pensamientos. Luego prosiguió:

—Debería serle sincero, señor... Es lo justo. Cuando era joven, es decir, cuando me impuse por primera vez estas normas de conducta, podía cargar hasta con tres maletas, por grandes o pesadas que fueran. Si algún huésped traía una cuarta maleta, tenía que dejarla en el suelo. Pero hasta tres me las arreglaba. El caso es que, hará cuatro años, pasé una temporada de mala salud y, como las cosas se me estaban poniendo difíciles, saqué el tema a colación en el Café de Hungría. Resumiendo: todos mis colegas se mostraron de acuerdo en que no había ninguna necesidad de que fuera tan estricto conmigo mismo. Después de todo, me dijeron, lo que se pretendía era simplemente imbuir en los huéspedes cierta idea de la verdadera naturaleza de nuestro trabajo.

Con dos maletas, o con tres, el efecto sería prácticamente igual. Si reducía mi mínimo de tres a dos maletas, no se derivaría ningún perjuicio. Acepté lo que me aconsejaron, señor, aunque sé que no es del todo verdad. Yo mismo me doy cuenta de que la cosa no impresiona en idéntico grado a la gente cuando me miran. La diferencia entre ver a un mozo cargado con dos maletas y ver a otro cargado con tres..., en fin, señor, reconocerá usted que, hasta para el ojo menos avezado, el efecto es considerablemente distinto. Lo sé, señor, y le confieso que me resulta penoso

aceptarlo. Pero volviendo a su primera pregunta..., espero que comprenderá ahora por qué no quiero dejar sus maletas en el suelo del ascensor. Sólo trae usted dos. Y durante unos pocos años más, como mínimo, pienso que dos maletas estarán dentro de mis posibilidades.

—Sí, ya veo... Todo esto es muy digno de elogio —dije—. Ciertamente ha provocado usted en mí el impacto que deseaba.

—Me gustaría que supiera usted que no soy el único que ha tenido que introducir algún cambio. Comentamos con frecuencia estas cosas en el Café de Hungría y la verdad es que todos nosotros hemos tenido que adaptarnos en alguna medida. Pero no quiero que piense que estamos demostrando una excesiva tolerancia con respecto a nuestros compromisos. Si así hiciéramos, serían vanos los esfuerzos de tantísimos años. No tardaríamos en convertirnos en el hazmerreír de todos, objeto de burlas para cuantos nos vieran reunidos en nuestra mesa las tardes de los domingos. ¡Oh, no, señor...! Seguimos siendo muy estrictos unos con otros y, como no dudo que le confirmará la señorita Hilde, nuestras reuniones dominicales se han ganado el respeto de la ciudadanía. Lo repito, señor... Será usted muy bien recibido si desea unirse a nosotros. Tanto el café como la plaza resultan de lo más agradables en estas tardes soleadas. En ocasiones, el propietario del café se ocupa de que algunos violinistas zíngaros toquen en la plaza. Él también nos profesa una gran estima, señor. El suyo no es un establecimiento muy amplio, pero cuida siempre de que haya espacio suficiente alrededor de nuestra mesa para que nos sentemos cómodamente. E incluso cuando el resto del café está lleno, vela por que no nos molesten o atosiguen. Hasta en las tardes de mayor concurrencia, si estando sentados alrededor de la mesa nos diera por extender los brazos todos a la vez, no se produciría ningún contacto físico entre unos y otros. Hasta ese extremo nos considera el propietario, señor. Estoy seguro de que la señorita Hilde corroborará mis palabras.

—Sí, pero, dígame... ¿Quién es esa tal señorita Hilde a la que ha aludido usted un par de veces?

En cuanto lo hube dicho me di cuenta de que el mozo miraba por encima de mis hombros, a algún punto situado a mi espalda. Y, al volverme, descubrí con un pequeño sobresalto que no estábamos solos en el ascensor: detrás de mí, en un rincón de la cabina, se hallaba una joven menuda que lucía un traje de chaqueta impecable. Viendo que por fin me había dado cuenta de su presencia, sonrió y dio un paso hacia adelante.

—Lo siento mucho —se disculpó—. Espero que no me juzgue una fisgona, pero no he podido evitar oír su conversación. He estado oyendo lo que le contaba Gustav y tengo que decir que es un tanto injusto con los habitantes de nuestra ciudad. En lo que afirma respecto a que no valoramos a nuestros mozos de hotel. ¡Naturalmente que los apreciamos, y a Gustav más que a nadie! Todos le tienen un gran afecto. Ya se habrá

dado cuenta usted mismo de que hay una contradicción en lo que decía Gustav... Si no los apreciáramos, ¿cómo se explica ese gran respeto con que son tratados en el Café de Hungría? Realmente, Gustav..., no está bien que nos deje en tan mal lugar ante el señor Ryder...

En las palabras de la joven había una nota inconfundible de afecto, pero el portero pareció sentirse avergonzado de veras. Recompuso su postura separándose un poco de nosotros, con los maletones golpeándole las piernas al hacerlo, y luego desvió la mirada cabizbajo.

—Nada..., que se le ha visto el plumero, Gustav —dijo la joven sonriendo—. Lo que no le ha dicho es que es toda una institución aquí. Le queremos muchísimo. Es tan modesto que jamás se lo confesará, pero todos los otros mozos de hotel de la ciudad lo consideran un ejemplo. Hasta pienso que no es una exageración decir que le profesan mucho respeto. A veces los verá usted sentados a su mesa los domingos por la tarde y, si Gustav no ha llegado aún, están en silencio. Como si no les pareciera correcto iniciar su reunión sin él... Diez u once personas sorbiendo silenciosamente café, esperando... O intercambiando a lo sumo murmullos, como si estuvieran dentro de una iglesia... Hasta que no se presenta Gustav, no se sienten a gusto y se lanzan a charlar distendidamente. Vale la pena acercarse hasta el Café de Hungría para presenciar la llegada de Gustav. El contraste entre el antes y el después es de lo más llamativo, se lo aseguro. Un momento antes todo lo que ve usted allí son hombres maduros, taciturnos, sentados en silencio alrededor de una mesa. Pero en cuanto aparece Gustav comienzan a reír y a gritar. Se dan codazos en broma, palmadas en la espalda... Y hasta bailan a veces..., sí, sí, ¡encima de las mesas! Tienen uno llamado Baile de los Mozos de Hotel..., ¿no es así, Gustav? ¡Oh, sí..., se lo pasan en grande! Pero no se permiten la más mínima si no está con ellos Gustav. Él no se lo dirá, naturalmente..., ¡es tan modesto! Pero en esta ciudad todos le queremos.

Mientras la joven hablaba, Gustav debió de proseguir su retirada pues, cuando me volví a mirarle, lo encontré en el rincón opuesto de la cabina, dándonos la espalda. El peso de las maletas hacía flaquear sus rodillas y temblar sus hombros. Tenía la cabeza gacha y escondida prácticamente de nosotros detrás de su cuerpo, pero no sabría decir si era por algún sentimiento de vergüenza o por efecto del esfuerzo físico.

—Perdóneme, señor Ryder —dijo la joven—. Aún no me he presentado. Soy Hilde Stratmann. Me han confiado la tarea de procurar que todo marche como una seda mientras esté usted entre nosotros. Me alegro mucho de que por fin haya podido llegar. Comenzábamos a estar un poco preocupados. Todos le han esperado esta mañana hasta última hora, pero muchos tenían compromisos importantes que atender y han debido ir desfilando uno a uno. Así que me ha correspondido a mí, una humilde empleada del Instituto Municipal de Bellas Artes, darle la bienvenida y expresarle lo honrados que nos sentimos por su visita.

—Me alegra mucho estar aquí. Pero, en cuanto a esta mañana... ¿Decía usted que...?

—¡Ah, no...! No tiene importancia, señor Ryder. No se preocupe en absoluto por esta mañana. No fue ninguna molestia para nadie. Lo importante es que usted ya está aquí. Por cierto..., en una cosa sí que debo decirle que estoy totalmente de acuerdo con Gustav: tiene usted que visitar la ciudad antigua. De verdad que es maravillosa. Siempre aconsejo a nuestros visitantes que no se la pierdan. El ambiente es extraordinario, con numerosos cafés en las aceras, tiendas de artesanía, restaurantes... Desde aquí puede llegar dando un corto paseo, así que le aconsejo que no deje escapar la oportunidad en cuanto se lo permita su agenda.

—Trataré de no perderla, seguro. Y, a propósito, señorita Stratmann, respecto de mi agenda... —Hice una pausa deliberadamente, esperando que la joven, lamentando su olvido, abriera tal vez su portafolios para sacar de dentro una hoja o una carpeta. Pero, aunque reaccionó con presteza, fue sólo para decir:

—Es una agenda muy apretada, sí. Pero confío en que no le parecerá poco razonable. Hemos tratado de incluir estrictamente lo más esencial. Aunque era inevitable que nos viéramos desbordados por las peticiones de muchas de nuestras asociaciones, de los medios de comunicación locales, de todo el mundo. Cuenta usted con muchos admiradores en esta ciudad, señor Ryder... Muchos que opinan que no sólo es usted el pianista más genial del momento, sino también posiblemente el más grande del siglo. Pero nos parece que al final hemos conseguido mantener sólo los compromisos imprescindibles. Y le aseguro que no encontrará entre ellos nada que pueda resultarle demasiado desagradable.

En aquel preciso momento se abrieron las puertas del ascensor y el viejo mozo echó a andar por el pasillo. El peso de las maletas le obligaba a arrastrar los pies por la moqueta, y la señorita Stratmann y yo, que le seguíamos, tuvimos que aflojar el paso para no adelantarle.

—Confío en que nadie se molestará —le comenté a la joven mientras caminábamos—. Quiero decir por no haber podido disponer de tiempo para ellos en mi programa.

—¡Oh, no, no se preocupe, se lo ruego! Todos sabemos por qué está usted aquí y nadie querría mostrarse inoportuno y distraerle. De hecho, señor Ryder, dejando aparte un par de actos sociales realmente importantes, todo el resto de su programa está relacionado más o menos directamente con la noche del jueves. Claro que ya habrá tenido usted tiempo de familiarizarse con las líneas básicas del programa.

Había algo en la forma como hizo esa observación, que me impidió responderle con entera franqueza. Así que murmuré:

—Sí, naturalmente.

—Es un programa muy cargado. Pero nos orientó mucho su petición de conocer

las cosas de primera mano en la medida de lo posible. Un planteamiento muy digno de elogio, si me permite que se lo diga.

Por delante de nosotros dos, el anciano mozo se había detenido ante una puerta. Finalmente depositó mis maletas en el suelo y empezó a hurgar en la cerradura. Al llegar junto a él, Gustav volvió a alzar las maletas y entró tambaleándose en la habitación, diciendo:

—Tenga la bondad de seguirme, señor.

Estaba a punto de hacerlo cuando la señorita Stratmann colocó su mano en mi brazo.

—No quiero entretenerlo ahora —dijo—. Sólo quería asegurarme cuanto antes de que no habíamos incluido en su programa nada que no le pareciera satisfactorio.

La puerta se cerró de golpe, dejándonos de pie en mitad del pasillo.

—Verá, señorita Stratmann... En conjunto me sorprendió... Sí, como un programa muy bien equilibrado, en efecto.

—La reunión con el Grupo Ciudadano de Ayuda Mutua la hemos organizado precisamente pensando en esa petición suya a que aludía. Esta asociación está integrada por personas corrientes de toda condición social, unidas por la experiencia de los padecimientos derivados de la crisis actual. Así podrá usted oír relatos de primera mano de las cosas que han debido sufrir.

—¡Ah, sí! Seguro que resultará sumamente útil.

—Como habrá visto, hemos respetado también su deseo de entrevistarse con el señor Christoff. Dadas las circunstancias, comprendemos perfectamente sus razones para solicitar esa entrevista. Ni que decir tiene que el señor Christoff, por su parte, está encantado. Tiene, por supuesto, sus propios motivos para desear conocerle. Lo que quiero decir es que él y sus amigos harán lo imposible para lograr que vea usted las cosas como ellos las pintan. Será un cúmulo de disparates, sin duda, pero estoy segura de que lo encontrará muy útil para trazarse un cuadro de conjunto de lo que ha estado ocurriendo aquí. Tiene usted cara de estar muy cansado, señor Ryder... No quiero molestarle más tiempo. Aquí tiene mi tarjeta. Por favor, no dude en llamarme si tiene algún problema o para cualquier cosa que se le ofrezca.

Le di las gracias y la seguí con la mirada mientras se alejaba por el pasillo.

Entré en mi habitación dándole vueltas al cúmulo de cosas implicadas en aquella corta conversación, por lo que tardé unos instantes en advertir la presencia de Gustav de pie junto a la cama.

—Ah, señor..., ésta es la habitación.

Tras la preponderancia de los revestimientos de madera oscura en todo el edificio, me sorprendió el aspecto moderno y ligero del cuarto. La pared que tenía enfrente era prácticamente un ventanal desde el suelo al techo, que dejaba pasar un agradable sol por entre los visillos dispuestos verticalmente. Mis maletas se hallaban ya alineadas

junto al armario ropero.

—Y ahora, señor, si me lo permite —añadió Gustav—, le mostraré dónde está todo. Será un instante. Así su estancia entre nosotros será lo más confortable posible.

Observé las evoluciones de Gustav por el cuarto mientras me indicaba dónde se hallaban los interruptores y las demás instalaciones. En determinado momento me guió hasta el baño y prosiguió allí dentro sus explicaciones. Había estado a punto de cortarle como suelo hacer cuando en los hoteles me muestran las habitaciones, pero la diligencia con que desempeñaba aquella tarea, su evidente esfuerzo en personalizar algo que sin duda tenía que hacer muchas veces al día, me conmovieron hasta el punto de impedir que le interrumpiera. Pero luego, mientras él proseguía sus explicaciones indicando con la mano las distintas partes de la habitación, se me ocurrió que, a pesar de su profesionalidad, por encima de su genuino deseo de asegurarse de que estuviera instalado cómodamente, afloraba a su espíritu algún asunto que había estado preocupándole durante todo el día. El hombre, en efecto, estaba otra vez pensando en su hija y en el hijo de ésta.

Cuando, meses atrás, le propusieron aquel arreglillo, poco había imaginado Gustav que le reportaría algo que no fuera un placer sin complicaciones. Una tarde de cada semana, dedicaría un par de horas a pasear por la ciudad antigua con su nietecillo, para que Sophie pudiera salir y disfrutar de un rato de tiempo libre. Más aún: aquel trato había resultado un éxito inmediato, y a las pocas semanas abuelo y nieto se habían acostumbrado a una rutina sumamente agradable para ambos. Si no llovía, iban primero a los columpios del parque, donde Boris podía lucir sus últimas temerarias proezas. Si hacía mal tiempo, comenzaban tal vez por el museo de embarcaciones. Y paseaban luego por las callejuelas de la ciudad antigua, mirando los escaparates de las tiendas de juguetes y deteniéndose quizá en la Plaza Vieja para contemplar la actuación de algún mimo o acróbata callejero. Como el veterano mozo era persona bien conocida en aquel barrio, no daban muchos pasos sin que alguien les saludara, y Gustav recibía numerosos cumplidos a propósito de su nieto. Después se acercaban hasta el viejo puente, desde cuyo pretil contemplarían las embarcaciones que pasaban por debajo. Y la expedición concluiría en su café favorito, donde pedirían un pastel o un helado y aguardarían a que llegara Sophie.

Al principio, estas pequeñas excursiones le habían producido a Gustav una inmensa satisfacción. Pero el creciente contacto con su hija y su nieto le había obligado a notar ciertas cosas que en otras circunstancias hubiera pasado por alto, pero que ahora ya no podía seguir ignorando como si todo fuera bien. Para empezar, estaba la cuestión del estado de ánimo de Sophie. Las primeras semanas se había despedido de ellos animadamente, para ir sin pérdida de tiempo de compras al centro o a encontrarse con alguna amiga. Pero últimamente le daba por remolonear y alejarse con aire indeciso, como si no tuviera nada que hacer después de dejarlos.

Había indicios claros, además, de que el problema, cualquiera que fuese, empezaba a afectar a Boris. Ciertamente que su nieto estaba alegre casi todo el tiempo que pasaban juntos. Pero el viejo mozo había notado que ahora, de vez en cuando, y en particular cuando se aludía a su vida en casa, por la expresión del rostro del niño pasaba como una nube. Y, para colmo, dos semanas atrás había sucedido algo que el bueno de Gustav no había podido alejar de su mente.

Había ido de paseo con Boris hasta uno de los numerosos cafés de la ciudad antigua cuando de pronto vio a su hija sentada allí dentro. La marquesina daba sombra al cristal, permitiendo ver desde fuera hasta el fondo del establecimiento, y a Sophie en una mesa, sola, con una taza de café delante y una expresión de profundísimo abatimiento. La revelación de que su hija no había tenido ánimos ni para dejar la ciudad antigua, y no digamos ya la expresión de su rostro, había sido un mazazo para Gustav..., tanto que tardó unos momentos en reponerse de él y en pensar en distraer a Boris. Pero ya era demasiado tarde porque el pequeño, siguiendo la mirada del abuelo, había distinguido también a su madre. Y a continuación Boris había desviado inmediatamente la vista y los dos habían continuado paseando sin mencionar ni una sola vez lo ocurrido. Boris recuperó su buen humor en unos minutos, pero aquel episodio había turbado profundamente al mozo de hotel, que desde entonces no hacía más que reflexionar sobre él. De hecho, el hallarse recordando aquel incidente era lo que lo había hecho parecer tan taciturno en el vestíbulo y lo que volvía a preocuparlo ahora mientras me mostraba mi habitación.

A mí me había caído bien aquel hombre y sentí una corriente de simpatía hacia él. Estaba claro que llevaba mucho tiempo rumiando sus cosas y que ahora corría el peligro de dejar que sus inquietudes alcanzaran proporciones peligrosas. Pensé en abordar francamente el tema con él, pero Gustav había llegado ya al término de su rutina y volvía a pesar sobre mí el cansancio que experimentaba intermitentemente desde que bajé del avión. Así que, decidido a tratar el asunto en otro momento, le despedí con una generosa propina.

En cuanto la puerta se hubo cerrado a sus espaldas, me tumbé en la cama completamente vestido y permanecí durante un buen rato con la mirada perdida en el techo. Por mi cabeza estuvieron pasando al principio pensamientos acerca de Gustav y de sus diversos problemas, pero al prolongarse mi inmovilidad me encontré reflexionando de nuevo sobre la conversación que acababa de mantener con la señorita Stratmann. Estaba claro que en la ciudad se esperaba de mí algo más que un simple recital. Pero, al intentar recordar algunos detalles básicos acerca de la presente visita, tuve escaso éxito. Y me di cuenta de lo tonto que había sido al no haberme mostrado más franco con la señorita Stratmann. Porque si yo no había recibido una copia de mi programa, la culpa era suya, no mía, y aquella actitud a la defensiva por

mi parte no tenía el más mínimo sentido.

Pensé de nuevo en aquel tipo, Brodsky, y esta vez tuve la impresión clarísima de haber oído o leído algo sobre él en un pasado no muy lejano. Que se esfumó cuando, de pronto, me asaltó un recuerdo del largo viaje en avión que acababa de realizar. Me hallaba en mi asiento en la penumbra de la cabina, estudiando el programa de aquella visita al tenue rayo de luz proyectado por la lamparilla de lectura, mientras los demás pasajeros dormían. En determinado momento, el hombre que ocupaba el asiento contiguo se había despertado y a los pocos minutos se había dirigido a mí con una observación jovial. De hecho, si no recordaba mal, se había vuelto hacia mi lado para hacerme un comentario jocoso sobre los jugadores del Campeonato Mundial de fútbol. Pero puesto que yo no quería que nada me distrajera del concienzudo estudio del programa que llevaba entre manos, me lo había quitado de encima con cierta frialdad. Todo esto me venía ahora a la memoria de forma muy nítida. Recordaba perfectamente la textura de aquella hoja de grueso papel agrisado en que aparecía escrito a máquina el programa, el apagado círculo amarillo que trazaba en él la luz de lectura, el rumor de los motores del avión... Pero, por más que me esforzaba, no conseguía recuperar en mi memoria nada de cuanto figuraba escrito en aquella hoja.

A los pocos minutos, finalmente, me venció el cansancio y decidí que de poco servía darle más vueltas al asunto mientras no hubiera dormido algo. Sabía por experiencia cuánto más claro se ve todo después de un descanso. Luego podría localizar a la señorita Stratmann, le explicaría el malentendido, obtendría de ella una copia de mi programa y haría que me ilustrara sobre todos los puntos que requirieran sus aclaraciones.

Estaba empezando a adormilarme cuando, de pronto, algo me hizo abrir de nuevo los ojos y elevarlos al techo. Dedicué un rato a estudiarlo con suma atención y luego me senté en la cama y me puse a mirar a mi alrededor mientras aumentaba por segundos mi sensación de reconocer aquel sitio. La habitación en que me encontraba, ahora lo veía, era la misma que había sido mi dormitorio durante los dos años que mis padres y yo habíamos vivido en casa de mi tía, en las tierras limítrofes entre Inglaterra y Gales. Volví a examinarla atentamente y, echándome otra vez hacia atrás, alcé la mirada para estudiar de nuevo el techo. El enlucido era reciente, como la pintura, y parecía mayor porque habían quitado las cornisas; también habían eliminado por completo las molduras que señalaban el lugar del que colgaba la lámpara. Pero era, sin posibilidad de confusión, el mismo techo que había contemplado tantísimas veces desde la estrecha y crujiente cama en que dormía entonces.

Me puse de lado y miré el suelo, junto a la cama. El hotel había dispuesto una alfombra oscura en el lugar en que supuestamente aterrizarían mis pies al saltar del lecho. Recordaba ahora que aquella misma zona del suelo había estado cubierta en

otros tiempos por una desgastada estera verde, en la que varias veces por semana desplegaba yo mis soldados de plástico —más de un centenar en total, que guardaba en dos latas de galletas— en formación perfecta. Alargué el brazo y rocé con los dedos la alfombra del hotel, en un gesto que evocó en mí el recuerdo de cierta tarde en la que, mientras me hallaba perdido en mi mundo de soldados de plástico, estalló una riña tremenda en el piso de abajo. La ferocidad de las voces había sido tal, que incluso un niño de seis o siete años como era yo entonces tuvo que darse cuenta de que no se trataba de una discusión ordinaria. Pero le quité importancia y seguí con la mejilla apoyada en la estera, enfrascado en mis planes de batalla. Más o menos en el centro de aquella estera verde había un roto cuya existencia me había fastidiado siempre. Pero aquella tarde, mientras los gritos arreciaban abajo, se me ocurrió por primera vez que podría utilizarlo como una especie de terreno agreste y enmarañado por el que debían cruzar mis soldados. Descubrir que el defecto que había amenazado siempre con socavar mi mundo imaginario podía ser integrado perfectamente en él me resultó excitante, y desde entonces aquel terreno impracticable se convirtió en un elemento clave para muchas de las batallas que posteriormente orquesté.

Todos estos recuerdos vinieron a mi memoria mientras seguía con la mirada clavada en el techo. Por supuesto que era muy consciente de las transformaciones que había sufrido la habitación. Pero la idea de que, después de tanto tiempo, volvía a encontrarme en aquel santuario de mi infancia hizo brotar en mí una profunda sensación de paz. Cerré los ojos y por un instante fue como si me hallara rodeado otra vez del viejo mobiliario del cuarto. En el rincón de la derecha estaba el alto armario blanco que tenía roto el tirador de la puerta. En la pared, sobre mi cabeza, una vista de la catedral de Salisbury pintada por mi tía. La mesita de noche tenía dos cajoncitos que guardaban mis pequeños tesoros y mis secretos... Todas las tensiones del día..., el larguísimo vuelo, las confusiones acerca de mi programa, los problemas de Gustav... parecieron esfumarse de pronto, y me sumí en un sueño profundo y reparador.

2

Cuando me despertó el timbre del teléfono situado junto a la cabecera de la cama, tuve la sensación de que llevaba algún tiempo sonando. Levanté el aparato y oí una voz:

—¿Oiga? ¿El señor Ryder?

—Sí, yo mismo.

—¡Ah, señor Ryder...! Le habla el señor Hoffman. El director del hotel.

—Mucho gusto.

—Permítame decirle, señor Ryder, que estamos muy contentos de tenerlo por fin con nosotros. Es usted muy bien recibido aquí.

—Muchas gracias.

—Un huésped sumamente distinguido, señor. Y, por favor, no se preocupe en absoluto por el retraso de su llegada... Todos lo han comprendido perfectamente, como creo que le ha dicho ya la señorita Stratmann. Después de todo, cuando uno ha de realizar viajes tan largos y tiene tantos compromisos en todo el mundo..., bueno..., estas cosas son a veces inevitables.

—Pero...

—Nada, nada, señor... No se hable más de ello. Como le digo, todas las damas y caballeros presentes se han mostrado muy comprensivos. Así que dejemos el tema. Lo importante es que está usted aquí. Y aunque fuera por eso sólo, señor Ryder, le debemos una inmensa gratitud.

—En fin, señor Hoffman..., muchísimas gracias.

—Ahora, señor, si no está usted ocupado en este momento, me encantaría pasar a presentarle personalmente mis respetos. Para darle mi bienvenida a nuestra ciudad y a este hotel.

—Es usted muy amable. Pero es que justamente ahora me disponía a echar una pequeña siesta...

—¿Una siesta? —Noté un chispazo de irritación en la voz, pero al instante recuperé por completo su cordialidad—. ¡Sí, claro, claro! Debe de estar usted muy fatigado. ¡Ha sido un viaje tan largo! Dejémoslo, pues, para cuando le vaya a usted bien... Ya me avisará.

—Estaré encantado de conocerle, señor Hoffman. No tardaré mucho en bajar, se lo aseguro. —Cuando le vaya bien, por favor. Yo estaré esperándole aquí..., en el vestíbulo quiero decir..., todo el tiempo que sea necesario. No tenga ninguna prisa, se lo ruego.

Reflexioné un instante sobre estas palabras, y observé:

—Pero, señor Hoffman..., sin duda tendrá usted muchas otras cosas que hacer...

—Sí, es cierto... Ésta es la hora más ajetreada del día. Pero, tratándose de usted,

señor Ryder, aguardaré con gusto cuanto sea preciso. —Por favor, señor Hoffman, no pierda su valioso tiempo por mí. Bajaré dentro de poco e iré a buscarle a su despacho.

—No es ninguna molestia, señor Ryder. Será un honor esperarle aquí. Le repito que se tome su tiempo. Y le aseguro que no me moveré de aquí hasta que usted baje.

Le di las gracias otra vez y colgué el teléfono. Incorporándome en la cama, miré a mi alrededor y, por la luz que entraba por el ventanal, deduje que ya estaba avanzada la tarde. Me sentía más cansado que antes, pero no parecía tener otra opción que bajar al vestíbulo. Así que salté de la cama, fui hasta donde se hallaban mis maletas y saqué de una de ellas una chaqueta menos arrugada que la que llevaba puesta. Mientras me la ponía, sentí un vivo deseo de tomarme un café, y a los pocos momentos abandoné mi habitación con el deseo transformado casi en una necesidad apremiante.

Al salir del ascensor encontré el vestíbulo mucho más animado que antes. Los butacones que veía a mi alrededor estaban ocupados por huéspedes que hojeaban periódicos o charlaban tomando café. Junto al mostrador de recepción había varios japoneses que se saludaban unos a otros con muestras de gran regocijo. Me distraje un poco con aquella transformación y no advertí al director del hotel hasta tenerlo prácticamente pegado a mí.

Era un individuo de unos cincuenta años de edad, más corpulento y pesado de lo que había imaginado yo por su voz al teléfono. Me tendió la mano sonriendo de oreja a oreja. Yo hice otro tanto, y noté al hacerlo que su respiración era jadeante y tenía la frente ligeramente perlada de sudor.

Mientras nos estrechábamos las manos repitió varias veces cuán grande era el honor que mi presencia representaba para la ciudad y para su hotel en particular. Luego se inclinó hacia mí para decirme en tono confidencial:

—Y permítame asegurarle, señor, que los preparativos para el jueves por la noche están muy avanzados. De verdad que no tiene que preocuparse por ello.

Esperé que dijera algo más, pero cuando vi que se limitaba a sonreír, respondí:

—Me alegra saberlo.

—Créame, señor... No tenga ninguna preocupación al respecto.

Siguió una pausa un tanto embarazosa. Por un momento pareció que Hoffman iba a añadir un comentario más, pero se cortó, soltó una risita y me dio una palmadita en el hombro..., un gesto de familiaridad que encontré algo fuera de tono. Por último dijo:

—En serio, señor Ryder... Si hay algo que yo pueda hacer para que su estancia aquí sea más agradable, hágamelo saber enseguida. —Es usted muy amable.

Hubo otra pausa seguida de una nueva risita, tras la cual el hombre sacudió la cabeza y volvió a darme otra palmadita en el hombro.

—¿Sí, señor Hoffman...? —dije—. ¿Hay alguna cosa en particular que desee usted comentarme?

—¡Oh, no, nada en particular, señor Ryder! Tan sólo quería saludarle y asegurarme de que todo estaba a su entera satisfacción. —Pero de pronto prorrumpió en una exclamación—: Aunque, sí, ¡por supuesto! Ahora que usted lo dice..., sí, claro que hay algo... Una nadería sin importancia... —Volvió a sacudir la cabeza riendo, y añadió—: Se trata de los álbumes de mi mujer. —¿Los álbumes de su mujer?

—Mi esposa, señor Ryder, es una mujer muy cultivada. Como es lógico, siente una gran admiración por usted. De hecho ha seguido con mucho interés toda su carrera y durante algunos años ha estado coleccionando recortes de prensa relativos a usted.

—¿De veras? Es muy amable por su parte. —Tiene dos álbumes de recortes enteramente consagrados a usted. Las piezas están ordenadas cronológicamente y se remontan a muchos años atrás. Pero permítame ir al grano. Mi mujer tuvo siempre la gran ilusión de que algún día pudiera usted hojear esos álbumes personalmente. Ni que decir tiene que la noticia de su visita a nuestra ciudad ha dado nuevo impulso a esa esperanza suya. Pero, como sabe lo ocupado que usted estaría, insistió mucho en que no se le molestara por su causa. Yo, claro..., sabedor de ese secreto deseo suyo, le prometí que por lo menos le hablaría a usted del asunto. Si pudiera dedicar aunque sólo fuera un minuto a echarles un vistazo, no se imagina lo feliz que la haría.

—Trasmítame usted mi gratitud a su esposa, señor Hoffman. Me encantará repasar sus álbumes.

—Es muy amable de su parte, señor Ryder. ¡Un detalle exquisito! Lo cierto es que, en previsión, me traje los álbumes al hotel... Aunque sé muy bien que está usted ocupadísimo y que...

—Tengo una agenda muy apretada, en efecto. Pero le aseguro que podré encontrar un momento para dedicarlo a los álbumes de su esposa.

—¡Cuánta amabilidad, señor Ryder! Permítame insistir, sin embargo, en que lo último que desearía hacer es cargarlo con más compromisos. Así que permítame una sugerencia: aguardaré a que me indique usted mismo cuándo puede verlos. Y, mientras no lo haga, no le incomodaré con el tema. Ahora bien, si usted tiene un momento, a cualquier hora del día o de la noche que sea, dígamelo, por favor. Habitualmente es fácil dar conmigo y no me voy del hotel hasta muy tarde. Dejaré en el acto cualquier cosa que esté haciendo e iré a llevarle los álbumes. Me sentiré mucho más tranquilo si lo convenimos así. De verdad que no soportaría la idea de estar complicando más el programa de su visita...

—Es una actitud muy considerada, señor Hoffman...

—Una cosa más... Se me ocurre que en los próximos días tal vez pueda darle la

impresión de tener un trabajo de locos... Por eso me agradecería dejar bien sentado que jamás mis ocupaciones me impedirán dedicar un rato a ese otro asunto. Así que, aunque le parezca muy ocupado, no deje de avisarme.

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta.

—Quizá deberíamos convenir una señal entre los dos... Porque, claro, puede ser que usted venga en mi busca y me encuentre al otro extremo de una sala atestada de gente... Sería muy molesto para usted, en tal caso, tener que abrirse paso entre el bullicio. Aparte de que, para cuando usted llegara al lugar de la sala en que me hubiera visto, tal vez yo me habría movido de sitio... Por eso digo que nos iría bien una señal. Algo fácilmente visible y que pueda hacerse por encima de las cabezas de los presentes...

—Sí, en efecto... Me parece una idea muy razonable.

—Excelente. Realmente me entusiasma descubrir lo amable que es usted, señor Ryder. ¡Ojalá pudiera decir lo mismo de otras celebridades que han venido a alojarse aquí...! En fin... Sólo nos resta acordar la señal. Quizá podría sugerirle..., bueno..., algo así... —Alzó la mano con la palma hacia fuera y los dedos abiertos, e hizo con ella un movimiento como si estuviera limpiando los cristales de una ventana—. Por ejemplo... —añadió, escondiendo rápidamente la mano detrás de la espalda—. O cualquier otra que a usted le parezca mejor, por supuesto.

—No, no... Me parece muy bien ésa. Se la haré tan pronto como esté listo para echar un vistazo a los álbumes de su esposa. Realmente es muy amable de su parte haberse tomado semejante trabajo.

—Me consta que le ha dado grandes satisfacciones. Ni que decir tiene que si más adelante se le ocurriera a usted otra señal que le parezca mejor, no tiene más que telefonarme desde su habitación o dejar un mensaje para mí a cualquiera de los miembros del personal...

—Es usted muy amable, pero encuentro muy elegante la señal que me ha sugerido. Y ahora, señor Hoffman, me pregunto si podría usted indicarme dónde he de ir para tomar un buen café. Me bebería ahora mismo unas cuantas tazas.

El director exhibió una risa de manifiesta teatralidad:

—Conozco muy bien esa sensación —dijo—. Le acompañaré al atrio. Sígame, por favor.

Me condujo hacia un ángulo de la sala, que abandonamos a través de un par de pesadas puertas batientes, y pasamos a un largo pasillo sombrío cuyas paredes estaban revestidas con paneles de madera oscura. Llegaba hasta allí tan escasa luz natural, que a pesar de la hora del día estaban encendidos los apliques eléctricos. Hoffman caminaba delante de mí con bruscas zancadas, volviéndose continuamente para sonreírme por encima del hombro. A mitad de camino pasamos por delante de una puerta de aspecto soberbio y Hoffman, que debió de sorprenderme mirándola, me

explicó:

—¡Ah, sí!... Normalmente serviríamos el café aquí, en el saloncito. Una estancia espléndida, señor Ryder, y muy confortable. Y más ahora que la hemos amueblado con mesitas de artesanía que adquirí en un reciente viaje a Florencia. Estoy seguro de que serán de su agrado. Sin embargo, en este momento, tenemos cerrado el saloncito y reservado para el señor Brodsky, como usted ya sabe.

—¡Ah, sí! Estaba ya ahí dentro cuando llegué.

—Y sigue aún, señor. Me gustaría entrar y presentarles, pero... Bien, pienso que tal vez no es el mejor momento. El señor Brodsky podría... No, no creo que sea el momento adecuado. ¡Ja, ja! Pero no se preocupe usted. Habrá muchas oportunidades para que dos caballeros como ustedes se conozcan.

—¿Está ahora en el saloncito el señor Brodsky?

Volví la vista hacia la puerta y es probable que retardara ligeramente el paso, porque el director me asió del brazo y empezó a tirar con firmeza de mí hacia delante.

—Sí, sí que está, señor. De acuerdo..., en este preciso instante está sentado en silencio, pero le aseguro que no tardará en reanudar su tarea. Y esta misma mañana, ya sabe, ha estado ensayando con la orquesta cuatro horas largas. A juzgar por lo que dicen, todo marcha como una seda. Así que, por favor, no se preocupe usted en absoluto.

Finalmente el pasillo formó un recodo tras el cual se llenó de luz. La nueva sección tenía ventanas a lo largo de uno de sus lados, que creaban luminosos estanques de sol en el suelo. Sólo al llegar allí me soltó el amigo Hoffman. Y mientras recuperábamos un paso más lento y agradable, el director del hotel dejó escapar la risa para encubrir su embarazo.

—El atrio está aquí mismo, señor. Se trata esencialmente de un bar, pero es muy cómodo y podrán servirle café y cualquier otra cosa que desee. Por aquí, por favor.

Salimos del pasillo y cruzamos por debajo de un arco.

—Este anexo —prosiguió Hoffman guiándome— se construyó hace tres años. Lo llamamos el atrio, y nos sentimos muy orgullosos de él. Lo diseñó para nosotros Antonio Zanotto.

Entramos en una estancia luminosa y muy amplia. El techo de cristal que la cubría por encima de nuestras cabezas creaba la sensación de hallarnos en un patio. El suelo era una gran superficie de baldosas blancas, en cuyo centro, dominándolo todo, había una fuente: un confuso grupo escultórico de figuras de mármol semejantes a ninfas, del que brotaba con cierta fuerza un surtidor de agua. De hecho me sorprendió la excesiva presión del agua, porque difícilmente podía uno mirar a cualquier parte de aquel vasto espacio sin tener que atravesar con la vista una fina neblina de gotitas suspendidas en el aire. A pesar de ello me hice cargo enseguida de que cada una de las esquinas del atrio tenía su propio bar, con su particular mobiliario

de taburetes altos, silloncitos y mesas. Camareros uniformados de blanco trazaban sus idas y venidas y se cruzaban por el embaldosado y había numerosos huéspedes instalados allí..., aunque la generosidad del espacio los hacía pasar inadvertidos.

Pude ver que el director me observaba con aire satisfecho, aguardando sin duda que manifestara mi aprobación por aquel ambiente. Pero en aquel momento mi necesidad de café era tan fuerte, que me limité a encaminarme sin demora hacia el más cercano de los bares.

Me había sentado ya en un taburete, con los codos apoyados en la barra, cuando el director se acercó a mí. Chasqueó los dedos para llamar la atención del barman, que ya se disponía a atenderme, y le dijo:

—Al señor Ryder le apetecería tomar una buena taza de café, Kenyan. —Y a renglón seguido, volviéndose de nuevo hacia mí, añadió—: Nada me complacería tanto como acompañarle en su café, señor Ryder, y conversar tranquilamente sobre música y arte... Por desgracia hay algunas cosas de las que debo ocuparme sin demora. ¿Tendrá usted la bondad de excusarme, señor?

Aunque insistí en decirle que su amabilidad conmigo había excedido cualquier expectativa, aún empleó varios minutos más en despedirse. Hasta que al final echó una ojeada a su reloj, profirió una exclamación y se marchó apresuradamente.

Una vez a solas debí de sumirme enseguida en mis propios pensamientos, porque no me di cuenta del regreso del camarero. Pero sin duda volvió con mi encargo, pues a los pocos instantes estaba yo sorbiendo café y mirando el espejo que había detrás de la barra, en el cual no sólo podía ver mi reflejo, sino también gran parte de la estancia que se extendía a mis espaldas. Al cabo de un rato, por alguna razón que ignoro, me encontré rememorando los lances clave de un partido de fútbol que había presenciado muchos años atrás, concretamente un encuentro entre las selecciones de Alemania y Holanda. E instalándome bien en el taburete —pues me di cuenta de que estaba demasiado encorvado—, traté de recordar los nombres de los jugadores del equipo holandés de aquel entonces: Rep, Krol, Haan, Neeskens... A los pocos minutos había conseguido recordarlos a todos menos a dos, cuyos nombres se empeñaban en no salir aunque los tenía en la punta de mi memoria. Y mientras me esforzaba en atraparlos, el rumor de la fuente a mis espaldas, que al principio me había parecido muy tranquilizante, empezó a resultarme fastidioso. Tenía la sensación de que bastaría que cesara para que mi memoria se desbloquease al instante y me diera por fin aquellos dos nombres.

Aún seguía tratando de evocarlos cuando oí una voz detrás de mí:

—Perdone... Es usted el señor Ryder, ¿verdad?

Me volví para encontrarme con el rostro ingenuo de un muchacho de unos veintipocos años. Cuando asentí con un gesto, se apresuró a instalarse junto a mí en la barra.

—Espero no molestarle —me dijo—. Pero en cuanto le vi hace un instante, decidí que tenía que acercarme para expresarle la alegría que siento de tenerlo aquí. Verá..., soy pianista también. Un simple aficionado nada más, por supuesto. Y..., bueno..., siempre le he admirado muchísimo. Cuando papá nos confirmó que iba usted a venir, me emocioné tanto...

—¿Papá?

—¡Ay, sí, cuánto lo siento! Soy Stephan Hoffman. El hijo del director.

—Ah, ya veo... Mucho gusto en conocerle.

—No le importará que me siente aquí un minuto, ¿verdad? —El joven se encaramó en el taburete contiguo al mío—. ¿Sabe usted, señor?, papá está tan emocionado como yo, si no más. Conociendo a papá, tal vez no se haya atrevido a manifestarle cuán emocionado se siente... Pero créame si le digo que esta visita suya es un gran acontecimiento para él.

—¿De verdad?

—Sí, sí... No piense que exagero. Recuerdo las fechas en que papá estaba aguardando su respuesta... Cada vez que se mencionaba su nombre, se sumía en un silencio peculiar. Y luego, cuando la tensión subió de punto, no paraba de murmurar por lo bajo: «¿Cuánto tardará? ¿Cuánto tardará en responder? Esta espera va a acabar con nosotros..., lo presiento». Tuve que esforzarme muchísimo para ayudarle a mantener alta su moral. Imagine usted, pues, lo que sentirá ahora al tenerlo ya aquí... ¡Es tan perfeccionista! Cuando organiza un acontecimiento como el del jueves por la noche, todo, absolutamente todo, tiene que salir a la perfección. Repasa mentalmente todos y cada uno de los detalles, una y otra vez. A veces se pasa un poco en esta monomanía suya... Pero supongo que, si no la tuviera, no sería papá y no conseguiría ni la mitad de lo que logra.

—Es verdad. Parece una persona admirable.

—En realidad, señor Ryder —continuó el joven—, deseaba preguntarle algo. Hacerle una petición más bien... Si la juzga imposible, no dude en decírmelo, por favor. No me lo tomaré a mal. —Stephan Hoffman hizo una pausa como para hacer acopio de valor mientras yo bebía unos sorbos más de café y contemplaba el reflejo de los dos sentados codo a codo frente a la barra—. Verá usted..., está relacionado también con lo del jueves por la noche. Papá me pidió que tocara el piano en el acto. He estado ensayando y estoy preparado; no es eso lo que me preocupa... —Nada más afirmarlo, flaqueó un segundo su confianza en sí mismo y vislumbré en él la imagen de un adolescente nervioso. Pero se recobró inmediatamente con un despreocupado encogimiento de hombros—. Es sólo que no quisiera defraudarlo porque sé lo importante que es para él lo del jueves. Sin rodeos: me preguntaba si podría dedicarme usted unos minutos para oírme tocar mi pieza. He decidido interpretar *Dahlia*, de Jean-Louis La Roche. Soy sólo un aficionado, así que tendría que

mostrarse muy tolerante conmigo... Pero pensé que podría escucharme y darme unos cuantos consejos que me ayuden a perfeccionar mi interpretación.

Reflexioné un instante.

—¿O sea que está prevista su actuación para el jueves por la noche? —pregunté.

—Se trata sólo de una mínima contribución a la velada... Bueno —añadió riendo—, al resto de cosas. Pero aun así querría que mi modesta aportación resultara lo mejor posible.

—Sí, lo comprendo. Y con gusto haré lo que pueda por usted.

La cara del joven se iluminó.

—¡No tengo palabras para expresarle mi agradecimiento, señor Ryder! Es justamente lo que necesitaba...

—Pero hay un problema... Como usted ya sabrá, ando muy escaso de tiempo. Tendremos que esperar a que tenga algunos minutos libres...

—¡Naturalmente! Cuando le vaya bien, señor Ryder. ¡Dios del cielo..., me siento tan halagado...! Para serle franco, pensaba que me enviaría a paseo.

Un avisador empezó a emitir sus pitidos desde algún lugar en el interior de las ropas del joven. Stephan dio un respingo y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Lo siento muchísimo! —se lamentó—. Se trata de una urgencia. Debería haberme ido hace rato. Pero cuando le vi sentado aquí, señor Ryder, no pude resistir la tentación de acercarme. Espero que podremos proseguir esta conversación dentro de poco. Pero ahora excúseme, se lo ruego.

Saltó del taburete y durante un segundo pareció sucumbir de nuevo a la tentación de reiniciar la charla. Pero el avisador comenzó otra tanda de pitidos y el joven se apresuró a alejarse con una sonrisa cohibida.

Volví a mi reflejo tras la barra del bar y a tomar más sorbos de café. Pero no conseguí recuperar el espíritu de relajada contemplación que había disfrutado antes de la llegada del chico. En su lugar me turbaba cada vez más la sensación de que se esperaba demasiado de mí en aquella ciudad y de que, sin embargo, las cosas no discurrían de momento por caminos satisfactorios. De hecho, no parecía tener más recurso que ir a buscar a la señorita Stratmann para aclarar ciertos puntos de una vez por todas. Resolví hacerlo en cuanto hubiera tomado la nueva taza de café que me habían servido. No había ninguna razón para que la entrevista fuera embarazosa; sería bastante sencillo explicarle lo que había ocurrido en nuestra conversación anterior. Podría decirle, por ejemplo: «Verá usted, señorita Stratmann... Antes estaba muy cansado y, cuando usted se interesó por mi programa, no la interpreté bien. Creí que me preguntaba si tenía tiempo para repasarla con usted en ese momento si me mostraba una copia». O bien podía incluso pasar a la ofensiva y hasta adoptar un tono de reproche: «Mire, señorita Stratmann... Debo decirle que estoy un poco

preocupado y..., sí, decepcionado hasta cierto punto. Dada la gran responsabilidad que usted y sus conciudadanos parecen descargar sobre mí, me parece que tengo derecho a esperar un nivel mayor de respaldo administrativo».

Oí moverse a alguien a mi espalda y, al volverme, me encontré a Gustav, el viejo mozo de hotel, de pie junto a mi taburete. Al cruzarse nuestras miradas, sonrió y me dijo:

—¿Qué tal, señor? Pasaba por aquí y le he visto. Espero que esté disfrutando de su estancia.

—¡Oh, sí, mucho! Aunque, por desgracia, aún no he tenido la oportunidad de visitar la ciudad antigua, como usted me aconsejó.

—Es una lástima, señor. Realmente es una zona muy bella de nuestra ciudad..., ¡y la tiene tan cerca! El tiempo es perfecto también, si me permite decirlo. Con un aire fresquito, pero soleado. Ideal para sentarse al aire libre, aunque, eso sí, con americana o un abrigo fino. Hace un día de lo más a propósito para recorrer la ciudad antigua.

—¿Sabe qué le digo? Un poco de aire fresco es justo lo que necesito ahora.

—Se lo recomiendo de veras, señor. Sería una gran lástima que tuviera usted que dejarnos sin haber podido gozar de un breve paseo por la ciudad antigua.

—Me parece que voy a hacerle caso... Iré ahora mismo.

—Y si tuviera tiempo para sentarse en el Café de Hungría, en la Plaza Vieja, estoy seguro de que no lo lamentará. Permítame sugerirle que pida un café y una porción del pastel de manzana de la casa... Me pregunto si, de paso... —El mozo titubeó unos momentos, y luego siguió—: Me pregunto si podría pedirle un pequeño favor... Normalmente no les pido favores a los huéspedes, pero tratándose de usted..., siento como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo, señor.

—Me encantará hacer algo por usted si está en mi mano —respondí.

Durante unos instantes el hombre permaneció allí inmóvil y en silencio.

—Es una insignificancia —explicó al cabo—. Verá... Sé que mi hija estará ahora en el Café de Hungría. Con el pequeño Boris... Es una joven muy agradable, señor..., seguro que simpatizará con ella. Como la mayoría de la gente. No se puede decir que sea una belleza, pero sí que tiene un singular atractivo. Y un gran corazón en el fondo... Aunque supongo que jamás ha logrado superar esa pequeña debilidad suya... Tal vez por causa de la educación recibida, ¡quién sabe! Siempre ha sido así. Me refiero a esa tendencia suya a permitir que las cosas la abrumen a veces, aun cuando esté al alcance de su mano superarlas. Se le presenta un pequeño problema y, en vez de adoptar las sencillas medidas necesarias, deja que la obsesione. Es el camino para que los problemas pequeños se hagan grandes..., ya sabe usted, señor... En poco tiempo las cosas se le meten muy dentro y cae en un estado de desesperación. ¡Tan innecesario...! No sé exactamente qué es lo que la preocupa

ahora, pero estoy seguro de que no se trata de algo insuperable. Ya se ha dado otras veces una situación así. Pero ahora, comprenda..., Boris ha empezado a notarlo. De hecho, señor, si Sophie no lo remedia pronto, temo que el niño sufrirá seriamente las consecuencias. ¡Y es tan encantador ahora! Tan abierto, tan confiado... Sé que es imposible que se conserve así toda la vida..., que incluso no es de desear que así sea... Sin embargo, a su edad, aún se merece varios años más de creer que el mundo es un lugar lleno de sol y risas. —Guardó silencio y pareció abismarse unos momentos en sus reflexiones. Luego, alzando la mirada, prosiguió—: ¡Si al menos Sophie se diera cuenta de lo que está pasando! Eso la ayudaría a enfrentarse a lo que fuera. Es una madre muy consciente y sabe cómo procurar lo mejor para las personas que quiere... Pero lo malo de ella es que, cuando cae en semejante estado, necesita que alguien la ayude a recobrar su perspectiva de las cosas. Un buen consejo..., eso es todo lo que le hace falta. Que alguien se siente a su lado unos minutos y le haga ver las cosas con claridad. Que la ayude a determinar cuáles son los problemas reales y qué medidas debería tomar para vencerlos. No necesita más, señor: una buena charla, algo que le devuelva su visión de la realidad. El resto ya lo hará ella sola. Puede ser muy sensata cuando se lo propone. Lo que me lleva a lo que quería decirle, señor... Dado que piensa acercarse a la ciudad antigua ahora, me pregunto si le importaría cambiar unas palabras con Sophie... Ya me doy cuenta de que tal vez le resulte una molestia... Pero, puesto que de todas formas va usted para allí, pensé que debía decírselo... No tendría que perder mucho tiempo con ella. Sólo unas palabras; lo justo para averiguar qué es lo que le preocupa y devolverle su sentido de las proporciones.

El mozo puso fin a su parlamento y me miró con ojos de súplica. A los pocos instantes le respondí con un suspiro:

—Me gustaría serle de alguna ayuda, créame... Pero de sus palabras deduzco que muy probablemente las preocupaciones de Sophie, cualesquiera que sean, atañen a asuntos de familia. Y, como usted ya sabe, ese tipo de problemas tienden a ser tremendamente enmarañados. Un extraño como yo tal vez pudiera llegar al fondo de alguno de ellos tras una conversación franca..., pero se encontraría seguramente con que aquel problema está relacionado con otro. Y así sucesivamente. Si me permite hablarle con sinceridad, pienso que es usted la persona más indicada para conversar con ella y hacer luz en esa maraña de asuntos familiares. Además, como padre de Sophie y abuelo de Boris, goza usted de una autoridad natural de que yo carezco por completo.

Tuve la impresión de que el hombre acusaba inmediatamente el peso de la responsabilidad que se desprendía de mis palabras y casi lamenté haberlas dicho. Estaba claro que había puesto el dedo en la llaga. Rehuyó mirarme de frente y durante unos segundos sus ojos vagaron por el atrio en dirección a la fuente.

Finalmente dijo:

—Reconozco que tiene usted toda la razón, señor... Sí, en efecto... Ya sé que soy yo quien debería hablar con ella. Pero, la verdad... No sé cómo expresarlo, pero permítame ser completamente sincero... El quid de la cuestión está en que Sophie y yo no nos hablamos desde hace muchos años. En realidad desde que era niña, para ser más precisos... Comprenderá usted que, en estas circunstancias, me resulta bastante difícil hacer lo que se esperaría de mí.

El mozo tenía la vista fija en las puntas de los pies y parecía aguardar mi siguiente réplica como si fuera la sentencia de un juicio.

—Lo siento —dije yo—, pero no acabo de comprender sus palabras. ¿Me está dando a entender que no ha visto a su hija en todos estos años?

—No, no... Como ya sabe usted, la veo con regularidad, cada vez que saco de paseo a Boris. Lo que quiero decir es que no hablamos. Quizá me entendería mejor si le pusiera un ejemplo... Como esas veces que Boris y yo estamos esperándola después de uno de nuestros pequeños paseos por la ciudad antigua..., sentados en el café del señor Krankl, por ejemplo... Boris puede estar animadísimo, charlando y riendo por cualquier cosa. Pero, en cuanto ve a su madre asomar por la puerta, calla de repente. No es que se disguste..., nada de eso... Se retrae, simplemente. Respeta el ritual, ¿comprende? Luego, cuando Sophie llega hasta donde estamos, se dirige a él. Si hemos pasado un rato agradable, adónde hemos ido..., si el abuelo no ha pasado frío... ¡Oh, sí..., siempre le pregunta por mí! Le preocupa que me ponga enfermo de tanto pasear al aire libre. Pero, como le digo, Sophie y yo jamás nos hablamos directamente. «Dile adiós al abuelo», le encarecerá siempre a Boris a manera de despedida, y se irán los dos. Así han sido las cosas entre nosotros desde hace muchos años, y no parece haber ningún deseo real de cambiarlas ahora. Por eso, cuando se plantea una situación como la presente..., compréndame..., me encuentro perdido. Sé que todo lo que le hace falta es una buena charla. Y, a mi juicio, usted podría ser la persona ideal. Hable usted con ella, señor..., sólo unas palabras. Lo justo para ayudarla a identificar sus problemas de ahora. Si lo hace, ella pondrá el resto..., tenga usted la completa seguridad.

—Muy bien —accedí tras volver a pensarlo—. De acuerdo. Veré qué puedo hacer. Pero debo insistir en lo que ya le he dicho: estas cosas son a menudo demasiado complicadas para un extraño. Aun así, veré qué puedo hacer.

—Le quedará muy agradecido, señor. Sophie estará ahora en el Café de Hungría. Le será muy fácil reconocerla. Es morena, con el pelo largo, y tiene bastantes rasgos míos. Además, en caso de duda, siempre podría preguntar por ella al propietario o a alguno de los empleados del café.

—Está bien. Ahora mismo voy hacia allí.

—Me sentiré en deuda con usted, señor. Y si por alguna razón no pudiera

conversar con ella, sé que encontrará sumamente agradable el paseo por la ciudad antigua.

Bajé del taburete.

—Quedamos de acuerdo —le dije—. Y ya le contaré cómo me ha ido.

—Muchísimas gracias, señor.

3

El camino desde el hotel a la ciudad antigua —un paseo de unos quince minutos— apenas tenía alicientes. Gran parte de él discurrió entre grandes bloques acristalados de oficinas a uno y otro lado y por calles ruidosas con el tráfico de la tarde avanzada. Pero cuando llegué al río y empecé a atravesar el arqueado puente que daba acceso a la ciudad antigua, tuve la sensación de estar entrando en una atmósfera completamente distinta. Podía ver en la orilla opuesta toldos y parasoles de bar multicolores, y distinguir las idas y venidas de los camareros y las carreras de los niños corriendo en círculo. Un chucho diminuto empezó a ladrar alborotadamente en el pequeño muelle, tal vez al advertir mi llegada.

Minutos más tarde penetraba en el corazón de la ciudad antigua. Las estrechas calles empedradas estaban llenas de gente que paseaba sin apresuramiento. Estuve un rato dando vueltas al azar, pasando por delante de numerosas tiendecitas de recuerdos, confiterías, panaderías..., y también frente a tantos cafés que por un instante temí tener alguna dificultad para encontrar el que me había indicado el mozo del hotel. Pero de pronto salí a una plaza en el centro del barrio y apareció inconfundible el Café de Hungría. El despliegue de mesas que ocupaba el ángulo más distante de la plaza emanaba, como pude observar, de una puerta más bien pequeña resguardada por un toldo a rayas.

Me paré un instante para recuperar el resuello y observar los alrededores. El sol empezaba a ponerse sobre la plaza. Reinaba, como me había advertido Gustav, un vientecillo fresco que de cuando en cuando ondulaba los parasoles que rodeaban el café. A pesar de ello, la mayoría de las mesas estaban ocupadas. Muchos de los clientes parecían turistas, pero pude ver también un buen número de parroquianos locales con aspecto de acabar de salir del trabajo, que tomaban tranquilamente un café mientras leían el periódico. Y ciertamente me crucé en la plaza con grupitos de oficinistas, todos con sus correspondientes portafolios, que charlaban animadamente unos con otros a la salida del trabajo.

Al llegar a donde estaban las mesas, pasé entre ellas dando algunas vueltas, buscando a alguien con aspecto de ser la hija de Gustav. Dos estudiantes comentaban una película. Un turista leía el *Newsweek*. Una anciana echaba miguitas de pan a unas cuantas palomas que se habían congregado a sus pies. Pero no pude ver a ninguna joven morena con el pelo largo y acompañada de un niño. Pasé, pues, al interior del café y descubrí un local más bien pequeño y oscuro en el que habría sólo cinco o seis mesas. Comprendí entonces que el problema de atestamiento del local mencionado por Gustav podía ser muy real en los meses fríos del año, pero en esta ocasión el único cliente era un anciano con boina que se hallaba sentado a una mesa adosada a la pared del fondo. Decidido a abandonar aquella gestión, regresé al exterior y estaba

buscando un camarero para pedir un café cuando oí una voz que me llamaba por mi nombre.

Al volver la cabeza vi a una mujer sentada junto a un niño, que me hacía señas desde una mesa próxima. La pareja encajaba tan perfectamente con la descripción que me había hecho el mozo que no pude comprender cómo no los había visto antes. Me desconcertó un poco, también, el hecho de que parecieran estar esperándome, por lo que tardé unos segundos en devolverles el saludo y ponerme a caminar hacia ellos.

Aunque Gustav se había referido a su hija como una «joven», Sophie era una mujer de mediana edad, rondando tal vez los cuarenta. Aun así, la encontré más atractiva de lo que había supuesto. Era alta, de constitución esbelta, y su larga melena oscura le daba cierto aire agitanado. El niño que la acompañaba era más bien regordete y en aquel preciso momento miraba a su madre con expresión enfurruñada.

—¿Y bien? —me preguntó Sophie alzando hacia mí una mirada sonriente—. ¿No vas a sentarte?

—Sí, sí —respondí, reparando en que había permanecido de pie con aire dubitativo—. Es decir, si no les molesto —añadí dirigiendo al chaval una sonrisa, que él me pagó con una mirada desaprobadora.

—¡Pues claro que no nos molestas!, ¿verdad, Boris? Anda, Boris..., saluda al señor Ryder.

—Hola, Boris —dije tomando asiento.

El pequeño seguía mostrándome su desaprobación, que ahora expresó preguntando a su madre:

—¿Por qué le has dicho que podía sentarse? Te estaba explicando una cosa...

—Es el señor Ryder, Boris —le dijo Sophie—. Un amigo muy especial.

—Naturalmente que puede sentarse con nosotros, si quiere. —Pero es que te estaba contando la misión del *Voyager*, mamá... Ya veo que no me escuchabas. Tendrías que aprender a prestar atención.

—Lo siento, Boris —respondió Sophie intercambiando una fugaz sonrisa conmigo—. Trataba de poner mis cinco sentidos en lo que me explicabas, pero todos esos temas científicos están muy por encima de mi comprensión. Y ahora..., ¿por qué no saludas al señor Ryder?

Boris me miró un instante y luego dijo malhumorado:

—Hola.

Y apartó la mirada de mi persona.

—No querría ser causa de ningún enfado —dije—. Por favor, Boris..., continúa con lo que estabas diciendo. De hecho me interesaría mucho saber cosas sobre esa aeronave...

—No es una aeronave —me corrigió Boris en tono de hastío—. Es una sonda para explorar los espacios interestelares. Aunque me imagino que tampoco usted

comprenderá la diferencia mucho mejor que mi madre.

—¿Sí? ¿Cómo sabes que no voy a entenderla? Tal vez tenga una mente científica. No deberías juzgar a la gente tan a la ligera, Boris.

El pequeño dejó escapar un fuerte suspiro sin volverse a mirarme.

—Seguro que será usted como mamá —dijo—. Incapaz de concentrarse.

—Vamos, vamos, Boris... —intervino Sophie—. Deberías ser un poco más amable. El señor Ryder es un buen amigo.

—Más aún: soy amigo de tu abuelo. —Por primera vez el chiquillo me miró interesado—. ¡Oh, sí! Nos hemos hecho muy amigos tu abuelo y yo. Me alojo en su hotel.

Boris comenzó a estudiarme cuidadosamente.

—Anda, Boris —insistió su madre—. ¿Por qué no saludas amablemente al señor Ryder? Aún no te has mostrado educado con él... No querrás que se marche pensando que eres un jovencito de malos modales, ¿verdad que no?

El escrutinio de Boris sobre mi persona se prolongó un rato más. Hasta que, de pronto, se dejó caer de bruces sobre la mesa y escondió la cabeza entre los brazos. Debía de estar, a la vez, balanceando las piernas debajo, porque podía oír el golpeteo de sus zapatos contra la pata metálica de la mesa.

—Lo siento mucho —se excusó Sophie—. Tiene un mal día hoy.

—Lo cierto es que... —empecé a decir en voz baja— deseaba comentar cierto asunto con usted. Pero... —Hice un gesto con los ojos en dirección a Boris. Sophie lo captó y trató de obligar a incorporarse al pequeño diciéndole:

—Boris... Tengo que hablar un momento con el señor Ryder. ¿Por qué no vas a ver los cisnes? Sólo un minuto.

Boris seguía con la cabeza entre los brazos, como si estuviera dormido, aunque su pie seguía golpeando la pata rítmicamente. Sophie lo sacudió con suavidad por el hombro.

—Anda, Boris —le instó—. Tienen también un cisne negro. Ve y quédate un rato junto a la barandilla, donde están aquellas monjas. Seguro que podrás verlos desde allí. Y regresa dentro de unos minutos para contarnos lo que has visto.

Durante unos segundos no hubo respuesta por parte de Boris. Luego se incorporó, soltó otro gran suspiro de resignación y abandonó su silla. Por alguna razón que sin duda él conocería mejor que nadie, adoptó unos andares de borracho y se alejó de la mesa tambaleándose.

Cuando el chico estuvo a suficiente distancia, me volví a Sophie. No sabía por dónde empezar y dudé unos instantes. Pero, al cabo, Sophie sonrió y rompió el silencio:

—Tengo buenas noticias. El tal señor Mayer llamó esta mañana por teléfono a propósito de la casa. Acaban de ponerla a la venta. Parece que hay excelentes

perspectivas. Llevo todo el día dándole vueltas. Algo me dice que esto podría ser lo que hemos estado buscando durante tanto tiempo. He quedado con él en que iría a verla mañana a primera hora. Realmente parece perfecta. A una media de hora del pueblo a pie, en lo alto de una colina, tres pisos... El señor Mayer dice que la vista que tiene sobre el bosque es la más bonita que ha contemplado en años. Ya sé que estás muy ocupado ahora..., pero si resulta tan extraordinaria como parece, te llamaré y tal vez puedas venir a verla. Con Boris. Quizá sea justamente lo que llevábamos tantísimo tiempo buscando. Nos ha costado dar con ella, ya sé... Pero quizá la tengamos por fin.

—Ah, sí... Excelente.

—Tomaré el primer autobús que salga de aquí por la mañana. Tendremos que darnos prisa. No estará mucho tiempo en venta.

Comenzó a darme más y más detalles acerca de la casa en cuestión. Y yo permanecí en silencio, pero sólo en parte porque no supiera qué responder. El hecho es que, a medida que seguíamos sentados allí, el rostro de Sophie empezaba a resultarme cada vez más familiar, hasta el punto de que me pareció recordar vagamente otras conversaciones anteriores entre ella y yo acerca de su plan de comprar una casa como aquélla en el bosque. Aunque algún desconcierto debió de ver en mi cara, porque al cabo de un rato cambió de repente de tono y me preguntó con voz menos resuelta, titubeante:

—Lamento lo de la última conversación por teléfono. Espero que no estés enfadado por ello...

—¿Enfadado? ¡Oh, no!

—He estado pensándolo. No debería habértelo dicho. Confío en que no te lo tomaras a pecho. Después de todo..., ¿cómo va uno a quedarse en casa justamente ahora? ¿En qué casa? ¡Y con esa cocina en semejante estado! Aparte de que he empleado tanto tiempo, tanto tiempo en buscar algo para nosotros... Por eso tengo tantísimas esperanzas en esa casa que veré mañana.

De nuevo siguió hablándome de la casa. Y, mientras lo hacía, yo trataba de recordar algo de aquella conversación telefónica a que acababa de aludir. Tardé un rato, pero al cabo surgió en mí la incierta memoria de haber oído ya su voz... —o más bien una versión más dura y airada de ella— al otro extremo del hilo telefónico, en un pasado no muy distante. Y hasta me pareció recordar cierta frase gritada por mí al aparato: «¡Vives en un mundo tan pequeño!». Ella había seguido la discusión y yo había seguido repitiéndole en tono despectivo: «¡Un mundo tan pequeño! ¡Vives en un mundo tan condenadamente pequeño!». Pero, para mi frustración, no conseguía reconstruir nada más de aquella conversación nuestra.

Puede ser que, en mi esfuerzo por refrescar la memoria, me hubiera quedado contemplándola con la mirada fija, porque me preguntó ahora con cierta timidez:

—¿Te parece que he aumentado de peso?

—¡No, no..., qué va! —me reí apartando la vista—. Tiene usted un aspecto maravilloso.

Se me ocurrió entonces que aún no había mencionado el tema sugerido por su padre y volví a tratar de encontrar una vía adecuada para introducirlo. Pero en aquel preciso momento algo golpeó el respaldo de mi silla y me di cuenta de que Boris estaba de vuelta. De hecho, el pequeño correteaba en círculos cerca de nuestra mesa, dando patadas a una bola de cartón como si fuera una pelota de fútbol. Al notar que yo le observaba, empezó a hacer malabarismos con la bola pasándola de un pie al otro y finalmente la lanzó de un patadón por entre las patas de mi silla.

—¡El Número Nueve! —gritó levantando los brazos—. ¡Un golazo del Número Nueve!

—Boris... —le dije—. ¿No crees que sería mejor que tiraras ese cartón a la papelera?

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó volviéndose a mí—. Se nos está haciendo tarde. Pronto oscurecerá.

Mirando a lo lejos observé que, en efecto, el sol desaparecía por detrás de los edificios de la plaza y que muchas de las mesas habían quedado vacías.

—Lo siento, Boris. ¿Qué es lo que querías hacer?

—¡Deprisa! —exclamó el pequeño tirándome del brazo—. ¡No vamos a llegar!

—¿Adónde quiere ir? —le pregunté a su madre en voz baja.

—Al parque infantil, por supuesto —suspiró Sophie poniéndose en pie—. Quiere mostrarte los progresos que ha hecho.

No parecía quedarme otra elección que levantarme yo también, y al instante siguiente estábamos los tres cruzando la plaza.

—¿Así que quieres enseñarme lo que eres capaz de hacer? —le dije a Boris, que echó a andar a mi lado.

—Cuando estuvimos allí antes estaba aquel chico... —me explicó agarrándose a mi brazo—. Es mucho mayor que yo, ¡y ni siquiera sabe hacer el torpedo! Mamá dice que por lo menos tiene dos años más que yo. Le enseñé a hacerlo cinco veces, pero es demasiado miedica. Sube, sube..., ¡y después no se atreve a bajar!

—¡Pues vaya! Y a ti, claro, no te da miedo en absoluto. Hacer el torpedo, quiero decir.

—¿Cómo va a darme miedo? ¡Si es fácil! ¡Está chupado!

—Más vale.

—Se moría de miedo... ¡Daba tanta risa!

Dejamos atrás la plaza y empezamos a caminar por las calles adoquinadas del barrio. Boris parecía conocer perfectamente el camino, y a menudo se adelantaba unos pasos, impaciente. En un momento dado, volvió a ponerse a mi altura y me

preguntó:

—¿Conoce usted a mi abuelo?

—Sí, ya te lo he dicho. Somos buenos amigos.

—El abuelo es muy fuerte. Es uno de los hombres más fuertes de la ciudad.

—¿De veras?

—Y es un buen luchador. Fue soldado antes. Ahora es viejo, pero sigue peleando mejor que la mayoría de la gente. A veces los rateros de la calle no se lo imaginan, y se llevan una desagradable sorpresa. —Boris hizo una repentina finta mientras caminábamos—. Y antes de que puedan darse cuenta, el abuelo los derriba de un golpe.

—¡No me digas! Eso es muy interesante, Boris.

Un momento después, mientras proseguíamos nuestro recorrido por las callejuelas empedradas, me encontré recordando algo más de la discusión que había tenido con Sophie. Tal vez se había producido una semana atrás, o algo así, y yo me hallaba en una habitación de hotel, no sé dónde, escuchando su voz que me gritaba desde el otro extremo de la línea:

—Pero... ¿cuánto tiempo más piensan que vas a poder aguantar? Tú y yo ya no somos jóvenes... Has hecho tu parte. ¡Que otros arrimen el hombro ahora!

—Mira —le había respondido yo aún sin alterar la voz—, el hecho es que la gente me necesita. Llego a un lugar y las más de las veces me salen al paso problemas tremendos..., arraigados, aparentemente insolubles... ¡Y agradecen tanto mi presencia!

—¿Y cuánto tiempo más vas a poder seguir haciendo esto por la gente? Por lo que se refiere a nosotros, a mí y a ti y a Boris, el tiempo se nos va. Antes de que te des cuenta, Boris habrá dejado de ser un niño. Nadie puede esperar que sigas así. Todas esas personas que dices..., ¿por qué no tratan de resolver sus propios problemas? ¡A lo mejor les servía de algo!

—¡No tienes ni idea! —había estallado yo, enfadado ahora—. ¡No sabes de qué hablas! En algunos de esos lugares que visito, la gente es totalmente negada. No entienden ni jota de música moderna y, si los abandonas a su suerte, es evidente que se encontrarán cada vez más confusos. Me necesitan..., ¿es que no lo entiendes? ¡Me necesitan ahí! Tú no tienes ni idea de lo que estás hablando. —Y entonces le había gritado—: ¡Un mundo tan pequeño! ¡Vives en un mundo tan condenadamente pequeño!

Habíamos llegado a un parque infantil vallado. No había nadie dentro y me pareció que se respiraba una atmósfera más bien melancólica. Boris, desbordando entusiasmo, nos condujo hacia la pequeña verja de entrada.

—¡Mirad, mirad qué fácil es! —dijo, y se alejó corriendo hacia una estructura de tubos dispuesta para que los niños trepan.

Durante unos instantes, Sophie y yo observamos en silencio la figura del niño, viéndolo trepar y trepar a la luz del atardecer. Luego ella murmuró en voz baja:

—Tiene gracia, ¿sabes? Cuando escuchaba al señor Mayer y su descripción de la sala de estar de la casa, no dejaban de venirme a la memoria esas otras imágenes, las del apartamento en que vivíamos cuando yo era niña. Y así estuve durante toda la conversación con él. ¡Nuestra vieja sala...! Mamá, papá..., como eran entonces. Probablemente no se parecerán nada. En realidad, ni siquiera lo espero. Iré allí mañana y me encontraré con algo muy distinto. Pero ha hecho renacer en mí la esperanza. Ya sabes..., como una especie de presagio. —Dejó escapar la risa un momento y luego tocó mi hombro—. Estás muy callado.

—¿Sí? Lo siento. Es por el viaje. Supongo que estoy cansado.

Boris había alcanzado el punto más alto de la estructura, pero la luz había menguado tanto que apenas se le distinguía como una silueta oscura recortada contra el firmamento. Reclamó nuestra atención con un grito y después, agarrándose al barrote de arriba, dio una vuelta de campana a su alrededor.

—¡Está tan orgulloso de poder hacer eso! —comentó Sophie, y enseguida lo llamó—: Hay muy poca luz ya, Boris. Baja de ahí.

—Es muy fácil. Y aún más fácil a oscuras.

—Bájate ahora mismo.

—La culpa es de viajar tanto —seguí diciendo—. De habitación de hotel en habitación de hotel... Sin ver jamás a ningún conocido. Es muy fatigoso, sí. E incluso ahora, en esta ciudad, ¡es tan grande la presión sobre mí! Me refiero a la gente. Evidentemente esperan demasiado de mí. Quiero decir, que veo que...

—Mira —me cortó amablemente Sophie, apoyando su mano en mi brazo—, ¿por qué no nos olvidamos de todo eso ahora? Tendremos tiempo de sobra para charlar de ello después. Todos estamos cansados. Ven con nosotros al apartamento. Está sólo a unos minutos de aquí, pasada la iglesia medieval. Estoy segura de que podemos resolverlo todo con una buena cena y un buen rato de tregua para nuestros pies cansados.

Me había hablado en un tono muy dulce, con la boca tan cerca, que sentí su aliento en mi oído. El cansancio se había apoderado de mí de nuevo, y la idea de relajarme en la tibieza de su apartamento —tal vez jugando con Boris sobre la alfombra mientras ella preparaba la cena— me pareció de pronto sumamente tentadora. Hasta el punto de que quizá cerré por un instante los ojos y permanecí inmóvil, sonriendo ensoñadoramente. En cualquier caso, la vuelta de Boris me sacó de mi ensoñación.

—Es facilísimo hacerlo a oscuras.

Noté entonces que Boris parecía tener frío, temblar casi. Toda su energía anterior se había esfumado, y supuse que la exhibición que acababa de ofrecernos le había

exigido un gran despliegue de energía.

—Vamos a volver todos al apartamento —dije—. Nos espera una espléndida cena.

—Sí, vamos —dijo Sophie, poniéndose en movimiento—. Ya es hora de irnos.

Había empezado a caer una fina llovizna y, ahora que el sol se había puesto, el aire era mucho más frío. Boris se agarró de nuevo a mi mano y seguimos los dos a Sophie, a través de la puertecilla del parque, hacia una oscura calleja que se abría detrás de ella.

Estaba claro que habíamos salido ya de la ciudad antigua. Los sórdidos muros de ladrillo que se alzaban a uno y otro lado carecían de ventanas y daban la impresión de tratarse de paredes traseras de naves o almacenes. Mientras proseguíamos nuestro camino, Sophie mantenía un paso tan vivo que no pasó mucho tiempo sin que me diera cuenta de que Boris tenía cierta dificultad en seguirlo. Pero cuando se me ocurrió preguntarle si íbamos demasiado deprisa, me miró con expresión airada.

—¡Puedo correr mucho más! —gritó, y emprendió un trotecillo tirando de mí. Aunque enseguida aminoró nuevamente el paso con un gesto de dolor en la cara. Y en adelante, a pesar de que yo me esforcé en caminar algo más despacio, noté que jadeaba con cierta dificultad. Poco después se puso a murmurar entre dientes. No le presté mucha atención al principio, suponiendo que lo hacía para darse ánimos. Hasta que de pronto le oí decir:

—¡El Número Nueve...! ¡Es el Número Nueve!

Le miré con curiosidad. Tenía el rostro sudoroso y frío, y se me ocurrió que sería bueno darle conversación.

—Ese Número Nueve..., ¿qué es? ¿Un futbolista?

—El mejor futbolista del mundo.

—El Número Nueve... Sí, claro.

Unos metros delante de nosotros, la figura de Sophie desapareció al doblar una esquina y noté que la mano de Boris se asía con más fuerza a la mía. Hasta aquel instante no había reparado en la distancia que había llegado a haber entre su madre y nosotros y, por más que avivamos nuestro paso, me pareció que tardábamos una eternidad en alcanzar la esquina. Cuando la doblamos al fin, vi con disgusto que Sophie se había distanciado aún más de nosotros.

Seguíamos caminando entre sucias paredes de ladrillo, algunas con grandes manchones de humedad. El pavimento no era nada liso, y a la luz de las farolas podía ver en él brillantes charcos de agua.

—No te preocupes —le dije a Boris—. Ya estamos llegando.

El pequeño continuaba murmurando para sí, repitiendo al compás de su respiración entrecortada:

—Número Nueve... Número Nueve...

Aquellas alusiones de Boris al «Número Nueve» habían hecho resonar en mí desde el principio algo como un timbre lejano. Pero ahora, al oírlo de nuevo, recordé que aquel «Número Nueve» no era un jugador de fútbol real, sino uno de los futbolistas en miniatura que formaban parte de su juego de mesa: figuritas de alabastro, lastradas en la base, que, mediante golpecitos con el dedo, podían regatear, pasarse o chutar una diminuta pelota de plástico. El juego estaba diseñado para que

compitieran dos jugadores, controlando cada cual su equipo, pero Boris solía jugar solo y se pasaba horas y horas delante del tablero montando partidos llenos de incidencias dramáticas y emocionantes lances. Tenía seis equipos diferentes completos, porterías en miniatura a las que no les faltaba una red auténtica, y un fieltro verde que se desplegaba para formar el terreno de juego. El niño había despreciado olímpicamente la presunción de los fabricantes de que le encantaría pensar que los equipos eran «reales», como el Ajax de Amsterdam o el AC Milán, por ejemplo, y los había bautizado con nombres inventados. A los jugadores, sin embargo —y a pesar de que Boris había llegado a conocer perfectamente las cualidades y defectos de cada uno—, no les había asignado ningún nombre, y prefería llamarlos simplemente por el número de sus respectivas camisetas. Y tal vez por no estar familiarizado con la relación que se da en el fútbol entre la numeración de la camiseta y el puesto a desempeñar en el equipo, o simplemente por un capricho más de su imaginación, lo cierto es que el número del jugador no tenía nada que ver con la misión que le asignaba Boris en el campo. Y así el Número Nueve podía ser muy bien un legendario defensa central, y el «dos» un joven y prometedor extremo. Aquel Número Nueve jugaba en el equipo favorito de Boris Y era, con mucho, el mejor dotado de los jugadores. Pero, a pesar de su extraordinaria técnica, poseía una personalidad sumamente tornadiza. Su posición habitual era la de centrocampista; pero a menudo, durante largas fases del juego, le daba por perderse en alguna zona intrascendente del terreno de juego, olvidando en apariencia que su equipo se hallaba en una situación desesperada. Y así, en ocasiones durante una hora larga, el Número Nueve permanecía en el campo como aletargado, mientras su equipo encajaba cuatro, cinco y hasta seis goles, hasta el punto de que el comentarista —porque siempre había un comentarista transmitiendo el partido— se veía obligado a decir:

—El Número Nueve no acaba de entrar en juego... No sabemos qué le pasa.

Pero luego, quizá faltando sólo veinte minutos para la conclusión del partido, el Número Nueve mostraba un atisbo de su indiscutible clase y evitaba un gol «cantado» en contra de su equipo con una intervención rayana en la genialidad.

—¡Ahora sí! —exclamaría el comentarista—. Ahora sí que el Número Nueve da la medida de su talento.

A partir de ese instante, el Número Nueve parecía recuperar su forma a marchas forzadas, y no tardaba en comenzar a marcar un tanto tras otro, hasta el punto de que todo el equipo contrario estaría ocupado en evitar a cualquier precio que el jugador recibiera el balón. Lo que no impedía que, más tarde o más temprano, llegara hasta él la pelota y entonces, sin importar cuántos adversarios hubiera entre su posición y la línea de meta, el Número Nueve se las arreglaba para encontrar el camino del gol. Pronto la inevitabilidad de la jugada era tal en cuanto se hallaba en posesión del balón, que el comentarista anunciaba el gol, con cierto tono de resignada admiración,

en el instante mismo en que el Número Nueve se hacía con el esférico, aunque estuviera en su propia línea de medios, sin aguardar a que el balón se colara en la portería contraria. Y también los espectadores —porque los había, naturalmente— rugían de entusiasmo en cuanto veían al Número Nueve iniciar la jugada..., en un clamor que se prolongaba con igual intensidad mientras el jugador driblaba a sus oponentes, chutaba fuera del alcance del guardameta y se volvía para recibir las felicitaciones de sus agradecidos compañeros de equipo. Mientras yo recordaba todo esto, me vino también a la memoria la vaga idea de algún problema relacionado últimamente con el Número Nueve, así que interrumpí los murmullos de Boris para preguntarle:

—¿Qué tal está esta temporada el Número Nueve? ¿En buena forma?

Boris dio unos pasos más en silencio, y respondió:

—Nos hemos olvidado la caja.

—¿La caja?

—Al Número Nueve se le despegó la base. Les pasa a algunos, y es fácil repararlos. Lo puse en una caja aparte para arreglarlo en cuanto mamá comprara el pegamento. Una caja especial, para tenerlo a mano. Pero nos lo olvidamos.

—Comprendo. Quieres decir que lo dejasteis donde vivíais antes.

—A mamá se le olvidó embalarlo con las demás cosas. Pero dijo que pronto podríamos volver a buscarlo. Al antiguo apartamento. Tiene que estar allí. Y ahora que tenemos el pegamento adecuado, podré arreglarlo. Aún me queda un poco.

—¡Ya!

—Mamá dice que todo irá bien, que se encargará de avisar a los nuevos inquilinos para que no lo tiren por error. Dice que volveremos allí pronto.

Tuve la clara sensación de que Boris estaba sugiriendo algo y, cuando volvió a su mutismo, le dije:

—Si tú quieres, Boris, podría llevarte allí. Sí, creo que podríamos ir los dos juntos, tú y yo. Al antiguo apartamento para recoger al Número Nueve. Podemos hacerlo cuando quieras. Mañana incluso, si dispongo de un rato libre. Y después, como que ya tienes el pegamento... Enseguida volverá a estar como antes. No te preocupes. Iremos muy pronto a buscarlo.

Sophie había desaparecido otra vez, tan bruscamente ahora que pensé que se habría metido en algún portal. Boris tiró de mí y nos apresuramos para llegar hasta el lugar donde la habíamos visto perderse.

Pronto descubrimos que Sophie se había metido, en realidad, por un callejón lateral cuya entrada era poco más que un resquicio en el muro. Bajaba en fuerte pendiente y era tan estrecho que daba la impresión de que no se podía recorrer sin arañarse el codo en alguna de las ásperas paredes que lo flanqueaban. Sólo dos farolas disipaban la oscuridad, una hacia la mitad y otra en el extremo opuesto.

Boris se agarró a mi mano y comenzamos el descenso. Su respiración no tardó en tornarse de nuevo fatigosa. Al rato vi que Sophie había alcanzado ya el extremo del callejón; por fin Parecía haber advertido nuestro apuro y estaba inmóvil bajo la taróla observándonos con una expresión vagamente preocupada. Cuando llegamos a su altura, protesté con cierta irritación:

—¿No ves que nos está costando mucho seguirte? Ha sido un día muy cansado para mí y para Boris.

Sophie sonrió, abstraída. Luego, pasando el brazo por el hombro de Boris, lo atrajo hacia sí diciéndole con dulzura:

—Tranquilo... Ya sé que es un poco desagradable con este frío y la lluvia que ha comenzado a caer. Pero enseguida estaremos en el apartamento. Y calentitos..., ya nos ocuparemos de que así sea. Lo suficiente para poder quitarnos los jerséis si queremos. Y podrás acurrucarte en uno de esos grandes sillones nuevos. Un niño como tú casi se pierde en ellos. Podrás hojear tus libros, ver algún vídeo... O, si lo prefieres, podríamos sacar del armario algunos juegos de mesa. Te los sacaré todos para que tú y el señor Ryder podáis jugar al que os apetezca. Aunque también podríais colocar los almohadones rojos en la alfombra y extender el juego en el suelo. Yo, entretanto, haré la cena y pondré la mesa en un rincón. De todas formas, más que cocinar algo complicado, creo que sacaré algunas cosillas para picar: albóndigas, quesitos, algunas pastas... No temas: tendré en cuenta todo lo que te gusta y lo pondré en la mesa. Cuando hayamos cenado los tres, jugaremos todos juntos, si quieres. Mientras te apetezca; y, si te cansas, lo dejamos. A lo mejor prefieres charlar de fútbol con el señor Ryder. Después, sólo cuando ya no puedas más, te vas a la cama. Ya sé que tu nueva habitación es pequeña, pero tú mismo dijiste que te parecía muy bonita. Seguro que esta noche dormirás profundamente. Olvidarás por completo este desagradable y frío paseo. En cuanto entres por la puerta y notes el calórenlo de dentro... No te desanimes. Nos queda muy poco ya.

Tenía abrazado a Boris mientras le hablaba de esta forma, pero al concluir lo soltó, dio media vuelta y prosiguió el camino. La brusquedad con que lo hizo me cogió por sorpresa..., porque yo mismo me había sentido arrullado por sus palabras, y hasta había cerrado un instante los párpados. También Boris se llevó un sobresalto; para cuando volví a darle la mano, su madre se hallaba ya a varios pasos de distancia.

Yo no estaba dispuesto a dejar que se alejara mucho de nuevo, pero en aquel preciso instante noté unos pasos a nuestras espaldas y no puede evitar demorarme un segundo para mirar hacia la entrada del callejón. En el momento en que lo hacía, una persona acababa de entrar en el círculo de luz proyectado por la farola, y vi que se trataba de un conocido. Era Geoffrey Saunders, un compañero mío de clase en el año en que fui a la escuela en Inglaterra. No le había vuelto a ver desde entonces, así que me sorprendió ver lo mucho que había envejecido. Incluso teniendo en cuenta el

efecto poco favorecedor de la luz de la farola, sumado al de la fría llovizna, daba la impresión de un enorme desaliño. Llevaba una gabardina que, al parecer, no podía abrocharse, pues tenía que mantenerla sujeta por delante mientras caminaba. No estaba yo muy seguro de querer dar muestras de haberlo reconocido, pero en el momento en que Boris y yo nos poníamos de nuevo en marcha, Geoffrey Saunders nos dio alcance.

—¡Hola, muchacho! —me saludó—. Ya me pareció que eras tú. ¡Qué tarde de perros tenemos!

—Sí, de perros —asentí—. Y eso que el tiempo era muy agradable hace un rato.

El callejón había desembocado en una especie de carretera oscura y sin un alma. Soplaban un viento fuerte y daba la impresión de que la ciudad estaba muy lejos.

—¿Tu chico? —preguntó Geoffrey Saunders señalando con un gesto a Boris. Y luego, antes de darme tiempo a responder, prosiguió—: Guapo muchacho. Y buen mozo. Parece muy listo. Yo no he llegado a casarme. Siempre quise hacerlo, pero han ido pasando los años y ahora imagino que ya no me casaré. Aunque, para ser sincero, supongo que hay razones más profundas para mi soltería. Descuida... No quiero aburrirte habiéndote de la mala suerte que me ha acompañado todos estos años. Cierto que también he tenido algunos momentos buenos... En fin... Un buen mozo, sí, este chaval tuyo.

Geoffrey inclinó el cuerpo para saludar a Boris, pero éste, demasiado cansado o preocupado, no correspondió al saludo. La carretera nos llevaba ahora colina abajo. Mientras avanzábamos en la oscuridad, recordé que Geoffrey Saunders había sido el alumno más prometedor de nuestro curso, destacado tanto en el aspecto académico como en el deportivo. El ejemplo al que se recurría siempre para reprocharnos a todos los demás nuestra falta de esfuerzo. Se daba por sentado que, con el tiempo, llegaría a ser el capitán del colegio. No lo fue en realidad, debido a cierta crisis que lo obligó a abandonar repentinamente la escuela a mitad del quinto curso.

—Leí en los periódicos que venías —estaba diciéndome ahora—. He estado esperando que me llamaras. Que me dijeras cuándo vendrías a visitarme. Fui a la panadería y compré unas Pastas para tener algo que ofrecerte con la taza de té clásica. Después de todo, puede que mi vivienda sea un cuchitril de mala muerte, por lo de ser un solterón y todo eso, pero no he perdido la esperanza de que me visiten de vez en cuando y me siento muy capaz de recibir a mis invitados con todos los honores. Por eso, cuando oí que venías, salí inmediatamente a comprar unas pastas de té. Eso fue hace dos días. Ayer todavía me parecieron presentables, aunque la capa de azúcar se había quedado ya un poco dura. Pero hoy, en vista de que no dabas señales de vida, las he tirado a la basura. Por orgullo, supongo... Quiero decir, que tú has triunfado en la vida, y no me hacía ninguna gracia que te fueras pensando que llevo una existencia miserable en un cuartucho alquilado con sólo unas pastas rancias para ofrecer a mis

visitas. Así que he ido de nuevo a la panadería y he comprado otras recién hechas. Y hasta he adecentado un poco mi cuarto. Pero tú sin llamarme... Bueno..., supongo que no puedo reprochártelo.

»¡Eh, chico! —Se inclinó de nuevo y observó a Boris—. ¿Estás bien? Resoplas como si te hubieras quedado sin resuello.

Boris, que ciertamente volvía a tener dificultades, no dio muestras de haberle oído.

—Más vale que aflojemos un poco el paso en atención a esta tortuguita —dijo Geoffrey Saunders, y siguió—: La cuestión es que, ya desde el principio, no tuve mucha suerte en el amor. Mucha gente en esta ciudad piensa que soy homosexual... Lo creen porque vivo solo en una habitación alquilada. Al principio me molestaba que dijeran eso, pero ya no me molesta. Muy bien, me creen un homosexual..., ¿y qué? En realidad no me faltan mujeres con las que satisfacer mis necesidades. Ya me entiendes..., pagando. Es la clase de mujer que me va, y diría que algunas de ellas son de lo más decente. Lo que pasa es que, al cabo de un tiempo, comienzas a despreciarlas y ellas a despreciarte a ti. Es imposible evitarlo. Conozco a la mayoría de las putas de la ciudad. No quiero decir que me haya acostado con todas... ¡Ni mucho menos! Pero todas me conocen, y yo a ellas. De vista, por lo menos. Probablemente pensarás que llevo una vida muy miserable... Pero no. Es cuestión de enfoque, según como lo mires... De vez en cuando vienen a visitarme algunos amigos. Y te aseguro que soy capaz de hacerles pasar un buen rato tomando una taza de té. Soy un buen anfitrión. A menudo me comentan después lo mucho que han disfrutado con la visita. La carretera había seguido cuesta abajo un buen rato, pero ahora llegó a un llano y nos encontramos frente a lo que parecía ser una granja abandonada. A nuestro alrededor se abrazaban a la luz de la luna negras siluetas de graneros y establos. Sophie continuaba encabezando la marcha, pero mucho más adelante, y a menudo yo apenas conseguía vislumbrar su silueta en el momento de desaparecer tras el muro de algún edificio en ruinas.

Afortunadamente, Geoffrey Saunders daba la impresión de conocer perfectamente el camino y de trazar la ruta a través de la oscuridad sin dificultad alguna. Mientras le seguíamos de cerca, me vino a la memoria un recuerdo de nuestros días escolares, el de cierta desapacible mañana de invierno en Inglaterra, con el cielo nublado y la tierra cubierta de escarcha. Yo tenía entonces catorce o quince años y estaba en el exterior de un *pub*, en compañía de Geoffrey Saunders, en algún remoto lugar del Worcestershire, en pleno campo. Nos habían emparejado para marcar el trazado de una carrera de *cross-country*, y nuestra tarea consistía en indicar a los corredores, a medida que iban saliendo de la niebla, la dirección correcta que debían seguir a través de un prado próximo. Aquella mañana yo me sentía especialmente triste, y después de pasar un cuarto de hora allí juntos contemplando en silencio la niebla, a pesar de

todos mis esfuerzos por reprimirlas, se me saltaron las lágrimas. Yo entonces no conocía bien a Geoffrey Saunders, aunque —como todos— siempre me había esforzado por causarle buena impresión. Por eso me sentí especialmente mortificado, y mi primera impresión, una vez hube conseguido dominar mis emociones, fue que él me dedicaba el más profundo de los desprecios. Pero he aquí que de pronto se puso a hablar, al principio sin mirarme, pero luego volviéndose hacia mí de cuando en cuando. No podía recordar ahora cuáles habían sido sus palabras en aquella mañana brumosa, pero sí, nítidamente, la impresión que me habían causado. Porque, incluso en mi estado de autocompasión, fui capaz de advertir la gran generosidad de que me estaba dando muestras, y sentí una profunda gratitud hacia él. En aquel instante, también, me di cuenta por vez primera, con algo semejante a un escalofrío, de que en aquel discípulo modelo había un aspecto oculto: una dimensión profunda y vulnerable que auguraba que jamás llegaría a colmar todas las expectativas que el mundo había Puesto en su persona. Ahora, mientras seguíamos caminando en la noche, traté de volver a recordar lo que me había dicho aauella mañana, pero no lo conseguí.

Con el terreno llano, Boris pareció recobrar el aliento y otra vez comenzó a hablar en susurros. Animado tal vez por la sensación de que estábamos a punto de llegar a nuestro lugar de destino, sacó la energía suficiente para darle una patada a un guijarro que encontró en el camino y exclamar en voz alta:

—¡Número Nueve!

La piedra saltó por encima de las asperezas del suelo y fue a caer en algún lugar con agua oculto en la negrura.

—¡Eso ya está mejor! —le dijo Geoffrey Saunders—. ¿Juegas de delantero centro? ¿Con el número nueve a la espalda?

Como Boris no respondiera, me apresuré a decir:

—¡Oh, no! Se refiere a su jugador favorito.

—¿De veras? Veo mucho fútbol. Por la tele, quiero decir. —Se inclinó nuevamente hacia Boris—. ¿Quién es ese Número Nueve tuyo?

—No, ya te digo que es sólo su jugador favorito —repetí.

—Como delantero centro —prosiguió Geoffrey Saunders—, a mí me encanta ese holandés que juega en el Milán. ¡Ése sí que es bueno!

Iba yo a decir algo que explicara lo del Número Nueve cuando de pronto nos detuvimos. Vi que estábamos al borde de una gran pradera, cuya extensión no sabría precisar, aunque adiviné que se prolongaba hasta mucho más allá de lo que alcanzábamos a ver a la luz de la luna. Mientras permanecíamos allí, un fuerte viento ondulaba la hierba e iba a perderse en la oscuridad.

—Tengo la sensación de que nos hemos perdido —le dije a Geoffrey Saunders—. ¿Sabes por dónde vas?

—¡Oh, sí! Vivo aquí cerca. Por desgracia no puedo pedirte que vengas a casa ahora, porque estoy muy cansado y he de irme a dormir. Pero estaré preparado para recibirte mañana. A cualquier hora a partir de las nueve.

Miré a través del campo hacia la negrura del fondo.

—Si he de serte sincero, creo que estamos en un pequeño apuro —le dije—. Verás... íbamos camino del apartamento de esa mujer que antes nos precedía. Pero ahora nos hemos perdido y no tengo la menor idea de cuál es su dirección. Dijo algo..., que vivía junto a una iglesia medieval, creo.

—¿La iglesia medieval? ¡Eso está en el centro de la ciudad!

—¡Ah! ¿Podemos llegar atajando por ahí? —pregunté señalando el prado.

—¡Qué va! No hay nada por ahí. Sólo vacío. La única persona que vive en esa dirección es ese tipo, Brodsky.

—Brodsky —murmuré—. ¡Humm! Hoy le he oído ensayar en el hotel... Parece que en esta ciudad lo conocéis todos.

Geoffrey Saunders me miró fijamente, de forma que me hizo sospechar que mi observación le había parecido estúpida.

—Bueno..., lleva viviendo aquí muchos años. ¿Por qué no íbamos a conocerle?

—Sí, sí..., claro.

—Resulta algo difícil de creer que al viejo loco se le haya metido entre ceja y ceja dirigir una orquesta... Pero ya veremos qué pasa. Las cosas no pueden ir mucho peor. Y si a ti te da por decir que Brodsky es el culpable, bueno..., ¿quién soy yo para discutirlo?

No se me ocurría qué responderle. En todo caso, Geoffrey Saunders se apartó bruscamente del prado diciendo:

—No, no... La ciudad está por ahí. Puedo indicaros el camino, si queréis.

—Te quedaremos muy agradecidos —le aseguré, mientras una ráfaga de viento frío se colaba entre nosotros.

—Veamos... —Geoffrey Saunders permaneció pensativo unos instantes. Luego dijo—: Para seros franco, más valdría que tomarais un autobús. Desde aquí tenéis media hora larga de camino. Me imagino que la mujer te convenció de que su apartamento quedaba a dos pasos. Bueno..., lo hacen siempre. Es uno de sus trucos. No se les debe dar crédito. Pero no habrá problema si tomáis el autobús. Te mostraré dónde hay una parada.

—De verdad que te lo agradeceremos —reiteré—. Boris se está quedando helado. Confío en que esa parada no esté lejos...

—¡Oh, no, muy cerquita! Sigúeme, muchacho.

Geoffrey Saunders dio media vuelta y nos hizo retroceder hacia la granja abandonada. Me pareció, sin embargo, que no desandábamos el camino de antes y, en efecto, al poco tiempo nos encontramos caminando por una calle estrecha en lo que

parecía un arrabal no muy opulento de la ciudad. A ambos lados de la calle se alineaban hileras de casas. De tanto en tanto podía ver alguna ventana iluminada, pero la mayoría de sus moradores parecían haberse ido ya a la cama.

—Todo irá bien ahora —le dije en voz baja a Boris, que parecía exhausto—. Encontraremos el apartamento enseguida. Y tu madre nos tendrá todo preparado para cuando lleguemos.

Pasamos por delante de otras hileras de casas. Y Boris volvió a murmurar:

—El Número Nueve... Es el Número Nueve...

—Pero, veamos..., ¿a qué Número Nueve te refieres? —preguntó Geoffrey Saunders, volviéndose hacia él—. Te refieres a ese holandés, ¿no?

—El Número Nueve es el mejor jugador de la historia del fútbol —afirmó Boris.

—Sí, bueno... pero ¿de quién hablas? —En la voz de Geoffrey Saunders había ahora una nota de impaciencia—. ¿Cómo se llama? ¿En qué equipo juega?

—Boris sólo está...

—¡Una vez marcó diecisiete goles en los diez últimos minutos! —me cortó Boris.

—¡Qué tontería! —Geoffrey Saunders parecía estar enfadado de verdad—. Creí que hablabas en serio. Y estás diciendo tonterías.

—¡Lo hizo! —gritó Boris—. ¡Fue un récord mundial!

—¡Vaya si lo fue! —le apoyé—. ¡Un récord mundial! —Y después, recuperando un tanto la compostura, solté una carcajada—. Vamos..., digo yo. Tenía que serlo, ¿no? —Sonreí a Geoffrey Saunders como pidiéndole ayuda, pero él no me hizo el menor caso.

—Pero ¿de quién estás hablando? ¿Te refieres a ese holandés? En todo caso, muchacho, debes darte cuenta de que no todo consiste en marcar goles... Los defensas son también importantísimos. Los jugadores buenos de verdad a menudo son defensas.

—¡El Número Nueve es el mejor jugador de toda la historia! —insistió Boris—. Cuando está en forma, no hay defensa capaz de pararlo.

—Boris tiene razón —dije—. El Número Nueve es, sin lugar a dudas, el mejor jugador del mundo. Centrocampista, delantero, todo... Juega de lo que sea. Claro que sí.

—Dices tonterías, camarada... Ninguno de los dos sabéis de lo que habláis.

—¡Lo sabemos perfectamente! —Me estaba enfadando con Geoffrey Saunders—. Lo que estamos diciendo lo reconoce todo el mundo. Cuando el Número Nueve está en forma, realmente en forma, el comentarista grita «¡gol!» en cuanto lo ve tocar el balón, no importa en qué zona del campo se encuentre...

—¡Dios santo! —dijo Geoffrey Saunders, volviendo la cara en señal de disgusto—. Si ésas son las bobadas con las que llenas la cabeza de tu chico, ¡que Dios lo ampare!

—¡Escucha de una vez! —Acerqué mi cara a su oído y le susurré, malhumorado —: Pero es que ¿no comprendes que...?

—¡Bobadas, hombre! Estás llenando de bobadas la cabeza de tu hijo...

—¡Pero si es un chaval, un crío! ¿No entiendes que...?

—No hay por qué llenarle la cabeza con sandeces de semejante calibre Además, no parece tan crío... A mi modo de ver, un muchacho de su edad debería estar ya arrimando el hombro. Aportando su granito de arena. Debería estar aprendiendo a empapelar paredes, por ejemplo, o a alicatarlas. Y dejarse de todas estas majaderías sobre fenómenos del fútbol.

—¡No seas idiota y cállate de una vez! ¡Cierra el pico!

—¡Un chico de su edad...! ¡Ya es hora de que haga algo de provecho!

—¡Es *mi* chico, y ya le diré yo cuándo debe...!

—Empapelar, alicatar..., cosas de ese tipo. En mi opinión, eso es lo que...

—¡Un momento...! ¿Tú qué sabes de esto? ¡Un miserable solterón solitario...! No tienes ni idea.

Le pegué un empujón en el hombro, y Geoffrey Saunders se quedó súbitamente cabizbajo. Se nos adelantó unos pasos, arrastrando los pies, y siguió caminando con la cabeza ligeramente baja, aferrándose a las solapas de su gabardina.

—No pasa nada —le dije a Boris en voz baja—. Llegaremos enseguida.

Boris no respondió, y vi sus ojos clavados en la encorvada figura de Geoffrey Saunders, que avanzaba dando tumbos unos metros más adelante.

Poco a poco, mientras caminábamos, mi enfado con mi antiguo compañero de clase empezó a ceder un tanto. Además, no había olvidado que dependíamos por completo de él para que nos indicara el camino hasta la parada del autobús. Al poco me acerqué a él, preguntándome si aún estaríamos en disposición de conversar. Para mi sorpresa, lo encontré murmurando para sí mismo:

—Sí, sí... Ya hablaremos de todo esto cuando vengas a tomar el té. Hablaremos de todo tipo de cosas, y pasaremos una hora o dos de nostalgia charlando de los tiempos de la escuela y de nuestros antiguos compañeros de clase. Tendré la habitación caldeada y podremos sentarnos en las butacas o a ambos lados de la chimenea. Sí... Se parece a una de esas habitaciones que uno puede alquilar en Inglaterra. O que al menos se podían alquilar hace algunos años. Por eso la alquilé. Me recordaba el hogar. En cualquier caso, podríamos sentarnos junto a la chimenea y charlar de todo aquello: de los profesores, de los camaradas..., intercambiar noticias de amigos comunes con los que aún mantenemos contacto. Bien..., ¡ya hemos llegado!

Habíamos salido a lo que parecía la plaza de un pueblo pequeño. Vi unas cuantas tiendas, en las que presumiblemente se abastecerían de comestibles los habitantes del barrio, todas con las persianas metálicas cerradas a cal y canto para pasar la noche.

En el centro de la plaza había un pequeño redondel verde, no mayor que una isleta de tráfico. Geoffrey Saunders me señaló una solitaria farola enfrente de las tiendas.

—Tú y tu chico tendréis que esperar ahí. Ya sé que no hay ninguna señal de parada, pero no te preocupes... Los autobuses paran ahí. Ahora, me temo que tendré que dejaros.

Boris y yo dirigimos la vista hacia el punto que nos había indicado Saunders. Había dejado de llover, pero la niebla flotaba en torno a la base de la farola. Nada parecía moverse a nuestro alrededor.

—¿Estás seguro de que vendrá algún autobús? —pregunté.

—¡Oh, sí! Claro que puede tardar un poco a estas horas de la noche. Pero no esperaréis en vano. Sólo tendréis que tener un poco de paciencia. Quizá os quedéis fríos esperando ahí de pie, pero..., creedme, valdrá la pena haber esperado. Surgirá de pronto en la oscuridad, brillantemente iluminado. Y en cuanto subáis, veréis qué caliente y cómodo es. Lleva siempre un animado grupo de pasajeros. Estarán riendo y bromeando, pasándose unos a otros tentempiés y bebidas calientes. Os recibirán con los brazos abiertos. Le dices al conductor que os deje en la iglesia medieval. Es un trayecto muy corto.

Geoffrey Saunders nos dio las buenas noches, se dio la vuelta y se alejó de nosotros. Boris y yo lo seguimos con la mirada mientras desaparecía por un callejón, entre dos casas, y después nos encaminamos despacio hacia la parada del autobús.

5

Permanecimos varios minutos de pie bajo la luz de la farola, envueltos en el silencio. Al cabo pasé mi brazo por los hombros de Boris y le dije:

—Debes de estar quedándote frío.

Él se arrebujó contra mi cuerpo, pero no dijo nada. Cuando bajé la vista para mirarle, vi que observaba pensativamente la negrura de la calle. En algún lugar, a lo lejos, un perro comenzó a ladrar, pero calló enseguida. Tras otro rato de silencio, dije:

—Lo siento, Boris. Debería haberlo pensado mejor. Lo siento mucho.

El pequeño guardó silencio unos instantes. Y al cabo dijo:

—No se preocupe. Pronto llegará el autobús.

Al otro lado de la plazuela, la niebla se agolpaba frente a la breve hilera de tiendas.

—No estoy muy seguro de que vaya a llegar ningún autobús, Boris —dije por fin.

—No se preocupe. Tiene que tener un poco de paciencia.

Seguimos aguardando unos minutos más. Luego repetí:

—Mira, Boris..., no estoy nada seguro de que vaya a venir ningún autobús.

El pequeño se volvió para mirarme, y suspiró cansinamente.

—Deje de preocuparse. ¿No ha oído lo que ha dicho ese hombre? Tenemos que esperar.

—Verás, Boris... A veces las cosas no salen como uno desea. Ni siquiera cuando alguien te dice que saldrán bien.

Boris dejó escapar otro suspiro.

—Pero el hombre lo ha dicho, ¿no? Además, mamá estará esperándonos.

Trataba de pensar lo que iba a decir luego cuando a los dos nos sobresaltó el sonido de una tosecilla. Y al volverme, bajo el círculo de luz de la farola, vi que alguien asomaba la cabeza por la ventanilla de un coche parado.

—Buenas noches, señor Ryder. Dispénsame, pero pasaba por aquí y le he visto por casualidad... ¿Va todo bien?

Di unos pasos en dirección al coche y reconocí a Stephan, el hijo del director del hotel.

—¡Oh, sí, perfectamente! Gracias por su interés. Estamos..., bueno, estamos esperando al autobús.

—Tal vez podría llevarles... Voy a hacer una gestión, una misión delicada que me ha encomendado mi padre. La verdad es que hace bastante frío aquí... ¿Por qué no suben?

El joven salió del vehículo y abrió la puerta del acompañante y la trasera del mismo lado. Dándole las gracias, ayudé a Boris a subir al asiento trasero y me acomodé en el de delante. Al momento siguiente, el coche arrancó.

—Así que éste es su chico... —dijo Stephan mientras aceleraba por las calles desiertas—. Es un placer conocerle, aunque me da la impresión de que ahora está un poco cansado. Será mejor que descanse... Ya le daré la mano en otra ocasión.

Al mirar hacia atrás, vi que Boris se estaba quedando dormido, con la cabeza apoyada en el mullido reposabrazos.

—Por cierto, señor Ryder —prosiguió Stephan—. Supongo que desean volver al hotel...

—En realidad, Boris y yo nos dirigíamos al apartamento de una amiga. En el centro, cerca de la iglesia medieval.

—¿La iglesia medieval? Hummm...

—¿Le supone algún problema?

—¡Oh, no! Ningún problema en absoluto. —Stephan giró el volante para doblar hacia otra calle oscura y estrecha—. Es sólo que..., bueno, que..., como le decía, iba a hacer una gestión. Una cita. Pero permítame que piense...

—¿Se trata de algo urgente?

—Sí. En realidad, señor Ryder, es *bastante urgente*. Tiene que ver con el señor Brodsky, comprenda. De hecho es de vital importancia. Hummm... Me pregunto si a usted y a Boris no les importaría aguardar unos segundos mientras realizo mi encargo... Luego podré llevarles a donde quieran.

—Debe atender primero a sus asuntos, por supuesto. Pero le agradecería que no se retrasara mucho. Compréndame... Boris no ha cenado todavía.

—Acabaré lo antes que pueda, señor Ryder. Ojalá pudiera llevarles de inmediato..., pero es que no me atrevo a llegar tarde. Como le digo, se trata de un pequeño encargo un tanto delicado...

—Resuélvalo, pues. ¡Faltaría más! Esperaremos con mucho gusto.

—Trataré de hacerlo en un santiamén. Aunque, para serle sincero, no creo que pueda darme mucha prisa. En realidad se trata de una de esas cosas que normalmente resolvería papá personalmente, o alguien de más edad que yo... Pero se da la circunstancia de que la señorita Collins siempre ha tenido cierta debilidad por mí...

—El joven se calló, algo cohibido. Y luego añadió—: No tardaré mucho.

Pasábamos por un barrio mucho más adecentado, más próximo —supuse— al centro de la ciudad. Las calles estaban mucho mejor iluminadas, y vi unos raíles de tranvía que discurrían a nuestro lado. De cuando en cuando se veía algún café o restaurante, cerrados ya, pero la zona, en su mayoría estaba llena de soberbios edificios de apartamentos. Todas las ventanas estaban a oscuras, y nuestro automóvil era tal vez lo único que turbaba el silencio en varios kilómetros. Stephan Hofftnan condujo sin despegar los labios durante varios minutos. Luego, de pronto, como si llevara algún tiempo tratando de decidirse, dijo:

—Perdóneme... Ya sé que es una impertinencia por mi parte, pero... ¿Está usted

seguro de que no desea regresar al hotel? Lo digo, más que nada, por todos esos periodistas que le están esperando y demás...

—¿Periodistas? —Miré hacia el exterior, hacia la noche—. ¡Ah, sí...! Los periodistas...

—¡Dios santo! Confío en que no crea que soy un descarado. Es sólo que los he visto al salir del hotel. Estaban todos sentados en el vestíbulo, con sus carpetas y portafolios en las rodillas, muy animados ante la perspectiva de entrevistarle... Pero, como le digo, comprendo que no es asunto mío y que usted, naturalmente, lo tiene todo previsto.

—En efecto, en efecto —respondí en voz baja, y seguí mirando por la ventanilla.

Stephan guardó silencio, sin duda concluyendo que no debía insistir sobre el asunto. Pero yo pensaba en los periodistas, y al poco me vi tratando de recordar el hecho de haber concertado una cita con ellos. Y, la verdad, la imagen que el joven había evocado, un grupo de gente con carpetas y portafolios en ristre aguardando mi comparecencia, no me resultaba del todo ajena. Después de darle vueltas, sin embargo, no logré recordar con claridad que algo de ese tipo estuviera previsto en mi agenda, así que decidí olvidarme del asunto.

—Aquí es —dijo Stephan a mi lado—. Ahora, si tienen la bondad de disculparme unos minutos... Pónganse cómodos. Volveré tan pronto como pueda.

Nos habíamos detenido frente a un gran edificio blanco de apartamentos. Era de varias plantas, y sus balcones con rejas negras de hierro forjado le daban cierto aire español.

Stephan salió del coche, y le seguí con la mirada hasta el portal del edificio. Se paró frente al cuadro de timbres de los apartamentos, pulsó uno de ellos y se quedó esperando en una actitud que delataba cierto nerviosismo. Instantes después se encendieron las luces de la entrada.

Una mujer madura, de cabellos plateados, le abrió la puerta. Parecía delgada y frágil, pero en sus movimientos percibí una nota de distinción mientras sonreía a Stephan y le hacía pasar. La puerta se cerró al entrar Stephan, pero me di cuenta de que, echándome hacia atrás en el asiento, podía verles dentro del vestíbulo, a la luz interior, a través de un estrecho panel acristalado que había en un lateral de la puerta. Stephan estaba limpiándose los pies en el felpudo, y decía:

—Lamento presentarme sin haber avisado con más antelación...

—Ya le he dicho muchas veces, Stephan, que me encontrará aquí siempre que necesite tratar algún asunto conmigo —respondió la mujer.

—Es que, en realidad, señorita Collins, esta vez no era... Bueno, que no se trata de lo habitual. Deseaba hablar con usted de otra cosa, de algo muy importante. Papá habría venido personalmente, pero..., ¡estaba tan ocupado!

—¡Ah! —le interrumpió la mujer con una sonrisa—, un encargo de su padre... Le

está encomendando todos los trabajos sucios...

En su voz había una nota de divertida sorna que Stephan pasó aparentemente por alto.

—¡No, no, en absoluto! —protestó, muy serio—. Todo lo contrario: se trata de una misión especialmente delicada y difícil. Papá me la ha confiado y me ha encantado aceptarla...

—¿Así que ahora me he convertido en una misión? ¿Y, además, especialmente delicada y difícil?

—Bueno, no... Es decir... —Stephan, turbado, tuvo que hacer una pausa.

La mujer decidió, al parecer, que ya se había burlado bastante de Stephan.

—Muy bien —dijo—. Será mejor que entre y que discutamos el asunto como Dios manda mientras tomamos un jerez.

—Es usted muy amable, señorita Collins... Pero no debo quedarme mucho rato, en realidad... Hay unas personas esperándome en el coche. —Señaló en nuestra dirección, pero la mujer estaba abriendo ya la puerta de su apartamento.

La vi conducir a Stephan a través de un pequeño y pulcro recibidor, cruzar otra puerta y recorrer un pasillo en penumbra cuyas paredes estaban decoradas, a uno y otro lado, con pequeñas acuarelas enmarcadas. El pasillo desembocaba en la sala de la señorita Collins: una habitación grande en forma de L que daba a la fachada trasera del edificio. La luz era tenue e íntima, y a primera vista la estancia daba la impresión de una elegancia lujosa aunque pasada de moda. Una inspección más detenida, con todo, me hizo reparar en que gran parte de los muebles estaban en pésimo estado, y que las que al principio me habían parecido antigüedades no eran mucho más que viejos trastos. Los antaño lujosos sofás y butacones que componían el mobiliario mostraban diversos grados de deterioro, y las largas cortinas de terciopelo estaban apolilladas y raídas. Stephan tomó asiento con una seguridad que revelaba su familiaridad con el lugar, pero se le veía tenso mientras la señorita Collins revolvía en el mueble bar. Cuando finalmente le tendió una copa y fue a tomar asiento a su lado, el joven anunció con brusquedad:

—Se trata del señor Brodsky.

—¡Ah! —dijo la señorita Collins—. Ya barruntaba yo algo...

—El caso, señorita Collins, es que nos preguntábamos si usted querría ayudarnos. O ayudarle a él, mejor dicho... —Stephan concluyó la frase con una risita, y luego miró a otro lado.

La señorita Collinsladeó la cabeza pensativamente antes de preguntar:

—¿Me están pidiendo que ayude a Leo?

—¡Oh, no...! No le pedimos que haga nada que pueda resultarle desagradable o..., en fin..., penoso. Papá comprende perfectamente cuáles deben de ser sus sentimientos... —Soltó otra risita—. Lo que sucede es que su ayuda podría ser

decisiva para el señor Brodsky en esta etapa de su... recuperación.

—¡Ya! —La señorita Collins asintió, y pareció pensar en el asunto. Luego dijo—: Dígame, Stephan: ¿puedo deducir de todo esto que su padre está teniendo escaso éxito con Leo?

El tono burlón de su voz me pareció más acusado que antes, pero de nuevo le pasó inadvertido a Stephan.

—¡De ninguna manera! —replicó él, irritado—. ¡Papá ha hecho maravillas, ha dado pasos gigantescos! No ha sido nada fácil, pero la perseverancia de papá ha sido en verdad notable, incluso para los que estamos habituados a ver cómo maneja las situaciones difíciles.

—Tal vez no ha perseverado lo bastante...

—¡No tiene usted ni idea, señorita Collins! ¡Ni idea! A veces llega a casa exhausto después de un día agotador en el hotel, y tiene que irse directamente a la cama. He visto a mamá bajar del dormitorio, quejándose, y al subir a su habitación, me he encontrado a papá roncando, tumbado de espaldas y atravesado en la cama. Como usted sabe, durante años se ha respetado entre mis padres el vital acuerdo de que él ha de ponerse a dormir de costado, nunca de espaldas, porque, si no, ronca de mala manera; así que puede imaginarse el disgusto de mamá al encontrarlo así... Normalmente me cuesta Dios y ayuda despertarlo, pero me veo obligado a hacerlo porque, como le digo, mamá se niega a volver al dormitorio mientras siga roncando. Se planta en el pasillo con la cara enfurruñada, y no se mueve hasta que lo despierto, lo desnudo, le pongo el albornoz y lo llevo al cuarto de baño. Pero lo que estoy queriendo decirle es que..., bueno, que incluso en estas circunstancias, cuando está tan cansado, suena el teléfono de pronto (alguien del personal del hotel para avisarle de que el señor Brodsky está en la cuerda floja y ha pedido que le sirvan una copa) y... ¿me creerá usted?... papá saca fuerzas de flaqueza. Se despeja no sé cómo, recobra su mirada de siempre, se viste y sale en plena noche para no regresar hasta después de varias horas. Dijo que se ocuparía del señor Brodsky y está poniendo en ello sus cinco sentidos, dedicando hasta el último ápice de sus fuerzas para cumplir el cometido que se impuso.

—Es muy de elogiar. Pero..., ¿qué es lo que ha conseguido, exactamente?

—Le aseguro, señorita Collins, que el progreso ha sido asombroso. A todos los que han visto recientemente al señor Brodsky les ha llamado la atención. Hay mucha más vida en sus ojos. Los comentarios que hace tienen mucho más sentido día a día. Y, sobre todo, su aptitud, la gran aptitud del señor Brodsky, que está recuperando sin ningún género de duda. Al decir de todos, sus ensayos discurren de forma sumamente prometedora. Y la orquesta..., bueno, se los ha ganado a todos. Cuando no está ensayando en la sala de conciertos, está ocupado en supervisarlos todo personalmente. Ahora, cuando estás por el hotel, te llegan a menudo retazos de sus interpretaciones al

piano. Y cuando papá oye ese piano, se anima tanto que te das cuenta de que está dispuesto a sacrificar por ello cualquier rato de sueño.

El joven hizo una pausa para mirar a la señorita Collins. Ésta, por espacio de un instante, pareció hallarse muy lejos, con la cabeza ladeada, como si tratara de captar ella también las lejanas notas de un piano. Pero su semblante recuperó enseguida la sonrisa, y se volvió a Stephan.

—Pues a mí me han dicho que su padre lo lleva al saloncito del hotel y lo sienta delante del piano como si fuera un maniquí..., y que Leo permanece allí durante horas meciéndose suavemente en el taburete sin tocar ni una nota...

—¡Eso es muy injusto, señorita Collins! Tal vez ha habido ocasiones de éstas en los primeros días, pero ahora todo es muy distinto. En cualquier caso, aunque a veces se quede sentado sin tocar, convendrá usted conmigo en que de eso difícilmente puede deducirse que no esté ocurriendo nada en su interior. El silencio puede ser revelador de que se están fraguando ideas muy profundas, de que se está haciendo acopio de las más hondas energías. De hecho, el otro día, después de un silencio particularmente largo, papá entró en el salón y allí estaba el señor Brodsky contemplando las teclas del piano. Al cabo de un rato alzó la vista y, mirando a mi padre, dijo: «Los violines tienen que destacar. Tienen que destacar más». ¡Eso es lo que le dijo! Tal vez había habido un largo silencio, sí..., ¡pero dentro de su cabeza bullía todo el universo de la música! ¡Emociona pensar lo que podrá mostrarnos el jueves por la noche! A condición de que no flaquee ahora, claro está.

—Pero decía usted, Stephan, que querían que les ayudara de algún modo...

El joven, que se había ido entusiasmando por momentos, recobró su aplomo.

—Bueno, sí... —asintió—. De eso he venido a hablarle esta noche. Como le digo, el señor Brodsky ha ido recuperando rápidamente sus antiguas dotes. Pero, claro..., junto con su gran talento, le afloran también otras cosas. Para quienes no le conocíamos muy bien antes, ha supuesto una especie de revelación inesperada. ¡Se ha mostrado estos días tan ponderado, tan correcto! El problema está en que, amén de todo lo demás, ha empezado a recordar. En fin, para decirlo sin ambages: que habla de usted. Que no para de pensar en usted, de hablar de usted. La pasada noche, por ponerle un ejemplo..., es algo embarazoso, pero se lo contaré..., la pasada noche se echó a llorar y no había forma de que se calmara. No paraba de llorar, y de sacar a la superficie todos sus sentimientos hacia usted. Era la tercera o cuarta vez que ocurría, aunque la de anoche fue la más crítica. Iban a dar ya las doce y el señor Brodsky aún no había salido del salón, así que papá se acercó a escuchar a través de la puerta y le oyó sollozar. Entró y vio que el salón estaba completamente a oscuras, y que el señor Brodsky estaba echado sobre el piano, llorando. Bueno... Teníamos una suite libre. Papá lo instaló en ella y encargó a la cocina que le subieran al señor Brodsky sus sopas favoritas, se alimenta casi exclusivamente de sopas, y mientras tanto lo atiborró

de zumo de naranja y de refrescos. Pero, francamente, lo de anoche fue para asustarse. Por lo visto arremetió como un loco contra los envases de zumo... De no haber estado allí papá, es muy posible que hubiera perdido el juicio a pesar de haber llegado tan lejos. Y en todo ese tiempo no dejaba de hablar de usted. En fin, lo que quiero decirle es que..., ¡vaya!, no debería entretenerme tanto; tengo gente esperando en el coche..., lo que quiero decirle es que, con el futuro de nuestra ciudad dependiendo de él en tan gran medida, tenemos que hacer lo que sea para conseguir que logre superar este último trecho. El doctor Kaufmann está de acuerdo con papá en que nos hallamos muy cerca de vencer el último obstáculo. Así que hágase cargo de lo mucho que está en juego.

La señorita Collins seguía observando a Stephan con su media sonrisa distante, pero no dijo nada. Tras un momento de silencio, el joven prosiguió:

—Verá usted, señorita Collins... Soy consciente de que mis palabras pueden abrir viejas heridas... Y sé que usted y el señor Brodsky no se hablan desde hace muchos años...

—No, eso no es del todo exacto. Hace sólo unos meses, a principios de año, me gritó una sarta de obscenidades cuando me vio paseando por el Volksgarten.

Stephan rió con cierta torpeza, no sabiendo muy bien cómo interpretar el tono de la señorita Collins. Luego continuó, insistente:

—Nadie le está pidiendo que mantenga con él una relación prolongada, señorita Collins... ¡Por Dios..., ni muchísimo menos! Usted desea olvidar el pasado... Y papá..., todos, lo comprenden perfectamente. Lo único que le pedimos es un pequeño detalle que pudiera cambiar las cosas... Lo animaría mucho, y significaría tanto para él... Teníamos la esperanza de que no se molestaría si se lo proponíamos...

—Ya he aceptado asistir al banquete.

—Sí, sí, claro... Papá me lo ha dicho, y le estamos muy agradecidos...

—Dejando bien claro que no deberá haber ningún contacto directo...

—Y así lo entendimos, naturalmente. Ningún contacto. El banquete, sí... Aunque, en realidad, señorita Collins, queríamos pedirle algo más..., rogarle que por lo menos se aviniera a pensar en ello. Verá usted... Un grupo de caballeros, entre los que se cuenta el señor Von Winterstein, piensan llevar mañana al zoo al señor Brodsky. Por lo visto no ha estado nunca allí en todos estos años. Su perro no podrá entrar, claro..., pero el señor Brodsky ha consentido finalmente en dejarlo en buenas manos durante un par de horas. Todos han coincidido en que una salida de este género ayudaría a sosegarlo. Las jirafas en particular... Pensamos que le resultarán muy relajantes. Bien..., a lo que iba. Los caballeros en cuestión se preguntan si cabría la posibilidad de que usted se uniera al grupo en el zoo. E incluso si aceptaría usted decirle unas palabras. No tendría que formar parte del grupo... Podría encontrarse allí con ellos, durante unos minutos, hacerle alguna observación agradable..., tal vez decirle algo

que lo animara. ¡Cambiaría tanto las cosas! Unos minutos, y después seguiría usted su camino. Por favor, señorita Collins..., ¡piénselo! ¡Es tanto lo que podría depender de ese gesto suyo!

Mientras hablaba Stephan, la señorita Collins se había puesto en pie, y luego había ido despacio hacia la chimenea. Ahora permanecía inmóvil y en silencio, con la mano apoyada en la repisa, como para evitar un desfallecimiento. Cuando por fin se volvió para mirar a Stephan, advertí que sus ojos estaban levemente humedecidos.

—Compréndame, Stephan... —dijo—. Es cierto que estuve casada con él. Pero de eso hace ya mucho tiempo, y las pocas veces que lo he visto en todos estos años se ha dirigido a mí para dirigirme insultos a voz en cuello. En estas circunstancias, me resulta difícil saber qué tipo de conversación puede agradaarle más.

—De verdad, señorita Collins..., le juro que ahora es otro hombre. Últimamente se muestra tan educado, tan amable... Seguro que no le costará dar con las palabras adecuadas. ¡Si se aviniera a pensarlo, al menos! ¡Hay tantísimas cosas en juego...!

La señorita Collins bebió pensativa unos sorbitos de jerez. Parecía que iba a responder, pero en aquel preciso instante oí que Boris rebullía a mi espalda, en el asiento trasero del coche. Al volverme, me di cuenta de que el pequeño debía de llevar despierto algún tiempo. Observaba a través de su ventanilla la calle silenciosa y desierta, y comprendí que estaba triste. Fui a decirle algo, pero probablemente advirtió que le estaba observando, porque me preguntó sin apenas moverse:

—¿Usted sabe reformar cuartos de baño?

—¿Que si sé reformar cuartos de baño?

Boris suspiró profundamente y siguió con la mirada perdida en la oscuridad. Luego dijo:

—Yo nunca he puesto azulejos... Por eso cometo todos esos errores. Si alguien me hubiera enseñado, sabría ponerlos.

—Sí, seguro que sí. ¿Te refieres al cuarto de baño de tu nuevo apartamento?

—Si me hubiera enseñado alguien, los habría puesto la mar de bien. Y mamá estaría contenta con su cuarto de baño. Le gustaría su cuarto de baño.

—¡Ah! ¿Quieres decir que ahora no está satisfecha con él? Boris me miró como si hubiera oído una estupidez mayúscula. Luego, con gruesa ironía, observó:

—¿Por qué iba a llorar por el cuarto de baño si le gustara?

—¡Cómo! ¿Dices que llora por el cuarto de baño?, ¿y por qué crees que lo hará?

El pequeño volvió a pegar la cara a la ventanilla y, a la confusa luz que entraba desde el exterior, advertí que trataba de dominarse para que no se le saltaran las lágrimas. En el último momento se las arregló para disfrazar su abatimiento de bostezo, y se restregó la cara con los puños.

—Lo solucionaremos todo —le dije—. Ya lo verás.

—¡Podría haberlo hecho perfectamente si alguien me hubiera enseñado! Y mamá

no habría tenido que llorar.

—Sí, estoy seguro de que habrías hecho un buen trabajo. Pero pronto se arreglarán las cosas.

Me enderecé en el asiento y miré a través del parabrisas. En la calle apenas se veían ventanas iluminadas. Al cabo de un rato le dije a Boris:

—Oye... Tenemos que pensárnoslo bien... ¿Me escuchas?

No me llegó ninguna respuesta de la parte trasera del coche.

—Mira, Boris —proseguí—. Hemos de tomar una decisión. Ya sé que antes íbamos a reunimos con tu madre. Pero se nos ha hecho muy tarde. ¿Oyes lo que te digo?

Miré por encima del hombro y vi que seguía inmóvil, con la mirada perdida en la oscuridad. Permanecimos en silencio unos segundos más, y luego dije:

—La verdad es que ya es muy tarde. Si volvemos al hotel, podremos ver a tu abuelo. Estará encantado de verte. Podrás tener una habitación para ti solo o, si lo prefieres, podríamos hacer que pusieran otra cama en la mía. Podremos encargarnos de suban una cena apetitosa y, después, te irás a dormir. Mañana por la mañana, desayunaremos juntos y decidiremos lo que más convenga.

Siguió el silencio a mi espalda.

—Debería haberlo organizado todo mejor —dije—. Lo siento... Yo..., bueno, no tenía las ideas muy claras esta noche. ¡Ha sido un día de tanto ajetreo...! Pero, escucha..., te prometo que mañana lo arreglaremos todo. Haremos lo que nos venga en gana. Y, si quieres, podríamos ir a tu antiguo apartamento a buscar al Número Nueve. ¿Qué me dices?

Pero Boris siguió sin despegar los labios.

—Los dos estamos muy cansados. Boris, ¿qué te parece?

—Más vale que vayamos al hotel.

—Creo que es lo mejor. De acuerdo, pues. En cuanto vuelva ese joven, le comunicaremos nuestro nuevo plan.

Mis ojos, entonces, advirtieron un movimiento y, al mirar de nuevo hacia el bloque de apartamentos, vi que se abría el portal. La señorita Collins acompañaba a su visitante a la puerta de la calle. Y aunque los dos se despedían amistosamente, algo en su actitud sugería que la entrevista había finalizado con una nota discordante. La puerta se cerró enseguida y Stephan regresó apresuradamente al coche.

—Lamento haberme entretenido tanto —dijo, acomodándose en su asiento—. Espero que Boris se encuentre bien. —Apoyó las manos en el volante y dejó escapar un suspiro de preocupación. Luego esbozó una sonrisa forzada y exclamó—: ¡En marcha, pues!

—El caso es que Boris y yo hemos tenido un cambio de impresiones en su ausencia —observé—. Creemos que, después de todo, será mejor volver al hotel.

—Si me permite decirlo, señor Ryder, creo que es una decisión muy acertada. Así que al hotel. Estupendo. —Consultó su reloj—. Estaremos allí en un abrir y cerrar de ojos. Los periodistas no tendrán motivo de queja. Ninguno en absoluto.

Stephan accionó la llave de contacto y el coche arrancó. Mientras recorríamos las calles solitarias, empezó a llover de nuevo y Stephan tuvo que poner en marcha los limpiaparabrisas. Al cabo de un rato, comentó:

—Me pregunto, señor Ryder, si no sería demasiado impertinente por mi parte recordarle la conversación que mantuvimos hace unas horas. Ya sabe..., cuando le saludé esta tarde en el atrio.

—¡Ah, sí, sí! Hablamos de su recital de la noche del jueves.

—Se mostró usted muy amable conmigo, y me dijo que tal vez podría dedicarme unos minutos de su tiempo. Para escuchar mi interpretación de La Roche. Probablemente será del todo imposible, lo comprendo, pero..., en fin..., pensé que no se molestaría si se lo decía... El caso es que esta noche tenía previsto practicar un poco más en cuanto regresara al hotel. Y me preguntaba si, una vez que hubiera acabado usted con esos periodistas... Sin duda será una molestia para usted, pero si pudiera venir a escucharme unos minutos y darme su opinión... —Dejó la frase inacabada, y la prolongó con una risita.

Era evidente que el joven concedía a aquello una gran importancia, y me sentí inclinado a satisfacer su petición. Pero, tras pensarlo un instante, objeté:

—Lo siento muchísimo, pero esta noche estoy muy cansado. Es ineludible que me vaya a dormir cuanto antes. Pero no se preocupe; seguramente surgirá otra oportunidad muy pronto. Mire..., ¿por qué no dejamos el asunto así? No sé muy bien cuándo volveré a tener unos minutos libres; pero, en cuanto los tenga, telefonaré a recepción y pediré que le localicen. Si no está usted en el hotel en ese momento, volveré a intentarlo la próxima vez que esté libre..., y las que sean necesarias. Así

acabaremos encontrando un momento que nos venga bien a los dos. Pero esta noche, la verdad... Dispénseme, se lo ruego... Necesito una buena noche de sueño.

—Por supuesto, señor Ryder... Me hago cargo. Hagamos lo que usted propone, por supuesto. Es muy amable de su parte. Aguardaré a recibir su aviso.

Las palabras de Stephan eran corteses, pero, al interpretar quizá mi respuesta como una negativa sutil, parecía excesivamente decepcionado. Era evidente que se hallaba en tal tensión nerviosa por su próxima actuación, que cualquier revés, por pequeño que fuera, tenía la virtud de desencadenar en él una oleada de pánico. Sentí cierta simpatía por él, y volví a decir para tranquilizarlo:

—No se preocupe. Seguro que pronto se nos presentará la ocasión.

La lluvia arreciaba mientras recorríamos las calles nocturnas. El joven llevaba un buen rato sin decir palabra, y temí que se hubiera enojado conmigo. Pero en un momento dado vislumbré su perfil a la luz cambiante y me di cuenta de que estaba rumiando un incidente que le había ocurrido años atrás. Era un episodio que había evocado muchas veces antes —a menudo en momentos de insomnio por la noche, o cuando conducía solo—, y que ahora volvía a su mente ante el temor de que yo fuera incapaz de ayudarle.

Ocurrió con ocasión del cumpleaños de su madre. Tras estacionar aquella noche su automóvil en el camino de entrada de la casa —el hecho se remontaba a sus primeros años de universidad, cuando estudiaba en Alemania—, se había armado de valor para pasar un par de horas ingratas. Pero su padre le había abierto la puerta y le había susurrado con entusiasmo:

—¡Hoy está de buen humor! ¡De muy buen humor! —Luego había girado sobre sus talones para gritar al interior de la casa—: ¡Stephan ha llegado, cariño! Un poco tarde, pero ya está aquí. —Y de nuevo en voz baja—: De excelente humor. Del mejor en muchísimo tiempo.

El muchacho había pasado a la salita donde estaba su madre reclinada en un sofá, con un vaso de cóctel en la mano. Llevaba un vestido nuevo, y Stephan volvió a sentirse gratamente sorprendido por la femenina elegancia de su madre. No se levantó a saludarlo, lo que obligó a Stephan a agacharse para besarla en la mejilla, pero su cálido recibimiento y la forma de invitarle a tomar asiento en el sillón de enfrente le dejaron estupefacto. Detrás de él, su padre, complacido por aquel comienzo de la velada, había ahogado una risita, y luego, señalando el delantal que llevaba puesto, había salido apresuradamente hacia la cocina.

A solas con su madre, el primer sentimiento de Stephan había sido de absoluto terror: miedo a hacer o decir algo que arruinara aquella buena disposición, y que diera al traste con horas, o incluso días, de arduo esfuerzo por parte de su padre. Había comenzado, pues, a responder de manera concisa y tensa a las preguntas de su madre sobre su vida en la universidad; pero, al ver que la actitud de ella denotaba un interés

genuino, sus explicaciones fueron haciéndose más y más extensas. En un momento dado se había referido a uno de sus profesores como «una versión mentalmente equilibrada de nuestro ministro de Asuntos Exteriores», frase de la que se sentía particularmente orgulloso y que ya había utilizado muchas veces con gran éxito ante sus condiscípulos, pero que jamás se hubiera arriesgado a pronunciar delante de su madre si la conversación no hubiera ido tan bien hasta entonces. Se había atrevido, pues, y el corazón le había dado un brinco al ver que el semblante de su madre se iluminaba con una chispeante mirada. Aun así tuvo una sensación de alivio cuando su padre entró anunciando que la cena estaba lista.

Habían pasado al comedor, donde el director del hotel había servido ya el primer plato. Comieron en silencio al principio, pero luego su padre —tal vez de forma un tanto brusca, en opinión de Stephan— se había puesto a contar una divertida anécdota de un grupo de huéspedes italianos alojados en el hotel. Cuando hubo terminado, animó a Stephan a contar alguna anécdota suya, y como Stephan comenzara a hacerlo con cierta inseguridad, su padre le apoyó riendo exageradamente. Y así había discurrido la cena: Stephan y su padre turnándose para narrar historias divertidas y apoyándose el uno al otro con cordiales plácemes. La táctica parecía funcionar de maravilla, porque —Stephan casi no podía dar crédito a sus ojos— su madre había empezado a tener largos accesos de risa. La cena, además, había sido preparada con el fanático cuidado del detalle tan característico del director del hotel, y constituía una extraordinaria muestra del arte culinario. También el vino era muy especial, y para cuando los comensales daban cuenta del plato fuerte —una exquisita combinación de ganso y bayas silvestres— la atmósfera de la velada era genuinamente festiva. Llegado un punto, el director del hotel, con el rostro congestionado por el vino y la risa, había inclinado el cuerpo sobre la mesa para decir:

—Hablamos otra vez de aquel albergue de juventud en que te alojaste, Stephan. Ya sabes..., el de los bosques de Borgoña. Durante un segundo Stephan se había sentido horrorizado. ¿Cómo podía incurrir su padre en un desliz tan obvio, habiéndolo dirigido hasta entonces todo de manera tan impecable? La anécdota en cuestión incluía amplias referencias a la disposición de los cuartos de baño del hostel, y era claramente inadecuada para ser contada delante de su madre. Y, como él se mostrara renuente, su padre le hizo un guiño como diciéndole: «Sí, sí, confía en mí... Funcionará. Le encantará esa historia, será un éxito». A pesar de sus serias dudas, la fe de Stephan en su padre era tal que se decidió a embarcarse en el relato. No llegó muy lejos, empero, sin que le asaltara el pensamiento de que la que hasta entonces había sido una velada milagrosamente perfecta, estaba a punto de venirse abajo hecha añicos. Sin embargo, incitado por las carcajadas de su padre, había proseguido y escuchado luego con asombro la franca risa materna. Al mirarla a través de la mesa

pudo ver que no podía reprimirla, y que sus accesos iban acompañados de gestos de divertido asentimiento. Después, hacia el final de su relato, Stephan captó una mirada de ternura de ella dirigida a su padre. Fue breve, pero inconfundible. Y al director del hotel, a pesar de las lágrimas que la risa hacía saltar de sus ojos, no le había pasado inadvertida: volviéndose a su hijo, le dirigió otro guiño, esta vez con aire triunfal. En aquel instante el joven había sentido en su pecho una oleada de algo muy poderoso. Aún no había tenido tiempo de identificarlo con claridad cuando oyó que su padre le decía:

—Ahora, Stephan, tomémonos un pequeño descanso antes del postre. ¿Por qué no tocas algo dedicado a tu madre para celebrar su cumpleaños? —Acompañó sus palabras de un ademán en dirección a la pared donde se hallaba el piano vertical.

Aquel gesto..., aquel simple ademán señalando el piano del comedor..., quedaría grabado para siempre en la memoria de Stephan, que lo recordaría una y otra vez en el curso de los años. Cada vez que lo evocara volvería a experimentar el mortal escalofrío de entonces. Al principio había mirado a su padre con expresión de incredulidad, pero éste se había limitado a sonreírle, satisfecho, y a mantener inmóvil la mano que apuntaba hacia el piano.

—Vamos, Stephan... Algo que le guste a tu madre. Tal vez alguna pieza de Bach. O de un autor contemporáneo. De Kazan, quizá. O de Mullery...

Estirando el cuello para incluirla en su campo de visión, el joven había visto la cara de su madre suavizada por la sonrisa que le dirigía y por unos rasgos de jovialidad absolutamente nuevos para él. Luego ella, dirigiéndose más al director del hotel que al propio Stephan, había dicho:

—Sí, querido... Creo que Mullery vendría como anillo al dedo. Sería estupendo.

—Adelante, Stephan —había insistido jovialmente el director del hotel—. Es el cumpleaños de tu madre, después de todo... No la decepciones.

Por la mente de Stephan cruzó como un relámpago la idea de que sus padres conspiraban en su contra, pero la rechazó al instante. Y, ciertamente, por la forma en que le miraban —tan llena de ilusionado orgullo—, era como si se les hubiera borrado por completo de la mente la angustiada historia en torno a sus escarceos con el piano. En cualquier caso, la protesta que Stephan había empezado a formular quedó ahogada en sus labios, y el muchacho se había levantado de la mesa sin acabar de ser consciente de lo que estaba haciendo.

La situación del piano, adosado a la pared, era tal que cuando Stephan tomó asiento delante de él pudo ver por el rabillo del ojo a sus padres, que aguardaban con los codos apoyados encima de la mesa, ligeramente inclinados el uno hacia el otro. De hecho no pudo evitar volverse para mirarlos, para colmar su deseo de verlos así una última vez: juntos los dos y compartiendo unidos una felicidad sencilla. Luego se había encarado con el piano, abrumado por la certidumbre de que la velada estaba a

punto de convertirse en un desastre. Curiosamente, al hacerlo, había comprobado también, que no le sorprendía lo más mínimo aquel último giro de los acontecimientos; que en realidad llevaba mucho rato esperándolo, y que le producía una inconfundible sensación de alivio.

Durante unos segundos, Stephan permaneció sentado ante el piano sin tocar, tratando desesperadamente de sacudirse de encima los efectos del vino y repasar mentalmente la pieza que se disponía a interpretar. Y en un instante de obnubilación hasta contempló la posibilidad de mostrar un nivel interpretativo jamás antes alcanzado —después de todo, la velada había sido tan pródiga en hechos excepcionales...—, y de que al finalizar la pieza vería a sus padres sonrientes, aplaudiendo y dirigiéndose miradas de profundo afecto. Pero le bastó acometer el compás inicial de *Epicycloid*, de Mullery, para comprender la extrema improbabilidad de tal cosa.

Sin embargo, había seguido tocando. Durante un buen rato —a lo largo de gran parte del primer movimiento— las figuras que entreveía a un extremo de su campo visual habían permanecido totalmente inmóviles. Luego había visto a su madre reclinarsse ligeramente en su asiento y llevarse una mano a la barbilla. Algunos compases después, su padre había desviado la mirada y, con las manos cruzadas sobre el regazo, había bajado la cabeza como si estuviera estudiando algún punto concreto de la mesa.

Entretanto, la interpretación avanzaba, y aunque el joven sintió varias veces el deseo casi insuperable de abandonar la pieza a medias, intuía asimismo que ésa era, de algún modo, la opción más terrible de todas. Y había continuado. Y, cuando hubo terminado, se quedó unos instantes contemplando el teclado antes de hacer acopio de valor para volverse y ver la escena que le aguardaba.

Ni su padre ni su madre le miraban. Él tenía ahora la cabeza tan hundida, que su frente tocaba casi el tablero de la mesa. Su madre miraba hacia el extremo más distante de la estancia, con aquella expresión de frialdad que le resultaba tan familiar a Stephan y que, asombrosamente, no había sorprendido en ella hasta aquel punto de la velada.

A Stephan le bastó un segundo para hacerse cargo de la situación. Luego, poniéndose en pie, se había apresurado a volver a la mesa, como si con ello pudiera borrar los minutos transcurridos desde que la dejara. Y durante un rato los tres permanecieron sentados en silencio, hasta que su madre se levantó y dijo:

—Ha sido una velada muy agradable. Gracias, gracias a los dos. Pero me siento algo cansada ahora y pienso que debería subir a acostarme.

Al principio pareció que el director del hotel no había oído sus palabras. Pero, cuando la madre de Stephan se dirigió a la puerta, el hombre alzó la cabeza y dijo en voz muy queda:

—El pastel, cariño... Falta el pastel. Y es algo... muy especial.

—Eres muy amable, querido, pero he comido demasiado... Ahora necesito dormir.

—Claro, claro... —asintió el director del hotel hundiendo de nuevo la mirada en la mesa con aire de resignación. Pero al momento siguiente, cuando ya la madre de Stephan salía del comedor, el hombre había erguido el cuerpo para decir en voz alta —: Por lo menos, querida, deja que te lo enseñe. Míralo, nada más... Como te digo, es algo muy especial.

Su madre había titubeado, pero accedido al fin:

—Está bien. Enséñamelo. Pero date prisa. De verdad que necesito dormir. Tal vez sea el vino, pero me encuentro muy cansada.

Al oír esto, el director del hotel se levantó como impulsado por un resorte, e instantes después acompañaba a su mujer fuera del comedor.

El joven oyó los pasos de sus padres camino de la cocina y, apenas un minuto después, volvió a oírlos regresar al pasillo y subir por la escalera. Stephan había permanecido algún tiempo sentado a la mesa. Le llegaron de arriba algunos ruidos, pero no oyó ninguna voz. Hasta que finalmente se le ocurrió que lo mejor que podía hacer era subir al coche y volver a Heidelberg aquella misma noche. Porque no había duda de que su presencia allí a la hora del desayuno difícilmente serviría de ayuda a su padre en la lenta e ingente tarea de recomponer el buen humor de su esposa. Había salido ya del comedor en un intento de abandonar la casa sin que lo advirtieran cuando en el vestíbulo se encontró con su padre que bajaba la escalera. El director del hotel se había llevado un dedo a los labios, diciendo:

—Tenemos que hablar bajo. Tu madre acaba de acostarse.

Stephan informó a su padre de su intención de partir de inmediato, a lo que el director del hotel respondió:

—¡Qué lástima! Mamá y yo pensábamos que ibas a quedarte más tiempo. Pero si, como dices, tienes clases por la mañana... Ya se lo explicaré a tu madre. Seguro que lo comprenderá.

—Espero que mamá haya disfrutado con la velada —había dicho Stephan.

Y su padre había sonreído, aunque durante un brevísimo instante antes de hacerlo Stephan sorprendió en su rostro una profunda desolación.

—¡Oh, sí, claro que sí! Sé que lo ha pasado muy bien. ¡Estaba tan contenta de que hubieras podido tomarte un respiro en tus estudios para viajar hasta aquí...! Me consta que esperaba que te quedaras unos cuantos días, pero no te preocupes. Se lo explicaré.

Aquella noche, mientras conducía por las desiertas autopistas, Stephan había reconsiderado una y otra vez todos los aspectos de lo ocurrido en aquella velada... y seguirá haciéndolo luego, reiteradamente, en el curso de los siguientes años. Con el

tiempo había ido menguando poco a poco la angustia que sentía al evocar aquella ocasión tan penosa, pero ahora la inexorable proximidad de la noche del jueves le había traído muchos de sus viejos terrores, y lo había hecho regresar, mientras viajábamos en la noche lluviosa, a aquella penosa velada vivida algunos años antes.

Sentí lástima por él, y rompí el silencio para decirle:

—Ya sé que no es asunto de mi incumbencia, y confío en que no tomará a mal mis palabras, pero pienso que sus padres han sido injustos con usted en lo relativo a su modo de tocar el piano. Mi consejo es que trate de disfrutar cuanto pueda tocándolo, que obtenga de ello satisfacción y sentido, con independencia de lo que ellos piensen.

El joven reflexionó unos momentos sobre mis palabras, y luego dijo:

—Le agradezco mucho, señor Ryder, que se interese por mi situación y demás... Pero, en realidad..., bien, para decirlo sin ambages..., me temo que no pueda usted entenderlo. Comprendo que, para un extraño, la actitud de mi madre aquella noche pueda parecer un poco..., ¿cómo diría?..., un poco desconsiderada. Pero sería injusto con ella, y lamentaría que se llevara usted una impresión equivocada. Ha de verlo todo en su contexto... Todo empezó cuando yo tenía cuatro años y la señora Tilkowski fue mi profesora de piano. Supongo que eso no tiene por qué decirle gran cosa, señor Ryder..., pero, comprenda..., la señora Tilkowski no es una profesora de piano cualquiera, sino un personaje muy estimado en esta ciudad. Sus servicios no se hallan a disposición de quien pueda pagarlos..., aunque, naturalmente, cobra por prestarlos. Quiero decir, que es muy seria en su trabajo y que sólo acepta como alumnos a los hijos de la élite artística e intelectual de nuestra ciudad. Por ejemplo, dio clases de piano a las dos hijas de Paulo Rozario, el pintor surrealista, que vivió aquí algún tiempo. Y a los hijos del profesor Diegelmann. Y también a las sobrinas de la condesa. Escoge muy cuidadosamente a sus alumnos, por lo que fui muy afortunado cuando me aceptó, en particular teniendo en cuenta que mi padre, en aquel entonces, no había alcanzado el estatus social de que hoy goza en nuestra comunidad. Pero supongo que mis padres ya estaban consagrados a las artes como lo están hoy. En los recuerdos de mi infancia los veo hablando siempre de artistas y de músicos, y de lo importante que era prestarles apoyo. Mamá casi no sale de casa ahora, pero entonces llevaba una vida social mucho más intensa. Si, por ejemplo, visitaba la ciudad algún músico o una orquesta, siempre se sentía obligada a hacer algo para agasajarles. No le bastaba con acudir al concierto, sino que procuraba verlos después en el camerino para expresarles de viva voz sus elogios. Y lo hacía incluso en las ocasiones en que el artista no se había lucido especialmente, a fin de brindarle unas palabras de ánimo y de ofrecerle algunas sugerencias amables. De hecho invitaba a menudo a los músicos a venir de visita a casa, o se ofrecía a acompañarlos para enseñarles la ciudad. Cierto que habitualmente las agendas de los visitantes eran muy

apretadas y no disponían de tiempo para aceptar su ofrecimiento pero, como su propia experiencia podrá corroborar, esas invitaciones son de lo más oportunas para elevar la moral de un intérprete. En cuanto a mi padre, estaba siempre sumamente ocupado, pero también lo recuerdo poniendo su granito de arena. Si se ofrecía una recepción en honor de algún visitante célebre, papá se consideraba obligado a acompañar a mamá al acto, por absorbentes que fueran sus ocupaciones, para desempeñar su propio papel en la bienvenida. Así que comprendame, señor Ryder... Hasta donde alcanzan mis recuerdos, mis padres siempre han sido personas muy cultas, conscientes de la importancia que tienen las artes en nuestra sociedad... Y ésa debió de ser, con toda seguridad, la razón por la que la señora Tilkowski decidió finalmente aceptarme como discípulo. Ahora veo que aquello tuvo que representar entonces para mis padres un auténtico triunfo, y en especial para mamá, que fue probablemente quien se encargó de realizar las gestiones. ¡Y allí estaba yo, recibiendo lecciones de la señora Tilkowski en compañía de los hijos del señor Rozario y del profesor Diegelmann! Sin duda fue para los dos un motivo de orgullo. Y durante los primeros años lo hice realmente bien, hasta el punto de que la señora Tilkowski dijo de mí en cierta ocasión que era el más prometedor de todos los alumnos que había tenido en su vida... Las cosas fueron como una seda hasta..., bueno, hasta que cumplí los diez años.

El joven calló de pronto, tal vez lamentando el haberse expresado con tanta libertad. Pero yo me daba cuenta de que otra parte de él estaba deseando seguir con las confidencias, y le animé a ello con una pregunta:

—¿Qué le ocurrió al cumplir los diez años?

—Verá..., me avergüenza reconocerlo, y muy en particular confesárselo a usted, señor Ryder... El caso es que, al cumplir los diez años..., dejé de practicar. Me presentaba en casa de la señora Tilkowski sin haber ensayado mis ejercicios. Y cuando ella me preguntaba la razón, yo no respondía nada. Me resulta muy embarazoso confesarlo... Es como si estuviera hablando de otra persona..., y ojalá que así fuera... Pero si he de serle sincero..., ése fue mi comportamiento, tal como se lo cuento. Y al cabo de unas pocas semanas no le dejé otra opción a la señora Tilkowski que informar a mis padres de que, si las cosas no cambiaban, ya no podría seguir dándome clases. Supe después que mamá perdió los estribos y le gritó a la señora Tilkowski... Lo cierto es que la cosa acabó bastante mal.

—¿Y después de eso tuvo usted otra profesora?

—Sí, una tal señorita Henze, que no era mala en absoluto, pero que no tenía la talla de la señorita Tilkowski. Yo seguí sin practicar en casa, pero la señorita Henze no era tan estricta. Luego, al cumplir los doce años, todo cambió. Es difícil explicarlo, y comprendo que puede sonar un poco raro. Fue una tarde, una tarde muy soleada, mientras me hallaba sentado en la salita de nuestra casa. Recuerdo que

estaba leyendo una revista de deportes cuando entró mi padre. Llevaba puesto..., es como si lo estuviera viendo..., su chaleco gris y se había arremangado las mangas de la camisa. Se paró en mitad de la sala y se puso a contemplar el jardín a través de la ventana. Yo sabía que mamá estaba allí fuera, sentada en un banco que en aquel entonces solíamos colocar bajo los frutales, por lo que supuse que papá saldría también e iría a sentarse a su lado. Pero permaneció allí quieto. Me daba la espalda, así que no podía verle la cara. Pero cada vez que levantaba yo la cabeza, me lo encontraba con la vista fija en el jardín, en el punto donde estaba mamá. Bueno..., a la tercera o cuarta vez de dejar yo mi lectura para mirar a papá, que seguía sin salir, se me hizo de repente la luz. Quiero decir que me di cuenta de que mis padres llevaban meses prácticamente sin hablarse. Fue muy extraño caer en la cuenta de pronto de que hacía meses que no se hablaban. No sé cómo me había pasado por alto hasta entonces, pero era así, y ahora lo veía con una claridad meridiana. Me asaltaron en tropel los recuerdos... Las numerosas ocasiones recientes en las que papá y mamá se habrían dicho algo normalmente, y en las que sin embargo habían callado. No quiero decir que mantuvieran un silencio absoluto... Pero, ya me entiende..., entre los dos se había levantado un muro de frialdad que yo no había advertido hasta aquel instante. Le aseguro, señor Ryder, que aquel descubrimiento me produjo una sensación sumamente extraña. Máxime cuando, casi al mismo tiempo, me vino a la cabeza una sospecha horrible: que el cambio que advertía se remontaba muy probablemente a la fecha en que perdí a la señora Tilkowski. No podía estar seguro a causa del mucho tiempo que había pasado desde entonces; pero cuanto más pensaba en ello mayor era mi certeza de que fue entonces cuando empezó todo aquello. No recuerdo si papá salió o no al jardín ese día. En todo caso, yo no dije nada y fingí seguir leyendo mi revista. Pero al cabo de un rato subí a mi habitación, me tumbé en la cama y reflexioné detenidamente sobre el asunto. Fue a raíz de entonces cuando volví a aplicarme a mis ejercicios de piano. Empecé a practicarlos con suma diligencia y debí de hacer muchos progresos porque, a los pocos meses, mamá fue a ver a la señora Tilkowski para rogarle que considerara la posibilidad de readmitirme como discípulo. Ahora veo que debió de suponer una gran humillación para mamá, después de haberle gritado en aquella entrevista anterior, y que sin duda tuvo que costarle mucho trabajo convencer a la señora Tilkowski... Pero el resultado fue que la señora Tilkowski aceptó darme clases de nuevo, y que a partir de entonces me esforcé mucho, y que practicaba y practicaba sin cesar. Aunque, como comprenderá..., había perdido dos años cruciales. Usted, mejor que nadie, sabe cuán importante es esa etapa entre los diez y los doce años... Créame si le digo que hice todo lo posible por compensar de algún modo el tiempo perdido..., todo cuanto pude... Pero ya era demasiado tarde. Todavía hoy me pregunto a menudo: «¿Dónde diablos tenía yo la cabeza?». ¡Lo que daría hoy por poder recuperar aquel tiempo!

Creo que ni siquiera mis padres se daban cuenta del tremendo daño que iba a significar la pérdida de aquellos dos años. Seguramente pensaban que, una vez recuperada la señora Tilkowski, el paréntesis no tendría importancia siempre que yo me esforzara de veras. Me consta que la señora Tilkowski trató de sacarlos de su error en más de una ocasión, pero creo que me querían tanto y que se sentían tan orgullosos de mí, que no quisieron ver la realidad. Porque durante algunos años más siguieron dando por sentado que yo hacía constantes progresos y que tenía excelentes dotes. Hasta que, cuando cumplí los diecisiete años, se toparon con la dura realidad. Se celebraba un concurso de piano, el Jürgen Flemming Prize, organizado por el Instituto Municipal de Bellas Artes para las jóvenes promesas de la ciudad. Tenía bastante fama, aunque ahora ha dejado de convocarse por falta de financiación. Cuando cumplí diecisiete años, como digo, a mis padres se les ocurrió que debía participar en ese concurso, y mamá, de hecho, inició los trámites preliminares para inscribirme. Y entonces, por primera vez, se dieron cuenta de lo lejos que estaba de un nivel aceptable. Escucharon con atención cómo tocaba —fue, quizá, la primera vez que lo hacían realmente— y se dieron cuenta de que mi participación en el certamen sólo serviría para avergonzarme y avergonzar a la familia. Yo deseaba, a pesar de todo, tener la oportunidad de competir, pero mis padres pensaron que podría ser un golpe demasiado duro para mí. Ya le digo que acababan de percatarse de cuán deficiente era mi forma de interpretar... Hasta entonces, las grandes esperanzas que tenían depositadas en mí, y supongo que también su cariño, les habían impedido escucharme con entera objetividad. Fue también la primera vez que apreciaron los estragos de aquellos dos años perdidos... En fin..., todo ello, como es lógico, supuso para mis padres una gran decepción. Mamá, en particular, pareció resignarse a la idea de que todo había sido en vano: sus desvelos, los años de aprendizaje con la señora Tilkowski, su heroica decisión de ir a verla para que me readmitiera... Todo aquello le parecía ahora tremendamente inútil. Y se abandonó al desaliento: dejó de salir, de acudir a conciertos y funciones... Ciertamente que papá siguió acariciando aún alguna esperanza sobre mi persona. Es típico de él, en realidad: no perder la esperanza hasta el último instante. Todavía ahora, de cuando en cuando, quizá una vez al año, me pide que toque; y, cuando lo hace, puedo ver que aún confía en mí, que se dice a sí mismo: «Esta vez..., ¡esta vez será diferente!». Pero, en cuanto acabo de tocar y le miro, vuelvo a verlo alicaído. Ciertamente que se esfuerza por que yo no lo advierta, pero lo intuyo claramente. Y, sin embargo, el que él no haya renunciado a creer que podré lograrlo significa mucho para mí.

Avanzábamos ahora a buena velocidad por una amplia avenida flanqueada por grandes edificios de oficinas. Y aunque había filas y filas de coches aparcados, el nuestro parecía ser el único vehículo en varios kilómetros a la redonda.

—¿Fue idea de su padre que tocara usted el jueves por la noche? —pregunté.

—En efecto. ¡Ésa sí que es verdadera fe! Lo sugirió por primera vez hace seis meses. Hace casi dos años que no me ha oído tocar, pero muestra una auténtica confianza en mí. Por supuesto que me dejó libertad para negarme, pero me sentí tan conmovido ante tal muestra de fe en mí a pesar de tantas decepciones..., que accedí a hacerlo.

—Fue una decisión valiente. Espero que, además, resulte acertada.

—En realidad, señor Ryder, dije que sí también porque..., bueno, porque pienso que últimamente se ha producido en mí una especie de cambio radical. Quizá usted sepa a qué me refiero. Es como si algo en mi cabeza, algo que bloqueaba mis progresos..., algo parecido a un dique..., hubiera reventado de pronto permitiendo la irrupción de un espíritu completamente nuevo. No puedo explicarlo, pero el hecho es que ahora me considero a mí mismo un pianista notablemente mejor que cuando mi padre me oyó la ocasión anterior. Y por eso, cuando me preguntó si quería tocar el jueves por la noche, a pesar de mis nervios, accedí. Si me hubiera negado, no habría sido justo con él, después de la fe que ha depositado en mí. Esto no quiere decir que no me inquiete lo del jueves por la noche. Llevo tiempo trabajando duro en mi pieza y, lo confieso, estoy preocupado. Pero sé también que se me ofrece una oportunidad espléndida para sorprender a mis padres. Porque, ¿sabe?, siempre he tenido esa fantasía. Incluso cuando mi nivel era un auténtico desastre. La fantasía de haberme pasado meses encerrado en cualquier parte, ensayando día tras día, lejos de mis padres durante unos meses..., y volver un día a casa, inesperadamente..., quizá un domingo por la tarde..., cuando papá estuviera allí. Entraría por la puerta y, sin apenas decir una palabra de saludo, me acercaría al piano, levantaría la tapa y me pondría a tocar... Ni siquiera me habría quitado el abrigo... Y tocaría, tocaría sin parar. Bach, Chopin, Beethoven... Algo moderno, luego: Grebel, Kazan, Mullery... Una pieza, otra... Mis padres me habrían seguido al comedor y se quedarían mirándome, asombrados: aquello colmaría sus sueños más ambiciosos. Pero es que, además, para mayor estupefacción, se darían cuenta de que, a medida que tocaba, alcanzaba cotas más altas de perfección. Sublimes adagios rebosantes de sensibilidad. Asombrosos pasajes de apasionada bravura... Siempre mejor, mejor... Y allí estarían ellos, de pie en medio de la habitación, inmóviles; papá absorto, asiendo aún sin darse cuenta el periódico que acababa de estar leyendo, los dos atónitos. Concluiría con algún final espectacular y después me volvería a mirarlos y... bueno, jamás he podido imaginar con claridad lo que ocurriría después. Pero es un sueño que siempre he tenido desde mis trece o catorce años. Puede que el jueves por la noche no salga exactamente así, pero quizá sea algo cercano a mi sueño. Como le digo, noto que algo ha cambiado en mí, y estoy seguro de que estoy a punto de realizarlo. ¡Ah, señor Ryder! ¡Ya hemos llegado! Supongo que muy oportunamente para los periodistas que le aguardan.

El centro de la ciudad estaba tan silencioso y desprovisto de tráfico que no me había dado cuenta de que habíamos llegado. Pero, en efecto, nos acercábamos a la entrada del hotel.

—Si no le importa —dijo Stephan—, les dejaré aquí a usted y a Boris. Tengo que aparcar el coche en la parte de atrás.

En el asiento posterior, Boris parecía muy cansado, pero estaba despierto. Salimos del coche y me aseguré de que el pequeño le diera las gracias a Stephan antes de conducirlo hacia la puerta del hotel.

La iluminación era tenue en el vestíbulo, y el hotel, en general, parecía haberse sumido en un callado reposo. El joven recepcionista que me había recibido a mi llegada volvía a estar de servicio, aunque dormitaba en su silla detrás del mostrador. Al acercarnos alzó la vista y, al reconocermelo, hizo un visible esfuerzo para despejarse.

—Buenas noches, señor —dijo animadamente, aunque al momento siguiente pareció vencerlo de nuevo el cansancio.

—Buenas noches. Necesitaré otra habitación. Para Boris —dije, poniendo una mano en el hombro del chico—. Lo más cerca de la mía que pueda, por favor.

—Déjeme ver qué puedo hacer, señor Ryder.

—Y, a propósito... Resulta que el mozo de ustedes, Gustav, es el abuelo de Boris... Me pregunto si, por casualidad, estará todavía en el hotel.

—¡Oh, sí! Gustav vive aquí. En un cuartito arriba, en la buhardilla. Pero supongo que ahora estará durmiendo.

—Quizá no le importe que le despertemos. Sé que querrá ver enseguida a Boris.

El conserje consultó de reojo, con aire de duda, su reloj.

—Muy bien, señor..., como desee —dijo sin convicción, y levantó el auricular. Tras una breve pausa, le oí ponerse al habla con Gustav—. ¿Gustav? Lamento mucho molestarle, Gustav. Soy Walter. Sí, sí, siento haberle despertado. Sí, lo sé y lo siento de veras. Pero escuche, por favor. Acaba de llegar el señor Ryder. Le acompaña el nieto de usted.

Durante los segundos siguientes, el conserje se limitó a escuchar y asentir repetidas veces. Luego colgó el aparato y se volvió a mí, sonriente.

—Baja inmediatamente. Dice que se encargará de todo.

—Estupendo.

—Debe de estar usted muy cansado, señor Ryder...

—Sí, lo estoy. Ha sido un día agotador. Pero creo que aún me queda un compromiso... Creo que hay unos periodistas esperándome...

—¡Ah! Se han marchado hace como una hora. Dijeron que concertarían otra entrevista con usted. Les sugerí que lo trataran directamente con la señorita Stratmann, para evitar que lo molestaran. La verdad, señor, se le ve muy fatigado. Debería dejar de preocuparse y subir a su cuarto a acostarse.

—Sí, creo que sí. Humm. Así que se han ido... Primero se presentan sin previo aviso, y luego se van así...

—En efecto, señor, muy fastidioso... Pero, si me permite insistir, señor Ryder, debería irse a la cama y dormir. No tiene por qué preocuparse. Estoy seguro de que todo podrá hacerse puntualmente.

Agradecí al joven empleado sus tranquilizadoras palabras, y por primera vez en varias horas me invadió una sensación de calma. Apoyé los codos en el mostrador de recepción, y por unos instantes dormité allí mismo de pie. No llegué a dormirme del todo, sin embargo, y en todo momento fui consciente de que Boris había reclinado la cabeza en mi costado, y de que la voz del conserje seguía hablando en el mismo tono sedante a pocos centímetros de mi cara.

—Gustav no tardará —estaba diciéndome— y se ocupará de que su chico esté cómodo. Créame, no tiene por qué preocuparse de nada más, señor. Y la señorita Stratmann..., bueno, aquí en el hotel la conocemos desde hace mucho tiempo. Una dama de lo más eficiente. Se ha ocupado ya en otras ocasiones de los asuntos de muchos huéspedes importantes, y a todos les ha producido una inmejorable impresión. No comete errores. Así que puede dejar en sus manos lo de esos periodistas; no habrá ningún problema. En cuanto a Boris, le daremos una habitación justo enfrente de la suya, al otro lado del pasillo. Tiene muy buenas vistas por la mañana... Seguro que le gustará. De verdad, señor Ryder..., creo que debería irse a dormir. No creo que haya nada más que pueda usted hacer hoy. De hecho, si me permite sugerírselo, creo que haría bien en confiar a Boris a su abuelo en cuanto suban a sus habitaciones. Gustav bajará enseguida; se estará poniendo el uniforme, por eso está tardando un poco. Pero se presentará aquí enseguida, y de punta en blanco... Así es el bueno de Gustav: uniforme immaculado, nada fuera de su sitio... En cuanto aparezca, déjelo usted a cargo de todo. Seguro que no tarda... Debe de estar atándose los cordones de los zapatos, sentado al borde de la cama... Me lo imagino ya listo, levantándose de un brinco..., con cuidado, para no darse un coscorrón en la cabeza con las vigas... Una rápida pasada del peine y, sin dilación, al pasillo... Sí, será cosa de segundos... Suba tranquilo a su habitación, señor Ryder..., relájese, y a dormir toda la noche de un tirón. Permítame recomendarle un ponche antes de acostarse: uno de nuestros cócteles especiales que encontrará ya preparados en el minibar de la habitación. Son excelentes. Aunque quizá prefiera encargarse de que le suban alguna bebida caliente... Y, si le apetece, podría escuchar un ratito el hilo musical, alguna música sedante... A estas horas de la noche hay un canal que emite desde Estocolmo música nocturna de jazz, muy suave... Es francamente relajante. Yo lo sintonizo a menudo para relajarme. Pero si piensa que, en realidad, no necesita relajarse..., ¿me permite sugerirle ir al cine? Muchos de nuestros huéspedes están allí en este preciso instante.

Esta última observación —la alusión al cine— me sacó de mi somnolencia. Enderezando el cuerpo, pregunté:

—Perdone, pero ¿qué es lo que acaba de decir? ¿Que muchos de los huéspedes del hotel se han ido al cine?

—Sí, hay uno aquí mismo, al doblar la esquina. Hay una sesión de madrugada.

Son muchos los clientes que piensan que meterse en él y ver una película les ayuda a descansar al final de un día ajetreado. Puede ser una buena alternativa a tomar un cóctel o una bebida caliente.

Sonó el teléfono junto a su mano, y el conserje, excusándose, lo descolgó. Advertí que, mientras escuchaba, me miró varias veces con cierto embarazo. Al cabo dijo:

—Precisamente está aquí mismo, señora —y me tendió el aparato.

—¿Dígame? —pregunté.

La línea quedó en silencio unos segundos, pero luego oí una voz femenina:

—Soy yo.

Tardé un instante en darme cuenta de que se trataba de Sophie. Pero, nada más percatarme de ello, sentí que me invadía una honda de irritación hacia ella, y sólo la presencia de Boris me impidió gritarle airadamente. Finalmente adopté un tono de extrema frialdad:

—Así que eres tú...

Siguió un nuevo silencio, muy breve, y luego oí que me decía:

—Llamo desde aquí fuera, desde la calle. Os he visto entrar a ti y a Boris. Quizá sea mejor que él no me vea, tendría que estar ya en la cama hace rato. Procura que no se entere de que estás hablando conmigo.

Bajé la vista para mirar a Boris, que seguía de pie, reclinado sobre mí, casi dormido.

—Pero... ¿qué es exactamente lo que te traes entre manos? —pregunté.

Oí que dejaba escapar un hondo suspiro, y luego respondió:

—Tienes toda la razón para estar enfadado conmigo. Yo... Bueno, no sé qué ha sucedido. Ahora veo lo tonta que he sido...

—Mira... —la interrumpí, temiendo no ser capaz de contener mi ira por más tiempo—. ¿Dónde estás ahora?

—Al otro lado de la calle, bajo los arcos. Frente a las tiendas de antigüedades.

—Iré dentro de un minuto. No te muevas de ahí.

Devolví el aparato al conserje, y sentí cierto alivio al advertir que Boris había estado medio dormido durante la conversación telefónica. En aquel preciso instante se abrieron las puertas del ascensor, y apareció Gustav, que se encaminó hacia nosotros por la gruesa moqueta del piso.

El aspecto de su uniforme era ciertamente impecable. Los cabellos canosos los llevaba húmedos y perfectamente peinados. Una leve hinchazón alrededor de los ojos y cierta rigidez al caminar eran los únicos indicios de que había estado durmiendo como un leño hasta pocos minutos antes.

—¡Ah, señor, buenas noches! —dijo al acercarse.

—Buenas noches.

—Ah, ha traído con usted a Boris... Es muy amable de su parte haberse tomado

tantas molestias. —Gustav se aproximó unos pasos más y observó a su nieto con cara sonriente—. ¡Dios mío, señor..., mírele! Se ha quedado dormido.

—Sí. Está muy cansado —dije.

—¡Parece tan niño cuando duerme! —El mozo siguió mirando a Boris con ternura durante unos instantes más. Luego alzó la vista y se dirigió a mí—:

Me pregunto, señor, si ha podido hablar usted con Sophie... Me he estado toda la tarde preguntando cómo le habrá ido con ella.

—Bueno, sí... He hablado con ella.

—¡Ah! ¿Y se ha podido hacer alguna idea?

—¿Alguna idea?

—De lo que le preocupa.

—Ah... La verdad es que ha dicho algunas cosas bastante reveladoras...

Aunque, si he de serle sincero, y como le dije ya, es muy difícil que un extraño como yo pueda sacar conclusiones de todo ello. Naturalmente, me he formado una o dos ideas vagas de lo que puede preocuparle, pero ahora, más que nunca, opino que sería mucho mejor que hablara usted con ella.

—Pero, señor... Creo que ya le expliqué que...

—Sí, sí..., que usted y Sophie no se hablaban directamente, lo recuerdo —le interrumpí, llevado por un repentino acceso de impaciencia—. Aunque ya imagino que para usted se trata de un asunto de vital importancia...

—De vital importancia, sí, señor. ¡Oh, sí, señor! Para mí tiene una *enorme* importancia. Es por Boris, comprenda... Si no llegamos a una pronta solución, va a ser un serio problema para él. Sé que va a ser así. Ya se advierten los síntomas. No tiene más que mirarle, señor..., como está ahora mismo... Mírelo..., ¡es tan niño aún! Se lo debemos. Debemos mantener su mundo libre de estas preocupaciones, aunque sólo sea durante algún tiempo más. ¿No le parece, señor? En realidad, afirmar que este asunto es importante para mí es decir poco. Últimamente no hago más que inquietarme por ello día y noche. Pero ya ve... —Hizo una pausa, y se quedó con la mirada fija en el suelo. Luego sacudió levemente la cabeza y añadió, suspirando—: Dice usted que debería hablar con Sophie yo mismo... No es tan sencillo, señor. Tiene que comprender el origen de esta situación. Verá... Llevamos muchos años manteniendo este *arreglo*... Desde que ella era joven. Cierto que las cosas eran muy distintas de niña, de *muy* niña. Hasta que tuvo ocho o nueve años... Ah, hasta entonces, Sophie y yo nos pasábamos el día entero charlando. Yo le contaba cuentos, dábamos largos paseos por la ciudad antigua, los dos solos, cogidos de la mano, siempre charlando. No me juzgue mal, señor... Yo quería a Sophie entrañablemente, y aún la quiero de ese modo. ¡Oh, sí, señor! Estábamos *muy* unidos cuando era pequeña. El arreglo de que le hablo no comenzó hasta que ella cumplió los ocho años. Sí, esa edad tenía entonces. Le diré de paso, señor, que jamás imaginé que la cosa

podiera ir más allá de unos pocos días. Eso era todo lo que yo me proponía. Recuerdo que el primer día estaba yo en casa —era fiesta y no había ido a trabajar—, intentando colocar una estantería en la cocina para mi mujer. Sophie no paraba de dar vueltas a mi alrededor, preguntándome esto y lo otro, ofreciéndose a traerme tal o cual herramienta, tratando de ayudarme. Pero yo me mantuve en silencio, señor. Me mantuve así a rajatabla. Hasta el punto de que pronto se quedó asombrada, desconcertada. Yo me di cuenta de ello, pero era lo que había decidido hacer y tenía que mantenerme firme. No me resultaba fácil, señor. ¡Dios santo...! ¿Cómo iba a resultarme fácil? Quería a mi pequeña hija más que a nada en este mundo, pero tenía que ser fuerte. Tres días, me dije... Tres días bastarían; tres días y pondríamos término a aquello. Sólo tres días, y de nuevo podría volver a abrazarla al regresar del trabajo, a tenerla muy cerca de mí, a contárnoslo todo el uno al otro. A recuperar por así decir el tiempo perdido. En aquel tiempo yo trabajaba en el Hotel Alba, y hacia el final del tercer día, como podrá imaginarse, estaba deseando que acabara mi turno para volver a casa y ver de nuevo a mi pequeña. Comprenderá usted mi decepción cuando, al llegar al apartamento, me encontré con que Sophie no quiso salir a recibirme. Más aún, señor..., cuando fui a buscarla desvió la mirada de mí con toda intención y salió de su cuarto sin dirigirme siquiera la palabra. Aquello me dolió mucho... ¡Imagínese usted! Y supongo que me enfadé un poco, porque, como le digo, había tenido un día de mucho trabajo y se me habían hecho muy largas las horas esperando el momento de volver a verla. El caso es que me dije a mí mismo: «Si esto es lo que quiere, que vea hasta dónde la puede llevar su comportamiento». Cené con mi mujer, y nos fuimos los dos a la cama sin haberle dicho a Sophie una sola palabra. Supongo que ése fue el origen de todo. Al primer día le siguió otro igual, y antes de que nos diéramos cuenta nuestra actitud recíproca se convirtió en norma. No querría que me malinterpretara, señor... No estábamos enfadados: la animosidad entre los dos desapareció enseguida. Pero todo comenzó a ser como es ahora. Sophie y yo nos seguíamos profesando un gran afecto. Sólo que no nos dirigíamos la palabra. Reconozco que en aquel tiempo ni se me pasó por la cabeza que la cosa pudiera llegar tan lejos. Y supongo que mi intención fue siempre aguardar a algún día señalado..., su cumpleaños, por ejemplo, para olvidarnos de todo aquello y hacer que todo volviera a ser como antes. Pero llegó su cumpleaños, y perdimos la oportunidad. Y llegaron y se fueron las Navidades sin que nada cambiara. Y así hasta que ella tuvo once años. Entonces se sumó a esto un pequeño incidente, un incidente desdichado. Sophie tenía entonces un pequeño hámster blanco. Lo llamaba Ulrich, y estaba muy encariñada con él. Se pasaba horas y horas hablándole, llevándolo por todo el piso en la mano. Pero un día el animalillo desapareció. Sophie lo buscó por todas partes. Su madre y yo revolvimos todo el piso buscándolo, preguntamos por él a los vecinos..., todo en vano. Mi mujer hizo cuanto pudo por convencer a Sophie de que Ulrich

andaría por ahí a sus anchas..., que se habría ido de vacaciones y que no tardaría en volver. Pero entonces llegó una noche aciaga. Mi mujer había salido, y Sophie y yo nos quedamos solos en el piso. Yo estaba en el dormitorio, con la radio a todo volumen, (retransmitían un concierto) y de pronto me di cuenta de que Sophie lloraba a lágrima viva en la salita. Pensé al instante que al fin había encontrado a Ulrich..., o lo que quedaba de él, pues habían transcurrido ya unas cuantas semanas desde su desaparición. Bueno..., la puerta entre el dormitorio y la salita estaba cerrada y, como le digo, tenía la radio muy alta, así que lo más normal habría sido que yo no la hubiera oído llorar. Permanecí, pues, en el dormitorio, con la oreja pegada a la puerta y la música sonando a mi espalda. Por supuesto, pensé varias veces en salir e ir a verla, pero cuanto más rato pasaba de pie junto a la puerta, más reparo me daba salir y aparecer ante ella de pronto. Compréndame, señor, habría resultado extraño hacerlo cuando ya no sollozaba tan fuerte como antes... Incluso volví a sentarme un ratito en mi butaca tratando de convencerme a mí mismo de que no había oído nada. Aquellos sollozos suyos me desgarraban el corazón de tal forma, sin embargo, que al poco me vi otra vez junto a la puerta, con la cabeza pegada a ella, tratando de escuchar a Sophie por encima de los acordes de la orquesta. «Si ella me lo pide», me dije, «si me llama o da unos golpecitos en la puerta, saldré». Eso es lo que decidí. Que si llamaba, que si gritaba simplemente «¡Papá!», saldría y le diría que no la había oído antes por culpa de la música. Aguardé, pero no dijo nada, ni llamó a la puerta. Lo único que hizo, tras un rato de desconsolado llanto (me llegó al alma, señor, se lo aseguro), fue decirse a sí misma..., permítame recalcarlo: a sí misma: «¡Olvidé a Ulrich dentro de la caja! ¡Ha sido culpa mía! ¡Me olvidé de sacarlo! ¡He tenido yo la culpa!». El caso es que, según averigüé después, Sophie había metido a Ulrich dentro de una cajita suya de regalo. Sin duda quería llevarlo a alguna parte fuera de casa: siempre estaba sacándolo de paseo para «enseñarle» cosas. Así que, cuando se disponía a salir, lo metió en aquella cajita de hojalata. Pero entonces debió de ocurrir algo que la distrajo. Lo cierto es que no salió a pasear y que olvidó que había metido a Ulrich dentro de la caja. Aquella noche de la que le hablo, señor, había estado buscando algo por el piso, y de repente lo recordó todo. ¡Imagínese lo terrible que debió de ser aquel momento para mi hijita! El relámpago súbito de un recuerdo, la esperanza desesperada de que tal vez no fuera cierto, el precipitarse en busca de la caja... Sí, desgraciadamente Ulrich seguía allí dentro. En mi situación, escuchando detrás de la puerta, yo no podía saber la razón exacta de su llanto, pero me imaginé más o menos lo ocurrido cuando la oí gritar aquellas palabras: «¡Olvidé a Ulrich dentro de la caja! ¡Ha sido culpa mía!». Pero quisiera que lo comprendiera, señor: habló consigo misma. Si hubiera dicho algo así como: «¡Ven, papá..., ven a ver!». No fue así, sin embargo. A pesar de ello, me hice la siguiente reflexión: «Si vuelve a gritar..., a reprocharse de esa forma lo ocurrido, saldré». Pero no lo hizo. Se limitó a seguir

sollozando. Podía imaginármela sosteniendo a Ulrich entre los dedos, esperando tal vez que aún fuera posible salvarlo... No, no me resultó fácil, señor... La música seguía sonando a mi espalda..., y no me atreví a abandonar el dormitorio... Me comprende, ¿verdad? Oí regresar a mi mujer mucho más tarde; oí que hablaban y que Sophie volvía a llorar. Luego entró mi mujer en el dormitorio y me contó lo que había ocurrido. «¿No has oído nada?», me preguntó; y yo le respondí: «¡No, nada en absoluto! Estaba escuchando el concierto». A la mañana siguiente, durante el desayuno, Sophie no me dirigió la palabra y yo tampoco le dije nada. No por nada especial, sino por el mero hecho de mantener el silencio habitual entre nosotros. Pero me di perfecta cuenta, sin ningún género de duda, de que Sophie sabía que yo había estado escuchándola. Y, lo que era aún más, de que no estaba dolida conmigo por ello. Me pasó el jarrito de la leche, como siempre, la mantequilla..., e incluso me retiró después el plato..., más servicial incluso que otras veces. Lo que estoy tratando de explicarle, señor, es que Sophie comprendía nuestro arreglo y lo respetaba. Después de aquello, como ya se imaginará, la situación se consolidó en estos términos. Porque si el asunto de Ulrich no había bastado para Poner fin a nuestro silencio, no habría sido correcto romperlo hasta que ocurriera otro hecho que, como mínimo, fuera tan significativo como aquél. Darlo por concluido de repente, cualquier día, sin más ni más, no sólo hubiera sido realmente extraño, sino que equivaldría a minimizar la tragedia que el episodio de Ulrich representaba para mi hija. Confío en que lo entenderá así, señor. En cualquier caso, como digo, después de aquello nuestro arreglo quedó... consolidado, sí, e incluso en las presentes circunstancias no me parecería bien romper porque sí algo tan duradero ya. Hasta me atrevería a decir que Sophie opina lo mismo. Por eso le rogué a usted que, como un favor especialísimo, y dado que le vendría de camino esta tarde...

—Sí, sí, sí... —le interrumpí, sintiendo una nueva oleada de impaciencia. Y añadí a continuación, más amablemente—: Me doy cuenta de cómo están las cosas entre usted y su hija. Pero me pregunto una cosa... ¿No será tal vez eso..., este mismo asunto..., ese arreglo entre ustedes dos...? ¿No será precisamente ésa la raíz de las preocupaciones de su hija? ¿Y si este arreglo suyo fuera precisamente el motivo de sus reflexiones aquella vez que la descubrió usted sentada en el café con aquel aire de abatimiento?

Aquello pareció dejar a Gustav estupefacto, y durante algún tiempo se quedó callado. Y al cabo dijo:

—Jamás se me había ocurrido pensar en eso que usted sugiere, señor... Tendré que reflexionar sobre ello. De verdad, no lo he pensado nunca. —Volvió a sumirse en el silencio unos instantes, con la turbación dibujada en el semblante. Luego alzó la vista y me miró—: Pero... ¿por qué habría de estar tan preocupada por nuestro arreglo ahora? ¿Después de tanto tiempo? —Movié lentamente la cabeza—. ¿Me

permite una pregunta, señor? ¿Se ha formado usted esa idea a raíz de su conversación con ella?

De pronto me sentí harto de todo aquello, y deseé que acabara cuanto antes.

—No sé, no sé... —dije—. Le repito que estos asuntos familiares... Soy un extraño..., ¿cómo puedo juzgar? Lo decía como una simple posibilidad.

—Y tendré que considerarla, de veras. En interés de Boris, estoy dispuesto a estudiar todas las posibilidades. Sí, lo pensaré. —Calló de nuevo, y la turbación pareció nublarle aún más la mirada—. Me pregunto, señor, si podría pedirle otro favor... Cuando vuelva a ver a Sophie..., ¿le importaría investigar esa posibilidad que ha mencionado? Sé que tendría que hacerlo con muchísimo tacto. En otras circunstancias no me atrevería a pedirle una cosa así, pero, compréndame, estoy pensando en el pequeño Boris. ¡Le quedaría tan agradecido...!

Me miraba con tal expresión de súplica que al final dejé escapar un suspiro, y dije:

—Está bien... Haré lo que pueda por Boris. Pero debo decirle otra vez que, para un extraño como yo...

Tal vez nos oyó decir su nombre, pero el caso es que Boris se despertó en aquel preciso instante.

—¡Abuelo! —exclamó y, soltándose, se dirigió muy excitado hacia Gustav, con evidente intención de abrazarlo. Pero en el último momento el pequeño pareció pensarlo mejor y le tendió simplemente la mano.

—Buenas noches, abuelo —dijo con una dignidad tranquila.

—Buenas noches, Boris —respondió Gustav dándole unas palmaditas en la cabeza—. Me alegro de verte. ¿Qué tal has pasado el día?

Boris se encogió de hombros.

—Algo cansado. Igual que otros días.

—Aguarda un minuto y me ocuparé de todo —dijo Gustav. Y rodeando con el brazo los hombros de su nieto, el anciano mozo se acercó al mostrador de recepción. Durante los momentos que siguieron él y el conserje conversaron en la jerga hotelera y en tono muy bajo. Hasta que, finalmente, llegaron a un acuerdo y el conserje le tendió una llave.

—Si el señor tiene la amabilidad de seguirme —me dijo Gustav—, le mostraré la habitación en que dormiré Boris.

—La verdad es que tengo otra cita.

—¿A estas horas? Lleva usted una vida muy ajetreada, señor... Bien, en tal caso, ¿me permite proponerle que me encargue yo mismo de acomodar a Boris?

—Excelente idea. Se lo agradezco.

Los acompañé hasta el ascensor y les dije adiós con la mano mientras las puertas del ascensor se cerraban. Y entonces me sentí abrumado por la frustración y la ira que

hasta entonces había conseguido dominar. Sin despedirme del conserje, crucé el vestíbulo y volví a salir a la noche.

La calle estaba solitaria y en silencio. No tardé mucho en vislumbrar —en la acera opuesta, un poco más abajo— los arcos de piedra que había mencionado Sophie por teléfono. Y mientras caminaba hacia ellos pensé por un instante que a lo mejor se había sentido avergonzada y había decidido marcharse. Pero enseguida vi emerger su figura de las sombras, y sentí que la ira se apoderaba de mí una vez más.

Su expresión no era tan contrita como yo esperaba. Me observaba con interés, y cuando llegué a su lado me dijo con voz que apenas denotaba intranquilidad:

—Tienes todo el derecho a sentirte molesto. No sé qué me ha pasado.

Supongo que estaba confusa... Comprendo que estés enfadado conmigo.

La miré con aire indiferente.

—¿Enfadado? ¡Ah, ya entiendo! Te refieres a tu actitud de esta tarde. Bien, sí... Debo reconocer que me sentí muy decepcionado por Boris. Para él fue un disgusto muy grande. Pero, en cuanto a mí, si he de serte franco, no es algo a lo que haya estado dando muchas vueltas. ¡Tengo tantas otras cosas en las que pensar!

—No sé cómo ha ocurrido. Me doy perfecta cuenta de lo mucho que dependíais de mí tú y Boris...

—Perdona, pero yo jamás he dependido de ti. Creo que deberías tranquilizarte un poco. —Solté una risita, y eché a andar despacio—. Por lo que a mí respecta, no hay ningún problema. Siempre he estado dispuesto a cumplir mis obligaciones con o sin tu ayuda. Me siento decepcionado porque ha supuesto un disgusto para Boris. Esto es todo.

—He sido una estúpida... Ahora me doy cuenta. —Sophie caminaba a mi lado—. No sé... Supongo que pensé que tú y Boris, trata de comprender mi punto de vista, por favor, que tú y Boris os estabais rezagando adrede... Y supongo que quizá he temido que no os entusiasmaran gran cosa mis planes para la velada, y que por eso os habíais ido por otro camino a propósito... Mira..., si quieres, te lo contaré todo. Todo lo que quieras saber. Hasta el más mínimo detalle.

Me detuve y me volví para mirarla a la cara.

—Está visto que no me he explicado. No me interesa nada de todo esto. He salido del hotel simplemente porque necesitaba tomar el aire y relajarme un poco. Ha sido un día muy duro. Para ser exactos, pensaba meterme en un cine antes de subir a acostarme.

—¿El cine? ¿Y qué película?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Cualquier sesión de madrugada. Me han dicho que hay un cine aquí cerca. Pensaba entrar y ver cualquier cosa. He tenido un día agotador.

Me puse de nuevo en movimiento, esta vez más resuelto. Al cabo de un instante,

para satisfacción mía, escuché sus pasos tras los míos.

—¿De verdad no estás enfadado? —me preguntó al llegar a mi altura.

—¡Pues claro que no estoy enfadado! ¿Por qué iba a estarlo?

—¿Puedo ir contigo? Al cine, me refiero.

Me encogí de hombros y seguí caminando a paso rápido.

—Como gustes. Por mí, puedes hacer lo que quieras.

Sophie se cogió de mi brazo.

—Si lo deseas, seré completamente sincera. Te lo contaré todo, todo cuanto quieras saber acerca de...

—¡Pero bueno...! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No me interesa lo más mínimo. Lo único que quiero ahora es descansar. En los próximos días voy a estar sumamente agobiado.

Ella siguió cogida de mi brazo, y durante un rato caminamos los dos en silencio. Luego exclamó con voz queda:

—Es muy amable de tu parte. Mostrarte tan comprensivo, quiero decir...

No respondí. Habíamos dejado la acera y ahora íbamos por el centro de la calle desierta.

—En cuanto encontremos un hogar adecuado para nosotros, todo comenzará a ir mejor —siguió diciendo—. Tiene que ir mejor. Esa casa que voy a ir a ver mañana por la mañana... He Puesto muchas esperanzas en ella. Parece exactamente lo que hemos estado buscando desde siempre.

—Sí. Esperemos que así sea.

—Podrías mostrar un poco más de entusiasmo... Puede que sea una posibilidad crucial para nosotros.

Me encogí de hombros y seguí caminando. El cine estaba aún a cierta distancia, pero, como era prácticamente el único edificio iluminado en la oscura calle, lo teníamos a la vista desde hacía rato. Al acercarnos, Sophie dejó escapar un suspiro, y nos detuvimos.

—Quizá no deba ir —dijo soltando mi brazo—. Me llevará mucho tiempo visitar esa casa mañana. He de salir muy temprano. Será mejor que me vaya.

Quién sabe por qué, pero sus palabras me cogieron por sorpresa y durante un segundo no supe qué responder. Miré hacia el cine, y luego me volví hacia ella.

—Creí que habías dicho que te apetecía ir... —empecé a decir. Después, tras una pausa, añadí en tono más tranquilo—: Escucha... Ponen una película excelente. Estoy seguro de que te gustará...

—¡Pero si ni siquiera sabes cuál es la película!

Por espacio de un instante cruzó por mi cabeza el pensamiento de que estaba jugando conmigo. Pero, pese a ello, había comenzado a apoderarse de mí una extraña sensación de pánico, y no pude evitar que en mi voz hubiera una nota de súplica:

—Ya me entiendes... Lo sé por el conserje del hotel. Ha sido él quien me la ha recomendado. Y me consta que el hombre es muy de fiar. El hotel tiene que velar por su buena reputación... No es probable que recomienden algo que... —Dejé que mi voz se ahogara, pues me sentí invadido por el pánico al ver que Sophie empezaba a alejarse—. Escucha... —la llamé en voz alta, sin importarme ya que alguien pudiera oírme—. Estoy seguro de que será una buena película. Y tú y yo no hemos ido al cine juntos desde hace mucho tiempo. ¿No es cierto? ¿Cuándo fue la última vez que hicimos algo parecido?

Sophie pareció reconsiderar su decisión. Finalmente, sonriendo, desanduvo sus pasos y regresó a mi lado.

—Está bien, está bien —dijo al tiempo que me asía suavemente del brazo—. Es muy tarde, pero iré contigo. Tienes razón: hace siglos que no hemos hecho algo así juntos. Disfrutemos, pues, un poco.

Experimenté una gran sensación de alivio y, al entrar en el cine, tuve que controlarme para no sujetarla con fuerza y atraerla hacia mí. Sophie pareció darse cuenta, pues apoyó la cabeza sobre mi hombro.

—¡Es tan amable de tu parte no enojarte conmigo...! —repitió suavemente.

—¿Pero por qué tendría que enojarme? —murmuré mientras buscaba el vestíbulo con la mirada.

A unos metros de nosotros, las últimas personas de una cola entraban ya en la sala. Miré a mi alrededor para comprar las entradas, pero la taquilla estaba cerrada, y se me ocurrió que tal vez habría algún acuerdo entre el hotel y el cine. En cualquier caso, cuando Sophie y yo nos poníamos al final de la cola un individuo con traje gris que estaba de pie en la entrada nos sonrió y nos hizo pasar con los demás.

El cine estaba casi lleno. Aún no habían apagado las luces y mucha gente recorría la sala buscando asiento. Me puse yo también a mirar dónde podíamos sentarnos, y sentí que Sophie me apretaba el brazo.

—¡Oh, compremos algo! —dijo—. Helados, palomitas de maíz, lo que sea...

Estaba señalando la parte de delante de la sala, donde se había formado un grupito frente a una mujer uniformada que llevaba una bandeja llena de golosinas.

—Por supuesto —asentí—. Pero más vale que nos apresuremos o no quedarán butacas libres. Hoy tienen mucho público.

Nos abrimos paso hasta la parte delantera y nos sumamos a los que esperaban. Al rato de estar aguardando, noté que de nuevo se apoderaba de mí un sentimiento de enojo hacia Sophie, hasta el punto de que llegué incluso a alejarme de ella. Pero enseguida la oí decir a mi espalda:

—Voy a ser sincera contigo. En realidad esta noche no he ido al hotel a buscarte. Ni siquiera sabía que tú y Boris fuerais a ir allí.

—¿Y eso? —pregunté sin volverme, con la vista fija en la señora de las golosinas.

—Después de lo ocurrido —prosiguió Sophie—, en cuanto comprendí que me había comportado como una estúpida..., bueno..., no sabía qué hacer. Pero de pronto me acordé. Del abrigo de invierno de papá, quiero decir. Me acordé de que aún no se lo había dado.

Oí como un crujido de papeles, y al volverme para mirarla, reparé por primera vez en que Sophie llevaba al brazo un gran envoltorio de papel de estraza y forma indefinida. Lo alzó en el aire, pero evidentemente era pesado, y tuvo que bajarlo enseguida.

—Ya comprendo que fue una tontería —siguió—. No había ningún motivo de alarma. Pero de pronto noté el frío del invierno y, pensando en el abrigo, me dije que tenía que llevárselo cuanto antes. Así que lo envolví y salí a la calle. Luego, sin embargo, al llegar al hotel, la noche parecía tan agradable... Me di cuenta de que me había inquietado sin motivo y me quedé dudando si debía o no entrar a dárselo. Estuve allí un buen rato pensándolo, hasta que se me ocurrió que papá se habría ido ya a dormir. Podía habérselo dejado en conserjería, pero tenía ganas de entregárselo personalmente. Aparte de que, con un tiempo tan bueno, bien podía dejar pasar algunas semanas... En eso estaba cuando apareció un coche y tú y Boris salisteis de él. Ésta es la pura verdad.

—Comprendo.

—De no ser por eso, no sé si habría tenido el valor de presentarme ante ti. Pero, puesto que estaba allí, justo en la acera de enfrente, me armé de valor y te llamé por teléfono.

—Me alegra que lo hayas hecho —dije, y añadí, señalando con un gesto a nuestro alrededor—: Después de todo, hacía tanto tiempo que no veníamos juntos a un cine...

Sophie no respondió y, cuando la miré, vi que tenía la mirada amorosamente fija en el paquete que llevaba al brazo. Le dio unos golpecitos con la mano libre.

—El tiempo seguirá así durante algunas semanas —susurró, dirigiéndose a la vez al paquete y a mí—. No corre demasiada prisa. Podemos dárselo dentro de unos días.

Habíamos llegado ya a la primera fila del grupo, y Sophie se apresuró a adelantarme para echar un ansioso vistazo a la bandeja que mostraba la mujer de uniforme.

—¿Qué te apetece a ti? —me preguntó Sophie—. A mí un vasito de helado... No, mejor uno de esos bombones helados de chocolate.

Atisbando por encima de su hombro, vi que la bandeja contenía los habituales helados y chocolatinas. Pero, curiosamente, las golosinas habían sido desplazadas en confuso desorden a los bordes de la bandeja, para hacer sitio en el centro de ésta a un grueso libro muy manoseado. Incliné el cuerpo hacia él para examinarlo.

—Es un manual muy útil, señor —se apresuró a explicarme la mujer de uniforme—. Puedo recomendárselo encarecidamente.

Supongo que no debería venderlo aquí de esta forma. Pero al director no le importa que vendamos objetos personales nuestros, a condición de que no lo hagamos demasiado a menudo.

En la sobrecubierta se veía la foto de un hombre sonriente, vestido con mono de trabajo y subido a una escalera de mano; llevaba una brocha en una mano y un rollo de papel de empapelar bajo el brazo. Cuando lo alcé de la bandeja pude ver que la encuademación había empezado a deshacerse.

—Pertenece a mi hijo mayor —prosiguió la mujer—. Pero ahora ya es un hombre y se ha ido a Suecia. La pasada semana me puse por fin a ordenar todas sus cosas. He conservado algunas que pensé que tenían valor sentimental y he tirado el resto. Pero había una o dos que no parecían encajar en ninguna de ambas categorías. Como este manual, señor... No puedo decir que tenga mucho valor sentimental, pero ¡es un libro tan útil! Enseña a hacer tantísimas cosas en la casa, como decorar, alicatar... Y todo paso a paso, con dibujos clarísimos. Recuerdo que mi hijo le sacó mucho partido ya de mayor... Ya sé que está un poquito deteriorado ahora, pero sigue siendo una verdadera joya. Además, no pido gran cosa por él, señor.

—Tal vez le gustaría a Boris —le comenté a Sophie mientras lo hojeaba.

—¡Oh! Si usted tiene un chico mayorcito, señor, sería el regalo perfecto. Se lo digo por propia experiencia. A nuestro hijo le fue de maravilla a esa edad. Pintura, alicatado..., enseña a hacer de todo.

Las luces comenzaban a atenuarse, y recordé que aún teníamos que encontrar asiento.

—Muy bien, me lo quedo —dije.

La mujer se deshizo en palabras de agradecimiento mientras le pagaba, y nos alejamos de ella con el libro y los helados.

—Es muy amable de tu parte tener ese detalle con Boris —me dijo Sophie mientras subíamos por el pasillo central. Luego volvió a alzar su crujiente envoltorio para acomodárselo mejor bajo el brazo—. Parece mentira que papá haya podido pasar el último invierno sin un abrigo como Dios manda —continuó—, pero es demasiado orgulloso para ponerse el otro viejo que tiene. Por otra parte, el invierno pasado fue más bien suave, así que no importó gran cosa, en realidad. Pero no puede pasarse otro invierno sin abrigo.

—No, no debería.

—Soy muy realista en esto. Sé que papá se está haciendo viejo. Y llevo tiempo dándole vueltas a todos los aspectos del asunto. Pensando en su jubilación, por ejemplo. Hay que encarar el hecho de que tiene ya muchos años. —Guardó silencio unos instantes antes de concluir—: Sí, se lo daré dentro de unas semanas. Será lo mejor.

Las luces de la sala habían ido apagándose gradualmente y el público había

adoptado un silencio expectante. Me pareció que el local estaba incluso más lleno que antes, y me pregunté si no sería ya demasiado tarde para encontrar asiento. Pero cuando la oscuridad era casi total, llegó por el pasillo un acomodador con una linterna y nos indicó dos butacas en una de las primeras filas. Sophie y yo pasamos entre los espectadores ya sentados susurrando disculpas, y tomamos asiento justo cuando empezaban los anuncios.

La mayoría de anuncios eran de empresas locales, y la retahíla se nos hizo interminable. Cuando por fin empezó la proyección de la película, llevábamos ya sentados media hora por lo menos. Vi con cierto alivio que se trataba de un clásico de la ciencia ficción: 2001: una odisea del espacio..., una de mis películas preferidas, que jamás me he cansado de volver a ver.

Tan pronto como aparecieron en la pantalla las impresionantes secuencias del mundo prehistórico, sentí que me relajaba y no tardé en abandonarme cómodamente a la magia del filme. Estábamos ya en la parte central de la trama —con Clint Eastwood y Yul Brynner a bordo de la nave espacial, rumbo a Júpiter— cuando oí que Sophie decía a mi lado:

—Aunque el tiempo podría cambiar, por supuesto.

Di por descontado que se refería a la película, y respondí con un murmullo de asentimiento. Pero minutos después volvió a hablarme:

—El año pasado tuvimos un otoño espléndido, soleado, como el de este año. Duró muchísimo. La gente siguió yendo a tomar café en las terrazas de los bares hasta bien entrado noviembre. Pero luego, de pronto, de la noche a la mañana, se presentó el frío. Podría volver a ocurrir lo mismo este invierno. Nunca se sabe, ¿verdad?

—No, supongo que no —admití. Pero esta vez, por supuesto, ya me había dado cuenta de que me estaba hablando del abrigo.

—Aun así, no es tan urgente.

Cuando volví a mirarla de soslayo, me pareció que estaba atenta a la película. Fijé también la vista en la pantalla, pero a los pocos segundos, en la oscuridad de la sala, comenzaron a pasar por mi memoria fragmentos de recuerdos que distrajerón una vez más mi atención de la película.

Me vi evocando vividamente cierta ocasión en que me hallaba sentado en un sillón incómodo, y tal vez mugriento. Es probable que fuera por la mañana, la mañana triste de un día gris, y que hubiera estado leyendo el periódico. Boris estaba tumbado de bruces cerca de mí, en la alfombra, garabateando en un bloc de dibujo con un lápiz de cera. Por la edad del niño —era aún muy pequeño— inferí que se trataba de un recuerdo de hacía seis o siete años, aunque no podía recordar la habitación ni la casa en que estábamos. Habían dejado entreabierta la puerta que daba al cuarto contiguo, del que llegaban varias voces femeninas que charlaban

animadamente.

Yo llevaba algún tiempo leyendo el periódico en aquel incómodo sillón, pero algo en Boris —quizá un cambio sutil en su actitud o en su postura— hizo que lo mirara. Me bastó un vistazo para hacerme cargo de la situación: Boris se las había arreglado para dibujar en su hoja un «Superman» perfectamente identificable. Llevaba semanas intentándolo, pero a pesar de nuestras palabras de ánimo hasta entonces no había sido capaz de lograr darle siquiera un parecido aceptable. Y ahora, sin embargo, lo había logrado de pronto, quizá por una de esas conjunciones del azar y del progreso que son tan frecuentes en la infancia. El dibujo no estaba acabado —la boca y los ojos requerían unos toques últimos—, pero, aun así, enseguida me di cuenta del gran triunfo que aquello representaba para él. Y le habría dicho algo, pero también observé que se hallaba volcado sobre su obra en un estado de enorme tensión, con el lápiz en ristre sobre el bloc. Sin duda vacilaba entre dejarlo como estaba o seguir retocándolo y arriesgarse a estropearlo. Yo me había hecho cargo de su apremiante dilema, e incluso había estado a punto de decirle en voz alta: «Déjalo, Boris. Está bien así. No lo toques más, y que todos puedan ver lo que has conseguido. Enséñamelo, y luego ve a enseñárselo a tu madre y a todas esas personas que están charlando ahí al lado. ¿Qué importa que no esté acabado del todo? Se van a quedar todas boquiabiertas, y se sentirán orgullosas de ti. Más vale que no lo toques: podrías estropearlo». Pero no dije nada y, en lugar de ello, seguí observándolo asomando la cabeza por el borde del Periódico. Finalmente, Boris tomó una decisión, y se puso a añadir al gunos detalles con sumo cuidado. Hasta que, ganando confianza, se empleó a fondo y empezó a utilizar el lápiz con bastante inconsciencia. Al poco interrumpió su tarea para contemplar en silencio el resultado. Y entonces —todavía recuerdo la angustiada sensación que aquello me causó— presencié su desesperado intento de salvar el dibujo añadiendo más y más trazos. Hasta que, con una expresión de profundo abatimiento, dejó el lápiz sobre el bloc y, levantándose, abandonó la habitación sin decir ni una palabra.

El episodio me había afectado de forma sorprendente, y aún me hallaba en pleno esfuerzo por apaciguar mis emociones cuando la voz de Sophie había dicho desde algún punto cercano:

—No comprendes nada, ¿verdad?

Yo había bajado el periódico, sorprendido por lo acerbo de su tono, y la vi de pie frente a mí, mirándome. Luego Sophie había añadido:

—No tienes ni idea de lo mucho que he sufrido al observarlo. Jamás lo comprenderás. ¡Mírate...! ¡Leyendo el periódico! —Había bajado la voz para dar aún más intensidad a sus palabras—. ¡Ésa es la diferencia! No es hijo tuyo... Podrás decir lo que quieras, pero no es lo mismo. Jamás sentirás por él lo que siente un auténtico padre. ¡Mírate! No puedes ni imaginar lo que he sufrido.

Dicho lo cual, se había dado media vuelta y había salido de la habitación.

Se me pasó por la cabeza seguirla a la habitación de al lado y, hubiera o no visitas, obligarla a escucharme. Pero al final me decidí por aguardarla allí, y esperar a que regresara. Y lo cierto es que Sophie volvió a los pocos minutos; aunque algo que advertí en su actitud me aconsejó no decirle nada y dejar que volviera a marcharse. Luego, aunque durante la media hora siguiente Sophie entró y salió de la habitación varias veces, y pese a lo decidido que estaba a decirle lo que sentía, permanecí en silencio. Hasta que, en determinado momento, comprendí que ya se había pasado la oportunidad de abordar la cuestión sin riesgo de hacer el ridículo, y volví a refugiarme en mi periódico con un vivo sentimiento de frustración y culpa.

—Dispense... —dijo una voz detrás de mí, al tiempo que una mano me tocaba el hombro. Al volverme vi a un individuo en la fila inmediatamente posterior a la nuestra que, con el cuerpo inclinado hacia adelante, me estudiaba detenidamente—. Es usted el señor Ryder, ¿verdad? ¡Dios bendito, pues claro que sí! Perdóneme, se lo ruego. Llevo todo el rato sentado justo detrás de usted y no le había reconocido en la penumbra. Soy Karl Pedersen. Tenía muchas ganas de conocerle en la recepción preparada para esta mañana; pero, claro, no contaba con las circunstancias imprevisibles que le han impedido llegar... ¡Qué casualidad encontrarle aquí ahora!

Era un hombre de pelo cano, con gafas y expresión bondadosa. Enderecé un poco mi postura.

—¡Ah, sí, señor Pedersen...! Encantado de conocerle. Como bien dice, lo de esta mañana ha sido el colmo de la mala suerte. Yo también tenía grandes deseos de conocer..., de conocerles a todos ustedes.

—Pues da la casualidad de que ahora mismo están aquí, en el cine, varios concejales de nuestra ciudad, que han lamentado mucho no poder darle la bienvenida esta mañana. —Escrutó la oscuridad—. Si pudiera saber dónde se han sentado... Me gustaría presentarle a un par de ellos. —Volviéndose en su butaca, estiró el cuello para mirar hacia filas de atrás—. Por desgracia no consigo ver a ninguno...

—Me encantará conocer a sus colegas, por supuesto. Pero ahora ya es tarde, y además están viendo la película. Será mejor dejarlo para otro momento. Seguro que habrá más ocasiones.

—No consigo ver a ninguno de ellos —repitió el hombre, volviéndose hacia mí de nuevo—. ¡Qué lástima! Sé que están en algún lugar de este cine. En todo caso, señor, ¿me permite expresarle, como miembro del ayuntamiento, el placer y el honor que supone para todos nosotros su visita?

—Es usted muy amable.

—Según dicen, el señor Brodsky ha estado soberbio esta tarde en el auditorium. Tres o cuatro horas ensayando a conciencia.

—Sí, ya me he enterado. Es magnífico.

—A propósito, señor..., ¿ha estado ya en nuestro auditorium?

—¿El auditorium? Bien..., no. Desgraciadamente, aún no he tenido la oportunidad...

—Comprendo. Han sido muchas horas de viaje. En fin..., queda mucho tiempo. Estoy seguro de que le impresionará nuestro auditorium, señor Ryder. Es un hermoso edificio antiguo y, por muchas cosas que hayamos abandonado a los estragos del tiempo en nuestra ciudad, nadie podrá acusarnos jamás de no haber velado por nuestro auditorium. Un edificio antiguo muy hermoso, como le digo, y situado en un marco maravilloso. Me refiero al Liebmann Park, por supuesto. Podrá verlo usted mismo, señor Ryder. Un agradable paseo entre los árboles y, al llegar al claro..., ¡helo ahí! ¡El auditorium! Ya lo verá usted, señor. Es un lugar ideal para que se den cita nuestros conciudadanos, lejos del bullicio callejero. Recuerdo que, cuando yo era niño, teníamos una orquesta municipal, y el primer domingo de cada mes nos congregábamos todos en ese claro del parque antes del concierto. Aún puedo ver la llegada de las familias, todos de punta en blanco..., gente y más gente que venía por entre los árboles dirigiéndose saludos. Y nosotros, la chiquillería, correteando de acá para allá. En otoño teníamos un juego, un juego especial. Nos poníamos a recoger todas las hojas caídas que podíamos, las llevábamos hasta el cobertizo del jardinero y las amontonábamos a un lado. Había allí, en la pared del cobertizo, un tablón así de alto, que tenía una marca. Y nos habíamos pasado unos a otros la consigna de que teníamos que amontonar las hojas suficientes para que la altura del montón llegara hasta la marca antes de que los adultos empezaran a llenar el auditorium. Porque, si no lo conseguíamos, la ciudad entera saltaría en mil pedazos, o algo parecido. Así que allí estábamos todos, yendo y viniendo a todo correr con los brazos cargados de hojas húmedas. Es muy fácil para cualquiera de mi edad sentirse nostálgico, señor Ryder, pero no le quepa duda: ésta fue en el pasado una comunidad muy feliz. Con familias muy grandes y muy dichosas. Y amistades reales, duraderas. El trato entre la gente era cordial y afectuoso. La nuestra fue una maravillosa comunidad, sí, señor. Durante muchos años. Voy a cumplir los setenta y seis, así que bien puedo dar testimonio de ello.

Pedersen cayó en un momentáneo mutismo. Continuaba echado hacia adelante, con el brazo apoyado en el respaldo de mi butaca y, al mirarle la cara, vi que sus ojos no estaban fijos en la pantalla, sino en algún otro lugar muy alejado. Entretanto, llegábamos a esa parte de la película en la que los astronautas empiezan a sospechar los motivos del ordenador HAL, artilugio capital en todos los aspectos de la vida a bordo de la nave espacial. Clint Eastwood recorría los claustrofóbicos pasillos de la nave con expresión serena y empuñando un enorme revólver. Empezaba a dejarme prender de nuevo por la trama cuando Pedersen reanudó su perorata.

—He de serle franco. No puedo evitar sentir cierta lástima por *él*. Por el señor

Christoff, quiero decir. Sí, por extraño que le parezca, siento *lástima* por él. Se lo he dicho con estas palabras a unos cuantos colegas del ayuntamiento, y ellos han pensado: «¡Bueno..., este pobre hombre chochea...! ¿Quién puede sentir ni una pizca de lástima por ese charlatán?». Pero compréndame... Lo recuerdo mejor que la mayoría. Recuerdo cómo estaban las cosas cuando el señor Christoff llegó por primera vez a esta ciudad. Claro que estoy tan furioso con él como cualquiera de mis colegas. Pero... ¿qué quiere que le diga?... sé muy bien que al principio no fue precisamente el señor Christoff quien tomó la iniciativa. ¡No, no! Fue..., mejor dicho, fuimos *nosotros*. Es decir, las personas como yo. Porque no lo niego: yo tenía entonces cierta influencia. Le animamos, le aplaudimos, le halagamos..., le dimos a entender que confiábamos en su talento y en su iniciativa. Una parte, al menos, de la responsabilidad de lo ocurrido nos corresponde a nosotros. Mis colegas más jóvenes tal vez fueran ajenos a todo esto en la primera época. Sólo conocen al señor Christoff como la figura dominante, la que hacía y deshacía. Pero olvidan que él nunca solicitó tal posición. ¡Oh, sí...! Recuerdo perfectamente la llegada del señor Christoff a esta ciudad. Era un hombre muy joven entonces, solo, nada pretencioso..., incluso modesto. Si nadie lo hubiera animado, estoy seguro de que se habría sentido feliz permaneciendo en un segundo plano, dando sus recitales en privado y demás. Pero fue una cuestión de oportunidad, señor Ryder, y los acontecimientos se desarrollaron de la forma más desdichada. Cuando el señor Christoff llegó a la ciudad, estábamos pasando... bueno, sí, una especie de «bache». El señor Bernd, el pintor, y el señor Vollmöller, un compositor excelente, que durante tanto tiempo habían llevado el timón de nuestra vida cultural, acababan de fallecer con pocos meses de diferencia, y por la ciudad se había extendido un sentimiento..., una especie de *desasosiego*... Todos sentíamos una gran tristeza por la muerte de aquellos dos hombres extraordinarios, pero supongo que al mismo tiempo nos decíamos que se nos presentaba una oportunidad para cambiar. La oportunidad de algo nuevo y fresco. Porque, pese a lo felices que habíamos sido, después de tantos años con aquellos dos caballeros al frente de todo era inevitable que hubieran surgido ciertas frustraciones. Así que se imaginará usted el revuelo que se produjo cuando corrió la voz de que el extranjero que se alojaba en casa de la señora Roth era un violoncelista profesional que había tocado en la orquesta sinfónica de Gotemburgo y, en varias ocasiones, bajo la dirección de Kazimierz Studzinski. Recuerdo que yo mismo tuve bastante que ver con el recibimiento que dispensamos al señor Christoff... Y a él lo recuerdo como era entonces, ya ve, con aquella sencillez suya de los primeros tiempos. Ahora, desde la perspectiva de los años, pienso incluso que le faltaba confianza en sí mismo. Es probable que hubiera sufrido algunos reveses antes de llegar a esta ciudad. Pero nos deshicimos en atenciones con él, y lo instamos a manifestar sus opiniones acerca de los temas más diversos... Sí, así empezó todo. Recuerdo que ayudé personalmente a

persuadirlo de que diera aquel primer recital. Porque él se mostraba reacio de verdad. Aunque lo cierto es que su primer recital iba a ser una cosa muy sencilla, una reunión social en casa de la señora condesa. Fue sólo dos días antes de la fecha prevista cuando la condesa, en atención a la cantidad de gente que deseaba asistir, se vio obligada a trasladar la velada a la Holtmann Gallery. Y a partir de entonces, los recitales del señor Christoff (le pedíamos como mínimo uno cada seis meses) tuvieron como marco el auditorium y llegaron a ser, año tras año, clamorosos acontecimientos sociales. Pero al principio él se resistía. Y no sólo la primera vez. Durante los primeros años tuvimos que seguir persuadiéndolo. Luego, naturalmente, las aclamaciones, los aplausos y los halagos pusieron su granito de arena, y pronto el señor Christoff comenzó a verlo todo de otra forma. Para empezar, a verse de otra forma a sí mismo. «He triunfado aquí», le oyeron decir muchas veces en aquel tiempo. «He triunfado desde que llegué a esta ciudad». Lo que quiero decir, señor Ryder, es que fuimos nosotros quienes le empujamos. Y ahora me da lástima..., y me atrevería a afirmar que probablemente soy el único en la ciudad que se apiada de él. Como ya habrá advertido, hay más bien un sentimiento generalizado de ira en su contra. Pero yo soy bastante realista a la hora de enjuiciar la situación... Es preciso serlo, y sin concesiones. Nuestra ciudad está al borde de una crisis. La ruina se extiende. Por alguna parte tenemos que empezar a enderezar la situación, así que bien podemos comenzar por el meollo. Hay que ser drásticos y, por mucha lástima que me inspire, comprendo que no hay otro remedio. Él y todo cuanto ha llegado a representar han de ser arrumbados en un sombrío rincón de nuestra historia.

Aunque seguía con el cuerpo ligeramente vuelto hacia él para indicar que no había dejado de escucharle, mi atención había vuelto de nuevo a la película. Clint Eastwood se comunicaba ahora con la Tierra a través del micrófono. Hablaba con su esposa, y las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Me di cuenta de que nos acercábamos a la famosa secuencia en la que Yul Brynner entra en la sala y pone a prueba la rapidez en sacar el revólver de Eastwood dando una palmada ante él.

—Dígame —pregunté—. ¿Cuánto tiempo hace que llegó a la ciudad el señor Christoff?

Lo había preguntado casi sin pensar, con la mitad de la atención en la pantalla. Y de hecho seguí absorto en la película dos o tres minutos más antes de observar que, a mi espalda, el señor Pedersen tenía la cabeza hundida entre los hombros en actitud de profunda vergüenza. Al advertir que lo miraba de nuevo, alzó la vista y respondió:

—Tiene usted toda la razón, señor Ryder. Nos merecemos su reprimenda. Diecisiete años y siete meses. ¡Mucho tiempo, sin duda! Un error como el nuestro habrían podido cometerlo en cualquier parte... Pero... ¿habrían tardado tanto en rectificarlo? Comprendo la impresión que debemos de causarle a un extraño, a alguien como usted, señor..., y me avergüenzo profundamente, sí..., permítame que

lo reconozca. No trato de buscar excusas. Nos costó una eternidad admitir nuestro error. No diría yo *verlo*, pero reconocerlo, admitirlo incluso en nuestro fuero interno, era algo muy difícil. Por eso nos costó tanto tiempo. Nos habíamos comprometido muy a fondo con el señor Christoff... Prácticamente todos los miembros del ayuntamiento lo habíamos invitado alguna vez a nuestras casas... En los banquetes municipales anuales tomaba asiento siempre junto al señor y la señora Von Winterstein. Su retrato había ilustrado la cubierta del calendario del ayuntamiento. Se había encargado de escribir la introducción al programa de la Exposición Roggenkamp. Y eso no era todo. Ni muchísimo menos. Las cosas llegaron demasiado lejos. Como, por ejemplo, en el desdichado caso del señor Liebrich... ¡Ah, dispense! Creo que acabo de ver al señor Kollmann por allí atrás —exclamó de pronto, al tiempo que volvía a estirar el cuello para otear el fondo de la sala—. Pues sí: es el señor Kollmann, y está acompañado, si no me equivoco... ¡Es tan difícil ver en esta oscuridad!... Está también el señor Schaefer. Estos dos caballeros se hallaban presentes en la recepción fallida de esta mañana, y me consta que se habrían alegrado muchísimo si hubieran podido saludarle. Además, en lo relativo al tema de que hablamos, estoy seguro de que los dos tienen mucho que contar. ¿Quiere usted que nos acerquemos y se los presento?

—Sería un honor para mí. Pero me estaba usted hablando de...

—¡Ah, sí, naturalmente! Del desdichado caso del señor Liebrich. Verá usted, señor... Durante muchos años antes de la llegada del señor Christoff, el señor Liebrich había sido uno de nuestros profesores de violín más respetados. Enseñaba a los hijos de las mejores familias. Y se le admiraba muchísimo. Pues bien... No mucho tiempo después de su primer recital, le preguntaron al señor Christoff su opinión sobre el señor Liebrich, y él dio a entender que no lo apreciaba gran cosa, ni como artista ni por sus métodos de enseñanza. Para cuando murió el señor Liebrich, hace unos pocos años, lo había perdido prácticamente todo: los alumnos, los amigos, su puesto en la sociedad... Fue un caso impresionante, aunque sólo uno de tantos. Pero... reconocer que habíamos vivido tanto tiempo equivocados respecto al señor Christoff..., ¿puede usted hacerse cargo de la enorme dificultad que entrañaba? Sí, fuimos débiles, lo reconozco. Por otra parte, no podíamos ni imaginar que las cosas llegarían al actual grado de crisis. La gente parecía tan feliz. Fueron pasando los años y, si alguno de nosotros albergó alguna duda en su interior, se la guardó para sí mismo. Pero no estoy excusando nuestra negligencia, señor. En absoluto. Es más: por mi posición de entonces en el municipio, sé que soy tan culpable como el que más. Al final, y me avergüenza sobremanera tener que admitirlo, al final fueron los ciudadanos, el pueblo llano, quienes nos obligaron a encarar nuestras responsabilidades. Las personas sencillas, cuyas vidas son ahora cada vez más míseras, en esto fueron un paso por delante de nosotros. Recuerdo exactamente el

instante en que despuntó en mí por vez primera esta realidad. Fue hace tres años. Regresaba yo a casa después del último de los recitales del señor Christoff: las *Grotesqueries para violoncelo y tres flautas*, de Kazan. Lo recuerdo muy bien. Avivaba el paso en la oscuridad del Liebmann Park, porque hacía mucho frío, cuando vi al señor Kohler, el farmacéutico, que caminaba unos pasos más adelante. Sabía que había asistido también al concierto, por lo que lo alcancé y nos pusimos a charlar. Al principio me guardé muy mucho de decir francamente lo que pensaba, pero en un momento dado le pregunté si había disfrutado con el recital del señor Christoff. El señor Kohler me respondió que sí. Pero debí de percibir algo en su forma de decirlo, porque recuerdo que a los pocos segundos volví a formularle la pregunta. Y esta vez el señor Kohler, tras repetir que lo había pasado muy bien, añadió que quizá la interpretación del señor Christoff había sido algo funcional. Sí, sí..., «funcional»... Ésa fue la palabra que empleó. Ya se imaginará usted lo mucho que dudé antes de proseguir. Pero al final decidí dejar a un lado mis precauciones, y le dije: «Pues mire usted, señor Kohler: creo que soy de su misma opinión. Ha sido todo un poco árido». A lo que el señor Kohler replicó que, por su parte, era el adjetivo «frío» el que le había venido a la mente. Para entonces habíamos llegado ya a la verja del parque. Nos deseamos buenas noches y nos separamos. Pero recuerdo que aquella noche casi no pude dormir, señor Ryder. La gente corriente, los ciudadanos decentes como el señor Kohler, empezaban a manifestar esas opiniones. Estaba claro que ya no se podía mantener la ficción. Que había llegado el momento de que nosotros, los que ocupábamos puestos influyentes, asumiéramos nuestros propios errores por graves que fueran las consecuencias. ¡Oh, sí, dispéñeme...! Ahora los veo bien: sí, quien está sentado junto al señor Kollmann es el señor Schaefer. Esos dos caballeros tendrán puntos de vista interesantes sobre lo ocurrido, son de una generación posterior a la mía, y habrán visto las cosas desde un ángulo algo distinto. Además, sé lo mucho que deseaban saludarle esta mañana. Acerquémonos, por favor.

Pedersen se levantó de su asiento, y vi cómo su encorvada figura se abría paso por la fila susurrando excusas. Al llegar al pasillo irguió el cuerpo y me hizo una seña. Pese a mi cansancio, no me quedó más remedio que acompañarle, y, levantándome también, empecé a recorrer la fila hacia el pasillo central. Mientras lo hacía, advertí que entre el público reinaba una atmósfera casi festiva. Todos parecían intercambiar chistes y pequeños comentarios durante la proyección, y mi paso entre las butacas no parecía molestar a nadie. Por el contrario, todos apartaban hacia un lado las piernas o se ponían en pie servicialmente para dejarme espacio. Unos cuantos, incluso, se arrellanaron en sus butacas y levantaron los pies entre exclamaciones de regocijo.

Una vez en el pasillo central, el señor Pedersen comenzó a guiarme por la pendiente enmoquetada. Al llegar a un punto de las filas traseras se detuvo y, con un

amplio y obsequioso ademán, me indicó:

—Por favor, señor Ryder..., detrás de usted.

Me vi de nuevo pasando entre respaldos y piernas, esta vez con Pedersen pegado a mis talones y susurrando disculpas por los dos. No tardé en llegar hasta un grupito de hombres acurrucados. Tardé unos segundos en advertir que habían montado una partida de cartas y jugaban o bien inclinados hacia la fila de delante o bien vueltos hacia atrás y acodados en los respaldos de los asientos. Alzaron la vista al vernos, y cuando Pedersen me presentó, todos trataron de erguirse un poco. No volvieron a acomodarse hasta que me hubieron instalado holgadamente en el centro, y me vi estrechando numerosas manos tendidas en la oscuridad.

El hombre que se hallaba más cerca de mí vestía traje oscuro, y llevaba desabrochado el cuello de la camisa y flojo el nudo de la corbata. Olía a *whisky*, y me pareció que tenía alguna dificultad para verme nítidamente. Su compañero, que asomaba por encima de su hombro, era delgado, con la cara muy pecosa, y parecía más sobrio, aunque también se había aflojado la corbata. Aún no había tenido tiempo de prestar atención al resto del grupo cuando el borracho me estrechó la mano por segunda vez y dijo:

—Espero que lo esté pasando bien con la película, señor.

—Sí, mucho. De hecho es precisamente una de mis películas preferidas de siempre.

—¡Ah! ¡Pues es una suerte que la hayan puesto esta noche! Sí, a mí también me gusta. Es un clásico. Escuche, señor Ryder... ¿Quiere jugar esta mano en mi lugar? —dijo, poniéndome las cartas delante de la cara.

—No, muchas gracias. Por favor..., no interrumpan su partida por mi culpa.

—Le estaba explicando al señor Ryder —dijo Pedersen detrás de mí— que la vida en esta ciudad no ha sido así siempre. Incluso ustedes, caballeros, que son bastante más jóvenes que yo, podrán dar fe de ello...

—¡Ah, sí...! ¡Los viejos tiempos! —exclamó soñadoramente el borracho—. Sí... ¡Qué maravilloso era todo en los viejos tiempos!

—Theo está pensando en Rosa Klenner —dijo el individuo pecoso, provocando las risas de todos.

—¡Bobadas! —protestó el borracho—. Y deja de ponerme en evidencia delante de nuestro distinguido huésped.

—Que sí, que sí... —prosiguió su amigo—. En aquel tiempo Theo estaba enamorado de Rosa Klenner. Es decir, de la actual señora Christoff.

—Jamás estuve enamorado de ella. Además, ya era un hombre casado entonces.

—Tanto peor, Theo..., tanto peor.

—Eso son tonterías.

—Pues yo lo recuerdo muy bien, Theo —dijo una nueva voz desde la fila de atrás

—. Te pasabas horas y horas hablando de Rosa Klenner.

—Entonces no conocía su auténtico carácter.

—¡Pero si fue precisamente su carácter lo que te cautivó! —prosiguió la voz—. Tú siempre habías ido detrás de mujeres que no habrían dedicado ni tres segundos de su tiempo a fijarse en ti...

—Algo de verdad hay en eso —asintió el individuo pecoso.

—No hay ni una pizca de verdad...

—Verá, señor Ryder..., permítame que le explique —dijo el hombre de la cara llena de pecas apoyando la mano en el hombro de su amigo ebrio e inclinándose hacia mí—. La actual señora Christoff, a la que solemos seguir llamando Rosa Klenner, es una joven de aquí, una de los nuestros, alguien que creció entre nosotros. Aún es una mujer hermosa y, en aquellos días..., bueno..., digamos que nos tenía prendados a todos. Era muy bella, y muy distante. Trabajaba en la Schlegel Gallery, que ahora está cerrada. Un trabajo de despacho, no mucho más que de simple auxiliar. Solía ir allí los martes y jueves...

—Los martes y *viernes* —le corrigió el borracho.

—Los martes y viernes. Perdona el error. Por supuesto, Theo tiene que recordarlo perfectamente... Después de todo, frecuentaba la galería, una pequeña sala de paredes blancas, siempre que tenía ocasión, con la excusa de ir a ver los cuadros...

—¡Bobadas!

—Y no eras el único, ¿verdad, Theo? Tenías un montón de rivales. Jürgen Haase. Erich Brull... Incluso Heinz Wodak. Todos eran habituales.

—Y Otto Röscher —añadió Theo nostálgico—. Iba también a menudo.

—¡No me digas! Sí, en efecto... Rosa tenía muchos admiradores.

—Yo nunca hablé con ella —dijo Theo—. Excepto una vez, cuando le pedí un catálogo.

—Lo que estaba muy claro con Rosa —prosiguió el individuo de las pecas—, ya desde que éramos todos adolescentes, era que, en su opinión, los varones de esta ciudad no estaban ni muchísimo menos a su altura. Se creó una reputación de rechazar las proposiciones de las maneras más crueles. De ahí que las almas tímidas, como nuestro Theo, aquí presente, optaran sabiamente por no decirle ni media palabra. Pero cuando aparecía de paso en la ciudad alguien notable..., un artista, un músico, un escritor..., Rosa lo perseguía sin el más mínimo pudor. Siempre formaba parte de tal o cual comité, lo que significaba que tenía acceso a prácticamente cualquier celebridad que nos visitara. Asistía a todas las recepciones y, en cuanto podía, acorralaba al huésped en un rincón, charla que te charla y mirándole fijamente a los ojos. Hubo muchas especulaciones, naturalmente, en torno a su comportamiento sexual, quiero decir, aunque nadie pudo jamás probar nada. Actuaba siempre muy inteligentemente. Pero si te fijabas en cómo corría detrás de las celebridades

visitantes, pocas dudas podían caberte de que había tenido relaciones con algunos de ellos. Era muy atractiva, y encandiló a muchos. Pero, por lo que se refiere a los hombres de aquí, ni se molestaba en mirarlos.

—Hans Jongboed siempre se jactó de haber tenido una aventura con ella —observó el llamado Theo. Su intervención suscitó muchas risas, e hizo que varias voces cercanas repitieran burlescamente: «¡Hans Jongboed!». Pedersen, sin embargo, se movía inquieto.

—Caballeros, caballeros... —empezó a decir—. El señor Ryder y yo estábamos hablando de...

—Jamás hablé con ella —dijo Theo—. Excepto aquella vez. Para pedirle un catálogo.

—¡Vamos, Theo, no te lamentes! —El pecoso dio una palmada a su amigo en la espalda y casi lo lanzó hacia adelante—. No vale la pena. ¡Mira en qué situación está ahora!

Theo pareció abismarse en sus pensamientos.

—Era así en todo —dijo—. No sólo en el amor. Sólo tenía tiempo para los miembros del círculo artístico, sólo para la flor y nata de entre ellos. No podías ganarte su respeto de otra forma. Y no era una persona apreciada aquí... Mucho antes de casarse con Christoff, había mucha gente que le tenía ojeriza.

—De no haber sido tan bella —me explicó el individuo pecoso—, la hubiera odiado todo el mundo. Pero, al serlo, siempre hubo hombres como nuestro Theo dispuestos a sucumbir a su hechizo. Pero el caso es que se presentó Christoff en la ciudad. ¡Un violoncelista profesional, y con una notable trayectoria, además! Rosa fue a por él de la manera más desvergonzada. No parecía importarles lo que pensáramos los demás. Sabía lo que quería y se aprestó a obtenerlo sin regatear medios. Fue admirable, en cierto modo, dentro de lo escandaloso. Christoff quedó prendado de ella y se casaron durante el primer año de su estancia entre nosotros. Para Rosa, Christoff era lo que siempre había estado esperando. Bien..., espero que le haya valido la pena... Dieciséis años de matrimonio... No habrá sido tan malo. Pero ¿y ahora? Él está acabado aquí. ¿Qué hará ella ahora?

—Ahora ni siquiera le darían trabajo en una galería —afirmó Theo—. Nos ha hecho mucho daño en todos estos años. Ha dañado nuestro orgullo. Está tan acabada en esta ciudad como el propio Christoff.

—Algunos opinan —prosiguió el pecoso— que Rosa se irá de la ciudad con Christoff, y que no lo abandonará hasta que se hayan establecido en otra parte. Pero el señor Dremmler, aquí presente —me indicó a un hombre sentado en la fila de delante—, está convencido de que se quedará aquí.

El tal Dremmler se volvió al oír su nombre. Evidentemente había estado escuchando la conversación, porque afirmó con cierto tono de autoridad:

—Lo que no tienen que olvidar a propósito de Rosa Klenner es que, en realidad, es una persona muy tímida en ciertos aspectos. Fui a la escuela con ella, estábamos en el mismo curso. Siempre ha tenido ese problema, ese lado tímido, que es su perdición. Esta ciudad no es lo bastante buena para ella, pero Rosa es demasiado tímida para dejarla. Fíjense: a pesar de todas sus ambiciones, jamás intentó dejarnos. La mayoría de la gente no advierte en ella este rasgo suyo, pero lo tiene. Por eso tengo la certeza de que se quedará. Se quedará y probará suerte de nuevo. Tendrá intención de echarle el anzuelo a cualquier otra celebridad que nos visite. Después de todo, aún está muy bien para la edad que tiene.

Una voz atiplada, procedente de algún asiento próximo, observó:

—Tal vez vaya a por Brodsky.

El comentario provocó una carcajada general.

—Pues es perfectamente posible —siguió diciendo la voz en un cómico tono de ofendida protesta—. De acuerdo..., él es un vejestorio, pero Rosa ya tiene sus años. ¿Y quién más hay aquí de su categoría? —Las risas se alzaron de nuevo, incitando a la voz a seguir hablando—. De hecho, elegir a Brodsky es lo mejor que puede hacer. Yo le recomendaría esa solución. Si optara por cualquier otra, la antipatía que la ciudad siente ahora por Christoff seguiría pesando sobre ella. Pero si se convirtiera en la amante, o incluso en la esposa de Brodsky... ¡Ah!, sería con mucho el mejor modo de hacer olvidar su relación con Christoff. Ello le supondría poder seguir manteniendo su... actual *posición*.

Al llegar a este punto, las risas se habían generalizado a nuestro alrededor, con espectadores de hasta tres filas más allá volviéndose para mostrar su regocijo. A mi lado, Pedersen se aclaró la garganta:

—Por favor, caballeros —dijo—. Estoy decepcionado. ¿Qué pensará de todo esto el señor Ryder? Están refiriéndose al señor Brodsky, al *señor* Brodsky, sí, como si siguiera siendo el mismo de antes. Y se están poniendo ustedes en evidencia. Porque el señor Brodsky ya no es alguien risible. Sea cual fuere la intención de lo que dice el señor Schmidt acerca de la señora Christoff, el señor Brodsky no es en absoluto una opción ridícula...

—Es bueno que haya venido usted a visitarnos, señor Ryder —le cortó Theo—. Pero ya es demasiado tarde. Las cosas han llegado a un punto en que... En fin, que ya no hay remedio...

—Eso son sandeces, Theo —le censuró Pedersen—. Nuestra coyuntura es crucial; nos encontramos ante un momento decisivo. El señor Ryder ha venido a decírnoslo. ¿No es así, señor Ryder?

—Sí...

—Es demasiado tarde. Hemos perdido la oportunidad. ¿Por qué no nos resignamos a ser una ciudad entre tantas, una ciudad fría y solitaria? Otras lo han

hecho. Al menos, navegaríamos a favor de la corriente. El alma de esta ciudad, señor Ryder, no es que esté enferma: está muerta. Ya es demasiado tarde. Hace diez años, tal vez... Quizá existiera alguna posibilidad. Pero ahora ya no. Usted, señor Pedersen. —El borracho señaló con el dedo trémulo a mi compañero de asiento—. Usted, señor... Fueron usted y el señor Thomas. Y el señor Stika. Todos ustedes, caballeros. Todos *prevaricaron*...

—No empecemos de nuevo, Theo —intervino el hombre de las pecas—. Tiene razón el señor Pedersen. No es momento de resignarnos. Hemos recuperado a Brodsky, al *señor* Brodsky... Y, por lo que sabemos, él podría llegar a ser...

—¡Brodsky, Brodsky...! Ya es demasiado tarde. Estamos acabados. Contentémonos con ser una fría ciudad moderna, y punto.

Noté sobre mi brazo la mano de Pedersen.

—Señor Ryder..., ¡lo siento muchísimo!

—¡Usted *prevaricó*, señor! ¡Diecisiete años! Diecisiete años permitiéndole a Christoff hacer y deshacer a su antojo. ¿Y qué es lo que nos ofrece ahora? ¡A Brodsky! Sí, señor Ryder, ¡es demasiado tarde!

—Lamento en el alma que haya tenido usted que escuchar todo esto —me dijo Pedersen. Y alguien añadió a nuestra espalda:

—Estás borracho y deprimido, Theo. Eso es todo. Mañana por la mañana tendrás que ir a ver al señor Ryder para rogarle que te disculpe.

—Bueno... —dije—, me interesa conocer las dos corrientes contrapuestas de opinión...

—¡Pero es que ésta no es una corriente de opinión! —protestó Pedersen—. Se lo aseguro, señor Ryder. Los sentimientos de Theo no son en absoluto representativos del sentir de la gente. En todas partes..., en las calles, en los tranvías..., yo percibo otra cosa, un enorme sentimiento de optimismo.

Sus palabras provocaron un murmullo generalizado de asentimiento.

—No se lo crea, señor Ryder —dijo Theo, agarrándose a la manga de mi chaqueta—. Está usted aquí en una misión imposible. Hagamos, si quiere, una rápida encuesta aquí mismo, en el cine... Preguntémosles a unos cuantos espectadores...

—Me voy a casa, señor Ryder —terció Pedersen—. Voy a acostarme. Es una maravillosa película, pero ya la he visto varias veces. Y usted mismo, señor..., debe de estar muy fatigado.

—Sí, la verdad, estoy muy cansado. Puedo acompañarle, si me lo permite. —Me volví hacia los demás—: Excúsenme, señores, pero me parece que ya es hora de que vuelva a mi hotel.

—Pero, señor Ryder... —dijo el individuo pecoso con un tono de preocupación—, no se vaya aún. Debería quedarse hasta que el astronauta desmantele el HAL, al menos...

—Tal vez quiera ocupar mi puesto en la partida, señor Ryder —dijo una voz desde la misma fila, a unas butacas de distancia—. Ya he jugado bastante por esta noche. Aparte de que me cuesta mucho ver las cartas en esta penumbra. Mi vista ya no es lo que era.

—Es usted muy amable, pero de verdad que tengo que irme.

Iba a estrechar las manos de todos y darles las buenas noches, pero Pedersen se había puesto ya de pie y empezaba a abrirse camino hacia el pasillo. Me apresuré a seguirle, y dirigí al grupo unos cuantos ademanes de despedida.

Pedersen —observé— parecía muy trastornado por lo sucedido, y cuando llegamos al pasillo continuó caminando en silencio con la cabeza baja. Al salir de la sala, eché una última mirada a la pantalla y vi a Clint Eastwood preparándose para desconectar el HAL, mirando atentamente su enorme destornillador.

En el exterior, la noche —con su mortal quietud y su fría y espesa niebla— supuso un contraste tan marcado con el tibio bullicio de la sala que los dos nos quedamos parados en la acera, como tratando de recuperarnos de la impresión del brusco cambio.

—No sé qué decirle, señor Ryder —comenzó Pedersen—. Theo es una bellísima persona, pero algunas veces, tras una cena copiosa... —Sacudió la cabeza en ademán de desaliento.

—No se preocupe. Las personas que trabajan mucho necesitan desfogarse. He disfrutado mucho de la velada.

—Me siento avergonzadísimo...

—¡Por favor...! Olvidémoslo. De verdad que lo he pasado muy bien.

Habíamos empezado a caminar, y nuestras pisadas resonaban en la calle desierta. Durante un rato, Pedersen mantuvo un preocupado silencio. Y luego dijo:

—Debe usted creerme, señor... Nunca hemos subestimado la dificultad que entraña imbuir esa idea en nuestra comunidad. Esa idea respecto al señor Brodsky, quiero decir. Pero le aseguro que hemos procedido con tremenda prudencia y paso a paso.

—Estoy seguro de que ha sido así.

—Al principio fuimos muy estrictos hasta en a quién le íbamos a mencionar el asunto. Juzgábamos vital que sólo quienes era probable que se mostraran a favor conocieran el proyecto en sus primeros pasos. Luego, a través de esas personas, nos permitimos propagar la idea, para que fuera calando lentamente en el público en general. Así nos asegurábamos de que el plan sería presentado bajo su prisma más positivo. Y, al mismo tiempo, adoptamos otras medidas. Ofrecimos, por ejemplo, una serie de banquetes en honor del señor Brodsky, a los que invitamos a personas de la alta sociedad cuidadosamente elegidas. Fueron primero cenas reducidas, sin ningún tipo de publicidad; pero luego, gradualmente, hemos podido ampliar más y más el

abanico, y hemos ido consiguiendo apoyos cada vez más amplios. Asimismo, y con ocasión de cualquier acontecimiento público importante, nos asegurábamos de que el señor Brodsky fuera visto entre las personalidades. Cuando vino el Ballet de Pekín, por ejemplo, hicimos que se sentara en el mismo palco que el señor y la señora Weiss. Y a nivel personal, como es lógico, todos hemos puesto especial empeño en referirnos siempre a él en el tono más respetuoso. Llevamos dos años de esfuerzo en esta tarea y nos sentimos más que satisfechos de lo conseguido. La imagen que se tenía de él ha cambiado sustancialmente. Tanto que nos pareció llegada la hora de dar este importantísimo paso. De ahí que lo de esta noche haya sido para mí un jarro de agua fría. Esos caballeros son los primeros que deberían dar ejemplo. Si *ellos* caen en semejante actitud cada vez que se desmandan un poco, ¿qué cabe esperar del común de los mortales? —Dejó en suspenso el interrogante y volvió a sacudir la cabeza—. Estoy decepcionado. Por mí mismo y en atención a usted, señor Ryder.

De nuevo se sumió en el mutismo. Al cabo de un rato de caminar en silencio, dije con un suspiro:

—Nunca es fácil cambiar la opinión pública.

Pedersen dio unos cuantos pasos más antes de volver a hablar:

—Tiene usted que considerar cuál fue nuestro punto de partida. Porque, si lo mira de esa forma, si piensa desde dónde empezamos, verá que hemos hecho importantes progresos. Compréndame... El señor Brodsky lleva mucho tiempo viviendo entre nosotros, y en todos estos años nadie le había oído hablar de música, y mucho menos tocar... Sí, claro... Todos teníamos una vaga idea de que, en tiempos, fue director de orquesta en su país de origen... Pero, dado que nunca le habíamos visto en esa faceta, jamás lo consideramos un músico. En realidad, si he de serle sincero, hasta hace muy poco el señor Brodsky sólo se hacía notar cuando se emborrachaba y recorría las calles de la ciudad haciendo eses y vociferando. El resto del tiempo no era más que un individuo solitario que vivía con su perro en una casa de las afueras, saliendo por la carretera del norte. Bueno..., esto no es del todo cierto: la gente también lo conocía de verlo en la biblioteca pública. Dos o tres días por semana, acudía a la biblioteca a primera hora, ocupaba su sillón habitual bajo los ventanales y ataba a su perro a la pata de la mesa. Va contra las ordenanzas meter allí a un perro, pero las bibliotecarias habían decidido hace mucho tiempo que era más sencillo dejarle entrar con él. Más sencillo que empezar un altercado con el señor Brodsky. Así que con frecuencia te lo encontrabas en la sala de lectura, hojeando su montón de libros..., siempre los mismos gruesos volúmenes de Historia. Y si alguien en la sala iniciaba la más mínima conversación, aunque sólo fuera para susurrar unas palabras de saludo, él saltaba como un resorte de su asiento y reprendía a voz en grito al culpable. En teoría, claro, tenía todo el derecho a hacerlo. Pero la verdad es que jamás hemos sido demasiado estrictos con lo del silencio en nuestra biblioteca. Después de todo, a las

gentes les gusta charlar un poco cuando se encuentran, allí o en cualquier otro lugar público. Y si se piensa que el propio señor Brodsky infringía las normas al entrar con su perro, no es raro que se diera cierta propensión a tildar su actitud de poco razonable. Pero es que, para colmo, algunas mañanas, de cuando en cuando, parecía apoderarse de él un humor hartamente curioso. Llevaba un rato leyendo en su mesa y de pronto su semblante se tornaba la viva expresión de la melancolía, y allí lo veías sentado, mirando al vacío, en ocasiones con los ojos arrasados en lágrimas. Si ello ocurría, los presentes podían tener la certeza de que no se metería con ellos si charlaban. Normalmente, alguien tanteaba primero el terreno, y, si el señor Brodsky no reaccionaba, la sala se convertía al instante en un hervidero de conversaciones. Hasta el punto de que, en tales casos..., es tan perversa la gente..., la biblioteca alcanzaba cotas de bullicio mucho más altas que en cualquier otro momento en que no se hallara presente el señor Brodsky. Recuerdo que una mañana fui a devolver un libro: aquello parecía una estación de ferrocarril. Tuve prácticamente que gritar para hacerme oír por la encargada del servicio de préstamos. Y allí estaba el señor Brodsky, callado e inmóvil en medio del bullicio, ensimismado en su propio universo. Debo decir que daba pena verlo. La luz de la mañana acentuaba su aire de fragilidad. Le caía una gotita de la punta de la nariz, su mirada se perdía en la lejanía y se había olvidado por completo de la página que tenía delante. Se me antojó un poco cruel aquel cambio operado en el ambiente: era como si todos estuvieran aprovechándose de él, aunque no estoy muy seguro del sentido que pueda tener esto. Entiéndame..., en cualquier otra mañana, él habría sido capaz de hacer callar a todo el mundo en un instante... En fin, señor Ryder..., lo que estoy intentando decirle es que ésa era la imagen que durante muchos años tuvimos del señor Brodsky. Supongo que es mucho esperar que la gente cambie *por completo* y en tan poco tiempo el concepto que se había formado de él. Se han hecho muchos progresos, pero como usted mismo acaba de ver... —De nuevo pareció sumirse en la exasperación—. Y, sin embargo, ellos deberían ser más juiciosos... —murmuró para sí.

Nos detuvimos en un cruce. La niebla se había espesado mucho, y yo me sentía desorientado por completo. Pedersen miró a su alrededor y reanudó la marcha, guiándome por una calle estrecha y con hileras de coches aparcados sobre las aceras.

—Le acompañaré al hotel, señor Ryder. Por ahí también puedo ir a mi casa sin desviarme mucho. Confío en que el hotel sea de su agrado...

—¡Oh, sí...! Está muy bien.

Durante un rato los coches aparcados en la acera nos obligaron a caminar uno detrás de otro. Luego salimos al centro de la calzada y, cuando me coloqué al lado de Pedersen, pude verlo mucho más animado. Sonrió y me dijo:

—Tengo entendido que irá usted mañana a casa de la condesa para oír esos discos. Me consta que el señor Von Winterstein, nuestro alcalde, quiere reunirse allí

con ustedes. Está deseando hacer un aparte con usted para tratar de ciertos temas.

Pero lo más importante de todo son los discos, naturalmente... ¡Son algo extraordinario!

—Sí, yo también siento mucha curiosidad...

—La señora condesa es una mujer muy notable. Ha dado ya muchas veces prueba de una profundidad de pensamiento que nos ha dejado a todos avergonzados. En más de una ocasión le he preguntado cómo diablos se le ocurrió esa idea. «Una corazonada», me responde siempre. «Me desperté una mañana con esa corazonada». ¡Qué mujer...! Normalmente habría sido complicadísimo obtener esas grabaciones... Pero ella se las arregló para conseguirlas a través de una casa especializada de Berlín. No hará falta que le diga que nosotros, entonces, no conocíamos su proyecto. Y me atrevería a decir que, de haberlo conocido, nos habríamos reído de él. Hasta que una tarde nos convocó a todos en su residencia (dos años hizo el mes pasado). Recuerdo que era un atardecer espléndido, soleado... Y nos reunió en el saloncito de su casa, a los once, completamente ajenos al motivo de aquella entrevista. Nos sirvió un aperitivo e inmediatamente comenzó a dirigirnos la palabra. Que llevábamos demasiado tiempo lamentándonos, nos dijo, y que ya iba siendo hora de que hiciéramos algo. Que ya iba siendo hora de que reconociéramos cuán torpemente habíamos actuado y de dar algunos pasos eficaces para reparar, en la medida de lo posible, el daño. Porque, si no lo hacíamos, nuestros nietos, y los hijos de nuestros nietos, jamás nos lo perdonarían. Bien... Nada de todo ello nos resultó nuevo: llevábamos meses repitiéndonos unos a otros esos o parecidos sentimientos. Nos limitamos, pues, a asentir con los habituales murmullos de aprobación. Y la condesa continuó hablando. En cuanto al señor Christoff, afirmó, poco más había que hacer. Estaba ya completamente desacreditado entre las gentes de toda condición de nuestra ciudad. Lo cual, sin embargo, difícilmente bastaría para dar marcha atrás en la espiral de decadencia, cada vez más vertiginosa, en que se hallaba atrapado el corazón de nuestra comunidad. Teníamos que forjar un nuevo espíritu, una nueva era. Todos asentimos... Y, la verdad, señor Ryder, también estas palabras eran como un eco de lo que tantas veces habíamos hablado entre nosotros. Y así se lo hizo saber el señor Von Winterstein, con la más extremada cortesía, por supuesto. Fue entonces cuando la condesa empezó a revelarnos lo que tenía en mente. Dijo que quizá habíamos tenido siempre la solución muy a mano. Siguió explicándose y..., bueno..., al principio apenas podíamos dar crédito a nuestros oídos. ¿El señor Brodsky? ¿El asiduo de la biblioteca, el de las borracheras en plena vía pública? ¿Se refería en serio al señor Brodsky? Porque se trataba de la condesa, porque, si no, estoy seguro de que nos habríamos desternillado de risa. Ella, sin embargo, lo recuerdo muy bien, se mostró sumamente segura de sí misma. Sugirió que nos pusiéramos cómodos, porque tenía unos discos que deseaba que escucháramos. Con suma atención. Y a continuación

empezó a ponerlos uno tras otro mientras permanecíamos inmóviles en nuestros asientos y el sol iba poniéndose despacio fuera. La calidad de las grabaciones era muy deficiente. Y el equipo de la condesa, como comprobará usted mismo mañana, es más bien anticuado. Pero nada de eso importó gran cosa. En cuestión de minutos, la música nos hechizó a todos, nos arrulló en un mar de profunda serenidad. Algunos teníamos los ojos empañados de lágrimas. Nos dábamos perfecta cuenta de estar escuchando lo que tanto habíamos echado de menos a lo largo de los años. De pronto nos pareció incomprensible que alguna vez hubiéramos podido aplaudir a alguien como el señor Christoff. ¡Por fin volvíamos a oír auténtica música! La obra de un director que no sólo era un genio, sino que, además, *sintonizaba con nuestros valores*. Al cabo cesó la música, y nos levantamos, y estiramos las piernas (la audición había durado tres horas largas), y... le seré sincero..., aquella idea sobre el señor Brodsky, ¡el señor Brodsky!, seguía pareciéndonos igual de absurda. Las grabaciones, nos apresuramos a objetar, eran muy antiguas... El señor Brodsky, por razones que él conocería mejor que nadie, hacía mucho tiempo que había abandonado la música. Y, además, tenía sus..., sus problemas. Difícilmente podía parangonársele ya con aquel joven director de orquesta. Pronto nos vimos todos volviendo a expresar con gestos nuestras dudas. Pero la condesa volvió a tomar la palabra. Estábamos llegando a una situación crítica, insistió. Teníamos que mantener un espíritu abierto. Acudir al señor Brodsky, hablar con él, averiguar cuáles eran sus aptitudes actuales. A ninguno de nosotros había que recordarle lo apremiante de la situación. Todos podíamos citar docenas de casos hartamente tristes. Vidas destrozadas por la soledad. Familias enteras desesperanzadas de volver a gozar la felicidad que un día disfrutaron como lo más normal del mundo. Fue en ese instante cuando el señor Hoffman, el director de su hotel, carraspeó de pronto y declaró que él iría a ver al señor Brodsky. Que se encargaría personalmente (lo dijo con toda solemnidad, poniéndose de pie incluso), que se encargaría personalmente de estudiar la situación, y que, si existía alguna esperanza de rehabilitar al señor Brodsky, él mismo, el señor Hoffman, se ocuparía de hacerlo. Y que, si le confiábamos tal tarea, prometía no defraudar a la comunidad. Esto ocurrió, como le digo, hace más de dos años. Desde entonces hemos podido contemplar, asombrados, la dedicación del señor Hoffman al cumplimiento de su promesa. El progreso, en conjunto y no siempre sin altibajos, ha sido notabilísimo. Y el señor Brodsky ha alcanzado..., bien..., ha llegado al punto en que está ahora. Y nos hemos dicho que ya no debíamos aguardar más para dar el paso crucial. Después de todo, nuestras posibilidades no pueden ir más allá de *presentar* al señor Brodsky ante los ojos de todo el mundo bajo una luz más favorable. En algún momento tienen que ser los ciudadanos quienes juzguen con sus propios ojos y oídos. En fin... Todo indica que no hemos sido demasiado ambiciosos. El señor Brodsky ha estado dirigiendo los ensayos con regularidad y, según todos los informes, se ha ganado el

respeto de la orquesta. Pueden haber pasado muchos años desde la última vez que dirigió en público, pero no parece que su genio haya desmerecido un ápice. La pasión, el sentido de la belleza que descubrimos en su música aquel día en el saloncito de la condesa, han permanecido en él a la espera y ahora han vuelto a aflorar. Sí, estamos íntimamente convencidos de que el próximo jueves por la noche hará que nos sintamos todos orgullosos. Entretanto, por nuestra parte, hemos puesto todos los medios posibles para asegurar el éxito de la velada. La orquesta de la Fundación Nagel de Stuttgart, como bien sabe, goza de merecido prestigio aunque no figure entre las más afamadas. Sus honorarios no son una fruslería. Sin embargo, apenas hubo entre nosotros una sola voz que se opusiera a contratarla para esta crucial ocasión, ni que discutiera la duración del contrato. Se habló al principio de dos semanas de ensayos; pero finalmente, con el apoyo pleno del comité de Hacienda, ampliamos el tiempo a tres semanas. Tres semanas de manutención y hospedaje de los componentes de una orquesta sinfónica, más sus honorarios, son todo un presupuesto, señor Ryder... No es preciso que se lo diga. Pero apenas se oyó un murmullo de oposición. Todos y cada uno de los concejales han tomado conciencia de la importancia de la noche del jueves. Y todos están de acuerdo en que hay que darle al señor Brodsky las máximas facilidades. Pero, aun así —prosiguió Pedersen tras un profundo suspiro—, aun así, como ha podido comprobar usted mismo hace un rato, es muy difícil superar las viejas ideas arraigadas. Ésta es precisamente la razón, señor Ryder, de que pensemos que su ayuda, el hecho de haber accedido a venir a nuestra humilde ciudad, acaso resulte absolutamente decisiva para nosotros. La opinión pública le escuchará como no escucharía jamás a ninguno de nosotros. De hecho, señor, puedo asegurarle que la simple noticia de su venida ha cambiado el estado anímico de la ciudadanía. Hay una gran expectación en torno a lo que nos dirá usted el próximo jueves por la noche. En los tranvías, en los cafés..., no se habla prácticamente de otra cosa. Por supuesto que ignoro lo que ha preparado usted para nosotros. Tal vez haya considerado oportuno no pintar un panorama demasiado risueño... O quizá quiera prevenirnos del duro trabajo que nos aguarda a todos y cada uno si queremos recuperar la felicidad que tuvimos antaño... Hará usted muy bien en hacernos tales advertencias. Pero también sé que apelará usted certeramente a la parte positiva, a la parte más noble y animosa de quienes le escuchan. De una cosa estoy seguro: cuando haya acabado de hablar, nadie en esta ciudad volverá a ver en el señor Brodsky al viejo borrachín desharrapado de antes. ¡Ah...! Le noto cierto aire de preocupación, señor Ryder... No se inquiete. Puede que a veces demos la impresión de ser una ciudad muy provinciana, pero hay ocasiones en las que sabemos superarlos. El señor Hoffman, en particular, ha estado trabajando a conciencia para organizar una velada realmente espléndida. Tenga usted la seguridad de que asistirá lo más granado de nuestra sociedad. Y en cuanto al señor

Brodsky..., ya le digo: no nos defraudará. Superará todas nuestras expectativas, no tengo la más mínima duda.

De hecho, la expresión que había sorprendido Pedersen en mi semblante no traducía en absoluto una «preocupación» mía, sino más bien el creciente enojo que comenzaba a sentir hacia mí mismo. Porque lo cierto era que no sólo no tenía preparada aquella alocución a la ciudadanía de la que Pedersen hablaba, sino que aún tenía que reunir los datos necesarios para pergeñarla. No podía entender cómo, con mi experiencia, había incurrido en semejante error. Me recordé a mí mismo aquella tarde en el elegante atrio del hotel, sorbiendo un café fuerte y amargo, diciéndome que debía planificar cuidadosamente el resto del día para aprovechar lo mejor posible el escasísimo tiempo de que disponía... Mientras estuve allí sentado, contemplando en el espejo del fondo de la barra el reflejo empañado de la fuente, me había imaginado en una situación no muy distinta de la que acababa de vivir momentos antes en el cine, pero en la que, por el contrario, causaba un profundo asombro a la concurrencia con mi conocimiento de los temas locales, y en la que de cuando en cuando pronunciaba alguna frase ingeniosa a expensas de Christoff susceptible de correr de boca en boca al día siguiente por toda la ciudad. Pero, en lugar de ello, había permitido que me distrajeran otros asuntos, con el resultado de que, en el curso de aquella conversación en el cine, no había sido capaz de hacer un solo comentario digno de tenerse en cuenta. Hasta era posible que hubiera dado la impresión de ser una persona bastante descortés. De pronto sentí una profunda irritación contra Sophie, por el caos en que me había sumido y por la forma en que me había obligado a desatender por completo mis habituales normas de conducta.

Nos paramos de nuevo, y caí en la cuenta de que estábamos delante del hotel.

—Ha sido un gran placer —dijo Pedersen, tendiéndome la mano—. Confío en que podré disfrutar nuevamente de su compañía en los próximos días. Pero ahora debemos retirarnos a descansar.

Le di las gracias, le deseé buenas noches y entré en el vestíbulo del hotel mientras el sonido de sus pasos se perdía en la oscuridad de la noche.

El joven conserje seguía en su puesto.

—Espero que le haya gustado la película, señor —dijo al entregarme la llave.

—Sí, mucho. Le agradezco que lo sugiriera. Ha sido muy relajante.

—Muchos huéspedes piensan que es una forma excelente de rematar el día. Por cierto, señor... Gustav dice que a Boris le ha gustado mucho su habitación y que se quedó dormido inmediatamente.

—¡Ah, magnífico! Buenas noches —dije, y crucé el vestíbulo en dirección al ascensor.

Llegué a mi habitación deseoso de quitarme de encima la suciedad acumulada durante aquel largo día, y tras enfundarme el batín empecé a prepararme para tomar

una ducha. Pero de pronto, mientras exploraba el cuarto de baño, sentí tal sensación de cansancio que lo único que pude hacer fue recorrer tambaleándome el espacio que me separaba de la cama. Me dejé caer encima de ella, y me sumergí al punto en un profundo sueño.

No llevaba mucho tiempo dormido cuando sonó el timbre del teléfono prácticamente al lado de mi oído. Lo dejé sonar un rato, y al cabo me incorporé en la cama y descolgué.

—¡Ah, señor Ryder...! Soy yo, Hoffman.

Me quedé callado, a la espera de que me explicara por qué me molestaba a aquellas horas, pero el director del hotel no siguió hablando. Se hizo un embarazoso silencio, que al fin él se decidió a romper repitiendo:

—Soy yo, señor... Hoffman. —Hubo una nueva pausa, y dijo—: Estoy abajo, en el vestíbulo.

—¡Ah!

—Lo siento mucho, señor Ryder. Tal vez estaba usted ocupado en algo.

—Pues verás, sí... Estaba durmiendo. —Mi observación pareció dejar atónito a Hoffman, pues se hizo un nuevo silencio. En vista de ello, me apresuré a soltar una carcajada, y dije—: Quiero decir que me había echado en la cama. Naturalmente, no pensaba ponerme a dormir hasta..., hasta haber cumplido con todas mis obligaciones de la jornada.

—¡Claro, claro...! —Percibí un timbre de alivio en la voz de Hoffman—. Estaba usted recuperando el aliento, por así decir. ¡Muy comprensible! Bien..., en todo caso, señor, le esperaré aquí en el vestíbulo.

Colgué el aparato y me quedé sentado en la cama preguntándome qué hacer. Me sentía más agotado que nunca —llevaba dormido escasamente unos minutos—, y tuve la tentación de olvidarme de Hoffman y de volver a conciliar el sueño. Pero finalmente comprendí que me sería imposible hacerlo, y salté de la cama.

Entonces descubrí que me había quedado dormido con el batín puesto. Iba a quitármelo y a vestirme cuando se me ocurrió que no hacía falta que me pusiera otra ropa para bajar a ver a Hoffman. Después de todo, a aquellas horas de la noche era improbable que me viera alguien aparte de Hoffman y el conserje. Además, si me presentaba en batín recalcaría sutil y agudamente lo avanzado de la hora y el hecho de que se me estaba privando de un merecido sueño. Salí, pues, al pasillo y me dirigí al ascensor. Estaba muy irritado.

Al principio, al menos, mi atuendo pareció obrar el efecto deseado, porque cuando Hoffman me vio entrar en el vestíbulo, sus primeras palabras fueron:

—Siento mucho haber interrumpido su descanso, señor Ryder. Debe de haber sido tan agotador para usted todo ese ajetreo del viaje...

No hice lo más mínimo por ocultar mi cansancio. Me pasé la mano por el pelo y asentí.

—No tiene por qué excusarse, señor Hoffman. Pero confío en que esto no nos

lleve mucho rato. Lo cierto es que tiene usted razón: me siento sumamente cansado.

—¡Oh, no, descuide! Será breve, muy breve.

—Estupendo.

Observé que Hoffman llevaba puesta una gabardina y, debajo, un traje de etiqueta con fajín y pajarita.

—Se habrá enterado usted de la aciaga noticia, por supuesto... —dijo.

—¿Una mala noticia?

—Muy mala, sí. Pero permítame decirle, señor, que confío..., que confío en que no redunde en nada grave. Y espero, señor Ryder, que antes de que concluya la velada haya llegado usted a ese mismo convencimiento.

—Seguro que sí —dije, buscando tranquilizarlo con mi asenso. Pero, tras un instante de vacilación, decidí que no me quedaba otro remedio y le pregunté sin más rodeos—. Lo siento, señor Hoffman, pero... ¿a qué mala noticia se refiere? ¡Ha habido tantas últimamente!

Me miró, alarmado.

—¿Tantas malas noticias?

Solté una risita.

—Acerca de las guerras en África y todo eso... De todas partes llegan malas noticias —expliqué en tono de humor.

—¡Oh, ya comprendo! Me refería, claro, a lo ocurrido con el perro del señor Brodsky.

—¡Ah, sí! El perro del señor Brodsky...

—Convendrá usted conmigo, señor, en que es un asunto de lo más desdichado. ¡Precisamente ahora! Por mucho que hayas cuidado hasta el más mínimo detalle, ¡de pronto te encuentras con cosas como ésta! —suspiró, exasperado.

—Sí. Es horrible. Horrible.

—Pero, como le digo, no pierdo la confianza. Sí, confío de veras en que no va a tener mayores repercusiones. Y ahora..., ¿puedo sugerirle que nos vayamos enseguida? Es la mejor hora, señor Ryder. Es decir: no llegaremos ni demasiado temprano ni demasiado tarde... Como debe ser. Uno debe tomarse estas cosas con calma. No debe dejarse llevar por el pánico. Bien, señor..., pongámonos en marcha.

—Yo..., esto..., señor Hoffman... Me parece que no he atinado bien con mi atuendo para la ocasión... Tal vez me permitirá usted unos minutos para subir a mi habitación y ponerme cualquier otra cosa.

—¡Oh, no! —exclamó Hoffman, dirigiéndome una fugaz mirada—. Tiene usted un aspecto magnífico, señor Ryder. No se preocupe, por favor. Y ahora —añadió, consultando con nerviosismo su reloj de pulsera—, sugiero que nos pongamos en camino. Sí, es el momento justo. Se lo ruego.

La noche era oscura, y la lluvia arreciaba fuera. Seguí a Hoffman y rodeamos el

edificio del hotel hasta un caminito que conducía a un pequeño aparcamiento al aire libre, en el que vi cinco o seis vehículos. Sólo había una luz prendida a uno de los postes de la valla metálica, y gracias a ella pude sortear los grandes charcos que se habían formado en el suelo.

Hoffman se acercó a un gran coche negro y me abrió la puerta del acompañante. Mientras me acercaba hacia ella fui notando que la humedad me empapaba poco a poco las zapatillas de fieltro. Y en el momento de subir al coche uno de mis pies se hundió en un charco y quedó completamente mojado. Dejé escapar una exclamación, pero Hoffman corría ya hacia la otra portezuela.

Mientras Hoffman maniobraba para salir del aparcamiento, hice cuanto puede por secarme los pies en el suelo enmoquetado. Cuando volví a alzar la cabeza circulábamos ya por la calle principal, y me sorprendió ver que el tráfico se había hecho muy denso. Más aún: que muchas tiendas y restaurantes parecían haber despertado para recibir a la multitud de clientes que se divisaban a través de los escaparates iluminados. El tráfico seguía aumentando, y al llegar a un punto cercano al centro de la ciudad nos vimos atascados entre tres filas de vehículos. Hoffman consultó de nuevo su reloj y, con gesto contrariado, golpeó el volante del coche con la mano.

—¡Qué mala suerte! —dije en tono cordial—. Y eso que cuando he estado fuera hace apenas un rato la ciudad parecía dormida.

Hoffman tenía un aire muy preocupado, y observó abstraído:

—El tráfico de esta ciudad va de mal en peor. No sé qué solución puede haber. —Golpeó otra vez el volante.

Durante los minutos siguientes permanecemos en silencio, abriéndonos paso lentamente a través del tráfico. En determinado momento, Hoffman dijo en voz baja:

—El señor Ryder ha tenido que hacer unas gestiones... Pensé que no había oído bien, pero volvió a repetir la frase —ahora acompañada de un suave ademán— y entonces caí en la cuenta de que estaba ensayando lo que iba a decir cuando llegáramos para explicar nuestro retraso.

—El señor Ryder ha tenido que hacer unas gestiones. El señor Ryder... ha tenido que hacer unas gestiones.

Seguimos avanzando entre el denso tráfico nocturno, y Hoffman seguía murmurando para sí frases que, en gran medida, yo no alcanzaba a entender. Se había encerrado en su mundo, y su aspecto revelaba una creciente tensión. Cuando por poco no logramos llegar a tiempo a una luz verde, le oí mascullar:

—¡No, no, señor Brodsky! ¡Era espléndido, una criatura espléndida!

Finalmente tomamos un desvío y nos vimos circulando por las afueras de la ciudad. No tardaron mucho en desaparecer de nuestra vista los edificios: viajábamos por una larga carretera a cuyos lados sólo se veían grandes espacios oscuros y

abiertos, posiblemente tierras de labrantío. Ahora apenas había tráfico, y el potente automóvil pronto alcanzó una gran velocidad. Advertí que Hoffman se relajaba visiblemente y, cuando volvió a hablarme había recuperado ya en gran medida su habitual cortesía.

—Dígame, señor Ryder..., ¿encuentra nuestro hotel de su entera satisfacción?

—¡Oh, sí! Todo es perfecto, gracias.

—¿Le agrada su habitación?

—Sí, sí.

—¿Y la cama? ¿La encuentra cómoda?

—Muy cómoda.

—Se lo pregunto porque nos sentimos orgullosos de nuestras camas. Renovamos todos los colchones con mucha frecuencia. Ningún otro hotel de la ciudad los renueva con la niisma frecuencia que nosotros. Me consta que es así. Los colchones que desechamos seguirían considerándose útiles durante varios años más por muchos de nuestros sedicentes competidores. ¿Sabía usted, señor Ryder, que si se colocaran uno tras otro, a lo largo, todos los colchones que sustituimos quinquenalmente, se podría formar una línea, a lo largo de nuestra calle mayor, que iría desde la fuente que hay en la esquina de Sterngasse hasta la farmacia del señor Winkler?

—¿De veras? Me parece impresionante.

—Permítame que le hable con franqueza, señor Ryder. He dedicado mucho tiempo al tema de su cuarto. Por supuesto, en los días previos a su llegada me pasé horas pensando qué habitación le asignaría. En la mayoría de los hoteles, la cuestión se habría zanjado simplemente respondiendo a una pregunta: «¿Cuál es la mejor habitación que tenemos?». Pero no en mí hotel, señor Ryder. A lo largo de los años he prestado tanta atención individualizada a tantas habitaciones distintas... Ha habido temporadas en las que incluso he llegado a obsesionarme..., ¡ja, ja!..., a obsesionarme, sí, por tal o cual habitación. En cuanto descubro las posibilidades de una determinada habitación, me paso días enteros pensando en ella, y después pongo especial cuidado en renovarla para que se acomode lo más posible a la visión que me he formado de ella. No siempre lo consigo, pero en muchas ocasiones los resultados, después de mucho trabajo, se han aproximado tanto a la imagen que me había forjado mentalmente que siento una satisfacción muy grande. Ahora bien, quizá sea un defecto de mi carácter, pero el caso es que, apenas he concluido a mi gusto la renovación de un cuarto, me entusiasmo con las posibilidades de otro. Hasta el extremo de que, antes de darme cuenta, me sorprende dedicando muchas horas de reflexión al nuevo proyecto. Sí..., algunos lo llamarían obsesión, aunque yo no veo nada malo en ello. Pocas cosas hay tan tristes como un hotel con todas sus habitaciones cortadas por un patrón idéntico y anquilosado, por lo que a mí respecta, cada habitación debe concebirse según sus propias características individuales. Pero,

a lo que iba, señor Ryder. Lo que quiero decir es que, en mi hotel, no tengo ninguna habitación particularmente preferida. Por eso, tras mucho pensarlo, decidí que la que le he asignado era precisamente la que a usted más le agradaría. Claro que, después de conocerle personalmente, ya no estoy tan seguro.

—¡Oh, no, señor Hoffman! —me apresuré a decir—. Mi actual habitación es perfecta.

—El caso es que he estado dándole vueltas varias veces al asunto a lo largo del día. Desde su llegada, señor Ryder... Y tengo la impresión de que, temperamentalmente, estaría usted más en consonancia con otra habitación que tengo en mente. Quizá se la muestre mañana por la mañana. Estoy seguro de que va a preferirla a la de ahora.

—No, señor Hoffman, de verdad. Mi actual habitación...

—Permítame serle sincero, señor Ryder. Su llegada ha supuesto para la habitación que ahora ocupa la primera prueba de fuego. Compréndalo... Es la primera vez que he alojado en ella a un huésped tan distinguido desde que la reformé hace cuatro años. Claro que no podía prever entonces que usted iba a honrarnos algún día con su presencia. Pero lo cierto es que reformé esa habitación pensando claramente en alguien muy parecido a usted. Lo que estoy intentando decirle es que es la primera vez que esa habitación se ha destinado al uso para el que fue concebida. Y, bueno..., me doy perfecta cuenta de que hace cuatro años cometí varios errores importantes al redecorarla. ¡Es tan difícil incluso para alguien con tanta experiencia como yo! No, no hay la menor duda: no estoy satisfecho. No ha sido una conjunción feliz. Mi propuesta, señor, es que se mude a la 343, que considero mucho más acorde con su espíritu. Se sentirá más sereno en ella, y dormirá mejor. En cuanto a la que ocupa ahora, bien..., llevo todo el día pensando en ella y me parece que lo mejor será desmantelarla.

—¡Hombre, señor Hoffman, eso sí que no! —La exclamación me salió del alma, y el señor Hoffman, sobresaltado, apartó la vista de la carretera para mirarme. Solté una carcajada y, recobrando el aplomo, añadí enseguida—: Lo que quiero decir es que, por favor, no se meta en tantos gastos y quebraderos de cabeza por mi causa.

—Lo haría por mi propia paz espiritual, señor Ryder..., se lo aseguro. Mi hotel es la obra de mi vida. Cometí un grave error con esa habitación, y no veo más salida que desmantelarla.

—Pero, señor Hoffman..., esa habitación... Lo cierto es que le he tomado cariño. De verdad, me encuentro maravillosamente en ella.

—No lo entiendo, señor —respondió con expresión de genuino desconcierto—. Es obvio que esa habitación no le va bien. Ahora que le conozco, puedo afirmarlo con total certeza. No tiene usted que ser tan considerado... Me sorprende verlo tan apegado a ella.

Dejé escapar una carcajada, tal vez innecesariamente exagerada.

—¡De eso nada! ¿Apegado a ella, dice usted? —volví a reírme—. Es sólo una habitación de hotel; nada más. Si hay que dismantelarla, ¡pues se dismantela! Me trasladaré gustoso a otra habitación.

—¡Ah! Me alegra mucho que se lo tome así, señor Ryder. Habría sido una gran frustración para mí..., no sólo durante el resto de su estancia, sino en los años venideros..., pensar que una vez se alojó usted en mi hotel y se vio obligado a soportar una habitación tan inadecuada. La verdad es que no comprendo en qué estaría yo pensando hace cuatro años. ¡Qué tremendo error!

Llevábamos ya algún tiempo viajando a través de la noche sin ver los faros de otros coches. A lo lejos, eran visibles luces que tal vez pertenecieran a algunas granjas, pero aparte de ellas no había apenas nada que rompiera la vacía negrura a ambos costados. Seguimos un rato en silencio, y al cabo Hoffman dijo:

—Ha sido un golpe cruel del destino, señor Ryder... Ese perro..., bueno, tenía ya sus años, pero podía haber vivido otros dos o tres más. ¡Y los preparativos marchaban tan a pedir de boca! —Sacudió la cabeza—. ¡Qué inoportuno! —Luego se volvió hacia mí, sonriente, y prosiguió—: Pero no pierdo la esperanza. No, no la pierdo en absoluto. Nada podrá doblégarlo ahora..., ni siquiera una desgracia como ésta.

—Quizá deberían regalarle al señor Brodsky otro perro. Un cachorro tal vez...

Lo había dicho sin reflexionar, pero Hoffman pareció considerar mi propuesta con sumo respeto.

—No estoy muy seguro, señor Ryder. Debe darse cuenta de que estaba muy encariñado con Bruno. Apenas tenía otra compañía. Estará soportando una gran aflicción. Aunque quizá tenga usted razón y debemos aliviar su soledad, ahora que ya 110 tiene a Bruno. Tal vez un animal de otra especie, para empezar. Que consiga apaciguarlo. Una jaula con un pajarillo, por ejemplo. Luego, en su momento, cuando ya esté preparado, podríamos pensar en proporcionarle otro perro. No sé...

Permaneció callado los minutos siguientes, y creí que sus pensamientos se habían desviado hacia otro tema. Pero de pronto, con los ojos clavados en el negro asfalto de la carretera que serpeaba frente a nosotros, exclamó entre dientes, con intensa emoción:

—¡Un buey! Sí, eso es, eso es..., ¡un buey, un buey!

Para entonces yo ya estaba harto del asunto del perro de Brodsky, y me había retrepado calladamente en mi asiento con intención de relajarme durante el resto del viaje. Pero al rato, intentando averiguar algo acerca del acto al que nos disponíamos a asistir, dije:

—Espero que no lleguemos demasiado tarde.

—No, no. Llegaremos a tiempo —replicó Hoffman. Su mente, sin embargo, parecía estar en otro lugar. Minutos después, le oí murmurar de nuevo:

—¡Un buey! ¡Un buey!

Poco después la carretera dejó el campo abierto y atravesamos una agradable zona residencial. Pude ver en la oscuridad grandes casas con jardines, algunas de ellas rodeadas de altos muros o setos. Hoffman condujo con cuidado por las avenidas arboladas, y pude oírle ensayar una vez más para sus adentros las palabras que pensaba pronunciar en el lugar al que nos dirigíamos.

Cruzamos unas altas verjas de hierro y accedimos al patio de una espléndida mansión. Había ya muchos vehículos aparcados alrededor del edificio, por lo que al director del hotel le llevó algún tiempo encontrar un hueco donde dejar el coche. Luego se apeó precipitadamente y corrió hacia la entrada principal.

Me quedé un instante en mi asiento, estudiando la casa en busca de alguna clave que me indicara cuál era el acto que reclamaba nuestra presencia. En la fachada se abría una hilera de grandes ventanales que llegaban casi hasta el suelo. La mayoría se veían iluminados detrás de los cortinajes, pero no pude vislumbrar nada de lo que estuviera pasando en su interior.

Hoffman llamó al timbre y me instó, con gestos, a que me reuniera con él. Cuando me bajé del coche, el aguacero se había transformado en fina llovizna. Me arropé bien con mi batín y caminé hacia la casa poniendo mucho cuidado en evitar los charcos.

Abrió la puerta una doncella que nos hizo pasar a un amplio recibidor del que colgaban grandes retratos. La doncella, a juzgar por las fugaces miradas que se cruzaron entre ambos cuando él se quitó la gabardina para dársela, parecía conocer a Hoffman. Luego Hoffman se detuvo un momento ante un espejo para ajustarse la pajarita antes de conducirme hacia el interior de la casa.

Llegamos a un salón magnífico, brillantemente iluminado, en el que se estaba celebrando una recepción. Había como mínimo un centenar de invitados, todos vestidos de etiqueta, con copas en la mano, en animada charla. Cuando nos detuvimos en el umbral, Hoffman alzó un brazo ante mí, como para protegerme, y examinó el salón con la mirada.

—Aún no está aquí —murmuró al cabo. Luego, volviéndose hacia mí, me explicó, sonriente—: El señor Brodsky no ha llegado aún. Pero confío, *confío* en que ya no tardará mucho.

Exploró nuevamente el salón y, durante unos segundos, pareció desconcertado. Luego me dijo:

—Si tiene usted la bondad de aguardar aquí unos momentos, señor Ryder. Iré en busca de la condesa. ¡Ah! Y, por favor, escóndase un poco, si no le importa... ¡Ja, ja! Recuerde que se supone que usted es la gran sorpresa de la velada. Por favor... No tardaré.

Avanzó por el salón y durante unos instantes seguí su figura con la mirada: se

movía entre los huéspedes con un semblante preocupado que contrastaba con la alegría reinante a su alrededor. Observé que algunas personas trataban de hablar con él, pero invariablemente Hoffman se alejaba rápidamente con sonrisa distraída. Al final lo perdí de vista y, probablemente por haberme asomado un poco en mi esfuerzo por volver a localizarlo, debí de descubrir mi presencia, pues escuché una voz a mi lado que me decía:

—¡Ah, señor Ryder..., veo que ha llegado! ¡Qué bien tenerlo por fin entre nosotros!

Una mujer de imponente aspecto, de unos sesenta años de edad, había apoyado una mano en mi brazo. Sonreí y susurré algunas palabras corteses, y ella respondió:

—Todo el mundo está deseando conocerle.

Dicho lo cual empezó a guiarme con firmeza hacia el centro de la sala.

Mientras la seguía abriéndome paso entre los invitados, la mujer empezó a interrogarme. Al principio eran las habituales preguntas acerca de mi salud y del viaje. Pero luego, mientras proseguíamos nuestro periplo por el salón, demostró una curiosidad extraordinaria por mi opinión acerca del hotel. De hecho descendió a tantos detalles —qué me parecía el jabón, qué efecto me causaba la moqueta del vestíbulo...—, que empecé a sospechar que se trataba de alguna profesional competidora de Hoffman, molesta porque yo estuviera alojado en el establecimiento de éste. Sin embargo, su actitud y su forma de saludar con la cabeza y sonreír a todos los que íbamos encontrando a nuestro paso, mostraban claramente que era la anfitriona de la fiesta, lo que me llevó a inferir que se trataba de la condesa en persona.

Pensé que me conducía a algún lugar concreto del salón, o que buscaba a una determinada persona, pero al rato tuve la sensación indubitable de que nos movíamos lentamente en círculos. De hecho, varias veces me pareció haber pasado ya dos veces, como mínimo, por tal o cual punto del salón. Advertí también con extrañeza que, aunque muchas cabezas se volvían para saludar a mi anfitriona, ella no hacía ningún esfuerzo por presentarme a nadie. Más aún: que, aunque de vez en cuando algunos me sonreían cortésmente, nadie parecía interesarse especialmente por mi persona. Una cosa era cierta: nadie interrumpía la conversación que estuviera manteniendo porque yo pasara a su lado. Aquello me desconcertó, pues me había hecho a la idea de tener que capear el habitual agobio de cumplidos y preguntas.

Más adelante observé asimismo que en la atmósfera de aquel salón había algo extraño —algo forzado, teatral incluso, en la alegría que se respiraba—, que no logré identificar. Hasta que por fin nos detuvimos. La condesa se puso a conversar con dos damas profusamente enjoyadas, y tuve la oportunidad de reflexionar y coordinar mis impresiones. Sólo entonces me di cuenta de que aquella reunión no era un cóctel, sino una cena cuyo inicio todo el mundo aguardaba, una cena que debería haberse servido

como mínimo hacía dos horas, pero que la condesa y sus colegas se habían visto obligados a retrasar ante las ausencias de Brodsky —oficialmente, el invitado de honor— y de mí mismo, que debía constituir la gran sorpresa de la velada. Después, prosiguiendo con mi ejercicio introspectivo, empecé a imaginar lo que había ocurrido con anterioridad a nuestra llegada.

La presente era, sin duda, la más concurrida de las cenas ofrecidas hasta la fecha en honor de Brodsky. Y puesto que, además, era la última antes del crucial acontecimiento del jueves por la noche, jamás se pensó que fuera a resultar una reunión desenfadada. La tardanza de Brodsky, para colmo, había acrecentado la tensión. Los invitados, sin embargo —todos ellos conscientes de ser la flor y nata de la ciudad—, habían hecho gala de su sangre fría, evitando escrupulosamente cualquier comentario que pudiera dar pie a la más mínima duda sobre la seriedad de Brodsky. La mayoría se las había ingeniado incluso para no mencionarlo en absoluto, aliviando sus íntimos temores con una inacabable especulación a propósito de la hora en que se serviría la cena.

Y entonces habían llegado las noticias relativas al perro de Brodsky. Un suceso cuyo conocimiento se había difundido inexplicablemente entre los reunidos, a pesar de los riesgos que entrañaba. Tal vez a través de una llamada telefónica recibida en la casa, que alguno de los munícipes presentes, en un errado intento de sosegar los ánimos, creyó oportuno compartir con los demás. En cualquier caso, las consecuencias de dejar que algo así corriera de boca en boca, en una concurrencia nerviosa ya por la preocupación y el hambre, eran de lo más previsibles. Y habían comenzado a circular ya por el salón toda clase de rumores alarmistas. Que si habían descubierto a Brodsky borracho como una cuba, acunando el cadáver de su perro. Que si Brodsky había sido encontrado en la calle, en medio de un charco, farfullando palabras ininteligibles. Que si, en fin, abrumado por el dolor, Brodsky había intentado suicidarse ingiriendo parafina. Esta última historia tenía su origen en un incidente ocurrido varios años atrás, cuando, en el transcurso de una francachela, Brodsky había sido trasladado al servicio de urgencias del hospital por un vecino suyo granjero, tras haberse echado al colete cierta cantidad de parafina (jamás se supo si por una confusión de beodo o como resultado de una tentativa de suicidio). Fuera como fuere, éstos y otros rumores habían dado pábulo a los más desesperanzados comentarios entre los invitados.

—El perro lo era todo para él. El pobre no se recuperará de esto. Tenemos que afrontarlo: hemos vuelto al punto de partida.

—Tenemos que cancelar lo del jueves por la noche. Cancelarlo inmediatamente. Ahora sólo podría ser un desastre. Si seguimos con ello, los ciudadanos no nos darán jamás una segunda oportunidad.

—Ese hombre era una carta demasiado arriesgada. Nunca debimos permitir que la

cosa llegara tan lejos. Pero... ¿qué hacer ahora? Estamos perdidos, perdidos sin remedio.

Y así, mientras la condesa y sus colaboradores trataban de recuperar el control de la velada, en el centro del salón se había producido de pronto un gran vocerío.

Muchos de los presentes corrían hacia el lugar del incidente, y unos pocos se alejaban de él asustados. Lo que ocurría era que uno de los concejales más jóvenes se había enzarzado a golpes en el suelo con un individuo rechoncho y calvo en quien todos habían reconocido a Keller, el veterinario. Habían tirado del joven concejal para separarlos, pero éste tenía tan fuertemente asido a Keller por las solapas, que en realidad los levantaron a los dos a un tiempo.

—¡He hecho todo lo posible! —gritaba Keller con el rostro congestionado—. ¡Todo lo que he podido! ¿Qué más podía haber hecho? Hace dos días el animal estaba perfectamente.

—¡Impostor! —le gritaba el joven concejal, intentando una nueva acometida. Lograron retenerlo, pero para entonces eran ya bastantes quienes, viendo en el veterinario un chivo expiatorio perfecto, habían empezado a clamar también contra Keller. Durante unos instantes, las acusaciones le llovieron al veterinario de todos lados, culpándole de negligencia y de poner en peligro el futuro de la comunidad. En este punto alguien gritó a voz en cuello:

—¿Y qué pasó con los gatitos de los Breuer? Usted todo el tiempo jugando al *bridge* y los pobres animalitos muriéndose uno tras otro...

—Sólo juego al *bridge* una vez a la semana, e incluso entonces...

El veterinario se había puesto a protestar con voz sonora y ronca, pero al punto cayeron sobre él otras voces acusadoras. De pronto todo el mundo parecía albergar algún viejo y callado agravio que reprochar al veterinario, relativo a algún animal querido, etc... Entonces alguien gritó que Keller nunca había devuelto una horquilla jardinera que había pedido prestada seis años atrás. Pronto los ánimos en contra del veterinario se habían exacerbado hasta tal punto que a nadie le pareció fuera de lugar que quienes sujetaban al joven concejal lo soltaran para que pudiera proseguir con la pelea. Y cuando éste lanzó contra el veterinario una última embestida pareció hacerlo en nombre de la inmensa mayoría de los presentes. La cosa iba camino de convertirse en un incidente harto enojoso cuando una voz que atronó al fin en la sala hizo entrar en razón a los asistentes.

Pero el que la sala se sumiera de pronto en el silencio se debió acaso más a la propia identidad de quien había hablado que a una eventual autoridad natural de él dimanada. Porque la persona a quien todos vieron al volverse, una figura que les miraba airadamente, no era otra que Jakob Kanitz, un hombre que si por algo sobresalía en la comunidad era por su notoria timidez. De edad cercana a la cincuentena, Jakob Kanitz, desde que todo el mundo podía recordar, había ocupado

un puesto administrativo en el ayuntamiento. Rara vez aventuraba una opinión, y aún menos contradecía a alguien o se embarcaba en una discusión. No tenía amigos íntimos, y varios años atrás había dejado la pequeña casa en que vivía con su esposa y sus tres hijos y se había mudado a un diminuto ático alquilado en la misma calle, unas manzanas más abajo. Siempre que alguien sacaba el tema a colación, él daba a entender que pronto volvería con su familia, pero los años pasaban y su situación seguía siendo la misma. Entretanto, y en gran parte debido a su buena disposición para colaborar en las muchas tareas que entrañaba la organización de cualquier evento cultural, había llegado a ser aceptado, si bien con cierta condescendencia, como miembro de los círculos artísticos de la ciudad.

Antes de que los presentes tuvieran siquiera tiempo para recuperarse de su asombro, Jakob Kanitz —acaso consciente de que el temple lo abandonaría sin tardanza— se había apresurado a hablar:

—¡Otras ciudades! ¡No me refiero sólo a París! ¡O a Stuttgart! Me refiero a ciudades más pequeñas, a ciudades no más importantes que la nuestra, a otras ciudades... Reunid a sus mejores ciudadanos, enfrentadlos a una crisis de este tipo... ¿Cómo reaccionarían? Con calma, con tranquilidad. Esa gente sabría qué hacer, cómo actuar. Lo que os estoy diciendo es que quienes estamos aquí, en esta sala, somos lo mejor de esta ciudad. La empresa no está más allá de nuestras posibilidades. Juntos podemos superar esta crisis. ¿Se pelearían entre ellos en Stuttgart? No debemos dejar que nos domine el pánico. No debemos tirar la toalla, no debemos disputar entre nosotros. Ue acuerdo, lo del perro es un problema, pero no es el final, no es algo irreparable. Sea cual sea el estado del señor Brodsky en este momento, podemos hacer que recupere el norte. Podremos hacerlo siempre que cada cual haga lo que tiene que hacer esta noche. Estoy seguro de que podemos hacerlo, y estoy seguro de que debemos hacerlo. Tenemos que hacer que recupere el norte. Porque si no lo hacemos, si no aunamos los esfuerzos y conseguimos arreglar las cosas esta noche, os lo advierto: ¡no nos quedará más que miseria! ¡Sí, una miseria honda y solitaria! No nos queda ya nadie a quien acudir; tiene que ser el señor Brodsky, no hay ya nadie más que el señor Brodsky. Probablemente está al llegar. Tenemos que mantener la calma. ¿Qué estamos haciendo? ¿Pelearnos? ¿Se pelearían en Stuttgart? Tenemos que pensar con claridad. Si estuviéramos en el lugar del señor Brodsky, ¿cómo nos sentiríamos? Debemos hacerle ver que participamos de su aflicción, que la ciudad entera comparte su pesar. Pensad de nuevo en ello, amigos míos: tenemos que levantarle el ánimo. ¡Oh, sí! No podemos pasarnos la velada con aire taciturno, permitir que se vaya a casa con la convicción de que no hay nada que hacer, porque bien podría volver a... ¡No, no! ¡El equilibrio justo! Tendremos que estar alegres también nosotros, hacerle ver que en la vida hay tantas cosas..., que todos contamos con él, que dependemos de él. Sí, tenemos que hacer las cosas bien en estas horas que

nos aguardan. Probablemente está de camino, sólo Dios sabe en qué estado... Las horas próximas son cruciales, cruciales. Tenemos que conseguirlo. De lo contrario nos espera la miseria. Debemos..., debemos...

En este punto Jakob Kanitz se hallaba ya sumido en la confusión. Había seguido unos segundos más de pie en el estrado, sin hablar, mientras lo envolvía por momentos una terrible turbación. Algún resto de su anterior emoción le había permitido lanzar una última mirada airada a la concurrencia, y acto seguido se había vuelto mansamente y había bajado del estrado.

Pero su torpe alegato había causado un inmediato impacto. Antes incluso de que hubiera terminado de hablar, se había levantado en la sala un tenue murmullo de asentimiento, y más de uno de los presentes se había permitido dar un reprobador empujón en el hombro del concejal belicoso, que para entonces arrastraba los pies con aire avergonzado. La retirada de Jakob Kanitz del estrado había dado paso a unos instantes de incómodo silencio. Luego, poco a poco, la conversación había vuelto a la sala, y la gente debatía en todos los corros, en tono grave pero tranquilo, lo que convenía hacer cuando llegara Brodsky. No tardaron en llegar a un consenso: el enfoque de Jakob Kanitz, a grandes rasgos, era el correcto. Lo que convenía hacer era alcanzar el equilibrio justo entre el pesar y la jovialidad. La atmósfera habría de comprobarse cuidadosamente en cada momento por todos y cada uno de los presentes. Se fue instalando en la sala un sentimiento de resolución, y luego, pasado un rato, la gente empezó gradualmente a relajarse, hasta que al fin todo el mundo sonreía, charlaba, se saludaba en tono amable y cortés, como si el impropio episodio de hacía escasamente media hora no hubiera sucedido nunca. Fue más o menos entonces, unos veinte minutos después de la disertación de Jakob Kanitz, cuando Hoffman y yo nos incorporamos a la velada. No era extraño, pues, que yo percibiera algo extraño bajo aquella capa de refinado contento.

Me hallaba aún dándole vueltas a todo lo acontecido antes de nuestra llegada cuando vi a Stephan charlando con una anciana dama al otro extremo de la sala. A mi lado, la condesa parecía aún enfrascada en su conversación con las dos mujeres enjoradas, de modo que, murmurando una excusa entre dientes, me alejé de ellas. Fui hacia el rincón donde estaba Stephan, que al verme me recibió con una sonrisa.

—Ah, señor Ryder. Así que ha llegado... Creo que le agradará conocer a la señorita Collins.

Entonces reconocí a la anciana dama delgada a cuyo apartamento habíamos ido en coche con Stephan horas antes. Iba vestida sencilla pero elegantemente, con un largo vestido negro. Me sonrió y tendió la mano, y nos saludamos. Me disponía a entablar una conversación cortés con ella cuando Stephan se inclinó hacia mí y me dijo discretamente:

—He sido tan necio, señor Ryder. Francamente, no sé qué es lo más apropiado.

La señorita Collins ha sido muy amable, como de costumbre, pero me gustaría también saber su opinión sobre el asunto.

—¿Se refiere a... al perro del señor Brodsky?

—Oh, no, no. Eso es horrible, me hago cargo. Pero estábalos hablando de algo completamente diferente. Apreciaría de veras su consejo. De hecho, la señorita Collins me estaba sugiriendo que acudiera a usted en demanda de ayuda, ¿no es cierto, señorita Collins? Mire, odio ser pesado a este respecto, pero ha surgido una complicación. Me refiero a mi actuación del jueves por la noche. ¡Dios, he sido tan estúpido! Como ya le conté, señor Ryder, he estado preparando *Dahlia*, de Jean-Louis La Roche, pero no se lo he dicho a mi padre. Hasta esta noche. Pensaba darle una sorpresa: le gusta tanto La Roche... Es más: mi padre jamás hubiera soñado que yo fuera capaz de ejecutar magistralmente una pieza tan difícil, así que pensé que, para él, supondría una magnífica sorpresa por partida doble. Pero luego, hace muy poco, con la gran noche cada día más cercana, he pensado que de nada servía ya seguir con el secreto. Para empezar, las actuaciones han de imprimirse en el programa oficial, que se colocará en la mesa de gala al lado de cada servilleta. Mi padre ha sufrido horriblemente a causa de su diseño, tratando de decidir pormenores como el gofrado del papel, la ilustración del reverso, todo... Me di cuenta hace unos días de que tendría que decírselo, pero seguía deseando que en cierto modo constituyera una sorpresa, de forma que me mantuve a la espera del momento más apropiado para hacerlo. Bien, pues esta misma noche, justo después de dejarles en el hotel a usted y a Boris, fui a su despacho para dejar las llaves del coche y lo encontré en el suelo, afanado sobre un maremágnum de papeles. A gatas sobre la alfombra, rodeado de papeles; nada extraño, porque mi padre trabaja a menudo de esta forma. Es un despacho pequeño, y la mesa ocupa mucho espacio, así que tuve que sortear de puntillas los obstáculos para dejar las llaves en su sitio. Me preguntó cómo iba todo, y luego, antes de que yo pudiera decir nada, pareció ensimismarse de nuevo en sus papeles. Bien, no sabría decir por qué, pero en el momento mismo en que me estaba retirando, lo vi sobre la alfombra de esta guisa y de pronto se me ocurrió que era el momento de decírselo. Fue un impulso. De modo que, como sin darle mayor importancia, le dije:

»“A propósito, padre, el jueves por la noche voy a tocar *Dahlia*, de La Roche. He pensado que te gustaría saberlo”.

»No lo dije en ningún tono especial; sencillamente se lo dije y esperé a ver su reacción. Pues bien, dejó a un lado el documento que estaba leyendo, pero siguió con la mirada en la alfombra que tenía delante. Y entonces le afloró al semblante una sonrisa y me dijo algo parecido a lo siguiente:

»“Ah, sí, *Dahlia*...”.

»Y por espacio de unos segundos pareció feliz, muy feliz. No alzó la mirada,

seguía a gatas en el suelo, pero parecía muy feliz. Luego, con los ojos cerrados, empezó a entonar entre dientes el comienzo del adagio, se puso a tararearlo allí sobre la alfombra, moviendo la cabeza al compás de la melodía. Parecía tan feliz y tranquilo, señor Ryder, que no dudé en felicitarle por ello. Entonces abrió los ojos y me sonrió ensoñadoramente, y dijo:

»“Sí, es bello. Nunca he entendido por qué tu madre siente tanto desdén por esa pieza”.

»Como le estaba contando a la señorita Collins hace un momento, al principio pensé que había oído mal. Pero acto seguido lo repitió:

»“Tu madre la desprecia tanto... Sí, ya sabes, últimamente ha llegado a despreciar tan intensamente la última época de La Roche... No me permite oír sus discos en ninguna parte de la casa; ni siquiera con los auriculares puestos...”.

»Debió de ver el pasmo y el disgusto en mi semblante, porque, y esto es típico de mi padre, de inmediato trató de hacer que no me sintiera tan mal.

»“Tendría que habértelo preguntado hace ya tiempo. Es culpa mía”.

»Entonces, súbitamente, se dio un golpe en la frente como si acabara de recordar algo, y dijo:

»“La verdad, Stephan, os he fallado a los dos. En su momento pensé que lo correcto era no interferir en lo más mínimo, pero ahora veo que os he fallado a ambos”.

»Cuando le pregunté a qué se refería, me explicó que mi madre llevaba todo este tiempo anhelando oírme interpretar *Pasiones de cristal*, de Kazan. Al parecer hacía cierto tiempo que le había hecho saber a mi padre que era eso lo que quería, y bueno, había supuesto que mi padre se ocuparía de que sus deseos se cumplieran. Pero ya ve, mi padre tuvo en cuenta mis sentimientos al respecto. Era consciente de que un músico, incluso un *amateur* como yo, desea tomar su propia decisión en algo tan importante. Así que no me dijo nada, con la intención de explicárselo todo a mi madre cuando se le presentara la ocasión. Pero, claro..., bueno, supongo que será mejor que le explique un poco más el asunto, señor Ryder. Verá, cuando digo que mi madre hizo saber a mi padre lo de Kazan no me refiero a que *de hecho* se lo dijera. Es algo difícil de explicar a alguien ajeno a la familia. La cosa funciona del siguiente modo: mi madre, de una forma u otra, siempre se las arregla para, digamos, dejar las cosas bien claras ante mi padre sin necesidad de la menor mención explícita. Lo hace a través de “señales”, que para mi padre resultan inequívocamente claras. Ignoro cómo habrá sido en este caso concreto. Quizá mi padre llegó a casa y se la encontró escuchando *Pasiones de cristal* en el tocadiscos, lo que para él habría sido una inequívoca “señal”. O puede que mi padre fuera a acostarse después de haber tomado su baño y la viera en la cama leyendo un libro sobre Kazan. No sé. Pero es así como siempre han funcionado las cosas entre ellos. Bien, como puede ver, estaba fuera de

lugar el que mi padre, por ejemplo, le hubiera dicho de pronto: “No, Stephan tiene que decidirlo él mismo”. Mi padre se mantenía a la espera, tratando de dar con el mejor modo de hacerle llegar su respuesta. Y, como es lógico, no podía saber que, de entre todas las piezas posibles, yo había elegido *Dahlia*, de La Roche. ¡Dios, qué estúpido he sido! ¡No tenía la menor idea de que mi madre la odiara tanto! Bien, mi padre me explicó cómo estaban las cosas, y cuando le pregunté cuál era en su opinión la manera de salir de aquel aprieto, se quedó pensativo unos instantes y al cabo me dijo que debía seguir con lo que había preparado, que era demasiado tarde para improvisar cualquier cambio.

»“Mamá no te culpará a ti. Ni se le pasará por la cabeza hacerlo. Me echará la culpa a mí, y con toda la razón”.

»Pobre padre. Trataba por todos los medios de consolarme, pero yo me daba cuenta de la desolación que le causaba verse en aquella situación. Instantes después estaba con la mirada fija en un punto de la alfombra; seguía en el suelo, pero ahora en cuclillas y encogido, como si estuviera ensayando una tracción gimnástica, y miraba obstinadamente la alfombra y yo le oía murmurar cosas para sus adentros: “Saldré con bien de ésta, saldré con bien de ésta. He sobrevivido a cosas peores. Saldré con bien de ésta...”. Parecía haberse olvidado de mi presencia, así que acabé marchándome después de cerrar sin ruido la puerta. Y desde entonces..., bueno, señor Ryder, en las horas que han pasado no he podido pensar en otra cosa. Para ser sincero, estoy hecho un lío. Queda tan poco tiempo. Y *Pasiones de cristal* es un pieza tan difícil. ¿Cómo poder prepararla en tan poco tiempo? De hecho, si he de serle franco, diría que es una pieza que se halla un poco más allá de mis posibilidades..., aun cuando pudiera disponer de un año entero para prepararla...

El joven dejó de hablar con un suspiro atribulado. Cuando transcurridos unos instantes vi que ni él ni la señorita Collins decían nada, inferí que esperaban mi opinión, y dije:

—Por supuesto que no es asunto mío, que es algo que debe usted decidir por sí mismo, pero mi impresión al respecto es que a estas alturas debería seguir con lo que había preparado...

—Sí, suponía que iba a decir eso, señor Ryder.

Era la señorita Collins quien había hablado. En su tono había un cinismo que me cogió de sorpresa y me hizo callar y volverme hacia ella. La vieja dama me miraba con perspicacia, y con cierto aire de suficiencia.

—Sin duda —prosiguió— usted lo llamaría..., ¿cómo?, ah, sí, «integridad artística».

—No es exactamente eso, señorita Collins —dije yo—. Se trata de que a mi juicio, y desde un punto de vista práctico, el momento ya es un tanto tardío...

—¿Y cómo sabe usted que es tarde, señor Ryder? —volvió a interrumpirme—.

Usted sabe muy poco de las facultades de Stephan. Para no hablar de las hondas implicaciones del aprieto en que se encuentra. ¿Cómo osa pronunciarse sobre este asunto como si estuviera dotado de una sensibilidad especial de la que el resto de nosotros carecemos?

Desde el comienzo de la intervención de la señorita Collins me había ido sintiendo más incómodo por momentos, y mientras me estaba diciendo esto último me sorprendí apartando los ojos para no tener que soportar su mirada inquisitiva. No se me ocurría ninguna réplica adecuada a sus preguntas, y al cabo de unos instantes, tras decidir que era mejor cortar por lo sano aquel enfrentamiento, solté una breve risa y me alejé hasta perderme entre la gente.

En el curso de los minutos siguientes me vi vagando por la sala sin rumbo. Como me había sucedido antes, la gente a veces se volvía cuando yo pasaba a su lado, pero nadie parecía reconocerme. En un momento dado vi a Pedersen, el caballero que había conocido en el cine. Reía en compañía de otros invitados, y pensé en unirme a ellos, pero antes de que pudiera hacerlo sentí que algo me rozaba el codo y me volví y vi a mi lado a Hoffman.

—Siento haberle dejado solo. Espero que le hayan cuidado bien. ¡Vaya situación! El director del hotel respiraba pesadamente y tenía la cara perlada de sudor.

—Oh, sí. Me estoy divirtiendo.

—Perdóneme, pero tuve que ausentarme para responder a una llamada telefónica. Pero ahora están en camino; sí, definitivamente están en camino. El señor Brodsky estará aquí en un abrir y cerrar de ojos. ¡Santo Dios! —Miró en torno, y luego se inclinó hacia mí y me dijo en voz baja—: La elaboración de la lista de invitados no ha sido muy acertada. Se lo advertí a los organizadores. ¡Ver aquí a cierta gente! —Sacudió la cabeza—. ¡Vaya situación!

—Pero al menos el señor Brodsky está a punto de llegar...

—Oh, sí, sí. Debo decirle, señor Ryder, que siento un gran alivio al tenerle con nosotros esta noche. Justo en el momento en que le necesitamos. Si consideramos las cosas globalmente, no veo razón para que deba cambiar demasiado su discurso a causa de..., hmm, las presentes circunstancias. Quizá una alusión o dos a la tragedia no estarían fuera de lugar, pero nos ocuparemos de que alguien diga expresamente unas palabras sobre el perro, de modo que usted no tiene por qué desviarse mucho de lo que tiene preparado. Lo único..., ejem, bueno, que su discurso no debería ser demasiado largo. Pero, claro está, usted es la última persona a quien... —Una pequeña carcajada dejó en suspenso la frase. Hoffman volvió a echar una mirada a su alrededor—. Tener que ver aquí a cierta gente... —repitió—. Errónea la lista, sí, señor... Se lo advertí a quienes la han confeccionado.

Hoffman se puso a examinar la sala con la mirada, y yo aproveché la ocasión para pensar en el discurso que el director del hotel había mencionado instantes antes. Y al

cabo dije:

—Señor Hoffman, en vista de las circunstancias, no veo con claridad el momento exacto en que habré de levantarme y...

—Ah, entiendo, entiendo... Qué sensibilidad la suya. Como bien dice, si se limita a levantarse en el momento en apariencia más apropiado, no sabemos cómo podría resultar... Sí, sí, qué perspicaz es usted. Yo estaré sentado al lado del señor Brodsky, así que quizá no le importe dejar en mis manos la elección del mejor momento. Seguro que es tan amable de aguardar a que yo le haga una seña. Santo Dios, señor Ryder, resulta tan tranquilizador tener a alguien como usted en momentos como éste...

—Me complace mucho poder servirles de ayuda.

Un ruido procedente del otro extremo de la sala hizo que Hoffman se volviera bruscamente. Estiró el cuello para ver lo que pasaba, aunque era obvio que no podía ser nada importante. Tosió discretamente para recuperar su atención.

—Señor Hoffman, hay otro pequeño asunto que me gustaría exponerle. Me estaba preguntando... —Señalé mi bata con un gesto—. Tal vez sería conveniente que me pusiera algo más... formal. Me pregunto si sería posible que alguien me prestara algo de ropa. Nada especial.

Hoffman miró sin mucha atención mi atuendo, y volvió a mirar hacia otro lado casi de inmediato, mientras decía distraídamente:

—Oh, no se preocupe, señor Ryder. Aquí no somos nada «estirados» al respecto.

Volvió a estirar el cuello para alcanzar con la vista el otro extremo de la sala. Estaba claro que no se hacía cargo en absoluto de mi problema, y estaba a punto de volver a planteárselo cuando ambos percibimos un revuelo cerca de la entrada de la sala. Hoffman dio un respingo, y luego se volvió hacia mí con una exagerada e irritante sonrisa en el semblante.

—¡Ya está aquí! —susurró, mientras me daba un golpecito en el hombro y se alejaba apresuradamente.

Se hizo el silencio en la sala, y por espacio de unos segundos todos miraron hacia la puerta. También yo traté de ver lo que pasaba, pero mi vista se topaba con multitud de obstáculos y no conseguí vislumbrar nada. De pronto, como si acabaran de recordar la decisión tomada, los corros que había a mi alrededor reanudaron sus conversaciones en tono de contento controlado.

Me abrí paso entre los invitados y en un momento dado vi a Brodsky cruzando la sala asistido por varias personas. La condesa le servía de apoyo a uno de los brazos, Hoffman al otro, y cuatro o cinco personas se movían agitadamente en torno a ellos. Brodsky, desentendido abiertamente de la presencia de sus acompañantes, miraba sombríamente el ornado techo de la sala. Era más alto, de cuerpo más erguido de lo que yo había imaginado, aunque en aquel momento avanzaba con tal rigidez, y con

una inclinación tan extraña, que desde cierta distancia daba la impresión de que sus acompañantes lo estuvieran llevando sobre patines. Iba sin afeitar, pero no de forma escandalosa, y tenía el esmoquin un tanto torcido, como si en lugar de vestirse él lo hubiera vestido otra persona. Sus facciones, sin embargo, aunque arrugadas y ajadas por la edad, conservaban algún vestigio de los lejanos años gallardos.

Durante un instante pensé que lo conducían hacia mí, pero caí en la cuenta de que se dirigían hacia el comedor, situado en la habitación contigua. Un camarero, de pie en el umbral, recibió e hizo pasar a Brodsky y sus acompañantes, y mientras el grupo desaparecía en el interior del comedor se hizo otro silencio en nuestra sala. Poco después, los invitados retomaron la charla, pero yo pude percibir una tensión nueva en el ambiente.

Entonces me percaté de que, adosada a una pared, aislada, había una silla alta y recta, y se me ocurrió que si me situaba en una posición de privilegio me resultaría más fácil calibrar el estado de ánimo de la concurrencia y decidir el adecuado tenor de mi disertación en la cena. Así que fui hasta ella, tomé asiento y permanecí allí durante un rato observando la sala.

Los invitados seguían charlando y riendo, pero no había duda de que la tensión soterrada iba en aumento. En vista de ello, y del hecho de que se había encomendado a alguien la tarea expresa de decir unas palabras sobre el perro, parecía sensato que mi discurso fuera, dentro de lo razonable, lo más alegre posible. Y finalmente decidí que lo mejor quizá sería relatar algunas divertidas anécdotas acontecidas entre bastidores y relativas a una serie de contratiempos que me habían mortificado en mi última gira por Italia. Las había contado en público varias veces, las suficientes para tener la certeza de que servirían para aliviar las tensiones y de que, en las presentes circunstancias, serían convenientemente celebradas.

Me hallaba barajando para mi coleteo unas cuantas frases inaugurales cuando reparé en que la concurrencia había mermado considerablemente.

Sólo entonces caí en la cuenta de que los invitados iban pasando lentamente al comedor, y me levanté de la silla.

Cuando me uní al desfile de invitados para pasar al comedor, me sonrieron unas cuantas personas, pero nadie me dirigió la palabra. No me importó gran cosa, porque seguía tratando de dar forma en mi mente a un comienzo de discurso con verdadera «garra». Cuando me acercaba ya a las puertas del comedor, me sorprendí indeciso entre dos opciones. La primera era la siguiente: «Mi nombre, a lo largo de los años, ha venido asociándose a ciertas cualidades. Un meticuloso cuidado por el detalle. Precisión en la interpretación. Un férreo control de la dinámica». Tal comienzo simuladamente pomposo sería rápidamente contrarrestado por las hilarantes revelaciones de lo que realmente ocurrió en Roma. La alternativa a este comienzo era adoptar un tono más abiertamente divertido desde el principio: «Barras de cortinas

que se caen. Roedores envenenados. Partituras mal impresas. Pocos de ustedes, espero, asociarían mi nombre a tales fenómenos». Ambos comienzos tenían sus pros y sus contras, y finalmente decidí no tomar la decisión definitiva hasta no disponer de un mejor conocimiento del ánimo de los comensales en la cena.

Entré en el comedor; la gente charlaba con excitación a mi alrededor. Me chocó de inmediato la amplitud del recinto. Pese a ocuparlo ya más de un centenar de personas, entendí por qué habían iluminado tan sólo uno de los extremos. Habían preparado numerosas mesas redondas con manteles blancos y cubertería de plata, pero parecía haber otras tantas, desnudas y sin sillas y dispuestas en hileras, en la oscuridad del fondo. Se habían sentado ya muchos invitados, y el cuadro de conjunto —el fulgor de las joyas de las damas, la flamante blancura de las chaquetas de los camareros, los faldones de los chaqués, la oscuridad del fondo...— era señorial y solemne. Observaba yo la escena desde el umbral de la puerta, mientras trataba de estirarme un poco la bata, cuando apareció a mi lado la condesa. Empezó a guiar mi paso tomándome del brazo, de modo similar a como acababa de hacer con Brodsky, y dijo:

—Señor Ryder, le hemos asignado esa mesa de ahí para que no se haga notar demasiado. ¡No queremos que la gente le vea mucho y se pierda la sorpresa! Pero no se preocupe: en cuanto anunciemos su presencia y se levante, resultará perfectamente visible y audible para todo el mundo.

Aunque la mesa que me habían asignado se hallaba en un rincón, no entendía por qué resultaba particularmente más discreta que las otras. Me invitó a que tomara asiento, y acto seguido, diciendo algo entre risas —el bullicio del comedor me impidió oírlo—, se alejó apresuradamente.

Vi que compartía mesa con otras cuatro personas —una pareja de mediana edad y otra más joven—, que me sonrieron rutinariamente antes de retomar su charla previa. El marido de la pareja de más edad estaba explicando por qué su hijo deseaba seguir viviendo en Estados Unidos. Luego la conversación pasó a ocuparse de los demás hijos de la pareja. De cuando en cuando alguno de mis cuatro compañeros de mesa se acordaba de dar fe de mi existencia de forma siquiera nominal y me miraba, o, si se había dicho algún chiste, me sonreía. Pero ninguno de ellos se dirigió a mí directamente en ningún momento, y al final desistí y dejé de seguir el hilo de la charla.

Pero entonces, mientras los camareros servían la sopa, reparé en que su conversación se hacía más y más dispersa y distraída. Al cabo, en algún momento antes de terminar el plato principal, mis compañeros parecieron dejar a un lado todo pretexto y empezaron a hablar sin rodeos del asunto que les preocupaba realmente. Lanzando ocasionales miradas hacia donde se sentaba Brodsky, aventuraban en voz baja conjeturas acerca del estado actual del anciano. En determinado instante, la más

joven de las mujeres dijo:

—Pues claro que sí: alguien tendría que acercarse hasta su mesa para decirle lo mucho que nos apena cómo se siente. Tendríamos que ir todos. Hasta ahora nadie parece haberle dicho ni media palabra. Miren, la gente que está sentada con él apenas le habla. Quizá tendríamos que ir nosotros, romper nosotros el hielo. Luego nos imitaría todo el mundo. Quizá la gente está esperando, como nosotros.

Los demás se apresuraron a asegurarle que nuestros anfitriones lo tenían todo bajo control, que en cualquier caso Brodsky parecía estar perfectamente..., pero al instante siguiente también ellos miraban con inquietud hacia la mesa del anciano.

También yo, como es natural, había tenido ocasión de observar detenidamente a Brodsky. Le habían asignado una mesa algo más grande que las demás. Hoffman se sentaba a un costado, y al otro la condesa. Sus otros compañeros de mesa eran hombres solemnes de pelo cano. El modo en que éstos conferenciaban entre sí en voz baja daba a la mesa un aire de conspiración que en poco contribuía a distender la atmósfera del comedor. En cuanto al propio Brodsky, no daba muestra alguna de ebriedad y comía de modo lento y continuado, si bien sin entusiasmo. Parecía, no obstante, haberse replegado a un universo propio. Mientras comían el plato principal, Hoffman mantenía un brazo tras la espalda de Brodsky y constantemente le susurraba cosas al oído, pero el anciano músico seguía mirando taciturnamente el techo sin responder a ninguno de sus comentarios. En una ocasión la condesa le tocó el brazo y dijo algo, pero él tampoco respondió.

Hacia el final del postre —la comida, si no soberbia, había sido correcta—, vi a Hoffman atravesando el comedor tratando de no tropezar con los ajetreados camareros, y caí en la cuenta de que venía hacia mi mesa. Al llegar se inclinó hacia mí y me dijo al oído:

—El señor Brodsky, al parecer, desea decir unas palabras, pero francamente..., ejem, hemos tratado de persuadirle de que no lo haga. Pensamos que no debería someterse a una tensión adicional esta noche. Así pues, señor Ryder, ¿sería usted tan amable de aguardar atentamente a mi señal y de levantarse en cuanto vea que se la dirijo? Luego, nada más terminar usted, la condesa procederá a dar fin a la parte formal de la velada. Sí, créame, será mejor que el señor Brodsky no se vea sometido a otra tensión esta noche. Pobre hombre, ejem... ¡Vaya lista de invitados! —Sacudió la cabeza y suspiró—. Gracias a Dios que está usted aquí, señor Ryder.

Antes de que pudiera responderle nada, Hoffman desandaba el camino esquivando a los camareros y se sentaba apresuradamente a su mesa.

Empleé los minutos siguientes en estudiar el ambiente y sopesar los dos comienzos que había preparado para mi discurso. Seguía aún dudando entre ambos cuando el ruido del comedor cesó de súbito. Entonces me percaté de que se había puesto en pie un hombre de rostro severo que ocupaba el asiento contiguo a la

condesa.

Era un hombre de avanzada edad y pelo plateado. Irradiaba autoridad, y los invitados, al ver que se levantaba de la silla, callaron casi de inmediato. Durante los instantes que siguieron, el hombre de rostro severo se limitó a mirar a la concurrencia con aire de reprensión. Y luego habló con voz a un tiempo resonante y contenida:

—Señor: cuando un compañero tan amable y noble fallece, hay poco, muy poco, que los demás puedan decir que no suene a vacía y superficial palabrería. Sin embargo, no podemos dejar pasar esta velada sin un puñado de palabras formales, en nombre de todos los aquí presentes, que le transmitan a usted, señor Brodsky, la honda solidaridad que nos suscita su desgracia. —Hizo una pausa para dar paso al murmullo de asentimiento que corrió por el comedor, y continuó—: Su Bruno, señor, no sólo era amado por aquellos de nosotros que solíamos verlo corretear por la ciudad ocupándose de sus cosas. Llegó a alcanzar un estatus raramente alcanzado por los humanos, y aún más raramente por nuestros cuadrúpedos. Llegó a ser, en pocas palabras, un emblema. Sí, señor, llegó a ser un ejemplo vivo de ciertas virtudes cruciales. La lealtad acérrima. La intrépida pasión por la vida. La negativa a ser mirado con superioridad. El ardiente impulso de hacer las cosas al modo propio, Por mucho que éste pueda parecer extravagante a ojos de observadores de más envergadura. Las virtudes, en suma, desplegadas a lo largo de los años en la construcción de esta única y orgullosa comunidad nuestra. Virtudes, señor, que si se me permite... —su voz bajó de tono para subrayar la importancia de lo que seguía—, esperamos ver florecer de nuevo en todos los ámbitos de la vida.

Volvió a hacer una pausa, y estudió de nuevo a los comensales. Siguió unos segundos más con su gélida mirada fija en la concurrencia, y al cabo dijo:

—Ahora, todos juntos, guardemos un minuto de silencio en memoria del amigo que se ha ido.

Bajó la mirada, y la gente inclinó la cabeza, y volvió a reinar en el comedor un silencio perfecto. Levanté la cabeza y advertí que algunos de los dirigentes cívicos que acompañaban a Brodsky en la mesa habían adoptado posturas de aflicción exageradas y grotescas. Uno de ellos, por ejemplo, se apretaba la frente entre ambas manos. Por su parte, Brodsky —que había permanecido inmóvil durante todo el discurso, sin mirar ni al orador ni a la audiencia— seguía estático en su silla, y de nuevo aprecié una inclinación extraña en su postura. Cabía incluso la posibilidad de que se hubiera dormido en su sitio, y que el cometido del brazo de Hoffman detrás de su espalda fuera precisamente el de dotarle de un soporte físico.

Finalizado el minuto de silencio, el hombre de rostro severo se sentó sin añadir nada más a su discurso, lo que creó una embarazosa discontinuidad en las formalidades protocolarias. Hubo entonces quienes reanudaron cautelosamente la charla, pero al poco se detectó movimiento en otra mesa y vi que un hombre grande,

de tez enrojecida e incipiente calvicie, se había levantado de su silla.

—Damas y caballeros —dijo con voz poderosa. Acto seguido, volviéndose hacia Brodsky, hizo una inclinación de cabeza y añadió en un susurro—: Señor... —Se miró las manos por espacio de un instante, y luego alzó los ojos y paseó la mirada por la audiencia—. Como muchos de ustedes saben, fui yo quien esta tarde encontré el cuerpo de nuestro amado amigo. Espero que me concedan, pues, unos minutos para decir unas palabras acerca de lo que..., de lo sucedido. Porque el caso, señor —dijo mirando de nuevo a Brodsky—, es que debo pedirle perdón. Permítame que me explique. —El hombre grande hizo una pausa y tragó saliva—: Esta tarde, como de costumbre, estaba haciendo mis repartos y casi había terminado, me faltaban dos o tres pedidos por entregar, y tomé un atajo por el callejón que hay entre las vías del tren y la Schildstrasse. Normalmente no utilizo ese atajo, y menos después del anochecer, pero hoy era más temprano que otros días y, como todos ustedes saben, el atardecer ha sido muy agradable. Así que he tomado el atajo. Y allí, justo a medio camino del callejón, lo he visto. A nuestro querido amigo. Se había situado en un punto discreto, prácticamente oculto entre el poste de alumbrado y la valla de madera. Me he arrodillado junto a él para asegurarme de que efectivamente había fallecido. Y al hacerlo han pasado por mi mente multitud de pensamientos. He pensado, cómo no, en usted, señor. En el gran amigo que había sido Bruno para usted, y en la trágica pérdida que iba a suponerle. He pensado también en lo mucho que la ciudad, en general, echaría de menos a Bruno, y en cómo habría de acompañarle en sus horas de aflicción. Y déjeme decirlo, señor: he sentido, pese al dolor del momento, que el destino me había deparado un privilegio. Sí, señor, un privilegio. Había recaído en mí la tarea de llevar el cuerpo de nuestro amigo hasta la clínica veterinaria. Y entonces, señor..., para lo que ha sucedido después... no tengo excusa. Hace unos instantes, mientras hablaba el señor Von Winterstein, he estado aquí sentado atormentado por la duda. ¿Debía levantarme para contarle? Al final, como ve, he decidido que sí, que debía hacerlo. Mejor que el señor Brodsky lo oyera de mis propios labios que como una hablilla mañana por la mañana. Señor, me siento amargamente avergonzado por lo que ha sucedido después. Lo único que puedo decir es que no era mi intención, que jamás se me habría ocurrido... Ahora sólo puedo rogarle que me perdone. El asunto ha seguido rondando mi cabeza una vez tras otra en las últimas horas, y ahora veo lo que debería haber hecho. Debería haber dejado en el suelo los paquetes. Sólo llevaba dos, eran mis últimos repartos. Los debería haber dejado allí: habrían quedado perfectamente a salvo allí en el suelo, pegados contra la cerca. Y si, a pesar de todo, alguien los hubiera cogido, ¿qué? Pero por alguna necia razón que no logro comprender, por un estúpido instinto profesional acaso, no lo he hecho. No lo he pensado. Quiero decir que cuando levanté el cuerpo de Bruno seguía aferrado a mis paquetes. No sé qué es lo que pretendía. Pero el caso es..., lo oiría de todos modos

mañana, así que quiero contárselo yo ahora..., el caso es que su amado Bruno debía de llevar ya allí algún tiempo, Porque su cuerpo, magnífico pese a hallarse ya sin vida, estaba frío y, bueno, se había puesto rígido. Sí, señor, rígido. Le pido perdón, porque lo que tengo que contar ahora puede que vuelva a causar dolor a su corazón, pero... déjeme continuar. Para poder llevar los paquetes (cómo lo lamento, lo he lamentado ya un centenar de veces desde entonces), para poder seguir llevando los paquetes me he cargado a Bruno sobre los hombros, sin tener en cuenta la rigidez de su cadáver. No ha sido hasta después de unos minutos cuando, ya casi al final del callejón, he oído el grito de un niño y me he detenido. Entonces, como es lógico, he caído en la cuenta de la enormidad de mi error. Señoras y señores, señor Brodsky, ¿habré de explicárselo con detalle a todos ustedes? Sí, veo que sí. El hecho es el siguiente: a causa de la rigidez del cuerpo de nuestro amigo, a causa de la necia forma en que había decidido transportarlo, aupado sobre mis hombros, es decir, en posición prácticamente vertical..., bueno, el caso, señor, es que toda la parte superior de su cuerpo ha debido de resultar visible por encima de la valla desde cualquiera de las casas de la Schildstrasse. De hecho, una crueldad sobre otra, se trataba de esa hora de la tarde en que la mayoría de las familias se reúnen en el cuarto de atrás para cenar. Estarían mirando el jardín mientras comían y de pronto verían a nuestro noble amigo deslizándose por encima de la valla, con las patas frente a él, alzadas hacia lo alto... ¡Ah, qué indignidad...! ¡Casa tras casa! La escena no ha dejado de atormentarme ni un instante, señor. Puedo verla ante mis ojos: Bruno pasando... ¡Qué imagen habrá dado! Perdóneme, señor, perdóneme. No podía permanecer sentado ni un segundo más sin descargar de mí este peso..., sin dar testimonio de mi torpeza. ¡Qué infortunio que este triste privilegio haya recaído en un patán como yo! Señor Brodsky, por favor, le ruego acepte estas por completo inadecuadas disculpas por la humillación de que hice objeto a su noble compañero, siendo como era tan reciente su partida... Y a las buenas gentes de la Schildstrasse (algunas de ellas quizá se encuentren aquí ahora), que sin duda, y como todo el mundo, querían tiernamente a Bruno... ¡Dios, haberle visto por última vez de tal guisa...! Les ruego, le ruego a usted, ruego a todos los presentes que me perdonen...

El hombre grande se sentó moviendo la cabeza con gesto compungido. Una mujer que estaba sentada a su lado se puso en pie llevándose a los ojos un pañuelo.

—No hay duda, ciertamente —dijo—, de que era el mejor perro de su generación. No cabe duda alguna acerca de ello.

Un murmullo de aprobación corrió por el comedor. Los dirigentes cívicos que rodeaban a Brodsky asentían rotundamente con la cabeza, pero Brodsky seguía sin alzar siquiera la suya.

Aguardamos a que la mujer que se había levantado dijera algo más, pero aunque continuaba levantada no añadió ni una palabra y se limitó a seguir sollozando y a

darse en los ojos toquecitos de pañuelo. Al poco, un hombre con esmoquin de terciopelo que había a su lado se levantó y la ayudó con gentileza a sentarse. Él, sin embargo, permaneció de pie e hizo pasear su mirada acusadora de un lado a otro del recinto. Y dijo:

—Una estatua. Una estatua de bronce. Propongo que levantemos una estatua a Bruno. Así podremos recordarle siempre. Algo grande y digno. En la Walsenstrasse, por ejemplo. Señor Von Winterstein —dijo, dirigiéndose al hombre de rostro severo—, decidamos aquí mismo, esta noche, levantar una estatua a Bruno.

Alguien gritó: «¡Hagámoslo, hagámoslo!», y al punto se alzó un clamor de voces de asentimiento. No sólo el hombre de rostro severo sino todos los demás dirigentes cívicos de la mesa de Brodsky parecieron acusar un desconcierto súbito. Intercambiaron entre ellos varias miradas de pánico antes de que el hombre de rostro severo alcanzara a decir sin levantarse:

—Por supuesto, señor Haller: consideraremos detenidamente su propuesta. Junto con otras ideas encaminadas a conmemorar del mejor modo posible...

—¡Esto está yendo demasiado lejos! —le interrumpió de pronto una voz de hombre desde el otro extremo del recinto—. Qué idea más absurda. Una estatua para ese perro... Si ese animal merece una estatua de bronce, nuestra tortuga Petra merece otra cinco veces más grande. También ella tuvo un cruel final. Es absurdo. Y además ese perro atacó a la señora Rahn a principios de año...

El resto de su protesta fue ahogado por un fragor de voces que recorrió el comedor de extremo a extremo. Durante un instante pareció que todo el mundo gritaba al mismo tiempo. El hombre que había hablado, aún en pie, se volvió hacia un compañero de mesa y se puso a discutir con él de forma furibunda. En medio del creciente caos, vi que el señor Hoffman me hacía señas con la mano. O, mejor, describía en el aire un extraño Movimiento circular —como si estuviera limpiando una ventana invisible—, y recordé vagamente que se trataba de una seña que él solía utilizar con frecuencia. Me levanté y me aclaré la garganta de modo enfático.

En el comedor se hizo un silencio casi inmediato, y todos los ojos se volvieron hacia mí. El hombre que había protestado contra la estatua del perro dejó de discutir con su compañero de mesa y se apresuró a sentarse. Volví a aclararme la garganta, y me hallaba a punto de iniciar la alocución cuando de pronto caí en la cuenta de que tenía abierta la bata, y de que estaba exhibiendo todo el frente desnudo de mi cuerpo. Sumido en la confusión, vacilé unos instantes, y volví a sentarme. Y casi inmediatamente después una mujer se puso de pie en el fondo del comedor y dijo con voz estridente:

—Si una estatua no resulta conveniente, ¿por qué no le dedicamos una calle? A menudo hemos cambiado los nombres de las calles para conmemorar a nuestros muertos. Señor Von Winterstein, no creo que sea mucho pedir. Podíamos llamarla

Meinhardstrasse. O incluso Jahnstrasse.

Se alzó un coro de aprobación ante la idea, y pronto los comensales, todos a un tiempo, comenzaron a aventurar otros nombres a voz en cuello. Los dirigentes cívicos volvieron a sentirse enormemente incómodos.

Un hombre alto y con barba, que ocupaba una mesa cercana a la mía, se levantó de la silla y dijo con voz atronadora:

—Estoy de acuerdo con el señor Hollánder. Esto está yendo demasiado lejos. Claro que todos sentimos mucho lo que le ha pasado al señor Brodsky. Pero seamos sinceros: ese perro era una amenaza, tanto para otros perros como para los humanos. Y si el señor Brodsky le hubiera cepillado el pelo de cuando en cuando, y le hubiera hecho tratar la infección de piel que llevaba años padeciendo...

La voz del hombre fue ahogada por una oleada de airadas protestas. Se oyeron gritos de «¡Qué vergüenza!», y «¡Es indignante!», por todas partes, y varias personas dejaron sus mesas para ir hacia el ofensor con ánimo de echarle una reprimenda. Hoffman me dirigía de nuevo su seña, frotando el aire con fiereza y con una horrible mueca en la cara. Yo oía al hombre barbado, que atronaba por encima de quienes le vituperaban:

—¡Es la verdad. Esa criatura era una ruina repugnante!

Me cercioré de que mi bata se mantenía concienzudamente atada, y me hallaba a punto ya de volver a levantarme cuando vi que el señor Brodsky, inopinadamente, se agitaba en su silla y se ponía en pie.

Al hacerlo, la mesa hizo un ruido, y todas las cabezas se volvieron hacia él. En un abrir y cerrar de ojos, quienes habían dejado sus mesas volvieron a ellas y el silencio reinó de nuevo en el comedor.

Por un momento pensé que Brodsky iba a desplomarse sobre la mesa. Pero mantuvo el equilibrio, y se quedó estudiando el recinto unos instantes. Cuando habló, percibimos en su voz una ligera ronquera.

—¿Pero bueno...? ¿Qué es esto? —dijo—. ¿Piensan que ese perro era tan importante para mí? Está muerto, eso es todo. Yo quiero una mujer. A veces uno se siente solo. Quiero una mujer. —Hizo una pausa, y pareció perderse en sus pensamientos. Luego añadió ensoñadoramente—: Nuestros marinos. Nuestros marinos borrachos. ¿Qué habrá sido de ellos? Ella era joven entonces. Joven y tan bella... —Volvió a sumirse en sus pensamientos, con la mirada fija en las lámparas que colgaban del alto techo, y por segunda vez pensé que iba a desplomarse sobre la mesa. Hoffman debió de temer algo semejante, porque se levantó de inmediato y, colocándole una benéfica mano en la espalda, le dijo algo al oído. Brodsky no respondió enseguida. Pero luego dijo en un susurro—: Ella me amó en un tiempo. Me amó más que a nada en el mundo. Nuestros marinos borrachos. ¿Dónde están ahora?

Hoffman lanzó una campechana carcajada como si Brodsky hubiera dicho una

agudeza. Sonrió abiertamente a la audiencia y volvió a susurrar algo al oído de Brodsky. Brodsky, finalmente, pareció recordar dónde estaba y, volviéndose ligeramente hacia el director de hotel, permitió que éste le persuadiera de que volviera a sentarse.

Hubo unos instantes de silencio en los que nadie se movió de su silla. Luego, la condesa se levantó esbozando una vivaz sonrisa.

—Damas y caballeros, en este punto de la velada, ¡tenemos preparada una muy grata sorpresa! Ha llegado esta tarde, y aún debe de estar cansado, pero ha aceptado ser nuestro invitado sorpresa. ¡Sí, amigos! ¡El señor Ryder está aquí, entre nosotros!

La condesa hizo un gesto ampuloso en dirección a mí, y el comedor se llenó de exclamaciones expectantes e inquietas. Antes de que yo pudiera hacer nada, mis compañeros de mesa se habían abalanzado hacia mí tratando de darme un apretón de manos. Y al instante siguiente la gente me rodeaba, exultante de satisfacción, y tendía la mano para que se la estrechara. Respondí tan cortésmente como pude a sus solícitas tentativas, pero cuando miré por encima de mi hombro —aún no había tenido ocasión de levantarme de la silla— vi que una muchedumbre se arremolinaba a mis espaldas, empujando a los de delante y poniéndose de puntillas. Comprendí que tendría que hacerme con el control de la situación si no quería que ésta degenerara en un caos. Con tanta gente en pie, decidí que lo mejor que podía hacer era elevarme sobre todas las cabezas subiéndome a algún pedestal. Me aseguré rápidamente de que la bata seguía bien cerrada y me subí a la silla.

El clamor cesó al instante: la gente se había quedado inmóvil para mirarme. Desde mi nueva situación de privilegio, vi que aproximadamente la mitad de los comensales había dejado su mesa para acercarse a la mía, y decidí empezar a hablar.

—¡Barras de cortinas que se caen! ¡Roedores envenenados! ¡Partituras mal impresas...!

Vi que una figura se abría paso hacia mí entre los grupos de gente inmóvil. Al llegar, la señorita Collins se acercó una silla de la mesa que tenía al lado, se sentó en ella, alzó la vista y se dispuso a observarme. Algo en el modo en que lo hizo me distrajo lo bastante como para hacerme perder el hilo de lo que decía. Al verme vacilar, cruzó una pierna sobre la otra y dijo en tono preocupado:

—¿No se encuentra bien, señor Ryder?

—Estoy bien, gracias, señorita Collins.

—Espero —continuó ella— que no se haya tomado muy a pecho lo que le he dicho hace un rato. He querido buscarle para pedirle disculpas, pero no he podido encontrarle por ninguna parte. Puede que le haya hablado de forma mucho más mordaz de lo que debía. Espero que me perdone. Es que aún hoy, cuando me encuentro con alguien de su renombre, las cosas rae vuelven de pronto en oleadas y me sorprendo adoptando ese tono...

—No se preocupe, señorita Collins —dijo con voz queda, sonriéndole—. Por favor, no se preocupe. No me he molestado en absoluto. Si me marché un tanto bruscamente fue porque pensé que quizá quisiera usted charlar a solas con Stephan.

—Es muy generoso de su parte mostrarse tan comprensivo —dijo la señorita Collins—. Siento de verdad haberme enfadado un poco. Pero debe creerme, señor Ryder, no se ha tratado sólo de un enfado. Le aseguro que me gustaría sinceramente ayudarle. Me entristecería profundamente verle cometer una y otra vez los mismos errores. Quería decirle que, ahora que nos conocemos, me complacería mucho recibirle en mi casa para tomar el té cualquier tarde. Me haría muy feliz conversar con usted sobre cualquier asunto que pueda tener en mente. Tendría usted en mí un oído receptivo, se lo aseguro.

—Muy amable de su parte, señorita Collins. Estoy seguro de que lo dice de corazón. Pero, si me permite decirlo, al parecer sus pasadas experiencias han hecho que no tenga usted muy buena disposición para con las, como usted las ha llamado, personas de mi renombre. No estoy muy seguro de que disfrutara usted de mi compañía.

La señorita Collins pareció dedicar unos instantes de reflexión a mis palabras. Y luego dijo:

—Me hago cargo de sus celos. Pero creo que sería perfectamente posible que llegáramos a tener una relación civilizada. Si le parece, podría ser sólo una visita breve. Y si ve que le resulta grata, podría volver siempre que quisiera. También podríamos dar un corto paseo juntos. El Sternberg Garden está muy cerca de mi apartamento. Señor Ryder, he tenido mucho tiempo para reflexionar sobre mi pasado, y hoy estoy dispuesta a dejarlo definitivamente atrás. Me gustaría mucho poder volver a echar una mano a alguien como usted. No le prometo, claro está, respuestas a todas las preguntas. Pero le escucharé con actitud sumamente receptiva. Y puedo asegurárselo: no lo idealizaré ni caeré en el sentimentalismo respecto a usted como a otra persona con menos experiencia que yo podría sucederle.

—Pensaré detenidamente en su ofrecimiento, señorita Collins —le dije—. Pero no puedo evitar pensar que me está usted confundiendo con alguien que ciertamente no soy. Lo digo porque el mundo está lleno de individuos que se creen genios de un tipo o de otro, cuando en realidad no se distinguen sino por una colosal ineptia para organizar sus propias vidas. Pero, quién sabe por qué, siempre hay un montón de gente como usted, señorita Collins, gente bienintencionada, gente que arde en desos de correr a redimir a esa clase de personas. Puede que resulte jactancioso, pero le aseguro que yo no soy uno de ellos. De hecho puedo decir con plena confianza que a estas alturas de mi vida no necesito en absoluto que me rediman.

La señorita Collins llevaba unos instantes sacudiendo la cabeza. Y al cabo dijo:

—Señor Ryder, me causaría una enorme tristeza que siguiera usted cometiendo

una equivocación tras otra. Y haber estado todo el tiempo sin hacer nada más que mirarle. De veras pienso que podría ayudarle en su actual situación apurada. Está claro que cuando estaba con Leo —dirigió un vago gesto hacia Brodsky—, yo era demasiado joven, no sabía apenas nada y no podía ver las cosas, ver lo que estaba sucediendo. Pero he tenido muchos años para pensar en todo esto. Y cuando oí que iba a venir usted a la ciudad, me dije que ya era hora de aprender a contener la amargura. Me he hecho vieja, pero aún estoy muy lejos de estar acabada. Hay ciertas cosas en la vida que he llegado a entender bien, muy bien, y aún no es tarde para intentar ponerlas en práctica. Es con este espíritu con el que le invito a visitarme, señor Ryder. Vuelvo a pedirle disculpas por haber sido un poco seca con usted antes. No volverá a suceder, se lo prometo. Por favor, diga que vendrá.

Mientras la oía hablar, la imagen de su sala de estar —la luz tenue y acogedora, las gruesas y ajadas cortinas de terciopelo, el mobiliario destartado...— fue haciéndose nítida ante mis ojos, y por espacio de un breve instante la idea de reclinar-me en uno de sus sofás, lejos de las tensiones de la vida, se me antojó particularmente tentadora. Inspiré profundamente y dejé escapar un suspiro.

—Tendré muy en cuenta su amable invitación, señorita Collins —dije—. Pero de momento lo que habré de hacer es acostarme y dormir un poco. Tiene que darse cuenta de que estoy viajando desde hace meses, y de que desde mi llegada no he disfrutado ni de un instante de descanso. Estoy tremendamente cansado.

Al acabar de decirlo, volví a sentir el cansancio. Me picaba la piel de debajo de los ojos, y me froté la cara con la palma de la mano. Seguía frotándome la cara cuando sentí que alguien me tocaba el codo y me decía:

—Le acompañaré al hotel, señor Ryder.

Stephan tendía un brazo para ayudarme. Apoyé una mano sobre su hombro y me bajé de la silla.

—Yo también estoy cansado —dijo Stephan—. Le acompañaré dando un paseo.

—¿Dando un paseo?

—Sí, voy a quedarme a dormir en una de las habitaciones. Suelo hacerlo cuando entro a trabajar por la mañana temprano.

Sus palabras me desconcertaron. Luego, al mirar más allá de los grupos en pie y sentados, más allá de los camareros y las mesas, al mirar hacia donde el vasto comedor se perdía en la oscuridad, caí de pronto en la cuenta de que estábamos en el atrio del hotel. No lo había reconocido porque horas antes, poco después de mi llegada, había entrado en él por el extremo opuesto. En algún punto de la oscuridad del fondo se encontraría la barra donde había tomado café y hecho mis planes para la jornada.

Pero no tuve oportunidad de detenerme en tal descubrimiento, porque Stephan me conducía hacia la puerta con sorprendente insistencia.

—Volvamos enseguida, señor Ryder. Además, hay algo de lo que quiero hablarle.

—Buenas noches, señor Ryder —me dijo la señorita Collins al pasar a su lado a grandes pasos.

Miré hacia atrás para desearle buenas noches, y lo habría hecho de forma menos precipitada si Stephan no me hubiera instado a que siguiera caminando. Mientras nos abríamos paso a través del comedor los comensales me deseaban buenas noches desde todas partes, y aunque yo les sonreía y les saludaba con la mano de la mejor forma que podía, era consciente de que mi salida no estaba resultando tan airosa como habría deseado. Pero era obvio que Stephan estaba realmente preocupado y, pese a verme devolviendo los saludos a derecha e izquierda y por encima del hombro, tiró de mi brazo y dijo:

—Señor Ryder, he estado pensando. Tal vez estoy sobrevalorándome, pero creo que tendría que ensayar la pieza de Kazan. He recordado su consejo de antes: que debería seguir con lo que tenía preparado. Pero la verdad es que he estado pensando y creo que me siento capaz de llegar a dominar Pasiones de cristal. Creo que ahora está dentro de mis posibilidades, lo creo de verdad. El problema es el tiempo. Pero si me pongo a ello con todas mis fuerzas, si ensayo por la noche y demás, creo que seré capaz de hacerlo.

Habíamos entrado en la zona oscura del atrio. Los tacones de Stephan producían un eco en el espacio vacío, y el sonido apagado de mis zapatillas servían de contrapunto a sus pasos. En algún punto a nuestra derecha pude vislumbrar en la penumbra el mármol de la gran fuente, ahora silenciosa y quieta.

—No es asunto mío, lo sé —dije—, pero yo en su lugar seguiría con lo que iba a tocar en un principio. Es lo que usted eligió, y eso debería bastarle. En cualquier caso, opino que es un error cambiar de programa en el último momento...

—Pero, señor Ryder, usted no lo entiende. Se trata de mi madre. Ella...

—Me hago cargo de todo lo que me contó antes. Y, como digo, no quiero interferir. Pero, con el debido respeto, opino que en la vida llega un momento en el que uno debe mantenerse fiel a las propias decisiones. Un momento en el que uno ha de decirse: «Éste soy yo, y esto es lo que he decidido hacer».

—Señor Ryder, aprecio lo que me está diciendo. Pero pienso que quizá lo dice... (ya sé que me está aconsejando con la mejor de las intenciones), que quizá dice lo que me está diciendo porque no cree que un aficionado como yo sea capaz de llegar a interpretar aceptablemente a Kazan, máxime con el poco tiempo que me queda... Pero ya ve, he estado pensando seriamente en ello durante la cena, y de veras creo...

—No me ha entendido —dije, con un punto de impaciencia—. Creo que no ha entendido lo que quiero decir. Lo que intento decirle es que debe plantarse.

Pero el joven parecía no escucharme.

—Señor Ryder —continuó—, me doy cuenta de lo horriblemente tarde que es y

de lo cansado que debe de estar. Pero me pregunto si no me concedería unos minutos, pongamos... quince. Podríamos ir a la salita y podría tocarle un poco de Kazan, no toda la pieza, sólo un fragmento. Y luego usted podría aconsejarme sobre si tengo alguna posibilidad de salir bien parado el jueves por la noche. Oh, disculpe...

Habíamos llegado al fondo del atrio, e hicimos una pausa en la oscuridad mientras Stephan abría las puertas que daban al pasillo. Miré hacia atrás y vi que la zona donde habíamos estado cenando era poco más que un lejano e iluminado estanque en medio de la oscuridad. Los invitados parecían haberse sentado de nuevo a sus mesas, y alcancé a divisar las figuras de los camareros yendo de un lado para otro con sus bandejas.

El pasillo estaba muy poco iluminado. Stephan cerró las puertas del atrio a nuestra espalda y caminamos uno al lado del otro en silencio. Al rato, después de que el joven me hubiera lanzado una o dos miradas de soslayo, pensé que tal vez estaba aguardando a mi decisión. Suspiré y dije:

—Me gustaría de veras ayudarle. Siento una gran comprensión solidaria ante la situación en que se encuentra. Sólo que ya es tan tarde...

—Señor Ryder, me doy perfecta cuenta de que está cansado. ¿Puedo hacerle una sugerencia? ¿Qué le parece si entro en la salita solo y usted se queda en la puerta y me escucha? Así, en cuanto haya oído lo bastante para formarse una opinión, podrá irse tranquilamente a la cama. Yo no sabré, por supuesto, si usted se ha ido o no, de modo que seguiré con el incentivo de tocar lo mejor que pueda hasta el final, que es exactamente lo que necesito.

Mañana por la mañana podrá usted decirme si tengo alguna posibilidad de salir airoso el jueves por la noche.

Pensé sobre ello.

—Muy bien —dije al cabo—. Su propuesta me parece bastante razonable. Conviene a las necesidades de ambos. Muy bien, haremos lo que ha dicho.

—Qué amabilidad de su parte, señor Ryder. No sabe la ayuda que me presta. Me encontraba en tal dilema...

En su agitación, el joven había apretado el paso. El pasillo dobló una esquina y se sumió en una completa oscuridad, hasta el punto de que a medida que lo recorríamos deprisa hube de extender la mano una o dos veces por miedo a topar con algún muro en cualquier momento. Aparte de la del fondo, donde las puertas acristaladas que daban al vestíbulo del hotel dejaban traslucir algo de luz, en el pasillo no había iluminación alguna. Tomaba nota mentalmente del detalle para comentárselo a Hoffman la próxima vez que le viera cuando Stephan dijo:

—Ya hemos llegado.

Y se detuvo. Entonces caí en la cuenta de que estábamos ante la puerta de la salita.

Las llaves tintinearón en las manos de Stephan, y cuando la puerta se abrió por fin no vi más allá de ella sino negrura. Pero el joven dio un paso decidido hacia el interior, y luego asomó la cabeza al pasillo para mirarme.

—Si me concede unos segundos para encontrar la partitura... —dijo—. Tiene que estar por aquí, encima del taburete del piano, pero hay tanto desorden...

—No se preocupe, no me iré hasta que pueda formarme una opinión.

—Es tan amable de su parte, señor Ryder. No tardaré ni un segundo.

La puerta se cerró con un chasquido y por espacio de un instante no hubo sino silencio. Permanecí de pie en la oscuridad, mirando de cuando en cuando hacia el fondo del pasillo y la luminosidad del vestíbulo.

Por fin Stephan acometió el primer movimiento de *Pasiones de cristal*. Tras los acordes iniciales, me sorprendí escuchando con más y más intensidad. Se hacía patente de inmediato que el joven no conocía bien la pieza, y sin embargo, bajo su inseguridad y rigidez, percibí una imaginación, una originalidad y una sutileza emocional que me sorprendieron por completo. Incluso en su forma bruta, la ejecución de Kazan por Stephan parecía ofrecer ciertas dimensiones jamás exploradas por la gran mayoría de los intérpretes.

Me incliné aún más hacia la puerta, esforzándome por captar cada indeciso matiz. Pero entonces, hacia el final del movimiento, la fatiga me envolvió de pronto y recordé lo tarde que era. Se me ocurrió que en rigor no era necesario escuchar más: con el adecuado tiempo de ensayo, aquella pieza de Kazan estaba decididamente dentro de sus posibilidades. Me volví y empecé a alejarme despacio hacia la luminosidad del vestíbulo.

II

Me despertó el timbre del teléfono de la mesilla. Mi primer pensamiento fue que volvían a importunarme a los pocos minutos, pero vi la luz del cuarto y comprendí que había amanecido hacía tiempo. Levanté el auricular, sobresaltado ante la posibilidad de haber dormido hasta muy tarde.

—Ah, señor Ryder —dijo la voz de Hoffman—. Habrá dormido bien, espero...

—Gracias, señor Hoffman. He dormido estupendamente. Pero estaba ya levantándome, por supuesto. Con el atareado día que me espera —dije riendo—, será mejor que me ponga en movimiento.

—No le falta razón, señor. ¡Vaya día que le espera! Entiendo perfectamente su deseo de conservar las energías al máximo en esta hora de la mañana. Muy juicioso, si me permite decirlo. Y particularmente después de habernos dado tanto de sí ayer noche. ¡Ah, fue una alocución tan increíblemente ingeniosa! ¡En la ciudad no se habla de otra cosa esta mañana! En cualquier caso, señor Ryder, y dado que sabía que se estaría levantando más o menos a esta hora, pensé que podía llamarle para ponerle al tanto de la situación. Me complace informarle de que la 343 está absolutamente lista para usted. ¿Puedo sugerirle que se disponga a ocuparla de inmediato? Sus cosas, si no tiene nada que objetar, serán trasladadas mientras desayuna. Sé que la 343 le resultará mucho más satisfactoria que la de ahora. Le pido disculpas de nuevo por mi error. Me mortifica haberlo cometido. Pero como creo haberle explicado anoche, a veces es muy difícil calibrar estas cosas.

—Sí, sí, lo comprendo. —Miré en torno, y al ver la habitación empezó a invadirme una desconsolada tristeza—. Pero, señor Hoffman... —logré decir, controlando con enorme esfuerzo la voz—, hay una pequeña complicación. Mi chico, Boris, está ahora en el hotel conmigo, y...

—Ah, sí, le damos la más calurosa bienvenida al jovencito. Me he ocupado del asunto y ha sido trasladado a la 342, la contigua a la suya. De hecho Gustav se ha encargado del traslado esta mañana temprano. Así que no tiene por qué preocuparse. Por favor, cuando termine de desayunar, vaya directamente a la 343. Ya estarán allí todas sus cosas. Es una planta más arriba de donde está usted ahora. Estoy seguro de que la encontrará mucho más acorde con su gusto. Pero, no faltaba más, si no le satisface hágamelo saber inmediatamente.

Le di las gracias y colgué el auricular. Me levanté de la cama, volví a mirar a mi alrededor e inspiré profundamente. A la luz de la mañana, mi cuarto no tenía nada de especial, era una habitación típica de hotel, y de pronto pensé que estaba mostrando un apego impropio a aquel cuarto. Sin embargo, mientras me duchaba y me vestía, me sorprendí deslizándome de nuevo hacia un estado cada vez más emocional. Entonces, de repente, me asaltó el pensamiento de que antes de bajar a desayunar,

antes de nada, debía ir a ver cómo estaba Boris. Según la información de Hoffman, ahora estaría sentado y solo en su nuevo cuarto, y se sentiría un tanto confuso. Terminé rápidamente de vestirme y, echando una última mirada a mi alrededor, salí del cuarto.

Iba por el pasillo de la tercera planta buscando la habitación 342 cuando oí un ruido y vi a Boris corriendo hacia mí desde el otro extremo. Corría de un modo extraño, y al verlo me paré en seco. Luego vi que hacía gestos como si manejara un volante, y deduje que estaba jugando a conducir un coche a toda velocidad. Mascullaba entre dientes cosas a un pasajero imaginario que iba sentado a su derecha, y no dio muestras de verme al pasar a mi lado y dejarme atrás. En el pasillo, más adelante, había una puerta entreabierta, y al acercarse a ella Boris gritó: «¡Cuidado!», y viró bruscamente y entró en la habitación. Un segundo después, me llegó del interior la voz de Boris imitando el sonido de un gran choque. Me acerqué a la puerta entreabierta y, tras comprobar que era efectivamente la 342, entré en la habitación.

Encontré a Boris echado en la cama boca arriba, con las piernas en alto.

—Boris —dije—, no deberías correr por ahí chillando de ese modo. Estamos en un hotel. Se supone que la gente está durmiendo.

—¿Durmiendo? ¿A esta hora del día?

Cerré la puerta a mi espalda.

—No deberías hacer todo ese ruido. Los clientes van a quejarse.

—Peor para ellos si se quejan. Le diré al abuelo que se encargue de arreglarlo.

Seguía con los pies en alto, y empezó a entrechocar los zapatos en el aire como con desgana. Me senté en una silla y lo observé unos instantes.

—Boris, tengo que hablar contigo. Quiero decir que tenemos que hablar.

Los dos. Nos vendrá bien. Seguro que tienes tantas preguntas... Acerca de todo esto. Por qué estamos aquí en el hotel...

Callé para ver si decía algo. Boris siguió haciendo entrechocar los pies en el aire.

—Boris, has sido muy paciente hasta ahora —continué—. Pero sé que hay montones de cosas que te gustaría preguntar. Siento haber estado siempre tan ocupado y no haber tenido tiempo para sentarme y hablarte de ellas como es debido. Y siento lo de anoche. Fue decepcionante para los dos. Boris, seguro que tienes muchas preguntas. Algunas de ellas no tendrán fácil respuesta, pero trataré de contestarte lo mejor que pueda.

Al decir esto, y por alguna razón que no sabría precisar —tal vez tenía que ver con el cuarto que acababa de dejar y con el pensamiento de que seguramente lo había dejado para siempre—, me invadió una honda sensación de pérdida y me vi obligado a hacer una pausa. Boris siguió jugueteando con los pies unos instantes. Pero al fin pareció acusar el cansancio de las piernas y las dejó caer sobre la cama. Me aclaré la

garganta, y dije:

—Bien, Boris. ¿Por dónde empezamos?

—¡El hombre solar! —gritó Boris de pronto, y se puso a entonar sonoramente las primeras notas de una melodía. Y al hacerlo cayó hacia atrás y desapareció en el hueco entre la cama y la pared.

—Boris, estoy hablando en serio. Por el amor de Dios. Tenemos que hablar sobre esas cosas. Boris, por favor, sal de ahí.

No hubo respuesta. Suspiré y me levanté.

—Boris, quiero que sepas que siempre que te apetezca preguntarme algo, no tienes más que hacerlo. Dejaré de hacer lo que esté haciendo en ese momento y me pondré a hablar de lo que me hayas preguntado. Incluso cuando esté con gente que parezca muy importante. Quiero que sepas que, para mí, nadie es tan importante como tú. Boris, ¿me oyes? Boris, sal de ahí de una vez.

—No puedo. No puedo moverme.

—Boris, por favor.

—No puedo moverme. Me he roto tres vértebras.

—Muy bien, Boris. Quizá podamos hablar cuando mejores. Me voy abajo a desayunar. Boris, escucha. Después del desayuno, si te apetece, podemos ir al antiguo apartamento. Lo podemos hacer, si quieres. Podemos ir a coger la caja. La caja en la que guardaste al Número Nueve.

Siguió sin responder. Esperé un momento más, y luego dije:

—Bueno, piénsalo, Boris. Me voy a desayunar.

Y, sin más, salí de la habitación cerrando la puerta con suavidad a mi espalda.

Me condujeron a una sala larga y soleada contigua a la fachada del vestíbulo. El gran ventanal daba a la calle, a la altura de la acera, pero en su parte inferior el cristal era opaco a fin de dar al interior cierta intimidad y resguardarlo de las miradas de los viandantes. El sonido del tráfico llegaba ahogado, en tonos amortiguados. Las altas palmeras y los ventiladores cenitales daban a la sala un aire vagamente exótico. Las mesas estaban dispuestas en dos largas hileras, y, mientras el camarero me conducía por el pasillo que había entre ellas, advertí que la mayoría de los servicios de las mesas ya habían sido retirados.

El camarero me sentó cerca del fondo, y me sirvió café. Al retirarse, vi que los únicos huéspedes presentes eran una pareja sentada cerca de la puerta que hablaba en español y un hombre de avanzada edad que leía el periódico unas mesas más allá. Pensé que posiblemente yo era el último huésped del hotel que bajaba a desayunar, pero de nuevo me dije que había tenido una noche excepcionalmente agotadora y que no tenía por qué sentirme culpable.

Así que, mientras contemplaba las palmeras cuyas hojas se agitaban suavemente

bajo los ventiladores rotatorios, en lugar de sentirme culpable me fue envolviendo gradualmente una sensación de íntimo contento. Después de todo, tenía sobradas razones para sentirme satisfecho con lo que había conseguido en el breve tiempo transcurrido desde mi llegada. Existían aún, como es natural, muchos aspectos de aquella crisis local que permanecían poco claras, e incluso misteriosas. Pero no llevaba en la ciudad ni veinticuatro horas, y las respuestas a las preguntas irían surgiendo poco a poco y sin tardanza. Más tarde, por ejemplo, visitaría a la condesa, y tendría ocasión no sólo de refrescar mi memoria respecto a la obra de Brodsky a través de sus viejos discos, sino también de tratar en profundidad la crisis con la condesa y el alcalde. Luego tendría lugar la reunión con los ciudadanos más directamente afectados por los problemas actuales —reunión sobre cuya importancia había hecho yo hincapié ante la señorita Stratmann el día anterior—, y la entrevista con el propio Christoff. En otras palabras, aún tenía por delante la mayoría de mis compromisos más importantes, y de nada servía tratar de sacar conclusiones válidas o incluso ponerme a pensar en terminar mi discurso en aquella fase del proceso. De momento, tenía derecho a sentirme complacido por la cantidad de información que ya había asimilado, y sin duda podía permitirme unos minutos de relajada holganza mientras tomaba el desayuno.

El camarero volvió con fiambres, quesos y una cestita de panecillos recién horneados, y empecé a comer sin prisa, sirviéndome el fuerte café en la taza poco a poco, a medida que lo iba tomando. Cuando al cabo apareció en la sala Stephan Hoffman, me hallaba yo en algo muy cercano a un excelente y tranquilo estado de ánimo.

—Buenos días, señor Ryder —dijo el joven viniendo hacia mí con una sonrisa en el semblante—. Me han dicho que acababa usted de bajar. No deseo incomodarle mientras desayuna, así que sólo será un momento.

Permaneció de pie junto a la mesa, con la sonrisa en la cara, a la espera de que yo hablara. Sólo entonces recordé nuestro acuerdo de la noche anterior.

—Ah, sí —dije—. La pieza de Kazan, sí. —Dejé el cuchillo de la mantequilla y le miré—. Es sin duda una de las piezas más difíciles jamás compuestas para piano. Y teniendo en cuenta que usted prácticamente acaba de empezar a ensayarla, no es extraño que aprecie ciertas aristas sin pulir, ciertas imperfecciones. No es mucho más que lo que le digo, meras aristas sin pulir. Con esa pieza poco puede hacerse salvo dedicarle tiempo. *Mucho* tiempo.

Callé. La sonrisa se había borrado del semblante de Stephan.

—Pero en conjunto —continué—, y estas cosas no las digo nunca a la ligera, creo que su interpretación de anoche permite albergar excepcionales esperanzas. Si consigue usted dedicarle el tiempo necesario, estoy seguro de que logrará una ejecución magnífica de esa difícil pieza. Claro que la cuestión es...

Pero el joven ya no me escuchaba. Se acercó un paso más hacia mi mesa, y dijo:

—Señor Ryder, aclaremos el asunto. ¿Me está diciendo que lo único que necesito es tiempo? ¿Que está dentro de mis posibilidades? —El rostro de Stephan se torció de pronto, su cuerpo se dobló y su puño golpeó con fuerza su rodilla levantada. Luego, Stephan se enderezó, inspiró profundamente y sonrió con fruición—. Señor Ryder, no se hace usted idea de lo que esto significa para mí. Qué maravilloso ánimo..., ¡no se hace usted idea! Sé que le parecerá inmodesto, pero se lo aseguro: siempre lo he sentido así; en el fondo de mí mismo, siempre he sentido que poseía esa aptitud. Pero oírsele decir a usted, nada menos que a usted, Dios mío, ¡no tiene precio! Anoche, señor Ryder, seguí y seguí tocando. Cada vez que sentía que me ganaba el cansancio, cada vez que me sentía tentado de dejarlo, una pequeña voz en mi interior me decía: «Espera. Puede que el señor Ryder aún siga ahí fuera. Puede que necesite un poco más para emitir su dictamen». Y ponía aún más en ello, lo ponía todo, y seguía y seguía tocando. Cuando terminé, hace unas dos horas, debo confesar que fui hasta la puerta y miré afuera. Y, claro, usted se había ido a la cama. Muy sensato. Pero fue tan amable de su parte el haberse quedado lo suficiente para evaluarlo. Sólo espero que no haya tenido que renunciar a demasiado sueño por mi culpa.

—Oh, no, no. Me quedé en la puerta... durante un rato. Lo suficiente para formarme una opinión.

—Qué amable de su parte, señor Ryder. Esta mañana me siento como si fuera otra persona. ¡Las nubes se han despejado de mi vida!

—Mire, no quiero que se haga usted una idea errónea de lo que digo. Sólo creo que la pieza está dentro de sus posibilidades. Pero el que tenga o no tiempo suficiente para...

—Me aseguraré de tenerlo. Aprovecharé cuantas oportunidades se me presenten para ponerme al piano y practicar. Me olvidaré del sueño. No se preocupe, señor Ryder. Mis padres se sentirán orgullosos de mí mañana por la noche.

—¿Mañana por la noche? Ah, sí...

—Oh, pero heme aquí hablando egoístamente de mí mismo... Ni siquiera he mencionado lo sensacional que estuvo usted anoche. En la cena, me refiero. Todo el mundo lo comenta, por toda la ciudad. Fue un discurso realmente encantador.

—Gracias. Me alegra que haya gustado.

—Y estoy seguro de que creó la atmósfera adecuada para lo que vino después. Sí, ésa es la buena noticia que debería haberle dado nada más llegar: como pudo usted comprobar, la señorita Collins asistió anoche a la cena. Bien, pues al parecer, cuando se estaba marchando, la señorita Collins y el señor Brodsky se sonrieron. ¡Lo que oye! Lo presencié mucha gente. Mi padre también lo vio. No estaba haciendo ningún esfuerzo para que se vieran y charlaran, se estaba cuidando muy mucho de no forzar las cosas, en particular con la señorita Collins considerando el plan del zoo y

demás... Pero sucedió justamente cuando se estaba marchando. Parece que el señor Brodsky se dio cuenta de que se iba, y se puso en pie. Había estado sentado a su mesa toda la noche, y la gente, a esas alturas de la velada, formaba grupos libremente aquí y allá, como acostumbra a hacer siempre. Pero el señor Brodsky, en ese momento, se levantó y miró hacia la puerta, donde la señorita Collins se despedía de unas cuantas personas. Uno de los caballeros, creo que el señor Weber, la acompañaba hacia la salida, pero la señorita Collins debió de sentir algo instintivo que la previno, porque volvió la cabeza y miró hacia atrás y, como es natural, vio al señor Brodsky de pie mirándola. Mi padre se percató de ello, y también unas cuantas personas más, y en el comedor amainó no poco el bullicio, y mi padre dice que durante un terrible instante pensó que ella le iba a dirigir una mirada fría y enconada, pues su cara estaba ya adoptando un rictus torvo. Pero entonces, en el último momento, sonrió. Sí, ¡le dirigió una sonrisa al señor Brodsky! Y se fue. El señor Brodsky, bueno, ya se hace cargo usted de lo que tuvo que significar para él. Imagínese, ¡después de todos estos años! Según mi padre, al que acabo de ver hace un momento, el señor Brodsky ha trabajado con renovada energía esta mañana. ¡Lleva ya una hora al piano! ¡Menos mal que se lo dejé libre a tiempo! Mi padre dice que ha notado algo absolutamente nuevo en él esta mañana, y que ni le ha sugerido siquiera que necesitara una copa. El éxito se debe a mi padre tanto como al que más, pero estoy seguro de que su discurso contribuyó enormemente a que las cosas salieran de este modo. Seguimos esperando la respuesta de la señorita Collins sobre lo de ir al zoo, es cierto, pero después de lo que sucedió anoche no podemos más que sentirnos optimistas. ¡Qué esperanzada mañana tenemos por delante! Bien, señor Ryder, no quiero entretenerle más. Estará usted deseando terminar tranquilamente el desayuno. Le vuelvo a dar las gracias por todo. Seguramente nos encontraremos de nuevo en el curso de la jornada; le mantendré informado de cómo me van las cosas con Kazan.

Le deseé suerte y me quedé mirando cómo se alejaba y salía de la sala a grandes y decididos pasos.

Mi entrevista con el joven me hizo sentirme feliz. Durante los minutos que siguieron continué desayunando con la misma parsimonia que antes, disfrutando especialmente del fresco sabor de la mantequilla autóctona. Al poco apareció el camarero con más café, y volvió a dejarme solo. Luego —no sabría decir por qué— me sorprendí tratando de recordar la respuesta a una pregunta que me formuló una vez un hombre que iba sentado a mi lado en un avión. Tres pares de hermanos —me explicó— habían jugado juntos en tres finales de la Copa del Mundo. ¿Podía recordar quiénes habían sido? Yo había puesto alguna excusa y había vuelto a mi libro, pues no quería verme envuelto en conversación alguna. Pero desde entonces, en las contadas ocasiones en que disponía de unos minutos para mí mismo, como me sucedía ahora, siempre volvía a mi cabeza la pregunta de aquel hombre. Lo enojoso

del asunto era que, a lo largo de los años, había habido momentos en los que llegué a recordar esos tres pares de nombres, pero la mayoría de las veces me olvidaba de alguno de ellos. Y eso era lo que me sucedía aquella mañana. Recordaba que los hermanos Charlton habían jugado en el equipo de Inglaterra en la final de 1966, y que los hermanos Van der Kerkhof habían jugado en el de Holanda en 1978. Pero por mucho que lo intentaba no lograba acordarme del tercer par de hermanos. Empecé a enfadarme conmigo mismo, y finalmente decidí no levantarme de la mesa del desayuno ni acometer ninguno de mis compromisos de la jornada hasta que no lograra recordar el par de hermanos que me faltaba.

Me sacó de mi ensimismamiento el darme cuenta de que Boris había entrado en la sala y venía hacia mi mesa. Lo hacía poco a poco, yendo indolentemente de mesa en mesa vacía, como si fuera acercándose a mí sólo por obra del azar. Evitó mirarme, y cuando llegó a la mesa de al lado siguió remoloneando en torno a ella, toqueteando el mantel, dándome la espalda.

—Boris, ¿has desayunado ya?

El chico siguió jugueteando con el mantel. Y al cabo preguntó como si le trajera al fresco una respuesta u otra:

—¿Vas a ir al antiguo apartamento?

—Si tú quieres... Te prometí que iríamos si tú querías. ¿Quieres ir, Boris?

—¿No tienes trabajo que hacer?

—Sí, pero me las arreglaré para hacerlo más tarde. Podemos ir si te apetece. Pero si vamos, tendremos que salir ahora mismo. Como muy bien has dicho, tengo un día muy atareado por delante.

Boris pareció pensar sobre el asunto. Seguía dándome la espalda y jugueteando con el mantel de la mesa.

—¿Y bien, Boris? ¿Vamos a ir?

—¿Estará allí el Número Nueve?

—Supongo que sí. —Decidido a llevar la iniciativa, me levanté de la mesa y dejé caer la servilleta junto al plato—. Boris, salgamos ahora mismo. Hace un día de sol. No necesitamos subir para coger una chaqueta. Vamos, salgamos.

Boris parecía seguir dudando, pero le puse un brazo alrededor del hombro y lo conduje hacia la puerta.

Cruzábamos el vestíbulo cuando vi que el recepcionista me hacía señas con la mano.

—Señor Ryder —dijo—, los periodistas de ayer han estado aquí hace un rato. Pensé que lo mejor era decirles que se fueran y sugerirles que volvieran dentro de una hora. No se preocupe: estuvieron perfectamente de acuerdo.

Me quedé pensativo unos instantes, y luego dije:

—Cuánto lo siento, porque en este preciso momento estoy ocupado en algo importante. Quizá podría decirles a esos caballeros que concierten una cita a través de la señorita Stratmann. Ahora, si me disculpa, tenemos que irnos...

Cuando ya habíamos salido del hotel y estábamos en la soleada acera caí en la cuenta de que no podía recordar cómo se iba al antiguo apartamento. Me quedé mirando el tráfico que se deslizaba lentamente ante nosotros. Entonces Boris, tal vez advirtiéndome mi dificultad, dijo:

—Podemos coger el tranvía. Enfrente del parque de bomberos.

—Estupendo. Muy bien, Boris, tú me llevas.

El ruido del tráfico era tal que en los minutos siguientes casi no nos dirigimos la palabra. Fuimos abriéndonos paso por estrechas aceras atestadas, cruzamos dos pequeñas calles llenas de actividad y llegamos a una amplia avenida con raíles de tranvía y varios carriles de tráfico lento. La acera era ahora mucho más ancha y caminábamos más libremente entre los peatones, y pasamos junto a bancos y oficinas y restaurantes. Entonces, a mi espalda, oí pasos que corrían y sentí que una mano me tocaba el hombro.

—¡Señor Ryder! ¡Ah, por fin le encuentro!

El hombre con quien al volverme me encontré parecía un cantante de rock bastante mayor. Tenía el rostro curtido y el pelo largo y enmarañado, con la raya en medio. La camisa y los pantalones eran holgados y de color crema.

—¿Cómo está usted? —dije con cautela, consciente de que Boris miraba al hombre con recelo.

—¡Qué desafortunada serie de malentendidos...! —dijo el hombre riendo—. Nos han dado ya tantas citas... Y la noche pasada le estuvimos esperando y esperando..., más de dos horas, ¡pero no se preocupe! Esas cosas suceden. Me atrevería a decir que nada de ello es culpa suya, señor Ryder. Es más, estoy seguro de que no lo es.

—Ah, sí. Y han vuelto a esperar esta mañana. Sí, sí, el recepcionista me lo ha dicho.

—Esta mañana ha vuelto a haber otro malentendido —dijo el hombre de pelo largo encogiéndose de hombros—. Nos han dicho que volviéramos dentro de una hora. Así que nos hemos sentado en ese café a matar el tiempo, el fotógrafo y yo... Pero le hemos visto pasar y me he preguntado si no podríamos hacerle la entrevista y las fotografías ahora mismo. Así no tendríamos que volver a molestarle. Nos damos cuenta, por supuesto, de que, para alguien como usted, hablar con un pequeño periódico local como el nuestro no se cuenta entre sus prioridades más inmediatas...

—Muy al contrario —me apresuré a decir—. Yo siempre concedo la máxima importancia a los periódicos como el suyo. Ustedes poseen las claves del sentir local. Cuando llego a una ciudad, la gente como ustedes se cuenta entre mis más válidos contactos.

—Es muy amable de su parte decir eso, señor Ryder. Y si me permite decirlo, hartamente perspicaz.

—Pero le iba a decir que, desafortunadamente, en este momento estoy ocupado.

—Por supuesto, por supuesto. Por eso le estaba sugiriendo que dejáramos el asunto listo en este mismo instante, en lugar de tener que volver a molestarle en un momento u otro del día. Nuestro fotógrafo, Pedro^[1], está en ese café. Puede sacarle unas fotografías rápidas mientras yo le pregunto unas cuantas cosas. Luego usted y este caballero podrán seguir su camino de inmediato. Nos llevará tan sólo unos cuatro o cinco minutos. Creo que será, con mucho, la mejor solución.

—Mmmm... ¿Sólo unos minutos, dice?

—Oh, sí, nos bastarán unos minutos. Nos hacemos cargo de la cantidad de cosas importantes a las que deberá dedicar su tiempo. Como le digo, no tardaremos nada. Es allí, en aquel café.

Señalaba un punto situado a escasa distancia, un grupo de mesas y sillas desplegadas en la acera. No era lo que yo llamaría el lugar ideal para una entrevista, pero pensé que tal vez era el modo más sencillo de zanjar el asunto de los periodistas.

—Muy bien —dije—. Pero debo hacer hincapié en que tengo un programa muy apretado esta mañana.

—Es tan generoso de su parte, señor Ryder. ¡Y con un pequeño y humilde periódico como el nuestro! Bien, acabemos cuanto antes. Por aquí, por favor.

El periodista de pelo largo nos condujo por la acera, tropezando casi con otros peatones en su impaciencia por volver al café. Nos adelantó varios pasos, y aproveché la ocasión para decirle a Boris:

—No te preocupes, no nos llevará mucho tiempo. Me ocuparé de que así sea.

Boris seguía con expresión contrariada, y añadí:

—Mira, puedes sentarte a tomar lo que te apetezca mientras esperas. Un helado, o un pastel de queso... Y nos iremos enseguida.

Llegamos a una terraza estrecha llena de sombrillas.

—Aquí es —dijo el periodista, señalando con un gesto una de las mesas—. Vamos a sentarnos.

—Si no le importa —dije—, primero le buscaré un sitio a Boris dentro. Volveré en un minuto y me sentaré con ustedes.

—Excelente idea.

Aunque muchos de los veladores de la terraza estaban ocupados, el interior del café estaba vacío. La decoración era liviana y moderna, y la luz del sol inundaba el local. Una camarera joven y regordeta, de aspecto nórdico, estaba de pie detrás de una barra de cristal en cuyo interior se exhibía un surtido de pastas y pasteles. Boris se sentó a la mesa situada en un rincón, y la joven regordeta vino hacia nosotros con una sonrisa.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó a Boris—. Esta mañana tenemos los pasteles más *frescos* de toda la ciudad. Recién hechos: los acaban de traer hace diez minutos. Todo está recién hecho.

Boris procedió a interrogar concienzudamente a la camarera acerca de sus existencias de dulces, y al cabo se decidió por un pastel de queso con chocolate y almendras.

—Estupendo —dije—. No tardo nada. Voy a hablar con esa gente y vuelvo enseguida. Si necesitas algo, estoy ahí fuera.

Boris se encogió de hombros con la mirada fija en la camarera, ahora afanada en extraer un barroco pastel de la vitrina de la barra.

Cuando salí a la terraza, no vi por ninguna parte al periodista del pelo largo. Me paseé entre los veladores, mirando las caras de las personas que los ocupaban. Una vez explorada toda la terraza, me detuve a considerar la posibilidad de que el periodista hubiera cambiado de opinión y se hubiera marchado. Pero tal posibilidad se me antojaba extraordinariamente insólita, y volví a mirar a mi alrededor. Había varios clientes leyendo el periódico ante sus tazas de café. Un anciano hablaba con las palomas que se arremolinaban a sus pies. Entonces oí que pronunciaban mi nombre y, al volverme, vi al periodista sentado a una mesa situada a mi espalda. Conversaba abstraídamente con un hombre rechoncho y moreno, que supuse era el fotógrafo. Soltando una exclamación, me acerqué a ellos, pero extrañamente los dos hombres siguieron hablando sin levantar la vista para mirarme. Acerqué la silla libre y tomé asiento, pero el periodista —ahora en la mitad de una frase— no me dedicó sino una mirada rápida. Luego, volviéndose al fotógrafo rechoncho, continuó:

—Así que no le insinúes en ningún momento lo importante que es el edificio. Tendrás que limitarte a inventar alguna justificación de orden artístico, alguna razón que exija que se mantenga delante de él todo el tiempo.

—Lo haré, no te preocupes —dijo el fotógrafo asintiendo con un movimiento de cabeza—. No hay ningún problema.

—Pero no le presiones demasiado. Al parecer ahí es donde falló Schulz el mes pasado en Viena. Y recuerda: como todos los personajes de su especie, es sumamente vanidoso. Así que simula ser un gran admirador suyo. Dile que el periódico no lo sabía cuando te encargó el trabajo, pero que da la casualidad de que le admiras enormemente. Con eso seguro que te lo ganas. Pero no se te ocurra mencionar el edificio Sattler hasta que hayamos intimado un poco.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo el fotógrafo sin dejar de asentir con la cabeza—. Pero pensaba que ya lo habías arreglado. Pensaba que ya te había dado su consentimiento.

—Iba a tratar de arreglarlo por teléfono, pero Schulz me advirtió de lo difícil que es esta mierda de tío.

Al decir esto, el periodista se volvió hacia mí y me dirigió una cortés sonrisa. El fotógrafo, por su parte, siguiendo la mirada de su compañero, me dedicó una ligera y distraída inclinación de cabeza. Y acto seguido continuaron con su charla.

—El problema de Schulz —dijo el periodista— es que nunca los adula lo bastante. Y además tiene esos modos..., como si estuviese tremendamente impaciente, incluso cuando no lo está. Con estos tipos lo que hay que hacer es no dejar de adularles ni un momento. Así que cada vez que saques una foto, grita: «¡Fantástico!». Y no pares de soltar exclamaciones. No dejes de alimentar su ego ni

un instante.

—De acuerdo, de acuerdo. No te preocupes.

—Empezaré con... —el periodista lanzó un suspiro de hastío—. Empezaré hablando de su actuación en Viena, o de algo por el estilo. Tengo aquí algunas notas sobre el tema y me las ingeniaré para irle embaucando. Pero no perdamos demasiado tiempo. Al cabo de unos minutos, finge que has tenido la inspiración de que vayamos al edificio Sattler. Yo, al principio, fingiré que me incomoda un poco, pero luego admitiré que se trata de una magnífica idea.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Así que ya lo sabes. No cometamos errores. Recuerda que ese bastardo es muy susceptible.

—Entiendo.

—Si algo empieza a ir mal, dile algo adulador.

—Muy bien, muy bien.

Los dos hombres se dirigieron mutuos asentimientos de cabeza. Luego el periodista inspiró profundamente, dio una palmada y se volvió hacia mí, y al hacerlo se le iluminó la cara.

—¡Ah, ya está usted aquí, señor Ryder! Es tan amable de su parte concedernos un poco de su precioso tiempo. ¿Y el jovencito? Se lo estará pasando bien ahí dentro, supongo...

—Sí, sí. Ha pedido un enorme pastel de queso.

Los dos hombres rieron con afabilidad. El fotógrafo rechoncho esbozó una mueca risueña y dijo:

—Pastel de queso. Mi preferido. Desde que era un niño.

—Oh, señor Ryder, éste es Pedro.

El fotógrafo sonrió y me tendió la mano con ademán solícito.

—Mucho gusto en conocerle, señor. Soy muy afortunado, se lo aseguro. Me acaban de asignar este trabajo esta mañana. Cuando me levanté de la cama, lo único que me esperaba era otra sesión de fotos en las dependencias municipales. Y entonces, mientras me duchaba, he recibido la llamada. ¿Te gustaría encargarte de ello? ¿Que si quería encargarme de ello? Pero si ese hombre ha sido mi héroe desde que yo era un chiquillo..., les he dicho. ¿Que si quiero encargarme de ello? Santo Dios, lo haría gratis. Pagaría por hacerlo, les digo. Vosotros sólo decidme adónde tengo que ir. Juro que jamás me ha hecho vibrar tanto ningún encargo de trabajo.

—Si he de serle sincero, señor Ryder —dijo el periodista—, el fotógrafo que estaba conmigo anoche en el hotel..., bueno, después de esperar unas cuantas horas empezó a impacientarse. Como es natural, me puse furioso: «Me parece que no te das cuenta», le dije, «de que si el señor Ryder tarda será porque estará atendiendo otros compromisos de la mayor importancia. Si es tan amable de concedernos un poco de

su tiempo y tenemos que esperarle un rato, pues le esperamos y se acabó». Le aseguro, señor, que me enfadé de veras. Y cuando volví al periódico le dije al director que no estaba contento con ese individuo. «Búscame otro fotógrafo para mañana por la mañana», le exigí. «Quiero alguien que sepa apreciar cabalmente la categoría del señor Ryder, y que le muestre su gratitud del modo que se merece». Sí, supongo que perdí los nervios un poco. Pero aquí tenemos a Pedro, que además resulta que es un admirador suyo casi tan devoto como yo.

—Más, más —protestó Pedro—. Cuando me llamaron por teléfono esta mañana, no me lo podía creer. Mi héroe está en la ciudad, y voy a poder fotografiarle. Dios santo, voy a hacer el mejor trabajo de toda mi vida. Eso es lo que me he dicho a mí mismo mientras seguía dándome la ducha. Una celebridad como ésa..., tendré que realizar el mejor reportaje de mi vida. Le llevaré al edificio Sattler. Así es como visualicé la cosa. Mientras terminaba de ducharme, podía ver la composición, la tenía toda en la cabeza.

—Vamos, Pedro —dijo el periodista, mirándole con gesto severo—. Dudo mucho que el señor Ryder quiera ir hasta el edificio Sattler sólo para que podamos sacar esas fotos. Cierto que en coche tardaríamos a lo sumo unos minutos, pero unos minutos pueden suponer mucho tiempo para alguien con la apretada agenda del señor Ryder. No, Pedro, tendrás que hacer lo que puedas aquí mismo: sacar unas cuantas fotos del señor Ryder mientras hablamos en esta mesa. De acuerdo, la terraza de un café resulta algo muy trillado: apenas registrará el carisma único que emana del señor Ryder. Pero tendrá que bastar. He de admitir que tu idea del señor Ryder ante el edificio Sattler me parece genial. Pero no hay más que hablar, porque el señor Ryder no dispone de tiempo en este momento. Tendremos que conformarnos con una imagen mucho más común de su persona.

Pedro se golpeó en la palma de la mano con el puño y sacudió la cabeza.

—Supongo que tienes razón. Dios, pero es duro. Una oportunidad de fotografiar al ilustre señor Ryder, una oportunidad que sólo se presenta una vez en la vida, y tener que conformarse con otra escena de café... Así es como la vida reparte suerte...

Volvió a sacudir la cabeza con tristeza. Luego los dos hombres se quedaron mirándose unos instantes.

—Bien —dije al cabo—. Ese edificio del que hablan, ¿está *literalmente* a unos minutos de aquí?

Pedro se incorporó en su silla bruscamente, con la cara iluminada por el entusiasmo.

—¿Habla en serio? ¿Posará ante el edificio Sattler? ¡Dios, qué suerte! ¡Sabía que era usted un gran tipo!

—Un momento...

—¿Está seguro, señor Ryder? —dijo el periodista cogiéndome del brazo—. ¿De

verdad está seguro? Sé que tiene un montón de compromisos. ¡Vaya, es fantástico! Se lo garantizo: en taxi no tardaremos más que unos tres minutos. De hecho quédese aquí, iré ahora mismo a parar uno. Pedro, ¿por qué no sacas de todas formas unas fotos del señor Ryder mientras espera aquí sentado?

El periodista se alejó apresuradamente. Instantes después lo vi en el borde de la acera, inclinado hacia el tráfico, con un brazo alzado hacia lo alto.

—Señor Ryder, por favor...

Pedro estaba agachado, con una rodilla en tierra, y me miraba a través del objetivo de la cámara. Me senté como es debido en la silla —adopté una postura relajada, aunque no excesivamente lánguida— y compuse una sonrisa afable.

Pedro apretó el obturador de la cámara unas cuantas veces. Luego retrocedió unos pasos y se volvió a agachar, esta vez junto a una mesa vacía, ahuyentando a una bandada de palomas que picoteaban unas migas. Me disponía a cambiar de postura cuando el periodista volvió casi a la carrera.

—Señor Ryder, no consigo encontrar un taxi, pero acaba de parar un tranvía ahí mismo. Vamos, dése prisa. Pedro, el tranvía.

—¿Pero será tan rápido como el taxi? —pregunté.

—Sí, sí. De hecho, con este tráfico, llegaremos antes en tranvía. En serio, señor Ryder, no tiene por qué preocuparse. El edificio Sattler está muy cerca. De hecho... —alzó una mano, se la colocó a modo de pantalla sobre los ojos y miró hacia lo lejos—, de hecho casi se ve desde aquí. Si no fuera por aquella torre gris de allá lejos, veríamos el edificio Sattler en este mismo momento. Está muy cerca, como ve. Si alguien de una altura normal, no más alto que usted o yo, se subiera al tejado del edificio Sattler, se estirara y levantara un palo, una fregona de la cocina, por ejemplo, en una mañana como ésta, lo veríamos desde aquí perfectamente por encima de la torre gris. Así que ya ve, estaremos allí en un abrir y cerrar de ojos. Pero, por favor, el tranvía, debemos darnos prisa.

Pedro estaba ya en el bordillo de la acera. Lo vi con la bolsa del equipo al hombro, tratando de convencer al conductor del tranvía para que nos esperara. Salí de la terraza tras el periodista y subí al tranvía.

El tranvía reanudó la marcha y los tres avanzamos por el pasillo central en dirección al fondo. El vehículo iba lleno, y nos fue imposible sentarnos los tres juntos. Logré sentarme muy apretado en la parte de atrás, entre un hombre mayor y menudo y una madre madura con su retoño en el regazo. El asiento era asombrosamente cómodo, y al cabo de unos segundos, en lugar de estar molesto, empecé más bien a disfrutar del trayecto. Frente a mí había tres ancianos leyendo un solo periódico, que el del centro mantenía abierto. El traqueteo del tranvía les dificultaba la lectura, y a veces discutían para hacerse con el control de una

determinada página.

Llevábamos ya un rato en el tranvía cuando advertí cierto revuelo a mi alrededor y vi que la revisora se acercaba por el pasillo. Supuse que mis compañeros me habrían pagado el billete, pues yo no lo había hecho. Cuando miré por encima del hombro vi que la revisora, una mujer menuda cuyo feo y negro uniforme no lograba disimular por completo su atractiva figura, se hallaba ya muy cerca de mi asiento. La gente, en torno a mí, sacaba billetes y bonos. Reprimiendo un sentimiento de pánico, me puse a pensar algo que decir que sonara a un tiempo digno y convincente.

La revisora estaba ya encima de nosotros, y mis vecinos le tendieron sus billetes. La revisora los estaba ya picando cuando anuncié con firmeza:

—Yo no tengo billete, pero en mi caso concurren circunstancias especiales que, si me permite, pasaré a explicarle.

La revisora se quedó mirándome, y luego dijo:

—Una cosa es no tener billete. Pero ¿sabes?, anoche me dejaste en la estacada.

En cuanto dijo aquello, la reconocí. Era Fiona Roberts, una chica de la escuela primaria de mi pueblo, en Worcestershire, con la que me había unido una amistad muy especial cuando yo tenía unos nueve años. Vivía cerca de casa, un poco más allá del camino, en una casita muy parecida a la nuestra, y yo solía llegarle hasta allí para pasar la tarde jugando con ella, sobre todo en la época difícil que precedió a nuestra partida para Manchester. No la había vuelto a ver desde entonces, y me quedé estupefacto ante su actitud reprobadora.

—Ah, sí —dije—. Anoche. Sí.

Fiona Roberts siguió mirándome. Tal vez tuvo que ver con la expresión de reproche que vi en su cara, pero de pronto me sorprendí recordando una tarde de nuestra niñez en que los dos habíamos estado sentados juntos debajo de la mesa del comedor de su casa. Como de costumbre, habíamos creado nuestro «escondite» poniendo mantas y cortinas que colgaban por los lados de la mesa. Aquella tarde había sido soleada y calurosa, pero nosotros persistimos en permanecer en nuestro «escondite», en el calor cargado y la casi total oscuridad. Le había estado diciendo algo a Fiona, sin duda extendiéndome en exceso y con talante disgustado. Ella había intentado interrumpirme en más de una ocasión, pero yo había continuado sin hacerle caso. Por fin, cuando hube terminado, me había dicho:

—Eso es una tontería. Así acabarás quedándote solo. Te sentirás muy solo.

—No me importa —dije—. Me gusta estar solo.

—Otra vez dices tonterías. A nadie le gusta estar solo. Yo voy a tener una gran familia. Cinco hijos como mínimo. Y les voy a hacer una cena estupenda cada noche.

—Luego, al ver que yo no respondía, volvió a decir—: Estás diciendo tonterías. A nadie le gusta estar solo.

—A mí. A mí me gusta.

—¿Cómo puede *gustarte* estar solo?

—Pues me gusta. A mí me gusta.

De hecho, al afirmarlo, había sentido cierta convicción. Porque hacía ya varios meses que había dado comienzo a mis «sesiones de adiestramiento». Sí, en efecto, mi particular obsesión debió de alcanzar su cénit por aquella época.

Mis «sesiones de adiestramiento» habían empezado sin la menor premeditación, de forma espontánea. Estaba jugando en el camino una tarde gris —absorto en alguna fantasía, entrando y saliendo de una acequia seca que discurría entre una hilera de álamos y un campo— cuando de pronto me invadió el pánico y sentí la necesidad de buscar la compañía de mis padres. Nuestra casita no estaba lejos, podía ver la parte trasera al otro lado del campo, y sin embargo el pánico se apoderó de mí rápidamente y me sentí abrumado por la urgencia de correr a casa como un loco a través de las enmarañadas hierbas del campo. Pero por alguna razón que desconozco —quizá asocié aquella sensación con una eventual inmadurez para mi edad— no lo hice, y meforcé a demorar la huida. En mi mente no cabía duda alguna de que, muy pronto, acabaría por echar a correr a través del campo. Sólo era cuestión de resistir un poco, de forzar mi voluntad durante unos segundos más. La extraña mezcla de miedo y exaltación gozosa que experimenté mientras seguí allí de pie, paralizado en la acequia seca, habría de llegar a conocerla bien en las semanas que siguieron. Porque mis «sesiones de adiestramiento» se convirtieron en algo habitual e importante en mi vida. Con el tiempo adquirieron cierto ritual, en virtud del cual, cada vez que detectaba la menor señal de apremiante urgencia por volver a casa, me obligaba a llegar a un punto concreto del camino, bajo un gran roble, donde permanecía de pie unos minutos luchando contra mis emociones. A menudo decidía que ya había aguantado bastante, que podía ya marcharme, y entonces me retenía de nuevo, me forzaba a seguir bajo aquel árbol unos segundos más. Y en tales ocasiones el creciente pánico llevaba aparejada una extraña emoción, una sensación que quizá explicaba la especie de hechizo compulsivo que aquellas «sesiones de adiestramiento» acabaron ejerciendo sobre mi persona.

—Pero lo sabes, ¿no? —me había dicho Fiona aquella tarde, con la cara casi pegada a la mía en la oscuridad—. Cuando te cases no tiene por qué ser como lo de tu padre y tu madre. No va a ser como eso en absoluto. Los maridos y las esposas no tienen por qué estar discutiendo todo el tiempo. Sólo discuten cuando..., cuando suceden ciertas cosas.

—¿Qué cosas?

Fiona se quedó callada unos instantes. Iba yo a repetir la pregunta, esta vez con mayor agresividad, cuando ella dijo con deliberación:

—Tus padres, por ejemplo. No discuten así porque no se lleven bien. ¿No lo sabes? ¿No sabes por qué se pasan todo el tiempo discutiendo?

Entonces llegó del exterior del «escondite» una voz airada, y Fiona salió de él precipitadamente. Y, mientras yo seguía escondido en la oscuridad de debajo de la mesa, alcancé a entreoír cómo Fiona y su madre discutían en la cocina en voz baja. En un momento dado oí que Fiona repetía en tono dolido:

—¿Por qué no? ¿Por qué no puedo decírselo? Todo el mundo lo sabe.

Y que su madre le respondía en voz baja:

—Es más pequeño que tú. Es demasiado niño. No debes decírselo.

Mis recuerdos llegaron a su fin cuando oí que Fiona Roberts, que se había acercado a mí un par de pasos, me decía:

—Esperé hasta las diez y media. Y entonces le dije a todo el mundo que se pusiera a comer. Estaban muertos de hambre.

—Ya, claro. Lógicamente. —Lancé una débil risa y miré en torno—. Las diez y media. Sí, a esa hora la gente suele tener hambre...

—Y a esa hora era obvio que no ibas a venir. Nadie se creía ya nada de nada.

—Ya. Supongo que a esa hora..., era inevitable...

—Al principio todo iba de perlas —continuó Fiona Roberts—. Nunca había organizado nada parecido, pero todo iba muy bien. Estaban todas: Inge, Trude, todas... Allí en mi apartamento. Yo estaba un poco nerviosa, pero la cosa iba muy bien y me sentía realmente entusiasmada. Algunas de las mujeres esperaban con tanta expectación la velada..., incluso habían traído carpetas llenas de recortes y de fotos. Fue como a las nueve cuando empecé a sentir cierta inquietud, cuando por primera vez se me ocurrió pensar que tal vez no vendrías. Seguí entrando y saliendo de la sala, sirviendo más café, rellenando los boles de aperitivo, tratando de que las cosas siguieran como hasta entonces. Vi que mis invitadas empezaban a cuchichear, pero seguía pensando que, bueno, aún podías llegar, probablemente te había detenido el tráfico en alguna parte. Entonces se fue haciendo más y más tarde, y al final todas charlaban y cuchicheaban bastante a las claras. Ya sabes, hasta cuando yo estaba en la sala. ¡En mi propio apartamento! Fue entonces cuando les dije que empezaran a cenar. Quería que se marcharan cuanto antes. Así que se sentaron y se pusieron a comer; les había preparado esas pequeñas tortillas francesas... E incluso mientras estaban comiendo, algunas de ellas, como la tal Ulrike, se permitían los cuchicheos y las risitas solapadas. Pero ¿sabes?, en cierto modo prefería a las que se reían disimuladamente. Las prefería a las otras, como la tal Trude, que fingía sentirlo tanto por mí, y que se esforzaba por mostrarse amable hasta el final... ¡Oh, cómo odio a esa mujer! Al despedirse, la miraba y sabía lo que estaba pensando: «Pobrecilla. Vive en un mundo de fantasía. Tendríamos que haberlo imaginado». Oh, las odio a todas. Y me desprecio a mí misma por haber llegado a tener relación con ellas. Pero, ya ves, llevaba viviendo en la urbanización cuatro años, y no había hecho ni un solo amigo de verdad, y me sentía tan sola... Esas mujeres, las que estaban en mi apartamento

anoche, llevaban siglos sin dignarse a tener nada que ver conmigo. Se consideran la élite de la urbanización. Se llaman a sí mismas la Fundación Cultural y Artística de Mujeres. Qué estupidez. No es una fundación ni por asomo, pero a ellas les suena a muy importante. Cuando se organiza algo en la ciudad, les encanta ocuparse de esto y de lo otro. Cuando vino el Ballet de Pekín, por ejemplo, hicieron todas las banderas para la ceremonia de bienvenida. En fin, se consideran muy «selectas», y hasta hace muy poco no querían saber nada de gente como yo. La tal Inge ni siquiera me saludaba cuando me veía por la urbanización. Pero todo cambió, claro, cuando corrió la voz. Me refiero a cuando se supo que te conocía. No sé cómo se enterarían, porque yo no voy por ahí alardeando de ello. Supongo que debí de mencionárselo a alguien. Bueno, el caso es que, como podrás imaginar, eso lo cambió todo. La propia Inge me paró un día hace unos meses, cuando nos cruzamos en las escaleras, y me invitó a una de sus reuniones. Yo no tenía ganas de relacionarme con ellas, pero acabé yendo, supongo que pensando que por fin se me presentaba la ocasión de hacer amigas..., no estoy segura. Bien, pues desde el principio mismo, algunas de ellas, Inge y Trude, por ejemplo, no sabían muy bien si creerse o no lo de mi vieja amistad contigo. Pero al final prefirieron creerme porque la idea las hacía sentirse bien, supongo. Lo de cuidar a tus padres y demás no fue idea mía, pero como es lógico influyó mucho en ello el hecho de que yo te conociera. Cuando llegó la noticia de que vendrías a la ciudad, Inge fue a ver al señor Von Braun y le dijo que ahora, tras la visita del Ballet de Pekín, la Fundación se hallaba en situación de acometer algo realmente importante, y que, en cualquier caso, una de las integrantes del grupo era una vieja amiga tuya. Y ese tipo de cosas. Así pues, la Fundación consiguió que le fuera encomendado el cuidado de tus padres durante su estancia en la ciudad, y aunque todas las del grupo, faltaría más, estaban que no cabían en sí de gozo, algunas tenían los nervios de punta ante semejante responsabilidad. Pero Inge las tranquilizó diciendo que no era ni más ni menos que lo que todas merecíamos. Y seguimos celebrando nuestras reuniones, en las que cada una proponía ideas sobre cómo agasajar a tus padres. Inge nos dijo, me apenó mucho oírlo, que ninguno de los dos está muy bien en la actualidad, por lo que la mayoría de las cosas normales, como las visitas turísticas a la ciudad y demás, debían quedar descartadas. Pero había montones de ideas más, y todo el mundo empezaba a entusiasmarse con los planes posibles. Entonces, en la última reunión, alguien dijo que, bueno, que por qué no te pedían que vinieras personalmente a conocernos. A hablar de lo que les gustaría hacer a tus padres. Se hizo un silencio sepulcral. Y finalmente Inge dijo: «¿Por qué no? Estamos en una situación inmejorable para invitarle». Y todas se pusieron a mirarme. Así que por fin dije: «Bien, supongo que va a estar muy ocupado, pero si queréis podría pedírselo». Y cuando lo dije vi el entusiasmo que despertaba en ellas la idea. Luego, cuando llegó tu respuesta, me convertí en una princesa, me trataban con tal consideración, me

sonreían y me hacían tantas carantoñas cada vez que se encontraban conmigo en cualquier parte... Empezaron a traerme regalos para los niños, a ofrecerse a hacerme esto y lo otro... Te puedes imaginar cómo cayó anoche el que no vinieras...

Dejó escapar un hondo suspiro y se quedó en silencio unos instantes, mirando con mirada vacía a través de las ventanillas los edificios que pasaban a nuestra derecha. Y al cabo dijo:

—Supongo que no tengo por qué culparte. No nos hemos visto desde hace tanto tiempo... Pero pensé que no te importaría venir para interesarte por la visita de tus padres. Ya te he dicho la cantidad de ideas que estábamos aportando para agasajarles. Esta mañana estarán todas hablando de mí. Estarán llamándose por teléfono, o yendo a verse, y dirán: «Pobrecita. Vive en un mundo propio. Tendríamos que habernos dado cuenta antes. Me gustaría hacer algo para ayudarla, pero claro, es tan *aburrida*...». Puedo oírlas perfectamente. Estarán pasándoselo en grande. Inge, además..., una parte de ella estará hecha una furia. «La muy zorra nos ha engañado», estará pensando. Pero estará contenta, se sentirá aliviada. Inge, ¿sabes?, por mucho que le gustara la idea de que yo te conociera, la ha considerado siempre una amenaza. No me cabe la menor duda. Y la forma en que las otras me han tratado en las últimas semanas, desde tu respuesta, le habrá dado que pensar. Ha tenido verdaderos sentimientos ambiguos al respecto; todas ellas, supongo. Pero ahora estarán pasándoselo en grande. Estoy segura.

Mientras escuchaba a Fiona, como es natural, comprendí que debía sentir remordimientos por lo de la noche pasada. Sin embargo, pese a su vivido relato de lo acontecido en su apartamento, pese a sentir una profunda lástima por ella, no lograba registrar más que un muy vago recuerdo de que tal visita hubiera figurado en mi agenda. Además, sus palabras me hicieron tomar conciencia, con algo parecido a una conmoción, de la poca atención que había prestado a la inminente llegada a la ciudad de mis padres. Como Fiona había dicho, ninguno de los dos gozaba de buena salud y no era en absoluto aconsejable dejar que se las arreglaran por sí mismos. Y, mientras contemplaba al pasar el denso tráfico y los cristalinos edificios, me invadió un intenso sentimiento de protección hacia mis ancianos padres. La solución ideal, en efecto, era que una asociación local de mujeres se hiciera cargo de su cuidado y bienestar, y resultaba imperdonable por mi parte el no haber aprovechado la oportunidad de reunirme y hablar con aquellas mujeres. El pánico empezó a invadirme: ¿qué podía hacer con mis padres? No lograba comprender cómo había prestado tan poca atención a aquella dimensión tan importante de mi visita, y durante unos segundos mi mente trabajó a velocidad de vértigo. De pronto vi a mi madre y a mi padre, los dos menudos, de pelo blanco, encorvados por la edad, de pie en el exterior de la estación de tren, rodeados de un equipaje que no podían transportar por sí mismos. Podía verlos mirando la ciudad desconocida que se alzaba a su alrededor,

y ver cómo por fin mi padre, dejando que su orgullo prevaleciera sobre su buen juicio, cogía dos, tres maletas mientras mi madre trataba en vano de disuadirle cogiéndole por el brazo y diciéndole: «No, no, tú no puedes llevarlas. Pesan demasiado». Mi padre, entonces, con semblante resuelto, se sacudía a mi madre de encima y decía: «¿Y quién va a llevarlas si no? ¿Cómo vamos a llegar al hotel? ¿Quién va a ayudarnos en este lugar si no hacemos las cosas nosotros mismos?». Entretanto, los coches y camiones circulaban por la calzada con ruido atronador, y los viajeros pasaban junto a ellos en una y otra dirección. Mi madre, triste y resignada, observaba cómo mi padre avanzaba tambaleante con su pesada carga: dos, cuatro, cinco pasos..., para finalmente, vencido por el esfuerzo, detenerse y dejar las maletas en el suelo, con los hombros encorvados y casi sin resuello. Mi madre, entonces, esperaba unos segundos e iba hasta él y le ponía delicadamente una mano en el brazo, y le decía: «No te preocupes. Encontraremos a alguien que nos ayude». Mi padre, ya resignado, y acaso satisfecho por haber demostrado al menos su ánimo decidido, miraba en silencio hacia la multitud que bullía ante sus ojos —con la esperanza de que alguien hubiera ido a recibirles, a hacerse cargo de su equipaje, a brindarles una conversación de bienvenida y a llevarles al hotel en un cómodo automóvil.

Mientras Fiona me hablaba fueron desfilando por mi mente estas imágenes, de modo que por espacio de unos instantes apenas pude hacerme cargo de su infortunada situación. Pero enseguida volví a ser consciente de lo que me estaba diciendo:

—Estarán hablando de que de ahora en adelante deberán tener más cuidado. Puedo incluso oírlas: «Ahora gozamos de mucho más prestigio, y va a haber gente de todo pelaje tratando de entrar en el grupo con artimañas de todo tipo. Tendremos que tener mucho cuidado, especialmente ahora que nos enfrentamos a tan altas responsabilidades. Esa pequeña zorra tiene que servirnos de lección». Y cosas por el estilo. Sabe Dios la vida que tendré que llevar de ahora en adelante en esa urbanización. Y mis hijos, los pobres, que tienen que crecer en ella...

—Mire —dije interrumpiéndole—. No se puede hacer ni idea de lo mucho que lamento lo de anoche. Pero el caso es que la pasada noche sucedió algo absolutamente impredecible, que no le contaré para no aburrirla. Me contrarió lo indecible fallarle, pero no me fue posible ni encontrar un teléfono. Espero que no haya tenido muchos problemas por mi culpa.

—He tenido muchos problemas. Las cosas no son fáciles, ¿sabes?, para una madre con dos chiquillos...

—Escuche, siento de veras lo que ha pasado. Deje que le haga una sugerencia. En este momento tengo que hacer una gestión con estos periodistas de ahí delante, pero no me llevará mucho. Me libraré de ellos en cuanto pueda, cogeré un taxi e iré a su apartamento. Estaré allí en, digamos, media hora, cuarenta y cinco minutos como máximo. Y lo que haremos será lo siguiente. Nos pasearemos juntos por la

urbanización, de modo que la gente, todas sus vecinas, la tal Inge, la tal Trude..., puedan ver con sus propios ojos que es verdad que somos viejos amigos. Luego visitaremos a las más influyentes, como esa Inge. Podrá presentarme a ellas, me disculparé por lo de anoche, explicaré que en el último momento me demoraron de forma que no pude zafarme... Así nos las iremos ganando una por una, y repararé el daño que le causé ayer noche. De hecho, si lo hacemos bien, puede que su posición en el grupo hasta mejore sustancialmente. ¿Qué me dice?

Fiona siguió con la mirada fija en las calles que desfilaban tras los cristales. Y finalmente dijo:

—Mi primer impulso sería decir que te olvidaras del asunto. No me ha traído nada bueno decir que eras un viejo amigo mío. Y, después de todo, a lo mejor no necesito formar parte del círculo de Inge. Sólo que antes me sentía tan sola en la urbanización... Pero ahora que he visto cómo son, no estoy segura de que no vaya a ser más feliz sin otra compañía que la de mis hijos. Por las noches podré leer un buen libro o ver la televisión. Pero, por otra parte, no puedo pensar sólo en mí misma, tengo que pensar también en mis hijos. Tienen que crecer en la urbanización, tienen que ser aceptados. Por su bien, debería aceptar esa sugerencia tuya. Si ponemos en práctica tu plan puede que, como dices, mi situación mejore aún más que si la fiesta hubiera sido un completo éxito. Pero tienes que prometerme, jurarme por lo que más quieras, que no volverás a dejarme en la estacada. Porque si decidimos hacer lo que dices, en cuanto termine mi turno y vuelva a casa tendré que llamar por teléfono para concertar las visitas. No podemos aparecer de improviso en las casas de la gente, no es ese tipo de vecindario. Así que imagínate qué horror si organizo todas esas citas y tú no apareces. No me quedaría otro remedio que hacer yo misma esas visitas una a una, explicando de nuevo a todo el mundo tu no comparecencia. Así que debes prometerme que no volverás a fallarme.

—Tiene mi palabra —dije—. Como digo, hago la pequeña gestión que tengo que hacer y cojo un taxi para ir a su casa. No se preocupe, Fiona, todo se arreglará.

Estaba diciéndole esto cuando sentí que alguien me tocaba el brazo. Me volví y vi a Pedro de pie, de nuevo con la pesada bolsa al hombro.

—Por favor, señor Ryder —dijo, y señaló la salida al otro extremo del pasillo.

El periodista esperaba de pie junto a ella, listo para apearse.

—Ésta es nuestra parada, señor Ryder —dijo en voz alta, haciéndome una seña con la mano—. Si no le importa, señor...

El tranvía aminoró la marcha y se detuvo. Me levanté, me deslicé entre apreturas hasta el pasillo y seguí a Pedro hacia la salida.

El tranvía se alejó traqueteando y nos dejó a los tres bajo el cielo abierto, rodeados de campos azotados por el viento. Sentí la refrescante brisa en la cara, y me quedé mirando cómo el tranvía se alejaba a través de los campos y se perdía en el horizonte.

—Por aquí, por favor, señor Ryder...

El periodista y Pedro me esperaban unos pasos más allá. Llegué hasta ellos y los tres echamos a andar a través de la hierba. De cuando en cuando violentas ráfagas de viento tiraban de nuestras ropas y ondulaban la hierba de los campos. Finalmente llegamos al pie de una colina, e hicimos una pausa para recuperar el aliento.

—Está muy cerca de aquí —dijo el periodista señalando hacia lo alto de la colina.

Tras la dificultosa caminata a través de la alta hierba, me alegró ver que había un camino de tierra que conducía hacia la cima.

—Bien —dije—. No tengo mucho tiempo, así que será mejor que nos demos prisa.

—Claro, claro, señor Ryder —dijo el periodista.

El periodista se situó en cabeza y ascendimos por la escarpada y zigzagueante senda. Conseguí seguirle a uno o dos pasos de distancia. Pedro, quizá a causa de la bolsa, quedó enseguida muy a la zaga. Mientras subíamos me sorprendí pensando en Fiona, en cómo le había fallado la noche pasada, y me chocó darme cuenta de que pese a toda la seguridad de la que hasta el momento había hecho gala en aquel viaje, pese a todo lo que hasta el momento había conseguido, mi manera de abordar ciertos asuntos —enjuiciada desde mi nivel de exigencia, al menos— dejaba mucho que desear. Dejando a un lado los trastornos que le había causado a Fiona, resultaba sumamente enojoso el hecho de que, siendo tan inminente la llegada de mis padres, hubiera dejado escapar la oportunidad de discutir sus numerosas y complejas necesidades con las personas a cuyo cuidado iban a ser confiados. A medida que la respiración se me hacía más y más dificultosa, me iba invadiendo un sentimiento de irritación contra Sophie por la confusión que había traído a mis asuntos. Sin duda no era demasiado pedir que en momentos como aquel, tan cruciales en mi vida, tuviera a bien reservarse su caos para sí misma. Las palabras que de pronto habría querido decirle acudieron en tropel a mi cabeza, y si no me hubiera faltado el resuello habría quizá empezado a mascullarlas en voz alta.

Tras doblar tres o cuatro recodos del camino, nos detuvimos para descansar. Alcé la vista y comprobé que disfrutábamos de una amplia vista de la campiña circundante. Los campos se perdían en la distancia sin solución de continuidad. Sólo a lo lejos, en el horizonte, se divisaba algo parecido a un grupo de granjas.

—Una vista espléndida —dijo el periodista, jadeando y apartándose el pelo de la

cara con los dedos—. Es tan estimulante subir hasta aquí arriba. El aire fresco nos vendrá bien para el resto del día. Bien, por agradable que sea esto, será mejor que no perdamos tiempo.

Lanzó una risa festiva, y reanudó la marcha.

Le seguí de cerca, como antes, y Pedro continuó muy rezagado. Entonces, en un momento dado, cuando estábamos subiendo un trecho particularmente empinado, Pedro gritó algo a nuestra espalda. Pensé que nos estaba pidiendo que aminoráramos la marcha, pero el periodista siguió a su ritmo y se limitó a gritarle por encima del hombro:

—¡Qué has dicho!

Oí cómo Pedro se esforzaba lo indecible por ganar unos pasos. Luego le oí gritar:

—Decía que parece que tenemos ya camelado al mierda éste. Creo que acabará haciendo lo que le digamos.

—Bueno —le respondió a gritos el periodista—, hasta ahora ha cooperado, pero uno nunca puede estar seguro con estos tipos. Así que sigue adulándole. Ha subido hasta aquí y parece muy contento. Pero no creo que el muy bobo sepa siquiera la importancia del edificio.

—¿Qué le decimos si pregunta? —gritó Pedro—. Porque seguro que pregunta.

—Cambia de tema. Pídele que cambie de pose. Seguro que cualquier cosa que le digas sobre su aspecto le distraerá del asunto. Si sigue preguntando, al final tendremos que decírselo, pero para entonces le habremos sacado un montón de fotos y el mierda éste ya no podrá hacer nada.

—Me muero de ganas de que termine todo esto —dijo Pedro, respirando aún más dificultosamente—. Dios, me pone la carne de gallina cómo se frota las manos continuamente.

—Casi hemos llegado. Lo hemos hecho a la perfección; no lo estropeemos en el último momento.

—Disculpe —dije, interrumpiéndole—, pero necesito descansar un poco.

—Por supuesto, señor Ryder. Qué falta de delicadeza por mi parte —dijo el periodista, deteniéndose—. Yo soy un corredor de maratón —prosiguió—, así que tengo ventaja. Pero debo decir, señor, que usted parece extraordinariamente en forma. Y para un hombre de su edad... Sé su edad por las notas que tengo aquí, jamás la habría adivinado de otra forma... Bueno, ya ve cómo ha dejado bien atrás al pobre Pedro.

Cuando éste nos alcanzó, el periodista le espetó a gritos:

—Venga, so tortuga... El señor Ryder se ríe de ti.

—No es justo —dijo Pedro, sonriendo—. Tener tanto talento..., y encima estar tan bien dotado para el atletismo. Otros no tenemos tanta suerte.

Permanecimos allí contemplando las vistas, recuperando el aliento. Al cabo el

periodista dijo:

—Estamos ya muy cerca. Sigamos. No hay que olvidar que al señor Ryder le espera un día muy ocupado.

El último tramo del camino era el más arduo de recorrer. Se hacía aún más empinado, y a menudo el suelo se convertía en una pura sucesión de embarrados charcos. El periodista, en cabeza, seguía subiendo a buen ritmo, sin desmayo, aunque ahora me daba cuenta de que avanzaba un tanto encorvado por el esfuerzo. Mientras le seguía con paso tambaleante, volvieron de pronto a mi cabeza las cosas que deseaba decirle a Sophie. «¿Te das cuenta?», me sorprendí murmurando, con los dientes apretados, al ritmo de mis pasos. «¿Te das cuenta?». La frase, por una razón u otra, no llegó a alcanzar desarrollo alguno, pero a cada paso, bien mentalmente o bien en un susurro, fui repitiéndola una y otra vez hasta que las palabras mismas empezaron a atizar mi irritación incipiente.

El camino, finalmente, se hizo más llano y alcancé a ver un edificio blanco en la cima de la colina. El periodista y yo avanzamos hacia él dando traspiés, e instantes después, ya sin resuello, estábamos apoyados contra uno de sus muros. Al poco se nos unió Pedro, jadeando como un poseso. Se derrumbó de costado contra el muro, se dejó caer sobre las rodillas, y por un momento temí que fuera a padecer algún ataque. Pero, incluso resollando y pugnando por recuperar el aliento, se puso a abrir la cremallera de la bolsa. Sacó una cámara, y luego un objetivo. Entonces, al parecer vencido por el esfuerzo, apoyó un brazo contra el muro, hundió la cabeza en el pliegue del codo y atrajo el aire a sus pulmones.

Cuando por fin recuperé el aliento, me aparté unos pasos del edificio para poder verlo en su totalidad. Una ráfaga de viento casi me pegó de nuevo contra el muro, pero al final conseguí situarme en un punto desde el que pude contemplar el alto cilindro de ladrillo blanco, sin ventanas a excepción de una estrecha abertura vertical cerca del ápice. Era como si el torreón de un castillo medieval hubiera sido trasplantado a la cima de aquella colina.

—Cuando esté listo, señor Ryder.

El periodista y Pedro se habían situado a unos diez metros del edificio. Pedro, claramente recuperado, había plantado su trípode y miraba por el visor de la cámara.

—Pegado al muro, si no le importa, señor Ryder —dijo el periodista.

Me acerqué al edificio.

—Señores —dije, alzando la voz para hacerme oír por encima del ruido del viento—. Antes de empezar, me gustaría que me explicaran la naturaleza exacta del escenario que hemos elegido.

—Señor Ryder, por favor —me gritó Pedro, agitando la mano en el aire—. Manténgase junto al muro. Con un brazo apoyado en él, por ejemplo. Así —me mostró, levantando un codo doblado al viento.

Me acerqué más al muro e hice lo que me pedía. Pedro, a continuación, sacó unas cuantas fotografías, ora haciendo ligeros cambios en el emplazamiento del trípode, ora cambiando de lente. Mientras tanto, el periodista permanecía a su lado, mirando por encima de su hombro y conferenciando con él en voz baja.

—Señores —dije al cabo de un rato—, seguro que no está fuera de lugar que les pregunte...

—Señor Ryder, por favor —dijo Pedro, asomando como un resorte por detrás de la cámara—. ¡La corbata!

La corbata se había volado con el viento y se me había encaramado sobre un hombro. Me la coloqué en su sitio, y aproveché la ocasión para componerme el pelo.

—Señor Ryder, por favor —dijo Pedro—. Si pudiéramos sacarle algunas con la mano levantada así... ¡Sí, sí! Como si invitara a alguien a acercarse al edificio. Sí, así, perfecto, perfecto. Pero, por favor, sonría con orgullo. Muy ufano, como si el edificio fuera su propio hijo. Sí, perfecto... Sí, así está magnífico.

Obedecí sus instrucciones lo mejor que pude, aunque las violentas ráfagas me dificultaban la adopción de una expresión afable.

Luego, instantes después, me percaté de la figura que había a mi izquierda. Un hombre con una gabardina oscura, muy cerca del muro, pero en aquel momento yo estaba en medio de una pose y sólo pude vislumbrarlo de soslayo. Pedro seguía gritándome instrucciones a través del viento —que moviera la barbilla unos milímetros hacia un lado, que sonriera más abiertamente...—, y transcurrió cierto tiempo hasta que pude volverme y mirar con libertad al desconocido. Cuando finalmente lo hice, el hombre —alto, delgado y recto como un palo, calvo y de huesudas facciones— vino hacia mí de inmediato. Se mantenía la gabardina apretada contra sí mismo, pero al acercarse me tendió una mano.

—Señor Ryder, ¿cómo está usted? Es un honor conocerle.

—Ah, sí —dije, estudiándole—. Mucho gusto en conocerle, señor...

El hombre con aspecto de palo pareció desconcertado. Y luego dijo:

—Christoff. Soy Christoff.

—Ah, señor Christoff... —Una ráfaga particularmente violenta nos obligó a esforzarnos por mantenernos firmes en el suelo, momento que aproveché para recobrar un poco de la sorpresa—. Ah, sí, señor Christoff. Claro. He oído hablar mucho de usted.

—Señor Ryder —dijo Christoff, inclinándose hacia mí—. Permítame decirle en primer lugar lo agradecido que le estoy por aceptar asistir a este almuerzo. Sabía lo educado que era usted, y por ello no me sorprendió en absoluto que respondiera afirmativamente. Sabía que era usted de ese tipo de personas, y que al menos se avendría a escucharnos. De ese tipo de personas que, de hecho, sentiría vivos deseos de escuchar nuestra versión del asunto. No, no me sorprendió en absoluto, pero le

quedo inmensamente agradecido de todas formas. Bien, ahora... —miró el reloj—, estamos un tanto retrasados, pero no importa. El tráfico no estará muy mal. Por aquí, por favor.

Seguí a Christoff hacia la parte de atrás del edificio blanco. Allí el viento no era tan fuerte, y del muro de ladrillo salía un montón de tuberías que emitían un zumbido grave. Christoff siguió andando hacia el borde de la colina, en dirección a un punto marcado por dos postes de madera. Imaginé que detrás de los postes se abriría una pendiente muy pronunciada, pero al llegar a ellos miré hacia abajo y vi que una larga y deteriorada escalera de piedra descendía vertiginosa por la ladera de la colina. La escalera, abajo, daba a una carretera asfaltada donde divisé la forma de un coche negro que —supuse— nos estaba esperando.

—Después de usted, señor Ryder —dijo Christoff—. Por favor, baje a su ritmo. No hay prisa.

Sin embargo, vi que volvía a mirar el reloj con expresión inquieta.

—Siento que se nos haya hecho tarde —dije—. La sesión fotográfica nos ha llevado más de lo que esperábamos.

—No se preocupe, señor Ryder. Seguro que llegamos a tiempo. Después de usted, haga el favor.

Al iniciar el descenso sentí un poco de vértigo. No había barandilla en ninguno de los lados, y hube de concentrarme intensamente para no dar un mal paso en un escalón y caer rodando por la ladera. Pero, afortunadamente, el viento había amainado y al cabo de unos instantes me vi ganando confianza —no había gran diferencia con el descenso por cualquier otra escalera—, hasta el punto de que de cuando en cuando apartaba por completo la vista de mis pies para echar un vistazo al panorama que se ofrecía ante nuestros ojos.

El cielo seguía encapotado, pero el sol empezaba a abrirse paso a través de las nubes. La carretera en la que esperaba el coche —pude ver ahora— se hallaba sobre una meseta. Más allá de ella la colina continuaba su descenso a través de un vasto arbolado. Más abajo aún, pude ver campos que se extendían en todas direcciones hasta perderse en la lejanía, y, de un modo difuso, sobre el horizonte, la silueta de la ciudad recortada contra el cielo.

Christoff me seguía de cerca. Durante los primeros minutos de descenso, quizá consciente de mi nerviosismo ante lo empinado de la escalera, tuvo a bien no despegar los labios. Pero en cuanto vio que yo bajaba a buen ritmo, suspiró y dijo:

—Esos bosques, señor Ryder... Allá, a su derecha. Son los bosques de Werdenberger. Mucha de la gente más acaudalada de la ciudad tiene un chalet en la zona. Los bosques de Werdenberger son enormemente atractivos. Están a apenas un breve trayecto en coche, y sin embargo te sientes tan lejos de todo cuando estás en ellos... Cuando bajemos por la ladera en el coche, podrá ver los chalets. Algunos

están como colgados en el borde de pequeños precipicios. Las vistas tienen que ser realmente asombrosas. A Rosa le habría encantado tener uno de esos chalets. De hecho teníamos uno en mente; se lo mostraré cuando pasemos por delante. Es uno de los más modestos, pero tan bonito como el que más. El propietario actual apenas lo utiliza; no más de dos o tres semanas al año. Si le hiciera una buena oferta, seguro que la consideraba seriamente. Pero ya no tiene sentido pensar en ello. Todo eso ha terminado.

Calló unos instantes. Luego su voz volvió a sonar a mi espalda.

—No es nada extraordinario. Rosa y yo ni siquiera hemos visto el interior. Pero hemos pasado ante él tantas veces que nos imaginamos perfectamente cómo es. Se asienta sobre un pequeño promontorio, junto a un declive abrupto del terreno: oh, da la sensación de estar suspendido en lo alto del cielo. Ves nubes desde todas las ventanas cuando vas pasando de cuarto a cuarto. Rosa se había enamorado de esa casa. Solíamos pasar por delante de ella muy despacio, y a veces parábamos el coche y nos quedábamos mirándola, imaginando cómo sería por dentro, visualizando las habitaciones una a una. Bien, ya le digo, todo es ya agua pasada. De nada sirve recrearse en ello. En cualquier caso, señor Ryder, usted no nos ha concedido su precioso tiempo para oír esto. Debe perdonarme. Volvamos a asuntos más importantes. Le estamos inmensamente agradecidos por haber accedido a venir a hablar con nosotros. ¡Qué drástico contraste con esa gente, con esos hombres que afirman dirigir esta comunidad! En tres ocasiones diferentes les hemos invitado a asistir a uno de nuestros almuerzos, a venir a discutir los asuntos que nos conciernen, como usted está a punto de hacer en este momento. Pero ellos ni siquiera se han dignado a considerar la idea. ¡Ni un solo segundo! Son demasiado orgullosos. Todos ellos. Von Winterstein, la condesa, Von Braun, todos ellos. Y la razón es que se sienten inseguros. En el fondo de su corazón saben que no entienden nada, y por eso se niegan a tener una discusión como es debido con nosotros. Tres veces les hemos invitado, y las tres veces se han negado rotundamente. Pero de todos modos habría sido un esfuerzo inútil. No habrían entendido ni la mitad de lo que estamos diciendo.

Me quedé de nuevo en silencio. Sentí que debía hacer algún comentario, pero pensé que sólo lograría hacerme oír si le gritaba por encima del hombro, y no estaba dispuesto a arriesgarme a apartar los ojos de los escalones. Durante los minutos que siguieron, pues, continuamos el descenso en silencio, mientras la respiración de Christoff se hacía más y más trabajosa a mi espalda. Al poco le oí decir:

—Diré, si he de ser justo, que la culpa no es suya. Hoy las formas modernas se han hecho muy complejas. Kazan, Mullery, Yoshimoto... Incluso para un músico como yo, hoy se ha vuelto difícil, muy difícil. La gente como Von Winterstein, como la condesa, ¿cómo iban a poder ponerse al día? Son territorios fuera de su alcance. Para ellos se trata sólo de ruido, de un torbellino de extraños compases. Con el paso

de los años quizá se han convencido a sí mismos de que «oyen» algo en esa música, ciertas emociones, cierto sentido. Pero la verdad es que no han encontrado en ella nada en absoluto. Está fuera de su alcance. Jamás llegarán a entender cómo funciona la música moderna. En un tiempo eran Mozart, Bach, Chaikovski... Hasta el hombre de la calle sería capaz de emitir un juicio razonable sobre ese tipo de música. ¡Pero las formas modernas! ¿Cómo podría esa gente, gente sin preparación, provinciana, llegar a entender esas cosas, por mucho sentido del deber para con la comunidad que tuvieran? No, imposible, señor Ryder. No saben distinguir entre una cadencia «interrumpida» y un motivo inconcluso. O entre una armadura de tiempo fracturado y una secuencia de compases de silencio. ¡Y ahora interpretan mal toda la situación! ¡Quieren que las cosas den un giro de ciento ochenta grados! Señor Ryder, si se siente cansado podemos tomarnos un pequeño descanso.

De hecho yo ya me había parado unos segundos, porque un pájaro había revoloteado peligrosamente cerca de mi cara y casi me había hecho perder el equilibrio.

—No, no, estoy bien —le grité, reanudando el descenso.

—Estos escalones están demasiado mugrientos para que nos sentemos. Pero si quiere podemos hacer un alto y descansar de pie.

—No, de verdad, gracias. Estoy bien.

Seguimos bajando en silencio durante unos minutos. Y al cabo Christoff dijo:

—En mis momentos de mayor desapego, hasta me dan pena. No les culpo. Después de todo lo que han hecho, después de todo lo que han dicho de mí, hay veces en que veo la situación objetivamente. Y me digo: no, en realidad no es culpa suya. No es culpa suya que la música se haya hecho tan difícil y complicada. No es razonable esperar que en un lugar como éste haya alguien capaz de comprenderla. Y sin embargo esa gente, esos líderes cívicos han de hacer creer que saben lo que están haciendo. Así que se repiten ciertas cosas a sí mismos, y al cabo de un tiempo empiezan a creerse autoridades. Ya ve, en sitios como éste no hay nadie que les contradiga. Por favor, vaya con cuidado con los siguientes escalones, señor Ryder. Están un poco desmenuzados por las esquinas.

Descendí unos cuantos escalones con sumo cuidado. Luego, cuando volví a mirar hacia adelante, vi que no nos faltaba mucho para llegar abajo.

—Pero habría sido inútil —dijo la voz de Christoff a mi espalda—. Aunque hubieran aceptado nuestra invitación, habría sido inútil. No habrían entendido de la misa la media. Usted, señor Ryder, usted al menos entiende nuestros argumentos. Aunque no lográramos convencerle, usted, estoy seguro, saldría de la reunión con cierto respeto por nuestra postura. Pero, claro, esperamos convencerle. Convencerle de que, con independencia de cuál vaya a ser mi suerte personal, el actual rumbo ha de mantenerse a toda costa. Sí, usted es un músico brillante, uno de los más dotados

hoy en activo en todo el mundo. Pero hasta un experto de su talla necesita aplicar su saber a las condiciones concretas de un lugar determinado. Cada comunidad posee su propia historia, sus propias necesidades concretas. La gente que en breve voy a presentarle, señor Ryder, se cuenta entre los pocos, los muy pocos en esta ciudad que uno podría calificar de intelectuales. Se han tomado la molestia de analizar las particulares condiciones actuales de esta urbe, y, lo que es más, tienen cierta idea, a diferencia de Von Winterstein y otros como él, de cómo «funcionan» las formas modernas. Con su ayuda, y del modo más civilizado y respetuoso, naturalmente, espero persuadirle, señor Ryder, de que modifique su actual postura. Ni que decir tiene que todos los que va a conocer sienten el mayor de los respetos por usted y por todo lo que usted defiende. Pero creemos que, pese a su penetrante perspicacia, es posible que existan ciertos aspectos de la situación de esta ciudad que usted aún no haya captado cabalmente. Bien, ya hemos llegado.

En realidad faltaban aún unos veinte escalones para llegar a la carretera. Christoff permaneció en silencio durante este último tramo. Y yo me sentí aliviado, porque sus últimas manifestaciones habían empezado a molestarme. Su insinuación de que yo más o menos ignoraba la situación de aquella ciudad, de que yo era una de esas personas que sacan conclusiones sin preocuparse por conocer las condiciones locales, se me antojó bastante insultante. Recordé, por ejemplo, cómo la tarde anterior, cuando bien podría haberme tomado un muy merecido descanso en el comfortable atrio del hotel, había salido a la calle a recoger impresiones sobre la ciudad. Cuanto más pensaba en las palabras de Christoff, más irritado me sentía, de modo que cuando llegamos al coche y Christoff me abrió la portezuela del acompañante, subí sin dirigirle apenas la palabra.

—No estamos tan retrasados —dijo él, ocupando el asiento del conductor—. Si el tráfico no está mal, estaremos allí enseguida.

Al oírle decir esto, recordé de pronto mis otras obligaciones de la jornada. Estaba, por ejemplo, Fiona, que en cualquier momento se sentaría a esperarme en su apartamento. La situación, me daba cuenta, iba a requerir cierta firmeza por mi parte.

Puso en marcha el coche y pronto nos vimos descendiendo por una carretera muy inclinada y llena de curvas. Christoff, que parecía conocer muy bien la carretera, tomaba con gran seguridad las cerradas curvas. A medida que descendíamos la carretera se hacía menos empinada y los chalets de los que había hablado — precariamente encaramados en el terreno algunos de ellos— empezaron a aparecer a ambos lados del asfalto. Al final me volví a Christoff y dije:

—Señor Christoff, he esperado con vivo anhelo este almuerzo con usted y sus amigos. Deseaba oír su versión de las cosas. Sin embargo, esta mañana me han surgido varios asuntos por completo inesperados, y en consecuencia me espera una jornada harto atareada. De hecho, ahora mismo...

—Señor Ryder, por favor, no tiene que explicarme nada. Sabíamos desde el principio lo ocupado que iba a estar, así que todos los asistentes al almuerzo, se lo aseguro, se mostrarán enormemente comprensivos al respecto. Si se marcha usted a la hora y media, o incluso a la hora de su llegada, le puedo asegurar que nadie se ofenderá en lo más mínimo. Son gente estupenda, la única en la ciudad capaz de pensar y sentir a tal nivel. Sea cual fuere el resultado de la reunión, señor Ryder, estoy seguro de que le agradará haberles conocido. Aún me acuerdo de cuando muchos de ellos eran jóvenes y vehementes. Son un grupo estupendo. Puedo responder por cada uno de ellos. Supongo que hubo un tiempo en que se consideraron mis protegidos. Me siguen respetando enormemente, pero hoy somos colegas, amigos, o acaso algo más profundo. Estos últimos años nos han unido aún más. Hay unos cuantos, como es lógico, que me han abandonado. Es inevitable. Pero los que han permanecido a mi lado, oh, Dios, lo han hecho de forma inquebrantable. Estoy orgulloso de ellos. Los quiero entrañablemente. Constituyen la esperanza mejor de esta ciudad, pese a que no se les permitirá ejercer la más mínima influencia durante un tiempo. Ah, señor Ryder, enseguida vamos a pasar por el chalet del que le he hablado. Está detrás de esa curva. Aparecerá por su lado.

Calló, y cuando le miré, advertí que se hallaba al borde de las lágrimas. Sentí una oleada de comprensión solidaria, y le dije con voz suave:

—Uno nunca sabe lo que el futuro puede depararle, señor Christoff. Quizá usted y su mujer encuentren un chalet muy parecido a éste algún día. Si no aquí, en otra ciudad.

Christoff sacudió la cabeza.

—Sé que está tratando de ser amable, señor Ryder. Pero de nada sirve ya. Entre Rosa y yo todo ha terminado. Va a dejarme. Lo sé desde hace algún tiempo. De hecho toda la ciudad lo sabe. Seguro que ha oído usted algún cotilleo al respecto.

—Bueno, supongo que sí, que algo he oído...

—Estoy seguro de que circulan montones de habladurías sobre ello... Ahora ya no me importa gran cosa. Lo esencial es que Rosa me dejará muy pronto. No va a tolerar por mucho tiempo seguir casada conmigo después de todo lo que ha pasado. Pero no debe hacerse usted una idea equivocada. Al cabo de los años hemos llegado a amarnos, hemos llegado a amarnos mucho. Pero ¿sabe?, entre nosotros siempre medió un acuerdo, desde el primer día. Ah, ahí lo tiene, señor Ryder. A su derecha. Rosa solía ir sentada donde ahora se sienta usted, y pasábamos ante él muy despacio. Una vez íbamos tan despacio, tan absortos en su contemplación, que por poco chocamos con un vehículo que subía por la colina. Pues sí, siempre tuvimos un acuerdo. Mientras yo gozara del prestigio del que gozaba en esta comunidad, ella podría amarme. Oh, sí, me amaba, me amaba genuinamente. Puedo decirlo con absoluta convicción. Porque verá, señor Ryder, para Rosa nada hay en la vida más

importante que estar casada con alguien con la posición que yo tenía entonces. Tal vez pueda parecerle a usted superficial de su parte. Pero no debe interpretarla mal. A su modo, de la forma en que ella sabía, me amaba profundamente. En cualquier caso, es una necedad pensar que la gente se sigue amando suceda lo que suceda. En el caso de Rosa, bueno, dada su forma de ser, sólo es capaz de amarme en ciertas circunstancias. Y ello no hace su amor por mí menos real.

Christoff, claramente absorto en sus pensamientos, volvió a guardar silencio. La carretera describía una morosa curva, y a través de mi ventanilla pude gozar de una amplia vista del valle. Miré hacia abajo y pude divisar lo que parecía una zona residencial de grandes y lujosas casas, todas ellas en parcelas de unos cinco mil metros cuadrados.

—Estaba recordando —dijo Christoff— la primera vez que vine a esta ciudad, cuán excitados estaban todos. Y cómo Rosa vino hasta mí por vez primera en el Edificio de las Artes. —Volvió a quedarse en silencio, y al poco prosiguió—: ¿Sabe?, en aquel tiempo yo ya no me hacía ideas fantasiosas acerca de mí mismo. Para entonces ya había aceptado el hecho de no ser ningún genio. De estar muy lejos de serlo. Mi carrera no había estado mal, pero habían sucedido una serie de cosas que me habían forzado a ver mis limitaciones. Cuando vine a esta ciudad, mi plan era vivir apaciblemente (disfruto de una pequeña renta) y quizá dar unas clases o algo por el estilo. Pero la gente de aquí parecía apreciar tanto mis pequeños talentos... ¡Se sentía tan feliz de que yo hubiera venido! Y al cabo de un tiempo empecé a pensar. Después de todo, había trabajado duro, muy duro, para tratar de adaptarme a los métodos de la música moderna. Sabía bastante al respecto. Miré a mi alrededor y pensé, bueno, sí, podría aportar algo a esta ciudad. En aquel entonces, estando como estaban las cosas, vi que podía hacer algo por ella. Vi el modo en que podía hacer un bien real. En fin, señor Ryder, al cabo de todos estos años tengo la firme convicción de que mi labor fue verdaderamente valiosa. Lo creo sinceramente. No se trata de que mis protegidos, bueno, debería decir mis colegas, mis *amigos*, a quienes usted conocerá muy pronto, hayan hecho que lo crea. No, lo creo yo, y lo creo firmemente. Hice algo valioso aquí. Pero ya sabe cómo son las cosas. Una ciudad como ésta. Tarde o temprano las cosas empiezan a ir mal en las vidas de la gente. El descontento germina en ellas. Y la soledad. Y la gente como ésta, que no entiende casi nada de música, se dice a sí misma, oh, debemos de haberlo hecho todo mal. Hagamos lo diametralmente contrario. ¡Esas acusaciones que me hacen! Dicen que en mi modo de enfocar la música prima lo mecánico, que ahogo la emoción natural. ¡Cuan poco entienden! Como vamos a demostrarle en breve, señor Ryder, lo único que hice fue introducir un enfoque, un sistema capaz de hacer que gente como ésta pudiera iniciarse de algún modo en autores como Kazan y Mullery. Un mero modo de descubrir sentido y valor en ese tipo de obras. Le aseguro, señor, que cuando llegué a

esta ciudad la gente pedía a gritos exactamente esto. Cierta orden, cierto sistema que ellos pudieran comprender. La gente veía que esa música estaba fuera de su alcance, que sus conocimientos no bastaban. Tenía miedo, sentía que las cosas escapaban a su control. Guardo en mi poder documentos; se lo mostraré todo muy pronto. Entonces verá, sin ningún género de duda, cuán errados están todos en su actual consenso. Muy bien, soy una mediocridad, no lo niego. Pero verá que siempre me he mantenido en el buen camino. Que lo poco que yo hice fue tan sólo un comienzo, una aportación útil. Y que lo que se necesita ahora (espero que lo vea, señor Ryder; si al menos usted lo viera, quizá no todo estaría perdido para esta ciudad), que lo que se necesita ahora es que alguien, alguien con más talento que yo, de acuerdo..., alguien que continúe la labor, que *construya* sobre los cimientos que yo he puesto. Hice una aportación, señor Ryder. Tengo la prueba, y se la mostraré en cuanto lleguemos.

Habíamos entrado en una autopista. La calzada era ancha y recta. Ante ella se abría un vasto espacio de cielo. Frente a nosotros, en la lejanía, vi dos pesados camiones que circulaban por el carril lento. A excepción de ellos, la autopista estaba prácticamente vacía.

—Espero que no piense —dijo Christoff al cabo de unos instantes— que el traerle hoy a este almuerzo sólo es una estratagema para recuperar mi preeminencia en la ciudad. Soy perfectamente consciente de que mi posición personal no admite vuelta atrás. Además, ya no me queda nada que dar. Lo he dado todo, todo lo que tenía; se lo he dado todo a esta ciudad. Quiero marcharme a alguna parte, muy lejos, a algún lugar tranquilo, yo solo, y olvidarme para siempre de la música. Mis protegidos, por supuesto, se quedarán desolados cuando me vaya. Aún no han aceptado la idea. Quieren que me quede y luche. Una palabra mía, y se pondrían manos a la obra, harían todo lo imaginable, incluso ir de puerta en puerta. Les he dicho cómo están las cosas, se lo he explicado con toda franqueza, pero ellos siguen sin aceptarlo. Les resulta tan difícil... Me han venerado durante tanto tiempo... Encontraban sentido a las cosas a través de mí. Se quedarán anonadados. Pero no importa: esto tiene que terminar. Quiero que termine. Todo, hasta Rosa. Cada minuto de nuestro matrimonio ha sido para mí precioso, señor Ryder. Pero saber que ha de acabar, aunque sin saber bien cuándo... Ha sido terrible. Quiero que todo termine ahora mismo. Quiero bien a Rosa. Espero que encuentre a alguien, a alguien de la talla adecuada. Sólo espero que tenga el buen juicio de mirar más allá de esta ciudad. Esta ciudad no puede proporcionarle el perfil humano que ella necesita en un marido. Nadie aquí entiende la música lo bastante. ¡Ah, si yo tuviera su talento, señor Ryder...! Rosa y yo envejeceríamos juntos...

El cielo se había encapotado. El tráfico seguía siendo escaso, y de cuando en cuando teníamos que adelantar a camiones de transporte de larga distancia antes de poder volver a pisar el acelerador. Surgieron densos bosques a ambos lados del

asfalto, que al final dieron paso a vastas extensiones llanas de tierra de labrantío. El cansancio de los últimos días empezó a vencer mi resistencia física, y mientras contemplaba cómo se iba desplegando ante nosotros la autopista me resultaba difícil resistirme al apremio de echar una cabezada. Entonces oí la voz de Christoff que me decía:

—Hemos llegado.

Y abrí los ojos de nuevo.

Habíamos aminorado la marcha y nos acercábamos a un pequeño café —un bungalow blanco— que se alzaba aislado a un lado de la autopista. Era el tipo de lugar que uno imagina frecuentado por camioneros que se detienen un rato para tomarse un bocadillo; cuando Christoff entró en el patio delantero de suelo de grava, sin embargo, no había ningún vehículo aparcado.

—¿Es aquí el almuerzo? —pregunté.

—Sí. Nuestro pequeño círculo lleva reuniéndose aquí años. Verá que todo es muy informal...

Nos bajamos del coche y caminamos hacia el café. Al acercarme pude ver, colgados de la marquesina, unos brillantes carteles de cartón que anunciaban varias ofertas especiales.

—Todo es muy informal —repitió Christoff, abriendo la puerta del local e invitándome a pasar—. Por favor, considérese en su casa.

La decoración interior era bastante básica. Grandes ventanales rodeaban el local; aquí y allá, había pósters con anuncios de refrescos y cacahuets pegados en la pared con celo. Algunos estaban descoloridos por el sol, y uno no era ya sino un rectángulo de un desvaído azul. Incluso ahora, con el cielo nublado, había cierta crudeza en la luz que inundaba el recinto.

Había ocho o nueve hombres sentados a las mesas del fondo. Tenían delante sendos boles humeantes de algo que parecía puré de patatas. Al entrar los había visto comer ávidamente con largas cucharas de madera, pero habían dejado de hacerlo y me miraban con fijeza. Uno o dos hicieron ademán de levantarse, pero Christoff les saludó jovialmente y les hizo una seña con la mano para que siguieran sentados. Luego, volviéndose a mí, dijo:

—Como ve, el almuerzo ha empezado sin nosotros. Pero dada nuestra tardanza, estoy seguro de que no tendrá inconveniente en disculparles. En cuanto a los que faltan, bueno, seguro que no tardarán mucho. En cualquier caso, no deberíamos perder más tiempo. Si hace el favor de acercarse, señor Ryder: voy a presentarle a estos buenos amigos.

Iba a acercarme hacia ellos cuando advertí que un hombre corpulento, con barba y delantal a rayas nos dirigía furtivas señas desde detrás de la barra.

—Muy bien, Gerhard —dijo Christoff, volviéndose al hombre barbudo con un encogimiento de hombros—. Empezaré por ti. Éste es el señor Ryder.

El hombre barbudo me estrechó la mano y dijo:

—Su comida estará lista en un momento, señor. Debe de estar hambriento.

Le susurró a Christoff unas palabras rápidas, mirando mientras lo hacía hacia el fondo del café.

Christoff y yo seguimos la mirada del hombre barbudo. Como si hubiera estado esperando que nuestra atención se fijara en él, un hombre que estaba sentado a solas en el último rincón del local se levantó de su asiento. Era robusto y de pelo gris, de unos cincuenta y tantos años, con camisa y una brillante chaqueta blanca. Empezó a acercarse hacia nosotros y, de pronto, se detuvo en mitad del salón y sonrió a Christoff.

—Henri —dijo, y alzó los brazos en ademán de saludo.

Christoff miró fríamente al hombre, y luego desvió la mirada.

—Aquí no se te ha perdido nada —dijo.

El hombre de la chaqueta blanca pareció no oír lo que Christoff le había dicho.

—He estado observándote, Henri —continuó afablemente, señalando con un gesto el exterior del café—. Te he visto por la ventana cuando venías desde el coche. Sigues andando encorvado. En un tiempo era una especie de pose, pero ahora parece que va en serio. Y no hay por qué, Henri. Las cosas pueden no irte bien, pero no tienes por qué encorvarte.

Christoff continuó dándole la espalda.

—Vamos, Henri. No seas infantil.

—Ya te lo he dicho —dijo Christoff—. No tenemos nada que decirnos.

El hombre de la chaqueta blanca se encogió de hombros y avanzó unos pasos hacia nosotros.

—Señor Ryder —dijo—, en vista de que Henri no tiene ninguna intención de presentarnos, me presentaré yo mismo. Soy el doctor Lubanski. Como ya sabe, Henri y yo fuimos íntimos en un tiempo. Pero ahora, como puede ver, ni siquiera se digna a hablarme.

—No eres bienvenido aquí. —Christoff seguía sin mirarle—. Nadie quiere verte aquí.

—¿Ve, señor Ryder? Henri siempre ha tenido ese lado infantil. Ese lado tan tonto. Yo hace ya tiempo que asumí el hecho de que nuestros caminos se habían bifurcado. Hubo un tiempo en que solíamos sentarnos a charlar durante horas. ¿No es cierto, Henri? Analizábamos esta obra o aquella, discutíamos cada aspecto de una u otra sentados en la Schoppenhaus, con una jarra de cerveza. Aún recuerdo con cariño aquellos días de la Schoppenhaus. A veces desearía incluso no haber tenido el buen juicio de disentir de ti entonces. Poder volver a sentarme contigo esta noche, pasarnos horas hablando y discutiendo de música, de cómo preparas esta o esa pieza. Vivo solo, señor Ryder... Y ya puede imaginarse —rió tímidamente—, la vida puede volverse demasiado solitaria en ocasiones... Y entonces pienso para mí: qué estupendo sería poder sentarse otra vez con Henri para charlar de alguna partitura que estuviera preparando. Hubo un tiempo en que Henri no hacía nada sin consultarme antes. ¿No es cierto, Henri? Vamos, no seas niño... Seamos civilizados, al menos.

—¿Por qué tiene que pasar esto hoy precisamente? —gritó de pronto Christoff—. ¡Nadie te quiere aquí! ¡Todo el mundo está aún furioso contigo! ¡Mira! ¡Compruébalo por ti mismo!

El doctor Lubanski, haciendo caso omiso de este estallido, abordó otra parcela de la memoria relativa a ambos. El meollo de la historia pronto escapó a mi comprensión, y me sorprendí mirando más allá del doctor Lubanski, hacia las personas que contemplaban con nerviosismo la escena desde las mesas del fondo.

Ninguna de ellas parecía tener más de cuarenta años. Tres eran mujeres, y una de ellas, concretamente, me miraba con especial intensidad. Tendría poco más de treinta años, vestía largas ropas negras y llevaba gafas de pequeños y gruesos cristales. Habría seguido estudiando más detenidamente a las demás, pero en ese preciso instante volví a recordar el atareado día que me esperaba, y lo imperioso de mantenerme firme con mis anfitriones si no quería ser retenido en aquel lugar más tiempo del estrictamente necesario.

Cuando el doctor Lubanski hizo una pausa, toqué el brazo de Christoff y le dije con voz suave:

—Me pregunto si los demás tardarán mucho en llegar.

—Bueno... —Christoff paseó la mirada en torno. Y luego dijo—: Parece que por hoy vamos a ser sólo los que estamos...

Me dio la impresión de que esperaba que lo contradijeran. Pero cuando vio que nadie decía nada se volvió a mí con una breve carcajada.

—Una reunión muy reducida... —dijo—. Pero qué más da, tenemos aquí a las mejores mentes de la ciudad, se lo aseguro. Por favor, señor Ryder...

Empezó a presentarme a sus amigos. Uno tras otro, a medida que Christoff fue mencionando los nombres, me sonrieron con nerviosismo y me dedicaron un saludo. Mientras se hacían las presentaciones vi que el doctor Lubanski se dirigía despacio hacia el fondo del café, sin apartar la mirada del grupo en ningún momento. Entonces, cuando Christoff ultimaba ya las presentaciones, soltó una sonora carcajada que hizo que Christoff interrumpiera lo que estaba haciendo y le lanzara una mirada de fría cólera. El doctor Lubanski, que ya se había sentado a su mesa del rincón, soltó otra carcajada y dijo:

—Bien, Henri, veo que sea lo que fuere lo que has perdido en el curso de los años, no has perdido el temple. ¿Vas a repetirle toda la saga Offenbach al señor Ryder? ¿Al señor Ryder?

Sacudió la cabeza.

Christoff siguió mirando con fijeza a su antiguo amigo. Parecía a punto de asomarle a los labios alguna demoledora réplica, pero en el último momento apartó la mirada sin decir nada.

—Échame de aquí si quieres —dijo el doctor Lubanski, volviendo a su puré de

patatas—. Pero empiezo a tener la impresión... —movió en abanico la cuchara de madera—, tengo la impresión de que no a todo el mundo le molesta tanto mi presencia. Podríamos votar. Me marcharé gustosamente si de verdad no quieren que me quede. ¿Qué tal si lo hacemos a mano alzada?

—Si quieres quedarte, me tiene sin cuidado —dijo Christoff—. No me importa en absoluto. Tengo mis hechos. Los tengo aquí. —Levantó una carpeta azul que había sacado de alguna parte y le dio unos golpecitos con la palma—. Yo estoy muy seguro de mis razones. Tú puedes hacer lo que te venga en gana.

El doctor Lubanski volvió los ojos hacia los demás con un encogimiento de hombros que parecía decir: «¿Qué se puede hacer con un hombre como éste?». La mujer de las gafas de cristales gruesos apartó de inmediato la mirada, pero sus compañeros parecían sobremanera confusos, y hubo incluso algunos que le devolvieron una tímida sonrisa.

—Señor Ryder —dijo Christoff—, por favor, tenga a bien sentarse y ponerse cómodo. Gerhard volverá enseguida con su almuerzo. Y ahora... —Dio una palmada, y su voz adoptó el tono de quien se dirige a un gran auditorio—: Señoras y señores, en primer lugar, y en nombre de todos los aquí presentes, debo agradecer al señor Ryder el haber aceptado venir a mantener un debate con nosotros interrumpiendo el normal curso de su estancia en nuestra ciudad, sin duda breve y llena de compromisos...

—No, no has perdido el temple —exclamó el doctor Lubanski desde su rincón—. No te intimida mi presencia; ni siquiera te intimida el señor Ryder. Qué valor el tuyo, Henri...

—No estoy intimidado —replicó Christoff—, ¡porque tengo aquí los hechos! ¡Y los hechos son los hechos! ¡Son la prueba! Sí, hasta el señor Ryder... Sí, señor —se volvió hacia mí—, hasta un hombre de su reputación... ¡Hasta un hombre como usted está obligado a remitirse a los hechos!

—Bien, esto va a ser digno de verse —dijo el doctor Lubanski dirigiéndose a los otros—. Un violoncelista provinciano dando lecciones al señor Ryder. Estupendo. Oigámosle, oigámosle.

Durante uno o dos segundos, Christoff vaciló. Luego, ya con cierto aplomo, abrió la carpeta y dijo:

—Si se me permite, empezaré por un caso concreto que a mi juicio nos conduce al quid de la controversia relativa a las armonías en anillo.

Durante los minutos que siguieron Christoff expuso los antecedentes del caso de cierta familia de negociantes locales. Hojeaba los papeles de la carpeta y de cuando en cuando leía una cita o aportaba un dato estadístico. Parecía presentar el caso de forma bastante competente, pero había algo en su tono —su exposición innecesariamente despaciosa, su modo de explicar las cosas dos o tres veces...— que

me crispó los nervios de inmediato. Y pensé que, ciertamente, el doctor Lubanski tenía un punto de razón. Había algo de ridículo en el hecho de que aquel músico fracasado de provincias pretendiera aleccionarme.

—¿Y a eso lo llamas un hecho? —le interrumpió el doctor Lubanski.

Christoff estaba leyendo un pasaje de las actas de una reunión de cierto comité cívico.

—¡Ja! Los «hechos» de Henri son siempre harto interesantes, ¿no les parece?

—¡Dejadle acabar su exposición! ¡Dejad que Henri le exponga el caso al señor Ryder!

Quien había hablado era un joven mofletudo que llevaba una chaqueta corta de cuero. Christoff le sonrió con ademán aprobador. El doctor Lubanski alzó la mano y dijo:

—De acuerdo, de acuerdo.

—¡Que termine su exposición! —volvió a decir el joven mofletudo—. Luego veremos. Veremos lo que el señor Ryder saca en limpio de todo esto. Y entonces lo sabremos de una vez por todas.

Al parecer Christoff tardó unos cuantos segundos en asimilar las implicaciones de estas últimas palabras. Al principio se quedó paralizado, con la carpeta levantada entre las manos. Luego fue paseando la mirada por las caras de quienes le escuchaban como si las viera por primera vez en la vida. Los ojos de los presentes seguían clavados en él, expectantes. Por espacio de un instante Christoff pareció seriamente «tocado». Al cabo miró hacia otra parte y murmuró, casi para sí mismo:

—Son, en efecto, hechos. He recopilado pruebas. Cualquiera de vosotros puede verlas, examinarlas detenidamente. —Miró en la carpeta que tenía delante—. Estoy resumiendo las pruebas para no extenderme. Eso es todo. —Luego, tras un esfuerzo, pareció recuperar su aplomo—. Señor Ryder —dijo—, si es tan amable de tener un poco de paciencia conmigo..., creo que no tardaré mucho en aclarar cumplidamente las cosas.

Christoff siguió desgranando su argumentación con un punto de tensión en la voz, aunque con un tenor muy parecido al precedente. Mientras seguía hablando, recordé cómo la noche anterior había yo renunciado a unas preciosas horas de sueño a fin de avanzar en mi investigación de las condiciones locales; cómo, pese a mi gran cansancio, había entrado en el cine y había hablado con los líderes ciudadanos sobre los problemas de la ciudad. Las repetidas alusiones de Christoff a mi presunta ignorancia —en aquel preciso instante se embarcaba en una larga digresión encaminada a explicar un punto para mí absolutamente obvio— estaban consiguiendo llevarme poco a poco a la exasperación.

Pero al parecer yo no era el único impaciente. Varios de los presentes se movían incómodos en sus asientos. Advertí que la mujer joven de las gafas de cristales

gruesos desplazaba su mirada airada de la cara de Christoff a la mía, y que —a juzgar por su semblante— varias veces estuvo a punto de interrumpir la perorata. Pero al final fue el hombre de pelo muy corto que estaba sentado a mi espalda quien intervino diciendo:

—Un momento, un momento. Antes de seguir, dejemos algo bien claro. De una vez por todas.

La risa del doctor Lubanski nos llegó de nuevo desde el fondo del café.

—Claude —dijo Christoff—, éste no es momento...

—¡No! Ahora que está aquí el señor Ryder, quiero que la cuestión quede zanjada.

—Claude, no es momento de volver a sacar eso a colación... Estoy exponiendo mis razones para demostrar...

—Quizá sea trivial. Pero dejémoslo zanjado. Señor Ryder, ¿es cierto que las tríadas pigmentadas poseen valores emocionales intrínsecos con independencia del contexto? ¿Es usted de esa opinión?

Sentí que me convertía de súbito en el centro del recinto. Christoff me dirigió una rápida mirada, algo parecido a una súplica mezclada con miedo. Pero a la vista de la sinceridad de la pregunta —y, por descontado, del presuntuoso proceder de Christoff hasta el momento—, no vi razón alguna para no responder con la mayor de las franquezas. Así pues, dije:

—Una tríada pigmentada no posee propiedades emocionales intrínsecas. De hecho, su color emocional puede cambiar significativamente no sólo según el contexto, sino también según el volumen. Es mi opinión personal.

Nadie dijo nada, pero el impacto de mi afirmación era claramente perceptible. Una tras otra, las miradas se volvieron a Christoff, que ahora fingía ensimismarse en su carpeta. Al cabo el hombre llamado Claude dijo con voz apacible:

—Lo sabía. Siempre lo he sabido.

—Pero te convenció de que estabas equivocado —dijo el doctor Lubanski—. Te forzó a creer que estabas equivocado.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando? —clamó Christoff—. Claude, nos has llevado a una cuestión completamente tangencial. Y al señor Ryder no le sobra el tiempo. Hemos de volver al caso Offenbach.

Pero Claude parecía enfrascado en sus pensamientos. Al final se volvió y miró hacia el doctor Lubanski, que asintió con la cabeza y le dirigió una sonrisa grave.

—El señor Ryder dispone de muy poco tiempo —volvió a decir Christoff—. Así que si no os importa, trataré de resumir mis argumentos.

Christoff empezó a exponer los —a su juicio— puntos clave de la tragedia de la familia Offenbach. Había adoptado un aire como de indiferencia, aunque para entonces resultaba ya evidente que se hallaba profundamente trastornado. En cualquier caso, a estas alturas yo ya había dejado de escucharle; su comentario sobre

mi escasez de tiempo disponible, sin embargo, me había hecho recordar de pronto que Boris seguía sentado en aquel pequeño café, esperándome.

Caí en la cuenta de que, desde que lo había dejado allí solo, había transcurrido un lapso de tiempo considerable. Visualicé al pequeño al poco de mi partida, sentado en un rincón del local con su bebida y su pastel, aún lleno de expectación ante la excursión que le esperaba. Podía verlo mirando alegremente hacia los clientes sentados en la soleada terraza, y de cuando en cuando más allá, hacia el tráfico de la calle, al que pronto se incorporaría el camino del antiguo apartamento. Volvería a recordar una vez más el antiguo apartamento, el armario de la esquina de la sala donde —cada día estaba más seguro— había dejado la caja que contenía al Número Nueve. Luego, con el paso de los minutos, las dudas que siempre se habían mantenido al acecho en alguna parte, las dudas que hasta entonces había conseguido mantener bien soterradas, empezarían a reptar hacia la superficie. Pero Boris aún conseguiría seguir un tiempo más sin dejarse vencer por el desánimo. Me habían demorado inesperadamente, eso era todo. O me había ido a alguna parte a comprar algo de comer para la excursión. En cualquier caso, al día aún le quedaban muchas horas por delante. Luego, la camarera escandinava le preguntaría si quería tomar algo más, y al hacerlo delataría cierto tono de preocupación que a Boris no le pasaría inadvertido. Y él intentaría un renovado despliegue de despreocupación, quizá pidiendo bravuconamente otro batido. Pero los minutos seguirían pasando, inexorables. Boris vería que, fuera en la terraza, clientes que habían llegado mucho más tarde que él doblaban el periódico, se levantaban y se marchaban. Vería cómo el cielo se iba nublando, cómo el día avanzaba hacia la tarde. Volvería a pensar en el antiguo apartamento que tanto había amado, en el armario de la sala, en el Número Nueve, y poco a poco, a medida que iba apurando lo que quedaba del pastel de queso, empezaría de nuevo a hacerse a la idea de que una vez más iba a fallarle, de que no íbamos a llevar a cabo la excursión proyectada. Varias voces gritaban a mi alrededor. Un joven de traje verde se había levantado y trataba de llamar la atención de Christoff sobre determinado punto, mientras al menos otros tres agitaban los dedos en el aire tratando de hacer hincapié sobre algo.

—Pero eso no viene a cuento —les decía Christoff a voz en cuello—. Y, en todo caso, es sólo la opinión personal del señor Ryder...

Ello concitó una lluvia de virulentas críticas en su contra; casi todos los presentes querían responder al mismo tiempo. Pero al final Christoff volvió a acallar a gritos la protesta.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Me doy perfecta cuenta de quién es el señor Ryder! ¡Pero las condiciones locales, las condiciones locales! ¡Ésa es otra cuestión! ¡Él aún desconoce nuestras particulares condiciones! Pero yo... Yo tengo aquí...

El resto de su alegato fue ahogado por las protestas de los presentes, pero

Christoff alzó la carpeta por encima de la cabeza y la blandió en el aire.

—¡Qué temple! ¡Qué temple! —gritó el doctor Lubanski desde el fondo del café, y soltó una risotada.

—Con el debido respeto, señor —decía ahora Christoff dirigiéndose a mí directamente—. Con el debido respeto, me sorprende que no muestre más interés por informarse de nuestras condiciones locales. De hecho, estoy *sorprendido*... Estoy *sorprendido* de que, pese a su saber y competencia, se limite simplemente a sacar conclusiones...

Volvió a oírse, más furioso incluso que antes, el coro de protestas.

—Por ejemplo —gritó Christoff por encima del clamor—. Por ejemplo, me sorprendió mucho que permitiera que la prensa..., ¡le fotografiara ante el monumento a Sattler!

Para mi consternación, esto hizo que el clamor cesara de pronto por completo.

—¡Sí! —Era evidente: Christoff estaba encantado con el efecto que había logrado crear en los presentes—. ¡Sí! ¡Yo mismo le he visto! Cuando fui a recogerle hace un rato. Estaba de pie frente al monumento a Sattler. ¡Sonriendo, señalándolo con gestos!

El conmovido silencio continuaba. Algunos de los presentes parecían sentirse violentos, mientras otros —incluida la joven de las gafas de cristales gruesos— me miraban con mirada inquisitiva. Sonreí, y a punto estaba de hacer un comentario al respecto cuando la voz del doctor Lubanski, ahora preñada de autoridad y autodominio, nos llegó desde el fondo del local:

—Si el señor Ryder ha decidido hacer algo así, su gesto sólo puede significar una cosa. Que la magnitud de nuestra desorientación es aún mayor de lo que sospechábamos.

Los ojos de los presentes se volvieron hacia él: el doctor Lubanski avanzó unos pasos hacia el grupo, se detuvo e inclinó la cabeza hacia un lado como si escuchara los sonidos ahogados de la autopista. Y luego prosiguió:

—El mensaje que nos dirige es algo que todos deberíamos tener muy en cuenta. ¡El monumento a Sattler! ¡Claro, tiene razón! ¡No se trata de ningún exceso, no señor! ¡Miraos a vosotros mismos, tratando aún de aferraros a las ideas necias de Henri! Hasta los que hemos comprendido al fin lo que valen, hasta nosotros, digo, hemos seguido mostrándonos complacientes con ellas. ¡El monumento a Sattler! ¡Sí, exacto! Nuestra ciudad se halla en un momento crítico. ¡Crítico!

Resultaba gratificante que el doctor Lubanski hubiera puesto de relieve de inmediato lo absurdo de la denuncia de Christoff, al tiempo que subrayaba el enérgico mensaje que yo había querido transmitir a la ciudad. Mi indignación contra Christoff, con todo, era ahora tan viva que decidí que había llegado el momento de bajarle los humos. Pero los presentes se habían puesto de nuevo a gritar todos a un tiempo. El

hombre llamado Claude golpeaba una y otra vez la mesa con el puño para recalcar determinado punto ante un hombre de pelo entrecano con tirantes y botas embarradas. Al menos cuatro personas, desde diferentes partes del local, gritaban a Christoff. La situación parecía abocada al caos, y se me ocurrió que aquel era un momento tan bueno como el que más para largarme. Pero en el preciso instante en que me estaba levantando, la joven de gafas de cristales gruesos se «materializó» ante mí y dijo:

—Señor Ryder, por favor, vayamos hasta el fondo del asunto. Díganos: ¿tiene razón Henri al sostener que, en la obra de Kazan, no podemos abandonar la dinámica circular a cualquier costa?

No había hablado muy alto, pero su voz poseía la propiedad de resultar penetrante con independencia del volumen. Todos oyeron la pregunta, y el café se sumió al punto en el silencio. Varios de sus compañeros le dirigieron miradas incisivas, pero ella les miró a su vez con ojos duros y desafiantes.

—Sí, quiero preguntárselo —dijo—. Es una oportunidad única. No podemos desperdiciarla. Quiero preguntárselo. Señor Ryder, por favor, respóndanos.

—Pero aquí tengo los hechos... —musitó Christoff en tono mísero—. Aquí mismo. Lo tengo todo...

Nadie le hizo el menor caso. Las miradas volvían a estar fijas en mí. Consciente de que tendría que escoger cuidadosamente mis próximas palabras, me tomé el tiempo necesario. Y al final dije:

—Mi opinión personal es que Kazan nunca se sirve de las limitaciones formalizadas. Ni de la dinámica circular, ni siquiera de la estructura de barras. Lo que sucede es que hay demasiados estratos superpuestos, demasiadas emociones, sobre todo en sus obras últimas.

Sentí, físicamente casi, cómo la marea de respeto se deslizaba hacia mi persona. El hombre de cara mofletuda me miraba con algo cercano al temor reverencial. Una mujer con anorak de color escarlata decía en un susurro: «Eso es, eso es», como si yo acabara de articular algo que ella llevara años intentando formular. El hombre llamado Claude se había levantado y se acercaba a mí asintiendo enérgicamente con la cabeza. El doctor Lubanski asentía también, pero pausadamente, con los ojos cerrados, como diciendo: «Sí, sí, he aquí por fin un hombre que sabe realmente». La joven de las gafas de cristales gruesos había permanecido, absolutamente inmóvil, pero seguía mirándome con atención extrema.

—Entiendo —continué— la tentación de recurrir a tales artificios. Hay un miedo natural a la música que impregna todos los recursos del músico. Pero la respuesta reside sin duda en alzarse hasta el nivel del reto, no en recurrir a limitaciones. Claro que el reto podría ser muy grande, en ese caso la respuesta estaría en dejar en paz a Kazan. Uno jamás debería tratar de hacer de una limitación una virtud.

Al oír esta última observación, muchos de los presentes parecieron no poder

reprimir más sus sentimientos. El hombre del pelo entrecano estalló en vigorosos aplausos, y mientras lo hacía dirigía a Christoff furibundas miradas. Otros le dedicaron a Christoff nuevos gritos, y la mujer del anorak escarlata repetía de nuevo, esta vez en voz más alta: «Eso es, eso es, eso es». Me sentí extrañamente estimulado y, alzando la voz sobre la excitación reinante, continué:

—Esas faltas de valor, según mi experiencia, suelen ir asociadas a otros rasgos muy poco atractivos. Una hostilidad hacia el tono introspectivo, la mayoría de las veces caracterizada por un uso excesivo de la cadencia interrumpida. Una marcada tendencia a casar inútilmente pasajes fragmentados. Y, a un nivel más personal, una megalomanía enmascarada tras unos modos modestos y agradables...

Me vi obligado a interrumpirme, pues ahora todos los presentes lanzaban gritos contra Christoff. Él, por su parte, levantaba la carpeta azul y pasaba las páginas en el aire, gritando:

—¡Los hechos están aquí! ¡Aquí!

—Ni que decir tiene —grité por encima del bullicio— que ése es otro defecto muy común: ¡creer que el guardar algo en una carpeta lo convierte automáticamente en un hecho!

Mi comentario fue recibido por un estallido de risotadas que en el fondo no escondían sino una furia desatada. Entonces la joven de las gafas de cristales gruesos se puso en pie y se acercó a Christoff. Lo hizo con mucha calma, traspasando la barrera espacial en torno al violoncelista que hasta entonces nadie había rebasado.

—Viejo necio —dijo, y de nuevo su voz penetró con claridad meridiana en el centro del clamor—. Nos has arrastrado contigo en tu caída.

Luego, con deliberación, golpeó la mejilla de Christoff con el dorso de la mano.

Se hizo un silencio perplejo. Luego, de pronto, la gente empezó a levantarse de las sillas, a empujarse unos a otros en un claro intento de acercarse a Christoff con el vivo apremio de imitar a la joven de las gafas. Noté que una mano me sacudía el hombro, pero no hice ningún caso porque me tenía sobremanera preocupado lo que estaba sucediendo ante mis ojos.

—¡No, no, ya basta! —El doctor Lubanski se las había arreglado para llegar hasta Christoff antes que nadie, y levantaba las manos para tratar de detener el ominoso avance—. ¡No, dejad en paz a Henri! ¿Qué diablos estáis haciendo? ¡Ya basta!

Probablemente fue la intervención del doctor Lubanski lo que salvó a Christoff de un ataque multitudinario en toda regla. Vi fugazmente el semblante perplejo y aterrado de Christoff, que apenas un instante después desapareció tras el airado grupo que lo cercaba. La mano me sacudía el hombro de nuevo, y me volví y vi al hombre barbudo —recordé que se llamaba Gerhard— ataviado con un delantal y con un humeante bol de puré de patatas en las manos.

—¿Le apetece comer algo, señor Ryder? —preguntó—. Lamento haber tardado

tanto. Pero ya ve, hemos tenido que hacer otro perol.

—Muy amable de su parte —dije—, pero lo cierto es que tengo que irme. He dejado a mi chico solo, y me está esperando. —Luego, llevándole hacia un lado, fuera del alboroto, añadí—: Me pregunto si podrá usted mostrarme cómo llegar a la fachada principal. —Porque, en efecto, acababa de acordarme de que aquel café y el pequeño local donde había dejado a Boris formaban parte del mismo edificio; se trataba de uno de esos establecimientos con varios locales que daban a distintas calles y se hallaban destinados a diferentes tipos de clientes.

El hombre barbudo pareció muy decepcionado por mi negativa a aceptar su comida, pero superó su disgusto y dijo:

—Sí, claro, señor Ryder. Es por aquí, sígame.

Le seguí hasta la parte delantera del local, donde, tras orillar la barra, llegamos a una puerta. El hombre barbudo la abrió y me invitó a pasar. Antes de trasponer el umbral, eché una última mirada hacia atrás y vi al hombre de cara mofletuda subido a una mesa, agitando en el aire la carpeta azul de Christoff. Entre los gritos airados se oía alguna risotada aislada, y la voz del doctor Lubanski seguía implorando en tono un tanto emocionado:

—¡No, Henri ya ha tenido bastante! ¡Por favor, por favor! ¡Ya basta!

Pasé a una espaciosa cocina enteramente alicatada con azulejos blancos. Percibí un fuerte olor a vinagre y vi a una mujer corpulenta inclinada sobre una cocina chisporroteante, pero el hombre barbudo ya había cruzado la cocina y estaba abriendo otra puerta en la pared del fondo.

—Es por aquí, señor —dijo, invitándome a pasar.

La puerta era particularmente alta y estrecha. De hecho era tan estrecha que sólo permitía el paso de un cuerpo ladeado. Además, cuando escruté el otro lado, no vi más que negrura. Tenía que ser por fuerza el armario de las escobas. Pero el hombre barbudo volvió a indicarme con una seña:

—Por favor, tenga cuidado con los escalones, señor Ryder.

Me percaté entonces de que había tres escalones ascendentes —quizá cajas de madera ensambladas unas sobre otras—. Deslicé el cuerpo a través del hueco de la puerta y subí con cuidado un escalón tras otro. Al llegar arriba vi un pequeño rectángulo de luz. Avancé dos pasos, me situé ante él, miré por el rectángulo de cristal y vi una sala llena de sol. Había mesas y sillas, y reconocí el local donde había dejado a Boris horas atrás. Vi a la camarera jovencita y regordeta —me hallaba contemplando la escena desde detrás de la barra—, y al otro lado, en un rincón, a Boris con la mirada perdida y una expresión disgustada. Había terminado el pastel y, ensimismado, pasaba el tenedor por el mantel. Con excepción de una joven pareja sentada junto a la ventana, el interior del café estaba vacío.

Sentí que algo se apretaba contra mi costado: el hombre barbudo se había deslizado hasta situarse a mi espalda, y estaba en cuclillas en la oscuridad con un manojo de llaves en las manos. Instantes después, el tabique entero se abrió y traspasé el umbral y me vi de lleno en el café.

La camarera se volvió a mí y me sonrió. Luego llamó a Boris.

—Mira quién está aquí.

Boris me miró desde su mesa. Tenía la cara larga.

—¿Dónde has estado? —dijo en tono cansino—. Has tardado siglos.

—Lo siento muchísimo, Boris —dije yo. Luego le pregunté a la camarera—: ¿Se ha portado bien?

—Oh, es un cielo. Me ha estado contando lo de la casa donde vivían antes. La urbanización y el lago artificial y todo eso...

—Ah, sí —dije—. El lago artificial. Sí, estábamos a punto de ir de visita...

—¡Pero es que has tardado siglos! —dijo Boris—. ¡Ahora llegaremos tarde!

—Lo siento muchísimo, Boris. Pero no te preocupes, nos queda mucho tiempo. Y el antiguo apartamento no se va a ir de donde está, ¿no te parece? Pero tienes razón, ya tendríamos que estar saliendo. Espérame un momento. —Me volví a la camarera, que había empezado a decirle algo al hombre barbudo—. Perdona, pero me preguntaba si podría decirnos el modo más sencillo de llegar al lago artificial.

—¿Al lago artificial? —La camarera señaló la ventana—. Ese autobús que espera ahí fuera. Les llevará directamente.

Miré hacia donde apuntaba la camarera y vi que enfrente de nosotros, más allá de las sombrillas de la terraza, había un autobús parado junto a la bulliciosa acera.

—Lleva ya esperando bastante tiempo —prosiguió la camarera—. Será mejor que suban. Creo que está a punto de salir.

Le di las gracias y, haciéndole una seña a Boris para que me siguiera, salí al sol de la calle.

Montamos en el autobús en el preciso instante en que el conductor ponía el motor en marcha. Al comprar el billete, vi que el autobús iba lleno, y le comenté con preocupación al conductor:

—Espero que mi chico y yo podamos sentarnos juntos.

—Oh, no se preocupe —dijo el conductor—. Son buena gente. Deje que yo lo arregle.

Se volvió hacia los pasajeros y les gritó algo por encima del hombro. El bullicio, inusitadamente festivo, cesó de inmediato. Y acto seguido los viajeros empezaron a levantarse de sus asientos, haciendo señas con las manos y concertando entre ellos el modo mejor de acomodarnos. Una mujer corpulenta se inclinó sobre el pasillo y gritó: «¡Aquí! ¡Pueden sentarse aquí!», pero otra voz gritó en otro lugar: «Si va con un chiquillo, mejor que se siente aquí. Aquí no se mareará. Yo me correré un poco hacia el señor Hartmann». Ello pareció dar pábulo a otra negociación sobre las opciones existentes.

—¿Lo ve? Son muy buena gente —dijo el conductor en tono alegre—. Aquí los visitantes siempre reciben una calurosa bienvenida. Bien, en cuanto decidan dónde se acomodan nos pondremos en camino.

Boris y yo nos apresuramos hacia donde dos pasajeros, de pie en el pasillo, nos señalaban dos asientos. Le ofrecí a Boris el de la ventana, y me senté en el mío en el momento mismo en que el autobús se ponía en marcha.

Casi inmediatamente después sentí un golpecito en el hombro, y al mirar hacia un lado vi que alguien sentado a mi espalda me tendía una bolsa de caramelos.

—Seguro que al chico le apetece alguno —dijo una voz de hombre.

—Muchas gracias —dije. Luego, dirigiéndome a todo el autobús, añadí—: Muchas gracias. Muchas gracias a todos. Han sido muy amables con nosotros.

—¡Mira! —exclamó Boris, apretándome con fuerza el brazo—. Vamos hacia la autopista del norte...

Antes de que pudiera responder, una mujer de mediana edad apareció a mi lado en el pasillo. Asida al cabezal de mi asiento para no perder el equilibrio, me ofrecía un trozo de pastel en una servilleta de papel.

—A un señor de ahí detrás le ha sobrado esto —dijo—. Y se pregunta si al caballere te podría apetecerle.

Acepté el presente con gratitud, y de nuevo di las gracias a todo el autobús. Entonces, cuando hubo desaparecido la mujer, oí que alguien, unos asientos más allá, decía en voz alta:

—Es grato ver cuán bien se llevan padre e hijo... Helos ahí, de excursión, juntos. No es algo que hoy día podamos ver muy a menudo...

Al oír estas palabras sentí una intensa oleada de orgullo, y miré hacia Boris. Tal vez las había oído él también, porque me dirigió una sonrisa de complicidad algo más explícita que un mero guiño.

—Boris —dije, tendiéndole el trozo de pastel—, qué maravilla de autobús, ¿eh? Ha merecido la pena esperar, ¿no te parece?

Boris volvió a sonreír, pero examinaba detenidamente el pastel y no dijo nada.

—Boris —seguí diciendo—, quería decirte algo. Porque quizá a veces te preguntes... ¿Sabes, Boris?, nunca habría imaginado nada mejor que esto... Quiero decir que me siento muy feliz. Por ti. Porque estamos juntos. —Solté una repentina carcajada—. ¿Te está gustando el paseo en autobús?

Boris, con la boca llena de pastel, asintió con un gesto.

—Me gusta —dijo.

—Yo lo estoy pasando divinamente. Qué gente más encantadora.

Unos cuantos viajeros se pusieron a cantar en los asientos traseros. Me sentía muy relajado, y me hundí más en el asiento. Fuera, el día había vuelto a nublarse. Aún no habíamos salido al extrarradio, pero miré hacia el exterior y pude ver dos letreros sucesivos con la leyenda «Autopista del norte».

—Disculpe —dijo una voz masculina desde un asiento a nuestra espalda—, pero le he oído decir al chófer que iban al lago artificial. Espero que no haga demasiado frío para ustedes. Si lo que buscan es un lugar bonito donde pasar la tarde, les recomendaría que se bajaran unas paradas antes, en los Jardines de María Christina. Hay un estanque con barcas que al chico seguro que le encanta.

Quien había hablado estaba sentado justo detrás de nosotros. Los respaldos eran altos, y por mucho que estiré el cuello con la cabeza vuelta no pude ver bien la cara del hombre. Le agradecí de todas formas la sugerencia —sin duda bienintencionada—, y me puse a explicarle la naturaleza concreta de nuestra visita al lago artificial. No quería entrar en detalles, pero una vez que hube empezado advertí que en la festiva atmósfera reinante había algo que me impelía a seguir hablando. De hecho me complacía bastante el tono que había logrado conferir a mis explicaciones, perfectamente equilibrado entre la seriedad y la chanza. Además, por los delicados murmullos que me llegaban al oído, pude deducir que el hombre me escuchaba atenta y comprensivamente. En cualquier caso, no había transcurrido mucho tiempo cuando me sorprendí hablándole del Número Nueve y de por qué era tan especial para Boris. Y le estaba contando cómo Boris se lo había dejado olvidado en la caja cuando el hombre me interrumpió con una cortés tosecilla.

—Discúlpeme —dijo—, pero una excursión de ese tipo casi seguro que le causa algún pequeño problema. Es completamente natural que así sea. Pero en realidad, si me permite decirlo, tiene sobradas razones para sentirse optimista. —Debía de estar inclinado hacia adelante en el asiento, porque su voz, suave y tranquilizadora, nos

llegaba desde detrás del punto donde el hombro de Boris se unía con el mío—. Estoy seguro de que encontrarán al Número Nueve. Ahora, como es lógico, les preocupa la posibilidad de que no esté. Pueden haber pasado tantas cosas, pensarán. Es natural que lo piensen. Pero por lo que me acaba de contar, seguro que todo sale bien, Claro que cuando llamen a la puerta del apartamento, los nuevos ocupantes puede que no sepan quién es usted, y se mostrarán un tanto recelosos. Pero luego, cuando les haya explicado el asunto, les recibirán de buen grado. Si es la mujer la que abre la puerta, dirá: «¡Oh, por fin! Nos preguntábamos cuándo vendrían». Sí, seguro que dirá eso exactamente. Y se volverá y le gritará a su marido: «¡Es el chico que vivía aquí!». Y entonces el marido saldrá a la puerta, y será un hombre amable, y quizá esté decorando de nuevo el apartamento, y dirá: «Bueno, por fin. Pasen y tomen un té con nosotros». Y les hará pasar a la sala, mientras su mujer desaparece en la cocina a preparar el refrigerio. Y ustedes repararán enseguida en lo mucho que ha cambiado el apartamento desde que vivían en él, y el marido se dará cuenta y al principio se sentirá un poco culpable. Pero luego, cuando usted le haya dejado claro que no se siente en absoluto molesto por los cambios, seguro que empieza a mostrarle todo el apartamento, haciendo hincapié en este cambio, en este otro, y la mayoría de las cosas las ha hecho con sus propias manos y ello le produce un sano orgullo. Y entonces la mujer entrará en la sala con el té y unas pastas que ella misma ha hecho, y todos se sentarán y se lo pasarán en grande, comiendo y bebiendo, y la pareja no parará de hablar de lo mucho que les gusta el apartamento y la urbanización... Mientras tanto, por supuesto, ustedes dos estarán preocupados por el Número Nueve y esperarán el momento adecuado para sacar a colación el propósito de su visita. Pero espero que sean ellos quienes lo saquen antes. Espero que la mujer, por ejemplo, después de charlar y tomar té durante un buen rato, diga: «¿Y hay algo que hayan venido a buscar? ¿Algo que se dejaron al marchar?». Y es entonces cuando podrán mencionar la caja y al Número Nueve. Y entonces ella sin duda dirá: «Oh, sí, guardamos esa caja en un sitio especial. Nos dimos cuenta de que era importante». Y, antes incluso de que haya terminado de decirlo, le habrá hecho una pequeña seña a su marido. Puede que no sea ni una seña: los maridos y las esposas, cuando llevan tantos años de convivencia feliz, como es el caso de este matrimonio, llegan a ser casi telepáticos. Claro que esto no quiere decir que no discutan. Oh, no, puede que discutan a menudo, e incluso que a lo largo de los años hayan pasado períodos de serias disputas. Pero cuando los conozcan verán..., bueno, que en las parejas como ésta las cosas acaban arreglándose y que lo importante es que se sientan felices juntos. Bien, el marido irá a buscar la caja a ese lugar del apartamento donde guardan las cosas importantes, y la traerá, quizá envuelta en papel de seda, y ustedes la abrirán inmediatamente y allí estará el Número Nueve, idéntico a como lo dejó el chico, a la espera de volver a ser pegado a la base. Así que podrán ya cerrar la caja, y la pareja

les ofrecerá más té. Luego, al cabo de un rato, ustedes dirán que tienen que irse, que no quieren seguir abusando de su hospitalidad. Pero la mujer insistirá en que tomen un poco más de pastel. Y el marido querrá enseñarles otra vez el apartamento, para que admiren lo bonito que ha quedado con la nueva decoración. Y al final les dirán adiós desde la puerta, reiterándoles que no se olviden de pasar a verlos cuando vuelvan por la urbanización. Claro que puede que no suceda exactamente así, pero por lo que me ha contado estoy seguro de que, grosso modo, las cosas serán así. De modo que no hay por qué preocuparse, no tienen por qué preocuparse en absoluto... La voz del hombre, casi pegada a mi oído, unida al suave vaivén del autobús al avanzar por la autopista, me producía un efecto enormemente relajante. Había cerrado los ojos poco después de que el hombre hubiera empezado a hablarnos, y ahora, aproximadamente en este punto de su parlamento, me había hundido más en mi asiento y dormitaba placenteramente.

Boris me sacudía por el hombro.

—Tenemos que bajarnos —me estaba diciendo.

Me desperté del todo y caí en la cuenta de que el autobús se había parado y de que no quedaban en él más viajeros que nosotros. El conductor, de pie en la parte delantera, esperaba pacientemente a que nos apeáramos. Nos acercábamos ya hacia él por el pasillo cuando nos dijo:

—Tengan cuidado. Ahí fuera hace mucho frío. Ese lago, en mi opinión, debería vaciarse y rellenarse de tierra. No es más que un fastidio, y cada año se ahogan en él varias personas. Cierto que algunas muertes son suicidios, y que si el lago no estuviera ahí los suicidas elegirían quizá otros métodos más desagradables. Pero en mi opinión el lago debería vaciarse y rellenarse.

—Sí —dije—. Está claro que el lago suscita controversias. Pero yo soy forastero y procuro no entrar en el debate.

—Muy sensato, señor. Bien, que pasen un buen día. —Luego, dirigiéndose a Boris, añadió—: Diviértase, jovencito.

Boris y yo bajamos del autobús y, mientras éste se alejaba, miramos a nuestro alrededor. Estábamos en el borde exterior de una vasta depresión de hormigón. Más allá, en el centro de la depresión, se hallaba el lago artificial, cuya forma arriñonada —a escala gigantesca— evocaba la de esas piscinas que en un tiempo se decía poseían las estrellas de Hollywood. No pude sino admirar el modo en que el lago —el enclave entero, de hecho— proclamaba con orgullo su condición de artificial. No se veía ni un ápice de hierba. Hasta los delgados árboles que salpicaban las pendientes de hormigón se hallaban alojados en macetas de acero y encastrados con precisión en el pavimento. Dominando tal paisaje, rodeándonos por completo, podían verse las incontables e idénticas ventanas de los altos bloques de viviendas... Advertí que las

fachadas de los bloques describían una tenue curva que hacía posible el efecto visual de circularidad sin fisuras propia de los estadios deportivos. Pero, pese a la cantidad de apartamentos —unos cuatrocientos como mínimo, calculé—, apenas se veía gente. Pude divisar unas cuantas figuras que caminaban apresuradamente al otro lado del lago (un hombre con un perro, una mujer con un cochecito de niño), pero se percibía claramente que había algo en el ambiente que hacía que la gente se quedara en casa. Como el conductor del autobús nos había advertido, las condiciones climatológicas no ayudaban mucho a la sociabilidad. Mientras Boris y yo permanecíamos allí de pie, inmóviles, un desapacible viento nos llegó a través del agua del lago.

—Bien, Boris —dije—, será mejor que nos movamos.

El chico parecía haber perdido todo su entusiasmo. Miraba con ojos fijos y vacíos el lago, y no se movía. Me volví y eché a andar hacia el bloque que se alzaba a nuestra espalda, e hice un esfuerzo por imprimir cierta viveza a mi paso, pero entonces recordé que ignoraba la situación exacta de nuestro antiguo apartamento.

—Boris, ¿por qué no me guías tú? —dije—. Vamos, ¿qué te pasa?

Boris suspiró, y se puso a andar. Subí tras él varios tramos de la escalera de hormigón. En un momento dado, cuando torcíamos una esquina para subir el tramo siguiente, dejó escapar un grito, puso el cuerpo rígido y adoptó una postura de artes marciales. Yo me sobresalté, pero enseguida vi que no había otro asaltante que el que Boris quizá estaba imaginando. Y me limité a decir:

—Muy bien, Boris.

A partir de ahí, repitió el grito y la postura de artes marciales ante cada nuevo tramo de escalera. Luego, para alivio mío —empezaba a faltarme el resuello—, llegamos arriba y Boris me precedió por un pasillo. Desde nuestra posición elevada, la forma arriñonada del lago era aún más evidente. El cielo tenía una tonalidad apagada y blanquecina, y aunque el pasillo era cubierto —debía de haber otros dos o tres, simétricos, en las plantas superiores—, se hallaba abierto a ambos costados y las ráfagas de viento nos azotaban con violencia. A nuestra izquierda estaban los apartamentos; una serie de pequeñas escaleras de hormigón unían el pasillo al edificio a modo de pequeños puentes sobre el foso de un castillo. Algunas escaleras ascendían hasta las puertas de los apartamentos, y otras descendían, y a medida que caminábamos por el pasillo yo estudiaba cada puerta, pero cuando al cabo de varios minutos vi que ninguna de ellas suscitaba en mí el más mínimo recuerdo, desistí y me puse a contemplar el lago.

Boris, entretanto, seguía caminando con decisión unos pasos más adelante, y parecía haber recuperado el entusiasmo aventurero. Susurraba cosas para sus adentros, y cuanto más avanzábamos, más intensos se volvían sus susurros. Entonces empezó a brincar mientras caminaba, y a lanzar golpes de karate a diestra y siniestra, y el ruido de sus pies cada vez que tocaban suelo tras un brinco producía un eco en

torno. Pero no gritaba como lo había hecho antes en las escaleras, y dado que hasta entonces no nos habíamos cruzado con nadie en el pasillo, no vi razón alguna para reprimirle.

Al poco se me ocurrió mirar de nuevo hacia el lago, y me sorprendió comprobar que ahora lo estaba mirando desde un ángulo completamente diferente. Sólo entonces conjeturé que el pasillo describía poco a poco un círculo en torno a la urbanización, y que, de seguir así, era perfectamente posible que nuestra andadura se convirtiera en un eterno caminar en círculo. Miré a Boris, que avanzaba deprisa sin dejar de jugar a las artes marciales, y me pregunté si recordaría mejor que yo el camino al apartamento. Y entonces me asaltó el pensamiento de que no había planeado las cosas en absoluto. Debería, cuando menos, haberme tomado la molestia de ponerme en contacto de antemano con los nuevos ocupantes del apartamento. Bien pensado, no veía razón alguna para que esas personas tuvieran especiales deseos de recibirnos y atendernos. El pesimismo en relación con la excursión empezó a minarme el ánimo.

—Boris —llamé al chico—. Espero que estés atento. No quiero que nos pasemos.

Boris me miró sin dejar de susurrar con pasión sus cosas, y luego echó a correr hacia adelante y volvió a ejecutar sus fintas de karate.

De pronto me dio la sensación de que llevábamos andando un tiempo excesivo, y cuando miré hacia el lago vi que como mínimo habíamos dado ya una vuelta completa a su alrededor. Boris, más adelante, seguía con sus ensimismados susurros.

—Oye, espera un momento —le grité—. Boris, espérame.

Boris dejó de caminar, y al acercarme hacia él me dirigió una mirada hosca.

—Boris —dije con voz suave—, ¿estás seguro de que te acuerdas de cómo se va al antiguo apartamento? El chico se encogió de hombros y miró para otra parte. Luego dijo, sin mucha convicción:

—Pues claro que me acuerdo.

—Pero me parece que ya hemos dado una vuelta entera...

Boris volvió a encogerse de hombros. Ahora se hallaba absorto en la contemplación de su zapato, que movía ora hacia un lado ora hacia otro. Por fin dijo:

—¿Crees que habrán guardado como es debido al Número Nueve?

—Supongo que sí, Boris. Estaba en una caja, una caja que parecía muy importante. Las cosas así se guardan aparte. En lo alto de una estantería, por ejemplo. Boris siguió unos segundos mirándose el zapato. Luego dijo:

—Nos hemos pasado. Hemos pasado por delante dos veces.

—¿Qué? ¿Quieres decir que hemos estado dando vueltas y vueltas con este viento helador para nada? ¿Por qué no me lo has dicho, Boris? No te entiendo.

El chico se quedó callado, moviendo el pie de un lado para otro.

—Bien, ¿piensas que debemos retroceder? —le pregunté—. ¿O piensas que debemos dar otra vuelta al lago?

Boris suspiró, y se quedó pensativo unos instantes. Luego volvió a mirarme, y dijo:

—De acuerdo. Está allí atrás. Justo allí atrás.

Volvimos sobre nuestros pasos, y tras un corto recorrido Boris se detuvo ante una de las escaleras y dirigió una rápida mirada a la puerta del apartamento. Entonces, casi de inmediato, giró en redondo y se puso de nuevo a mirarse el zapato.

—Ah, sí —dije, estudiando detenidamente la puerta. La puerta, a decir verdad (era una puerta pintada de azul, sin nada que la distinguiera de las otras), no despertó en mí el más mínimo recuerdo.

Boris miró por encima del hombro hacia el apartamento, y volvió a apartar la mirada, restregando el suelo con la punta del zapato. Permanecí unos segundos al pie de la escalera, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Finalmente dije:

—Boris, ¿por qué no me esperas aquí un momento? Subiré a ver si hay alguien.

El chico seguía restregando el suelo con el pie. Subí la escalera y llamé a la puerta. No hubo respuesta. Llamé por segunda vez, y al ver que nadie respondía pegué la cara al pequeño cuarterón acristalado de la puerta, pero el cristal era esmerilado y no pude ver nada.

—La ventana —dijo Boris a mi espalda—. Mira por la ventana.

Miré hacia mi izquierda y vi una especie de balcón. No era mucho más que un antepecho que corría de un lado a otro de la fachada del edificio, un espacio demasiado estrecho incluso para una silla de respaldo recto. Alargué la mano y me agarré a la barandilla de hierro que lo protegía, me aupé y fui asomando el cuerpo por encima del murete de la escalera hasta que alcancé a atisbar un poco a través de la ventana más próxima. Vi una amplia sala diáfana —de esas que uno dispone según su gusto personal—, con una mesa de comedor pegada a la pared de uno de los lados y un mobiliario bastante moderno.

—¿Ves algo? —preguntó Boris—. ¿Ves la caja?

—Un momento.

Traté de encaramarme más sobre el murete de la escalera, consciente del abismo que se abría bajo mi torso.

—¿La ves?

—Espera un segundo, Boris.

Cuanto más la contemplaba, más familiar me resultaba la sala. El reloj de pared triangular, el sofá de gomaespuma color crema, el mueble con el equipo de alta fidelidad de tres pisos. Los objetos, a medida que ponía la mirada en cada uno de ellos, iban hiriéndome con aceradas punzadas de reconocimiento. Sin embargo, cuando llevaba unos segundos observando la sala, tuve la viva sensación de que la parte del fondo —que con la parte principal formaba una L— no había estado allí en el pasado, que era un anexo muy reciente. Pero a medida que seguía mirando me iba

percatando de que tal anexo también despertaba en mí vivas reminiscencias, y al cabo de unos instantes caí en la cuenta del porqué: se parecía extraordinariamente a la parte posterior del salón de la casa en que habíamos vivido mis padres y yo unos meses cuando nos mudamos a Manchester. La casa, una estrecha vivienda urbana adosada, era húmeda y necesitaba una nueva decoración con urgencia, pero la soportábamos porque sólo íbamos a vivir en ella hasta que el trabajo de mi padre nos permitiera mudarnos a un lugar mejor. Para mí, un chiquillo de nueve años, la casa pronto pasó a representar no sólo un cambio estimulante sino también la expectativa esperanzada de que un capítulo nuevo y más feliz de nuestras vidas se estaba abriendo ante nosotros.

—No van a encontrar a nadie en casa —dijo una voz de hombre a mi espalda.

Me enderecé y vi que el hombre había salido de un apartamento cercano. Estaba de pie en el umbral de la puerta, en lo alto de una escalera paralela a la nuestra. Tenía unos cincuenta años, y facciones duras, como de bulldog. Estaba despeinado, y llevaba una camiseta con una mancha de humedad en la pechera.

—Ah —dije—. El apartamento está vacío, ¿no?

El hombre se encogió de hombros.

—Puede que vuelvan. A mi mujer y a mí no nos gusta tener al lado un apartamento vacío, pero después de todos esos líos, nos sentimos aliviados, puede creerme. No es que seamos gente poco sociable. Pero después de todo lo que ha pasado, preferimos que esté como está: vacío.

—Ah... Lleva ya tiempo vacío... ¿Semanas? ¿Meses?

—Un mes como mínimo. Puede que vuelvan, pero no nos importaría nada que no lo hicieran. La verdad es que a veces me dan pena. No somos gente poco sociable. Pero cuando pasan ciertas cosas, bueno, lo que uno quiere es que se vayan. Preferimos que esté vacío.

—Ya veo. Muchos problemas...

—Oh, sí. A decir verdad, no hubo violencia física. Pero aun así... Cuando les oyes gritar a altas horas de la madrugada y no puedes hacer nada... Era muy desagradable...

—Perdone, pero verá... —Me acerqué un poco hacia él y le indiqué con los ojos que Boris nos estaba escuchando.

—No, a mi mujer no le gustaba ni pizca... —siguió el hombre sin hacerme ningún caso—. Cada vez que empezaban las trifulcas, mi mujer se tapaba la cabeza con la almohada. Una vez hasta en la cocina. Entré y me la encontré cocinando con una almohada alrededor de la cabeza. No, no era agradable. Siempre que nos encontrábamos con el marido, lo veíamos sobrio, con porte respetable. Pero mi mujer estaba convencida de que detrás de todo estaba eso. Ya sabe, la bebida...

—Oiga —le susurré en tono airado, inclinándome sobre el murete de hormigón

que nos separaba—, ¿es que no ve que viene un niño conmigo? ¿Es esa la clase de tema que se puede sacar cuando hay un niño delante?

El hombre miró hacia Boris con expresión de sorpresa. Luego dijo:

—Pues no es tan niño, ¿no cree? No se puede protegerles de todo. De todos modos, si no quiere que hable de eso, de acuerdo, hablemos de otra cosa. Elija un tema, si es que se le ocurre. Yo sólo estaba contándole lo que pasaba. Pero si no quiere hablar de ello...

—¡No, por supuesto que no! Por supuesto que no quiero oír...

—Bueno, no era tan importante. Sólo que, bueno, como es comprensible, yo estaba más de su parte que de la de su mujer. Si hubiera llegado a la violencia física..., bueno, entonces habría sido diferente, pero no hubo nunca evidencia de ello. Así que yo tendía más a culparla a ella. De acuerdo, él pasaba mucho tiempo fuera de casa, pero por lo que sabíamos no le quedaba más remedio, era parte de su trabajo. Y ésa no era razón para... Eso es lo que digo, que no era razón para que ella se comportara de ese modo...

—Oiga, ¿quiere callarse? ¿Es que no tiene usted juicio? ¡El chico! Puede estar escuchando...

—Muy bien, puede que nos esté escuchando. ¿Y qué? Los niños siempre acaban oyendo estas cosas tarde o temprano. Sólo le estaba explicando por qué tendía a ponerme de su lado, y por qué entonces mi mujer sacó lo de la bebida. Pasar mucho tiempo fuera de casa es una cosa, solía decirme, pero beber es otra muy diferente...

—Mire, si sigue por ahí me veré obligado a dar por terminada esta conversación de inmediato. Se lo advierto. Y lo haré.

—No va a poder proteger al chico toda la vida, ¿sabe? ¿Cuántos años tiene? No parece tan niño. Protegerles en exceso no es bueno. Tiene que adaptarse al mundo, aceptarlo con sus virtudes y sus defectos...

—¡Aún no tiene por qué hacerlo! ¡Todavía no! Además, me tiene sin cuidado lo que usted piense. ¿A usted qué le importa? Es mi chico, está a mi cargo, y no voy a tolerar este tipo de charla...

—No entiendo por qué se pone tan furioso. No hago más que conversar. Me limitaba a contarle lo que pensábamos del asunto. No eran mala gente, y no es que nos desagradasen, pero a veces la cosa se pasaba de castaño oscuro. Bueno, supongo que todo suena peor cuando te llega a través de las paredes. Mire, es inútil tratar de ocultar las cosas a un chico de su edad. Tiene usted la batalla perdida. ¿Y de qué sirve...?

—¡Me importa un bledo lo que usted piense! ¡El chico aún puede mantenerse al margen unos cuantos años! Ahora me niego a que oiga ese tipo de cosas...

—No sea usted necio. Las cosas de las que hablo son las que pasan en la vida. Hasta mi mujer y yo hemos tenido nuestros altibajos. Por eso me solidarizaba con él.

Sé lo que se siente, sé lo que es ese primer momento en que de pronto te das cuenta...

—¡Se lo advierto! ¡Voy a dar por terminada esta conversación! ¡Se lo estoy advirtiéndolo!

—Pero yo nunca he bebido. Y eso cambia las cosas. Pasar mucho tiempo fuera de casa es una cosa, pero beber de esa manera...

—¡Es la última vez que se lo advierto! ¡Una palabra más y me voy!

—Cuando estaba borracho era cruel. No físicamente, de acuerdo, pero muchas veces lo oíamos... Era cruel de verdad. No lográbamos oír todas las palabras, pero solíamos quedarnos quietos en la oscuridad, escuchando...

—¡Se acabó! ¡Se acabó! ¡Se lo advertí! ¡Ahora me voy! ¡Me voy!

Le di la espalda y corrí escalones abajo hacia donde estaba Boris. Le cogí por el brazo y empecé a alejarme apresuradamente, pero el hombre se puso a gritar a nuestra espalda:

—¡Está librando una batalla perdida! ¡El chico tiene que enterarse de cómo son las cosas! ¡Es la vida! ¡No hay nada malo en ello! ¡Es la vida real!

Boris miraba hacia atrás con cierta curiosidad, y me vi obligado a tirar de su brazo con más fuerza. Seguimos a paso ligero durante un rato. En más de una ocasión noté que Boris trataba de ir más despacio, pero yo no cedí: estaba ansioso por alejar toda posibilidad de que aquel hombre pudiera ir tras nosotros. Cuando aminoramos el paso y nos paramos, sentí que me faltaba el aire y que apenas podía respirar. Me acerqué, tambaleante, a la pared —una pared pasmosamente baja, poco más alta que mi cintura— y apoyé los codos en ella. Miré el lago, los altos bloques, el pálido y ancho cielo..., y aguardé a que mi pecho dejara de palpar con violencia.

Al poco caí en la cuenta de que Boris se hallaba a mi lado. Me estaba dando la espalda, y hurgaba con un trozo de ladrillo en la parte de arriba de la pared. Empecé a sentir cierto embarazo por lo que acababa de ocurrir, y comprendí que debía darle a Boris alguna explicación. Estaba todavía pensando en algo que decir cuando Boris, aún de espaldas, dijo en un murmullo:

—Ese hombre está loco, ¿no?

—Sí, Boris. Completamente loco. Perturbado.

Boris siguió hurgando en la pared. Luego dijo:

—Ya no importa. Ya no tenemos que recuperar al Número Nueve.

—Si no fuera por ese hombre, Boris...

—No importa. Ya no importa. —Entonces Boris se volvió hacia mí y me sonrió —. Ha sido un día estupendo —dijo en tono animado.

—¿Te estás divirtiendo?

—Ha sido estupendo. El viaje en autobús, todo... Ha sido estupendo.

Sentí el impulso de estrecharlo entre mis brazos, pero temí que mi gesto pudiera causarle desconcierto, o incluso alarma. Al final le despeiné un poco el pelo con la

mano y me volví para seguir mirando el lago y la urbanización.

El viento no soplaba ya con violencia, y permanecimos allí quietos, uno junto a otro, mirando el lago y la urbanización. Al cabo dije:

—Boris, sé que te estarás preguntando... Te preguntarás por qué no nos instalamos en alguna parte y vivimos tranquilamente los tres. Te preguntarás, seguro que te preguntas por qué tengo que estar viajando continuamente, a pesar de que a tu madre le disgusta tanto que lo haga. Bien, tienes que entenderlo: si me paso la vida viajando no es porque no os quiera y no esté deseando estar con vosotros. En parte nada me gustaría más que quedarme en casa contigo y con mamá, y vivir en un apartamento como aquel de allí, o en cualquier otro. Pero las cosas no son tan sencillas. Tengo que seguir haciendo esos viajes porque uno nunca sabe cuándo va a surgirle. Me refiero a ese viaje especial, a ese viaje importante, extraordinariamente importante no sólo para mí sino para todos nosotros, para el mundo entero. Cómo podría explicártelo, Boris..., eres tan joven... ¿Sabes?, sería tan fácil dejarlo pasar y perderlo... Decir un día: no, no voy. Voy a descansar. Para más tarde descubrir que ése era el viaje especial, el extraordinariamente importante. Y, ¿sabes?, una vez que lo has perdido ya no hay vuelta atrás, ya es demasiado tarde. Ya no importa lo mucho que puedas viajar luego, ya no puedes remediarlo, es demasiado tarde, y todos esos años de continuos viajes ya no valen para nada. He visto cómo le ha sucedido esto a otra gente, Boris. Se pasaban años y años viajando y un buen día empezaban a sentir cansancio, o quizá un poco de pereza. Pero es entonces cuando suele surgir la gran oportunidad. Y la pierden. Y, ¿sabes?, lo llegan a lamentar para el resto de sus vidas. Se vuelven resentidos y tristes. Y cuando les llega el momento de la muerte, son una ruina humana. Así que ya sabes, Boris, ésa es la razón. Por eso tengo que seguir con ello de momento, por eso tengo que seguir viajando todo el tiempo. Esto hace las cosas muy difíciles para los tres, me doy perfecta cuenta. Pero tenemos que ser, los tres, fuertes y pacientes. Esta situación no durará mucho más tiempo, estoy seguro. El viaje extraordinario llegará muy pronto, y entonces lo habré conseguido, y podré relajarme y descansar. Podré quedarme en casa todo el tiempo que quiera, ya no importará que lo haga, y podremos divertirnos, los tres juntos. Podremos hacer las cosas que antes no podíamos hacer. No tardará mucho en suceder, estoy seguro, pero tenemos que tener paciencia. Boris, espero que seas capaz de entender lo que te estoy diciendo.

Boris siguió en silencio durante largo rato. Al cabo, se enderezó de pronto y dijo en tono resuelto:

—Marchaos sin armar bulla. Todos vosotros.

Eché a correr unos cuantos metros y volvió a amagar sus golpes de karate.

Seguí unos cuantos minutos apoyado en la pared, mirando el paisaje, escuchando los furiosos susurros que Boris se dirigía a sí mismo. Luego volví a mirarle, y vi que

estaba representando imaginariamente la última versión de una fantasía que venía repitiendo incansablemente durante las últimas semanas. Sin duda el hecho de encontrarse tan cerca de su auténtico escenario había hecho irresistible la perspectiva de volver a representarla en su integridad. Porque en la trama Boris y su abuelo se enfrentaban a una gran banda de maleantes callejeros, y el escenario de la historia era aquel pasillo, justo enfrente del antiguo apartamento.

Seguí mirando cómo se movía tenazmente, ahora a varios metros de distancia, e inferí que llegaba a aquella parte de la trama en que su abuelo y él, hombro con hombro, se aprestaban a repeler una nueva y feroz embestida. Para entonces había ya en el suelo una miríada de cuerpos inconscientes, pero un puñado de los bandidos más pertinaces se estaba reagrupando para lanzar el nuevo ataque. Boris y su abuelo esperaban con calma, codo con codo, mientras los maleantes se susurraban estrategias en la oscuridad del pasillo. En la trama —como en todas las historias de este tipo— Boris era, de un modo impreciso, algo mayor. No un adulto exactamente —lo que haría las cosas un tanto remotas, al tiempo que plantearía complicaciones en relación con la edad del abuelo—, sino alguien con la edad suficiente para hacer creíbles las proezas físicas que la historia requería.

Boris y Gustav dejarían que los maleantes se tomaran todo el tiempo que quisieran para rehacer su formación. Y una vez que les llegara la tromba humana, abuelo y nieto, un equipo perfectamente coordinado, se las verían con eficiencia, casi con tristeza, con los atacantes que les caerían encima por todos lados. Momentos después el ataque habría terminado, pero no..., un último bandido surgiría sigiloso de las sombras blandiendo un ominoso cuchillo. Gustav, que estaría más cerca, le lanzaría un rápido golpe al cuello y la batalla habría terminado definitivamente.

Boris y su abuelo emplearían unos callados minutos en examinar con gravedad los cuerpos esparcidos a su alrededor. Luego Gustav, paseando su experimentada mirada por última vez por el campo de batalla, dirigiría un gesto de asentimiento a su nieto y ambos se alejarían con expresión de quienes han cumplido con su deber pero que no han disfrutado haciéndolo. Subirían la breve escalera hacia la puerta del viejo apartamento, echarían un último vistazo a los derrotados malhechores callejeros —algunos de ellos empezarán a gemir o se arrastrarán por el suelo maltrechos— y Gustav anunciará:

—Todo ha pasado ya. Se han marchado.

Sophie y yo saldríamos nerviosos al recibidor, y Boris entraría detrás de su abuelo y diría:

—La cosa no ha terminado todavía. Atacarán de nuevo. Quizá antes del amanecer.

Tal evaluación de la situación —tan obvia para abuelo y nieto que ni se habían molestado en comentarla entre ellos—, sería acogida por Sophie y por mí con

irreprimible angustia.

—¡No, no puedo soportarlo! —se lamentaría Sophie, y estallaría en sollozos.

Yo la estrecharía entre mis brazos tratando de consolarla, pero mis facciones delatarían palmariamente mi propia angustia. Testigos de tan patético espectáculo, Boris y Gustav no mostrarían ni un ápice de desdén. Gustav me pondría una tranquilizadora mano en el hombro, y diría:

—No te preocupes. Boris y yo estaremos aquí. Y después de este ataque, todo habrá acabado.

—Es cierto —corroboraría Boris—. No aguantarán otra batalla. —Y, volviéndose a su abuelo, añadiría—: Abuelo, antes de que vuelvan a atacar quizá debería tratar de hacerles entrar en razón. Quizá debería darles una última oportunidad.

—No te harán caso —diría Gustav, sacudiendo la cabeza con aire grave—. Pero tienes razón. Deberíamos darles una última oportunidad.

Sophie y yo, muertos de miedo, nos refugiáramos en el fondo del apartamento, abrazados y llorando. Boris y Gustav se mirarían, dejarían escapar un suspiro de cansancio, descorrerían el cerrojo de la puerta y saldrían al exterior.

El pasillo estaría oscuro, en silencio, vacío.

—Tal vez convendría dormir un poco —diría Gustav—. Duerme tú primero, Boris. Te despertaré si les oigo llegar.

Boris asentiría y se sentaría en el escalón de arriba y, con la espalda apoyada contra la puerta, se dormiría enseguida.

Al rato sentiría un golpecito en el hombro y se despertaría inmediatamente y se pondría en pie. El abuelo estaría ya frente a los maleantes callejeros, que se estarían agrupando en el pasillo, a unos metros de ellos. Serían más numerosos que nunca: la última escaramuza les habría llevado a reclutar en los más ocultos rincones de la ciudad hasta al último sicario disponible. Y ahora estarían todos allí, ataviados con sus desgarrados ropajes de cuero, sus guerreras del ejército, sus cinturones bárbaros..., armados con barras metálicas y cadenas de bicicleta... Su particular sentido del honor les habría impedido llevar armas de fuego. Boris y Gustav bajarían despacio la escalera en dirección a ellos, tal vez haciendo una pausa tras descender dos o tres escalones. Boris, entonces, a una señal de su abuelo, empezaría a hablar, y su potente voz resonaría entre los pilares de hormigón:

—Hemos combatido contra vosotros muchas veces. Ahora habéis venido muchos más, ya veo. Pero todos sabéis, en el fondo de vuestro corazón, que no podéis vencernos. Y mi abuelo y yo, en esta ocasión, os advertimos que algunos saldréis seriamente maltrechos. Esta pelea no tiene sentido. Seguro que hubo un día en que tuvisteis un hogar. Madre y padre. Quizá hermanos y hermanas. Quiero que entendáis lo que está pasando. Estos ataques vuestros, vuestro continuo asedio a nuestro apartamento, han hecho que mi madre no pare de llorar ni un momento; está siempre

tensa e irritable, y muchas veces me riñe sin motivo. Y han hecho también que mi padre tenga que salir de viaje durante largas temporadas, a veces al extranjero, y eso a mi madre no le gusta. Ése es el resultado de vuestro hostigamiento. Quizá lo hagáis simplemente porque tenéis el ánimo exaltado, o porque venís de hogares rotos y no sabéis hacer otra cosa. Por eso intento haceros comprender lo que realmente está pasando, las consecuencias reales de vuestra conducta impropia. Lo que puede suceder es que un día mi padre ya no vuelva a casa nunca más. E incluso que tengamos que marcharnos definitivamente del apartamento. Por eso he traído aquí a mi abuelo, apartándole de su importante trabajo de encargado en un gran hotel. No podemos consentir que sigáis haciendo lo que estabais haciendo. Por eso os hemos combatido. Ahora que os he explicado las cosas, tenéis la oportunidad de reflexionar y de retiraros. Si no lo hacéis, a mi abuelo y a mí no nos quedará más remedio que volver a pelear. Haremos lo posible por dejaros inconscientes sin causaros daños duraderos, pero en las grandes peleas ni siquiera nosotros, con toda nuestra pericia, podemos garantizar que nuestros adversarios no acaben con serias magulladuras, e incluso con huesos rotos. Así que aprovechad la oportunidad y retiraros.

Gustav esbozaría una leve sonrisa de aprobación ante el parlamento de su nieto, y luego ambos estudiarían de nuevo las bestiales caras de los pandilleros. Muchos de ellos se estarían mirando unos a otros con semblante indeciso, y reconsiderarían la situación más por miedo que por buen juicio. Pero los líderes —personajes horribles y ceñudos— lanzarían una especie de rugido de guerra que poco a poco iría prendiendo entre sus filas. Y luego se lanzarían al ataque. Boris y su abuelo se aprestarían rápidamente a repeler la agresión: pegarían espalda contra espalda, avanzarían en perfecta formación, emplearían su personal método de lucha, híbrido de karate y otras técnicas marciales. Los maleantes callejeros les caerían encima desde todas direcciones, y saldrían despedidos por el aire, caerían rodando, recularían dando tumbos y lanzando gruñidos de perplejo horror..., hasta que el suelo, una vez más, acabaría cubierto de cuerpos inconscientes. Boris y su abuelo se quedarían quietos, atentos, expectantes por espacio de unos instantes, y al cabo los malhechores empezarían a moverse, y unos gemirían y otros sacudirían la cabeza tratando de averiguar dónde se encontraban. Gustav, entonces, daría un paso hacia adelante y diría:

—Marchaos. Que éste sea el final. Dejad en paz este apartamento. Este hogar fue muy feliz hasta que empezasteis a sembrar el terror en él. Si volvéis, mi nieto y yo no tendremos más remedio que empezar a romper huesos.

Pero este discurso apenas sería necesario. Los pandilleros sabrían que esta vez habían sido derrotados por completo, y que podían considerarse afortunados por no haber salido tan mal parados. Lentamente, empezarían a ponerse en pie con gran trabajo y se alejarían cojeando, apoyándose unos en otros en grupos de dos o de tres,

gimiendo de dolor...

Una vez que los maleantes se hubieran alejado, Boris y Gustav se mirarían con satisfacción callada, se volverían y subirían la escalera hacia el apartamento. Al entrar, Sophie y yo —habríamos contemplado toda la escena desde la ventana— los acogeríamos con júbilo.

—Gracias a Dios que todo ha acabado —diría yo, lleno de excitación—. Gracias a Dios.

—Estoy preparando un banquete para celebrarlo —anunciaría Sophie, radiante de felicidad, con el semblante liberado ya de la tensión de las horas pasadas—. Te estamos tan agradecidos, Boris. A ti y al abuelo. ¿Qué tal si esta noche jugamos a algún juego de mesa?

—Tengo que irme —diría Gustav—. Tengo montones de cosas que hacer en el hotel. Si se presenta otro problema, hacédmelo saber. Pero estoy seguro de que la cosa acaba aquí.

Nos despediríamos de Gustav en la escalera; luego, después de cerrar la puerta, Boris, Sophie y yo nos dispondríamos a pasar juntos la velada. Sophie entraría y saldría de la cocina mientras preparaba la cena, y cantaría en voz baja, para sí misma, y Boris y yo estaríamos tumbados en el suelo de la sala, ensimismados sobre un tablero. Luego, al cabo de quizá una hora de juego, aprovechando un momento en que Sophie estuviera fuera de la sala, miraría de pronto a Boris con expresión grave y le diría en voz baja:

—Gracias por lo que has hecho, Boris. Ahora todo podrá ser como antes. Las cosas podrán volver a ser como antes.

—¡Mira! —me gritó Boris, y entonces vi que de nuevo estaba a mi lado y que señalaba con el dedo hacia más allá de la pared—. ¡Mira! ¡Es tía Kim!

En efecto, en el terreno circular que se extendía abajo una mujer nos hacía señas y trataba frenéticamente de atraer nuestra atención. Llevaba una rebeca verde, que mantenía apretada al cuerpo con las manos, y el pelo le ondeaba a derecha e izquierda, muy desordenado. Al darse cuenta de que por fin la habíamos visto, gritó algo que se perdió en el viento.

—¡Tía Kim! —gritó Boris.

La mujer seguía gesticulando, y volvió a gritar algo.

—Bajemos —dijo Boris, y echó a andar otra vez lleno de entusiasmo.

Seguí a Boris, que bajó corriendo varios tramos de escaleras de hormigón. Cuando llegamos abajo, el viento nos azotó de inmediato con violencia, pero Boris se las arregló incluso para dedicar a la mujer el simulacro de la bamboleante toma de tierra de un paracaidista.

Tía Kim era una mujer robusta, de unos cuarenta años, cuyo rostro un tanto severo se me antojaba decididamente familiar.

—Debéis de estar sordos, los dos —dijo cuando nos acercamos a ella—. Os vimos bajar del autobús y os estuvimos llamando y llamando, y nada... Luego bajé a buscaros y ya no estabais.

—Oh, querida... —dije—. No oímos nada, ¿verdad, Boris? Debe de ser este viento. ¿Así que... —dije echando una mirada a mi alrededor— estabais viéndonos desde tu apartamento?

La mujer robusta apuntó vagamente hacia una de las innumerables ventanas que daban al terreno circular.

—Os estuvimos llamando y llamando... —dijo. Luego, volviéndose a Boris, añadió—: Tu madre está arriba, jovencito. Está *ansiosa* por verte.

—¿Mamá?

—Será mejor que subas inmediatamente. Se muere de ganas de verte. ¿Y sabes qué? Se ha pasado toda la tarde cocinando, preparando el más fantástico de los festines para cuando llegues a casa esta noche. No te lo vas ni a creer: dice que te ha hecho de todo, las cosas que más te gustan, todo lo que puedas imaginarte... Me lo estaba contando y entonces miramos por la ventana y allí estabais... bajando del autobús. Escuchad, me he pasado media hora buscándoos, chicos, estoy helada. ¿Tenemos que quedarnos aquí como pasmarotes?

Había estado tendiendo una mano hacia nosotros. Boris se agarró a ella y los tres nos pusimos a andar en dirección al bloque que había señalado. Cuando estuvimos cerca, Boris se adelantó corriendo, abrió una puerta cortafuegos y desapareció en el interior del edificio. La puerta se estaba cerrando cuando la mujer y yo llegamos; la mujer la mantuvo abierta y me invitó a pasar, y al hacerlo dijo:

—Ryder, ¿no debería estar usted en otra parte? Sophie me ha contado que el teléfono ha estado sonando toda la tarde. Llamadas de gente que quería localizarle.

—¿De veras? Bien, como puede ver, estoy aquí. —Solté una pequeña carcajada—. He traído a Boris.

La mujer se encogió de hombros.

—Supongo que sabe lo que hace.

Estábamos en un espacio pobremente iluminado, al pie de una escalera. En la pared que tenía al lado había una hilera de buzones y unos cuantos utensilios contra incendios. Cuando empezamos a subir el primer tramo de escalera —había, como mínimo, otros cinco—, nos llegó el ruido de los pasos de Boris, que corría arriba, en alguno de los pisos, y luego le oí gritar:

—¡Mamá!

Se oyeron exclamaciones de contento, más ruido de pisadas y la voz de Sophie diciendo:

—¡Oh, mi amor, mi amor...!

Su voz, amortiguada, me hizo pensar que se estaban abrazando, y cuando la mujer

robusta y yo llegamos al rellano ellos ya habían desaparecido en el interior del apartamento.

—Disculpe el desorden —dijo la mujer, invitándome a pasar.

Crucé el recibidor minúsculo y entré en una de esas salas diáfanas que uno dispone a su gusto, amueblada con elementos sencillos y modernos. Un gran ventanal iluminaba la sala, y al entrar vi a Sophie y a Boris juntos, de pie frente a él, recortados a contraluz sobre el cielo gris. Sophie me dirigió una breve sonrisa y siguió hablando con Boris. Parecían entusiasmados con algo, y Sophie no paraba de abrazar a su hijo por los hombros. Por el modo en que señalaban a través del ventanal, pensé que Sophie quizá le estaba contando cómo nos habían visto antes. Pero cuando me acerqué oí que Sophie decía:

—Sí, de veras. Todo está prácticamente preparado. Sólo tendremos que calentar unas cuantas cosas, los pasteles de carne, por ejemplo...

Boris dijo algo que no pude oír, y Sophie le respondió:

—Pues claro que podemos. Podremos jugar a lo que quieras. Cuando terminemos de cenar podrás elegir el juego que quieras.

Boris miró a su madre como dirigiéndole una pregunta muda, y advertí que se había instalado en él cierta cautela que le impedía mostrarse tan entusiasmado como quizá a Sophie le habría gustado verle. Luego Boris se desplazó a otra parte de la sala, y Sophie se acercó a mí y sacudió la cabeza con tristeza.

—Lo siento —dijo en voz baja—. No estaba nada bien. Si me apuras, era peor que la del mes pasado. Las vistas son soberbias; está justo en el borde de un acantilado, pero no es lo bastante sólida. El señor Mayer al final estuvo de acuerdo: el tejado podría venirse abajo en un fuerte vendaval, puede que incluso dentro de unos cuantos años. Volví en cuanto acabé con él, y a las once estaba en casa. Lo siento. Estás desilusionado, lo veo. —Miró hacia Boris, que examinaba detenidamente un radiocasete portátil que había en un estante.

—No hay que desanimarse —dije con un suspiro—. Estoy seguro de que pronto encontraremos algo.

—Pero he estado pensando —dijo Sophie—. Cuando volvía en el autocar.

He estado pensando que no hay razón para que no empecemos a hacer las cosas juntos, con casa o sin casa. Así que en cuanto he llegado me he puesto a cocinar. He pensado que esta noche podíamos celebrar un gran banquete, sólo los tres. Recuerdo cómo mamá solía hacerlo cuando yo era pequeña, antes de su enfermedad. Solía cocinar montones de cosas, pequeños platos diferentes, y los ponía delante de nosotros para que picáramos a nuestro antojo. Eran unas veladas tan maravillosas... Así que he pensado que, bueno, que no veía por qué no podíamos hacer esta noche algo parecido, sólo nosotros, los tres. Antes nunca se me había ocurrido, estando como está la cocina y demás..., pero le he echado un vistazo y me he dado cuenta de

que era una idiota. Muy bien, no es la cocina ideal, pero la mayoría de las cosas funcionan. Así que me he puesto a cocinar y me he pasado la tarde preparando cosas. Y me las he arreglado para hacer de todo un poco. Todas las cosas que más le gustan a Boris. Lo tengo todo allí, esperándonos; sólo hay que calentarlo. Va a ser un gran banquete.

—Estupendo. Me apetece muchísimo.

—No sé por qué no vamos a poder hacerlo, incluso en ese apartamento. Y además tú has sido tan comprensivo con..., con todo. He estado pensando en ello. En el autocar, mientras volvía. Tenemos que dejar el pasado atrás. Tenemos que empezar de nuevo a hacer cosas juntos. Cosas buenas.

—Sí. Tienes toda la razón.

Sophie se quedó mirando por el ventanal unos segundos. Luego dijo:

—Oh, por poco se me olvida. Esa mujer no ha parado de llamar por teléfono. Toda la tarde, mientras yo estaba cocinando. La señorita Stratmann. Para preguntar si sabía dónde estabas. ¿Ha logrado contactar contigo?

—¿La señorita Stratmann? No. ¿Qué quería?

—Al parecer cree que ha habido alguna confusión con alguna de tus citas de hoy. Es muy educada, no hacía más que disculparse por las molestias.

Me ha dicho que estaba segura de que no descuidarías ninguno de tus compromisos, que llamaba sólo para cerciorarse, que eso era todo, que no estaba en absoluto preocupada. Pero al cuarto de hora ya estaba otra vez llamando...

—Bien, no es nada que me preocupe... En fin..., ¿dices que le parecía... que yo tendría que haber estado en otra parte?

—No estoy segura de lo que ha dicho. Era muy amable, pero no hacía más que llamar y llamar por teléfono. La bandeja de pastelillos de pollo se me ha pasado por su culpa. Luego, en la última llamada, me ha preguntado si estaba deseando que llegara el momento. Se refería a la recepción de esta noche en la galería Karwinsky. No me habías hablado de ella, pero lo ha dicho como si contaran también con mi asistencia. Así que he dicho que sí, que estaba deseando ir. Luego me ha preguntado si Boris también quería ir, y le he dicho que sí, que él también, y que también tú, que tú también estabas deseando asistir a esa recepción. Eso, al parecer, la ha tranquilizado. Ha dicho que no estaba preocupada, que se limitaba a mencionarlo, que eso era todo. He colgado y al principio me he sentido un poco decepcionada, pensando que la recepción podía interferir en nuestra fiesta. Pero luego he comprendido que tenía tiempo de dejarlo todo preparado, que podíamos ir y volver pronto a casa, que si no nos entretenían demasiado nada nos impediría celebrar nuestra velada. Y entonces pensé que, bueno, que en realidad era estupendo. Que a Boris y a mí nos vendría de perlas una recepción como ésa. —De pronto se volvió hacia Boris, que cruzaba la sala con parsimonia en dirección a nosotros, y lo abrazó

sin miramientos—. Boris, vas a causar sensación. No te preocupes por la gente. Sé tú mismo y te lo pasarás en grande. Vas a causar sensación. Y antes de que te hayas dado cuenta llegará la hora de volver a casa, y celebraremos nuestra gran velada los tres solos. Lo tengo todo preparado, todos tus platos preferidos...

Boris, con expresión cansina, se zafó del abrazo de su madre y volvió a alejarse. Sophie lo vio marchar con una sonrisa en los labios, y se volvió a mí y me dijo:

—¿No tendríamos que irnos ya? La galería Karwinsky está bastante lejos.

—Sí —dije yo, y miré mi reloj de pulsera—. Sí, tienes razón. —Me volví a la mujer robusta, que había vuelto a la sala, y dije—: Quizá pueda usted aconsejarnos. No sé muy bien qué autobús coger para ir a esa galería. ¿Cree que pasará alguno pronto?

—¿A la galería Karwinsky? —La mujer robusta me dirigió una mirada de desdén, y sólo la presencia de Boris pareció impedir que añadiera algo sarcástico. Luego dijo —: Por aquí no pasa ningún autobús que lleve a la galería Karwinsky. Primero hay que coger un autobús hasta el centro; luego, esperar a un tranvía enfrente de la biblioteca. No hay forma humana de llegar a tiempo.

—Qué lástima. Confiaba en que hubiera un autobús que nos llevara directamente.

La mujer robusta me lanzó otra mirada despectiva, y dijo:

—Coja mi coche. Esta noche no lo necesito.

—Es tremendamente amable de su parte —dije yo—. Pero ¿está segura de que no...?

—Oh, corte el rollo, Ryder. Necesitan el coche. No hay otra forma de llegar a tiempo a la galería Karwinsky. Y aun en coche... tendrán que salir ahora mismo.

—Sí —dije—. Es lo que estaba pensando. Pero escuche, no queremos causarle ninguna molestia...

—Lo que puede hacer es llevarse unas cuantas cajas de libros. Si mañana tengo que ir en autobús, no podré llevarlas yo.

—Sí, claro. Todo lo que podamos ayudar...

—Llévelas a la librería de Hermann Roth por la mañana, antes de las diez.

—No te preocupes, Kim —dijo Sophie antes de que yo pudiera decir nada—. Déjalo a mi cargo. Eres tan buena...

—Bien, muchachos, será mejor que os vayáis. Eh, jovencito —dijo dirigiéndose a Boris—, ¿por qué no me ayudas a llenar las cajas de libros?

Durante los minutos que siguieron permanecí solo ante el ventanal, mirando el lago. Los otros habían entrado en un dormitorio, y les oía charlar y reír a mi espalda. Pensé en ir a ayudarles, pero comprendí que debía aprovechar la ocasión para poner en orden mis pensamientos sobre la velada que me esperaba, y seguí contemplando el lago artificial. Unos niños habían empezado a chutar un balón contra la valla del extremo más lejano del agua, pero salvo ellos no había nadie en todo el perímetro del

lago.

Al final oí que la mujer robusta me llamaba, y caí en la cuenta de que me estaban esperando para marcharnos. Pasé al recibidor y vi que Sophie y Boris, cargados con sendas cajas de cartón, salían ya al pasillo. Cuando empezaron a bajar las escaleras se pusieron a discutir acerca de algo.

La mujer robusta me cedía el paso en la puerta.

—Sophie está decidida a que todo salga bien esta noche —me dijo en voz baja al pasar por su lado—. No le falle otra vez, Ryder.

—No se preocupe —dije yo—. Haré que todo salga bien. Me dirigió una mirada dura, se volvió y empezó a bajar las escaleras haciendo sonar el manajo de llaves.

La seguí. Habíamos bajado ya dos tramos de escaleras cuando vi que una mujer subía hacia nosotros con paso fatigado. La desconocida pasó junto a la mujer robusta y murmuró un «disculpe», y nos habíamos cruzado ya cuando me di cuenta de que se trataba de Fiona Roberts. Seguía con su uniforme de revisora, y ella tampoco pareció reconocerme hasta el último momento —la iluminación era muy pobre—, pero al hacerlo se dio la vuelta cansinamente, con una mano en la barandilla de metal, y dijo:

—Oh, estás ya aquí... Qué bien que hayas sido tan puntual. Siento llegar un poco tarde. Ha habido un cambio de itinerario, un tranvía en la ruta este, y mi turno se ha demorado. Espero que no hayas tenido que aguardar mucho.

—No, no. —Retrocedí uno o dos escalones—. En absoluto. Pero por desgracia mis compromisos son muchos y...

—No te preocupes, esto no nos llevará más de lo estrictamente necesario. De hecho he telefoneado ya a las chicas, como quedamos; les he telefoneado desde la cantina de la estación, durante el descanso. Les he dicho que me esperen, que voy a ir con un amigo, pero no les he dicho que eras tú. Iba a hacerlo, como quedamos, pero a la primera que he llamado ha sido a Trude, y en cuanto le he oído la voz, cómo me ha dicho: «Oh, sí, eres tú, querida...», bueno, he percibido tantas cosas en esa voz, tanta bilis paternalista... He sabido inmediatamente que se ha pasado el día hablando de mí, llamada tras llamada, con Inge y con todas las demás, charlando de la otra noche, todas ellas fingiendo compadecerme, diciéndose que tienen que tratarme con delicadeza y comprensión, porque al fin y al cabo soy como una enferma y su deber es ser amables conmigo. Pero, claro, no podrán seguir aceptándome en el círculo, porque ¿cómo alguien como yo va a poder ser miembro de la Fundación? Dios, se habrán divertido de lo lindo durante todo el día, he podido *oír* todo lo que habrán hablado..., lo he captado en el tono en que ella me ha dicho, nada más coger el teléfono: «Oh, sí, eres tú, querida...». Y he pensado, muy bien, no voy a decirte de quién se trata. Veremos a qué te conduce no creerme. Eso es lo que me he dicho. Me he dicho: espero que te quedes de piedra cuando abras la puerta y veas a quién tienes ahí de pie, a mi lado. Espero que lleves puesta la peor ropa que tienes, el chándal, por

ejemplo, y que no lleves nada de maquillaje y que se te note perfectamente ese bultito junto a la nariz, y que el pelo lo tengas echado hacia atrás con ese peinado que a veces llevas que te hace quince años más vieja... Y ojalá tu apartamento esté hecho una ruina, con los sofás y los sillones llenos de esas estúpidas revistas, esa prensa del corazón, esas novelas rosas que tanto te gustan y que tienes tiradas por los sofás y encima de los muebles, y estarás tan anonadada que no sabrás qué decir, tan avergonzada por todo que lo empeorarás aún más diciendo una memez tras otra. Y nos ofrecerás algo para tomar y luego te darás cuenta de que no tienes de nada, y te sentirás tan estúpida por no haberme creído... Eso será lo que haré, he pensado. Así que no se lo he dicho, no se lo he dicho a ninguna de ellas. Sólo les he dicho que iba a ir con un amigo. —Hizo una pausa y se calmó un poco. Luego dijo—: Lo siento. Espero no haberte sonado a vengativa. Pero llevo esperando esto todo el día. Me ha permitido seguir, controlar todos esos billetes..., me ha mantenido en pie. Los viajeros deben de haberse preguntado por qué me estaba moviendo por el pasillo así, ya sabes, con ese brillo en los ojos... Bueno, si tienes el día tan apretado será mejor que empecemos enseguida. Podemos empezar por Trude. Inge estará con ella, suele estar en su casa a estas horas, así que podemos empezar con ellas y matar dos pájaros de un tiro. Las otras casi no me importan. Me basta con ver la cara que pondrán esas dos... Bueno, vamos allá.

Reanudó la ascensión sin dar la mínima muestra del cansancio de antes. Las escaleras parecían no acabar nunca, los rellanos se sucedían uno tras otro, incesantemente, y al poco me encontré casi sin resuello. Fiona, sin embargo, no parecía esforzarse en absoluto. Mientras subíamos seguía hablando, y había adoptado el tono susurrante de quien teme que los vecinos puedan estar escuchándole.

—No tienes por qué decirles gran cosa —oí que me decía en un momento dado—. Déjales que te adulen unos minutos. Pero, claro, si quieres puedes charlar con ellas del tema de tus padres.

Cuando por fin dejamos la escalera, yo estaba ya tan sin aliento —mi pecho, jadeante, buscaba desesperadamente el aire— que no podía prestar demasiada atención a lo que me rodeaba. Era consciente de que avanzaba por un pasillo en penumbra bordeado de puertas, y de que Fiona, ajena a mis dificultades, me precedía a buena marcha. Luego, sin previo aviso, se detuvo y llamó a una de las puertas. Cuando llegué hasta ella me vi obligado a apoyar una mano sobre el marco de la puerta, y agaché la cabeza en un esfuerzo por recuperar el aliento. La puerta se abrió, y supongo que debí de presentar un aspecto hartamente encogido y lamentable al lado de la triunfante Fiona.

—Trude —dijo Fiona—, he venido con un amigo.

Me erguí con gran esfuerzo y compuse una cortés sonrisa.

Abrió la puerta una mujer de unos cincuenta años, regordeta y de pelo corto blanco. Llevaba un amplio jersey rosa y unos pantalones muy holgados a rayas. Trude me dedicó una breve mirada, y al no apreciar en mí nada de especial se volvió a Fiona y dijo:

—Oh, sí. Bueno, supongo que debo haceros pasar...

La condescendencia era obvia, pero no hizo más que acrecentar la expectación de Fiona, que me dirigió una sonrisa de conspiradora mientras seguíamos a Trude al interior.

—¿Está Inge? —preguntó Fiona cuando pasamos al pequeño recibidor del apartamento.

—Sí, acabamos de llegar —dijo Trude—. Da la casualidad de que tenemos mucho que contar, y como acabas de llamar serás la primera en conocer nuestras nuevas. Tienes suerte.

Pareció decir esto último sin el menor asomo de ironía. Desapareció por una puerta y nos dejó de pie en el diminuto vestíbulo, y al poco pudimos oír su voz en el interior del apartamento:

—Inge, es Fiona. Viene con un amigo. Supongo que deberíamos contarle lo que nos ha pasado esta tarde.

—¿Fiona? —La voz de Inge parecía ligeramente indignada. Luego, con cierta desgana, dijo—: Bueno, supongo que sí, que deberíamos dejar que pasen.

Al oír este breve intercambio, Fiona volvió a sonreírme llena de excitación. Luego Trude asomó la cabeza por el vano de la puerta y nos invitó a pasar al salón.

El salón no era muy diferente en tamaño y forma del de la mujer robusta, aunque la decoración era más recargada y predominaban en ella los motivos florales. Quizá era sólo que el apartamento gozaba de una orientación distinta, o quizá el cielo se había despejando un tanto. El caso era que el sol de la tarde entraba por el gran ventanal y bañaba el recinto, así que cuando avancé y me situé en medio de la luz lo hice con la plena convicción de que las dos mujeres me reconocerían al instante. Y lo mismo debió de pensar Fiona, porque advertí que se mantenía cuidadosamente a un lado para que su presencia no mermara un ápice el impacto. Pero ni Trude ni Inge parecieron darse cuenta de quién era. Me dedicaron una mirada fugaz e indiferente, y Trude nos invitó —con bastante frialdad— a sentarnos. Lo hicimos uno al lado del otro en un sofá estrecho. Fiona, aunque perpleja en un principio, pareció finalmente razonar que aquel sesgo inesperado de la situación no haría sino intensificar, cuando llegara, el momento de la revelación, y me dirigió otra pequeña y regocijada sonrisa.

—¿Se lo cuento yo o quieres contárselo tú? —estaba diciendo Inge.

Trude, delegando la tarea en su más joven amiga, dijo:

—No, cuéntaselo tú, Inge. Te lo mereces. Pero tú, Fiona —siguió, dirigiéndose a nosotros—, no vayas por ahí contándoselo a todo el mundo. Queremos que sea una sorpresa en la reunión de esta noche. Es lo justo. Oh, ¿no te hemos dicho lo de la reunión de esta noche? Bueno, pues ya lo sabes. Puedes venir si tienes tiempo. Aunque, teniendo a tu invitado —hizo un gesto con la cabeza en dirección a mí—, entenderemos perfectamente que no vengas. Pero adelante, Inge, cuéntaselo tú. Te lo mereces, en serio.

—Bien, Fiona, seguro que te interesa. Hemos tenido un día de lo más emocionante. Como sabes, el señor Von Braun nos había invitado hoy a su despacho para discutir con él personalmente lo que teníamos planeado para ocuparnos de los padres del señor Ryder. Oh, ¿no lo sabías? Pensé que todas lo sabíais. Bien, esta noche daremos cuenta detallada de cómo ha ido la entrevista; ahora te adelanto que ha ido de perlas, aunque la verdad es que ha sido un poco corta. Oh, el señor Von Braun lo ha sentido muchísimo, no ha podido lamentarlo más, ¿verdad, Trude? Ha sentido muchísimo tener que ausentarse enseguida, pero cuando hemos sabido la razón, bueno, lo hemos entendido perfectamente. ¿Sabes?, tenían prevista una importante visita al zoo. Ah, Fiona querida, puedes reírte si quieres, pero no se trataba de una visita al zoo normal y corriente. Una delegación oficial, que naturalmente incluía al propio señor Von Braun, iba a llevar al zoo al señor Brodsky. ¿Sabías que el señor Brodsky nunca había estado en el zoo? Pero el asunto estriba en que habían convencido a la señorita Collins para que estuviera allí. ¡Sí, en el zoo! ¿Te imaginas? ¡Después de todos estos años! El señor Brodsky no merece menos, nos hemos apresurado a decir las dos. Sí, la señorita Collins iba a estar allí cuando llegaran: estaría esperando en un lugar convenido, y la delegación oficial se encontraría con ella, y ella charlaría con el señor Brodsky. Todo estaba planeado. ¿Te lo imaginas? ¡Se iban a encontrar e iban a charlar después de todos estos años! Hemos dicho inmediatamente que entendíamos perfectamente que tuviera que acortar la entrevista, pero el señor Von Braun..., bueno, ha estado encantador con nosotras, lo ha lamentado muchísimo, y nos ha dicho: «¿Por qué no vienen ustedes también al zoo? No puedo pedirles que se unan a la delegación oficial, pero quizá les apetezca observar la escena desde cierta distancia...». Le hemos dicho que claro, que nos encantaría. Y es cuando nos ha dicho: «Y, por supuesto, si hacen lo que les propongo no sólo presenciarán el primer encuentro entre el señor Brodsky y su mujer después de todo este tiempo, sino que...». Ha hecho una pausa, ¿no es cierto, Trude?, ha hecho una pausa y ha añadido, como si tal cosa: «... podrán ustedes ver de cerca al señor Ryder, quien ha tenido la suma amabilidad de avenirse a formar parte de la delegación oficial encargada del caso. Y si la ocasión se presentara, aunque esto no puedo garantizárselo, les haría una señal para que se acercaran y les presentaría al señor Ryder». ¡Nos hemos quedado absolutamente petrificadas! Pero, claro, pensando

en ello luego, cuando volvíamos a casa..., lo estábamos comentando hace un momento, si lo piensas bien la cosa no es en realidad tan sorprendente. Después de todo, en los últimos años hemos avanzado un gran trecho, con lo de las banderas para la gente de Pekín y todo el trajín de los sandwiches para el almuerzo de Henri Ledoux...

—El Ballet de Pekín, ése fue el paso decisivo... —intervino Trude.

—Sí, ése fue el paso decisivo. Pero supongo que nunca nos paramos a pensar en ello, que sencillamente nos poníamos manos a la obra, nos entregábamos por entero a lo que hacíamos en cada momento, seguramente sin darnos cuenta de lo mucho que ganábamos día a día en la estima de la gente. Lo cierto es que, con toda sinceridad, hemos llegado a ser una parte muy importante de la vida de esta ciudad. Y ya es hora de que tomemos conciencia de ello. Admitámoslo: por eso el señor Von Braun nos invita personalmente a su despacho, por eso nos propone luego lo que hoy nos ha propuesto. «Y si la ocasión se presentara, les presentaría al señor Ryder». Eso es lo que ha dicho, ¿verdad, Trude? «Sé que el señor Ryder estaría encantado de conocerlas a ambas, máxime cuando van a ocuparse de atender a sus padres, algo de tan suma importancia para él...». Claro que, como siempre hemos dicho, ¿no es cierto, Trude?, si nos ocupábamos de tal cometido teníamos muchas probabilidades de que nos presentaran al señor Ryder. Pero jamás imaginamos que ese momento pudiera llegar tan pronto, así que nos hemos puesto ilusionadas de verdad. Fiona, ¿qué te pasa, querida?

Fiona, a mi lado, se había estado moviendo con impaciencia tratando de interrumpir el torrente verbal de Inge. Entonces, ante la pausa de ésta, me dio un codazo en el brazo y me miró como diciendo: «¡Ahora, éste es el momento!». Por desgracia yo aún no había recuperado totalmente el resuello después de subir todas aquellas escaleras, y ello quizá me hizo vacilar unos instantes. En cualquier caso, fue un momento bastante violento, porque las tres mujeres me estaban mirando fijamente. Al cabo, al ver que no decía nada, Inge prosiguió su relato:

—Bien, si no te importa, Fiona, terminaré lo que estaba diciendo. Seguro que tienes montones de cosas interesantes que contarnos, querida, y tenemos verdaderas ganas de oírlas. Seguro que has tenido otro día enormemente interesante en tus tranvías mientras nosotras estábamos en el centro ocupándonos de lo que te estoy contando, pero si no te importa esperar unos segundos quizá oigas algo extremadamente interesante. Después de todo —añadió, y aquí el sarcasmo de su tono superó a mi juicio la frontera de todo comportamiento civilizado—, se trata de algo relacionado con tu viejo amigo, con tu viejo amigo el señor Ryder...

—¡Inge, qué cosas tienes! —dijo Trude, pero a sus labios asomó una sonrisa, y las dos amigas intercambiaron una solapada y rápida risita.

Fiona volvió a darme un codazo. La miré y comprendí que se había agotado su

paciencia y que deseaba que sus torturadoras recibieran sin tardanza su merecido castigo. Me incliné hacia adelante y me aclaré la garganta, pero antes de que pudiera decir nada Inge había retomado la palabra.

—Bien, lo que decía era que cuando te pones a pensar en ello te das cuenta de que no es sino lo que ahora merecemos, ese nivel de trato. El señor Von Braun opina de ese modo, en cualquier caso. Se portó amable y cortésmente con nosotras todo el tiempo. Y cuando tuvo que irse al ayuntamiento a unirse a la comisión oficial, nos pidió todo tipo de disculpas... «Llegaremos al zoo dentro de una media hora», nos repitió. «Espero que ustedes dos estén allí para entonces». Sería perfectamente aceptable, nos dijo, que nos acercáramos a unos cinco o seis metros del grupo. ¡A fin de cuentas no íbamos a ser unas meras visitantes más en aquel parque zoológico! Oh, perdona, Fiona, no lo habíamos olvidado: íbamos a mencionarle al señor Von Braun que una de nuestro grupo, es decir *tú*, querida, que una de nuestro grupo era buena amiga del señor Ryder, una muy buena amiga de muchos años... Teníamos intención de mencionárselo, te lo aseguro, pero desgraciadamente la cosa no vino a cuento en ningún momento, ¿verdad, Trude?

Las dos mujeres volvieron a intercambiar unas risitas. Fiona las miraba fijamente, llena de una rabia fría. Comprendí que las cosas habían llegado demasiado lejos y decidí intervenir. Sin embargo, se me presentaron de inmediato dos opciones. Una de ellas consistía en llamar la atención sobre mi identidad incorporándome elegantemente al curso de lo que en ese momento estuviera diciendo Inge. Por ejemplo, podía terciar tranquilamente: «Bueno, no hemos tenido el placer de encontrarnos en el zoo, pero ¿qué puede importar eso cuando nos encontramos en la comodidad de su propia casa?». O algo por el estilo. La otra alternativa era levantarme bruscamente, quizá extendiendo los brazos hacia ellas al hacerlo, y declarar categóricamente: «¡Yo soy Ryder!». Deseaba, como es lógico, dar con el modo capaz de causar el mayor impacto posible, pero la vacilación entre ambas opciones me hizo perder de nuevo la ocasión de intervenir, porque Inge había vuelto a su relato de los hechos:

—Llegamos al zoo y nos pusimos a esperar, y, bueno, supongo que esperamos unos veinte minutos, ¿no, Trude? Estuvimos en ese quiosco donde puedes tomarte un café, y al cabo de unos veinte minutos vimos cómo todos esos coches se acercaban a la entrada, y luego cómo se apeaban todas esas personalidades. Eran unos once, todos varones. Estaba el señor Von Winterstein, y el señor Fischer y el señor Hoffman. Y el señor Von Braun, por supuesto. Y, en medio de todos ellos, el señor Brodsky, con un aire de lo más distinguido, ¿verdad, Trude? Nada del aspecto al que nos tenía acostumbrados. Nosotras, claro, buscamos inmediatamente con la mirada al señor Ryder, pero no estaba en el grupo. Trude y yo fuimos mirando cara por cara, pero eran las de siempre, los concejales y demás, ya sabes... Durante un segundo

pensamos que el señor Reitmayer era el señor Ryder, justo cuando se estaba bajando del coche. El caso es que no estaba entre ellos, y nos decíamos la una a la otra que probablemente vendría un poco más tarde, con lo apretado de su agenda y demás... Y allí estaban todos aquellos caballeros subiendo por el camino, todos con abrigo oscuro menos el señor Brodsky, que llevaba uno de color gris, elegante de veras, con su sombrero a juego... Llegaron a la altura de los arcos, todos a paso pausado, y luego a las primeras jaulas. El señor Von Winterstein parecía hacer de anfitrión, y le señalaba las cosas al señor Brodsky, los animales en sus jaulas y demás. Pero estaba claro que nadie prestaba demasiada atención a los animales: de lo que todo el mundo estaba pendiente era del encuentro entre el señor Brodsky y la señorita Collins. Y no pudimos resistir la tentación, ¿verdad, Trude? Nos adelantamos a la comitiva, torcimos la esquina que da a la explanada central y, sí señor, allí estaba la señorita Collins, sola, enfrente de las jirafas, mirándolas. Había unos cuantos visitantes por los alrededores, pero por supuesto nadie tenía la menor idea de nada, y sólo cuando el grupo oficial dio la vuelta a la esquina la gente se dio cuenta de que algo estaba pasando y se apartó respetuosamente, y allí seguía la señorita Collins delante de las jirafas, con aire más solitario que nunca, y vimos cómo miraba hacia la comitiva que se acercaba. Parecía tan en calma..., era imposible saber lo que estaba pasando en su interior. Y el señor Brodsky..., veíamos su expresión, muy envarada, lanzando miradas furtivas a la señorita Collins a pesar de estar aún bastante lejos el uno del otro, a pesar de separarles aún todo el trecho de las jaulas de los monos y los mapaches. El señor Von Winterstein parecía ir presentándole los animales al señor Brodsky; era como si los animales fueran invitados oficiales a un banquete, ¿verdad, Trude? Nosotras no entendíamos por qué aquellos caballeros no podían ir directamente hasta el sitio de las jirafas, donde estaba la señorita Collins, pero estaba claro que era así como lo tenían planeado. Y resultaba tan emocionante, tan conmovedor... Por un momento hasta nos olvidamos de la posibilidad de que apareciese el señor Ryder... Podíamos ver en el aire el aliento del señor Brodsky, que era como una neblina, y también el de los demás miembros de la comitiva, y luego, cuando sólo faltaban unas cuantas jaulas, el señor Brodsky pareció perder todo interés por los animales y se quitó el sombrero. Fue un gesto muy respetuoso, muy de los viejos tiempos. Nos sentimos honradas de estar allí para presenciarlo.

—Dejaba entrever tanto... —intervino Trude—. El modo en que lo hizo... Y luego se lo dejó pegado al pecho. Fue como una declaración de amor y una petición de disculpas al mismo tiempo. Fue muy conmovedor.

—Pero lo estaba contando yo, gracias, Trude. La señorita Collins es tan elegante; desde cierta distancia, nadie adivinaría la edad que tiene. Su figura es tan juvenil. Se volvió hacia él con aire como negligente. Les separaban una o dos jaulas. Para entonces la gente se había retirado por completo, y Trude y yo recordamos lo que nos

había dicho el señor Von Braun acerca de los cinco o seis metros, y nos acercamos todo lo que nos pareció prudente, pero el momento parecía tan íntimo que no nos atrevimos a acercarnos mucho. Al principio se dirigieron una inclinación de cabeza e intercambiaron algún tipo de saludo normal y corriente. Luego el señor Brodsky dio de pronto unos pasos hacia adelante y tendió la mano, muy rápidamente..., como si lo tuviera planeado de antemano, dice Trude...

—Sí, como si llevara ensayándolo varios días a solas...

—Sí, algo así. Estoy de acuerdo. Fue algo así. Alargó la mano y cogió la de la señorita Collins y se la besó muy suave, muy cortésmente, y acto seguido se la soltó. Y la señorita Collins inclinó graciosamente la cabeza, e inmediatamente después dirigió la atención hacia los otros caballeros, los saludó, les sonrió..., pero nosotras estábamos demasiado lejos para poder oír lo que decían. Así que allí permanecieron todos juntos, y durante unos segundos nadie parecía saber qué hacer a continuación. Entonces el señor Von Winterstein tomó la iniciativa y empezó a explicarles algo sobre las jirafas al señor Brodsky y a la señorita Collins, dirigiéndose a ellos como si fueran una pareja, ¿no es así, Trude? Como si se tratara de una vieja y bien avenida pareja que hubiera llegado junta al zoo. Allí estaban, pues, el señor Brodsky y la señorita Collins después de todos estos años, de pie uno al lado del otro, sin tocarse, pero juntos, muy cerca, mirando las jirafas, escuchando al señor Von Winterstein. Se quedaron así durante unos minutos, y los demás miembros de la comitiva susurraban cosas entre ellos, preguntándose lo que sucedería a continuación. Luego, poco a poco, de forma prácticamente imperceptible, los caballeros del grupo se fueron apartando hacia atrás en grupitos; lo hicieron muy bien, muy *civilizadamente*, fingiendo charlar unos con otros mientras se iban retirando gradualmente, hasta que al final no quedaron frente a las jirafas más que el señor Brodsky y la señorita Collins. Nosotras, por supuesto, lo observábamos todo sin perder detalle, y seguro que todo el mundo hacía lo mismo por mucho que fingieran no estar mirando. Y vimos cómo el señor Brodsky se volvía gentilmente hacia la señorita Collins, alzaba una mano en dirección a la jaula de las jirafas y decía algo. Debió de ser algo muy sentido, porque la señorita Collins inclinó la cabeza levemente..., no podía permanecer indiferente..., y el señor Brodsky siguió hablando, y de cuando en cuando veíamos cómo volvía a alzar la mano, así, con mucha suavidad, en dirección a las jirafas. No podíamos saber si hablaba de las jirafas o de otra cosa, pero él seguía levantando la mano en dirección a la jaula. La señorita Collins parecía como anonadada, pero es una dama tan elegante; se ponía derecha y sonreía, y luego los dos echaron a andar hacia donde los demás miembros de la comitiva estaban charlando. Y vimos cómo la señorita Collins intercambiaba unas palabras con los otros caballeros, cortés y gratamente, y pareció mantener una charla bastante larga con el señor Fischer, y luego empezó a despedirse de ellos, uno a uno. Y al señor Brodsky le dedicó una pequeña inclinación de cabeza,

y era evidente lo encantado que estaba el señor Brodsky con todo aquello. Estaba allí de pie en una especie de ensueño, con el sombrero pegado al pecho. Y ella se fue alejando por el camino en dirección al quiosco de los refrescos, y dejó atrás la fuente y se perdió de vista a la altura del cercado del oso polar. Y en cuanto se hubo marchado, los caballeros parecieron dejar su anterior disimulo y rodearon todos al señor Brodsky, y veías que estaban contentos y emocionados y que parecían felicitar al señor Brodsky. ¡Oh, nos habría encantado saber lo que el señor Brodsky le ha dicho a la señorita Collins! Quizá deberíamos haber sido más atrevidas y habernos acercado unos pasos más, al menos habríamos podido captar alguna palabra suelta. Pero, en fin, ahora que gozamos de cierto prestigio debemos ser más cuidadosas. En cualquier caso, ha sido maravilloso. Y esos árboles del zoo, están tan hermosos en esta época del año... Me pregunto qué se habrán dicho el uno al otro. Trude piensa que ahora volverán a juntarse. ¿Sabías que nunca llegaron a divorciarse? ¿No es curioso? Todos estos años..., y a pesar de lo mucho que insistía la señorita Collins en que la llamaran señorita Collins, nunca se han divorciado. El señor Brodsky merece recuperar a esa mujer. Oh, pero perdona, ¡con toda esta excitación ni siquiera te hemos contado lo más importante! ¡Lo del señor Ryder! Verás, como el señor Ryder no estaba en el grupo oficial no nos pareció conveniente acercarnos, ni siquiera después de marcharse la señorita Collins. El señor Von Braun había sugerido que nos acercáramos al grupo con la finalidad concreta de conocer al señor Ryder. En cualquier caso, y aunque observamos atentamente al señor Von Braun y a veces estuvimos bastante cerca del grupo, él no llegó a mirarnos en ningún momento, probablemente porque estaba demasiado ocupado en el señor Brodsky. Así que no nos acercamos. Pero luego, cuando se estaban marchando, estábamos mirando cómo salían por la puerta y vimos que alguien se unía a ellos, un hombre, pero estaban ya tan lejos que no pudimos ver la escena con claridad. Pero Trude está segura de que era el señor Ryder; su vista de lejos es mucho mejor que la mía, y además yo no llevaba las gafas. Pero Trude está segura, ¿verdad, Trude? Está segura de que era él, de que es un hombre con tanto tacto que quiso mantenerse al margen para no hacerles las cosas más difíciles al señor Brodsky y la señorita Collins, y de que volvía a reunirse con el grupo a la salida. Yo al principio pensé que era el señor Braunthal, pero no llevaba las gafas y Trude estaba segura de que era el señor Ryder. Y luego, cuando volví a pensar en ello, también yo tuve la impresión de que sí era el señor Ryder. ¡Así que hemos perdido la oportunidad de que nos presentaran al señor Ryder! Para entonces estaban ya tan lejos, ¿sabes?, en la verja de la entrada, y los chóferes tenían ya abiertas las puertas de los coches... Ni aunque hubiéramos corrido hacia ellos habríamos llegado a tiempo. Así que, en sentido estricto, no hemos conocido al señor Ryder. Pero Trude y yo hemos estado hablando del tema y nos hemos dicho que, en casi todos los demás sentidos, o sea, en los sentidos que realmente importan,

es justo decir que hoy hemos conocido al señor Ryder. Porque al fin y al cabo, si hubiera estado con la comitiva, entonces, allí, frente a la jaula de las jirafas, después de marcharse la señorita Collins, el señor Von Braun nos habría presentado. No se nos puede culpar de no haber adivinado que el señor Ryder iba a tener el tacto de quedarse junto a la verja de la entrada. Pero, bueno, el caso es que, fuera de toda duda, habría sido perfectamente apropiado el que nos lo hubiera presentado. Eso es lo importante. El propio señor Von Braun lo pensaba: ahora que ocupamos la posición social que ocupamos, habría sido perfectamente apropiado. Y, ¿sabes, Trude...? —se volvió hacia su amiga—, ahora que pienso detenidamente en ello, estoy de acuerdo contigo: en la reunión de esta noche podemos anunciar que lo hemos conocido. Como bien dices, está más cerca de la verdad que decir que no lo hemos conocido. Y como habrá tantas cosas que tratar en la reunión de esta noche, sencillamente no tendremos tiempo de explicar de nuevo toda la historia. Después de todo, no ha sido más que un capricho del destino lo que ha impedido que fuéramos formalmente presentadas al señor Ryder. Eso es todo. Prácticamente lo hemos conocido. Sin duda oír hablar de nosotras; seguro que querrá informarse detalladamente, si no lo ha hecho ya, de todo lo relacionado con quienes van a cuidar de sus padres. Así que es como si lo hubiéramos conocido, y, como bien dices, sería injusto que la gente pensara lo contrario. Oh, pero por favor, perdóname —dijo Inge, volviéndose hacia Fiona—, había olvidado que estaba hablando con una *vieja amiga* del señor Ryder... Todo esto debe de antojársele mucho alboroto por nada a una *vieja amiga* del señor Ryder...

—Inge... —dijo Trude—, pobre Fiona, ¿no ves que está muy aturdida? No le tomes el pelo. —Luego, sonriendo a Fiona, añadió—: Ya está, querida, no te preocupes.

Mientras Trude estaba diciendo esto, se agolparon en mi mente los recuerdos de la cálida amistad que nos había unido a Fiona y a mí de niños. Recordé la pequeña casita blanca donde ella había vivido, a sólo un paseo a pie por aquel camino embarrado de Worcestershire; recordé cómo nos pasábamos horas y horas jugando bajo la mesa del comedor de la casa de sus padres. Recordé las veces que yo había recorrido aquel camino hacia la casita blanca, disgustado y confuso, y cómo me consolaba ella y me hacía olvidar cualquier problema que acabara de dejar atrás. El hecho de que aquella amistad preciosa estuviera siendo objeto de burla ante mis ojos me llenó de una indignación furiosa, y aunque Inge había empezado de nuevo a hablar decidí que aquello no podía continuar un segundo más sin que yo interviniera. Decidido a no repetir mi anterior equivocación y a no andarme con rodeos, me incliné hacia adelante con ánimo resuelto, con intención de interrumpir a Inge y declarar categóricamente quién era, y luego volver a arrellanarme en el sofá mientras la conmoción se instalaba en la sala. Por desgracia, y pese al esfuerzo con que intervine a continuación, todo lo que pude articular fue una especie de gruñido ahogado, capaz

sin embargo de hacer que Inge callara y que las tres mujeres se volvieran y me miraran con fijeza. Hubo un silencio violento, y al cabo Fiona, deseosa sin duda de paliar mi embarazo —y quizá renacido momentáneamente en ella su viejo sentimiento protector para conmigo—, estalló:

—¡Vosotras... no os hacéis ni idea de lo ridículas que parecéis en este momento! ¿Sabéis una cosa? No, ni os lo imagináis siquiera; vosotras dos... jamás podréis imaginar lo estúpidas, lo indeciblemente ridículas que parecéis las dos en este momento... No, no sois capaces..., es típico de vosotras, ¡tan típico de vosotras! Oh, llevo tanto tiempo queriendo decíroslo a la cara..., desde que os conocí. Pues aquí tenéis, juzgad por vosotras mismas si sois o no necias. ¡Aquí tenéis la prueba!

Fiona sacudió la cabeza en dirección a mí. Inge y Trude, ambas perplejas, volvieron a mirarme. Yo hice otro concertado intento de anunciar mi identidad, pero para mi desmayo no logré articular sino otro gruñido, más vigoroso que el anterior pero no más coherente. Aspiré profundamente, sentí que me invadía el pánico, y volví a intentarlo de nuevo, y conseguí tan sólo emitir un nuevo, más prolongado, tenso y forzado sonido.

—¿Pero qué diablos está diciendo ésta, Trude? —dijo Inge—. ¿Por qué nos habla de este modo esta pequeña zorra? ¿Cómo se atreve? ¿Qué diablos le pasa?

—Es culpa mía —dijo Trude—. El error fue mío. Fue a mí a quien se le ocurrió invitarla a unirse al grupo. Menos mal que muestra su verdadera naturaleza antes de la llegada de los padres del señor Ryder. Tiene celos, eso es todo. Tiene celos de que hayamos conocido hoy al señor Ryder. Mientras que lo único que ella tiene son esas pequeñas y patéticas historias...

—¿Pero qué es eso de que lo habéis conocido hoy? —tronó Fiona—. Acabáis de decir que no habéis llegado a conocerle...

—¡Sabes muy bien que fue como si lo hubiéramos conocido! ¿O no, Trude? Tenemos perfecto derecho a decir que lo hemos conocido. Tendrás que ir haciéndote a la idea de que así son las cosas, Fiona...

—Bien, en tal caso... —Fiona casi gritaba ahora—, ¡veamos cómo vosotras os vais haciendo a la idea de esto!

Extendió los brazos hacia mí como si anunciara la más dramática de las entradas a escena. Una vez más, hice todo lo que pude para cumplir con mi deber. Y esta vez, espoleado por mi creciente frustración e ira, el sonido que emití fue más intenso que nunca, y sentí cómo el sofá se estremecía al unísono con mi esfuerzo.

—¿Qué pasa con tu amigo? —preguntó Inge, percatándose de pronto de mi presencia.

Trude, sin embargo, seguía sin mirarme.

—No tendría que haberte hecho caso nunca —le estaba diciendo con amargura a Fiona—. Tendría que haberme dado cuenta desde el principio de lo mentirosa que

eras. ¡Y pensar que hemos permitido que nuestros hijos jugaran con esos arrapiezos tuyos! Seguramente serán también unos pequeños mentirosos, y puede que hasta hayan enseñado a decir mentiras a los nuestros. ¡Qué ridícula fue tu fiesta anoche! ¡Y cómo decoraste tu apartamento! ¡Qué absurdo! Esta mañana nos hemos muerto de risa al recordarlo...

—¿Por qué no me ayudas? —gritó Fiona, dirigiéndose a mí directamente por vez primera—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no haces algo?

De hecho, desde mis últimos gruñidos yo no había dejado de hacer esfuerzos ni un segundo. Ahora, en el preciso instante en que Fiona se volvía hacia mí, me entrevi en el espejo de la pared de enfrente. Vi que mi cara se había vuelto de un rojo brillante, y que se había aplastado hasta hacer que mis facciones adquirieran un aire porcino, mientras mis puños, apretados a la altura del pecho, se estremecían al unísono con la totalidad de mi torso. El verme en tales condiciones hizo que me desinflara por completo, y, descorazonado, volví a hundirme en un extremo del sofá entre pesados jadeos.

—Creo, Fiona, querida —estaba diciendo Inge—, que es hora de que tú y este... amigo tuyo sigáis vuestro camino. No creo que tu asistencia esta noche sea estrictamente necesaria.

—Por supuesto que no —gritó Trude—. Ahora tenemos responsabilidades. No podemos permitirnos deferencias conavecillas con las alas rotas como ella. Ya no somos sólo un grupo de voluntarias. Tenemos cosas muy importantes que hacer, y quienes no den la talla requerida tendrán que dejar el grupo.

Vi que las lágrimas asomaban a los ojos de Fiona. Volvió a mirarme, ahora con acritud creciente, y pensé que debía intentar una vez más revelar mi identidad, pero el recuerdo de la imagen que acababa de ver en el espejo me hizo desistir. En lugar de ello, me levanté tambaleante y busqué la salida del apartamento. Me encontraba aún falto de aliento a causa del esfuerzo, y cuando llegué a la puerta de la sala me vi obligado a detenerme unos segundos para apoyarme contra el quicio. A mi espalda, pude oír cómo las dos mujeres seguían hablando acaloradamente. Y en un momento dado, oí que Inge decía:

—Y qué persona más desagradable ha traído a tu apartamento...

Hice un esfuerzo y atravesé el pequeño recibidor y, tras unos instantes de frenética manipulación de los cerrojos de la puerta principal, conseguí salir al pasillo del edificio. Empecé a sentirme mejor casi de inmediato, y me dirigí hacia la escalera ya con el porte más sereno.

Mientras bajaba los sucesivos tramos de escaleras miré el reloj y vi que era hora ya de que saliéramos para la galería Karwinsky. Como es lógico, lamentaba enormemente la situación que dejaba atrás, pero lo prioritario era sin duda llegar a tiempo al importante evento de aquella noche. Decidí, sin embargo, que me ocuparía de los problemas de Fiona en un futuro razonablemente próximo.

Cuando finalmente llegué a la planta baja me topé con un letrero en el muro que rezaba: «Aparcamiento», y una flecha indicadora del camino. Dejé atrás varios trasteros y llegué a la salida.

Salí a la parte trasera de los edificios de apartamentos, en el lado contrario al lago artificial. El sol de la tarde estaba bajo en el cielo. Ante mí había una extensión de terreno verde que descendía gradualmente hasta perderse en la lejanía. El aparcamiento, contiguo a la salida del edificio, era un simple rectángulo de hierba que había sido vallado y se parecía a un corral de rancho norteamericano. El suelo no estaba asfaltado, aunque las continuas idas y venidas de vehículos lo habían hollado de tal modo que ahora era prácticamente tierra batida. Había espacio para unos cincuenta coches, pero en aquel momento sólo había estacionados —a cierta distancia unos de otros— siete u ocho, sobre cuyas carrocerías rebotaba oblicuamente la luz del ocaso. Hacia el fondo del aparcamiento vi cómo la mujer robusta y Boris cargaban el maletero de una ranchera. Al dirigirme hacia ellos vi dentro de ella a Sophie, que estaba sentada en el asiento del acompañante mirando con ojos vacíos la puesta de sol a través del parabrisas.

Cuando llegué hasta ellos, la mujer robusta estaba cerrando el maletero.

—Lo siento —dije—. No sabía que tuvierais tanto que cargar. Habría echado una mano, pero...

—Es igual. Este muchachito me ha ayudado todo lo que necesitaba. —La mujer robusta revolvió cariñosamente el pelo de Boris, y le dijo—: Así que no te preocupes, ¿vale? Los tres vais a pasar una velada estupenda. De veras. Mamá te ha preparado todo lo que más te gusta.

Se agachó y le dio un abrazo tranquilizador, pero el chico parecía como en un sueño y miraba fijamente hacia la lejanía. La mujer robusta me tendió las llaves del coche.

—Tiene que tener el depósito casi lleno. Cuidado con cómo conduce.

Le di las gracias y vi cómo se alejaba hacia los edificios de apartamentos. Cuando me volví hacia Boris, vi que tenía los ojos fijos en la puesta de sol. Le toqué en el hombro y lo conduje alrededor del coche. Subió al asiento trasero sin decir palabra.

Era evidente que el ocaso estaba causando algún efecto hipnótico en ellos, porque cuando me puse al volante vi que Sophie también miraba fijamente a la lejanía. No

pareció darse mucha cuenta de mi llegada, pero luego, mientras me familiarizaba con los mandos, dijo con voz queda:

—No podemos dejar que el asunto de la casa nos derrumbe. No podemos permitirnoslo. No sabemos cuándo será..., cuándo será la próxima vez que volverás a estar con nosotros. Con casa o sin casa, tenemos que empezar a hacer cosas, cosas *buenas* juntos. Me he dado cuenta esta mañana, cuando volvía en el autobús. Hacer cosas incluso en ese apartamento. Incluso en esa cocina.

—Sí, sí —dije yo, y metí la llave de contacto—. Bueno, ¿sabes cómo se va a la galería?

La pregunta sacó a Sophie de la suerte de trance en que parecía inmersa.

—Oh —dijo, llevándose las manos a la boca como si acabara de recordar algo. Luego dijo—: Seguramente sabría llegar desde el centro de la ciudad, pero desde aquí no tengo la menor idea.

Suspiré pesadamente. Intuí que corría el riesgo de volver a perder el control de las cosas, y sentí que en parte volvía a invadirme la intensa irritación que había sentido horas atrás ante el modo en que Sophie introducía el caos en mi vida. Pero entonces oí que me decía en tono vivo:

—¿Por qué no se lo preguntamos al encargado del aparcamiento? Puede que lo sepa.

Señalaba hacia la entrada del aparcamiento, donde, en efecto, había una pequeña garita de madera en cuyo interior divisé el torso de una figura uniformada.

—De acuerdo —dije—. Iré a preguntárselo.

Me bajé del coche y eché a andar hacia la garita. Un coche que se disponía a abandonar el cercado se había parado junto a la garita, y al acercarme pude ver cómo el encargado —un hombre calvo y obeso— se asomaba a la ventanilla sonriendo jovialmente y haciendo gestos al conductor del vehículo. Su conversación siguió durante unos segundos, y me hallaba ya a punto de interponerme entre ellos cuando el coche reinició la marcha y salió del aparcamiento. El encargado siguió al coche con los ojos y lo vio alejarse por la larga carretera curva que circunvalaba la urbanización. Lo cierto es que también él parecía en trance a causa del ocaso, porque a pesar de que tosó directamente bajo su ventanilla él siguió contemplando ensoñadoramente el coche que se perdía en la lejanía. Al cabo me limité a espetarle:

—Buenas tardes.

El hombre gordo dio un respingo, y, mirando hacia abajo, replicó:

—Oh, buenas tardes, señor.

—Lamento molestarle —dije—, pero tengo algo de prisa. Necesitamos ir a la galería Karwinsky, pero ya ve, soy forastero y no estoy muy seguro de cuál sería el camino más rápido...

—La galería Karwinsky... —El hombre se quedó pensativo unos instantes, y

luego dijo—: Bien, a decir verdad, señor, no es nada sencillo de explicar. En mi opinión, lo mejor que puede hacer es seguir a aquel caballero que acaba de salir de aquí. En aquel coche rojo. —Señaló con la mano hacia la lejanía—. Ese caballero, por suerte, vive muy cerca de la galería Karwinsky. Yo podría, claro está, tratar de explicarle cómo llegar allí, pero tendría que ponerme a pensarlo antes, con todas esos desvíos..., en particular hacia el final del trayecto. Me refiero a cuando sales de la autopista y tienes que encontrar el rumbo entre todas esas pequeñas carreteras que rodean las granjas. Lo más sencillo, con mucho, señor, sería seguir a ese caballero del coche rojo. Si no me equivoco, vive a dos o tres desvíos de la galería Karwinsky. Es una zona muy agradable, a él y a su esposa les encanta. Es pleno campo, señor. Me cuenta que tiene una casita preciosa, con gallinas y todo en la parte de atrás, y un manzano... Es una zona muy bonita para una galería de arte, aunque esté un poco apartada. Merece la pena la excursión. El caballero del coche rojo dice que ni se le pasa por la cabeza pensar en mudarse, por mucho que tenga que desplazarse un buen trecho para venir aquí todos los días. Oh, sí, trabaja aquí, en el edificio de la administración. —El hombre sacó el cuerpo por la ventanilla y señaló hacia unas ventanas situadas a su espalda—. En aquel edificio de allí, señor. Oh, no, no todos los edificios son de apartamentos... Llevar una urbanización de este tamaño requiere montones y montones de papeleo. Ese caballero del coche rojo lleva trabajando en la urbanización desde el día en que la compañía del agua se puso a construirla. Y ahora supervisa todo el trabajo de mantenimiento. Es un empleo de muchas horas, señor, y tiene que desplazarse un buen trecho todos los días, pero dice que ni se le ha pasado por la cabeza mudarse a algún sitio más cercano. Y le doy la razón, porque aquella zona es preciosa. Pero qué hago yo aquí de chachara..., debe de tener mucha prisa. Lo siento, señor. Como le digo, siga a aquel coche rojo; es lo mejor que puede hacer... Estoy seguro de que le gustará la galería Karwinsky. Es una zona campestre muy bonita, y la galería misma..., me han dicho que tiene algunos objetos verdaderamente bellos...

Le di las gracias de forma lacónica y volví al coche. Cuando me puse de nuevo al volante, Sophie y Boris seguían con la mirada fija en la puesta de sol. Puse en marcha el motor en silencio. Sólo después de dejar atrás la garita de madera, donde dediqué al encargado un rápido saludo, me preguntó Sophie:

—¿Te has enterado del camino?

—Sí, sí. Sólo tenemos que seguir a aquel coche rojo.

Al decir esto caí en la cuenta de lo enfadado que aún seguía con ella. Pero no añadí nada más, y salí a la carretera que circundaba la urbanización.

Fuimos dejando atrás los edificios de apartamentos, cuyas incontables ventanas reflejaban el último sol de la tarde. Luego, la urbanización quedó atrás por completo, y la carretera desembocó en una autopista flanqueada de bosques de abetos. La

carretera estaba prácticamente vacía, la vista era clara y pronto divisé el coche rojo, un pequeño punto en la lejanía que avanzaba a velocidad moderada. Dado lo escaso del tráfico no vi la necesidad de pisarle los talones, de modo que moderé también la velocidad y me mantuve a cierta distancia. Sophie y Boris seguían en su ensoñador silencio, y al final también yo —ya con el ánimo más tranquilo— acabé contemplando la puesta de sol sobre la desierta autopista.

Al cabo de un rato me sorprendí rememorando el segundo gol del equipo holandés en la semifinal de la Copa del Mundo contra Italia de algunos años atrás. Fue un magnífico disparo largo —siempre había sido uno de mis recuerdos deportivos preferidos—, pero ahora, para mi fastidio, veía que había olvidado la identidad del autor del gol. El nombre de Rensenbrink me venía una y otra vez a la memoria, y ciertamente él había jugado aquel partido, pero al final me convencí de que no fue él quien marcó el gol. Volví a ver el balón surcando el aire inundado de sol, dejando atrás a unos defensas italianos extrañamente paralizados, avanzando más y más, pasando por encima de la mano extendida del portero. Resultaba frustrante no conseguir recordar un detalle tan vital, y repasaba una y otra vez los nombres de los jugadores holandeses que podía recordar de aquella época cuando Boris dijo de pronto a mi espalda:

—Estamos muy en el centro de la carretera, vamos a chocar.

—Tonterías —dije—. Vamos bien.

—¡No, no vamos bien! —le oí decir, mientras daba golpes contra la parte de atrás de mi asiento—. Vamos muy pegados al centro. Si viene alguien en dirección contraria, nos estrellamos.

Callé, pero desplacé un poco el coche hacia el arcén. Boris pareció tranquilizarse, y volvió a quedarse en silencio. Luego Sophie dijo:

—¿Sabes?, tengo que admitir que no me hizo mucha gracia al principio. Me refiero al enterarme de lo de esta recepción. Creí que nos iba a «chafar» la noche. Pero cuando pensé en ello un poco más, sobre todo cuando me di cuenta de que no nos impedía cenar juntos, me dije, bueno, nos viene bien. En cierto modo, es exactamente lo que necesitamos. Sé que puedo hacer un buen papel, y Boris también puede hacerlo. Los dos estaremos bien, y así tendremos algo que celebrar cuando volvamos a casa. Toda la velada..., puede que sí, que sirva para arreglar ciertas cosas entre nosotros...

Antes de que pudiera responder a lo que acababa de decir Sophie, Boris volvió a gritar:

—¡Estamos muy en el centro!

—No voy a desplazarme más —dije—. Ahora vamos perfectamente.

—Puede que esté asustado —dijo Sophie en voz queda.

—No está asustado en absoluto.

—¡Sí estoy asustado! ¡Vamos a tener un accidente gravísimo!

—Boris, cállate, por favor. Estoy conduciendo perfectamente.

Mi tono fue harto severo, y Boris se quedó callado. Pero luego, al continuar conduciendo, noté que Sophie me miraba con desasosiego. De cuando en cuando miraba hacia atrás a Boris, y luego a mí. Finalmente, dijo con voz suave:

—¿Por qué no paramos en alguna parte?

—¿Parar en alguna parte? ¿Para qué?

—Llegaremos a la galería a tiempo. Unos minutos no van a hacer que llegemos tarde.

—Creo que antes deberíamos saber dónde es.

Sophie calló por espacio de unos segundos. Al cabo se volvió hacia mí y dijo:

—Creo que deberíamos parar. Podríamos tomar algo. Te ayudará a calmarte.

—¿Calmarme? ¿A qué te refieres?

—¡Quiero parar! —gritó Boris en el asiento de atrás.

—¿Qué quieres decir con calmarme?

—Es tan importante que no tengáis otra pelea esta noche... —dijo Sophie—. Veo que vuelve a empezar. Pero, por favor, esta noche no... No lo permitiré. Deberíamos relajarnos. Ponernos en el estado de ánimo adecuado...

—¿El estado de ánimo adecuado? ¿A qué te refieres? No veo que nos pase nada a ninguno de los tres.

—¡Quiero parar! ¡Tengo miedo! ¡Me siento mal!

—Mira... —Sophie señaló un letrero que había a un lado de la autopista—. Llegaremos enseguida a esa gasolinera. Por favor, paremos un rato...

—No hay ninguna necesidad...

—Te estás poniendo furioso de verdad. Y esta noche es tan importante... No quiero que nos pase esta noche...

—¡Quiero parar! ¡Quiero ir al baño!

—Ya lo ves. Por favor, para. Arreglemos esto antes de que empeore...

—¿Arreglar qué?

Sophie no respondió, pero siguió mirando con desasosiego a través del parabrisas. Ahora atravesábamos un terreno montañoso. Habían quedado atrás los bosques de abetos, y se alzaban a ambos lados altos y escarpados taludes de roca. Divisé la gasolinera en el horizonte: una estructura que recordaba a una nave espacial en lo alto de los peñascos. Mi cólera contra Sophie había vuelto con renovada intensidad, pero a pesar de ello —a pesar casi de mí mismo—, aminoré la marcha y me situé en el carril más lento.

—Perfecto, vamos a parar —le dijo Sophie a Boris—. No te preocupes.

—Para empezar, no estaba nada preocupado —dije yo con frialdad, pero Sophie no pareció oírme.

—Tomaremos un tentempié y nos sentiremos mucho mejor.

Seguí la señal de salida de la autopista y subí por una carretera estrecha y empinada. Tras unas cuantas curvas muy cerradas, la carretera se hizo más llana y llegamos a un aparcamiento al aire libre. Había varios camiones aparcados en batería, y como una docena de coches.

Me apeé y estiré los brazos. Cuando miré hacia atrás, vi que Sophie ayudaba a Boris a bajar del coche, y que el chico daba unos pasos sobre el pavimento con aire somnoliento. Luego, como para despertarse, alzó la cara hacia el cielo y lanzó un grito de Tarzán mientras se golpeaba el pecho.

—¡Boris, cállate! —le grité.

—Pero si no molesta a nadie... —dijo Sophie—. No puede oírle nadie.

Estábamos, en efecto, en lo alto de un risco, y a cierta distancia de la estructura de cristal de la estación de servicio. El atardecer había adquirido una tonalidad rojo oscura, y se reflejaba en todas las superficies del edificio. Pasé sin hablar junto a ellos y me dirigí hacia la entrada.

—¡No estoy molestando a nadie! —gritó Boris a mi espalda. Oí un segundo grito de Tarzán, esta vez rematado por unos gorgoritos a la tirolesa. Seguí andando sin volverme. Y sólo cuando llegué a la entrada me detuve y esperé, con la pesada puerta de cristal abierta para que pasaran ellos.

Cruzamos un vestíbulo en el que había una hilera de teléfonos públicos, y, a través de una segunda puerta de cristal, pasamos al restaurante. Nos acogió un aroma de carne a la parrilla. La sala era enorme, con largas hileras de mesas ovaladas, y se hallaba circundada por grandes cristaleras a través de las cuales podían verse vastos retazos de cielo. Los sonidos de la autopista que discurría a nuestros pies parecían llegar de muy lejos.

Boris corrió hacia el mostrador del autoservicio y cogió una bandeja. Le pedí a Sophie que me cogiera una botella de agua mineral y me fui a buscar una mesa. No había muchos clientes —sólo estaban ocupadas cuatro o cinco mesas—, pero fui hasta el final de una de las largas hileras de mesas y me senté dando la espalda a la cristalera.

Al cabo de unos minutos Boris y Sophie llegaron por el pasillo con las bandejas. Se sentaron frente a mí y empezaron a extender las cosas de un modo mudo y extraño. Advertí entonces que Sophie le dirigía a Boris miradas solapadas, y supuse que mientras estaban en el mostrador Sophie le había estado apremiando para que me dijera algo capaz de reparar el daño que hubiera podido causar nuestro reciente altercado. Hasta entonces no se me había ocurrido que entre Boris y yo fuera necesaria reconciliación alguna, y me irritaba ver a Sophie entrometiéndose tan torpemente en el asunto. En un intento de aligerar el ánimo, hice algunos comentarios

jocosos sobre la decoración futurista que nos rodeaba, pero Sophie me respondió distraídamente y le lanzó otra mirada a Boris. Su falta de tacto fue tal que era como si en lugar de una mirada le hubiera lanzado un codazo. Boris, comprensiblemente, parecía reacio a hacer lo que se le pedía y siguió retorciendo malhumoradamente entre los dedos el paquete de nueces que acababa de comprar. Al final, y sin alzar la vista, dijo entre dientes:

—He estado leyendo un libro en francés.

Me encogí de hombros y miré hacia la puesta de sol. Era consciente de que Sophie instaba al chico a que añadiera algo. Boris acabó diciendo con desgana:

—Me he leído entero un libro en francés.

Me volví a Sophie y dije:

—A mí nunca se me ha dado bien el francés. Sigo teniendo más problemas con el francés que con el japonés. En serio. Me las arreglo mejor en Tokio que en París.

Sophie, presumiblemente poco satisfecha con mi respuesta, me dirigió una mirada dura. Irritado ante su actitud coercitiva, aparté la mirada y volví a fijarla en el crepúsculo. Al poco oí que Sophie decía:

—Boris está mejorando mucho en idiomas.

Al ver que ni Boris ni yo respondíamos, se inclinó hacia el chico y dijo:

—Boris, ahora tendrás que hacer otro esfuerzo. Pronto llegaremos a la galería. Habrá un montón de gente. Algunos de ellos puede que parezcan muy importantes, pero no tienes que tener miedo, ¿de acuerdo? Mamá no les va a tener ningún miedo, y tú tampoco. Les demostraremos lo bien que sabemos estar. Tendremos un gran éxito, ¿no crees?

Por espacio de un instante, Boris siguió retorciendo el pequeño paquete entre sus dedos. Luego alzó la mirada y dejó escapar un suspiro.

—No te preocupes —dijo—. Sé lo que hay que hacer. —Se irguió y continuó hablando—: Hay que meterse una mano en el bolsillo. Así. Y con la otra sostener la bebida... Así.

Mantuvo la postura durante unos segundos, simulando al tiempo una expresión de gran altanería. Sophie estalló en carcajadas. Yo no pude evitar sonreír ligeramente.

—Y cuando la gente se te acerque —continuó Boris—, dices una y otra vez: «¡Cuan notable! ¡Cuan notable!», o también: «¡Inestimable! ¡Inestimable!». Y cuando se te acerque un camarero con cosas en la bandeja, le haces esto. —Boris hizo un mohín de disgusto y agitó un dedo de derecha a izquierda.

Sophie seguía riendo.

—Boris, vas a causar sensación esta noche.

Boris, claramente contento consigo mismo, estaba radiante.

Luego, se levantó de pronto y dijo:

—Voy al lavabo. Se me había olvidado que tenía que ir. No tardo nada.

Nos dedicó una vez más el número del dedo desdeñoso, y se alejó apresuradamente.

—A veces es realmente divertido —dije.

Sophie se quedó mirando por encima del hombro cómo se alejaba por el pasillo.

—Crece tan deprisa —dijo. Luego suspiró, y su expresión se hizo más grave y reflexiva—. Pronto será mayor. No nos queda mucho tiempo.

Guardé silencio a la espera de que continuara. Siguió mirando por encima del hombro unos segundos más. Luego, volviéndose hacia mí, dijo con voz serena:

—Es su niñez, que se va escurriendo entre los dedos. Pronto será mayor y no habrá conocido nada mejor que esto.

—Hablas como si tuviera una vida horrible. Su vida es perfectamente buena y normal.

—Es cierto, lo sé, su vida no es tan mala. Pero es su niñez. Sé cómo debería ser. Porque recuerdo, ¿sabes?, cómo fue la mía. Cuando era muy pequeña, antes de que mamá enfermara. Las cosas eran maravillosas entonces. —Se volvió para mirarme de frente, pero sus ojos parecían enfocar las nubes que había a mi espalda—. Quiero para él algo parecido a aquello.

—Bien, no te preocupes. Pronto resolveremos nuestros problemas. Mientras tanto, Boris lo está haciendo muy bien. No hay por qué preocuparse.

—Eres como todo el mundo. —En su voz no había el menor asomo de ira—. Actúas como si dispusiéramos de todo el tiempo del mundo. No te das cuenta, ¿verdad? A papá puede que le queden aún unos cuantos años buenos, pero no se hace más joven. Un día se irá, y entonces sólo quedaremos nosotros. Tú y yo y Boris. Por eso tenemos que dar un paso vital. Construir algo propio, pronto. —Aspiró profundamente y sacudió la cabeza, y abismó la mirada en el café que tenía ante ella—. No te das cuenta. No te das cuenta de lo solitario que puede resultar el mundo si las cosas no te van bien.

¿Para qué llevarle la contraria?

—De acuerdo, eso es lo que haremos —dije—. Encontraremos algo pronto.

—No te das cuenta del poco tiempo que nos queda. Míranos. Apenas hemos empezado.

Su tono se hacía más acusador por momentos. Parecía haber olvidado por completo el papel nada insignificante que su comportamiento había jugado en el hecho de que las «cosas no nos fueran bien». Sentí una súbita tentación de recordarle multitud de cosas, pero al final permanecí en silencio. Luego, después de que ninguno de los dos hablara durante cierto tiempo, me levanté y dije:

—Perdona. Creo que yo también comeré algo...

Sophie miraba de nuevo el cielo, y no pareció darse demasiada cuenta de mi partida. Me dirigí hacia el mostrador del autoservicio y cogí una bandeja. Estaba

estudiando la oferta de pastelería cuando de pronto recordé que no sabía cómo ir a la galería Karwinsky, y que de momento dependíamos por entero del coche rojo. Pensé en el coche rojo, que ahora seguiría avanzando por la autopista, alejándose más y más de nosotros, y caí en la cuenta de que no podíamos perder mucho tiempo en aquella estación de servicio. De hecho, vi con claridad que debíamos marcharnos de inmediato, y a punto estaba de dejar la bandeja en su sitio para volver apresuradamente a la mesa cuando advertí que dos personas hablaban de mí en una mesa cercana.

Miré a mi alrededor y vi que eran dos mujeres de mediana edad, elegantemente vestidas. Inclinas la una hacia la otra sobre la mesa, hablaban en voz baja y al parecer sin darse cuenta de mi presencia. Casi nunca se referían a mí por mi nombre, por lo que al principio no pude estar seguro de que estuvieran hablando de mí, pero al cabo de unos segundos tuve la certeza de que no podían estar hablando de otra persona.

—Oh, sí —decía una de ellas—. Se han puesto en contacto varias veces con la tal Stratmann, que les asegura una y otra vez que sí, que él se presentará a supervisar los preparativos, cosa que hasta el momento no ha hecho. Dieter dice que no les importa demasiado, que tienen trabajo de sobra del que ocuparse, pero el caso es que están todos muy inquietos pensando que puede aparecer en cualquier momento. Y, claro, el señor Schmidt no hace más que entrar gritándoles que ordenen las cosas, que qué va a pasar si llega en ese momento y ve en tales condiciones la sala cívica de conciertos... Dieter dice que todos están nerviosos, incluso el tal Edmundo. Con estos genios nunca se sabe lo que se les ocurrirá criticar... Todos recuerdan bien el día en que Igor Kobylansky llegó a supervisar las cosas y lo examinó todo tan minuciosamente...; se puso a cuatro patas mientras todos le hacían corro sobre el escenario, y empezó a arrastrarse de aquí para allá a gatas, dando golpecitos a las tablas, pegando la oreja al suelo... Dieter no ha sido el mismo estos dos últimos días; cuando se pone a trabajar está con el alma en vilo. Ha sido horrible para todos. Cada vez que no aparece cuando debía aparecer, esperan como una hora y vuelven a telefonar a la tal Stratmann. Y ella se muestra muy compungida, se deshace en disculpas, y concierta otra cita...

Al escuchar a estas damas acudió a mi mente un pensamiento que me había pasado por la cabeza varias veces en las últimas horas: convenía que me pusiera en contacto con la señorita Stratmann con más frecuencia de lo que lo había estado haciendo hasta ahora. De hecho podría incluso llamarla por teléfono desde las cabinas públicas que había visto en el vestíbulo. Pero antes de que pudiera considerar siquiera la idea, oí que la mujer seguía hablando:

—Y eso ha sido todo después de que la tal Stratmann se hubiera pasado semanas insistiendo en lo deseoso que estaba él de llevar a cabo la inspección, explicando que no sólo estaba preocupado por la acústica y demás detalles habituales, sino también

por sus padres, por cómo tenían que ser acomodados en la sala durante la velada... Al parecer ninguno de ellos está demasiado bien, así que necesitarán un acomodo especial, unas atenciones especiales, tener cerca a gente cualificada por si a uno de ellos le da un ataque o algo parecido. Los preparativos necesarios son bastante complicados y, según la señorita Stratmann, él estaba muy interesado en examinar cada detalle con el personal encargado del asunto. Bien, lo de los padres resulta bastante conmovedor, ya sabes, preocuparse tanto por sus ancianos padres y demás... ¡Pero luego te enteras de que no ha aparecido! Claro que la culpa puede que sea más de la tal Stratmann que de él mismo. Eso es lo que piensa el señor Dieter. Al decir de todos, su reputación es excelente; no parece en absoluto el tipo de persona que se pase la vida causando molestias a la gente.

Había estado sintiendo un gran enojo contra aquellas dos damas, y —como es lógico— tal enojo remitió un tanto al oír sus comentarios últimos. Pero lo que dijeron sobre mis padres —la necesidad de asegurarles ciertas atenciones especiales— me convenció de que no podía diferir ni un segundo más el llamar a la señorita Stratmann. Dejé mi bandeja sobre el mostrador y me dirigí precipitadamente hacia el vestíbulo.

Entré en una cabina y busqué en mis bolsillos la tarjeta de la señorita Stratmann. La encontré y marqué el número. Contestó enseguida la propia señorita Stratmann.

—Señor Ryder, me alegro mucho de que llame... Estoy tan contenta de que todo vaya tan bien...

—Ah, piensa que todo va perfectamente...

—Oh, sí. ¡Magníficamente! Está usted teniendo tanto éxito en todas partes. La gente está tan emocionada. Y su pequeño discurso de anoche, después de la cena... Oh, todo el mundo hablaba de lo ingenioso y entretenido que había sido... Es un placer, si me permite decirlo, poder trabajar con alguien como usted...

—Bueno, muchas gracias, señorita Stratmann. Muy amable de su parte. También es un placer estar tan bien atendido. La llamo porque..., en fin, porque quería cerciorarme de ciertas cosas relativas a mi agenda. Sí, ya sé que hoy ha habido algunas demoras inevitables, y que han dado lugar a un par de desafortunadas consecuencias.

Hice una pausa, a la espera de que la señorita Stratmann dijera algo, pero al otro lado de la línea sólo hubo silencio. Solté una risita y continué:

—Pero, por supuesto, estamos de camino hacia la galería Karwinsky. Quiero decir que en este instante nos hallamos, en efecto, a medio camino. Queremos, como es natural, llegar con el tiempo holgado, y debo decir que a los tres nos embarga una gran expectación. Tengo entendido que la campaña en torno a la galería Karwinsky es absolutamente espléndida. Sí, estamos muy contentos de ir ya para allá...

—Me alegra tanto oírle, señor Ryder... —La señorita Stratmann parecía un tanto confusa—. Espero que le guste el acto... —Luego, de pronto, añadió—: Señor Ryder, espero que no le hayamos ofendido...

—¿Ofendido?

—No quisimos insinuar nada... Quiero decir, al sugerirle que fuera a casa de la condesa esta mañana. Todos sabíamos que usted conoce perfectamente la obra del señor Brodsky, a nadie se le ocurriría dudarle... Pero algunas de esas grabaciones son tan raras que la condesa y el señor Von Winterstein pensaron que... ¡Oh, Dios, espero que no se haya ofendido, señor Ryder! Le aseguro que no queríamos insinuar nada en absoluto...

—No estoy ofendido en lo más mínimo, señorita Stratmann. Muy al contrario, soy yo quien espera que la condesa y el señor Von Winterstein no estén ofendidos conmigo por no haber podido hacerles la visita programada...

—Oh, por favor, no se preocupe por eso, señor Ryder.

—Me habría encantado verles y charlar con ellos, pero al comprobar que las circunstancias no me permitían cumplir con lo que teníamos planeado, me dije que sabrían entenderlo, en especial cuando, como usted dice, en rigor no había ninguna necesidad de que yo escuchase las grabaciones del señor Brodsky...

—Señor Ryder, estoy segura de que la condesa y el señor Von Winterstein lo entienden perfectamente. En cualquier caso, el hecho mismo de programarlo fue, ahora lo veo, bastante osado de nuestra parte..., máxime teniendo en cuenta lo apretado de su agenda. Espero que no se sienta ofendido...

—Le aseguro que no estoy ofendido en absoluto. Pero la verdad, señorita Stratmann, yo querría... Le telefoneo para hablar de ciertos aspectos..., en fin, de otros aspectos de mi agenda.

—¿Sí, señor Ryder?

—Por ejemplo, de mi visita de supervisión a la sala de conciertos.

—Ah, sí.

Aguardé por si añadía algo, pero al ver que no decía nada proseguí:

—Sí, simplemente quería cerciorarme de que todo está preparado para mi visita.

La señorita Stratmann pareció percatarse finalmente del tono preocupado de mi voz.

—Oh, sí —dijo—. Sé a lo que se refiere. No he programado mucho tiempo para su inspección de la sala de conciertos. Pero como puede comprobar —calló unos instantes; me llegó el crujido de una hoja de papel—, como puede comprobar, antes y después de su visita a la sala de conciertos tiene usted otras dos citas muy importantes. Así que pensé que si había un acto al que podía escatimarle un poco de tiempo, éste era la visita a la sala de conciertos. Porque siempre podría volver más tarde si lo considerara necesario. Mientras que, como comprenderá, no podíamos

dedicar menos tiempo a ninguna de las otras dos citas. A la entrevista con el Grupo Ciudadano de Ayuda Mutua, por ejemplo, sabiendo la importancia que usted concede al hecho de reunirse personalmente con la gente de a pie, con las gentes a las que les afectan las cosas...

—Sí, por supuesto, tiene usted toda la razón. Estoy plenamente de acuerdo con lo que acaba de decir. Como bien sugiere, siempre podré hacer otra visita a la sala de conciertos más tarde... Sí, sí. Sólo que estaba un poco preocupado por..., en fin, por las medidas... Es decir, por las medidas que van a tomar a propósito de mis padres.

Volvió a hacerse el silencio al otro extremo de la línea. Me aclaré la garganta y proseguí:

—Me refiero a que, como bien sabe, tanto mi madre como mi padre tienen ya muchos años. Será necesario habilitar lo necesario en la sala de conciertos para que...

—Sí, sí, claro... —La señorita Stratmann parecía un tanto perpleja—. Un dispositivo médico cerca para el caso de cualquier desafortunada incidencia... Sí, todo está listo, todo a mano, como podrá comprobar cuando lleve a cabo la visita.

Pensé en ello unos instantes. Luego dije:

—Mis padres. Estamos hablando de mis padres. No hay ningún malentendido a este respecto, espero.

—No lo hay, en absoluto, señor Ryder. Por favor, no se preocupe.

Le di las gracias y salí de la cabina telefónica. Al volver al restaurante, me detuve unos instantes en la puerta. La puesta de sol dibujaba largas sombras en la sala. Las dos damas de mediana edad seguían hablando animadamente, aunque no sabría decir si el tema seguía siendo mi persona. Al fondo del comedor vi que Boris le explicaba algo a Sophie, y que los dos reían con alborozo. Seguí allí unos instantes, dándole vueltas a mi conversación con la señorita Stratmann. Pensando detenidamente en ello, sí había algo osado en la idea de que yo podría sacar algo en limpio de la audición de los viejos discos del señor Brodsky. No había duda de que la condesa y el señor Von Winterstein tenían pensado guiarme paso a paso en tal audición... El pensamiento me irritó, y me sentí afortunado por haberme visto obligado a perderme el evento de marras...

Entonces miré el reloj y vi que, pese a mis palabras tranquilizadoras a la señorita Stratmann, corríamos grave riesgo de llegar tarde a la galería Karwinsky. Fui hasta nuestra mesa y, sin siquiera sentarme, dije:

—Nos tenemos que ir. Llevamos mucho tiempo en este sitio.

Había dado a mis palabras cierto tono perentorio, pero Sophie se limitó a alzar la mirada y a decir:

—Boris piensa que estos dónuts son los mejores que ha comido en su vida. De eso era de lo que hablábamos, ¿verdad, Boris?

Miré a Boris y vi que no me hacía el menor caso. Entonces me acordé de nuestra

pequeña disputa de antes —yo la había ya olvidado—, y pensé que lo mejor sería decir algo capaz de reconciliarnos.

—¿Así que los donuts están buenos, eh? —dije—. ¿Vas a dejarme probarlos?

Boris siguió mirando en otra dirección, Esperé unos segundos, y luego me encogí de hombros.

—Muy bien —dije—. Si no quieres hablar, estupendo.

Sophie le tocó a Boris en el hombro, y estaba a punto de rogarle que hablara cuando yo me volví y dije:

—Venga, tenemos que irnos.

Sophie dio otro codazo a Boris. Luego se volvió a mí y me dijo, en tono casi desesperado:

—¿Por qué no nos quedamos un poco más? Apenas te has sentado con nosotros. Y Boris se está divirtiendo tanto... ¿Verdad, Boris?

Boris volvió a hacer como que no oía.

—Escucha, tenemos que marcharnos —dije—. Vamos a llegar tarde.

Sophie volvió a mirar a Boris; luego me miró a mí con expresión cada vez más iracunda. Luego, finalmente, empezó a levantarse. Yo me di media vuelta y eché a andar hacia la salida sin volverme en ningún momento para mirarles.

Cuando descendimos por la empinada carretera llena de curvas y volvimos a tomar la autopista, el sol estaba ya muy bajo en el horizonte. El tráfico seguía siendo muy poco denso, y conduje a buena velocidad durante un rato mientras escrutaba la lejanía en busca del coche rojo. Al cabo de unos minutos habíamos dejado las montañas y atravesábamos una vasta extensión de granjas. Los campos se perdían a lo lejos a ambos lados de la autopista. Y fue mientras tomaba una larga y lenta curva en medio de un terreno llano cuando divisé el coche rojo. Aún nos llevaba cierta ventaja, pero vi que el conductor seguía conduciendo a una velocidad decididamente moderada. Reduje la mía, y pronto me vi disfrutando del paisaje que se ofrecía ante mis ojos: los campos al atardecer, el casi acostado sol parpadeando tras los lejanos árboles, los ocasionales grupos de granjas... El coche rojo, entretanto, se mantenía allí delante, entrando y saliendo de nuestro campo visual a cada curva de la carretera... Entonces oí que Sophie me decía:

—¿Cuánta gente crees que habrá?

—¿En la recepción? —Me encogí de hombros—. ¿Cómo voy a saberlo? He de decir que este asunto parece tenerte en vilo. No es sino una recepción más, no es más que eso.

Sophie siguió mirando el paisaje. Luego dijo:

—Esta noche habrá mucha gente. Serán los mismos que asistieron al banquete de Rusconi. Por eso estoy nerviosa. Creí que te habías dado cuenta.

Traté de recordar el banquete al que se refería, pero el nombre no me decía gran cosa.

—Estaba mejorando mucho en ese tipo de cosas hasta que Uegó aquel banquete... —continuó Sophie—. Aquella gente me resultaba horrible. Todavía no me he recuperado. Y seguro que esta noche va a haber un montón de gente de ese tipo.

Yo seguía tratando de recordar aquel evento.

—¿Te refieres a que hubo gente que fue descortés contigo?

—¿Descortés? Bueno, supongo que podríamos llamarlo así. Me hicieron sentirme pequeña, patética. Espero que no vuelva a estar toda esa gente esta noche.

—Si alguien es descortés contigo esta noche, vienes y me lo dices. Y, en lo que a mí respecta, puedes mostrarte con ellos tan descortés como te venga en gana.

Sophie volvió la vista hacia el asiento trasero y miró a Boris. Al cabo de unos instantes caí en la cuenta de que el chico se había dormido. Sophie siguió mirándole unos segundos más, y luego se volvió hacia mí.

—¿Por qué vuelves a empezar con lo mismo? —me preguntó en un tono totalmente diferente—. Sabes lo mucho que le molesta. Vuelves a empezar con lo

mismo... ¿Cuánto tiempo piensas seguir así esta vez?

—¿Seguir con qué? —pregunté en tono cansino—. ¿De qué estás hablando?

Sophie se quedó mirándome, y luego apartó la mirada.

—No te das cuenta —dijo, casi para sí misma—. No nos queda tiempo para ese tipo de cosas. No te das cuenta, ¿verdad?

Sentí que se me agotaba la paciencia. Todo el caos al que había estado sometido durante el día cayó sobre mí como una tromba, y me vi de pronto diciendo a voz en grito:

—Oye, ¿por qué crees que tienes derecho a criticarme así continuamente? Quizá no lo hayas notado, pero precisamente ahora me encuentro sometido a una gran tensión. Y en lugar de apoyarme decides criticarme, criticarme, criticarme... Y ahora te preparas para dejarme tirado en esta recepción. O al menos parece preparar el terreno para hacerlo...

—¡Muy bien! ¡Pues no iremos! Boris y yo esperaremos en el coche. ¡Puedes ir solo a esa maldita recepción!

—No tienes por qué ponerte así. Sólo estaba diciendo...

—¡Lo digo en serio! Vete solo. Así no podremos dejarte en mal lugar.

Tras esta escaramuza, seguimos varios minutos sin hablar. Y al cabo dije:

—Oye, lo siento. Probablemente estarás magnífica en la recepción. Es más, estoy seguro de que estarás magnífica.

No me respondió. Seguimos en silencio, y cada vez que la observaba la veía con la mirada vacía y fija en el coche rojo que nos precedía. Me empezó a invadir un sentimiento de pánico, y al final dije:

—Mira, aunque las cosas no vayan bien esta noche, no importa. Lo que quiero decir es que no nos va a influir en las cosas importantes. No tenemos necesidad de portarnos como estúpidos.

Sophie siguió con la mirada fija en el coche rojo. Y luego dijo:

—¿No te parece que he engordado? Dime la verdad.

—No, no, en absoluto. Estás preciosa.

—Pues he engordado. He engordado un poco.

—No tiene la menor importancia. Pase lo que pase esta noche, no importará en absoluto. Mira, no hay por qué preocuparse. Pronto lo tendremos todo listo. Una casa, todo... Así que no hay por qué preocuparse.

Al decir esto, empezaron a abrirse paso en mi memoria ciertos detalles del banquete que ella había mencionado antes. En particular me vino a la mente una imagen de Sophie, en traje de noche carmesí oscuro, de pie, embarazosamente sola en medio de una sala atestada de invitados, mientras la gente a su alrededor charlaba y reía en pequeños grupos... Pensé en la humillación que debió de soportar, y al cabo le toqué suavemente el brazo. Para mi alivio, ella respondió apoyando la cabeza sobre

mi hombro.

—Verás —dijo, casi en un susurro—. Vas a verme. Y también a Boris. Estén quienes estén esta noche, vas a ver cómo nos portamos.

Varios minutos después advertí que el coche rojo iba a dejar la autopista. Reduje la distancia entre ambos coches, y pronto me vi siguiendo a nuestro guía por una carretera tranquila que ascendía entre unos prados. El ruido de la autopista fue perdiéndose a medida que ascendíamos, y al poco avanzábamos por senderos de tierra escasamente idóneos para los modernos medios de transporte. En un momento dado un seto nos arañó todo un costado del coche, e instantes después brincábamos sobre un patio embarrado y lleno de vehículos de granja desvencijados. Luego transitamos por unas aceptables carreteras rurales que serpeaban con suavidad a través de los campos, y volvimos a ganar velocidad. Al final oí que Sophie gritaba «¡Ahí está!», y vi un letrero de madera en un árbol que anunciaba la galería Karwinsky.

Reduje la marcha y nos aproximamos a la entrada. Dos postes oxidados se alzaban aún a ambos lados, pero la verja ya no estaba. Mientras el coche rojo seguía su camino y finalmente se perdía en la lejanía, pasé entre los dos postes y accedí a un vasto campo cubierto de hierba.

Un camino de tierra surcaba el campo en sentido ascendente, y por espacio de unos segundos avanzamos lentamente pendiente arriba. Al alcanzar la cima, se abrió ante nosotros una hermosa vista. El campo descendía hacia un valle poco profundo, en cuyo fondo se alzaba un imponente caserón construido a la manera de los castillos franceses. El sol se ocultaba ya tras él, entre los bosques, y a pesar de la distancia pude apreciar que el caserón rebosaba un marchito encanto, evocador del lento declinar de alguna ensoñadora familia de terratenientes.

Puse una marcha corta y descendí despacio por la ladera. Veía por el retrovisor a Boris —ahora totalmente despierto—, que miraba a derecha e izquierda a través de la ventanilla, aunque la hierba era tan alta que impedía disfrutar de cualquier vista de conjunto.

Al acercarnos vi que una gran extensión del campo contiguo a la casa había sido utilizada como aparcamiento. Enfilé hacia los coches aparcados y al finalizar el descenso vi que eran casi un centenar de vehículos, muchos de ellos pulidos en extremo para la ocasión. Di unas cuantas vueltas en busca de un lugar para aparcar, y me detuve no lejos del muro medio desmoronado del patio.

Me bajé del coche y estiré brazos y piernas. Cuando me volví advertí que Sophie y Boris se habían apeado también y que Sophie arreglaba con gran cuidado la apariencia del chico.

—Y recuerda —le estaba diciendo—. Nadie en esa sala es más importante que tú.

No dejes de decírtelo continuamente. Además, no vamos a quedarnos demasiado.

Estaba a punto de dirigirme hacia la entrada cuando me llamó la atención algo que entrevi por el rabillo del ojo. Me volví y observé que había un viejo y destartado coche abandonado en medio de la hierba, cerca de donde habíamos aparcado. Los demás invitados habían dejado un gran espacio libre en torno a él, como tratando de evitar que su chapa oxidada y su degradación general pudiera contaminar sus flamantes vehículos.

Di unos pasos hacia el viejo y ruinoso trasto. Se hallaba medio hundido en tierra, y la hierba crecía libremente a su alrededor de forma que ni siquiera lo habría visto si el último sol del atardecer no hubiera arrancado unos destellos en su capó semioculto. No tenía ruedas, y la puerta del conductor había sido arrancada de sus pernios. La pintura había sido retocada numerosas veces, y en el último retoque parecía haberse utilizado pintura a brocha, normal y corriente, y que el trabajo había sido abandonado a medias. Los guardabarros traseros habían sido reemplazados por otros dispares procedentes de otros coches. Pese a todo, e incluso antes de que lo hubiera examinado más detenidamente, supe que estaba contemplando los restos del viejo coche familiar que mi padre había utilizado durante años.

Como es lógico, había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que lo había visto. El volverlo a ver en aquel lamentable estado trajo a mi memoria sus últimos días con nosotros, cuando era ya tan viejo que me producía verdadero embarazo el que mis padres siguieran utilizándolo. Hacia el final de sus días, recordé, yo había empezado a urdir complejas tretas para evitar viajar en él, tal era el miedo que me producía la eventualidad de que pudiera vernos un compañero de clase o un maestro. Pero eso sólo fue al final. Durante muchos años me había aferrado a la creencia de que nuestro coche —pese a ser bastante barato— era de algún modo superior a casi todos los que circulaban por las carreteras del mundo, y que ésa era la razón por la que mi padre no lo arrumbaba y se compraba otro. Lo recordaba aparcado en el camino de entrada de nuestra casita de Worcestershire, con su pintura y sus cromados relucientes, y recordaba cómo me quedaba mirándolo de cuando en cuando, durante varios minutos, pletórico de orgullo. Muchas tardes —en especial los domingos— las pasaba jugando dentro y fuera de él. A veces sacaba juguetes de casa —puede que hasta mi colección de soldaditos de plástico— y los colocaba encima del asiento trasero. Pero lo más normal era que me limitara a desarrollar tramas sin cuento alrededor de él, disparando con mi pistola a través de las ventanillas o poniéndome al volante y llevando a cabo persecuciones a velocidades temerarias. De vez en cuando mi madre se asomaba desde la casa para decirme que dejara de cerrar de golpe las portezuelas del coche, porque el ruido la iba a volver loca, y que si daba otro portazo más me iba a «arrancar la piel a tiras». Podía verla con nitidez, de pie en la puerta trasera de la casita, gritándome en dirección al coche. La casa era pequeña,

pero estaba situada en plena campiña, en un terreno de media hectárea de hierba. Ante nuestra verja pasaba un sendero que llevaba a la granja local, y que dos veces al día era recorrido por una hilera de vacas conducidas por granjeros adolescentes con palos llenos de barro. Mi padre siempre dejaba el coche en el camino de entrada, con la trasera hacia el sendero, y yo solía abandonar lo que estuviera haciendo para contemplar a través de la ventanilla trasera aquellas procesiones de vacas.

Lo que llamábamos «el camino de entrada» no era sino una franja de hierba a un costado de la casa. Nunca había sido pavimentada, y cuando llovía se inundaba y las ruedas del coche se hundían en el agua, lo que sin duda había agudizado sus problemas de oxidación y acelerado el proceso hasta su actual estado. Pero, de niño, los días lluviosos constituían para mí una auténtica delicia. Porque la lluvia no sólo creaba en el interior del coche una atmósfera especialmente confortable, sino porque me proporcionaba el reto añadido de tener que brincar sobre canales de barro cada vez que me montaba o apeaba. Al principio mis padres desaprobaban esta práctica, argumentando que manchaba la tapicería, pero cuando el coche tuvo unos cuantos años dejaron de preocuparse por esos detalles. Los portazos, sin embargo, siguieron molestando a mi madre a lo largo de todo el tiempo en que tuvimos el coche. Una verdadera pena, ya que los portazos eran vitales para la puesta en escena de mis guiones, pues subrayaban los momentos de mayor tensión dramática. Las cosas se complicaban con el hecho de que mi madre a veces se pasaba semanas, incluso meses, sin quejarse de los portazos, hasta que yo llegaba a olvidar que constituyeran una fuente de conflictos. Y un buen día, cuando me encontraba absolutamente absorto en alguna trama dramática, aparecía de pronto enormemente disgustada y me decía que si volvía a hacerlo me «arrancaría la piel a tiras». En más de una ocasión la amenaza me llegaba en un momento en el que la portezuela estaba de hecho entreabierta, y me veía en el dilema de si debía dejarla abierta cuando terminara mis juegos —aunque pudiera quedarse así toda la noche— o debía arriesgarme a cerrarla con la mayor suavidad posible. Tal dilema me atormentaría ya todo el resto de mi jornada de juegos con el coche, y aguaría a conciencia mi disfrute.

—¿Qué estás haciendo? —dijo la voz de Sophie a mi espalda—. Tendríamos que entrar ya.

Caí en la cuenta de que me hablaba a mí, pero me hallaba tan transportado por el descubrimiento de nuestro viejo coche que respondí algo entre dientes de forma maquinal. Y luego oí que me decía:

—¿Qué te pasa? Cualquiera diría que te has enamorado de ese cacharro...

Sólo entonces me percaté de que casi lo estaba abrazando: había pegado la mejilla contra su techo, mientras mis manos describían suaves movimientos circulares sobre su roñosa chapa. Me enderecé y solté una rápida carcajada, y me volví y vi que Sophie y Boris me miraban con fijeza.

—¿Enamorado de *esto*? Bromeas. —Lancé otra carcajada—. Es criminal cómo la gente va dejando por ahí este tipo de desechos...

Como seguían mirándome, grité:

—¡Qué asqueroso montón de chatarra!

Y le propiné unas cuantas patadas. Ello pareció contentarles y ambos dejaron de mirarme. Y entonces vi que Sophie, que instantes antes me instaba para que me diera prisa, seguía preocupada por el aspecto de Boris (ahora lo estaba peinando).

Volví a dedicar mi atención al coche, inquieto ante la posibilidad de haberle causado algún desperfecto con mis patadas. Tras un detenido examen comprobé que tan sólo se habían desprendido unos cuantos desconchones de óxido, pero seguía sintiendo intensos remordimientos por haberme mostrado tan duro e insensible. Me abrí paso entre la hierba y rodeé el coche, y una vez en el otro lado miré a través de la ventanilla trasera. Algún objeto volante debía de haber chocado contra la ventanilla, pero el cristal había resistido sin romperse, y a través de la zona astillada del impacto contemplé el asiento trasero donde tantas horas felices había pasado en la infancia. Vi que gran parte de él estaba cubierto de hongos. El agua de lluvia había formado un pequeño charco en el ángulo entre la almohadilla del asiento y el apoyabrazos. Cuando tiré de la portezuela, ésta se abrió sin gran dificultad, pero a medio camino se quedó atascada en la tupida hierba. La abertura, sin embargo, era lo suficientemente amplia como para permitirme introducirme en el interior del habitáculo, y al cabo de una pequeña pugna logré cierto acomodo en el asiento.

Una vez dentro, comprobé que uno de los extremos del asiento se había hundido hasta el suelo, por lo que me hallaba sentado a una altura anormalmente baja. A través de la ventanilla más cercana a mi cabeza pude ver tallos de hierba y un cielo crepuscular rosado. Me acomodé lo mejor que pude y tiré de la puerta para volver a cerrarla —algo la detenía y no pude cerrarla por completo—, y al cabo de unos instantes logré una postura razonablemente cómoda.

Al poco empezó a invadirme un desasosiego intenso, y cerré los ojos durante un momento. Al hacerlo me vino a la mente el recuerdo de una de mis más felices excursiones familiares en aquel coche, un día en que recorrimos las poblaciones locales en busca de una bicicleta de segunda mano para mí. Fue una soleada tarde de domingo y habíamos ido de pueblo en pueblo examinando una bicicleta tras otra, y mis padres conferenciaban en el asiento delantero mientras yo iba sentado detrás, en el mismo asiento que ocupaba ahora, mirando el paisaje de Worcestershire. Eran los tiempos anteriores a la posesión rutinaria de un teléfono en toda la geografía inglesa, y mi madre llevaba en el regazo el periódico local en el que la gente que anunciaba cosas para vender facilitaba su dirección completa. No hacían falta las citas: una familia como la nuestra podía simplemente presentarse ante una puerta y decir: «Venimos por lo de la bici», y al punto se nos invitaba a ir hasta el cobertizo trasero

para el examen de rigor. La gente más amistosa nos ofrecía té, pero mi padre declinaba siempre la invitación con un comentario humorístico siempre idéntico. Una anciana, sin embargo —luego resultó que la bicicleta que vendía no era una «bici de chico» sino la de su marido recientemente fallecido—, había insistido en que pasáramos a la casa. «Siempre es un gran placer», nos había dicho, «recibir gente como ustedes». Luego, mientras estábamos sentados en su pequeña y soleada sala con las tazas de té en la mano, había vuelto a referirse a nosotros con la expresión «gente como ustedes», y de súbito, mientras escuchábamos la disertación de mi padre sobre el tipo de bicicleta más adecuada para un chico de mi edad, caí en la cuenta de que para aquella anciana mis padres y yo representábamos el ideal de la felicidad familiar. Una enorme tensión me había invadido a partir de tal revelación, tensión que no hizo sino aumentar en mi interior a lo largo de la media hora que permanecimos en aquella casa. No es que temiera que mis padres no lograran representar adecuadamente su habitual pantomima (resultaba impensable que de pronto dieran comienzo a una de sus peleas, aunque sólo fuera en su versión más aséptica), pero había llegado al convencimiento de que en cualquier momento cualquier signo, acaso cualquier olor, haría que la anciana cayera en la cuenta de la enormidad de su error, y yo aguardaba horrorizado el instante en que se quedaría paralizada de espanto ante nosotros.

Sentado en el asiento trasero del viejo coche, traté de recordar cómo había acabado aquella tarde, pero mi mente había vagado hasta otra tarde totalmente diferente, una tarde de lluvia torrencial en que salí de casa para subirme al coche, al santuario del asiento trasero de aquel coche, mientras la pelea conyugal seguía tronando en el interior de la casa. Aquella tarde me había tendido boca arriba en el asiento, con la parte superior de la cabeza encajada bajo el apoyabrazos. Desde aquella posición privilegiada lo único que podía ver era la lluvia que se deslizaba por los cristales de las ventanillas. En aquel momento mi más hondo deseo era seguir allí tendido sin que nadie me molestara, permanecer allí hora tras hora... Pero la experiencia me había enseñado que mi padre emergería de la casa en cualquier momento, pasaría por delante del coche, bajaría hasta la verja y saldría al camino..., de modo que había seguido allí tendido durante largo rato, con los oídos bien abiertos para percibir —por encima del sonido de la lluvia— el ruido metálico del pestillo de la puerta trasera. Cuando por fin llegó, me erguí como un resorte y me puse a jugar. Escenifiqué una emocionante pelea por la posesión de una pistola caída, y lo hice con una intensidad encaminada a dejar bien claro que me hallaba absorto en mi juego y no podía reparar en nada más. Sólo cuando oí que sus húmedas pisadas se aproximaban al final del camino de entrada me atreví a dejar mi juego. Luego, arrodillándome rápidamente sobre el asiento, miré con cautela por la ventanilla trasera justo a tiempo para ver la figura de mi padre en gabardina, deteniéndose en la

verja y encorvándose ligeramente al abrir el paraguas. Luego, la figura salió con paso resuelto al camino y se perdió de vista.

Debí de quedarme dormido porque me desperté dando un respingo y vi que estaba sentado en el asiento trasero del viejo coche, en medio de una total oscuridad. Sentí algo cercano al pánico, y empujé hacia afuera la portezuela más cercana. Al principio no se abrió, pero luego fue cediendo poco a poco y al final pude deslizarme fuera del coche.

Sacudiéndome la ropa, miré a mi alrededor. El caserón estaba profusamente iluminado —a través de los altos ventanales entrevi unas arañas rutilantes—, y al otro lado, junto al coche, Sophie seguía peinando a Boris. Yo estaba fuera del retazo de luz proyectado por la casa, pero Sophie y Boris se hallaban en medio de él, iluminados por completo. Mientras los estaba mirando, Sophie se inclinó hacia el retrovisor exterior para darse unos toques finales al maquillaje.

Cuando irrumpí en el espacio de luz, Boris se volvió hacia mí.

—Has tardado siglos —dijo.

—Sí, lo siento. Tenemos que ir entrando...

—Un segundo —murmuró Sophie en tono distraído, aún inclinada sobre el retrovisor.

—Tengo hambre —dijo Boris—. ¿Cuándo volvemos a casa?

—No te preocupes, no vamos a quedarnos mucho. Esa gente de ahí dentro está esperándonos, así que será mejor que entremos y les saludemos. Pero nos iremos enseguida. Volveremos a casa y pasaremos una velada estupenda. Nosotros solos.

—¿Podremos jugar al Señor de la Guerra?

—Por supuesto —dije, encantado de que al parecer el chico hubiera olvidado ya nuestra anterior disputa—. O a cualquier otro juego que te apetezca. O hasta podemos jugar a un juego y cuando estemos a medias cambiar a otro diferente porque te aburres o porque estés perdiendo..., lo que quieras, Boris. Esta noche jugaremos al juego que más te guste. Y si quieres dejarlo y charlar un rato, de fútbol, por ejemplo, pues estupendo, eso es lo que haremos. Será una noche maravillosa. Solos los tres. Pero primero tenemos que entrar y acabar cuanto antes con esto. No va a estar tan mal.

—Muy bien, estoy lista —dijo Sophie, pero en el último segundo volvió a inclinarse sobre el retrovisor.

Pasamos bajo un arco de piedra y entramos en un patio. Cuando nos acercábamos a la entrada principal, Sophie dijo:

—La verdad es que ahora estoy deseando entrar. La idea me gusta.

—Estupendo —dije yo—. Relájate y sé tú misma. Todo va a salir maravillosamente.

Una corpulenta doncella abrió la puerta. Nos adentrábamos en el espacioso vestíbulo cuando la doncella dijo en voz baja:

—Es grato volver a verle, señor.

Al oírle decir esto caí en la cuenta de que había estado antes en aquella casa (de hecho era la casa a la que me había llevado Hoffman la noche anterior).

—Ah, sí —dije, echando una ojeada a los paneles de madera de las paredes—. Es grato volver. Esta vez, como ve, he venido con mi familia.

La doncella no respondió. Quizá por deferencia, pero cuando lancé una mirada rápida a la corpulenta mujer, que aguardaba con expresión sombría junto a la puerta, no pude evitar captar cierta hostilidad. Fue entonces cuando advertí que, sobre la mesa redonda de madera que había junto al paragüero, mi cara miraba hacia arriba entre una serie de revistas y periódicos. Me acerqué a la mesa y cogí lo que resultó ser la edición vespertina del periódico local, cuya primera plana estaba enteramente dedicada a una fotografía de mi persona. La instantánea parecía tomada en un campo azotado por el viento. Entonces vi el edificio blanco del fondo y recordé la sesión fotográfica de aquella mañana en la colina. Fui con el periódico hasta una lámpara y sostuve la primera plana bajo la luz amarilla.

La fuerza del viento me echaba el pelo totalmente hacia atrás. La corbata ondeaba toda tiesa detrás de una de mis orejas. La chaqueta se me volaba también hacia la espalda, de modo que daba la impresión de que llevaba una especie de esclavina. Para mayor desconcierto aún, mis facciones exhibían una expresión de ferocidad desenfrenada. Con el puño alzado al viento, parecía hallarme lanzando algún rugido guerrero. Dios, no lograba entender cómo podía haber compuesto una pose semejante. El titular —no había otro texto en toda la plana— proclamaba: LLAMAMIENTO DE RYDER A LA UNIFICACIÓN.

Con cierto nerviosismo, abrí el periódico y vi otras seis o siete fotografías más pequeñas, todas ellas similares a la de la primera plana. Mi ademán beligerante era patente en todas ellas salvo en dos. En éstas parecía presentar con orgullo el edificio blanco que se hallaba a mi espalda, esbozando al hacerlo una extraña sonrisa que dejaba totalmente al descubierto mis dientes inferiores y ninguno de los superiores. Escruté las columnas de abajo, y encontré repetidas referencias a alguien llamado Max Sattler.

Habría seguido examinando el periódico con más detenimiento, pero sospechando como sospechaba que la hostilidad de la doncella tenía algo que ver con aquellas fotografías, empecé a sentirme decididamente incómodo. Dejé el periódico y me aparté de la mesa, con intención de dejar para más tarde el estudio detenido del reportaje.

—Es hora de entrar —les dije a Sophie y a Boris, que me esperaban sin saber qué hacer en medio del vestíbulo. Hablé en voz alta para que la doncella pudiera oírme y nos guiara hasta el lugar de la recepción, pero ella no hizo movimiento alguno, por lo que, al cabo de unos embarazosos segundos, le dirigí una sonrisa y dije—: Ya, ya. La recuerdo de anoche.

Y eché a andar hacia el interior de la casa seguido de Sophie y de Boris.

De hecho el edificio no era en absoluto como yo lo recordaba, y pronto nos encontramos en un largo pasillo de paredes revestidas de madera que me resultaba desconocido por completo. Pero no importó demasiado, porque en cuanto recorrimos un breve trecho nos llegó un fuerte rumor de voces, y al poco nos vimos ante la puerta de una sala estrecha atestada de gente con traje de etiqueta y con vasos de cóctel en la mano.

A primera vista la sala parecía mucho más pequeña que el gran salón que había albergado a los invitados la noche anterior. Al examinarla con más detenimiento, de hecho pensé que probablemente ni siquiera fuera una sala, sino un pasillo, o en el mejor de los casos un vestíbulo largo y curvo. Su forma sugería que tal vez describiera incluso un semicírculo, aunque era imposible asegurarlo mirando hacia el interior desde la puerta. En su pared externa pude ver los grandes ventanales —ahora cubiertos por cortinas—, dispuestos a todo lo largo de la curva; en la pared interna, sin embargo, había puertas. El suelo era de mármol, y del techo colgaban arañas, y aquí y allá había objetos de arte instalados sobre pedestales o en delicadas vitrinas.

Nos detuvimos en el umbral y contemplamos la escena. Miré en torno para ver si alguien venía a recibirnos, o incluso a anunciar nuestra llegada, pero aunque permanecimos inmóviles y expectantes durante varios minutos, nadie hizo ademán de invitarnos a pasar. De cuando en cuando alguien se acercaba deprisa y con paso largo en nuestra dirección, pero en el último momento nos percatábamos de que se dirigía hacia algún otro invitado.

Miré a Sophie. Rodeaba a Boris con un brazo, y ambos miraban con aprensión hacia la apretada concurrencia.

—Vamos, entremos —dije en tono despreocupado.

Dimos unos cuantos pasos hacia el interior de la sala, pero enseguida volvimos a pararnos.

Miré a mi alrededor en busca de Hoffman, o de la señorita Stratmann o de alguien conocido, pero no vi a nadie. Entonces, mientras seguía allí de pie mirando un rostro tras otro, me vino el pensamiento de que gran parte de aquella gente seguramente habría asistido también al banquete en el que Sophie había recibido aquel pésimo trato. Entendí de súbito, con absoluta claridad, todo lo que Sophie había tenido que soportar en aquella ocasión, y sentí que crecía en mi interior una ira violenta. Seguí observando a la gente y, en efecto, identifiqué al menos a un grupito —situado

inmediatamente antes de donde la sala describía la curva y se ocultaba a nuestra vista — que casi con toda certeza se contaba entre quienes tan despectivamente se habían comportado con Sophie. Los estudié con detenimiento: los hombres, con su sonrisa de suficiencia, con su modo pomposo de meterse y sacarse las manos de los bolsillos del pantalón, como para demostrar a quien quisiera verlo cuán cómodos se sentían en actos de este tipo...; las mujeres, con sus ridículos trajes de noche, con su modo de sacudir la cabeza con indolencia al reírse... Era increíble —absolutamente grotesco— que aquella gente se permitiera mofarse o mirar por encima del hombro a nadie, y menos aún a una persona como Sophie. De hecho me dije que por qué no me dirigía de inmediato a aquel grupito y les endilgaba a sus miembros un fuerte rapapolvo allí mismo, delante de sus pares. Le susurré a Sophie al oído unas palabras de aliento y crucé la sala en dirección al grupito.

Mientras me abría paso entre los invitados vi que, en efecto, la sala describía un suave semicírculo. Ahora podía ver incluso a los camareros, apostados cual centinelas a lo largo de la pared interna, con las bandejas de bebidas y canapés. Recibí algún que otro empujón involuntario —y las subsiguientes y amables peticiones de disculpas— e intercambié sonrisas con quienes trataban de avanzar en dirección opuesta, pero curiosamente nadie pareció reconocerme. En un momento dado me vi abriéndome paso entre tres hombres de edad mediana que sacudían la cabeza con desaliento ante algo, y advertí que uno de ellos llevaba bajo el brazo el periódico de la tarde. Vi mi semblante azotado por el viento asomando tras su codo, y me pregunté vagamente si el aspecto con que aparecía en las fotografías podría explicar el extraño modo en que nuestra llegada había sido pasada por alto hasta el momento. Pero me encontraba ya frente a la gente del grupito al que quería increpar, y no presté más atención a este interrogante.

Al advertir mi presencia, dos de los integrantes del grupo se apartaron hacia un lado en ademán de darme la bienvenida al corro. Hablaban —pude darme cuenta— de los objetos de arte allí expuestos, y en el preciso instante en que me planté en el centro del grupo todos asentían con la cabeza ante algo que alguien había dicho. Y acto seguido una de las mujeres dijo:

—Sí, está claro que podría trazarse una línea en esta sala, justo a partir de aquel Van Thillo. —Señaló hacia una estatuilla blanca sobre una peana, no lejos de donde estábamos—. El joven Oskar nunca ha tenido demasiada vista. Y, si he de ser justa, él lo sabía, pero lo consideró un deber, un deber para con su familia.

—Lo siento, pero tengo que estar de acuerdo con Andreas —dijo uno de los hombres—. Oskar ha sido demasiado orgulloso. Debía de haber delegado... en gente que sabía lo que no debía hacerse.

Luego otro de los hombres, dirigiéndose a mí, dijo con una amable sonrisa:

—¿Y qué opina usted sobre este asunto? Sobre la contribución de Oskar a la

colección.

La pregunta me dejó momentáneamente perplejo, pero mi ánimo no estaba dispuesto a dejarse apartar de su objetivo.

—Me parece muy bien que ustedes, señoras y señores, polemiquen sobre la incompetencia de Oskar —empecé—, pero hay algo más importante y pertinente...

—Sería excesivo —me interrumpió una mujer— llamar incompetente al joven Oskar. Su gusto era muy distinto al de su hermano, y sí, cometió alguna equivocación que otra, pero en conjunto creo que ha aportado una dimensión benéfica a la colección. Representa una ruptura con la austeridad. Sin ella, la colección sería como una buena cena sin un postre dulce. Aquel jarrón de la oruga —dijo, señalando hacia un punto situado al otro lado de los grupos más cercanos— es una auténtica delicia.

—Muy bien, muy bien... —volví a terciar con vehemencia, pero antes de que pudiera continuar, uno de los hombres dijo:

—El jarrón de la oruga es la *única*, la única de las piezas de su elección que merece ser expuesta aquí. El problema de Oskar reside en que carece de visión de conjunto de la colección, del equilibrio entre las diversas piezas.

Mi impaciencia crecía.

—Oigan —grité—, ¡basta ya! ¡Dejen de hablar un segundo, basta ya de charla fútil! ¡Dejen de hablar un segundo! ¡Permitan que alguien diga algo, alguien de fuera de este pequeño universo que ustedes parecen tan felices de habitar!

Callé y les miré. Mi firmeza había dado resultado, porque todos ellos —cuatro hombres y tres mujeres— me miraban con estupefacción. Una vez ganada su atención, mi cólera volvía a estar gozosamente bajo control, como un arma que pudiera utilizarse a voluntad. Bajé un poco la voz —había gritado más de lo previsto— y proseguí:

—¿Tiene algo de extraño, tiene algo de extraño que en esta pequeña ciudad suya tengan ustedes estos problemas, estas crisis, como alguno de ustedes ha dado en llamarlas? ¿Puede sorprender a alguien, a alguien de fuera? ¿Constituye alguna sorpresa? Nosotros, los observadores procedentes de un mundo más amplio, más grande, nos rascamos la cabeza con asombro. ¿Nos preguntamos a nosotros mismos cómo es posible que una ciudad como ésta... —sentí que alguien me tiraba del brazo, pero estaba decidido a seguir hasta el final—... que una ciudad, una comunidad como *ésta* padezca semejante crisis? ¿Nos quedamos pasmados o perplejos? ¡No! ¡En absoluto! Uno Uega a esta ciudad, ¿y qué es lo que ve de inmediato por todas partes? ¿Qué es lo que ve, ejemplificado, señoras y señores, en gente como ustedes, sí, como ustedes? Porque ustedes *tipifican*..., y lo lamento si soy injusto, si hay ejemplos aún más crasos y monstruosos bajo las piedras y las losas de esta ciudad..., a mis ojos ustedes, usted, señor, y usted, señora, sí, por mucho que lamente tener que decírselo, sí, ¡ustedes *ejemplifican* todos los fallos de esta ciudad! —La mano que tiraba de mi

manga, advertí, pertenecía a una de las mujeres a quienes me estaba dirigiendo, que alargaba la mano por detrás del hombre que estaba a mi lado. Miré hacia ella fugazmente, y continué—: Para empezar, carecen ustedes de modales. Miren cómo se tratan unos a otros. Miren el modo en que tratan a mi familia. Hasta a mí, una celebridad, su invitado... Mírense, sobremanera preocupados por la labor de coleccionista de arte de Oskar. En otras palabras, demasiado obsesionados, obsesionados por los pequeños desórdenes internos de esto que llaman «su comunidad», demasiado obsesionados por estas pequeñas cosas para ser capaces de mostrarnos siquiera el nivel mínimo de buenos modales...

La mujer que tiraba de mi brazo se desplazó hasta situarse a mi espalda, y me di cuenta de que me estaba diciendo algo para tratar de disuadirme. Hice caso omiso y proseguí:

—¡Y es aquí...! ¡Tiene que ser aquí precisamente, qué cruel ironía! ¡Sí, es aquí, a este lugar, adonde tienen que venir mis padres! Aquí precisamente, aquí, a recibir esta supuesta hospitalidad de ustedes. Qué ironía, qué crueldad, precisamente a esta ciudad, después de todos estos años... ¡Que tenga que ser una ciudad como ésta, con gente como ustedes! Mis pobres padres, ¡venir desde tan lejos para oírme tocar por primera vez en su vida! ¿Creen que esto va a hacer mi tarea más fácil, tener que dejarles al cuidado de gente como usted, y usted, y usted...?

—Señor Ryder, señor Ryder... —La mujer pegada a mi codo llevaba ya cierto tiempo tirándome con insistencia del brazo, y de pronto vi que no era otra que la señorita Collins. Al percatarme de ello perdí mi inicial empuje, y antes de que pudiera darme cuenta había logrado apartarme del grupo.

—Ah, señorita Collins —dije, algo aturdido—. Buenas noches.

—¿Sabe, señor Ryder? —dijo la señorita Collins, mientras conseguía alejarme más y más del grupo—. Estoy genuinamente sorprendida, he de admitirlo. Me refiero al nivel de fascinación reinante. Una amiga acaba de decirme que la ciudad entera está cotilleando acerca de ello. ¡Cotilleando, me asegura, de la forma más amable! Pero la verdad es que no entiendo a qué se debe todo este revuelo. ¡Sólo porque hoy he ido a zoo! No consigo entenderlo, la verdad. Accedí a hacerlo porque me convencieron de que convenía al interés general, ¿sabe?... para que Leo se porte como es debido mañana por la noche. Así que lo único que he hecho ha sido acceder a estar allí, eso es todo. Y supongo, para ser franca, que también quería decirle a Leo unas cuantas palabras de ánimo, ahora que lleva tanto tiempo sin probar la bebida. Me pareció justo reconocérselo de algún modo. Le aseguro, señor Ryder, que si Leo hubiera aguantado tanto tiempo sin beber en cualquier otro momento de estos últimos veinte años, yo habría hecho exactamente lo mismo que he hecho. Sólo que jamás se dio tal cosa hasta hoy. Así que no ha habido nada tan realmente crucial en mi presencia de hoy en el zoo.

Había dejado de tirarme del brazo, pero seguía sin soltármelo, y ahora nos paseábamos despacio entre los grupos de invitados.

—Estoy seguro de que no lo ha habido, señorita Collins —dije yo—. Y permítame asegurarle que cuando me he acercado antes a ustedes no tenía ni la más mínima intención de sacar a colación el asunto de usted y del señor Brodsky. A diferencia de la gran mayoría de la gente de esta ciudad, me siento muy contento de no fisgonear en su vida privada.

—Es muy decoroso de su parte, señor Ryder. Pero en cualquier caso, como digo, nuestro encuentro de esta tarde no ha tenido nada de importante. La gente se decepcionaría si lo supiera. Todo lo que sucedió fue que Leo se acercó a mí y me dijo: «Tienes un aspecto adorable». Justo lo que podía esperarse de Leo después de pasarse veinte años borracho. Y eso fue todo, poco más o menos. Le di las gracias, por supuesto, y le dije que tenía mejor aspecto del que le recordaba últimamente. Él miró hacia abajo, hacia sus zapatos, algo que no recuerdo haberle visto hacer jamás cuando era más joven. En aquellos tiempos no hacía nunca gestos tan tímidos. Sí, su fuego se ha apagado, lo veo claramente. Pero algo lo ha reemplazado, algo con cierta solemnidad. Bien, pues allí estaba, mirándose los zapatos, y el señor Von Winterstein y los demás caballeros como pasmarotes un poco más atrás, mirando hacia otro lado, haciendo como que se habían olvidado de nosotros. Le hice un comentario a Leo sobre el tiempo, y él levantó la mirada y dijo que sí, que los árboles estaban espléndidos. Luego empezó a decirme qué animales le gustaban de los que acababa de ver. Era evidente que no había prestado la menor atención a los animales, porque lo que me dijo fue: «Adoro estos animales. El elefante, el cocodrilo, el chimpancé...». Bien, la jaula de los monos estaba cerca, es cierto, y la habían tenido que ver al acercarse hacia la explanada, pero en ningún caso habían pasado por delante de los elefantes o los cocodrilos, y así se lo dije a Leo. Pero él dejó el asunto de lado como si yo hubiera dicho algo completamente fuera de lugar. Luego pareció presa de algo semejante al pánico. Quizá tuviera que ver con el hecho de que el señor Von Winterstein se estuviera acercando en ese momento. Ya ve, el acuerdo consistía en decirle unas cuantas palabras a Leo, así, literalmente: unas cuantas palabras. El señor Von Winterstein me había asegurado que entraría en escena al cabo de un par de minutos. Ésas habían sido mis condiciones, pero entonces, una vez que empezamos a hablar, el tiempo estipulado me pareció terriblemente insuficiente. Yo misma empecé a temer ver acercarse al señor Von Winterstein. Bueno, el caso es que Leo sabía que teníamos muy poco tiempo porque fue derecho al grano, y me dijo: «Tal vez deberíamos intentarlo de nuevo. Vivir juntos. Aún no es demasiado tarde». Tendrá que admitir, señor Ryder, que la cosa resultaba un tanto brusca después de todos estos años. Y simplemente le contesté: «Pero ¿qué íbamos a hacer tú y yo juntos? Ahora ya no tenemos nada en común». Se quedó unos segundos como

desconcertado, como si le hubiera mencionado un punto en el que él jamás hubiera reparado. Luego señaló la jaula que teníamos enfrente, y dijo: «Podríamos tener un animal. Podríamos cuidarlo juntos, quererlo juntos. Tal vez fuera eso lo que no tuvimos antes». Yo no sabía qué decir, así que seguimos allí de pie, quietos, y vi que el señor Von Winterstein empezaba a acercarse, pero debió de percibir algo, algo en la forma de estar de Leo y mía, porque cambió de opinión y se alejó de nuevo y se puso a hablar con el señor Von Braun. Luego Leo levantó un dedo en el aire, un gesto muy suyo desde siempre, levantó un dedo y dijo: «Tenía un perro, como sabes, pero se me murió ayer. Un perro no es lo apropiado. Tendremos un animal que viva mucho tiempo. Veinte, veinticinco años. Así, si lo cuidamos bien, moriremos antes que él, no tendremos que llorarle. No hemos tenido hijos, así que hagamos lo que te digo». Y yo le respondí: «No has pensado bien en el asunto. Nuestro amado animal puede que nos sobreviviera a los dos, pero lo que no es probable es que los dos muramos al mismo tiempo. Así que quizá no tuvieras que llorar a ese animal, pero si, pongamos por caso, yo muero antes que tú, tendrás que llorarme a mí». A lo que él respondió enseguida: «Eso es mejor que no tener a nadie que te llore cuando te vayas». «Pero yo no tengo ningún miedo a que pueda sucederme eso», dije yo. Le recordé que he ayudado a mucha gente en esta ciudad a lo largo de los años, y que cuando muriera no iba a faltarme quien me llorara. Y él dijo: «Nunca se sabe. Las cosas pueden irme bien de ahora en adelante. Puede que también yo tenga quien me llore cuando muera. Quizá cientos de personas». Y añadió: «¿Pero qué más me daría, si a ninguna de ellas le importaría de verdad? Las cambiaría a todas por alguien a quien yo amara y que me amara...». He de admitir, señor Ryder, que tal conversación me estaba poniendo un poco triste, y que no se me ocurría nada más que decirle. Y entonces Leo dijo: «Si hubiéramos tenido hijos, ¿cuántos años tendrían ahora? Hoy serían una maravilla». ¡Como si el llegar a ser maravillosos les hubiera llevado años! Y luego volvió a decir: «No hemos tenido hijos. Así que, en lugar de ello, hagamos esto ahora». Cuando le oí repetirlo, bueno, supongo que me quedé un poco confusa y miré por encima de su hombro hacia el señor Von Winterstein, y el señor Von Winterstein se apresuró a venir hacia nosotros haciendo algún comentario jocoso, y eso fue todo. Ahí acabó nuestra conversación.

Seguíamos paseándonos despacio por la sala, aún cogidos del brazo. Necesité unos instantes para asimilar lo que acababa de contarme. Y al final dije:

—Estaba recordando, señorita Collins... La última vez que nos vimos usted me invitó amablemente a su apartamento para hablar de mis problemas. Ahora, irónicamente, parece que de lo que habría que hablar es de las decisiones que usted debe tomar en la vida. Me pregunto qué es lo que va a decidir hacer. Porque, si me permite decirlo, se encuentra usted en una especie de encrucijada.

La señorita Collins se echó a reír.

—Oh, Dios, señor Ryder... Soy demasiado vieja para encontrarme en ninguna encrucijada. Y es demasiado tarde para que Leo se ponga a hablar de ese modo. Si esto hubiera sucedido hace siete u ocho años... —Dejó escapar un suspiro, y durante un instante fugaz una profunda tristeza le oscureció la cara. Luego volvió a esbozar una sonrisa amable—. Ya no es momento de dar comienzo a toda una nueva serie de esperanzas y miedos y sueños... Sí, sí, se apresurará usted a decirme que no soy tan vieja, que mi vida no está en absoluto acabada, y se lo agradezco. Pero el hecho es que ya es muy tarde para todo, y que sería..., bueno, digamos que resultaría lioso complicar las cosas a estas alturas. ¡Ah, el Mazursky! ¡Nunca deja de cautivarme! —Hizo un gesto en dirección a un gato de arcilla instalado sobre una peana ante la que en ese momento estábamos pasando—. No, Leo ha creado ya demasiada confusión en mi vida... Hace ya mucho tiempo que me he forjado una vida muy distinta, y si pregunta a la gente de esta ciudad, creo que la mayoría le diría que me defiende bastante bien en la vida. Y que he ayudado a muchos de ellos en los tiempos difíciles. Claro que no he podido alcanzar ni de lejos logros como los suyos, señor Ryder, pero eso no quiere decir que no disfrute de cierto sentimiento de satisfacción cuando miro hacia atrás y veo lo que he sido capaz de hacer. Sí, en conjunto me siento satisfecha de la vida que me he creado desde que me separé de Leo, y me hace bastante feliz dejar que las cosas sigan como están.

—Pero sin duda, señorita Collins, deberá al menos considerar detenidamente la nueva situación. No veo por qué no habría de aceptar como una justa recompensa, después de la buena tarea que ha llevado a cabo, el hecho de poder compartir el otoño de su vida con el hombre al que, discúlpeme que lo diga, se supone que en cierto modo sigue usted amando. Lo digo porque, bueno, ¿por qué, si no, ha seguido viviendo en esta ciudad todos estos años? ¿Por qué, si no, nunca ha pensado en la posibilidad de volver a casarse?

—Oh, *sí he pensado* en volver a casarme, señor Ryder. A lo largo de los años hubo al menos tres hombres con los que fácilmente me habría contentado... Pero no eran..., no eran los idóneos. Quizá sí haya algo de verdad en lo que usted dice... Leo estaba cerca, y ello hacía imposible que yo pudiera alimentar sentimientos lo suficientemente intensos hacia esos hombres. Bien, en cualquier caso, hablo de hace mucho tiempo. Su pregunta, una pregunta acaso perfectamente comprensible, es por qué no habría yo ahora de acabar mis días con Leo. Bien, considerémoslo por un momento. Leo es ahora una persona sobria y tranquila. ¿Seguirá siéndolo durante mucho tiempo? Puede que sí. Existe alguna probabilidad de que así sea, lo admito. Máxime si ahora vuelve a ganar prestigio, si vuelve a convertirse en alguien de renombre y con importantes responsabilidades. Pero si accediera a volver con él..., bueno, la cosa sería muy diferente. Leo, al cabo de poco tiempo, decidiría destruir todo lo que hubiera construido, como hizo en el pasado. ¿Y cómo quedaríamos todos

entonces? ¿Cómo quedaría esta ciudad? De hecho, señor Ryder, creo responder a un deber cívico al no aceptar la proposición de Leo.

—Perdóneme, señorita Collins, pero no puedo hurtarme a la impresión de que sus argumentos no la convencen tanto como usted querría que la convencieran. De que en alguna parte muy honda de sí misma ha estado siempre esperando y esperando volver a su antigua vida, a su vida con el señor Brodsky. De que toda la buena labor realizada, por la que sin duda la gente de esta ciudad le quedará eternamente agradecida, no ha sido esencialmente sino algo en que ocuparse mientras esperaba...

La señorita Collins inclinó la cabeza y se quedó pensando en mis palabras con una sonrisa divertida.

—Puede que haya algo de cierto en lo que dice, señor Ryder... —dijo finalmente—. Puede que yo no fuera muy consciente de la rapidez con que pasa el tiempo. Hasta hace muy poco, el año pasado en realidad, no me había dado mucha cuenta de cómo pasaba el tiempo. De que los dos nos estábamos haciendo viejos, y de que quizá era demasiado tarde para pensar en recuperar lo que teníamos antes. Sí, puede que tenga razón. Al principio, cuando lo dejé, no pensé que aquello fuera a convertirse en algo permanente. Pero ¿he estado, como usted dice, *esperando* realmente? La verdad es que no lo sé. Pensaba en las cosas desde la óptica del día a día. Y ahora el tiempo se ha ido. Pero cuando ahora pienso en ello, en mi vida, en lo que he hecho de ella, no me parece que todo haya estado tan mal... Me gustaría que las cosas siguieran así hasta el final, así, como están ahora. ¿Por qué volver a tener que ver con Leo y su animal? Todo sería demasiado complicado.

Me disponía a volver a expresarle, de la forma más delicada posible, mi escepticismo en relación con si realmente creía todo lo que me estaba diciendo, cuando me percaté de que tenía a Boris a mi lado.

—Tenemos que irnos a casa enseguida —dijo—. Mamá está empezando a estar molesta.

Miré hacia donde me estaba señalando. Sophie seguía a unos pasos de donde la había dejado al principio, completamente sola, sin hablar con nadie. Una débil sonrisa bailaba en su semblante, aunque no había nadie a quien pudiera ir dirigida. Tenía los hombros ligeramente encorvados, y su mirada parecía fija en el calzado del grupo de invitados más cercano.

La situación —era obvio— no tenía remedio. Conteniendo mi furia contra todos los presentes, le dije a Boris:

—Sí, tienes razón. Será mejor que nos vayamos. Dile a tu madre que venga. Trataremos de escabullimos sin que la gente lo note. Hemos venido, así que nadie podrá quejarse.

Recordaba de la noche anterior que el caserón lindaba con el hotel. Mientras Boris se perdía entre los invitados, me volví para mirar las puertas de la pared y traté

de recordar cuál de ellas nos había dado acceso a Stephan Hoffman y a mí al pasillo del hotel. Pero precisamente entonces, la señorita Collins, que seguía cogiéndome del brazo, empezó de nuevo a hablar, y dijo:

—Si he de ser franca, totalmente franca, habré de admitirlo. Sí, en mis momentos menos racionales, ése ha sido mi sueño.

—Oh, ¿a qué se refiere, señorita Collins?

—Bueno, a todo. A todo lo que me está sucediendo. Que Leo haya logrado serenarse, que se esté labrando un puesto digno de él en la ciudad. Que todo vuelva a estar bien, que los años terribles hayan quedado atrás para siempre. Sí, he de admitirlo, señor Ryder. Una cosa es ser sensata y razonable en las horas diurnas... Pero por las noches la cosa es totalmente diferente. A menudo, en estos últimos años, me despertaba en la oscuridad, en medio de la noche, y me quedaba tendida pensando en ello, pensando en que llegara a suceder algo semejante a esto. Ahora empieza a suceder en la realidad..., y es bastante confuso. Pero lo cierto, ¿sabe?, es que no está sucediendo *realmente*. Oh, tal vez Leo sea capaz de lograr algo en esta ciudad; tuvo mucho talento en un tiempo, y no creo que eso pueda perderse totalmente. Y sí, es cierto, nunca tuvo una oportunidad, una verdadera oportunidad, estando como estábamos. Pero para nosotros dos es demasiado tarde. Diga él lo que diga, ya es demasiado tarde...

—Señorita Collins, me gustaría tratar este asunto con usted más detenidamente. Pero me temo que ahora, en este preciso instante, tengo que marcharme.

Y, en efecto, acababa de decir esto cuando vi que Sophie y Boris cruzaban la sala en dirección a mí. Me zafé de la señorita Collins y volví a estudiar las puertas, retrocediendo unos pasos para poder ver las ocultas tras la curva. Tras examinarlas una a una, todas me parecieron vagamente familiares, pero ninguna de ellas me ofrecía excesiva confianza. Se me ocurrió que podía preguntar a alguien, pero decidí no hacerlo por miedo a atraer la atención sobre nuestra prematura partida.

Sin resolver el dilema, conduje a Sophie y a Boris hacia las puertas. Entonces empezaron a venirme a la cabeza esas secuencias cinematográficas en las que determinado personaje, deseoso de abandonar una habitación de forma contundente, abre una puerta equivocada y se da de bruces con un armario. Aunque por diferentes razones —yo deseaba abandonar la sala de forma tan inadvertida que más tarde, cuando la gente lo comentara, nadie supiera precisar cuándo nos habíamos marchado—, resultaba igualmente crucial el evitar tal situación calamitosa.

Al final me decidí por la puerta más central de la hilera, sencillamente porque era la más impresionante. Tenía incrustaciones de color perla en las acusadas concavidades de sus paneles, y sendas columnas de piedra a ambos costados. Ante cada columna había un camarero uniformado y tan rígido como un centinela. Una puerta de tal categoría, razoné, si bien podía no conducirnos directamente al hotel,

nos conduciría por fuerza a algún lugar de fuste desde donde podríamos encontrar una vía de escape, lejos de la curiosidad pública.

Haciéndoles una seña a Sophie y a Boris para que me siguieran, me acerqué a la puerta y, dirigiendo al camarero uniformado un movimiento seco de cabeza, como diciendo «no se inquiete, sé lo que estoy haciendo», la abrí. Y, para mi espanto, lo que más había temido se hizo realidad: había abierto el armario de las escobas, y lo que aún era peor: un armario de escobas lleno hasta más allá de su capacidad, desbordante de ellas. Cayeron hacia nosotros varias fregonas caseras, que fueron a dar con estrépito contra el suelo de mármol, desparramando en todas direcciones una sustancia oscura y vellosa. En el interior del armario pude ver un desordenado montón de cubos, trapos grasientos y aerosoles de limpieza.

—Disculpe —dije en un susurro al hombre uniformado más cercano, que se había apresurado a recoger las fregonas y lanzaba acusadoras miradas en nuestra dirección, y corrí hacia la puerta vecina.

Resuelto a no cometer de nuevo el mismo error, procedí a abrir la segunda puerta con suma precaución. Lo hice muy lentamente, pese a sentir multitud de ojos fijos en mi espalda, pese a apreciar una elevación de tono en el rumor de voces de la sala..., y entonces, desde muy cerca, me llegó una voz:

—Santo Dios, usted es el señor Ryder, ¿no es cierto?

Resistí la tentación de sucumbir al pánico, seguí tirando de la puerta poco a poco, sin dejar de escrutar a través de la abertura para asegurarme de que no había nada a punto de caerme encima. Y cuando, con gran alivio, vi que la puerta daba a un pasillo, crucé rápidamente el umbral e hice una urgente seña a Sophie y a Boris para que me siguieran.

Cerré la puerta a su espalda y los tres miramos a nuestro alrededor. Con cierta sensación de triunfo vi que, al segundo intento, había dado con la puerta justa y estábamos en el largo y oscuro pasillo del hotel que conducía primero al salón y luego al vestíbulo. Al principio nos quedamos inmóviles, un tanto aturridos por el brusco contraste entre el bullicio de la galería y el silencio del pasillo. Entonces Boris bostezó y dijo:

—Qué aburrimiento de fiesta.

—Horrible —dije yo, de nuevo furioso contra todos y cada uno de los invitados de la recepción—. Qué grupo más patético. No tienen ni la menor noción de lo que es una conducta civilizada. —Luego añadí—: Mamá era, con mucho, la mujer más bella de la fiesta. ¿No es cierto, Boris?

Sophie soltó una risita en la oscuridad.

—Claro que sí —dije—. La más bella con diferencia.

Boris parecía a punto de decir algo, pero en ese preciso instante oímos un ruido, como si algo se arrastrara en alguna parte del pasillo. Luego, cuando mis ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, alcancé a distinguir a cierta distancia la silueta de una gran bestia que se acercaba hacia nosotros despacio, emitiendo el mismo ruido a cada movimiento. Sophie y Boris se habían percatado de su presencia al mismo tiempo, y durante un momento los tres nos quedamos paralizados. Entonces Boris exclamó en un susurro:

—¡Es el abuelo!

Vi que, en efecto, la gran «bestia» era Gustav, que caminaba encorvado con una maleta bajo el brazo y otra en una mano, y arrastrando a su espalda otra tercera (la causante de aquel ruido extraño). Durante unos instantes pareció que no avanzaba en absoluto, que se limitaba a bambolearse sobre el terreno a un ritmo lento.

Boris corrió hacia él con impaciencia, y Sophie y yo lo seguimos con cierta indecisión. A medida que nos acercábamos, Gustav, percatándose al fin de nuestra presencia, se detuvo y se enderezó casi por entero. No pude ver su expresión en la oscuridad, pero su voz tenía un timbre alegre cuando dijo:

—Boris. Qué agradable sorpresa.

—¡Es el abuelo! —volvió a exclamar Boris. Y luego añadió—: ¿Estás ocupado?

—Sí, tengo muchísimo trabajo.

—Debes de estar muy atareado —dijo Boris. En su voz había una extraña tensión—. Muy, muy atareado.

—Sí —dijo Gustav, recuperando el aliento—. Hay muchísimo trabajo.

Me acerqué a Gustav y le dije:

—Lamentamos importarle en mitad de sus tareas. Acabamos de asistir a una

recepción, pero nos marchamos ahora mismo para casa. Vamos a darnos una gran cena.

—Ah —dijo el anciano mozo, mirándonos—. Ah, sí. Me parece estupendo. Me alegra mucho ver que estáis los tres juntos. —Luego le dijo a Boris—: ¿Cómo estás, Boris? ¿Y cómo está tu madre?

—Mamá está un poco cansada —dijo Boris—. Tenemos muchas ganas de irnos a cenar. Y luego vamos a jugar al Señor de la Guerra.

—Eso suena de maravilla. Estoy seguro de que os divertiréis de lo lindo. Bien... —Gustav hizo una pausa, y luego dijo—: Será mejor que siga con mis cosas. Tenemos muchísimo trabajo.

—Sí —dijo Boris en tono quedo.

Gustav acarició y revolvió el pelo de su nieto. Luego volvió a encorvarse y cargó de nuevo con las maletas. Tendí una mano hacia Boris para indicarle que se apartara del camino de su abuelo. Fuera porque le estuviéramos mirando, fuera porque la breve pausa le hubiera permitido recuperar algo las fuerzas, el viejo mozo parecía ahora avanzar más regularmente al pasar por nuestro lado y alejarse por el pasillo oscuro. Eché a andar en dirección al vestíbulo, pero Boris se mostraba reacio a seguirme, y se quedó mirando hacia donde la figura encorvada de su abuelo empezaba a perderse al fondo del pasillo.

—Vamos, hay que darse prisa —dije, pasándole un brazo alrededor del hombro—. Estamos todos hambrientos.

Había echado de nuevo a andar cuando oí que Sophie decía a mi espalda:

—No, es por ahí.

Me volví y vi que se agachaba junto a una pequeña puerta en la que yo no había reparado hasta entonces. De hecho, si la hubiera visto antes la habría tomado por la puerta de un armario, ya que apenas me llegaba al hombro. Sophie, sin embargo, la abrió y nos hizo una seña para que entráramos, y Boris, con aire de haberlo hecho multitud de veces antes, pasó a través de ella. Sophie siguió manteniéndola abierta y, después de una breve vacilación, me agaché yo también y pasé a través de ella a continuación de Boris.

Estaba casi convencido de que accedería a una especie de túnel y de que tendría que avanzar por él a gatas, pero de hecho me encontraba de pie en otro pasillo, más espacioso que el que acabábamos de dejar pero claramente reservado a los empleados del hotel. El suelo no estaba enmoquetado, y en las paredes podían verse tuberías desnudas. Volvíamos a estar en penumbra, aunque un poco más adelante el suelo se hallaba surcado por una franja de luz eléctrica. Caminamos un breve trecho hacia la luz, y al cabo Sophie se detuvo de nuevo y empujó una puerta de incendios que había junto a la luz. Un segundo después estábamos en el exterior, en una tranquila calle lateral contigua al edificio.

Era una noche espléndida, llena de estrellas. Miré a lo largo de la calle y vi que estaba desierta y que todas las tiendas estaban cerradas. Cuando empezamos a andar, oí que Sophie decía en tono alegre:

—Qué sorpresa, encontrarnos así con el abuelo... ¿No te parece, Boris?

Boris no respondió. Caminaba a grandes zancadas delante de nosotros, hablando entre dientes consigo mismo.

—Tú también debes de estar muerto de hambre —me decía Sophie—. Espero haber hecho comida suficiente. Me he entusiasmado tanto preparando todo eso antes, que al final no he cocinado ningún plato consistente. Esta tarde me parecía que había hecho mucho, pero ahora pienso que...

—No seas boba, será suficiente —dije yo—. Eso es exactamente lo que me apetece. Un montón de cosas para picar, una detrás de otra... Entiendo perfectamente por qué a Boris le gusta tanto ese tipo de ágapes.

—Mamá nos los solía preparar cuando yo era niña. En las noches especiales. No en los cumpleaños o en Navidad; esas fechas las festejábamos como todo el mundo. Pero en veladas que queríamos que fueran especiales, sólo para los tres, mamá solía preparar ese tipo de cosas. Montones de cositas deliciosas, una detrás de otra. Pero luego nos mudamos, y mamá no estaba bien, y ya no volvimos a disfrutar de esas cenas. Espero no haberme quedado corta. Debéis de estar tan hambrientos... — Luego, de pronto, añadió—: Lo siento. No he estado muy brillante en la recepción, ¿no crees?

Volví a verla sola y desvalida en medio de la concurrencia, y alargué el brazo y le rodeé el hombro. Ella respondió pegándose a mí con fuerza, y durante los minutos siguientes caminamos así, juntos, sin hablar, por una serie de calles laterales desiertas. En un momento dado Boris se rezagó para ponerse a nuestro lado y preguntarnos:

—¿Me dejaréis cenar sentado en el sofá?

Sophie se quedó pensativa unos instantes, y al cabo dijo:

—Sí, de acuerdo. Esta noche sí, de acuerdo.

Boris siguió andando a nuestro lado unos pasos más, y luego preguntó:

—¿Puedo cenar tumbado en el suelo?

Sophie se echó a reír.

—Bueno, por esta noche, te dejamos. Pero mañana, en el desayuno, tendrás que volver a sentarte a la mesa.

Esto pareció gustar a Boris, que echó a correr hacia adelante lleno de entusiasmo.

Nos detuvimos ante una puerta situada entre una peluquería y una panadería. La calle era estrecha, y los numerosos coches aparcados en la calzada la hacían aún más estrecha. Mientras Sophie buscaba la llave, miré hacia arriba y vi que sobre la planta baja de las tiendas había otros cuatro pisos. En algunas de las ventanas había luz, y

me llegó débilmente el sonido de un televisor.

Subí tras Sophie y Boris dos tramos de escaleras. Cuando Sophie abrió la puerta, me asaltó el pensamiento de que tal vez debía actuar como si conociera perfectamente el apartamento. Pero, por otra parte, era igualmente posible que lo que tuviera que hacer fuera comportarme como un invitado. Al pasar al interior, decidí observar atentamente cómo se comportaba Sophie y actuar en consecuencia. Y resultó que, nada más cerrar la puerta, Sophie dijo que tenía que encender el horno y desapareció en el interior del apartamento. Boris, por su parte, tiró al aire la chaqueta y echó a correr remedando el ulular de una sirena de la policía.

Abandonado en el recibidor, aproveché la oportunidad para echar una buena ojeada a mi entorno. No había la menor duda: Sophie y Boris daban por descontado mi conocimiento del apartamento, y a medida que contemplaba más y más las puertas entreabiertas, el papel pintado amarillo y sucio de las paredes, de tenues motivos florales, las tuberías vistas que ascendían del suelo al techo por detrás del perchero, sentí que volvía gradualmente a mí la memoria de aquel vestíbulo.

Al cabo de unos minutos entré en el salón. Aunque había ciertas cosas que no reconocí —la pareja de hundidos sillones a ambos lados de la abandonada chimenea eran sin duda adquisiciones recientes—, tuve la impresión de recordar aquella sala con más claridad que el vestíbulo. La gran mesa de comedor ovalada, pegada a la pared, la segunda puerta que daba a la cocina, el sofá oscuro e informe, la gastada alfombra anaranjada me resultaban nítidamente familiares. La luz indirecta —una simple bombilla con una tulipa de zaraza— proyectaba unas sombreadas formas en torno que me hicieron dudar de si se trataba o no de manchas de humedad en el papel pintado. Boris estaba echado en el suelo, en medio de la sala, y al ver que me acercaba se dio media vuelta hasta quedar boca arriba.

—He decidido hacer un experimento —declaró, dirigiéndose tanto al techo como a mí—. Voy a mantenerme con el cuello así.

Miré hacia el suelo y vi que había encogido el cuello hasta embutir la barbilla en la clavícula.

—Ya veo. ¿Y cuánto tiempo piensas estar así?

—Veinticuatro horas como mínimo.

—Bravo, Boris.

Pasé por encima de él y entré en la cocina, que era larga y estrecha y que me resultaba familiar. Las paredes mugrientas, las huellas de telarañas cerca de los frisos, los deteriorados enseres para la colada... espoleaban con insistencia los resortes de mi memoria. Sophie se había puesto un delantal y, arrodillada ante la cocina, arreglaba algo dentro del horno. Al verme alzó la mirada, hizo un comentario sobre la comida, señaló el interior del horno y rió con alborozo. Yo también reí, y luego, después de echar otra mirada a la cocina, me di media vuelta y volví a la sala.

Boris seguía echado en el suelo, y cuando me vio entrar volvió a acortar el cuello de inmediato. No le presté atención y me senté en el sofá. Vi un periódico allí al lado, sobre la alfombra, y lo cogí pensando que tal vez fuera el que publicaba en primera plana mis fotografías. Era de hacía unos días, pero decidí examinarlo de todos modos. Mientras leía la información de la primera plana —una entrevista con el señor Von Winterstein en relación con los planes de conservación de la ciudad antigua—, Boris seguía tendido sobre la alfombra, sin hablar, emitiendo de cuando en cuando unos extraños ruidos que remedaban los de un robot. Cada vez que le dirigía una mirada furtiva, veía que su cuello seguía contraído, y decidí no decir nada y esperar a que acabara él mismo con aquel ridículo juego. No sabía decir si acertaba el cuello cada vez que adivinaba que iba a mirarle o si lo tenía permanentemente contraído, y al poco dejé de interesarme. «Que se quede, pues, ahí echado», me dije a mí mismo, y seguí leyendo.

Al cabo de unos veinte minutos, Sophie entró en la sala con una fuente llena de cosas. Vi que había volovanes, banderillas, pastelillos salados..., todo ello de tamaño reducido y de aire alambicado. Sophie dejó la fuente sobre la mesa de comedor.

—Estáis muy silenciosos —dijo mirando a su alrededor—. Venga, vamos a disfrutar. ¡Boris, mira! Y aún falta otra fuente como ésta. ¡Todo lo que más te gusta! Vamos, ¿por qué no eliges un juego de mesa mientras voy a buscar lo que falta?

En cuanto Sophie volvió a la cocina, Boris se puso de pie de un brinco, fue hasta la mesa y se metió un pastelillo en la boca. Tentado estuve de hacerle notar que su cuello había vuelto a su estado normal, pero al final seguí leyendo el periódico y no le dije nada. Boris volvió a emitir su sonido de sirena y, desplazándose con rapidez por la sala, se paró ante una alta alacena que había en un rincón del fondo. Recordé que era la alacena donde se guardaban todos los juegos de mesa: las cajas anchas y planas, apiladas precariamente encima de otros juguetes y enseres de la casa. Boris siguió mirando la alacena unos instantes, y al final, con un rápido movimiento, abrió la puerta.

—¿A qué juego vamos a jugar esta noche? —preguntó.

Fingí no haberle oído y continué con mi lectura. Podía verle por el rabillo del ojo: primero volviéndose hacia mí; luego, cuando se convenció de que no iba a hacerle caso, volviendo a mirar la alacena. Durante un rato siguió allí, contemplando el montón de juegos de mesa, y de vez en cuando alargaba la mano para tocar el borde de uno u otro.

Sophie volvió con más cosas de comer. Se puso a arreglar la mesa y Boris se acercó a ella, y pude oírles discutir sin levantar la voz.

—Dijiste que podía cenar en el suelo —mantenía Boris.

Al cabo de un rato volvió a echarse en la alfombra, frente a mí, con un plato lleno de cosas a su lado.

Me levanté y fui hasta la mesa. Sophie rondaba a mi alrededor muy inquieta, observándome. Cogí un plato y estudié el contenido de las fuentes.

—Tiene una pinta estupenda —dije, mientras me servía.

Cuando volví al sofá vi que si ponía el plato sobre un cojín que tenía al lado, podría seguir leyendo el periódico mientras comía. Había decidido leerlo detenidamente, examinar hasta los anuncios de los negocios locales, y continué con mi plan, y de vez en cuando alargaba la mano hasta mi plato sin apartar la vista del periódico.

Sophie, entretanto, se había sentado en el suelo junto a Boris, y ocasionalmente le preguntaba algo: acerca de qué le parecía tal o cual pastelillo de carne, o acerca de algún compañero del colegio. Pero siempre que trataba de entablar conversación con él de este modo, Boris tenía la boca tan llena que no podía responder más que con una especie de gruñido. Y al cabo Sophie dijo:

—Bien, Boris, ¿has decidido qué juego te apetece?

Pude sentir que los ojos de Boris se volvían hacia mí. Finalmente, dijo en voz baja:

—Me da igual.

—¿Te da igual? —exclamó Sophie, incrédula. Se hizo un silencio largo, y luego dijo—: De acuerdo, pues. Si de verdad no te importa, lo elegiré yo. —Oí cómo se levantaba—. Voy a elegir uno ahora mismo.

Tal estrategia pareció surtir en Boris cierto efecto momentáneo. Se puso en pie, muy excitado, y siguió a su madre hasta la alacena, y al poco pude oírles conferenciar frente al montón de cajas con la voz un tanto ahogada, como en deferencia para con el hecho de que yo estuviera leyendo el periódico. Al final volvieron y se sentaron de nuevo sobre la alfombra.

—Venga, vamos a sacar éste —dijo Sophie—. Podemos empezar a jugar mientras comemos.

Cuando les miré de nuevo, habían desplegado ya el tablero y Boris disponía las tarjetas y las fichas de plástico con cierta dosis de entusiasmo. Me sorprendió, pues, oír que Sophie decía minutos después:

—¿Qué te pasa, Boris? Dijiste que querías éste.

—Sí, lo dije.

—Entonces, ¿qué te pasa?

Hubo un silencio, y al final Boris dijo:

—Estoy muy cansado. Como papá.

Sophie lanzó un suspiro. Luego, de pronto, dijo con voz más viva:

—Boris, papá ha comprado algo para ti.

No pude resistir la tentación de mirar por un lado del periódico, y vi que Sophie me dirigía una mirada de complicidad.

—¿Puedo dárselo ahora? —me preguntó.

Yo no tenía la menor idea de qué estaba hablando, y le devolví una mirada de perplejidad, pero ella se levantó y salió de la sala. Volvió casi inmediatamente, con el ajado manual del «hombre mañoso» que yo había comprado en el cine la noche anterior. Boris, olvidando al punto su supuesto cansancio, se puso en pie de un brinco para coger el libro, pero Sophie se lo apartó en broma, como azuzándole.

—Papá y yo salimos juntos anoche —dijo—. Fue una noche maravillosa, y en la mitad de la diversión se acordó de ti y te compró esto. Nunca has tenido nada parecido, ¿verdad, Boris?

—No le hagas pensar que es tan maravilloso... —dije yo desde detrás del periódico—. Sólo es un viejo manual.

—Un bonito detalle de papá, ¿no crees?

Lancé otra mirada furtiva. Sophie había dejado ya que Boris cogiera el libro, y él se había arrodillado sobre la alfombra para estudiarlo.

—Es fantástico —murmuró, hojeándolo—. Es fantástico. —Se detuvo en una página y se quedó con la mirada fija en ella—. Te enseña a hacer todo tipo de cosas.

Volvió varias páginas más, y al hacerlo el libro emitió un áspero crujido y se partió en dos. Boris siguió hojeándolo como si no hubiera pasado nada. Sophie, que había hecho ademán de inclinarse hacia su hijo, se detuvo al ver la reacción de Boris y volvió a ponerse derecha.

—Te enseña de todo —dijo Boris—. Es buenísimo.

Tuve la viva impresión de que me estaba hablando a mí. Seguí leyendo, y al cabo de unos segundos oí que Sophie decía con voz suave:

—Voy a buscar un poco de celo. Bastará con eso.

Oí que Sophie salía de la sala y continué leyendo. Por el rabillo del ojo veía a Boris, que seguía pasando páginas. Al cabo de unos minutos, alzó la mirada hacia mí y dijo:

—Hay una brocha especial para poner el papel pintado.

Seguí leyendo. Poco después Sophie volvió a la sala con paso vacilante.

—Es extraño. No encuentro el celo por ninguna parte —murmuraba para sí misma.

—Este libro es fantástico —le dijo Boris—. Te enseña a hacer de todo.

—Es extraño. Tal vez se haya acabado.

Volvió a salir de la sala para ir a la cocina.

Yo recordaba vagamente que había varios rollos de cinta adhesiva en la alacena donde estaban guardados los juegos de mesa, en uno de los pequeños cajones de la parte de abajo a la derecha. Pensé en dejar el periódico para ofrecerme a dirigir la búsqueda, pero Sophie volvió a entrar en la sala.

—No te preocupes —dijo—. Compraré celo mañana por la mañana, y lo

pegaremos. Ahora venga, Boris, empecemos el juego o no podremos terminarlo antes de acostarnos.

Boris no respondió. Podía oírlo allí a mi lado, sobre la alfombra, pasando páginas. —Bien, si no vas a jugar —dijo Sophie—, empezaré yo sola.

Me llegó un ruido de dados agitándose en su cubilete. Mientras seguía ocupado en la lectura del periódico, no pude evitar sentir un poco de lástima por Sophie al ver el sesgo que estaba tomando la velada. Pero Sophie tendría que haber pensado que no era posible introducir el caos que había introducido sin que tuviéramos que pagar cierto precio por ello. Además, ni siquiera había logrado superarse demasiado en la cena. No había pensado, por ejemplo, en poner sardinas sobre triángulos de pan tostado, ni pinchos de queso y salchicha. No había hecho ninguna tortilla de ningún tipo, ni patatas rellenas de queso, ni pastelillos de pescado. Ni pimientos rellenos. Ni esos pequeños tacos de pan con paté de anchoas, ni pepino cortado a lo largo, en lonchas, ni huevo duro en cuñas con los bordes en zigzag. Y no había hecho, para después, pastel de pasas, ni dedos de mantequilla, ni bollitos suizos de crema...

Caí en la cuenta poco a poco de que Sophie llevaba agitando el cubilete mucho más tiempo de lo normal. De hecho el mismo entrechocar de los dados dentro del cubilete había cambiado de tono al cabo de un rato. Ahora Sophie parecía agitarlos con indolente lentitud, como al compás de alguna melodía interna que sonara en su cabeza. Bajé el periódico, alarmado.

Sophie estaba echada en el suelo sobre un brazo estirado, postura que hacía que el pelo largo le colgara sobre el hombro, ocultándole la cara por completo. Parecía absolutamente absorta en el juego, con el cuerpo inclinado hacia un costado de un modo extraño, como si se hallara medio suspendida sobre el tablero. Y mecía suavemente todo su peso. Boris la miraba malhumorado, y pasaba la mano por la rotura del libro.

Sophie siguió agitando los dados durante treinta, cuarenta segundos, y finalmente los echó a rodar frente a ella. Se quedó estudiándolos soñadoramente, movió unas piezas sobre el tablero y volvió a agitar los dados en el cubilete. Yo percibí un vago peligro en el ambiente, y decidí que ya era hora de tomar las riendas de la situación. Tiré el periódico hacia un lado, junté las manos y me levanté del sofá.

—Tengo que volver al hotel —anuncié—. Y sugiero, muy encarecidamente, que os vayáis a la cama. Todos hemos tenido un día largo.

Cuando salí de la sala hacia el vestíbulo entrevi la expresión de sorpresa de Sophie. Segundos después, apareció a mi espalda.

—¿Te vas ya? Pero ¿has comido lo suficiente?

—Perdona. Sé que has trabajado mucho para preparar todo esto. Pero se ha hecho tarde. Mañana tengo una mañana ocupadísima.

Sophie suspiró con expresión decepcionada.

—Lo siento —dijo al final—. La velada no ha sido lo que se dice un éxito. Lo siento.

—No te preocupes. No es culpa tuya. Todos estamos muy cansados. Bueno, creo que tendré que irme.

Sophie me abrió la puerta con expresión sombría, y me dijo que me llamaría por la mañana.

Pasé varios minutos vagando por las calles desiertas, tratando de recordar el camino de vuelta hacia el hotel. Al final salí a una calle que recordaba, y empecé a disfrutar de la quietud de la noche y de la oportunidad de quedarme a solas con mis pensamientos y con el sonido de mis pasos. No pasó mucho tiempo, sin embargo, sin que volviera a sentir cierto pesar por el modo en que había acabado la velada. Pero el hecho era que, además de otras muchas cosas, Sophie había conseguido reducir al caos mi cuidadosamente planeada agenda. Y allí estaba yo en medio de la calle, a punto de apurar mi segundo día en la ciudad y no habiendo logrado sino el más superficial de los conocimientos de la crisis que se esperaba que evaluara. Recordé que me había sido imposible incluso asistir a la cita con la condesa y el alcalde, en el curso de la cual habría tenido finalmente la oportunidad de oír algo de la música de Brodsky. Aún me quedaba, claro está, tiempo más que suficiente para recuperar el terreno perdido, amén de que varias importantes reuniones por celebrar —como la que mantendría con el Grupo Ciudadano de Ayuda Mutua— acabarían por brindarme un cuadro mucho más completo de la situación de la ciudad. De todos modos, no había ninguna duda de que me había visto sometido a una presión considerable, y Sophie no podía quejarse si al final de la velada el mío no había sido el más relajado de los estados de ánimo.

Mientras rumiaba estos pensamientos había estado cruzando un puente de piedra. Hice una pausa para mirar el agua y las hileras de farolas que flanqueaban las orillas, y me vino a la cabeza que aún me quedaba la opción de aceptar la invitación de visitar a la señorita Collins. Ella, en efecto, había insinuado que se hallaba en una posición única para prestarme ayuda, y ahora, viéndome con el tiempo cada vez más limitado, pensé que una buena charla con ella podría facilitarme grandemente las cosas, al proporcionarme la información que yo mismo habría logrado reunir si Sophie no hubiera aparecido en escena. Pensé de nuevo en la sala de la señorita Collins, en las colgaduras de terciopelo y el gastado mobiliario, y sentí un intenso deseo de estar allí en aquel instante. Reanudé la marcha sobre el puente y salí a una calle oscura, resuelto a visitar a la señorita Collins en cuanto se me presentara la oportunidad a la mañana siguiente.

III

Desperté y vi que el intenso sol entraba a través de las persianas verticales, y me invadió el pánico al darme cuenta de que había perdido gran parte de la mañana. Pero entonces recordé mi decisión de la noche pasada de visitar a la señorita Collins, y me levanté de la cama mucho más calmado.

La habitación era más pequeña y estaba peor ventilada que la anterior, y volví a sentirme enojado con Hoffman por haberme obligado a mudarme. Pero el asunto de la habitación no me pareció ya tan importante como me había parecido la mañana anterior, y mientras me lavaba y vestía no me resultó difícil centrarme mentalmente en la crucial visita a la señorita Collins, visita de la que a mi juicio ahora tantas cosas dependían. Para cuando abandoné la habitación, había dejado ya de preocuparme por haberme quedado dormido —estaba seguro de que, a la larga, aquel descanso de más resultaría inestimable—, y lo que deseaba de veras era un buen desayuno ante el que organizar mis pensamientos sobre los temas que quería tratar con la señorita Collins.

Al llegar a la sala del desayuno me sorprendió oír el ruido de una aspiradora. Las puertas estaban cerradas, y cuando las empujé un poco hasta entreabrir las vi las mesas y las sillas apiladas contra las paredes y a dos mujeres en mono limpiando la alfombra. La perspectiva de tener que mantener una entrevista tan crucial con el estómago vacío no me hacía muy feliz, así que volví al vestíbulo bastante disgustado. Pasé ante un grupo de turistas norteamericanos y llegué al mostrador de recepción. El recepcionista estaba sentado leyendo una revista, pero al verme se levantó de inmediato.

—Buenos días, señor Ryder.

—Buenos días. Estoy un tanto decepcionado al ver que no sigue sirviéndose el desayuno.

El recepcionista se quedó un momento perplejo. Y luego dijo:

—Normalmente, señor, incluso a esta hora podría haber alguien que le sirviese el desayuno. Pero, claro, siendo el día que es, la mayoría de los empleados están en la sala de conciertos ayudando en los preparativos. El propio señor Hoffman está allí desde muy temprano. Me temo, pues, que estamos trabajando a media máquina. Por desgracia también hemos cerrado el atrio hasta la hora del almuerzo. Claro que si se trata sólo de café y unos bollos...

—Está bien, no se preocupe —dije con frialdad—. No tengo tiempo para esperar a que lo organicen todo para servírmelos. Tendré que pasarme sin desayuno esta mañana.

El empleado empezó a disculparse, pero le corté con un movimiento de la mano y me alejé de la recepción.

Salí del hotel al sol de la calle. No fue hasta después de haber caminado cierta distancia bordeando el denso tráfico cuando caí en la cuenta de que no recordaba bien la dirección de la señorita Collins. No había prestado mucha atención cuando habíamos ido con Stephan hasta su apartamento, y además ahora, con las calles atestadas de peatones y el denso tráfico, todo me resultaba irreconocible. Me detuve un momento en la acera y consideré la idea de preguntar a algún viandante. Razoné que la señorita Collins era lo suficientemente conocida en la ciudad como para que no resultara descabellado preguntar dónde vivía. A punto estaba de abordar a un hombre trajeado que se acercaba hacia mí cuando sentí que alguien me tocaba el hombro a mi espalda.

—Buenos días, señor.

Me volví y vi a Gustav, cargado con una gran caja de cartón cuyas dimensiones ocultaban prácticamente la parte superior de su cuerpo. Jadeaba pesadamente, aunque no sabría precisar si era debido sólo al peso que acarreaba o también al hecho de haber corrido para alcanzarme. En cualquier caso, cuando le saludé y pregunté adónde iba tardó algunos segundos en responderme.

—Oh, llevo esto a la sala de conciertos, señor —dijo al fin—. Las cosas de mayor tamaño las llevaron en furgoneta anoche, pero se necesitan aún montones de cosas. Llevo yendo y viniendo del hotel a la sala de conciertos desde esta mañana temprano. Allí todos están ya muy ilusionados, puedo asegurárselo. Hay un ambiente francamente bueno.

—Me alegra oírlo —dije—. Yo también espero con expectación el acontecimiento. Pero ahora me pregunto si podrá usted ayudarme. Tengo una cita en el apartamento de la señorita Collins, pero me temo que me he extraviado un poco...

—¿La señorita Collins? Entonces no está muy lejos. Es por aquí, señor. Iré con usted, si no le importa. Oh, no, no se preocupe, señor, me viene de camino.

La caja no era quizá tan pesada como parecía, porque en cuanto echamos a andar Gustav se mantuvo sin dificultad a mi lado.

—Me alegra haber coincidido con usted, señor —siguió diciendo—, porque, si he de ser franco, hay algo que quiero exponerle. De hecho quiero pedírselo desde que lo conocí, pero con una cosa y otra no he tenido ocasión de hacerlo. Y ahora casi tenemos encima la velada y aún sigo sin pedírselo. Es algo que surgió hace unas semanas en el Café de Hungría, en una de nuestras reuniones dominicales; no mucho después de que nos enteráramos de que usted vendría a la ciudad, y, claro, no hacíamos más que hablar de ello, como todo el mundo. Y alguien, creo que Gianni, dijo que había leído que usted era una persona como es debido, todo lo contrario de esos tipos que son como *prima donnas*, que usted tenía fama de preocuparse seriamente por los ciudadanos de a pie. Estaba diciendo todo esto, señor, y estábamos en la mesa unos ocho o nueve, Josef no estaba esa noche, y mirábamos la puesta de

sol sobre la plaza, y creo que a todos se nos ocurrió lo mismo al mismo tiempo. Al principio nos quedamos allí sentados en silencio, sin que nadie se atreviera a decirlo en voz alta. Y al final fue Karl, muy típico de él, quien dijo lo que todos estábamos pensando: «¿Por qué no se lo pedimos?», dijo. «¿Perdemos algo con hacerlo? Al menos deberíamos pedírselo. Parece un tipo totalmente diferente de aquel otro. A lo mejor accede, nunca se sabe. ¿Por qué no se lo pedimos? Puede que jamás se nos vuelva a presentar la ocasión de hacerlo». Y entonces nos vimos de pronto hablando y hablando de ello, y desde entonces, señor, si he serle sincero, nunca hemos estado juntos mucho tiempo sin que acabara surgiendo el tema. Estábamos hablando de cualquier otra cosa, y todo el mundo riendo, por ejemplo, y de pronto se hacía un silencio y caíamos en la cuenta de que estábamos pensando en ello de nuevo. Y empecé a sentir cierta lástima de mí mismo, señor, porque, como yo le había visto unas cuantas veces, era a mí a quien correspondía el honor de hablar con usted, y, ya ve, hasta hoy no he tenido el valor necesario para hacerlo. Y henos aquí, a apenas unas horas del evento, y aún no se lo he pedido. ¿Cómo explicárselo a los chicos el domingo? De hecho, señor, me he levantado esta mañana y me he dicho: tengo que encontrarle, al menos tengo que planteárselo al señor Ryder... Los chicos dependen de ello. Pero entonces ha habido tanto que hacer, y usted tenía una agenda tan apretada..., que he pensado, bien, es muy probable que haya perdido mi última oportunidad. Así que ya ve, estoy tan contento de que hayamos coincidido... Espero que no le importe que se lo exponga, y, por supuesto, si juzga que le estamos pidiendo algo imposible, entonces no habrá nada más que hablar, como es lógico, y los chicos lo aceptarán perfectamente, oh, sí, no hay duda de eso...

Habíamos doblado una esquina y entrado en un bulevar lleno de gente. Gustav se quedó callado al cruzar un paso de peatones, y siguió en silencio hasta la otra acera, y cuando pasábamos por delante de una hilera de cafés italianos dijo:

—Seguro que ha adivinado lo que voy a pedirle, señor. Lo que necesitamos es una breve mención. Eso es todo, señor.

—¿Una breve mención?

—Sólo una breve mención, señor. Como sabe, muchos de nosotros hemos trabajado años y años por intentar cambiar la actitud de esta ciudad en relación con nuestra profesión. Puede que hayamos conseguido algo, pero en conjunto no hemos logrado un gran impacto general, y, bueno, sentimos, como es lógico, cierta frustración al respecto. Nos vamos haciendo viejos, y tenemos la sensación de que quizá la situación no cambie nunca. Pero si esta noche usted dice unas palabras, señor... Eso podría cambiar el curso de las cosas. Podría constituir un hito histórico en nuestra profesión. Así es como lo ven los chicos. De hecho, señor, algunos de ellos creen que se trata de la última oportunidad, al menos para nuestra generación. ¿Cuándo se nos volverá a presentar una ocasión semejante? Se lo preguntan una y

otra vez. Así que ya está, ya se lo he pedido, señor. Por supuesto que si no le parece pertinente... Yo lo entendería perfectamente, dado que ha venido usted a tratar temas de tanta importancia, y que la cuestión de la que le hablo es tan nimia... Si le resulta imposible, por favor dígamelo y será la última vez que oír hablar del asunto.

Me quedé pensativo unos instantes, consciente de que Gustav me estaba mirando con intensidad desde un lado de la caja.

—¿Me está sugiriendo... —dije al cabo— que haga una pequeña mención de ustedes... durante mi alocución a la gente de esta ciudad?

—Nada más que unas palabras. Como mucho.

Ciertamente, la idea de ayudar al viejo mozo y a sus colegas de aquel modo tenía su atractivo. Pensé en ello unos instantes, y luego dije:

—Muy bien. Me encantará decir algo en su favor.

Oí cómo Gustav aspiraba profundamente mientras asimilaba el impacto de mi respuesta.

—Le quedaremos eternamente agradecidos, señor.

Iba a decir algo más, pero por alguna razón que desconozco decidí frustrar momentáneamente su intento de seguir expresándome su gratitud.

—Sí, pensemos un instante en ello, ¿cómo podríamos hacerlo? —dije inmediatamente, adoptando un aire preocupado—. Sí, al subir al estrado podría decir algo como: «Antes de empezar, hay un modesto aunque importante punto que me gustaría tratar». Algo así. Sí, no sería nada difícil...

De pronto vi con absoluta nitidez el grupo de hombres mayores, fuertes y robustos, congregados en una mesa de café, con expresión de incredulidad, de inefable dicha en el semblante ante el anuncio de la nueva por parte de Gustav. Me vi a mí mismo acercándome a ellos, callada y discretamente, y vi sus caras volviéndose para mirarme. Mientras lo veía todo mentalmente, era consciente de que Gustav seguía a mi lado, muriéndose de ganas de concluir su expresión de agradecimiento, pero yo proseguí mi discurso.

—Sí, sí... «Un modesto aunque importante punto», podría decirles. «Hay algo que, habiendo visitado muchas otras ciudades en el mundo, encuentro hartamente peculiar en ésta...». Quizá «peculiar» sea demasiado fuerte. Quizá debería decir «excéntrico»...

—Oh, sí, señor —me interrumpió Gustav—. «Excéntrico» sería un término estupendo. No queremos suscitar antagonismos de ningún tipo. Precisamente por eso constituye usted una oportunidad única para nosotros. ¿Lo ve? Porque aunque dentro de unos años otra celebridad como usted accediera a venir a esta ciudad, y aunque lográramos persuadirle para que hablara en nuestro favor, ¿qué probabilidades habría, señor, de que tuviera su tacto? «Excéntrico» sería un término perfecto, señor.

—Sí, sí —continuó—. Y aquí haría quizá una pausa, y miraría a la gente con

expresión ligeramente acusadora, de forma que todo el mundo, el auditorio entero, guardaría silencio a la espera de mis palabras. Y al final podría decir algo como..., bueno, déjeme pensar..., podría decir: «Señoras y señores, para ustedes, vecinos de esta ciudad durante muchos años, tal vez resulten normales ciertas cosas que a un forastero se le antojarían decididamente *llamativas...*».

Gustav, de pronto, se detuvo. Al principio pensé que quizá lo hacía porque su urgencia por expresarme su agradecimiento se había vuelto irrefrenable. Pero luego le miré y me di cuenta de que no se trataba de eso. Se había quedado paralizado en la acera, con la cabeza pegada a la caja, con la mejilla aplastada de plano contra uno de sus lados. Tenía los ojos cerrados, apretados, y la expresión ceñuda, como si tratara de realizar un cálculo mental complicado. Entonces, mientras lo estaba mirando, la nuez se le empezó a mover despacio de arriba abajo, una, dos, tres veces...

—¿Se siente bien? —le pregunté, pasándole un brazo por la espalda—. Santo Dios, debería sentarse en alguna parte.

Empecé a liberarle de la caja, pero las manos de Gustav no la soltaban.

—No, no, señor —dijo, con los ojos aún cerrados—. Estoy perfectamente.

—¿Está seguro?

—Sí, sí. Estoy perfectamente.

Siguió unos cuantos segundos completamente inmóvil. Luego abrió los ojos y miró a su alrededor, soltó una débil risita y echó de nuevo a andar.

—No se hace idea de lo que esto va a significar para nosotros, señor —dijo después de avanzar varios pasos a mi lado—. Al cabo de todos estos años... —Sacudió la cabeza, sonriendo—. Les comunicaré la nueva a los chicos en cuanto pueda. Esta mañana tengo un montón de trabajo, pero bastará con que llame por teléfono a Josef. Él se lo contará a los demás. ¿Se imagina, señor, lo que significará para ellos? Oh, allí es donde tiene que torcer. Yo tengo que seguir un poco más. Pero no se preocupe, señor, estoy perfectamente. El apartamento de la señorita Collins, como sabe, está justo por allá, a su izquierda. Bueno, señor, no alcanzo a expresar lo agradecido que le estoy. Los chicos van a esperar el acto de esta noche como no han esperado nada en toda su vida. Lo sé, señor.

Deseándole un buen día, tomé la calle que me había indicado. Cuando, después de unos cuantos pasos, miré por encima del hombro vi que Gustav seguía de pie en la esquina, mirándome desde un lado de la caja. Al ver que me volvía me dirigió un gesto enérgico con la cabeza —la caja le impedía decirme adiós con la mano— y siguió su camino.

La calle era sobre todo residencial. Después de unas cuantas manzanas se hizo más tranquila, y empecé a ver las casas de pisos con balcones de estilo español que recordaba haber visto la noche en que recorrimos la calle en el coche de Stephan.

Eran manzanas y manzanas de casas del mismo estilo, y mientras seguía andando temí no poder reconocer la casa frente a la cual habíamos esperado Boris y yo aquella noche. Pero de pronto me vi parado ante un portal que me resultaba decididamente familiar, e instantes después subí los escalones y miré a través de los cristales que flanqueaban la puerta.

El portal estaba decorado de un modo neutro, y apenas lo reconocí. Entonces recordé que aquella noche había observado cómo hablaban durante unos segundos Stephan y la señorita Collins en la sala que daba a la calle antes de desaparecer en el interior del apartamento, y a riesgo de ser tomado por un merodeador pasé una pierna por encima del murete y asomé el cuerpo hacia un costado para mirar por la ventana más cercana. El intenso sol me dificultaba la visión del interior de la vivienda, pero alcancé a vislumbrar a un hombre menudo y robusto con camisa blanca y corbata, sentado a solas en un sillón, con la vista dirigida casi directamente hacia la ventana. Sus ojos parecían fijos en mí, pero tenía una expresión vacía y era difícil decir si me había visto o simplemente se hallaba absorto en sus pensamientos. Nada de aquello me decía gran cosa, pero cuando retiré la pierna del murete y volví a mirar la puerta me convencí de que, en efecto, no me equivocaba, y toqué el timbre del apartamento de la planta baja.

Al cabo de unos segundos vi con agrado, a través de uno de los paneles acristalados, que la figura de la señorita Collins venía hacia la puerta.

—Ah, señor Ryder —dijo al abrirla—. Me preguntaba si le vería esta mañana.

—¿Cómo está, señorita Collins? Después de pensarlo bien, he decidido aceptar su amable invitación para que la visitara. Pero veo que tiene ya una visita —dije, señalando hacia la sala—. Tal vez prefiera que vuelva en otro momento.

—Ni lo mencione siquiera, señor Ryder. En realidad, aunque le parezca que estoy muy ocupada, esta mañana, comparada con cualquier otra, podría calificarse de tranquila. Como ve, sólo hay una persona esperando. Ahora estoy con una pareja joven. Llevo ya hablando con ellos una hora, pero sus problemas están tan hondamente anclados, tienen tanto de que hablar (no han podido hacerlo hasta hoy), que no he tenido corazón para meterles prisa. Pero si no le importa esperar en la sala, no tardaré mucho. —Luego, bajando la voz, añadió—: El caballero que está esperando..., pobre hombre, se siente tan perdido y solo que necesita que alguien le escuche unos minutos, eso es todo. No me llevará mucho tiempo; lo despediré enseguida. Viene prácticamente todas las mañanas, y no le molesta que de vez en cuando le meta prisa. Suelo dedicarle mucho tiempo. —Su voz, entonces, volvió a recuperar el tono normal, y prosiguió—: Bien, por favor, pase, señor Ryder, no se quede ahí fuera, aunque ya veo que hace un día espléndido. Si le apetece, y si no hay nadie esperando, luego podemos ir a pasear al Sternberg Garden. Está muy cerca, y tenemos mucho de que hablar, estoy segura. De hecho, llevo ya bastante tiempo

pensando en su situación...

—Cuan amable de su parte, señorita Collins. En realidad, sabía que estaría ocupada esta mañana, y no habría venido a verla si no me viera apremiado por cierta urgencia. Verá, el caso es que... —dejé escapar un fuerte suspiro y sacudí la cabeza—, el caso es que, por una u otra razón, no he podido ocuparme de las cosas según lo tenía planeado, y ahora aquí me tiene, el tiempo se me acaba y... Bueno, para empezar, como ya sabe, está la charla de esta noche, y si he de serle franco, señorita Collins... —llegué casi a callarme, pero vi que me miraba con expresión afable e hice un esfuerzo para continuar—: Para serle franco, señorita Collins, hay una serie de temas, de temas locales, sobre los que me gustaría consultarle antes de que..., antes de terminar... —hice una pausa para tratar de atajar el temblor de mi voz—, antes de terminar de preparar mi discurso. Después de todo, esa gente tiene puestas en mí tantas expectativas...

—Señor Ryder, señor Ryder... —dijo la señorita Collins, poniéndome una mano en el hombro—. Cállese. Y no se quede ahí, por favor. Por aquí, así está mejor. Ahora deje de preocuparse. Es perfectamente comprensible que se encuentre un poco agitado a estas alturas. Es natural que así sea. De hecho, resulta digno de elogio el que se preocupe tanto. Hablaremos de esos temas, de esos temas locales, no se preocupe, nos ocuparemos de ello enseguida. Pero déjeme decirle lo siguiente, señor Ryder: creo que se preocupa usted innecesariamente. Sí, esta noche tendrá sobre sus espaldas un montón de responsabilidades, pero ya se ha enfrentado a situaciones similares otras muchas veces, y según tengo entendido siempre salió airoso del empeño. ¿Por qué habría de ser diferente ahora?

—Pero lo que le estoy diciendo, señorita Collins —dije, interrumpiéndola—, es que esta vez es completamente diferente. Esta vez no he podido *ocuparme de ello*... —Volví a suspirar—. El hecho es que no me ha sido posible preparar mi discurso como suelo hacerlo...

—Hablaremos de ello enseguida. Pero estoy segura, señor Ryder, de que está sacando las cosas de quicio. ¿Por qué tiene que preocuparse tanto? Posee una maestría sin par, es un hombre de genio reconocido internacionalmente, así que la verdad, no sé de qué tiene miedo. Lo cierto es que... —volvió a bajar la voz— la gente de una ciudad como ésta le quedaría agradecida por *cualquier* cosa que usted se dignara ofrecerle... Límitese a hablarles de sus impresiones generales; no van a quejarse. No tiene por qué tener miedo.

Asentí con la cabeza, consciente de que no carecía de razón, y casi inmediatamente sentí que crecía en mi interior cierta zozobra.

—Pero hablaremos detenidamente de ello más tarde. —La señorita Collins, con la mano aún en mi hombro, me hacía pasar a la salita—. Le prometo no tardar. Por favor, siéntese y póngase cómodo.

Entré en una pequeña sala cuadrangular llena de sol y de flores frescas. La variedad dispar de los sillones evocaba la sala de espera de un dentista o un médico, lo mismo que las revistas que había sobre la mesita. Al ver a la señorita Collins, el hombre robusto se levantó inmediatamente, bien por cortesía o bien porque pensaba que le iba a hacer pasar en aquel mismo momento. Pensé que nos iba a presentar, pero el protocolo parecía ser el de rigor en toda sala de espera, porque la señorita Collins se limitó a sonreírle antes de desaparecer por la Puerta que daba al interior del apartamento, susurrando una disculpa —según me pareció— dirigida a ambos:

—No tardo nada.

El hombre robusto volvió a sentarse y fijó la mirada en el suelo. Por un momento pensé que iba a decir algo, pero cuando vi que permanecía en silencio me volví y tomé asiento en un sofá de mimbre bañado por el sol y situado en la ventana salediza por la que antes había atisbado el interior del apartamento. Cuando me acomodé en el sofá, el mimbre crujió agradablemente. Una ancha franja de sol caía sobre mi regazo, y vi, muy cerca de mi cara, un gran jarrón con tulipanes. Me sentí cómodo inmediatamente, y en un estado anímico completamente diferente al de sólo minutos antes, al tocar el timbre de la puerta. La señorita Collins, por supuesto, tenía razón. Una ciudad como aquella agradecería cualquier cosa que se me ocurriera ofrecerle. Era casi inimaginable que la gente se pusiera a analizar a fondo —y menos aún a criticar— mis opiniones. Y como la señorita Collins había señalado, yo me había visto incontables veces en situaciones similares. Aun con el discurso menos preparado de lo que yo juzgaba deseable, sería capaz de articular una alocución de cierto fuste. Allí sentado al sol, fui tranquilizándome por momentos, al tiempo que me asombraba más y más de haber podido verme sumido en tal estado de desasosiego.

—Me estaba preguntando —dijo de pronto el hombre robusto— si seguirás o no en contacto con la vieja pandilla. Con Tom Edwards, por ejemplo. O con Chris Farleigh. O con aquellas dos chicas que vivían en la Granja Inundada.

Entonces caí en la cuenta de que el hombre robusto era Jonathan Parkhurst, a quien había tratado bastante en mis días de estudiante en Inglaterra.

—No —dije—. Desgraciadamente he perdido el contacto con la gente de aquel tiempo. Teniendo que pasarme la vida yendo de un país a otro, me ha resultado imposible seguir viéndola.

El hombre asintió con la cabeza, sin sonreír.

—Sí, supongo que es difícil —dijo—. Bien, a ti *todos* te recuerdan. Oh, sí. Cuando volví a Inglaterra el año pasado, me encontré con unos cuantos. Al parecer se reúnen una vez al año o algo así. A veces les envidio, pero en general me alegro de no haberme quedado atado a aquel grupo. Por eso vivo aquí; aquí puedo ser quien me apetezca, la gente no espera que haga el payaso todo el tiempo. Pero ¿sabes?, cuando

volvía de visita, cuando me encontraba con ellos en aquel *pub*, volvían a empezar de inmediato: «¡Eh, mirad al viejo Parkers!», decían a gritos. Siguen llamándome así, como si el tiempo no hubiera pasado en absoluto. «¡Parkers! ¡Es el viejo Parkers!». Y se ponían a lanzar aquella especie de rebuzno para darme la bienvenida. Oh, Dios, no puedes hacerte idea de lo horrible que era. Y me veía convirtiéndome otra vez en aquel payaso patético del que al venir aquí quise escapar; sí, y tenía esa sensación desde que empezaban a dedicarme aquel grito, aquella especie de rebuzno. La verdad es que era un *pub* bastante agradable, un típico *pub* inglés de la campiña, una chimenea de verdad, todos esos adornos de latón sobre el ladrillo visto, una vieja espada sobre la repisa de la chimenea, un patrón campechano que no para de decir cosas alegres..., eso hace que sienta nostalgia, lo echo en falta aquí, pero lo demás, Dios, me entran escalofríos con sólo pensarlo... Emitían aquella especie de rebuzno, y esperaban que fuera hasta su mesa dando brincos, haciendo el payaso una vez más... Y así toda la noche; mencionaban un nombre tras otro, no como si fueran a hablar de ellos, no, sino que volvían a lanzar esos rebuznos, o se echaban a reír nada más mencionar un nuevo nombre... O sea, mencionaban el nombre de Samantha, por ejemplo, y se echaban a reír y a lanzar vítores y a armar jaleo. Y luego decían otro nombre, Roger Peacock, por ejemplo, y se ponían a entonar como un sonsonete futbolístico. Era absolutamente horrible. Pero lo peor era que todos esperaban que me pusiera a hacer el payaso, y no podía hacer nada para evitarlo. Era como si les resultara totalmente impensable que hubiera podido convertirme en alguien distinto, y entonces yo empezaba con la misma historia, las voces chistosas, las muecas..., oh, sí, me di cuenta de que podía seguir haciéndolo perfectamente, como antaño... Supongo que no veían razón alguna para pensar que aquí no seguía haciéndolo. De hecho fue exactamente lo que uno de ellos dijo. Creo que fue Tom Edwards. En un momento de la velada, cuando todos estaban ya muy borrachos, me dio una fuerte palmada en la espalda y dijo: «¡Parkers! ¡Lo que deben de quererte allí, Parkers! ¡Parkers!». Supongo que fue después de que les brindara alguno de mis números; puede que les hubiera estado contando algo de la vida de esta ciudad y que estuviera parodiándolo, quién sabe... El caso es que eso es lo que dijo, y los demás reían y reían. Oh, sí, tuve un éxito tremendo. No dejaban de decirme lo mucho que me echaban de menos, lo divertido que era, oh, y hacía tanto tiempo que nadie me decía eso, tanto tiempo que nadie me recibía así, de un modo tan caluroso y amistoso... Y, sin embargo, ¿por qué diablos estaba haciendo todo aquello de nuevo? Me había jurado no volver a hacerlo, por eso me vine aquí. Incluso cuando iba hacia el *pub* me lo iba diciendo, incluso cuando iba acercándome por el camino; era una noche muy fría, con niebla, fría de verdad, y me iba diciendo que aquello había sido mucho tiempo atrás, que yo ya no era así, que iba a demostrarles cómo era en la actualidad, y me lo iba repitiendo una y otra vez para darme fuerza, pero en cuanto entré en el *pub*

y vi aquel fuego tan acogedor y todos me dedicaron aquella especie de rebuzno a modo de bienvenida..., oh, aquí me había sentido tan solo... De acuerdo, aquí no tengo por qué hacer esas muecas ni imitar esas voces, pero al menos sé que la cosa sigue funcionando... Puede que fuera insoportable, pero seguía funcionando, todos me adoraban, mis viejos amigos de la universidad, los muy cabrones, seguro que piensan que sigo siendo así. Jamás se les pasaría por la cabeza que mis vecinos me tengan por ese inglés solemne, insulso... Cortés, se dicen, pero tan insulso. Muy solitario y muy insulso. Bien, al menos es mejor que volver a ser Parkers. Aquella especie de rebuzno..., oh, Dios, era nauseabundo. Pero no pude evitarlo, hacía tanto tiempo que no me veía rodeado de amigos como aquellos. ¿Y tú, Ryder? ¿No echas de menos aquellos tiempos a veces? ¿Incluso tú, con todo tu éxito? Oh, sí, es eso lo que quiero decirte. Tú puede que ya no te acuerdes bien de ellos, pero ellos se acuerdan perfectamente de ti. Al parecer, siempre que tienen esas pequeñas reuniones, dedican una parte de la velada a hablar de ti. Oh, sí, lo he visto con mis propios ojos. Primero mencionan un montón de nombres, no quieren sacarte a relucir de entrada, ¿sabes?, les gusta hacer una especie de preámbulo. Y de hecho hacen una pausa cuando fingen no dar con ningún nombre más de aquel tiempo. Pero al final alguien dice: «¿Y qué pasa con Ryder? ¿Alguien ha oído algo sobre él últimamente?». Y entonces todos explotan, lanzan el más horrible de los gritos, algo entre un abucheo y un vómito. Lo hacen todos juntos, varias veces, de veras, no hacen otra cosa durante el minuto que sigue a la mención de tu nombre. Y entonces se ríen a carcajadas, y luego se ponen a hacer como que tocan el piano, ya sabes, así... —Parkhurst adoptó una expresión altiva y se puso a tocar un teclado invisible con porte sobremanera exquisito—. Todos lo hacen, y luego vuelven a lanzar esos ruidos como de vómitos. Y al final empiezan a contar cosas, pequeñas anécdotas tuyas que recuerdan, y se nota que las conocen de sobra, que se las han contado unos a otros muchas veces, porque saben perfectamente cuándo volver a emitir esos ruidos odiosos, cuándo decir: «¿Sí? ¿No bromeas?», y así sucesivamente. Oh, se divierten de veras. La vez que estuve con ellos, alguien recordó la noche en que terminaron los exámenes, cuando todo el mundo se estaba ya poniendo a tono para la gran borrachera, y te vieron venir con semblante muy serio por la carretera, y te dijeron: «¡Venga, Ryder, ven a coger una buena curda con nosotros!», y al parecer tú replicaste..., y el que lo contaba ponía esta cara... —Parkhurst se transformó de nuevo en el ser altivo al que había remedado antes, y su voz adoptó un tono ridículamente pomposo—: «Estoy demasiado ocupado. No puedo permitirme no practicar esta noche. ¡Llevo sin ensayar ya dos días por culpa de esos horribles exámenes!». Y todos lanzaron al unísono aquel ruido como de vómito, y se pusieron a hacer como que tocaban el piano en el aire, y es entonces cuando empezaron a... Bueno, no te contaré las otras cosas que llegaron a hacer, porque son bastante

horrorosas. Son una pandilla odiosa, y la mayoría de ellos tan infelices, tan frustrados y llenos de ira...

Mientras Parkhurst hablaba me había venido a la memoria un retazo de mis días de estudiante, un recuerdo que por espacio de un instante me hizo sentirme muy sereno, hasta el punto de olvidar momentáneamente lo que Parkhurst me estaba contando. Recordé una hermosa mañana no muy diferente de la actual, en la que había estado sentado y relajado en un sofá, junto a una ventana soleada, en mi pequeño cuarto de la vieja granja que compartía con otros cuatro estudiantes. Tenía sobre el regazo la partitura de un concierto que había estado estudiando con indolencia durante la hora previa, y que pensaba seriamente abandonar para enfrascarme en la lectura de una de las novelas del siglo XIX que había apiladas a mis pies, sobre el suelo de madera. La ventana estaba abierta, y entraba una suave brisa, y del exterior llegaban las voces de unos estudiantes que, sentados en la hierba sin cortar, discutían de filosofía o de poesía o de algún tema similar. En el cuartito había muy poco más que aquel sofá —tan sólo un colchón sobre el suelo y, en un rincón, una pequeña mesa y una silla de respaldo recto—, pero era un cuarto al que tenía mucho apego. Normalmente el suelo estaba lleno de los libros y revistas que solía hojear en aquellas largas tardes, y había dado en la costumbre de dejar la puerta entreabierta para que cualquiera que pasara pudiera entrar a charlar un rato. Cerré los ojos y durante unos instantes me invadió un intenso deseo de estar de nuevo en aquella granja, rodeado de campos abiertos y de compañeros que holgazaneaban sobre la alta hierba, y pasó cierto tiempo hasta que volví a tomar conciencia de lo que Parkhurst me estaba contando. Sólo entonces caí en la cuenta de que era precisamente de algunos de aquellos compañeros —cuyas caras se fundían unas con otras ahora en mi memoria, a quienes un día había acogido en mi cuarto al verlos asomar por la puerta entreabierta y con quienes solía pasar una o dos horas charlando de algún novelista o de algún guitarrista español— de quienes ahora me hablaba Parkhurst. Pero ni siquiera entonces —tal era el placer casi sensual que experimentaba allí recostado en el sofá de mimbre de la ventana salediza bañada por el sol de la señorita Collins— llegué a sentir más que una vaga y remota incomodidad en relación con las palabras de Parkhurst.

Parkhurst siguió hablando, y yo llevaba ya cierto tiempo sin prestar atención a lo que decía cuando me sobresalté ante un ruido que oí a mi espalda: alguien estaba tocando en el cristal de la ventana. Parkhurst parecía no querer oírlo, y siguió hablando, y también yo traté de pasarlo por alto, como a veces se hace con el despertador que nos importuna en medio de un sueño placentero. Pero el ruido persistía, y Parkhurst acabó por exclamar:

—Oh, santo cielo. Pero si es el tal Brodsky...

Abrí los ojos y miré por encima del hombro. En efecto, Brodsky en persona

escrutaba intensamente a través de la ventana. La viva claridad de la calle, o quizá algo relacionado con su vista, parecía impedirle ver el interior de la salita. Aplastaba la cara contra el cristal, y se cubría los ojos a modo de visera con ambas manos, pero todo parecía indicar que no alcanzaba a vernos, y pensé que quizá tocaba en el cristal creyendo que era la propia señorita Collins quien estaba en la salita.

Al cabo Parkhurst se levantó y dijo:

—Creo que será mejor que vaya a ver qué es lo que quiere.

Oí cómo Parkhurst abría la puerta, y a continuación unas voces que discutían en el vestíbulo. Finalmente Parkhurst entró en la salita, volvió los ojos hacia un costado para hacerme una seña y dejó escapar un suspiro.

Brodsky entró tras él. Parecía más alto que cuando lo había visto la última vez en medio de un salón concurrido, y volví a advertir el extraño modo en que se mantenía erguido —ligeramente inclinado hacia un lado, como si estuviera a punto de venirse abajo—, pero también advertí que estaba completamente sobrio. Llevaba una corbata de lazo escarlata, y un traje bastante elegante que parecía recién estrenado. Los cuellos de la camisa blanca le sobresalían hacia afuera, no sabría decir si a causa del diseño o a causa de un exceso de almidón. Llevaba en la mano un ramo de flores, y sus ojos tenían una expresión cansada y triste. Se detuvo en el umbral y miró con aire indeciso el interior de la salita, tal vez con la esperanza de ver en ella a la señorita Collins.

—Está ocupada, ya se lo he dicho —dijo Parkhurst—. Mire, coincide que soy un confidente de la señorita Collins y que puedo decirle con certeza que no desea verle. —Parkhurst me dirigió una mirada para que corroborara lo que acababa de decir, pero yo estaba decidido a no comprometerme y me limité a sonreír tímidamente a Brodsky. Brodsky, entonces, me reconoció.

—Señor Ryder —dijo, e inclinó gravemente la cabeza. Luego se volvió de nuevo a Parkhurst—: Si está en casa, por favor, vaya y dígame que salga. —Señaló el ramo de flores, como si ellas pudieran explicar por sí solas por qué le resultaba tan imperioso verla—. Por favor...

—Ya se lo he dicho, no puedo ayudarle. No quiere verle. Además, está hablando con otra gente.

—De acuerdo —dijo Brodsky en un susurro—. De acuerdo. No quiere ayudarme. De acuerdo.

Al terminar de decir esto se dirigió hacia la puerta por donde antes había desaparecido la señorita Collins. Parkhurst, velozmente, le salió al paso, y por espacio de unos segundos se vieron enfrentadas la larguirucha figura de Brodsky y la menuda y robusta humanidad de Parkhurst. El método empleado por éste para detener a Brodsky consistía sencillamente en ponerle las manos en el pecho para impedir su avance. Brodsky, entretanto, había colocado una mano sobre el hombro de Parkhurst y miraba por encima de él hacia la puerta, como si se hallara en medio de una multitud y mirara cortésmente más allá de la persona que tenía delante. Y mientras tanto no dejó ni un instante de mover los pies sobre el terreno, como arrastrándolos, y de murmurar: «Por favor...».

—¡Muy bien! —gritó al cabo Parkhurst—. Muy bien, iré a hablar con ella. ¡Sé lo

que va a decir, pero de acuerdo, de acuerdo!

Se separaron. Y acto seguido Parkhurst, alzando un dedo, dijo:

—¡Pero espere aquí! ¡Será mejor que espere aquí!

Lanzando una última mirada airada a Brodsky, Parkhurst se volvió, salió por la puerta y la cerró concienzudamente a su espalda.

Brodsky, al principio, se quedó con la mirada fija en la puerta, y pensé que de un momento a otro iba a seguir a Parkhurst. Pero al final se dio la vuelta y fue a sentarse.

Durante unos segundos Brodsky pareció ensayar algo mentalmente; sus labios parecían articular algo en silencio, y no juzgué apropiado hablarle. De cuando en cuando examinaba el ramo de flores, como si todo dependiera de él y el menor defecto pudiera constituir el más serio de los inconvenientes. Finalmente, cuando llevaba ya cierto tiempo sentado y en silencio, miró hacia mí y dijo:

—Señor Ryder. Me complace mucho conocerle al fin.

—¿Cómo está usted, señor Brodsky? —dije yo—. Espero que bien.

—Oh... —Hizo un vago gesto con la mano—. No puedo decir que me encuentre bien. Tengo un dolor, ¿sabe?

—Oh, ¿un dolor? —dije. Luego, al ver que no respondía, pregunté—: ¿Se refiere a un dolor emocional?

—No, no. Es una herida. La tengo desde hace muchos años, y siempre me ha dado problemas. Un dolor intenso. Quizá por eso bebía tanto. Cuando bebo no lo siento.

Esperé a que continuara, pero se quedó callado. Entonces dije:

—¿Se refiere a un dolor del corazón, señor Brodsky?

—¿Del corazón? Mi corazón no está tan mal. No, no, tiene que ver con... —De pronto estalló en sonoras carcajadas—. Ya veo, señor Ryder. Cree que me estaba poniendo poético. No, no, se trata simplemente de una herida que tuve. Me hirieron gravemente, hace muchos años. En Rusia. Los médicos no eran demasiado buenos, no hicieron un buen trabajo. Y el dolor me ha mortificado mucho. Es una herida que nunca llegó a curarse como es debido. Fue hace ya tanto tiempo, y todavía me duele.

—Lamento mucho lo que me cuenta. Debe de constituir una gran molestia.

—¿Molestia? —Se quedó pensativo, y luego volvió a reír—. Sí, podría llamarlo así, señor Ryder, amigo mío. Una molestia. Ha sido una molestia del demonio. —De pronto pareció acordarse de las flores. Las olió y aspiró profundamente—. Pero dejemos de hablar de ello. Me preguntaba usted cómo estaba y se lo he dicho, pero no pretendía hablar del asunto. Trato de sobrellevar dignamente mi herida. Hacía años que no la mencionaba, pero ahora soy viejo y ya no bebo, y se ha vuelto muy dolorosa. Nunca ha llegado a curarse del todo.

—Seguro que puede hacerse algo al respecto. ¿Ha consultado a algún médico? ¿Con algún especialista en ese tipo de cosas?

Brodsky miró de nuevo las flores, y sonrió.

—Quiero volver a hacer el amor con ella —dijo casi para sí mismo—. Antes de que la herida empeore. Quiero volver a hacer el amor con ella.

Se hizo un silencio extraño. Y al cabo dije:

—Si la herida es tan vieja, señor Brodsky, no se me había ocurrido que pudiera empeorar.

—Estas heridas viejas —dijo él, encogiéndose de hombros—. Siguen estacionarias durante años. Y llegas a creer que te has habituado a ellas. Luego te haces viejo y empiezan a empeorar. Pero ahora mismo no está tan virulenta. Tal vez aún pueda hacer el amor. Estoy muy viejo, pero a veces... —Se inclinó hacia mí con ademán de hacerme una confidencia—. Lo he intentado. Yo solo, ¿sabe? Y aún puedo hacerlo. Logro olvidarme del dolor. Cuando estaba borracho, mi verga, ¿sabe?, no suponía nada, nada, jamás pensaba en ella. No era más que para mear. Eso era todo. Pero ahora lo puedo hacer, con dolor y todo... Lo intenté hace dos noches. No necesariamente..., ya sabe, no del todo, no hasta el final. Mi verga es tan vieja, y durante tantos años no ha sido más que..., bueno, más que algo para utilizar en el retrete... Ah... —Se echó hacia atrás en su silla y miró por encima de mi hombro, hacia el sol de fuera. Y asomó a sus ojos un destello de melancolía—. Deseo tanto volver a hacer el amor con ella. Pero si volviéramos, no viviríamos aquí. No en este apartamento. Siempre lo he odiado. Sí, solía venir por aquí, lo admito; solía pasar por aquí de noche, muy tarde, cuando nadie podía verme. Ella nunca lo ha sabido, pero a menudo venía y me quedaba ahí al lado, mirando la casa. Odiaba esta calle, este apartamento. No viviríamos aquí. ¿Sabe?, ésta es la primera vez, la primera vez que entro en este lugar horrible. ¿Por qué elegiría un sitio como éste? No es lo que le gusta. Viviremos fuera de la ciudad. Si no quiere volver a la granja, de acuerdo. Encontraremos otro sitio, quizá una casita de campo. Rodeada de hierba y de árboles, donde nuestro animal pueda solazarse. A nuestro animal no le gustaría esto. —Miró a su alrededor detenidamente, y luego las paredes y los techos, quizá reconsiderando los posibles méritos del apartamento. Y concluyó—: No, ¿cómo iba a gustarle esto a nuestro animal? Viviremos en algún lugar con hierba, árboles, campos. ¿Sabe?, dentro de un año, o quizá de seis meses, si el dolor se hiciera insoportable y mi verga ya no fuera capaz, y ya no pudiéramos volver a hacer el amor, no me importaría. Siempre que hubiera podido hacer el amor con ella una vez más. No, una vez no bastaría, tendríamos que volver al pasado, ya sabe, a los viejos tiempos. Seis veces, eso es, seis veces, y lo habríamos rememorado todo... Eso es todo lo que deseo. Y después, que viniera lo que fuera. Si alguien, un médico, Dios, me dice que podré hacer el amor con ella seis veces más, y que, muy bien, a partir de entonces seré un viejo decrepito, la herida me dolerá enormemente, a partir de entonces será el fin, será sólo para utilizarla en el retrete..., pues me traerá sin cuidado. Tendremos

nuestro animal. No necesitaremos hacer el amor. Eso quedará para los jóvenes amantes que no se conocen lo bastante, que nunca se han odiado y han vuelto a amarse. Aún puedo hacerlo, ¿sabe? Lo intenté, yo solo, anteanoche. No hasta el final, pero conseguí que se me pusiera tiesa.

Hizo una pausa; me dirigió un movimiento de cabeza con expresión seria.

—Dios —dije, sonriendo—. Me parece maravilloso.

Brodsky volvió a echarse hacia atrás en su silla y miró de nuevo a través de la ventana. Luego dijo:

—Es diferente, no como cuando eres joven. Cuando eres joven piensas en putas, ya me entiendes, putas que te hacen cosas sucias, en cosas de ese tipo. A mí ya no me importan esas cosas; sólo hay una cosa para la que quiero ya la verga: para volver a hacer el amor con ella como en los viejos tiempos, como cuando lo dejamos, eso es todo. Luego, si a mi verga le apetece descansar, pues de acuerdo, no le exigiré más. Pero quiero volver a hacerlo, seis veces, me conformaré con eso, como en los viejos tiempos. Cuando éramos jóvenes no éramos grandes amantes. No lo hicimos en todas partes, como tal vez hacen los jóvenes de ahora, no sé... Pero, en fin, nos entendíamos bien. Sí, es cierto, a veces, cuando era joven, acababa cansándome de hacerlo siempre del mismo modo. Pero ella era así, era..., no quería hacerlo de ninguna otra forma. Yo solía enfadarme mucho con ella, y ella no sabía por qué. Pero ahora quiero repetir aquella vieja rutina, paso a paso, exactamente como lo solíamos hacer. Anteanoche, cuando estaba..., ya sabe, intentándolo, pensé en putas, en putas imaginarias, en putas fantásticas que hacían cosas fantásticas, y nada, nada, nada... Y al final pensé, bueno, es normal que te pase esto. A mi vieja verga sólo le queda una misión que cumplir, ¿por qué fastidiarla con todas esas putas? ¿Qué tiene que ver hoy todo eso con mi vieja verga? A ella sólo le queda una última misión, me dije, deberías pensar en ello. Y lo hice. Me quedé allí tendido en la oscuridad, recordando, recordando, recordando... Recordaba cómo solíamos hacerlo, paso a paso. Y así es como vamos a volver a hacerlo. Nuestros cuerpos son viejos, por supuesto, pero lo tengo todo bien pensado. Lo vamos a hacer exactamente como solíamos hacerlo. Y ella recordará..., no lo habrá olvidado, paso a paso, paso a paso... Una vez que estemos a oscuras, bajo las sábanas..., no éramos nada atrevidos, ¿sabe?, era cosa de ella, era pudorosa, quería hacerlo de ese modo. Entonces me importaba, me entraban ganas de decirle: «¿Por qué no puedes portarte como una puta? ¿Mostrarte a la luz toda entera?». Pero ahora ya no me importa, quiero hacerlo como solíamos hacerlo, hacer como que nos disponemos a dormirnos, quedarnos quietos diez, quince minutos... Y entonces, de pronto, en la oscuridad, decir algo atrevido y sucio. «Quiero que te vean desnuda», le diré. «Marineros borrachos en un bar. Una taberna del puerto. Hombres lascivos y borrachos. Quiero que te vean desnuda en el suelo». Sí, señor Ryder, solía decirle ese tipo de cosas, de pronto, después de estar acostados

haciendo como que estábamos a punto de dormirnos; sí, de pronto yo rompía el silencio, es importante que sea así, de repente. Claro que ella era joven entonces, y bella, ahora suena extraño, una mujer vieja, desnuda en el suelo de una taberna... Pero se lo diré de todas formas, porque era así como solíamos empezar. Ella no decía nada, y yo seguía diciéndole ese tipo de cosas. «Quiero que todos te miren. Que te vean así, en el suelo, a cuatro patas». ¿Se imagina? ¿Una mujer vieja y frágil haciendo eso? ¿Qué dirían ahora nuestros marineros borrachos? Pero quizá también ellos se hayan hecho viejos, nuestros marineros de la taberna del puerto..., y quizá a los ojos de su mente ella siga siendo idéntica a como era entonces y no les importe en absoluto. «¡Sí, te estarán mirando! ¡Todos ellos!», le diré. Y la tocaré, justo en un costado de la cadera. Lo recuerdo perfectamente, le gustaba que le tocara los lados de las caderas... La tocaré como solía hacerlo, y luego me pegaré a ella y le susurraré: «Te haré trabajar en un burdel. Noche tras noche». ¿Se imagina? Pero se lo diré, porque así es como lo hacíamos entonces. Y apartaré de golpe las mantas y las sábanas y me inclinaré sobre ella, le separaré los muslos, y quizá se oiga ese sonido, esa especie de chasquido, la articulación entre el muslo y la cadera, quizá suene ese pequeño chasquido..., dijeron que se había herido la cadera y puede que ahora ya no pueda abrir completamente los muslos. Bueno, eso era lo que hacíamos, y lo haremos lo mejor posible. Luego me bajaré para besarle el cono; no espero que huela como entonces, no, he pensado en eso detenidamente, puede que huela mal, como a pescado pasado, puede que su cuerpo entero huela mal, ya lo he pensado muchas veces. Y yo, mi cuerpo, mírelo, tampoco está tan bien... La piel, tengo como escamas, se me desprenden, no sé qué puede ser. Cuando empezó, el año pasado, era sólo en el cuero cabelludo. Cuando me peinaba se me caían unas escamas enormes, como de pez, transparentes... Era sólo en el cuero cabelludo, pero ahora es en todo el cuerpo, primero en los codos, luego en las rodillas, ahora en el pecho... Huelen como a pescado también, esas escamas... Bien, se me seguirán cayendo, no podré evitarlo, ella tendrá que soportarlo, así yo tampoco podré quejarme de que le huela el cono, o de que los muslos no se le abran sin hacer ese chasquido, no me enfadaré, nadie me verá intentando separarlos como si se estuvieran rompiendo, no, no señor. Lo haremos exactamente como solíamos. Y mi vieja polla, quizá sólo medio dura..., llegado el momento ella se agachará y susurrará: «¡Sí, les dejaré! ¡Dejaré que todos los marineros me miren! ¡Les excitaré hasta que ya no aguanten más!». ¿Se imagina? ¿Estando como está ahora? Pero nos dará igual. Y además, como he dicho, quizá los marineros hayan envejecido con nosotros. Se agachará hasta ella, hasta mi vieja polla, en aquel tiempo estaría dura de verdad, nada en el mundo sería capaz de ablandarla salvo..., bueno, pero ahora quizá esté tan sólo medio dura, fue lo máximo que logré la otra noche, pero quién sabe, quizá consiga durar el tiempo necesario, e intentaremos meterla, aunque puede que ella esté cerrada como una concha..., pero lo

intentaremos. Y en el momento preciso, ya recordaremos cuándo, aun en el caso de que allá abajo no esté sucediendo nada, sabremos cómo ir hasta el final, porque para entonces ya lo habremos recordado perfectamente, y no habrá nada capaz de detenernos, aun cuando no sucediera nada ahí abajo, aun cuando lo único que hiciéramos fuera abrazarnos muy fuerte el uno contra el otro, no nos importará, y llegado el momento exacto lo diremos, yo diré: «¡Van a poseerte! ¡Van a poseerte, llevas excitándoles demasiado tiempo!». Y ella dirá: «¡Sí, van a poseerme, todos esos marineros van a poseerme!», y por mucho que no esté sucediendo nada ahí abajo, aún podremos abrazarnos, nos abrazaremos y lo diremos tal como solíamos, y no nos importará lo más mínimo. Quizá el dolor sea demasiado fuerte para mi vieja verga, ya sabe, a causa de la herida, pero no me importará, ella recordará cómo lo hacíamos. Todos estos años..., pero ella recordará, recordará cada paso... ¿Usted no tiene una herida, señor Ryder?

De pronto estaba mirándome.

—¿Una herida?

—Tengo esa vieja herida. Puede que por eso beba. Me duele mucho.

—Qué mala suerte —dije. Luego, tras una pausa, añadí—: Una vez me lesioné un dedo del pie en un partido de fútbol. Tenía diecinueve años. Pero no fue demasiado grave.

—En Polonia, señor Ryder, cuando era director de orquesta..., ni siquiera entonces pensaba que la herida fuera a curarse. Cuando dirigía la orquesta siempre me tocaba, me acariciaba la herida. Había días en que la cogía por los bordes, que incluso la apretaba con fuerza entre los dedos. Uno se da cuenta enseguida cuando una herida no va a curarse nunca. La música..., incluso entonces, cuando era director de orquesta, lo sabía: la música no era más que un consuelo. Durante un tiempo me sirvió de ayuda. Me gustaba la sensación de apretarme la herida, me fascinaba... Una buena herida puede hacer eso, llegar a fascinarte. Parece un poco diferente todos los días. ¿Ha cambiado?, te preguntas. Puede que al fin se esté curando. Te la miras en el espejo, y parece diferente. Pero luego te la tocas y sabes que no ha cambiado, que es la misma, tu vieja amiga... Y sigues haciendo eso año tras año, y sabes que no va a curarse y al final acabas cansándote y dejas de hacerlo. Acabas tan cansado... —Se quedó callado y volvió a mirar el ramo de flores. Y luego dijo—: Acabas tan cansado... ¿Usted no se ha cansado ya, señor Ryder? Acabas tan cansado...

—Tal vez —dije, dubitativo— la señorita Collins pueda curarle esa herida.

—¿Ella? —De repente se echó a reír, y luego volvió a callarse. Al poco dijo con voz queda—: Ella será como la música. Un consuelo. Un maravilloso consuelo. Es todo lo que ahora pido. Un consuelo. Pero ¿que me cure la herida? —Sacudió la cabeza—. Si le mostrara ahora la herida, amigo mío..., podría mostrársela ahora mismo, vería que es imposible. Una imposibilidad médica. Lo único que quiero, lo

único que pido ahora es un consuelo. Aunque sea sólo a medias, como he dicho, con la verga medio dura, aunque no hagamos más que movernos como si bailáramos, seis veces más, me bastará con eso. Después, la herida que haga lo que quiera. Para entonces tendremos ya nuestro animal, y la hierba, y los campos. ¿Por qué elegiría un sitio como éste?

Volvió a mirar en torno y sacudió la cabeza. Esta vez permaneció en silencio largo rato, quizá dos o tres minutos. Me disponía a decir algo cuando Brodsky se inclinó hacia adelante en su silla.

—Señor Ryder, yo tenía un perro, Bruno. Y ha muerto. Y no..., y todavía no lo he enterrado. Está en una caja, una especie de ataúd. Era un buen amigo. Sólo era un perro, pero era un buen amigo. He pensado hacerle una pequeña ceremonia, lo justo para decirle adiós. Nada especial. Bruno, ahora, es el pasado, pero una pequeña ceremonia para decirle adiós, ¿qué hay de malo en ello? Quería pedirle algo, señor Ryder. Un pequeño favor, para mí y para Bruno.

La puerta se abrió de pronto y entró en la salita la señorita Collins. Luego, cuando Brodsky y yo nos levantamos, entró Parkhurst y cerró la puerta a su espalda.

—Lo siento de veras, señorita Collins —dijo, dirigiéndole a Brodsky una mirada airada—. Se niega a respetar su intimidad.

Brodsky estaba de pie, muy estirado, en medio de la salita. Cuando vio que la señorita Collins se acercaba a él, le dedicó una inclinación de cabeza, y en ella percibí la elegancia que aquel hombre debió de haber poseído en un tiempo. Luego le tendió el ramo de flores, y dijo:

—Un pequeño presente. Las cogí yo personalmente.

La señorita Collins cogió las flores, pero no les prestó la menor atención.

—Debí de haber adivinado que vendría a mi casa de este modo, señor Brodsky —dijo—. Ayer fui al zoo y ahora usted piensa que puede tomarse las libertades que le vengan en gana.

Brodsky bajó la mirada.

—Pero nos queda tan poco tiempo —dijo—. No podemos permitirnos perder más tiempo.

—¿Perder tiempo para qué, señor Brodsky? Es ridículo. Venir aquí de este modo. Debería saber que por las mañanas estoy ocupada.

—Por favor —dijo Brodsky, alzando una mano—. Por favor. Somos viejos. No tenemos por qué discutir como entonces. He venido sólo para ofrecerle estas flores. Y para hacerle una proposición muy simple. Eso es todo.

—¿Una proposición? ¿Qué tipo de proposición, señor Brodsky?

—Que esta tarde venga a encontrarse conmigo en el St. Peter's Cemetery. Media hora, eso es todo. Para estar a solas y charlar de unas cuantas cosas.

—No tenemos nada de que hablar. Está claro que cometí un error al ir al zoo ayer.

¿Y en el *cementerio*, dice? ¿Cómo se le ocurre proponer tal lugar para una cita? ¿Es que ha perdido el juicio por completo? Un restaurante, un café, quizá unos jardines o un lago... Pero ¿un cementerio?

—Lo siento —dijo Brodsky. Parecía genuinamente compungido—. No lo he pensado. Se me olvidó. Quiero decir que se me olvidó que el St. Peter's Cemetery era un cementerio.

—No sea absurdo.

—Quiero decir que iba allí muy a menudo; nos sentíamos tan en paz allí, Bruno y yo. Incluso cuando las cosas iban de mal en peor, allí no me sentía tan mal; es un lugar tan apacible, tan hermoso... A Bruno y a mí nos encantaba. Por eso se lo he pedido. Me olvidé, la verdad. Me olvidé de los muertos y demás...

—¿Y qué pretende usted que hagamos allí? ¿Sentarnos en una lápida y ponernos a recordar los viejos tiempos? Señor Brodsky, debería usted medir más cuidadosamente sus propuestas.

—Pero es que nos solía encantar ir allí... A Bruno y a mí. Pensé que a usted también le gustaría.

—Oh, ya veo. Ahora que su perro ha muerto, desearía llevarme a mí en su lugar.

—No he querido decir eso. —Brodsky, de pronto, perdió su expresión remilgada, y vi un centelleo de impaciencia en su semblante—. No he querido decir eso en absoluto, y usted lo sabe. Siempre ha hecho lo mismo. Me pasaba un montón de tiempo pensando, intentando encontrar algo bueno para nosotros, y entonces usted lo desdeñaba, se reía de ello, daba por sentado que era ridículo. Si lo proponía otra persona, a usted le parecía una idea encantadora. Siempre hacía lo mismo. Como la vez que conseguí que nos sentaran en el escenario en el concierto de Kobylainsky...

—Eso fue hace más de treinta años. ¿Cómo puede seguir hablando de esas cosas?

—Pero es lo mismo, lo mismo. Pienso en algo bueno para nosotros, porque sé que a usted, en el fondo, le encanta hacer cosas un poco fuera de lo normal, y lo que hace es reírse de ello. Tal vez sea porque mis ideas, como la del cementerio, en el fondo le atraen, y se da cuenta de que entiendo lo que hay en su corazón. Así que finge que...

—No diga tonterías. No veo por qué tenemos que estar hablando de estas cosas. Ya es demasiado tarde, no hay nada de que hablar, señor Brodsky. No puedo quedar con usted en un cementerio, me atraiga o no la idea, porque no tengo nada de que hablar con usted...

—Lo que quería era explicarle... Por qué sucedió lo que sucedió, explicárselo todo..., por qué yo era como era...

—Ya es demasiado tarde para eso, señor Brodsky. Unos veinte años, como mínimo. Además, no soportaría sus intentos de volver a disculparse por todo aquello. Estoy segura de que ni aún hoy podría escuchar una disculpa de sus labios sin estremecerme. Durante muchos, muchos años, pedir perdón para usted no era un final

sino un principio. El principio de otra tanda de dolor y humillación. Oh, ¿por qué no me deja en paz? Es demasiado tarde, simplemente. Además, desde que está sobrio se viste usted de forma absurda. ¿Se ha visto la ropa que ha empezado a llevar de un tiempo a esta parte?

Brodsky vaciló, y luego dijo:

—La que me han aconsejado. La gente que me está ayudando. Voy a volver a ser director de orquesta. Tengo que vestir de forma que la gente me vea como tal.

—Por poco se lo digo ayer en el zoo. ¡Qué abrigo gris más ridículo! ¿Quién le aconsejó que se lo pusiera? ¿El señor Hoffman? La verdad, debería usted tener un poco más de sentido de la propia apariencia. Esa gente le está vistiendo como a un muñeco, y usted se lo permite. ¡Y ahora mírese! Este ridículo traje. ¿Se cree que le da cierto aire artístico?

Brodsky echó un vistazo a su atuendo con una expresión dolida en el semblante. Luego alzó la mirada y dijo:

—Usted es una mujer anciana. No tiene ni idea de la moda actual.

—Es una prerrogativa de los viejos deplorar el modo de vestir de los jóvenes. Pero considero absolutamente ridículo el que *precisamente* usted se vista de ese modo. La verdad, no le va, no es en absoluto su estilo. Con toda franqueza, creo que la ciudad preferiría que siguiera vistiéndose como hace unos meses. Es decir, con aquellos elegantes harapos.

—No se ría de mí. Ya no soy así. Puede que pronto vuelva a ser director de orquesta. Mi ropa de ahora es ésta. Cuando me vi con ella, pensé que me sentaba bien. Olvida usted que en Varsovia vestía así. Corbata de lazo, como ésta. Se olvida usted de eso.

A los ojos de la señorita Collins asomó fugazmente un destello de tristeza. Y luego dijo:

—Claro que me olvido de eso. ¿Por qué habría de recordar algo semejante? Ha habido tantas cosas intensas y dignas de recordarse desde entonces...

—Ese vestido que lleva... —dijo Brodsky de pronto—. Es bueno. Muy elegante. Pero los zapatos son tan lamentables como siempre, un auténtico desastre. Jamás quiso admitirlo, pero tiene usted los tobillos gruesos. En una mujer tan delgada, fueron siempre unos tobillos voluminosos. Y ahora también, mírelos.

Señaló con un gesto los pies de la señorita Collins.

—No sea usted infantil. ¿Cree que es como en aquellos días de Varsovia en que, con sólo un comentario de ese tipo, podía hacer que minutos antes de salir me cambiara de ropa de pies a cabeza? ¡Qué manera de vivir en el pasado, señor Brodsky! ¿Cree que me importa lo más mínimo lo que pueda pensar de mi calzado? ¿Y cree que no me doy cuenta ahora de que aquello no era sino una treta? ¿El dejar precisamente para el último momento su crítica a mi atuendo? Y, claro, en aquel

tiempo me cambiaba de pies a cabeza, y salía con cualquier cosa que me ponía apresuradamente en el último segundo. Y luego, en el coche, o quizá en la sala de conciertos, me daba cuenta de que mi sombra de ojos no iba con el color del vestido que me había puesto, o de que el collar casaba pésimamente con los zapatos. Y esas cosas eran tan importantes para mí en aquel tiempo... ¡La mujer del director de orquesta! Era muy importante para mí, y usted lo sabía. ¿Se cree que hoy no me doy cuenta de lo que pretendía hacer? Me miraba y me decía: «Estupendo, estupendo, muy bonito...», y seguía diciéndolo hasta unos minutos antes de salir. Sí, y entonces me decía algo semejante a lo que me acaba de decir: «¡Esos zapatos son un desastre!». ¡Como si entendiera usted algo de zapatos! Como si pudiera saber algo de la moda actual, cuando se ha pasado borracho las últimas dos décadas.

—Sin embargo —dijo Brodsky, ahora con un atisbo de autoridad en su expresión—, sin embargo, lo que digo es verdad. Esos zapatos hacen que la parte inferior de su figura parezca desproporcionada. Es la verdad.

—¡Mire ese ridículo traje! Un modelo italiano, sin duda. El tipo de traje que se pondría un joven bailarín de ballet. ¿Y piensa usted que va a ayudarlo a ganar credibilidad a ojos de la gente de esta ciudad?

—Qué zapatos más absurdos. Parece usted uno de esos soldaditos de juguete que necesitan una base para no caerse.

—¡Ya es hora de que se vaya! ¿Cómo se atreve a irrumpir así en mi casa y a fastidiarme la mañana? La joven pareja de ahí dentro está desolada, necesita mi consejo más que nunca..., y usted viene a importunarnos. Ésta es nuestra última conversación. Fue un error verme con usted ayer en el zoo...

—En el cementerio —dijo Brodsky, con un súbito timbre de desesperación en el tono—. Debe usted reunirse conmigo, esta tarde. No pensé en los muertos, lo admito. No pensé en ellos. Pero ya se lo he explicado. Tenemos que hablar antes de..., antes de esta noche. Porque si no, ¿cómo podría...? ¿Cómo podría hacerlo? ¿Es que no ve lo importante que es esta noche? Tenemos que hablar, tiene usted que reunirse conmigo en...

—Mire —intervino Parkhurst, dando un paso hacia adelante y dirigiendo a Brodsky una mirada airada—. Ya ha oído lo que le ha dicho la señorita Collins. Le ha pedido que se marche. Que se aparte de su vista, de su vida. Ella es demasiado educada para decirlo abiertamente, así que lo digo yo por ella. Después de todo lo que usted ha hecho, no tiene derecho, el menor derecho a pedir lo que le está pidiendo. ¿Cómo puede usted estar pidiéndole una cita como si nada hubiera ocurrido? ¿Acaso pretende decir que estaba tan borracho que no se acuerda de nada? Bien, en tal caso, se lo recordaré yo. No hace tanto que estuvo usted ahí fuera, en la calle, orinando en el muro de este edificio, gritando obscenidades bajo esta misma ventana. La policía se lo llevó de aquí, tuvo que llevárselo a rastras mientras usted no paraba de gritarle a

la señorita Collins las cosas más horribles. Fue no hace más de un año... Y ahora sin duda espera que la señorita Collins lo haya olvidado por completo. Y el que acabo de mencionar no es sino un incidente más entre muchos. Y en cuanto a sus alegatos en pro de la elegancia, ¿no fue hace menos de tres años cuando lo encontraron inconsciente en el Volksgarten, con las ropas llenas de vómitos, y lo llevaron a la *Holy Trinity Church* y le encontraron piojos? ¿Espera que la señorita Collins tome en consideración lo que una persona así pueda decir de su gusto en el vestir? Admitámoslo, señor Brodsky, cuando uno ha caído en los abismos en los que usted ha caído, su situación es irremediable. Nunca, nunca logrará recuperar el amor de una mujer; y se lo digo con cierto conocimiento de causa. No conseguirá siquiera recuperar su respeto. Su piedad, tal vez, pero nada más. ¡Director de orquesta! ¡Imagina que esta ciudad podrá llegar a ver en usted algo diferente a un pobre diablo? Déjeme que le recuerde, señor Brodsky, que hace cuatro años, quizá cinco, agredió usted físicamente a la señorita Collins en la Bahnhofplatz, y que si no llega a ser por dos estudiantes que pasaban por allí le habría causado usted serias heridas. Y mientras trataba de golpearle no paraba de gritarle las cosas más despreciables...

—¡No, no, no! —gritó de pronto Brodsky, sacudiendo la cabeza y tapándose los oídos.

—No paraba de gritar las más sucias obscenidades. De naturaleza sexual y perversa. Se habló de que deberían haberle metido en la cárcel por ello. Y, por supuesto, está el incidente de la cabina telefónica de la Tillgasse...

—¡No, no!

Brodsky agarró a Parkhurst por la solapa, y éste retrocedió asustado. Pero Brodsky no fue más lejos: se limitó a seguir aferrado a su solapa como quien se aferra a una cuerda de salvación. Durante los segundos siguientes Parkhurst pugnó por zafarse de la garra de Brodsky. Cuando por fin logró hacerlo, Brodsky pareció venirse abajo por completo. Cerró los ojos y suspiró, y luego se volvió y abandonó la salita en silencio.

Al principio los tres permanecimos callados, sin saber qué hacer o decir a continuación. Al poco, la puerta principal se cerró de golpe y el ruido nos devolvió a la realidad. Parkhurst y yo fuimos hasta la ventana.

—Allá va —dijo Parkhurst, con la frente pegada al cristal—. No se preocupe, señorita Collins, no volverá.

La señorita Collins pareció no oírle. Fue despacio hacia la puerta, pero antes de llegar se volvió y vino hacia nosotros.

—Disculpen, por favor... Debo..., debo... —Vino como en un sueño hasta la ventana, y miró a través de ella—. Por favor, debo... Espero que comprendan...

No nos hablaba a ninguno de los dos en particular. Luego su confusión pareció

aclararse un tanto, y dijo:

—Usted, señor Parkhurst, no tenía derecho a hablarle a Leo de ese modo. Leo ha mostrado un coraje enorme el pasado año.

Le lanzó a Parkhurst una mirada penetrante y se dirigió apresuradamente hacia la puerta. Y al instante siguiente oímos que la puerta principal volvía a cerrarse.

Yo seguía junto a la ventana, y pude ver cómo la figura de la señorita Collins se alejaba deprisa calle abajo. Se había percatado de que Brodsky le llevaba ya cierta ventaja, y al cabo de unos instantes echó a correr tras él, tal vez para evitar la indignidad de tener que llamarle para que le esperara. Pero Brodsky, pese a su extraño y escorado paso, avanzaba a un ritmo sorprendentemente rápido. Era obvio que estaba disgustado, y daba la impresión de que ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que ella saliera a buscarle.

La señorita Collins, con la respiración cada vez más pesada, fue dejando atrás la hilera de casas de apartamentos y las tiendas de la parte alta de la calle sin reducir apreciablemente la distancia que los separaba. Brodsky seguía caminando sin desmayo, y ahora torcía la esquina donde Gustav y yo nos habíamos separado antes, y pasó ante los cafés italianos del ancho bulevar. La acera se hallaba aún más atestada de viandantes que cuando yo la había recorrido con Gustav, pero Brodsky continuaba su camino sin alzar la mirada, de forma que a punto estuvo varias veces de chocar con la gente que venía en dirección contraria.

Luego, cuando Brodsky se acercaba al paso de peatones, la señorita Collins pareció darse cuenta de que no le iba a ser posible alcanzarlo. Se detuvo y se puso las manos alrededor de la boca, pero entonces pareció como atrapada en un último dilema, acaso consistente en si debía llamarle «Leo» o, por el contrario, «señor Brodsky», como le había estado llamando en el curso de su reciente encuentro. Sin duda algún instinto la previno de la urgencia de la situación en que se encontraba, porque enseguida gritó:

—¡Leo! ¡Leo! ¡Leo! ¡Por favor, espera!

Brodsky se volvió con expresión sobresaltada y vio que la señorita Collins se acercaba hacia él corriendo. Seguía con las flores en la mano, y Brodsky, en su confusión, tendió hacia ella ambas manos en ademán de ofrecerse a cogerle el ramo. Pero la señorita Collins no lo soltó, y, pese a hallarse casi sin resuello, se las arregló para que su voz sonara calma:

—Señor Brodsky, por favor. Por favor, espere.

Permanecieron frente a frente unos embarazosos instantes, ambos súbitamente conscientes de los peatones que atestaban la acera, muchos de los cuales empezaban a mirar hacia ellos (había incluso quienes, sin ocultar su curiosidad, les observaban abiertamente). Al cabo, la señorita Collins hizo un gesto en dirección a su apartamento y dijo con voz suave:

—El Sternberg Garden está precioso en esta época del año. ¿Por qué no vamos allí a charlar?

Echaron a andar —cada vez había más gente mirándoles—, la señorita Collins unos pasos por delante de Brodsky, ambos felices de poder diferir la conversación hasta llegar a su destino. Volvieron a doblar la esquina y enfilaron la calle y pronto pasaron una vez más junto a las casas de apartamentos. Luego, a una o dos manzanas de la suya, la señorita Collins se detuvo junto a una pequeña verja de hierro que había en un discreto entrante de la acera.

Alargó la mano hacia el pomo de la verja, pero antes de abrirla se quedó un instante quieta. Y entonces se le ocurrió que aquel sencillo paseo que habían acometido juntos, que el mero hecho de estar el uno junto al otro a la entrada del Sternberg Garden, poseía para ella una significación allende todo lo que Brodsky podría haber imaginado en aquel momento. Porque la verdad era que ella, en su imaginación y al cabo de los años, había recorrido con él ese breve trecho —del bullicio del bulevar a la pequeña verja de hierro— incontables veces desde aquella tarde de verano en que se habían encontrado por azar en el bulevar, frente a la joyería. Y en todos aquellos años ella no había olvidado el aire de estudiada indiferencia con que él había apartado la vista de ella aquel día, fingiendo estar ensimismado en la contemplación de algún objeto del escaparate de la joyería.

En aquella época —poco más de un año antes del comienzo de las borracheras y los insultos—, tales exhibiciones de indiferencia constituían aún el rasgo dominante en todo contacto entre ellos. Y ella, pese a que antes de aquella tarde había pensado ya varias veces en iniciar alguna forma de reconciliación, había apartado también la vista y había seguido caminando. Sólo bastante más adelante, más allá de los cafés italianos, cedió ante la curiosidad y se volvió para mirar atrás por encima del hombro. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que Brodsky la había estado siguiendo. De nuevo miraba él el escaparate de una tienda, pero esta vez a pocos metros de distancia.

Ella había aminorado el paso, suponiendo que él le daría alcance tarde o temprano. Al llegar a la esquina y ver que aún no la había alcanzado, volvió a mirar hacia atrás. Aquel día, como éste, la ancha y soleada acera estaba llena de gente, pero por fortuna pudo ver con nitidez cómo él se detenía a media zancada y miraba hacia el puesto de flores que había a un lado de la acera. A los labios de ella había asomado una sonrisa, y al torcer la esquina de su calle se había visto agradablemente sorprendida ante la ligereza de su ánimo. Aminoró la marcha cuanto pudo y se puso, como él, a mirar escaparates. Miró sucesivamente los de la pastelería, la tienda de juguetes, la tienda de telas —la librería aún no estaba en aquella época—, y durante todo ese tiempo trató de elaborar mentalmente el comentario inicial que haría cuando finalmente él llegara hasta ella. «Leo, qué infantiles somos...», pensó decir. Pero

decidió que resultaba demasiado sensato, y consideró la alternativa de algo más irónico: «Veo que al parecer vamos en la misma dirección...», o algo similar. Entonces vio que él aparecía en la esquina y que llevaba en la mano un luminoso ramo de flores. Dejó de mirar rápidamente y reanudó la marcha apretando el paso. Luego, al acercarse a su apartamento, por primera vez aquel día, sintió un intenso enojo hacia él. Ella tenía perfectamente planeado lo que hacer aquella tarde. ¿Por qué elegía él aquel momento, precisamente aquel momento, para hablarle? Al llegar a su portal, volvió a echar una rápida mirada hacia atrás y vio que él se encontraba aún a unos veinte metros.

Cerró la puerta del apartamento a su espalda y, reprimiendo sus deseos de mirar por la ventana, corrió a su habitación, al fondo del apartamento. Una vez en ella, se miró en el espejo y trató de dominar sus emociones. Luego, al salir del dormitorio, se detuvo con sobresalto en el pasillo. La puerta que tenía enfrente estaba entreabierta, y a través de la soleada salita y de la ventana salediza lo vio en la acera, con la espalda hacia la casa, en ademán de hacer tiempo, como si estuviera esperando a alguien. Ella, entonces, se quedó quieta unos instantes, repentinamente temerosa de que él se diera la vuelta y mirase a través de la ventana y la viera... Luego la figura de la acera desapareció de su vista, y ella se sorprendió escrutando las fachadas de la acera de enfrente, aguzando el oído por si oía el timbre de la puerta.

Cuando al cabo de unos segundos el timbre seguía sin sonar, sintió una oleada de ira. Se dio cuenta de que él estaba esperando a que ella saliera y lo invitara a entrar. Volvió a calmarse y, analizando la situación con detenimiento, resolvió no hacer nada hasta que él llamara a su puerta.

Durante los minutos siguientes se limitó a esperar. Volvió a su dormitorio sin ningún motivo concreto, y volvió a salir al pasillo. Finalmente, cuando reparó en la posibilidad de que él se hubiera marchado, salió despacio hasta el portal.

Abrió la puerta y miró la calle a derecha e izquierda, y se sorprendió de no ver rastro de él por ninguna parte. Había esperado verle rondando por los alrededores, quizá unos portales más allá, o al menos descubrir las flores sobre los escalones de la entrada. Y pese a todo, en aquel momento, no sintió ningún pesar. Sólo una leve sensación de alivio, y un hasta grato sentimiento de exaltación ante el hecho de que el proceso de reconciliación hubiera comenzado finalmente, pero ningún pesar. De hecho, allí sentada en la salita, experimentó un fugaz arrebatado de triunfo por haberse mantenido firme y no haber cedido. Tales pequeñas victorias, se dijo, eran muy importantes, y les ayudarían a ambos a no repetir los errores del pasado.

Sólo meses más tarde la asaltó la idea de que había cometido un error aquella tarde. Al principio no fue más que una idea vaga, algo que no llegó a examinar detenidamente. Pero luego, a medida que pasaban los meses, aquella tarde de verano fue ocupando un lugar más y más predominante en sus pensamientos. Su gran error,

concluyó, había sido entrar en su apartamento. Al hacerlo, quizá le había exigido a Brodsky algo un tanto excesivo. Una vez que había conseguido que la siguiera todo aquel trecho —el bulevar, la esquina, las tiendas de su calle— lo que tendría que haber hecho era pararse en la pequeña verja de hierro y, tras cerciorarse de que él la había visto, entrar en el Sternberg Garden. En tal caso, sin el menor asomo de duda, él la habría seguido. Y, por mucho que ambos hubieran vagado un rato entre los arbustos en silencio, tarde o temprano habrían acabado hablando. Y tarde o temprano él le habría ofrecido las flores. A lo largo de los veinte años que habían pasado desde entonces, la señorita Collins raras veces había mirado aquella verja sin experimentar un pequeño tirón en su interior. Así pues, aquella mañana en que finalmente había conducido a Brodsky hasta el jardín, lo hizo con cierto sentido de ceremonia.

Pese a la importancia que el Sternberg Garden había llegado a adquirir en la imaginación de la señorita Collins, no se trataba de un jardín especialmente atractivo. Era, esencialmente, una plaza ajardinada con paseos de hormigón no mayor que el aparcamiento de un supermercado, y su principal razón de ser parecía residir más en su interés floricultor que en el hecho de brindar belleza o solaz a los vecinos. No había en él césped ni árboles, sólo meras hileras de arriates, y a aquella hora de la mañana el lugar era un simple cuadrángulo a pleno sol sin rastro de sombra por ninguna parte. Pero la señorita Collins, mirando las flores y helechos que veía a su alrededor, dio unas palmadas con expresión gozosa. Brodsky cerró la verja con cuidado a su espalda y miró el jardín sin entusiasmo, pero pareció complacido al ver que, aparte de las ventanas de los apartamentos que daban al jardín, gozaban de una intimidad casi absoluta.

—A veces traigo aquí a la gente que viene a verme —dijo la señorita Collins—. Es un lugar fascinante. Puedes contemplar especies que no se encuentran en ningún otro lugar de Europa.

Siguió paseando despacio, mirando con admiración en torno a ella, mientras Brodsky la seguía respetuosamente a unos pasos. La sensación de embarazo que los había embargado minutos antes se había esfumado por completo, de forma que cualquiera que los estuviera observando desde la verja los tomaría sin duda por una anciana pareja de muchos años que daba su habitual paseo al sol de la mañana.

—Pero, claro —dijo la señorita Collins, haciendo una pausa junto a un arbusto—, a usted nunca le han gustado este tipo de jardines, ¿no es cierto, señor Brodsky? Usted desdeñaba todo este encorsetamiento de la naturaleza.

—¿Por qué no me tuteas y me llamas Leo?

—Muy bien, Leo. No, tú preferías algo más salvaje. Pero, ya ves, sólo gracias a un cuidadoso control y planificación pueden sobrevivir algunas de estas especies.

Brodsky contempló con solemnidad la hoja que la señorita Collins estaba tocando. Y luego dijo:

—¿Te acuerdas? Los domingos por la mañana, después de tomar nuestro café juntos en el Praga, solíamos ir a esa librería. Tantos viejos libros, tan apiñados y tan llenos de polvo mirases donde mirases. ¿Te acuerdas? Solías ponerte tan impaciente. Pero, de todas formas, entrábamos todos los domingos, después de tomar café en el Praga.

La señorita Collins permaneció en silencio unos instantes. Luego rió sin ruido y reanudó la marcha despacio.

—Aquel tipo..., el renacuajo —dijo.

Brodsky sonrió.

—El renacuajo... —repitió, asintiendo—. Sí, el tipo aquel. Si ahora volviéramos, a lo mejor seguía allí, detrás de su mesa. El renacuajo. ¿Le preguntamos su nombre alguna vez? Fue siempre tan cortés con nosotros. A pesar de que nunca le compramos ningún libro.

—Menos aquella mañana en que nos chilló.

—¿Nos chilló? No lo recuerdo. El renacuajo era siempre tan cortés. Y eso que nunca le compramos nada.

—Sí, sí. Una vez entramos..., estaba lloviendo, y tuvimos mucho cuidado en no mojarle ningún libro; sacudimos los impermeables en la puerta, pero él debía de estar de muy mal humor aquella mañana, porque se puso a gritarnos. ¿No te acuerdas? Me gritó algo sobre el hecho de que fuera inglesa. Oh, sí, fue muy maleducado, pero sólo aquella mañana. Al domingo siguiente no parecía acordarse de nada.

—Es curioso —dijo Brodsky—, pero no me acuerdo. El renacuajo. Yo siempre lo recuerdo tan tímido y cortés. No me acuerdo de esa vez de la que me hablas.

—Puede que me equivoque de recuerdo —dijo la señorita Collins—. Puede que haya confundido al renacuajo con cualquier otro.

—Sí, creo que sí. El renacuajo fue siempre muy respetuoso. Jamás habría hecho una cosa semejante. Meterse con el hecho de que fueras inglesa. —Brodsky sacudió la cabeza—. No, él siempre fue muy respetuoso.

La señorita Collins se detuvo de nuevo, y pareció quedarse absorta en la contemplación de un helécho.

—Había mucha gente así en aquel tiempo —dijo al cabo—. Personas de ese tipo. Siempre tan corteses, tan pacientes. Se desvivían por ser amables, por sacrificarse por ti, y un buen día, sin razón alguna, el tiempo, cualquier cosa, explotaban. Y luego volvían a la normalidad. Había mucha gente así. Andrzej, por ejemplo. Era exactamente así.

—Andrzej estaba chiflado. ¿Sabes?, he leído en alguna parte que se mató en un accidente de coche. Sí, lo leí en un periódico polaco, hará unos cinco o seis años. Se mató en un accidente de coche.

—Qué triste. Supongo que mucha de la gente de aquel tiempo ya habrá muerto...

—Me gustaba Andrzej —dijo Brodsky—. Lo leí en un periódico polaco, una mención de pasada, decía que había muerto. Un accidente de circulación. Muy triste, sí. Pensé en aquellas veladas, sentados en el viejo apartamento. Cómo nos envolvíamos en mantas, cómo compartíamos el café, todos aquellos libros y periódicos por todas partes, y las charlas. Sobre música, sobre literatura, horas y horas, mirando al techo y hablando y hablando...

—Yo solía querer irme a la cama, pero Andrzej no se iba nunca. A veces se quedaba hasta el amanecer.

—Sí, es verdad. Si en cualquier discusión iba perdiendo, no había forma de que se fuera. Nunca se iba hasta que pensaba que estaba ganando. Por eso a veces se quedaba hasta la madrugada.

La señorita Collins sonrió, y luego suspiró.

—Qué triste es oír que se mató en un accidente —dijo.

—No fue el renacuajo —dijo Brodsky—. Fue el hombre de la galería de arte. Él fue el que nos chilló. Un tipo extraño, siempre hacía como que no sabía quiénes éramos. ¿Te acuerdas? Incluso después de aquella interpretación de *Lafcadio*. Los camareros, los taxistas, todo el mundo queriendo estrechar mi mano, y cuando vamos a esa galería, nada de nada... Nos miró con cara de palo, como siempre. Y al final, en la época en que las cosas no me iban bien, entramos en la galería y estaba lloviendo, y nos chilló. Que estábamos mojando el suelo, dijo. Que siempre lo habíamos hecho, que siempre que llovía le mojábamos el suelo, que llevábamos años haciéndolo, mojándole el suelo, y que ya estaba harto. Él fue quien nos gritó, el que te dijo algo sobre el hecho de ser inglesa, fue él, no el renacuajo. El renacuajo fue siempre muy respetuoso, hasta el final. El renacuajo me dio la mano, me acuerdo perfectamente, justo antes de partir. Fuimos a su librería, y él sabía que era la última vez que íbamos a entrar en ella, y salió de detrás de su mesa y me estrechó la mano. La mayoría de la gente ya no me quería dar la mano, pero él lo hizo. El renacuajo era muy respetuoso. Siempre lo fue.

La señorita Collins se protegió los ojos con la mano y miró hacia el fondo del jardín. Luego siguió paseando despacio, y dijo:

—Es bonito recordar ciertas cosas. Pero no podemos vivir en el pasado.

—Pero lo recuerdas, ¿no? —dijo Brodsky—. ¿Recuerdas al renacuajo y la librería? ¿Recuerdas también lo del armario? ¿La puerta que se vino abajo? Seguro que lo recuerdas como yo.

—Algunas cosas las recuerdo, y otras se me han olvidado. —Su voz se había vuelto cautelosa—. Algunas cosas, aunque sean de aquel tiempo, es preferible haberlas olvidado.

Brodsky pareció meditar sobre ello. Y al final dijo:

—Tal vez tengas razón. El pasado está lleno de cosas, de demasiadas cosas. Me

avergüenzo, sabes que me avergüenzo, así que dejémoslo. Dejemos el pasado. Escojamos un animal.

La señorita Collins siguió paseando, ahora unos pasos por delante de su acompañante. Luego se detuvo de nuevo, y se volvió hacia él.

—Me reuniré contigo en el cementerio, si eso es lo que quieres. Pero no debes dar a esa cita ningún significado. No quiere decir que esté de acuerdo con lo del animal, o con ninguna otra cosa. Pero veo que te preocupa el acto de esta noche, y que desees hablar con alguien de la inquietud que sientes.

—Estos últimos meses... He visto las orejas al lobo, pero he seguido adelante. He aguantado y me he preparado. Pero de nada servirá si tú no vuelves.

—A lo único que me comprometo es a verte esta tarde durante un rato. Media hora, quizá.

—Pero dime que lo pensarás. Dime que lo pensarás antes de vernos. Piensa en ello. En lo del animal, en todo lo demás...

La señorita Collins apartó la mirada y se quedó contemplando otro arbusto durante largo rato. Y finalmente dijo:

—Está bien. Lo pensaré.

—Hazte cargo de lo que ha supuesto para mí. Lo duro que ha sido. A veces era tan horrible que quería morirme, que quería que todo terminara, pero seguí porque esta vez podía ver una salida. Volvía a ser director de orquesta. Y tú volvías conmigo. Todo sería como entonces, mejor incluso. Pero a veces era espantoso, era el delirio, ya no podía aguantar más. No hemos tenido hijos. Tengamos un animal.

La señorita Collins reanudó el paseo, y esta vez Brodsky se mantuvo a su lado, mirándola gravemente a la cara mientras caminaba. La señorita Collins parecía a punto de volver a hablar, pero en aquel preciso instante Parkhurst dijo de pronto a mi espalda:

—Nunca me uno a ellos, ¿sabes? Me refiero a cuando empiezan a jalearme y todo eso. Ni siquiera me río, ni siquiera sonrío. No participo en absoluto. Puede que pienses que lo digo sólo de palabra, pero es cierto. Me dan asco, me da asco cómo se comportan. ¡Y esa especie de rebuzno! ¡En cuanto aparezco por la puerta, se ponen a emitir ese rebuzno! No me conceden ni un minuto, ni siquiera eso, ni siquiera me conceden sesenta segundos para demostrarles que he cambiado. «¡Parkers! ¡Parkers!». Oh, qué asco me dan...

—Mira —dije, súbitamente impaciente con él—, si te molestan tanto, ¿por qué no se lo dices a la cara? ¿La próxima vez por qué no te enfrentas a ellos? Diles que dejen de emitir ese rebuzno. Y pregúntales por qué, por qué me odian tanto, tanto... Por qué les ofende tanto mi éxito. ¡Sí, pregúntaselo! O mejor, para mayor impacto, ¿por qué no se lo preguntas en la mitad de alguna de tus payasadas? Sí, en la mitad de una de tus parodias, cuando estés poniendo esas voces chistosas y esas caras... Cuando

estén todos riendo y dándote palmadas en la espalda, encantados de que no hayas cambiado ni un ápice... Sí, hazlo entonces... Pregúntales de repente: «¿Por qué? ¿Por qué el éxito de Ryder os resulta tan provocador?». Eso es lo que debes hacer. Y no sólo me harás un favor a mí; servirá también para demostrarles a esos necios, de una elegante tacada, que hay, que siempre ha habido otra persona mucho más profunda detrás de tu exterior de payaso. Alguien que ni se deja manipular fácilmente ni es amigo de componendas. Si yo fuera tú, haría eso.

—¡Eso está muy bien! —gritó, iracundo, Parkhurst—. ¡Para ti es muy fácil decir eso! No tienes nada que perder: ¡a ti ya te odian! Pero son mis amigos más antiguos. Cuando estoy aquí, rodeado de todos estos europeos continentales, la mayor parte del tiempo estoy bien. Pero de cuando en cuando me sucede algo, algo desagradable, y entonces me digo: «¿Y qué? ¿Qué diablos me importa? Estas gentes, para mí, no son más que extranjeros. En mi país tengo buenos amigos. No tengo más que volver; me recibirán con los brazos abiertos». Es fantástico que ahora me vengas con brillantes consejos como ése. Y la verdad, ahora que lo pienso, es muy posible que no todo te dé tan igual como dices. No veo por qué tienes que sentirte tan satisfecho de ti mismo. Tú, lo mismo que yo, no puedes permitirte el lujo de olvidar a tus viejos amigos. Tienen mucha razón, ¿sabes?, en algunas de las cosas que dicen. Estás totalmente satisfecho de ti mismo y algún día pagarás por ello. ¡Y sólo porque te has hecho famoso! «¿Por qué no te enfrentas a ellos?», me dices. ¡Qué arrogancia!

Parkhurst continuó su parlamento durante unos minutos más, pero yo había dejado de escucharle. Porque su mención de mi «satisfacción de mí mismo» había pulsado algo en mi interior que me había hecho recordar de pronto que mis padres estaban a punto de llegar a la ciudad. Y en aquel preciso momento, en la salita de la señorita Collins, con un pánico glacial y casi tangible, caí en la cuenta de que no había preparado en absoluto la pieza que debía interpretar ante ellos aquella noche. En efecto, llevaba ya varios días, quizá varias semanas sin tocar el piano. Y allí estaba, a sólo unas horas de una actuación de suma importancia, sin haber hecho siquiera los preparativos necesarios para ensayar un poco. Cuanto más pensaba en mi situación, más alarmante se me antojaba. Vi que me había preocupado demasiado por la alocución que debía dirigir a los ciudadanos, y que de algún modo, inconcebiblemente, había descuidado el elemento primordial: la interpretación de la pieza. De hecho, por espacio de unos instantes, no logré recordar la pieza que había decidido interpretar. ¿Era *Globestructures: Option II*, de Yamanaka? ¿O *Asbestos and Fibre*, de Mullery? Cuando pensé en ellas, ambas piezas fluctuaron en mi mente como algo inquietantemente nebuloso. En cada una de ellas, recordé, había partes de gran complejidad, pero cuando traté de pensar más detenidamente en tales fragmentos comprobé que apenas lograba recordar nada. Y mientras tanto mis padres, según mis noticias, se hallaban ya en la ciudad. Comprendí que no tenía ni un

segundo que perder, que fueran cuales fueren las otras exigencias, lo primero que debía hacer era asegurarme como mínimo dos horas de quietud e intimidad ante un buen piano.

Parkhurst seguía hablando con vehemencia.

—Mira, lo siento —dije, dirigiéndome hacia la puerta—. Tengo que irme inmediatamente.

Parkhurst se puso en pie dando un respingo, y ahora su voz adoptó un tono de súplica.

—No les sigo la corriente, ¿sabes? Oh, no, no participo en absoluto. —Vino hacia mí e hizo ademán de agarrarme del brazo—. Ni siquiera sonrío. Me da asco, esa forma que tienen de meterse contigo...

—Está bien, te lo agradezco —dije, alejándome de él—. Pero me tengo que ir ahora mismo.

Salí del apartamento de la señorita Collins y me alejé apresuradamente calle abajo, incapaz de pensar en otra cosa que en la necesidad de volver al hotel para sentarme al piano. De hecho estaba tan preocupado que no sólo no miré hacia la pequeña verja de hierro al pasar, sino que ni siquiera vi a Brodsky ante mí en la acera hasta que prácticamente me topé con él. Brodsky inclinó ligeramente la cabeza y me saludó con perfecta calma, como si llevara ya algún tiempo observando cómo me acercaba.

—Señor Ryder. Volvemos a encontrarnos.

—Ah, señor Brodsky —respondí yo, sin aflojar el paso—. Por favor, discúlpeme, pero tengo muchísima prisa.

Brodsky se puso a mi lado y durante varios minutos caminamos juntos en silencio. Aunque sin duda me daba cuenta de que había algo raro en todo aquello, estaba demasiado preocupado para intentar cualquier conversación.

Doblamos la esquina juntos, y salimos al ancho bulevar. La acera estaba más atestada que nunca —los oficinistas habían salido para el almuerzo—, y nos vimos obligados a caminar más despacio. Y fue entonces cuando oí que Brodsky decía a mi lado:

—Toda esa palabrería la otra noche. Una gran ceremonia. Una estatua. No, no, no aceptaremos nada de eso. Bruno odiaba a esa gente. Voy a enterrarlo con discreción, yo solo, ¿qué hay de malo en ello? He encontrado un sitio esta mañana, un pequeño rincón para enterrarlo, yo solo, él no querría que estuviera nadie más, odiaba a toda esa gente. Señor Ryder, me gustaría que tuviera algo de música, de la mejor música. Es un pequeño y tranquilo rincón que he encontrado esta mañana, sé que a Bruno le gustaría el sitio. Cavaré yo. No habrá que cavar mucho. Y luego me sentaré junto a la tumba y pensaré en él, en todo lo que hacíamos juntos, y le diré adiós... Eso es todo. Y querría que hubiera un poco de música mientras pienso en él, de la mejor música...

¿Me hará ese favor, señor Ryder? ¿Lo hará por mí y por Bruno? Es un favor que le pido, señor Ryder...

—Señor Brodsky —dije, volviendo a apretar el paso—, no veo claro lo que me está pidiendo exactamente. Pero tengo que decirle que ya no dispongo ni de un minuto libre.

—Señor Ryder...

—Señor Brodsky, siento mucho lo de su perro. Pero lo cierto es que me he visto obligado a atender demasiadas peticiones, y en consecuencia he de dedicar mi escaso tiempo a las cosas más importantes... —De pronto sentí que me invadía una oleada de impaciencia, y me detuve bruscamente—. Con franqueza, señor Brodsky —dije, casi a gritos—, debo pedirle a usted y a todo el mundo que dejen de pedirme más favores. ¡Ha llegado el momento de que esto acabe! ¡Esto tiene que acabar!

Durante un fugaz instante Brodsky me miró con expresión ligeramente perpleja. Luego apartó la mirada y pareció absolutamente descorazonado. Lamenté inmediatamente mi exabrupto, consciente de la irracionalidad de culpar a Brodsky de todas las distracciones de que había sido objeto desde mi llegada a la ciudad. Suspiré y dije en tono más amable:

—Mire, permítame que le haga una sugerencia. Ahora voy al hotel a ensayar. Necesitaré como mínimo dos horas sin que nadie, nadie me moleste. Pero después, dependiendo de cómo vayan las cosas, podría quizá volver a tratar con usted el asunto de su perro. Debo hacer hincapié en que no puedo prometerle nada, pero...

—Era sólo un perro —dijo de pronto Brodsky—. Pero quiero decirle adiós. Y quería la mejor música...

—Muy bien, señor Brodsky, pero ahora debo darme prisa. Ando muy escaso de tiempo.

Reanudé la marcha. Estaba seguro de que Brodsky volvería a ponerse a mi lado, pero el anciano no se movió. Vacilé un instante, un tanto reacio a dejarle allí en la acera, pero recordé que no podía permitirme ninguna dilación más. Caminé deprisa y pasé por delante de los cafés italianos, y no miré atrás hasta que llegué al paso de peatones y hube de aguardar a que cambiara el semáforo. Al principio no pude ver nada a causa del gentío, pero al poco divisé la figura de Brodsky en el punto exacto de la acera en que lo había dejado. Estaba ligeramente inclinado hacia adelante, como en ademán de mirar hacia el tráfico que se aproximaba. Me vino el pensamiento de que aquel punto de la acera, donde me había detenido antes para hablarle, era en realidad una parada de tranvía, y que Brodsky se había quedado allí con intención de esperar la llegada de uno. Pero las luces cambiaron y, mientras cruzaba la calzada del bulvar, mis pensamientos se centraron de nuevo en el mucho más apremiante asunto de mi interpretación de aquella noche.

Cuando llegué al hotel tuve la impresión de que en el vestíbulo había una gran actividad, pero estaba tan preocupado por mi ensayo que no me molesté en mirar para cerciorarme. De hecho quizá me abrí paso indelicadamente entre algún grupo de huéspedes al acercarme al mostrador de recepción para hablarle al empleado.

—Disculpe —dije—, pero ¿hay alguien en el salón en este momento?

—¿En el salón? Bueno, sí, señor Ryder. A los clientes les gusta ir al salón después del almuerzo, de modo que yo diría que...

—Necesito hablar con el señor Hoffman de inmediato. Es un asunto de la mayor urgencia.

—Sí, por supuesto, señor Ryder.

El recepcionista levantó un teléfono e intercambió unas cuantas palabras con alguien. Luego, colgando el auricular, dijo:

—El señor Hoffman no tardará mucho.

—Muy bien. Pero se trata de un asunto urgente.

Acababa de decir esto cuando sentí que alguien me tocaba en el hombro, y al volverme vi a Sophie a mi lado.

—Oh, hola... —le dije—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba intentando entregar algo a... Ya sabes, a papá. —Soltó una risita tímida—. Pero está ocupado. Está en la sala de conciertos.

—Oh, el abrigo —dije, reparando en el paquete que llevaba en el brazo.

—Está refrescando, así que se lo he traído, pero ha tenido que irse a la sala de conciertos y todavía no ha vuelto. Llevamos casi media hora esperándole. Si no vuelve en unos minutos, tendremos que marcharnos.

Entrevi a Boris sentado en un sofá, al otro extremo del vestíbulo. No podía verlo bien porque un grupo de turistas ocupaba el centro del recinto y me impedía la visión de ese lado, pero pude ver que estaba absorto en el ajado «manual del hombre mañoso» que le había comprado en el cine. Sophie siguió mi mirada y volvió a reír.

—Está tan embobado con ese libro —dijo—. Cuando te fuiste anoche, estuvo mirándolo hasta que se fue a la cama. Y esta mañana lo ha vuelto a coger en cuanto se ha levantado. —Se rió de nuevo y volvió a mirar en dirección a Boris—. Fue una idea estupenda, comprarle ese libro...

—Me alegra que le guste tanto —dije, volviéndome hacia el mostrador de recepción.

Alcé la mano para interrogar al recepcionista sobre Hoffman, pero en ese preciso instante Sophie se acercó hacia mí y me dijo en un tono totalmente diferente:

—¿Cuánto tiempo piensas seguir así? Le está disgustando de veras, ¿sabes?

La miré, sorprendido, pero ella continuó mirándome con expresión severa.

—Sé que las cosas no te están siendo nada fáciles —prosiguió—. Y que yo no te he servido de gran ayuda, me hago cargo. Pero el caso es que él está molesto y preocupado al respecto. ¿Cuánto tiempo piensas seguir así?

—No sé muy bien a qué te refieres.

—Mira, ya he dicho que me doy cuenta de que también es culpa mía. ¿De qué nos sirve hacer como que no sucede nada?

—¿Hacer como que no sucede nada? Supongo que se trata de una sugerencia de la tal Kim, ¿me equivoco? El que me vengas ahora con todas esas acusaciones...

—La verdad es que Kim siempre me está aconsejando ser mucho más franca y abierta contigo. Pero ahora Kim no tiene nada que ver con esto. Lo saco a relucir porque..., porque no puedo soportar ver cómo se preocupa Boris...

Un tanto desconcertado, empecé a volverme hacia el recepcionista. Pero antes de que pudiera atraer su atención, Sophie dijo:

—Mira, no estoy acusándote de nada. Has sido muy comprensivo en todo. No podría pedirte que fueras más razonable. Ni siquiera has llegado a chillarme. Pero siempre he sabido que tiene que haber cierta ira, y que suele salir de este modo...

Solté una carcajada.

—Supongo que ésa es la psicología popular de la que soléis hablar Kim y tú, ¿no?

—Siempre lo he sabido —continuó Sophie, haciendo caso omiso de mi comentario—. Has sido muy comprensivo en todo, más de lo que nadie habría esperado nunca, hasta Kim admite eso. Pero la realidad ha ido siempre por otra parte. No podíamos seguir así, como si nada hubiera pasado. Estás lleno de cólera. ¿Quién puede reprochártelo? Siempre he sabido que tendría que salir por alguna parte. Pero nunca pensé que sería así. Pobre Boris. No sabe lo que ha hecho.

Volví a mirar hacia Boris. Seguía allí sentado, y parecía completamente absorto en el manual.

—Mira —dije—. Sigo sin entender muy bien de qué me hablas. Quizá te estés refiriendo al hecho de que Boris y yo, bueno, a que hayamos estado intentando acoplar un poco nuestro comportamiento mutuo. No hay duda de que, dadas las circunstancias, es lo correcto. Si he sido un poco distante con él recientemente, ha sido sencillamente porque no quiero que se llame a engaño sobre la verdadera naturaleza de nuestra actual vida en común. Tenemos que ser muy precavidos. Después de lo que ha pasado, ¿quién sabe lo que el futuro nos tiene deparado? Boris tiene que aprender a ser más fuerte, más independiente. Estoy seguro de que, a su modo, entiende tan bien como yo lo que estoy diciendo.

Sophie apartó la mirada, y durante unos instantes pareció reflexionar sobre algo. De nuevo me hallaba a punto de intentar atraer la atención del recepcionista cuando de pronto Sophie dijo:

—Por favor. Ven. Dile algo.

—¿Que vaya? Bien, el problema es que tengo que ocuparme de algo con cierta urgencia, y en cuanto aparezca Hoffman...

—Por favor, sólo unas palabras. Supondrá tanto para él... Por favor.

Me miraba con intensidad. Cuando vio que me encogía de hombros, resignado, se volvió y empezó a cruzar el vestíbulo.

Boris alzó brevemente la mirada al ver que nos acercábamos, y volvió a enfrascarse en su manual con expresión seria. Pensé que Sophie iba a decirnos algo, pero al llegar al sofá de Boris vi con disgusto que se limitaba a dirigirme una mirada Preñada de intención y a pasar de largo hacia el revistero que había junto a los ventanales. Así que me encontré allí de pie, Junto al sofá, mientras el chico seguía con la lectura del libro. Al cabo acerqué un sillón y me senté frente a él.

Boris seguía leyendo sin dar muestras de haberse percatado de mi presencia. Luego, sin alzar la mirada, murmuró para sí mismo:

—Este libro es fantástico. Te enseña a hacer de todo.

Me preguntaba cómo responder, pero entonces vi a Sophie, de espaldas a nosotros, fingiendo examinar una revista que acababa de coger del revistero. Sentí una súbita oleada de ira, y lamenté amargamente haberla seguido a través del vestíbulo. Se las había arreglado, me daba cuenta, para manipular las cosas de forma que, le dijera lo que le dijera yo ahora a Boris, ella podría tomarlo como un triunfo y una reivindicación. Volví a mirar su espalda, la ligera inclinación de hombros que estaba simulando para dar a entender su sumo interés por la revista que estaba hojeando, y sentí que la ira crecía en mi interior.

Boris pasó una página y siguió leyendo. Y luego, sin levantar la mirada, dijo en un susurro:

—Alicatar el cuarto de baño. Ahora no me costaría nada hacerlo.

En una mesita cercana había un montón de periódicos, y no vi razón alguna para no ponerme a leer como ellos. Cogí un periódico y lo abrí. Transcurrieron unos instantes en silencio. Al cabo, mientras echaba una ojeada a un artículo sobre la industria alemana del automóvil, oí que Boris me decía de pronto:

—Lo siento.

Había pronunciado estas palabras en un tono un tanto agresivo, y al principio me pregunté si Sophie le había instado antes a hacerlo o le había hecho alguna seña mientras yo estaba leyendo. Pero cuando miré hacia Sophie vi que seguía de espaldas, y que al parecer no se había movido en absoluto. Luego Boris añadió:

—Siento haber sido egoísta. No volveré a serlo. No volveré a hablar nunca más sobre el Número Nueve. Ya soy demasiado mayor para esas cosas. Con este libro todo será muy fácil. Es fantástico. Pronto seré capaz de hacer cantidad de cosas. Voy a volver a hacer todo el cuarto de baño. Antes no me daba cuenta. Pero aquí te enseña cómo se hace, te lo enseña todo. No volveré a hablar nunca más del Número Nueve.

Era como si estuviera recitando algo memorizado y ensayado. Y, sin embargo, había algo en su voz que delataba una emoción, y sentí un intenso impulso de acercarme hacia él para confortarlo. Pero entonces vi cómo Sophie inclinaba los hombros junto al revistero, y recordé el enojo que sentía contra ella. Comprendí, además, que si permitía a Sophie manipular las cosas de la forma en que ahora empezaba a hacerlo, ninguno de nuestros intereses saldría bien parado a la larga.

Cerré el periódico y me levanté, y volví la cabeza para ver si Hoffinan había llegado ya al vestíbulo. Al hacerlo, Boris volvió a hablar, y percibí cierto timbre de pánico en su tono.

—Lo prometo. Prometo aprender a hacer todo esto. Será fácil.

La voz le temblaba un poco, pero cuando miré hacia él vi que sus ojos seguían fijos en la página del libro. Su cara, advertí, tenía un rubor extraño. Entonces percibí cierto movimiento en el vestíbulo y vi que Hoffman me hacía una seña con la mano desde la recepción.

—Tengo que irme —dije en voz alta en dirección a Sophie—. Tengo que hacer algo muy importante. Os veré en otro momento.

Boris volvió otra página, pero no alzó la mirada.

—Muy pronto —le dije a Sophie, que se había vuelto para mirarme—. Seguiremos hablando muy pronto. Pero ahora tengo que irme.

Hoffman se había adelantado hasta el centro del vestíbulo, y me aguardaba con aire inquieto.

—Siento haberle hecho esperar, señor Ryder —dijo—. Tenía que haber previsto que para asistir a una reunión de esta importancia aparecería usted con mucha antelación. Acabo de venir de la sala de conferencias, y puedo asegurarle, señor Ryder, que esta gente, estas damas y caballeros de a pie le están tan agradecidos, tan sumamente agradecidos de que haya usted aceptado entrevistarse con ellos personalmente. Agradecen tanto que usted, señor Ryder, sepa apreciar la importancia de oír de sus propios labios lo que han tenido que soportar...

Lo miré con expresión grave.

—Señor Hoffman, al parecer existe un malentendido. En este momento necesito ineludiblemente dos horas para ensayar. Dos horas de absoluto aislamiento. Debo, pues, rogarle que haga despejar el salón lo más rápido posible.

—Ah, sí, el salón —dijo, y se rió—. Lo siento, señor Ryder, pero creo que no le entiendo. Como sabe, el comité del Grupo Ciudadano de Ayuda Mutua le está esperando en la sala de conferencias en este momento...

—Señor Hoffman, no parece usted apreciar la urgencia de la situación. A causa de unos imprevistos sobrevenidos en cadena, no me ha sido posible tocar el piano en muchos días. Debo insistir en que se me permita disponer de uno lo más rápido

posible.

—Ah, sí, señor Ryder. Por supuesto. Es perfectamente comprensible. Haré todo lo que pueda para prestarle la ayuda necesaria. Pero, en lo que concierne al salón, me temo que no está disponible en este momento. Verá, está tan lleno de huéspedes...

—Pues parecía no hallar impedimento alguno para dejarlo libre para el señor Brodsky...

—Ah, sí, tiene usted razón. Bien, si insiste usted en la necesidad de que sea el piano del salón en lugar de cualquier otro de los que hay en el hotel, pues muy bien, acataré de buen grado su preferencia. Entraré ahí dentro, personalmente, y rogaré a mis clientes que salgan del salón y lo dejen libre, sin reparar en si están a medio tomar un café o cualquier otra cosa... Sí, eso es lo que haré en última instancia. Pero, antes de recurrir a tal medida extrema, quizá sea usted tan amable de considerar otras opciones. Sepa, señor, que el piano del salón no es en ningún caso el mejor piano del hotel. De hecho, algunas de las notas bajas suenan un tanto oscuras.

—Señor Hoffman, si no ha de ser el del salón, dígame pues, por favor, cuál más tiene usted disponible. No tengo especial predilección por el del salón. Lo que necesito es un buen piano y total aislamiento.

—El de la sala de ensayos. Se ajusta mucho mejor a sus necesidades.

—Muy bien, pues. El de la sala de ensayos.

—Excelente.

Empezó a conducirme a través de vestíbulo. Al cabo de unos pasos, sin embargo, se detuvo y se inclinó hacia mí en ademán confidente.

—Debo entender, pues, señor Ryder, que necesitará la sala de ensayos inmediatamente después de que salga usted de la reunión de la que le hablo...

—Señor Hoffman, no quiero tener que volver a insistirle en la urgencia de la situación en que me encuentro...

—Oh, sí, sí, señor Ryder. Por supuesto, por supuesto. Le entiendo perfectamente. Así pues... necesita usted ensayar antes de la reunión. Sí, sí, le entiendo perfectamente. No hay ningún problema. Esa gente se avendrá muy gustosamente a esperar un poco. Bien, no hay ningún problema. Sígame, por favor.

Salimos del vestíbulo por una puerta situada a la izquierda del ascensor, en la que no había reparado hasta entonces, y al poco nos hallábamos recorriendo lo que parecía un pasillo de servicio. Las paredes carecían de decoración, y los tubos fluorescentes del techo conferían al conjunto un desnudo, severo aspecto. Pasamos ante una serie de grandes puertas correderas a través de las cuales nos llegaban diversos ruidos de cocina. Una de ellas estaba abierta, y entreví un recinto fuertemente iluminado con latas metálicas apiladas en columnas sobre un banco de madera.

—Gran parte de lo que se servirá esta noche lo estamos preparando en el hotel —

dijo Hoffman—. La cocina de la sala de conciertos, como imaginará, tiene una capacidad muy limitada.

Doblamos un recodo del pasillo y pasamos ante lo que supuse eran los cuartos de lavandería. Luego pasamos por una hilera de puertas, y a través de ellas nos llegaron los gritos de dos mujeres que discutían con inusitada virulencia. Hoffman, sin embargo, hizo como si no lo oyera y siguió andando en silencio. Luego le oí decir en voz baja:

—No, no, esos ciudadanos... Se sentirán agradecidos, de todas formas. Un pequeño retraso... No les importará en absoluto.

Finalmente se detuvo ante una puerta en la que no vi ninguna placa. Creí que Hoffman la abriría para invitarme a pasar, pero lo que hizo fue apartar la mirada de ella y retirarse hacia un lado.

—Aquí es, señor Ryder —dijo entre dientes, e hizo un gesto furtivo y rápido, por encima del hombro, en dirección a ella.

—Gracias, señor Hoffman —dije, y empujé la puerta.

Hoffman siguió allí, muy envarado, con la mirada aún apartada de la puerta.

—Le esperaré aquí —masculló.

—No tiene por qué hacerlo, señor Hoffman. Encontraré el camino de vuelta.

—Me quedaré aquí, señor. No se preocupe.

No quise enzarzarme en discusiones y me apresuré a pasar por la puerta.

Entré en un recinto largo y estrecho, con suelo de baldosa gris. Las paredes estaban alicatadas con azulejos blancos hasta el techo. Me pareció ver a mi izquierda una hilera de fregaderos, pero estaba tan ansioso por sentarme al piano que no me fijé demasiado en tales detalles. En cualquier caso, los que inmediatamente atrajeron mi atención fueron tres cubículos que había a mi derecha. Tres cubículos contiguos, de madera, pintados de un desagradable color verde rana. Los de los extremos tenían cerradas las puertas, pero la puerta del cubículo central —que parecía algo más amplio que los otros— estaba entreabierta, y al mirar en su interior pude ver un piano con la tapa levantada. Me dispuse, sin más, a entrar en el cubículo, pero enseguida comprobé que se trataba de una tarea harto difícil. La puerta —que abría hacia dentro— no podía abrirse por completo porque se lo impedía el propio piano; para entrar hube de estrujarme contra un costado, y para cerrar la puerta tiré de ella despacio y la hice llegar —rozándome el pecho— hasta su jamba. Al final eché el pestillo, y acto seguido volví a pugnar con las estrecheces del cubículo y conseguí sacar la banqueta que había debajo del piano. Una vez sentado, sin embargo, me encontré razonablemente cómodo, y cuando hice correr mis dedos por el teclado vi que, pese al color desvaído de sus teclas y a su aspecto exterior ajado, el piano poseía una tonalidad delicada y suave, y que había sido perfectamente afinado. Las condiciones acústicas del cubículo, además, no resultaban tan claustrofóbicas como uno habría

imaginado.

Al constatar que la situación no era tan desesperada, una intensa sensación de alivio recorrió todo mi cuerpo, y entonces caí en la cuenta de cuán tenso había estado durante la pasada hora. Aspiré profundamente varias veces y me dispuse a dar comienzo al más crucial de los ensayos. Y entonces recordé que seguía sin decidir qué pieza tocaría aquella noche. Mi madre —sabía— juzgaría particularmente emocionante el movimiento central de *Globestructures: Option II*, de Yamanaka. Pero mi padre preferiría ciertamente *Asbestos and Fibre*, de Mullery. De hecho, era posible incluso que a mi padre no le gustara en absoluto Yamanaka. Me quedé unos instantes contemplando las teclas, tratando de decidirme, y al final la balanza se inclinó a favor de Mullery.

Al decidirme me sentí mucho mejor, y me hallaba ya a punto de acometer los primeros y «explosivos» acordes cuando sentí que algo duro me golpeaba en el hombro. Me volví y vi con consternación que la puerta —que yo había cerrado con pestillo— se había abierto sola.

Me puse en pie como pude y empujé la puerta hasta cerrarla. Y entonces vi que el pestillo se había desprendido de su sitio y pendía del revés pegado a la puerta. Tras un detenido examen, y con cierta ingenuidad por mi parte, me las arreglé para encajar el pestillo en su sitio, pero al cerrar la puerta de nuevo comprendí perfectamente que no había logrado sino una solución hartamente precaria. El pestillo volvería a soltarse en cualquier momento. Estaría yo, por ejemplo, en la mitad de *Asbestos and Fibre* —en la mitad, pongamos, de uno de los intensos fragmentos del tercer movimiento—, y la puerta se abriría y me expondría a la curiosidad de quienquiera que en ese momento pudiera andar rondando por el exterior del cubículo. Y ni que decir tiene que si alguien intentaba abrir la puerta —alguien lo bastante obtuso como para no darse cuenta de que me encontraba dentro—, aquel pestillo no iba a ofrecer la menor de las resistencias.

Pasaban por mi mente estos pensamientos mientras me sentaba de nuevo en el taburete. Pero enseguida llegué a la conclusión de que si no aprovechaba al máximo aquella oportunidad para ensayar, era muy posible que no se me volviera a presentar otra. Y si bien las condiciones distaban de ser las ideales, el piano era perfectamente aceptable. Con cierta determinación, pues, meforcé a dejar de preocuparme por la defectuosa puerta que tenía a mi espalda y a prepararme una vez más para los compases iniciales de la pieza de Mullery.

Al poco, justo cuando mis dedos se hallaban ya dispuestos sobre las teclas, oí un ruido en alguna parte alarmantemente próxima (un pequeño crujido, similar al que podría emitir un zapato o una tela). Giré sobre mí mismo sobre la banqueta. Y sólo entonces caí en la cuenta de que, aunque la puerta seguía cerrada, le faltaba toda la parte de arriba, con lo que se asemejaba mucho a la puerta de un establo. Me había

preocupado tanto el pestillo estropeado que no había reparado en aquel hecho palmario. Vi que el borde superior de la puerta —algo más alto que la altura de la cintura— era irregular: quién sabe si la mitad de arriba había sido desgajada en algún acto desafortunado de vandalismo o si se debía simplemente a alguna remodelación en curso de los cubículos. En cualquier caso, desde donde estaba sentado, podía estirar el cuello por encima del borde y ver sin dificultad los azulejos blancos y los fregaderos del recinto.

No podía creer que Hoffman hubiera tenido la desfachatez de ofrecerme un lugar en tal estado. Bien es verdad que hasta el momento nadie había entrado en aquel cuarto, pero era perfectamente posible que en un momento dado cualquier grupo de seis o siete empleados entrara y se pusiera a usar aquellos fregaderos. Tal posibilidad se me antojaba insufrible, y me hallaba ya a punto de abandonar airado el cubículo cuando vi un trapo que colgaba de un clavo que sobresalía de una de las jambas, a la altura del gozne superior.

Me quedé mirándolo unos segundos, y al dirigir la vista hacia la otra jamba vi otro clavo a la misma altura. Adivinando de inmediato la finalidad de los clavos y del trozo de tela me levanté para examinarlo todo más detenidamente. El trapo era una vieja toalla. Cuando la extendí y fijé el otro extremo en el otro clavo, vi que tapaba perfectamente la parte de la puerta que faltaba, a modo de cortina.

Volví a sentarme más calmado y me dispuse una vez más a acometer los compases iniciales de la pieza. Entonces, justo cuando iba a empezar a tocar, volví a verme interrumpido por un nuevo crujido. Y lo oí de nuevo, y esta vez pude precisar que provenía del cubículo situado a mi izquierda. Caí en la cuenta no sólo de que durante todo el tiempo había habido una persona en el cubículo contiguo, sino también de que la insonorización entre ambos era prácticamente inexistente y de que hasta el momento no había sido consciente de tal presencia porque la persona en cuestión —quién sabe por qué— había permanecido todo el tiempo inmóvil y en silencio.

Furioso, me levanté y empujé la puerta, y al hacerlo el pestillo volvió a desprenderse de su sitio y la toalla cayó al suelo. Cuando me deslizaba hasta el exterior a través de la exigua abertura de la puerta el hombre del cubículo contiguo, tal vez viendo que ya no había razón para ocultarse, se aclaró la garganta ruidosamente. Asqueado, salí de aquel lugar a la carrera.

Me sorprendió encontrar a Hoffman esperándome en el pasillo, pero recordé que había prometido hacerlo. Estaba apoyado contra la pared, pero en cuanto me vio se enderezó y se cuadró como un soldado.

—Bien, señor Ryder —dijo, sonriendo—. Si quiere seguirme... Esas damas y esos caballeros tienen muchas ganas de conocerle.

Miré a Hoffman con frialdad.

—¿Qué damas y caballeros, señor Hoffman?

—Pues... los miembros del comité, señor Ryder. Del Grupo Ciudadano de Ayuda Mutua.

—Mire, señor Hoffman... —Estaba muy furioso, pero lo delicado del asunto que quería explicarle me hizo hacer una breve pausa. Hoffman, consciente al fin de que algo me estaba mortificando, se paró en medio del pasillo y me miró con preocupación.

—Oiga, señor Hoffman. Lamento muchísimo lo de esa reunión. Pero resulta perentorio el que yo ensaye. No puedo hacer nada hasta que no ensaye.

Hoffman pareció genuinamente perplejo.

—Disculpe, señor —dijo, bajando la voz discretamente—, pero ¿no acaba de ensayar?

—No, no lo he hecho. No..., no he podido hacerlo.

—¿Que no ha podido hacerlo? Señor Ryder, ¿está todo bien? Quiero decir que si se siente usted bien...

—Estoy perfectamente. Oiga... —Dejé escapar un suspiro—. Si de veras quiere saberlo, no he podido ensayar allí dentro porque..., bueno, con franqueza, señor Hoffman, las condiciones del recinto no eran las más adecuadas para brindarme el aislamiento que preciso. No, señor Hoffman, déjeme hablar. El nivel de intimidad no era el adecuado. Puede que baste para alguna gente, pero para mí... Bueno, se lo estoy diciendo, señor Hoffman. Se lo diré con absoluta franqueza: me sucede desde que era un niño. Nunca he podido ensayar al piano más que en condiciones de total, absoluto aislamiento.

—¿De veras, señor Ryder? —Hoffman asentía con la cabeza con expresión grave—. Me hago cargo, me hago cargo...

—Bien, espero que realmente se haga cargo. Las condiciones de ese cuarto... —dije, sacudiendo la cabeza— no son ni por asomo aceptables. Y ahora el asunto es éste: necesito con urgencia un lugar adecuado para ensayar.

—Sí, sí, por supuesto. —Hoffman asintió con la cabeza en ademán de comprender cabalmente lo que le estaba diciendo—. Creo, señor, que tengo la solución. Hay otra sala de ensayos en el anexo que podrá brindarle el aislamiento que precisa. El piano es excelente, y en lo tocante a la intimidad..., se la puedo garantizar, señor. Es una sala muy, muy íntima.

—Muy bien. Parece la solución. El anexo, dice usted...

—Sí, señor. Le llevaré hasta allí personalmente en cuanto finalice su entrevista con el Grupo Ciudadano de Ayuda Mutua...

—Mire, señor Hoffman —dije de pronto, gritando, reprimiendo un imperioso impulso de agarrarle por las solapas—. ¡Escúcheme! ¡Me tiene sin cuidado ese grupo ciudadano! ¡Me tiene sin cuidado lo que tengan que esperar! La cuestión es la

siguiente: si no puedo ensayar, hago las maletas y me largo de esta ciudad inmediatamente. ¡De inmediato! Eso es lo que hay, señor Hoffman. No habrá discurso, no habrá interpretación, ¡no habrá nada de nada! ¿Me entiende bien, señor Hoffman? ¿Me entiende?

Hoffman se quedó mirándome fijamente mientras palidecía por momentos.

—Sí, sí —alcanzó a decir en un susurro—. Sí, por supuesto, señor Ryder.

—Así que debo pedirle —dije, esforzándome por controlar el tono de mi voz— que tenga la amabilidad de conducirme sin dilación hasta ese anexo.

—Muy bien, señor Ryder —dijo él, y dejó escapar una risa extraña—. Le entiendo perfectamente. A fin de cuentas, no son más que ciudadanos de a pie. ¿Qué necesidad tiene alguien como usted de...? —Luego pareció recuperar el dominio de sí mismo y dijo con firmeza—: Por aquí, señor Ryder. Si es usted tan amable de seguirme...

Recorrimos un trecho del pasillo y luego pasamos a través de un gran cuarto de lavandería en el que había varias máquinas que emitían una especie de gruñido prolongado. Luego Hoffman me hizo salir por una puerta estrecha, y al pasar al otro lado me vi frente a las puertas dobles del salón.

—Atajaremos por aquí —dijo Hoffman.

En cuanto entramos en el salón entendí por qué antes Hoffman se había mostrado reacio a despejarlo. Estaba atestado de huéspedes que charlaban y reían, algunos con vistosas galas, y lo primero que pensé fue que habíamos topado con una fiesta privada. Pero al abrirnos paso despacio a través de los presentes, pude distinguir varios grupos marcadamente diferentes. Una parte del salón lo ocupaban varias personalidades locales de aspecto exuberante. Otro grupo parecía integrado por unos ricos jóvenes norteamericanos —muchos de ellos estaban cantando una suerte de himno universitario—, y en otra parte del recinto un grupo de hombres japoneses había juntado varias mesas y también se divertía bulliciosamente. Aunque se trataba de grupos claramente separados, parecía existir entre ellos cierta interacción fluida. Los huéspedes se paseaban de mesa en mesa dándose palmadas en el hombro, sacándose fotografías y pasándose unos a otros platos de sandwiches. Un camarero de aire agobiado y uniforme blanco se movía entre ellos con sendas jarras de café en las manos. Pensé en localizar el piano, pero me hallaba demasiado ocupado en abrirme paso entre la gente y en seguir a Hoffman. Finalmente, llegué al otro extremo del salón, donde Hoffman me aguardaba con otra puerta abierta.

Salí y me vi en un pasillo estrecho cuyo extremo del fondo se hallaba abierto al exterior. Y al instante siguiente estaba en un pequeño y soleado aparcamiento, que reconocí de inmediato como aquel al que me había conducido Hoffman la noche del banquete de Brodsky. Hoffman me guió hacia un gran automóvil negro, y unos segundos después nos vimos inmersos en el denso tráfico de la hora del almuerzo.

—El tráfico de esta ciudad... —Hoffman suspiró—. Señor Ryder, ¿quiere que ponga el aire acondicionado? ¿Está seguro? Santo cielo, mire ese tráfico... Afortunadamente, no tendremos que soportarlo durante mucho tiempo. Tomaremos la carretera del sur.

En el siguiente semáforo, en efecto, Hoffman torció una esquina y tomó una carretera en la que los vehículos circulaban con mucha más fluidez, y segundos después avanzábamos a buena velocidad por la campiña abierta.

—Ah, sí, eso es lo maravilloso de nuestra ciudad —dijo Hoffman—. No tienes que conducir mucho para encontrarte con un paisaje agradable. ¿Lo ve?, el aire ya está mejorando.

Dije algo en señal de asentimiento y me quedé callado; no tenía ninguna gana de

verme embarcado en conversación alguna. Entre otras cosas, empezaba a albergar dudas acerca de mi decisión de interpretar *Asbestos and Fibre*. Cuanto más pensaba en ello, más parecía volverme el recuerdo de mi madre expresándome un día su irritación ante esa pieza. Consideré durante un instante la posibilidad de interpretar algo totalmente diferente, algo como *Wind Tunnels*, de Kazan, pero recordé de pronto que se trataba de una pieza cuya ejecución llevaba dos horas y quince minutos. No había duda de que la breve e intensa *Asbestos and Fibre* era la elección acertada. Ninguna otra de esa extensión brindaría como ella la oportunidad de mostrar tal abanico de estados de ánimo. Y ciertamente, a nivel superficial al menos, se trataba de una pieza que a mi madre no tendría por qué desagradarle, sino todo lo contrario. Y sin embargo seguía habiendo algo... —no más que la sombra de un recuerdo, hube de admitir— que me impedía sentirme a gusto con mi elección de la pieza.

Con excepción de un camión que podía divisarse en la lejanía, estábamos solos en la carretera. Contemplé la tierra de labrantío que se extendía a derecha e izquierda y volví a tratar de recuperar aquel fragmento esquivo de la memoria.

—No tardaremos mucho, señor Ryder —me estaba diciendo Hoffman—. Estoy seguro de que encontrará la sala de ensayos del anexo mucho más de su agrado. Es muy tranquila, un sitio ideal para ensayar durante una o dos horas. Pronto podrá usted abismarse en su música. ¡Cómo le envidio, señor! Pronto se verá usted rumiando sus ideas musicales. Como si se hallara paseándose por una espléndida galería de arte en la que, por obra de un milagro, le dijeran que cogiera una especie de cesta de la compra y se llevara a casa las obras que quisiera. Perdóneme —dijo, soltando una carcajada—, pero siempre he acariciado esa fantasía. Mi mujer y yo paseando juntos por una galería de arte llena de los objetos más bellos... El sitio, aparte de nosotros, está vacío. Ni siquiera está el encargado. Y, sí, llevo una cesta en el brazo, y nos han dicho que podemos llevarnos lo que queramos. Hay ciertas normas, claro está. No podemos llevarnos más de lo que cabe en la cesta. Y, por supuesto, no podremos vender nada de lo que nos llevemos (aunque ni se nos pasaría por la cabeza aprovecharnos tan mezquinamente de tal oportunidad sublime...). Así que ahí estamos los dos, mi mujer y yo, paseándonos por esa sala celestial. La galería formaría parte de una gran mansión situada en alguna parte de la campiña, quizá mirando a vastas extensiones de terreno. La balconada se abre a una vista espectacular. Hay grandes estatuas de leones en cada esquina. Mi mujer y yo contemplamos el paisaje, y debatimos sobre qué objetos vamos a llevarnos. En mi fantasía, no sé por qué, siempre hay una tormenta a punto de estallar. El cielo es de un gris de pizarra, y sin embargo es como si estuviéramos gozando de un brillantísimo sol de verano. Y hay enredaderas, hiedras por todas partes. Y estamos solos, mi mujer y yo, con nuestra cesta aún vacía, debatiendo qué llevarnos... —Se echó a reír—. Perdóneme, señor Ryder. Me estoy dejando llevar... Pero es así como

imagino que ha de ser para alguien como usted, alguien de su genio, que le dejen solo al piano durante una hora o más, en medio de un paraje apacible; como imagino que ha de ser para la gente de talento. Andar vagando entre sublimes ideas musicales... Examinando ésta, sacudiendo la cabeza, dejándola a un lado... Por bello que sea el resultado, nunca se encuentra lo que se anhelaba encontrar. ¡Ah, qué hermoso debe de ser lo que tiene en la cabeza, señor Ryder! Cómo me gustaría ser capaz de acompañarlo en el viaje que va a emprender en cuanto sus dedos toquen las teclas... Pero, claro, usted llegaría a donde yo no podría llegar nunca. ¡Cómo le envidio, señor!

Dije algo anodino a modo de respuesta, y seguimos en silencio durante un rato. Al cabo, Hoffman dijo:

—Mi mujer, en los primeros tiempos, antes de casarnos... Creo que es así como veía nuestra vida juntos. Algo parecido a eso, señor Ryder. Algo así como entrar en un bello museo desierto cogidos del brazo y con nuestra cesta de la compra. Aunque, claro, en realidad mi mujer jamás lo vería de forma tan fantasiosa. Mi mujer, ¿sabe?, viene de una larga estirpe de gentes con talento. Su madre fue una buena pintora. Y su abuelo uno de los poetas más grandes de su generación en lengua flamenca. Por algún motivo inexplicable, no se le reconoció como merecía, pero eso no cambia las cosas. Oh, y hay otros más en la familia..., con mucho talento todos ellos. Educada en una familia como ésta, es lógico que siempre diera por descontados el talento y la belleza. ¿Cómo podría ser de otro modo? Le aseguro, señor, que ello dio origen a ciertos malentendidos. En particular a un enorme malentendido al principio de nuestra relación.

Volvió a guardar silencio, y durante un rato fijó la mirada en los meandros que la carretera iba desplegando ante nosotros.

—Lo primero que nos unió fue la música —dijo Hoffman finalmente—. Nos sentábamos en los cafés de Herrengasse y hablábamos de música. O, mejor, yo era quien hablaba. Supongo que no paraba de hablar. Recuerdo que una vez, paseando con ella por el Volksgarten, le fui explicando con gran detalle, quizá por espacio de una hora, lo que opinaba sobre *Ventilations*, de Mullery. Éramos jóvenes, por supuesto, y teníamos tiempo para dar rienda suelta a tales cosas. Ni en aquellos tiempos hablaba ella mucho, pero escuchaba todo lo que yo tenía que decir, y no me cabía duda de que se emocionaba profundamente. Oh, sí... He dicho que éramos jóvenes, señor Ryder, pero supongo que en realidad no éramos tan jóvenes. Los dos teníamos esa edad en la que la gente bien puede llevar ya un tiempo casada. Puede que ella sintiera cierta sensación de urgencia, quién sabe... El caso es que hablamos de casarnos. Yo la amaba tanto, señor Ryder. La amaba desde el principio. Era tan bella entonces. Incluso hoy, si la miras, te das cuenta de lo bella que tuvo que ser en un tiempo. Pero bella en un sentido especial. Veías inmediatamente que poseía una

sensibilidad especial para las cosas refinadas. No me importa admitirlo ante usted: estaba muy enamorado de ella. No puedo expresar lo que significó para mí el que aceptara convertirse en mi esposa. Pensé que mi vida sería un puro gozo, un gozo continuo e ininterrumpido. Pero unos días después, unos días después de que aceptara casarse conmigo, vino a verme a mi cuarto por primera vez. En aquel tiempo yo trabajaba en el Hotel Burgenhof, y tenía alquilado un cuarto cerca de allí, en Glockenstrasse, al lado del canal. No era la habitación ideal, pero sí perfectamente aceptable. Había buenas estanterías en una de las paredes, y un escritorio de roble junto a la ventana. Y, como digo, daba al canal. Era invierno, una espléndida y soleada mañana de invierno, y entraba una luz preciosa en el cuarto. Lo había limpiado y ordenado todo, como es lógico, y me había esmerado al hacerlo. Ella entró y miró a su alrededor, fue mirándolo todo a su alrededor. Y luego habló en tono muy suave: «¿Pero dónde compones música?». Lo recuerdo perfectamente, el instante exacto, señor Ryder; lo recuerdo tan vividamente... Lo considero una especie de hito crucial en mi vida. No exagero, señor. En muchos aspectos, ahora lo veo, mi vida actual empezó en ese momento. Christine, de pie junto a la ventana, aquella luz de enero, su mano sobre el escritorio, sólo unos dedos, como para apuntalar un poco su persona. Estaba bellísima. Y me hizo aquella pregunta con genuina sorpresa. ¿Comprende, señor?, estaba sorprendida de verdad: «¿Pero dónde compones música? No hay piano». Yo no sabía qué decir. Vi de inmediato que había habido un malentendido, un malentendido de proporciones catastróficamente crueles. ¿Podría reprochárseme, señor, el que sintiera la tentación de salvarme? No habría dicho jamás una mentira absoluta. No, señor, ni siquiera para salvarme. Pero era un momento tan difícil... Cuando ahora pienso en ello siento que me recorre el cuerpo un escalofrío; lo estoy sintiendo ahora mismo, mientras se lo cuento. «¿Pero dónde compones música?». «No, no hay piano», dije en tono alegre. «No hay nada. Ni papel pautado, ni nada de nada. He decidido dejar de escribir música dos años». Eso es lo que le dije. Fue muy rápido. Lo dije sin la menor muestra externa de pesar o vacilación. Incluso le llegué a dar la fecha exacta en la que volvería a componer. Pero de momento no, no estaba componiendo. ¿Qué podía decir, señor? ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que mirara a aquella mujer, a aquella mujer a la que amaba con toda mi alma, que tan sólo unos días antes había accedido a casarse conmigo, y me resignara a que todo se acabara? ¿Que le dijera: «Oh, querida, todo ha sido un malentendido. Como es lógico, te libero de toda obligación. Por favor, separémonos en este instante...»? No podía hacerlo, señor. Puede que piense usted que fui deshonesto. Sería muy duro de su parte. En cualquier caso, ¿sabe?, en aquel momento de mi vida lo que dije no fue totalmente mentira. Porque el caso es que pensaba seriamente aprender a tocar un instrumento, y sí, deseaba también probar fortuna en la composición. Así que no se trataba de una mentira absoluta. No fui sincero, es cierto, lo admito. Pero ¿qué otra

cosa habría podido hacer? No podía dejar que se fuera. Así que le dije que había tomado la decisión de dejar de componer durante dos años completos. Y recuerdo que, a fin de clarificar mi mente y mis emociones, o por alguna otra razón semejante, seguí hablando un buen rato del asunto. Ella me escuchaba, se lo creía todo, asentía con su bella, inteligente cabeza en señal de comprender y secundar todas las necedades que yo le estaba contando. Pero ¿qué podía hacer si no, señor? Y a partir de aquella mañana ya no volvió a mencionar jamás el tema de mis composiciones, nunca en todos estos años. Y dicho sea de paso, señor Ryder, porque veo que está usted a punto de preguntarlo..., créame, se lo aseguro: nunca jamás, ni antes de aquella mañana ni nunca durante nuestro noviazgo, durante nuestros paseos a la orilla del canal, durante nuestras citas en los cafés de Herrengasse, nunca, nunca, intencionadamente, le induje a pensar que componía música. Que estaba perpetuamente enamorado de la música, que era el alimento cotidiano de mi espíritu, que la oía en mi corazón cada mañana al despertar..., eso sí, eso sí lo dejé entrever porque era verdad. Pero nunca la engañé deliberadamente, señor. Oh, no, nunca. Fue un terrible malentendido, simplemente. Ella, viniendo de la familia que venía, inevitablemente *dio por descontado*... Quién sabe, señor. Pero hasta aquella mañana en mi cuarto, yo nunca había pronunciado una palabra que indujera a presumir tal cosa. Bien, como digo, señor Ryder, ella no volvió a mencionar el asunto, ni una vez siquiera. Nos casamos a su debido tiempo, compramos un pequeño apartamento en Friedrich Square, encontré un buen empleo en el Ambassadors. Comenzamos nuestra vida juntos, y durante un tiempo fuimos razonablemente felices. Claro que yo jamás olvidé..., jamás olvidé aquel malentendido. Pero no me preocupaba tanto como tal vez cabría imaginar. Porque, como ya he dicho, en aquel tiempo..., bueno, tenía pensado seriamente..., cuando llegara el momento, cuando se me presentara la ocasión de hacerlo, aprender a tocar un instrumento. Tal vez el violín. Tenía ciertos planes, ya sabe, siempre se hacen planes cuando se es joven, cuando no eres consciente aún de lo limitado que es el tiempo, cuando no eres consciente de que en torno a ti existe una coraza, una dura coraza que te *impide... salir... al exterior*... — De pronto soltó ambas manos del volante e hizo ademán de empujar hacia arriba una invisible cúpula que lo rodeaba. Su gesto expresaba más cansancio que cólera, y al instante siguiente volvió a dejar caer las manos sobre el volante. Y prosiguió con un suspiro—: No, no sabía nada de eso en aquel tiempo. Entonces seguía albergando la esperanza de que con el tiempo llegaría a ser la clase de persona que ella creía que era. De verdad, señor, yo creía que lograría llegar a ser tal persona precisamente gracias a ella, a su presencia, a su influencia... Y el primer año de nuestro matrimonio, señor Ryder, como digo, fue razonablemente feliz. Compramos aquel apartamento, una vivienda adecuada a nuestras necesidades. Había días en que me daba por pensar que se había dado cuenta del malentendido y que ya no le importaba.

No sé, en aquel tiempo me venían a la mente todo tipo de pensamientos. Luego, cuando llegó el día, la fecha que he mencionado, transcurridos los dos años, cuando se suponía que debía volver a componer, no pasó nada. La observé atentamente, pero no dijo nada. La veía callada, pero era normal en ella: siempre estaba callada. No dijo nada, no hizo nada extraño. Pero supongo que fue por aquellas fechas, cumplidos ya los dos años, cuando se instaló la tensión en nuestras vidas. Era una suerte de tensión de baja intensidad, una tensión que parecía estar siempre presente, y por mucho que hubiéramos pasado felizmente una velada, la tensión seguía allí... Yo solía planear pequeñas sorpresas, como llevarla a cenar a sus restaurantes preferidos. O regalarle flores, o los perfumes que le gustaban. Sí, me afanaba por agasajarla. Pero siempre estaba aquella tensión... Durante bastante tiempo me las ingenié para no darle importancia. Me decía a mí mismo que era fruto de mi imaginación. Supongo que me negaba a admitir que era real y que crecía por momentos. Y no tomé plena conciencia de que había estado allí todo aquel tiempo hasta el día en que se esfumó. Sí, se esfumó y entonces caí en la cuenta de a qué se había debido. Fue una tarde, llevábamos casados unos tres años, yo volvía del trabajo y le traía un pequeño presente, un libro de poesía que sabía que quería. No lo había dicho explícitamente, pero yo lo había adivinado. Entré en el apartamento y la encontré mirando la plaza. A aquella hora de la tarde la gente volvía del trabajo. Era un apartamento ruidoso, pero eso no te parece tan grave cuando eres relativamente joven. Le tendí el libro. «Un pequeño regalo», le dije. Ella siguió mirando por la ventana. Estaba arrodillada sobre el sofá, con los brazos cruzados sobre el respaldo y la cabeza apoyada sobre ellos, mirando... Entonces se volvió y cogió el libro como con infinito cansancio, y sin decir una palabra siguió mirando la plaza. Yo me quedé en medio de la sala, a la espera de que me dijera algo, una palabra de agradecimiento por el regalo. Quizá no se encontraba bien. Seguí de pie, esperando, un tanto preocupado. Al final se volvió y me miró. No de forma poco amable, oh, no, pero me miró..., me miró con una mirada especial. La mirada de alguien que *ve confirmado* con sus propios ojos lo que ha estado pensando. Sí, así es como fue, y yo supe que al fin ella había visto en mi interior. Y fue entonces cuando caí en la cuenta, cuando caí en la cuenta de a qué se había debido la tensión. Yo había estado esperando, durante todo aquel tiempo había estado esperando ese momento. Y, ¿sabe?, podrá parecer extraño, pero para mí supuso un enorme alivio. Al final, al final ella había visto en mi interior. ¡Oh, qué maravilloso alivio! Me sentí tan liberado. De hecho exclamé: «¡Ajá!», y sonreí. A ella debió de parecerle extraño, y yo enseguida conseguí tranquilizarme. Me di cuenta de inmediato..., oh, sí, el sentimiento de liberación fue tremendamente fugaz, me di cuenta de inmediato de los nuevos dragones contra los que tendría que luchar, y al instante siguiente fui ya todo cautela. Vi que tendría que esforzarme el doble, el triple si quería retenerla. Pero ¿sabe?, seguía pensando que si trabajaba duro, si me

esforzaba lo bastante, a pesar de que ella se *había dado cuenta*, si me esforzaba lo bastante aún lograría recuperarla. ¡Necio de mí! ¿Sabe?, durante varios años después de aquel día seguí creyéndolo, creía de veras que lo estaba consiguiendo. Oh, mantenía los ojos siempre abiertos. Hacía todo lo que estaba en mi mano para complacerla. Y nunca me sentía satisfecho. Me daba cuenta de que sus gustos, sus preferencias cambiarían con el tiempo, así que observaba cada matiz de su conducta, listo para anticiparme a cualquier cambio. Oh, sí, aunque sea yo quien lo diga, señor Ryder, durante aquellos años desempeñé a la perfección mi papel de marido. Si un compositor que le había gustado mucho, por ejemplo, empezaba a agrardarle menos, me daba cuenta inmediatamente, antes incluso de que el cambio se hubiera instalado en su conciencia. Y la vez siguiente que tal compositor salía a relucir, yo decía rápidamente, mientras ella quizá vacilaba antes de expresar sus dudas, yo decía rápidamente: «Claro que ya no es lo que era. Por favor, no nos molestemos en ir a ese concierto esta noche. Te aburrirías». Y me sentía recompensado por la inconfundible expresión de alivio que veía en su semblante. Oh, sí, me mantenía extremadamente atento, y, como digo, señor, creía de verdad que acabaría consiguiéndolo. Me engañaba. La amaba tanto, que me engañaba a mí mismo y seguía creyendo que la recuperaba poco a poco. Me pasé unos cuantos años creyendo firmemente que lo lograría. Y de pronto todo cambió, todo cambió en una noche. Vi cuán inevitable era todo, cómo mis enormes esfuerzos no habían servido de nada. Lo vi todo en una noche, señor. Habíamos sido invitados a la casa del señor Fischer; organizaba una pequeña recepción en honor de Jan Piotrowsky, después de su concierto. En aquella época empezaban a invitarnos a ese tipo de actos; yo iba ganándome cierto respeto en la ciudad gracias a mi fina apreciación de las artes. Bien, el caso es que estábamos en casa del señor Fischer, en su magnífico salón. No era una reunión multitudinaria, cuarenta personas como mucho. Una velada bastante apacible. No sé si conoce usted a Piotrowsky, señor. Resultó ser una persona sumamente agradable, extraordinariamente ducho en hacer que todo el mundo se sintiera a gusto. La conversación se desarrollaba con fluidez, y todos nos estábamos divirtiendo. En un momento dado fui a la mesa del bufé, y estaba sirviéndome unas cosas en el plato cuando me di cuenta de que el señor Piotrowsky estaba a mi lado. Yo era aún bastante joven entonces, no tenía mucha experiencia en celebridades, y sí, he de admitir que estaba un poco nervioso. Pero el señor Piotrowsky me sonrió amablemente y me preguntó si me estaba divirtiendo, e hizo que enseguida me sintiera cómodo. Y entonces dijo: «Acabo de charlar un rato con su encantadora esposa. Me ha estado hablando de su gran amor por Baudelaire. He tenido que confesarle que no conocía demasiado la obra de Baudelaire, y ella, con razón, me ha reprendido por mi deplorable ignorancia al respecto. Oh, me ha hecho sentirme totalmente avergonzado. Me propongo remediar en breve tal ignorancia. ¡La pasión de su esposa por ese poeta

es absolutamente contagiosa!». Yo asentí y dije: «Sí, por supuesto. Siempre ha adorado a Baudelaire». «Y con qué pasión», dijo Piotrowsky. «Me ha hecho sentirme totalmente avergonzado». Y eso fue todo. No hablamos más. Pero ¿se da cuenta, señor Ryder? Lo que digo es lo siguiente: *¡yo no conocía en absoluto su pasión por Baudelaire! ¡No tenía ni la menor idea! ¿Entiende lo que le estoy diciendo? ¡Nunca me había dicho que sintiera tal pasión!* Y cuando Piotrowsky me lo dijo, algo empezó a encajar. De repente vi con claridad algo que no había querido ver a lo largo de los años. Me refiero a que ella siempre me había ocultado ciertas partes de sí misma. Las había preservado, como si el contacto con mi tosquedad hubiera podido contaminarlas. Como digo, señor, yo quizá lo había sospechado siempre. El que hubiera toda una parte de sí misma que preservaba de mí. ¿Quién podía reprochárselo? Una mujer de tal sensibilidad, educada en una familia como la suya... No había dudado en confesárselo abiertamente a Piotrowsky, pero jamás de los jamases, en todos los años que llevábamos juntos, había dejado siquiera entrever su pasión por Baudelaire conmigo. Durante los minutos que siguieron estuve vagando por el salón, hablando con los invitados sin apenas saber lo que decía, diciendo frivolidades, trastornado interiormente. Luego miré a través del salón y la vi, vi a mi esposa, riendo alegremente en un sofá, al lado de Piotrowsky. No es que estuviera coqueteando, ¿sabe? Oh, no, mi mujer ha sido siempre muy puntillosa en lo referente a la decencia. Pero se reía con una espontaneidad que no le había visto desde nuestros viejos paseos a la orilla del canal, en la época anterior a nuestro matrimonio: es decir, antes de que se hubiera *dado cuenta*. Era un sofá largo, y en él había otras dos personas, y varias más sentadas en el suelo para poder estar cerca de Piotrowsky. Pero Piotrowsky acababa de decirle algo a mi mujer, y ella reía gozosamente. Pero no era sólo aquella risa, señor Ryder, lo que me resultaba especialmente elocuente. Yo estaba de pie, observándola desde el otro extremo del salón, y sucedió lo siguiente: Piotrowsky, hasta el momento, había estado sentado en el borde del sofá, con las manos juntas en torno a una rodilla, sí, como lo oye, y al reírse y dirigir un comentario a mi mujer hizo ademán de recostarse contra el respaldo del sofá. Y en el momento en que empezaba a hacerlo, mi mujer, muy rápida, muy diestramente, cogió un cojín de su espalda y lo puso en el punto del respaldo donde se recostaba ya Piotrowsky, de forma que la cabeza de éste, al llegar al respaldo del sofá, descansó sobre el cojín. Lo hizo muy rápidamente, casi instintivamente, con un gesto muy airoso. Y cuando lo vi sentí que se me rompía el corazón. Fue un movimiento tan lleno de natural respeto, de deseo de solicitud, de agrandar en los pequeños detalles. Aquel mínimo acto revelaba todo un reino interior que ella me mantenía terminantemente vedado. Y entonces caí en la cuenta de lo engañado que había estado. Caí en la cuenta de lo que a partir de entonces he sabido y jamás he vuelto a poner en duda. Me refiero, señor, a que algún día me dejaría. Tarde o temprano. Era

sólo cuestión de tiempo. Lo he sabido desde aquella noche.

Calló y guardó silencio, y pareció sumirse de nuevo en sus pensamientos. A ambos lados de la carretera había tierras de labrantío, y vi tractores que se movían lentamente por los campos, a lo lejos. Pasó un rato, y le dije:

—Disculpe, pero esa noche de la que me habla, ¿hace cuánto fue?

—¿Hace cuánto? —Hoffman pareció un tanto ofendido por la pregunta—. Oh..., supongo que fue cuando Piotrowsky dio aquel concierto en la ciudad. Debió de ser hace veintidós años...

—Veintidós años... —dije yo—. ¿Debo inferir, pues, que su mujer ha permanecido a su lado todo ese tiempo?

Hoffman se volvió a mí, furioso.

—¿Qué intenta decirme, señor? ¿Que ignoro el estado de cosas de mi propia casa? ¿Que no entiendo a mi propia esposa? Estoy haciéndole confianzas, compartiendo con usted mis pensamientos íntimos, y se permite darme lecciones sobre mis asuntos como si supiera mejor que yo lo que...

—Le pido disculpas, señor Hoffman, si le he parecido indiscreto. Sólo quería señalar que...

—¡No tiene que señalarme nada, señor! ¡No sabe nada del asunto! El hecho es que mi situación es desesperada, y que lo es desde hace cierto tiempo. Lo vi aquella noche en casa del señor Fischer; tan claro como la luz del día, tan claro como esta carretera que tengo ante mis ojos. Muy bien, no ha sucedido todavía, pero sólo porque..., sólo porque me he *esforzado*. Sí, señor, ¡lo que me he esforzado! Puede que si lo supiera se riera usted de mí. Si sé que es una causa perdida, ¿por qué me torturo tanto? ¿Por qué me aferró a ella de este modo? Para usted es muy fácil formularme esas preguntas. Pero yo la amo tan profundamente, señor, y más que nunca... Me resulta inconcebible, nunca podría soportar que me dejara, todo se volvería sin sentido. Muy bien, sé que no hay remedio, que tarde o temprano me acabará abandonando por alguien como Piotrowsky, por alguien semejante, por alguien como el hombre que pensó que yo era antes de *darse cuenta*. Lo que hago es aferrarme, y eso no merece burla. He hecho todo lo que he podido, señor. He hecho todo lo que he podido en el único terreno que le queda a un hombre en mi situación: me he esforzado mucho, he organizado actos, he participado en comités, y al cabo de los años he logrado ser una personalidad de cierta talla en los círculos artísticos y musicales de esta ciudad. Y, por supuesto, además siempre ha estado esa esperanza. Una esperanza que acaso explique cómo he conseguido retenerla tanto tiempo. Una esperanza que ha muerto, que lleva ya muerta bastantes años, pero que, ya ve, durante un tiempo constituyó la sola, la única esperanza. Me refiero, cómo no, a nuestro hijo Stephan. ¡Si hubiera sido diferente, si hubiera sido bendecido con siquiera algunos de los dones que la familia de su madre ha poseído tan pródigamente...! Durante unos

años, ambos albergamos la esperanza. Le pagamos clases de piano, seguimos su evolución estrechamente, nos aferramos a la esperanza. Nos afanamos tanto por captar algún destello que jamás captamos..., oh, le escuchamos con tanta atención, tantas veces... Anhelábamos, cada cual por sus propias razones, captar algo, pero jamás llegamos a oírle nada memorable...

—Disculpe, señor Hoffman. Usted dirá eso de Stephan, pero le aseguro que...

—¡Me he engañado durante años! Me decía, bueno, quizá llegue a desarrollarse más tarde. Hay algo en él, una pequeña semilla. Oh, me engañaba a mí mismo, sí, y me atrevería a decir que lo mismo hacía mi esposa. Esperábamos y esperábamos..., pero en los últimos años ya de nada sirvió seguir fingiendo. Stephan tiene ya veintitrés años. No puedo seguir diciéndome que va a alcanzar la plenitud mañana, o al otro, o al día siguiente. Tengo que enfrentarme a la realidad. Ha salido a mí. Y ahora sé que su madre también lo sabe. Claro que, como madre, quiere mucho a su hijo. Pero Stephan, lejos de ser mi tabla de salvación, se ha convertido en lo contrario. Cada vez que ella le mira, ve el inmenso error que cometió al casarse conmigo...

—Señor Hoffman, créame, he tenido el placer de oírle tocar el piano y he de decirle que...

—¡La encarnación misma, señor Ryder! Para ella, Stephan ha llegado a ser la encarnación del inmenso error de su vida. ¡Oh, si hubiera usted conocido a su familia! Cuando era adolescente, debió de darlo por *descontado*. Debió de suponer que tendría hijos bellos, con talento. Sensibles a la belleza, como ella. ¡Y entonces cometió el error de su vida! Como madre, por supuesto, quiere muchísimo a Stephan. Pero eso no quiere decir que, al mirarlo, no vea en él su inmenso error. Es tan parecido a mí, señor. Ya no puedo seguir negándolo. Ya no: ya es casi un hombre hecho y derecho...

—Señor Hoffman, Stephan es un joven con mucho talento...

—¡No tiene por qué decirme esas cosas, señor! ¡Por favor, no insulte la franca intimidad que le he forzado a compartir con tan banales expresiones de cortesía! No soy un necio, puedo ver lo que Stephan es. Durante un tiempo fue mi única esperanza, sí, pero desde el momento en que vi que de nada servía..., y si he de ser sincero creo que lo vi hace unos seis o siete años..., he tratado, ¿quién puede reprochármelo?, he tratado de aferrarme a ella prácticamente día tras día. Le decía a mi mujer: por favor, espera al menos hasta este último acto que estoy organizando... Espera al menos hasta que termine, puede que entonces me veas de forma diferente. Y en cuanto este evento pase, le diré: no, espera, hay algo más, otro acto maravilloso en el que ya estoy trabajando. Por favor, espera a que termine. Así es como lo he ido posponiendo, señor. Llevo así los últimos seis o siete años. Esta noche, lo sé, es mi última oportunidad. Lo he puesto todo en este acontecimiento. Cuando le hablé de él

a mi mujer el año pasado, cuando por primera vez le conté los planes que tenía al respecto, cuando le fui describiendo los detalles, cómo se dispondrían las mesas, cuál era el programa de la velada, incluso..., perdóneme..., había previsto que usted, o cualquier otra figura de talla equiparable, aceptaría la invitación y se convertiría en el plato fuerte de la velada..., cuando le expliqué por primera vez que gracias a mí, a esa mediocridad a la que se había visto encadenada durante tantos años, el señor Brodsky volvería a ganar el corazón y la confianza de los vecinos de esta ciudad, y que alcanzada la cima de esa gran noche cambiaría el rumbo de esta ciudad..., bueno, ¡ja!, se lo aseguro, señor, me miró como diciendo: «Otra vez tus cosas». Pero en sus ojos pude ver un centelleo, algo que decía: «Quizá consigas que sea un éxito. Sería toda una hazaña». Sí, no mucho más que un centelleo, pero son esos centelleos los que me han ido sosteniendo a lo largo de los años. Oh, ya hemos llegado, señor Ryder.

Nos habíamos detenido en un apartadero de la carretera, junto a un campo de hierba alta.

—Señor Ryder —dijo Hoffman—. Tengo un poco de prisa. Me pregunto si me juzgará usted descortés si le pido que suba usted solo hasta el anexo.

Siguiendo su mirada, vi que el campo ascendía bruscamente por una ladera y que, encaramada en la cima de la colina, había una pequeña cabaña de madera. Hoffman hurgó en la guantera y sacó una llave.

—Verá un candado en la puerta. La cabaña no es lujosa, pero le brindará el aislamiento y la intimidad que usted precisa. Y el piano es un excelente ejemplo de los verticales que fabricó Bechstein en los años veinte.

Volví a mirar hacia la cima de la colina, y dije:

—¿Es aquella cabaña de allá arriba?

—Volveré a recogerle, señor Ryder, dentro de dos horas. A menos que necesite antes un coche.

—Dos horas me parece bien.

—Bien, señor. Espero que lo encuentre todo de su agrado.

Hoffman hizo un movimiento con la mano hacia la cabaña, como invitándome cortésmente a subir hacia ella, pero en su gesto había un atisbo de impaciencia. Le di las gracias y me apeé del coche.

Abrí una verja de barrotes y seguí una senda que ascendía hasta la cabaña de madera. Al principio me sorprendió lo enfangado del terreno, pero a medida que el campo ascendía el suelo se iba haciendo más firme. A medio camino, miré hacia atrás por encima del hombro y vi que la carretera serpeaba a través de las tierras de labrantío, y divisé la parte superior de lo que supuse era el coche de Hoffman perdiéndose en la lejanía.

Cuando llegué a la cabaña y abrí el herrumbroso candado de la puerta, estaba casi sin aliento. Desde el exterior, el aspecto de la cabaña no difería mucho del de cualquier cobertizo de jardín, pero me quedé perplejo al ver que el interior carecía por completo de decoración. Las paredes y el suelo eran de tabla desnuda (algunas de las tablas estaban alabeadas). Vi insectos moviéndose junto a las grietas que había entre las tablas, y, colgando de las vigas del techo, viejas telarañas. La mayor parte del espacio lo ocupaba un piano vertical de aspecto un tanto astroso, y cuando saqué la banqueta y me senté en ella, vi que mi espalda casi tocaba la pared.

En esa pared a mi espalda se abría la única ventana de la cabaña. Al girar sobre la banqueta y estirar el cuello podía ver cómo el campo descendía bruscamente hacia la carretera. El piso de la cabaña no parecía enteramente nivelado, y al girar y volver a encarar el piano tuve la incómoda sensación de que en cualquier momento iba a resbalar de espaldas por la ladera de la colina. Sin embargo, cuando levanté la tapa del piano y toqué unos cuantas frases, vi que su tonalidad era perfecta, y que las notas bajas poseían una riqueza especial. Era un piano de mecanismo no liviano en exceso, y había sido adecuadamente afinado. Se me ocurrió que la madera sin desbastar quizá había sido pensada ex profeso para proporcionar un nivel óptimo de absorción y reflexión. Aparte de un ligero crujido que emitía el pedal sostenuto, el conjunto no me displacía demasiado.

Tardé unos breves instantes en poner en orden mis pensamientos, y al cabo acometí el vertiginoso inicio de *Asbestos and Fibre*. Luego, cuando el primer movimiento entró en una fase más reflexiva, sentí que mi relajación aumentaba por momentos, hasta el punto de que pronto me vi tocando con los ojos cerrados la mayor parte de dicho movimiento.

Al comenzar el segundo movimiento, abrí los ojos y vi que el sol de la tarde entraba a raudales por la ventana que había a mi espalda, y hacía que mi sombra se proyectara bruscamente sobre el teclado. Ni las exigencias del segundo movimiento, sin embargo, fueron capaces de alterar mi calma. Era consciente de hallarme en pleno dominio de cada dimensión de la pieza. Recordé cuán preocupado había estado en el curso de aquel día, y me sentí un completo necio por haberme permitido llegar a tal estado. Además, una vez en la mitad de la pieza, me resultaba inconcebible que a mi

madre pudiera no conmoverle aquella música. Así pues, no había razón alguna para no sentir sino una total seguridad en relación con mi interpretación de aquella noche.

Estaba entrando en la sublime melancolía del tercer movimiento cuando percibí un ruido en el fondo sonoro. Al principio pensé que tenía algo que ver con el pedal suave, y luego que se trataba del piso. Era un débil, rítmico ruido que aparecía y desaparecía a intervalos, y durante cierto tiempo traté de no prestarle atención. Pero volvía y volvía, y al final, durante los pianísimos de la mitad del tercer movimiento, caí en la cuenta de que alguien, no lejos, estaba cavando.

El descubrimiento de que tal ruido no tenía nada que ver conmigo me permitió desentenderme de él y seguir con la ejecución del tercer movimiento, disfrutando de la facilidad con que los enmarañados nudos de emoción afloraban a la superficie y se deshacían. Volví a cerrar los ojos, y al poco empecé a visualizar la imagen de mis padres, sentados uno al lado del otro, escuchándome con expresión de concentración solemne. Extrañamente, no los imaginaba en una sala de conciertos —como sabía que los vería aquella noche— sino en Worcestershire, en la sala de una vecina, la señora Clarkson, una viuda de la que mi madre había sido amiga en un tiempo. Tal vez fuera la alta hierba del exterior de la cabaña lo que me había recordado a la señora Clarkson. Su casita, similar a la nuestra, estaba situada en la mitad de un pequeño campo, y, como era lógico, siendo como era una mujer sola, no podía evitar que la hierba creciera sin control. El interior de la casita, sin embargo, siempre estaba impecablemente limpio y ordenado. En un rincón de la sala había un piano, que yo no recordaba haber visto jamás con la tapa levantada. Tal vez estaba desafinado o roto. Pero me vino a la mente un recuerdo de mí mismo, tranquilamente sentado en aquella sala, con la taza de té sobre las rodillas, escuchando cómo mis padres charlaban de música con la señora Clarkson. Quizá mi padre le acababa de preguntar si alguna vez había tocado el piano, porque la música, ciertamente, no había sido un tema habitual de conversación en aquella casa. En cualquier caso, y por razones en absoluto lógicas, mientras seguía tocando el tercer movimiento de *Asbestos and Fibre* en aquella cabaña de madera, me permití el placer de simular que estaba tocando en la sala de la casita de la señora Clarkson, y que mi padre, mi madre y la señora Clarkson me escuchaban con expresiones serias, y que la cortina de encaje amenazaba con golpearme la cara al alzarse al aire con la brisa estival.

Al aproximarme a los últimos estadios del tercer movimiento volví a ser consciente del ruido de fuera. No estaba seguro de si había cesado durante un rato y recommenzado luego o si había continuado todo el tiempo, pero en cualquier caso ahora parecía más fuerte. Me asaltó de pronto el pensamiento de que quien estaba haciendo aquel ruido no era otro que el señor Brodsky, que estaba cavando en la tierra para enterrar a su perro. Recordé, en efecto, que en más de una ocasión aquella mañana le había oído expresar su intención de enterrar al perro más tarde, e incluso

recordé vagamente haber accedido a tocar el piano mientras él llevaba a cabo la ceremonia del enterramiento.

Me puse a visualizar lo que seguramente había tenido lugar antes de mi llegada. Brodsky habría llegado un rato antes y se habría puesto a esperar en determinado punto de la cima de la colina, a un tiro de piedra de la cabaña, donde había un grupo de árboles y un ligero declive en el terreno. Estaría allí de pie, en silencio, y habría dejado la pala apoyada contra el tronco de un árbol, y el cuerpo del perro yacería medio oculto entre la hierba circundante, envuelto en una sábana. Como me había anunciado aquella mañana, Brodsky tenía planeada una ceremonia sencilla, en la que mi acompañamiento al piano constituiría el solo ornamento, y, como era lógico, no habría querido empezar sin que yo hubiera llegado. Así pues, me habría esperado allí, quizá durante una hora, contemplando el cielo y el paisaje desde la colina.

Al principio, como es natural, Brodsky habría rememorado cosas de su fallecido compañero. Pero al ver que pasaba el tiempo y que yo no llegaba se habría puesto a pensar en la señorita Collins y en la inminente cita en el cementerio. Y al poco Brodsky se vería recordando una mañana de primavera de hacía muchos años, en la que había sacado dos sillas de mimbre al campo de la parte de atrás de la casita donde vivían. Apenas habían transcurrido quince días desde su llegada a la ciudad, y a pesar de su exhausta economía la señorita Collins había desplegado una considerable energía en la decoración de la casita. Aquella mañana de primavera había bajado para desayunar y había expresado su deseo de sentarse un rato al sol y al aire fresco.

Al volver mentalmente a aquella mañana, Brodsky veía que podía recordar de manera vivida la hierba amarilla y húmeda y el sol de la mañana sobre su cabeza mientras colocaba las sillas una junto a otra. Ella salía un poco después, y ambos se sentaban juntos un rato e intercambiaban relajadamente algún que otro comentario. Aquella mañana, por primera vez en varios meses, habían experimentado por espacio de un breve lapso el sentimiento de que, después de todo, el futuro aún podía depararles algo bueno. Brodsky había estado a punto de mencionar tal sentimiento, pero al advertir que por fuerza rozaría el delicado asunto de sus recientes fracasos, había preferido callarse.

Luego, ella había expuesto la situación de la cocina. Como él no había quitado las tablas de aglomerado pese a llevar varios días prometiéndolo, ella no podía progresar en su acondicionamiento. Él se había quedado callado unos instantes, y al cabo había respondido diciendo, con absoluta calma, que tenía mucho trabajo pendiente en el taller del cobertizo. Dado que no eran capaces de estar sentados unos minutos sin meterse el uno con el otro, Brodsky había decidido que era mejor ponerse a hacer algo. Se levantó y atravesó la casita y fue hacia el cobertizo del jardín delantero. Ninguno de los dos había alzado la voz en ningún momento de la discusión, que había durado apenas unos segundos. En aquel momento no había prestado mucha

atención a la disputa, y enseguida se había ensimismado en sus proyectos de carpintería. Luego, en el curso de la mañana, había mirado de cuando en cuando a través de la polvorienta ventana del cobertizo y la había visto vagando sin objeto por el jardín. Y había seguido trabajando, con la vaga esperanza de que en cualquier momento apareciera en la puerta del cobertizo, pero ella siempre había vuelto a entrar en casa. Él había entrado para el almuerzo —bastante tarde, por cierto— y había visto que ella había terminado de comer y había subido al cuarto. Después de esperar un rato, había vuelto al cobertizo, donde había seguido trabajando toda la tarde. Más tarde se había visto contemplando la llegada de la oscuridad y las luces recién encendidas de la casita. Y hacia la medianoche había entrado en casa.

La planta baja estaba a oscuras. Se había sentado en una silla de madera de la sala y, mientras miraba cómo la luz de la luna bañaba su desvencijado mobiliario, había reflexionado sobre el extraño modo en que había transcurrido el día. No recordaba que hubieran pasado nunca un día entero de aquel modo, y decidido a concluirlo mejorando un poco su relación con ella, se había levantado y había subido la escalera.

Al llegar al rellano había visto que aún había luz en el dormitorio. Se había dirigido hacia él y las tablas del piso habían crujido ruidosamente bajo sus pies, anunciando su llegada de modo más claro que si se le hubiera ocurrido decirle algo en voz alta. Al llegar ante la puerta se había parado y había mirado hacia la rendija de luz de la parte baja, y había tratado de recuperar un poco el ánimo. Luego, en el momento en que iba a asir el tirador para abrirla, había oído la tos. Apenas una pequeña tos, casi con seguridad involuntaria, y sin embargo había habido algo en ella que le había hecho apartar la mano de la puerta. En algún registro de aquella tos había percibido el recordatorio de una dimensión de la personalidad de ella que últimamente él había logrado mantener apartada de su mente, un rasgo que, en épocas más felices, él había admirado mucho, pero que —caía en ello de pronto— ahora trataba de olvidar con creciente obstinación desde la debacle de la que habían huido recientemente. De algún modo, aquella tos había abarcado todo su perfeccionismo, la nobleza de sus sentimientos, aquella parte de sí misma que le hacía siempre preguntarse si estaba empleando sus energías del modo más útil posible. Y de súbito él había sentido una enorme irritación contra ella, por la tos, por el modo en que el día había transcurrido, y se había dado la vuelta y se había ido, sin importarle el ruido que pudieran hacer las tablas bajo sus pies. De nuevo en la oscuridad vetada de la sala, se había echado en el viejo sofá y se había tapado con un abrigo y se había dormido.

A la mañana siguiente se había despertado temprano y había preparado el desayuno para los dos. Ella había bajado a la hora de costumbre, y ambos se habían saludado amablemente. Él había empezado a decir que sentía lo del día anterior, pero ella le había dicho que lo dejara, que los dos habían sido increíblemente pueriles.

Habían seguido desayunando, enormemente aliviados por haber dejado la disputa atrás. Pero durante el resto del día, durante los días siguientes, había quedado algo frío en sus vidas. Y en los meses que siguieron, después de que los períodos de silencio hubieran aumentado en duración y frecuencia, él se había devanado los sesos para averiguar la causa, y al cabo siempre se veía volviendo a aquella mañana de primavera, a aquella mañana que había empezado de forma tan prometedora para ellos, sentados en sendas sillas de mimbre sobre la hierba húmeda.

Y entonces, estando él absorto en tales recuerdos, llegué yo a la cabaña y empecé a tocar. Durante los primeros compases Brodsky había seguido con la mirada vacía y fija en la lejanía. Luego, con un suspiro, había vuelto a concentrar su atención en la tarea que tenía entre manos, y había cogido la pala. Había tanteado el terreno con el filo, pero considerando quizá que el espíritu de la música aún no era el adecuado para el acto, no había continuado. Sólo después de oírme acometer la lenta melancolía del tercer movimiento, había empezado Brodsky a cavar. La tierra estaba blanda y no le había causado grandes problemas. Luego había arrastrado el cuerpo del perro a través de la alta hierba y lo había depositado en el hoyo sin dificultad, sin sentir siquiera la tentación de abrir un poco la sábana para dirigirle una última mirada. De hecho había empezado a echar tierra sobre la tumba cuando algo —acaso la tristeza de la música que le llegaba a través el aire— le hizo hacer una pausa. Entonces, enderezándose, dedicó unos mudos minutos a la contemplación de la fosa a medio llenar. Y sólo cuando me acercaba yo al final del tercer movimiento volvió él a coger la pala para seguir llenándola.

Cuando concluí el tercer movimiento, oí que Brodsky seguía trabajando; decidí omitir el movimiento final —escasamente apropiado para la ceremonia en curso— y volví a empezar el tercer movimiento. Era, pensé, lo menos que podía hacer por Brodsky después de haberle hecho esperar tanto tiempo. El ruido de la pala siguió durante unos minutos más, y cesó cuando a mí me faltaba casi la mitad del movimiento. Supuse que ello le vendría bien a Brodsky, ya que le daría un poco más de margen para permanecer sobre la tumba sumido en sus pensamientos, e imprimí a los elegiacos matices mayor énfasis que en la ejecución previa.

Cuando llegué de nuevo al final del movimiento, permanecí sentado y quieto frente al piano, y al cabo de unos instantes me levanté para estirar un poco piernas y brazos en aquel espacio reducido. El sol de la tarde llenaba ahora la cabaña, y de la hierba de fuera llegaba el canto de los grillos. Al rato pensé que debía salir a decirle unas palabras a Brodsky.

Cuando abrí la puerta y miré hacia el exterior, me sorprendió ver lo bajo que estaba ya el sol sobre la carretera del pie de la colina. Unos cuantos pasos a través de la hierba me llevaron hasta el sendero, desde donde subí el breve tramo que me separaba de la cima de la colina. Al llegar vi que la ladera de aquel lado descendía —

más suave y gradualmente que la de la cabaña— hacia un bonito valle. Brodsky estaba al pie de la tumba, unos metros más abajo, bajo un pequeño grupo de delgados árboles.

Al acercarme a él, no se volvió, pero dijo suavemente, sin apartar los ojos de la tumba:

—Señor Ryder, gracias. Ha sido muy bello. Le estoy muy agradecido, muy agradecido.

Dije algo entre dientes, y me detuve en medio de la hierba, a una respetuosa distancia de la tumba. Brodsky siguió mirándola unos instantes, y luego dijo:

—No era más que un animal viejo. Pero quería para él la mejor música. Le estoy profundamente agradecido.

—No tiene por qué, señor Brodsky. Ha sido un placer.

Dejó escapar un suspiro y me miró por vez primera.

—¿Sabe?, no puedo llorar por Bruno. Lo he intentado, pero no puedo. Mi mente está llena de futuro. Y a veces, también, llena de pasado. Pienso en nuestra vida pasada. Vayámonos, señor Ryder. Dejemos aquí a Bruno. —Se volvió y empezó a bajar despacio hacia el valle—. Vayámonos. Adiós, Bruno. Fuiste un buen amigo, pero eras sólo un perro. Dejémoslo ahí, señor Ryder. Venga, camine conmigo. Dejémoslo ahí. Ha sido maravilloso que tocara para él. La mejor de las músicas. Pero no puedo llorar. Ella vendrá enseguida. No tardará. Por favor, caminemos.

Miré de nuevo hacia el valle que teníamos ante nosotros y vi que estaba enteramente cubierto de lápidas. Y se me ocurrió que estábamos acercándonos al cementerio donde Brodsky se había citado con la señorita Collins. Cuando lo alcancé y me puse a su lado, en efecto, oí que Brodsky decía:

—En la tumba de Per Gustavsson. Hemos quedado allí. Por nada especial. Me ha dicho que conocía la tumba, eso es todo. La esperaré allí. No me importa esperar un poco.

Habíamos bajado por entre la alta hierba, pero ahora llegamos a un sendero; a medida que avanzábamos ladera abajo iba viendo con más y más nitidez el cementerio. Era un lugar tranquilo, recoleto. Las lápidas se hallaban dispuestas en ordenadas hileras a lo largo del fondo del valle, y algunas de ellas se encaramaban sobre las laderas de hierba que ascendían a ambos costados. En un momento dado reparé en que estaba teniendo lugar un entierro; podía divisar las oscuras figuras de los deudos, unos treinta, todos agrupados bajo el sol, a nuestra izquierda.

—Espero que vaya bien —dije—. Me refiero a su cita con la señorita Collins. Brodsky sacudió la cabeza.

—Esta mañana me he sentido bien. Pensaba que, si hablábamos, las cosas podrían arreglarse. Pero ahora..., no sé. Puede que ese hombre, su amigo de usted, el que estaba en el apartamento de la señorita Collins esta mañana, puede que tenga razón.

Tal vez ella nunca pueda perdonarme. Tal vez fui demasiado lejos y jamás pueda perdonarme.

—Estoy seguro de que no tiene que ser tan pesimista —dije—. Suciedera lo que sucediera entonces, ahora pertenece al pasado. Si ustedes dos pudieran...

—Todos estos años, señor Ryder —dijo—, hundido en lo más hondo... Nunca lo acepté. Nunca acepté lo que decían de mí entonces. Nunca creí que fuera... ese don nadie. Puede que con la cabeza sí, que racionalmente aceptara lo que decían de mí. Pero no con el corazón. Con el corazón jamás creí que fuera cierto. Ni un solo instante, jamás en todos estos años. Siempre fui capaz de escuchar... De escuchar música. Así que sabía que era mejor, que era mejor de lo que decían. Pero entonces, bueno, ella empezó a dudar. ¿Quién puede reprochárselo? No le reprocho haberme dejado. No, en absoluto. Pero le reprocho que no haya sabido sacar partido. Oh, sí, ¡debería haber sacado partido de su situación! Hice que me odiara, ¿se imagina lo que tuvo que costarme hacerlo? Le di la libertad, ¿y qué ha hecho ella? Nada. Ni siquiera se ha marchado de esta ciudad. No ha hecho más que perder el tiempo. Con esa *gente* débil e inútil con la que se pasa el día hablando. ¡Si llego a saber que sólo haría eso! Es algo muy doloroso, señor Ryder, apartar de ti a alguien a quien amas. ¿Cree que lo habría hecho...? ¿Cree que me habría convertido en ese ser horrible si hubiera sabido que ella iba a hacer lo que ha hecho? ¡Esa gente débil e infeliz con la que se pasa el día hablando! Hubo un tiempo en que ella... tenía las más altas metas. Iba a hacer grandes cosas. Ése era entonces su pensamiento. Y, ya ve, lo ha echado todo a perder. Ni siquiera se ha marchado de la ciudad. ¿Le parece extraño que le chillara de vez en cuando? Si eso era todo lo que iba a hacer, ¿por qué no lo dijo entonces? ¿Se cree que es una broma, una gran broma, ser un borracho y un mendigo? La gente piensa, de acuerdo, es un borracho, no le importa nada de nada... No es verdad. A veces todo se ve claro, muy claro, y entonces..., ¿se imagina lo horrible que es entonces, señor Ryder? Ella nunca se dio cuenta, nunca se dio cuenta de la oportunidad que le brindaba. Ni siquiera se ha marchado de la ciudad. No hace más que hablar, hablar con esa gente débil... Sí, le grité, ¿se me puede censurar por ello? Lo merecía, se merecía todo lo que le dije, hasta el último de aquellos sucios insultos, se lo merecía...

—Señor Brodsky, por favor, por favor... Ésta no es la mejor forma de prepararse para una cita de tal importancia...

—¿Se cree que me gustaba hacerlo? ¿Que lo hice por diversión? No tenía por qué hacerlo. Mire, cuando quiero dejar de beber, puedo hacerlo. ¿Se cree que fue una broma? ¿Que lo que hice fue una broma?

—Señor Brodsky, no quiero entrometerme. Pero seguramente ha llegado el momento de dejar de lado para siempre tales pensamientos. Seguramente todas esas diferencias, todos esos malentendidos..., seguro que ha llegado el momento de

olvidarlos. Deben tratar de aprovechar al máximo la vida que les queda. Por favor, trate de calmarse. De nada le servirá ver a la señorita Collins en este estado; seguro que lo lamentará más tarde. De hecho, señor Brodsky, si me permite decirlo, ha dado usted en el clavo cuando, al hablarle esta mañana, ha puesto usted el acento en el futuro. Su idea de tener un animal es, a mi juicio, estupenda. Creo que debería seguir con esa idea, con ésta y con otras parecidas. No hay necesidad de volver sobre el pasado todo el tiempo. Y, por supuesto, ahora se abren para usted grandes perspectivas de futuro. Yo, por mi parte, voy a intentar todo lo que esté en mi mano esta noche para que esta ciudad le acepte...

—¡Oh, sí, señor Ryder! —Su ánimo pareció cambiar repentinamente—. Sí, sí, sí. Esta noche, sí, esta noche trataré de... ¡Trataré de estar magnífico!

—Así está mejor, señor Brodsky.

—Esta noche no voy a transigir, no transigiré en absoluto. Sí, de acuerdo, me acosaron, tiré la toalla, huimos, vinimos a esta ciudad. Pero en el fondo de mi corazón nunca tiré la toalla totalmente. Sabía que no había tenido la oportunidad idónea. Y ahora, por fin, esta noche... He esperado tanto tiempo. No voy a transigir. La orquesta, los músicos no se lo van a creer, lo que voy a exigirles... Señor Ryder, le estoy muy agradecido. Usted ha sido para mí una inspiración. Hasta esta mañana tenía miedo. Miedo de esta noche, miedo de lo que podía suceder. Tendré que tener mucho cuidado, me decía a mí mismo. Hoffman, todos los demás, no hacían más que decirme que fuera con cuidado, poco a poco... Vaya despacio al principio, me decían. Vuelva a ganárselos poco a poco. Pero esta mañana he visto su fotografía en el periódico. En el periódico, el monumento Sattler. Y me he dicho, ¡eso es, eso es! ¡Ve hasta el final, hasta el final! ¡No te arredres ante nada! La orquesta..., ¡no se lo van a creer! Y la gente, la gente de esta ciudad, tampoco podrá creérselo. ¡Sí, ve hasta el final! Y ella va a verlo. Va a verme, va a ver quién soy realmente, quién he sido siempre... ¡El monumento Sattler, eso es!

Ahora el terreno era llano e íbamos caminando por la herbosa senda central del cementerio. De pronto me percaté de cierto movimiento a mi espalda, y al volverme y mirar por encima del hombro vi que uno de los deudos del entierro venía corriendo hacia nosotros haciéndonos apremiantes señas. Cuando se acercó vi que era un hombre moreno, achaparrado, de unos cincuenta años.

—Señor Ryder, qué honor... —dijo casi sin aliento al ver que me volvía—. Soy el hermano de la viuda. Mi hermana se alegraría tanto si fuera usted tan amable de unirse a nosotros...

Miré hacia donde nos indicaba y vi que estábamos bastante cerca de la comitiva del entierro. En efecto, la brisa nos traía claramente los desolados sollozos.

—Por aquí, por favor —dijo el hombre.

—Pero..., en un momento tan íntimo...

—No, no, por favor. Mi hermana..., todos nos sentiremos tan honrados... Por favor, por aquí.

Un tanto a regañadientes, me dispuse a seguirle. El terreno iba haciéndose más blando a medida que avanzábamos a través de las lápidas. Al principio me fue imposible ver a la viuda entre las filas de espaldas encorvadas y oscuras, pero al acercarnos al grupo alcancé a verla a la cabeza del mismo, inclinada sobre la fosa abierta. Daba muestras de una aflicción tan honda que parecía muy capaz de arrojarse sobre el ataúd. Tal vez en previsión de tal eventualidad, un caballero de avanzada edad y pelo blanco la retenía con fuerza por brazo y hombro. A su espalda, los presentes lloraban al parecer movidos por un dolor genuino, pero por encima del llanto general seguían siendo claramente perceptibles los angustiados gemidos de la viuda: lentos, exhaustos aunque sorprendentemente estentóreos, como los que cabría esperar de alguien sometido a una tortura continuada. Al oírlos sentí un deseo súbito de darme la vuelta y alejarme, pero el hombre achaparrado me estaba haciendo gestos para que me acercara a la fosa. Cuando vio que no me movía, me susurró en tono nada discreto:

—Señor Ryder, por favor.

Algunos de los deudos se volvieron para mirarnos.

—Señor Ryder, por aquí.

El hombre achaparrado me cogió del brazo y empezamos a abrirnos paso entre los presentes, algunos de los cuales se volvían para mirarme. Oí, como mínimo, dos voces que decían: «Es el señor Ryder...». Cuando llegamos al pie de la fosa, los sollozos habían amainado en gran medida, y pude sentir multitud de ojos clavados en mi espalda. Adopté una actitud de sereno respeto, penosamente consciente de lo informal de mi atuendo: chaqueta verde clara, sin corbata... La camisa, además, era de un alegre estampado de tonos anaranjados y amarillos. Mientras el hombre achaparrado trataba de atraer la atención de la viuda, me abotoné rápidamente la chaqueta.

—Eva —decía el hombre achaparrado con voz suave—. Eva...

El caballero del pelo blanco se volvió para mirarnos, pero la viuda no dio señales de haber oído. Siguió sumida en su angustia, gimiendo ruidosa y rítmicamente junto a la fosa. Su hermano se volvió y me miró con patente embarazo.

—Por favor —le susurré, y empecé a retroceder—. Le daré el pésame más tarde.

—No, no, señor Ryder, por favor. Un momento. —El hombre achaparrado puso una mano sobre el hombro de su hermana, y volvió a decirle, esta vez con impaciencia—: Eva, Eva...

La viuda se irguió, y al final, controlando sus sollozos, se volvió hacia nosotros.

—Eva —dijo su hermano—. El señor Ryder está aquí.

—¿El señor Ryder?

—Mis más profundas condolencias, señora —dijo, inclinando con solemnidad la cabeza.

La viuda continuó mirándome con fijeza.

—¡Eva! —le siseó su hermano.

La viuda dio un respingo, miró a su hermano y luego a mí.

—El señor Ryder... —dijo al fin, en un tono sorprendentemente sereno—. Es un verdadero honor. Hermann —dijo, señalando la fosa— era un gran admirador suyo.

Dicho esto, volvió a estallar en sollozos.

—¡Eva!

—Señora —dijo con voz suave—, he venido a expresarle mis más sentidas condolencias. Lo siento de verdad. Pero por favor, señora, y señores..., permítanme que les deje en la intimidad de su dolor.

—Señor Ryder —dijo la viuda, que había vuelto a recuperar el dominio de sí misma—. Es un verdadero honor. Estoy segura de que todos los presentes estarán de acuerdo conmigo en que nos sentimos profundamente halagados.

Oí un coro de murmullos de asentimiento a mi espalda.

—Señor Ryder —continuó la viuda—, ¿está disfrutando de su estancia en nuestra ciudad? Espero que al menos haya encontrado una o dos cosas fascinantes.

—Estoy disfrutando mucho. Todos han sido tan amables conmigo... Una comunidad magnífica. Lamento mucho el..., el fallecimiento.

—Quizá le apetezca tomar algo, café o té...

—No, no, de verdad, por favor...

—Quédese al menos a tomar algo. Oh, Dios, ¿es que nadie ha traído un poco de café o té? ¿Nada?

La viuda miró penetrantemente a los presentes.

—Por favor, de verdad, no tenía intención de irrumpir así en... Por favor, continúen con..., con lo que están haciendo.

—Pero debe tomar algo. Alguien..., ¿alguien tiene un termo de café?

Los deudos, a mi espalda, se consultaban unos a otros, y cuando miré por encima del hombro vi que la gente buscaba en bolsas y bolsos. El hombre achaparrado hacía una seña en dirección a las últimas filas del grupo, y vi que le estaban pasando algo de mano en mano. Al cogerlo se quedó mirándolo, y vi que se trataba de un trozo de pastel envuelto en papel de celofán.

—¿Eso es todo lo que tenéis? —gritó el hombre achaparrado—. ¿Qué diablos es eso?

Empezaba a alzarse un gran revuelo entre los presentes. Una voz que destacaba sobre las otras preguntaba airadamente:

—Otto, ¿dónde está el queso?

Al cabo le tendieron al hombre achaparrado un paquete de pastillas de menta. El

hombre achaparrado miró con aire iracundo hacia las últimas filas, y se volvió para entregarle a su hermana el pastel y las pastillas de menta.

—Son ustedes muy amables —dije—, pero sólo he venido a...

—Señor Ryder —dijo la viuda, ahora en tono tenso y emocionado—. Al parecer es todo lo que podemos ofrecerle. No sé lo que habría dicho Hermann..., ser deshonrado así precisamente en este día... Pero qué le vamos a hacer, sólo puedo disculparme. Mire, esto es todo, esto es lo que podemos ofrecerle, ésta es toda la hospitalidad que podemos ofrecerle...

Las voces a mi espalda, que se habían quietado cuando empezó a hablar la viuda, estallaron de nuevo en discusiones varias. Oí que alguien gritaba:

—¡No, señor! ¡Yo no he dicho nada de eso!

Entonces, el hombre del pelo blanco que antes había asistido a la viuda al pie de la fosa, dio un paso hacia mí e inclinó la cabeza.

—Señor Ryder —dijo—. Perdónenos por la mezquindad con que correspondemos a este gran detalle suyo. Nos coge usted, como puede ver, deplorablemente desprevenidos. Le aseguro, sin embargo, que todos y cada uno de nosotros le quedaremos profundamente agradecidos. Por favor, acepte este refrigerio, por inadecuado que sea...

—Señor Ryder, siéntese aquí, por favor —dijo la viuda, mientras limpiaba con un pañuelo una lápida de mármol contigua a la fosa de su marido—. Por favor.

Era obvio que ya no podía retirarme. Mascullando una disculpa, me acerqué hacia la lápida que la viuda acababa de limpiar, y dije:

—Son ustedes muy amables...

En cuanto me senté sobre el mármol claro de la tumba, los deudos se agruparon a mi alrededor.

—Por favor —dijo de nuevo la viuda.

Estaba de pie ante mí, rasgando el papel de celofán que contenía el pastel. Cuando consiguió abrirlo, me tendió pastel y envoltura. Le di las gracias de nuevo y me puse a comer. Era un pastel de fruta, y tuve que hacer un gran esfuerzo para que no se me desmenuzara entre los dedos. Se trataba, además, de una generosa rebanada, y no de un pequeño trozo fácil de engullir en unos cuantos bocados. Seguí comiendo, y tuve la sensación de que los deudos se me acercaban más y más por momentos, aunque al mirarlos me parecieron inmóviles, con la mirada baja y la expresión respetuosa. Hubo un breve silencio, y al cabo el hombre achaparrado tosió y dijo:

—Ha hecho un día muy bueno.

—Sí, muy bueno —dije yo, con la boca llena—. Muy, muy bueno.

El caballero del pelo blanco avanzó un paso y dijo:

—En nuestra ciudad hay unos paseos maravillosos, señor Ryder. Si nos alejamos un poco del centro, encontramos unos maravillosos parajes campestres por donde

pasear. Si tiene usted algún momento libre, me encantaría mostrarle algunos.

—Señor Ryder, ¿no le apetece una pastilla de menta?

La viuda me tendía el paquete abierto y lo sostenía muy cerca de mi cara. Le di las gracias y me metí una pastilla en la boca, aunque sabía que el gusto de la pastilla no casaría en absoluto con el sabor del pastel.

—Y en cuanto a la ciudad misma —decía el caballero del pelo blanco—, si le interesa la arquitectura medieval, hay unas cuantas casas que le fascinarían. Sobre todo en la ciudad antigua. Me encantaría servirle de guía.

—Es usted muy amable —dije.

Seguí comiendo, deseoso de terminar el pastel cuanto antes. Hubo un momento de silencio, y luego la viuda suspiró y dijo:

—Ha sido un día precioso.

—Sí —dije—. Desde que llegué a la ciudad ha hecho un tiempo espléndido.

Mi comentario levantó un general murmullo de aprobación, y algunos de los presentes hasta rieron cortésmente como si hubiera dicho una agudeza. Me metí en la boca con esfuerzo lo que me quedaba del pastel y me sacudí las migas de las manos.

—Mire —dije—. Han sido ustedes muy amables. Pero ahora, por favor, sigan con la ceremonia.

—Otra pastilla de menta, señor Ryder... Es todo lo que puedo ofrecerle.

La viuda volvía a pegarme a la cara el paquete de pastillas de menta.

Fue entonces cuando de súbito caí en la cuenta de que en aquel preciso instante la viuda estaba sintiendo un profundo odio hacia mí. Y me vino a la cabeza el pensamiento de que, por corteses que fueran, los presentes —prácticamente todos ellos, el hombre achaparrado incluido— sentían un hondo resentimiento ante mi presencia. Curiosamente, al tiempo que me asaltaba tal pensamiento, una voz al fondo, en tono no muy alto pero con nitidez suficiente, dijo:

—¿Por qué es él tan importante? Estamos aquí por Hermann.

Se alzó un revuelo de voces molestas, y como mínimo dos escandalizados susurros: «¿Quién ha dicho eso?»... El caballero del pelo blanco tosió, y luego dijo:

—También es muy agradable pasear por la orilla de los canales.

—¿Qué tiene él de especial? No ha hecho más que interrumpirnos...

—¡Cállate, estúpido! —gritó alguien—. Bonito momento para deshonrarnos a todos...

Se alzaron voces en apoyo de este grito, pero se oyó una segunda voz que secundaba agresivamente la anterior protesta.

—Señor Ryder, por favor. —La viuda volvía a ofrecerme las pastillas de menta.

—No, de verdad...

—Por favor, coja otra.

De las últimas filas llegó una furiosa disputa entre cuatro o cinco personas. Una

voz gritaba:

—Nos va a llevar demasiado lejos. El monumento Sattler..., eso es ir demasiado lejos.

Más y más presentes empezaban a gritarse unos a otros, y vi que estaba a punto de estallar una reyerta en toda regla.

—Señor Ryder —dijo el hombre achaparrado inclinándose hacia mí—, por favor, no les haga caso. Siempre han sido una deshonra para la familia. Siempre. Nos avergonzamos de ellos. Oh, sí, sentimos vergüenza. Por favor, no les escuche: no haga que nos avergoncemos por partida doble.

—Pero seguramente... —Empecé a levantarme de la lápida, pero algo me empujó hacia abajo y me retuvo, y me di cuenta de que la viuda me había puesto una mano en el hombro y me obligaba a seguir sobre la lápida.

—No se inquiete, por favor, señor Ryder —me dijo en tono cortante—. Haga el favor de terminar su refrigerio.

Ahora la airada disputa era casi general entre los deudos, y en las últimas filas parecía que se estaban empujando unos a otros. La viuda seguía sujetándome por el hombro, y miraba a los presentes con una expresión de orgulloso desafío.

—Me tiene sin cuidado, me tiene sin cuidado —gritaba una voz—. ¡Estamos mucho mejor como estamos!

Los empujones arreciaban, y un joven gordo se abrió paso entre los presentes en dirección a nosotros. Tenía la cara muy redonda, y era evidente que se encontraba muy alterado.

—Muy bien, perfecto..., venir aquí en ese plan. ¡Posar así ante el monumento Sattler! ¡Sonriendo de ese modo! Luego se irá sin más. Pero para los que tenemos que vivir aquí no es tan fácil. ¡El monumento Sattler!

El joven de la cara redonda no parecía alguien proclive a hacer ese tipo de manifestaciones atrevidas, y sin duda sus emociones eran sinceras. Me sentí un tanto perplejo, y durante unos segundos fui incapaz de reaccionar. Luego, cuando vi que el joven de la cara redonda iniciaba otra andanada de acusaciones, sentí que algo en mi interior se venía abajo. Me vino a la mente la idea de que de algún modo, inexplicablemente, había cometido un error el día anterior al acceder a que me fotografiaran ante el monumento Sattler. En aquel momento, ciertamente, me había parecido el modo más eficaz de enviar un mensaje apropiado a los vecinos de la ciudad. Había sido perfectamente consciente, por supuesto, de los pros y los contras de tal sesión fotográfica —recordaba cómo aquella mañana, en el desayuno, había sopesado cuidadosamente la conveniencia de prestarme a ella—, pero ahora reparaba en la posibilidad de que en el asunto del monumento Sattler hubiera más implicaciones de las que suponía.

Animados por el joven de la cara redonda, algunos de los presentes habían

empezado a gritar en dirección a mí. Otros trataban de hacerles callar, aunque no con la energía que hubiera sido deseable. Luego, en medio del griterío, me percaté de una nueva voz que hablaba suavemente junto a mi hombro. Era una voz masculina, refinada y serena, que me resultó vagamente familiar.

—Señor Ryder —me decía—. Señor Ryder. La sala de conciertos... Debería estar ya de camino. Le están esperando. De verdad, debería ir con tiempo suficiente para inspeccionar el lugar, sus condiciones...

Luego la voz se vio ahogada por otro intercambio de voces particularmente sonoro que estalló a unos pasos de nosotros. El joven de la cara redonda me señalaba con el dedo y repetía algo una vez y otra.

Entonces, repentinamente, se hizo un silencio total entre los presentes. Al principio pensé que la gente había acabado por calmarse y aguardaba a que yo hablara. Pero luego me di cuenta de que el joven de la cara redonda —la concurrencia toda, de hecho— estaba mirando hacia algún punto del espacio, por encima de mi cabeza. Transcurrieron unos segundos antes de que se me ocurriera volverme, y entonces vi que Brodsky se había subido a una lápida y estaba de pie, a una altura muy superior a la mía, a mi espalda.

Tal vez fuera sencillamente el ángulo desde el que lo miraba —se hallaba ligeramente inclinado hacia adelante, de forma que le veía en contrapicado, recortada contra un vasto cielo, la parte inferior de la barbilla—, pero el caso es que había en él algo extraordinariamente imperioso. Parecía cernerse sobre todos nosotros como una gigantesca estatua, con las manos abiertas, suspendidas en el aire. De hecho parecía contemplar el grupo que tenía ante él como —imaginaba yo— contemplaría a una orquesta segundos antes de comenzar a dirigirla. Algo había en él que sugería una extraña autoridad sobre las emociones que acababan de manifestarse de forma violenta ante sus ojos, una autoridad capaz de hacer que tales emociones se encresparan o amainaran a su antojo. El silencio duró unos segundos más. Al cabo, una voz gritó:

—¿Qué quieres tú? ¡Viejo borracho!

La persona que había gritado tal vez pretendía arrancar de la concurrencia otro griterío. Pero nadie dio muestras de haber oído el impropio.

—¡Viejo borracho! —intentó de nuevo la voz, pero ahora la convicción se había esfumado de ella.

El silencio continuó: los ojos estaban fijos en Brodsky. Al cabo de lo que pareció un tiempo excesivo, Brodsky dijo:

—Si quiere llamarme eso, perfecto. Veremos. Veremos quién soy. En los días, semanas, meses venideros. Veremos si no soy más que eso.

Había hablado sin prisa, con una fuerza serena que no mermaba en lo más mínimo su inicial impacto. Los presentes siguieron mirándole con fijeza, con

expresión boquiabierta. Luego Brodsky dijo con dulzura:

—Alguien a quien querías ha muerto. Éste es, pues, un inapreciable momento.

Sentí cómo los bajos de su gabardina me rozaban la parte posterior de la cabeza, y adiviné que estaba tendiendo una mano hacia la viuda.

—Es un momento inapreciable. Ven. Acariciáte ahora la herida. Seguirá en ti el resto de tus días, pero acariciátela ahora, mientras está abierta y sangrante... Ven.

Brodsky se bajó de la tumba con la mano extendida hacia la viuda. Ella la tomó con expresión como ensoñadora; Brodsky le pasó luego la otra mano por la espalda y empezó a conducirla suavemente hacia el borde de la fosa.

—Ven —le oí decir con voz suave y serena—. Ven.

Avanzaron despacio, pisando las hojas caídas, y llegaron hasta la fosa abierta. Ella se puso a mirar el ataúd, y volvió a estallar en sollozos. Brodsky, entonces, se separó con delicadeza de ella y retrocedió unos pasos. Para entonces había ya muchos otros deudos llorando, y comprendí que las cosas, muy pronto, volverían a ser como antes de mi llegada. De momento, en cualquier caso, ya nadie prestaba la menor atención a mi persona, y decidí aprovechar la oportunidad para escabullirme.

Me levanté sin ruido, y me había ya alejado unas cuantas tumbas cuando oí que alguien caminaba detrás de mí, muy cerca, e instantes después una voz dijo:

—La verdad, señor Ryder, es que ya debería estar en la sala de conciertos. Nunca se sabe los ajustes que puede ser preciso hacer en el último momento.

Al volverme reconocí a Pedersen, el anciano concejal que había conocido la primera noche en el cine. Caí en la cuenta, además, de que había sido él quien había hablado con suavidad junto a mi hombro minutos antes.

—Ah, señor Pedersen —dije, cuando me alcanzó y se puso a caminar a mi lado—. Me alegro de que me haya recordado lo de la sala de conciertos. Con los sentimientos tan a flor de piel de esa gente, debo confesar que empezaba a perder la noción del tiempo.

—Ciertamente, y también yo —dijo Pedersen soltando una pequeña carcajada—. Yo también tengo una reunión a la que asistir. No puede compararse en importancia, claro está, pero también tiene que ver con el acto de esta noche.

Llegamos al sendero herboso que surcaba la zona central del cementerio, e hicimos una pausa.

—Quizá pueda ayudarme, señor Pedersen —dije, mirando a mi alrededor—. Viene a buscarme un coche para llevarme a la sala de conciertos. Puede que me esté esperando ya, pero el caso es que no sé muy bien cómo volver a la carretera.

—Le llevaré allí con mucho gusto, señor Ryder. Sígame, por favor.

Reanudamos la marcha, alejándonos de la colina por donde había bajado con Brodsky. El sol se estaba ocultando sobre el valle, y las sombras proyectadas por las tumbas se habían alargado considerablemente. Mientras caminábamos hubo un par de

veces en que me pareció que Pedersen estaba a punto de decir algo, pero pareció cambiar de opinión en el último momento. Al final, dije como sin darle importancia:

—Alguna de esa gente del entierro... Parecía extremadamente preocupada por... Me refiero a que parecía muy afectada por esas fotos mías en el periódico.

—Bueno, verás, señor —dijo Pedersen con un suspiro—. Se trata del monumento Sattler. Max Sattler sigue ejerciendo el mismo ascendiente de siempre sobre las emociones de la gente.

—Supongo que también usted tendrá sus opiniones al respecto. Quiero decir, sobre mis fotografías ante el monumento Sattler.

Pedersen sonrió, incómodo, y rehuyó mi mirada.

—¿Cómo explicarlo? —dijo por fin—. Es tan difícil de entender para alguien de fuera... Incluso para un experto como usted. No está muy claro por qué Max Sattler —por qué tal episodio de la historia de la ciudad— ha llegado a significar tanto para nuestra gente. Sobre el papel, difícilmente llega a revestir cierta importancia. Y sí, todo sucedió hace casi un siglo. Pero ya ve, señor Ryder, como sin duda habrá descubierto ya, Sattler se ha ganado un lugar en la *imaginación* de nuestros ciudadanos. Su papel, si usted quiere, ha llegado a ser mítico. A veces es temido, a veces es aborrecido. Y otras veces se le rinde culto. ¿Cómo podría explicarlo? Deje que se lo explique de este modo: hay un hombre que conozco, un buen amigo, que ahora ya tiene muchos años, pero del que no puede decirse que haya tenido una vida mala. Es muy respetado aquí, sigue desempeñando un papel activo en la vida cívica de la ciudad. No ha tenido una mala vida, no señor. Pero este hombre, de cuando en cuando, mira hacia el pasado y se pregunta si no dejó quizá que algunas cosas se le escaparan entre las manos. Se pregunta cómo habrían podido ser las cosas si no hubiera sido, bueno, digamos un poco menos *tímido*. Un poco menos tímido y un poco más apasionado.

Pedersen soltó una débil risa. El sendero describía ahora una curva y pude ver más adelante la oscura verja de hierro del cementerio.

—En fin, a veces se ponía a pensar en el pasado —continuó Pedersen—. En ciertos momentos cruciales de su juventud, antes de asentarse definitivamente en sus modos de vida. Y recordaba, pongamos por caso, el momento en que una mujer había tratado de seducirle. Claro que él no consintió, era demasiado como Dios manda. O quizá fue cobardía. Quizá sólo era demasiado joven, quién sabe... Se pregunta qué habría pasado si entonces hubiera tomado otro camino, si hubiera tenido un poco más de confianza en... el amor y la pasión. Usted sabe cómo es eso, señor Ryder. Usted sabe cómo sueñan a veces los viejos, cómo se preguntan qué habría pasado si en algún momento crucial de sus vidas hubieran elegido otro camino. Bien, pues con las ciudades, con las comunidades, puede suceder algo semejante. De cuando en cuando miran hacia atrás, miran su historia y se preguntan: «¿Qué habría pasado si...? ¿Qué

sería hoy de nosotros si hubiéramos... ?». Ah, ¿si hubiéramos qué, señor Ryder...? ¿Permitido a Max Sattler llevarnos a donde él quería? ¿Seríamos hoy completamente diferentes? ¿Seríamos hoy una ciudad como Amberes? ¿Como Stuttgart? Yo, sinceramente, no lo creo, señor Ryder. ¿Sabe?, hay ciertas cosas en esta ciudad, ciertas cosas que se hallan tan profundamente arraigadas... Cosas que no van a cambiar, que no cambiarán en cinco, seis, siete generaciones. Sattler, en términos prácticos, no fue sino algo fuera de contexto. Un hombre con locos sueños. No habría podido cambiar nada esencial. Y lo mismo sucede con ese amigo mío del que le hablo. Es como es. Ninguna experiencia, por crucial que hubiera sido, le habría hecho cambiar. Ya hemos llegado, señor Ryder. Baje esas escaleras y llegará a la carretera.

—Señor Pedersen, ha sido usted sumamente amable. Pero déjeme asegurarle una cosa: cuando veo la posibilidad de que haya podido cometer un error de juicio, no soy de los que se niegan a admitirlo y escurren el bulto. En cualquier caso, señor, es algo que una persona de mi posición ha de estar dispuesta a aceptar. Es decir: durante el curso de un día cualquiera me veo obligado a tomar importantes decisiones, y la verdad es que lo máximo que puedo hacer es sopesar los datos de que dispongo en ese momento y obrar en consecuencia. A veces, inevitablemente, cometo equivocaciones. Cómo no. Es algo que tengo asumido desde hace mucho tiempo. Y, como puede ver, cuando eso ocurre, mi sola preocupación estriba en cómo subsanar tal equivocación a la primera oportunidad que se me presente. Así que, por favor, hábleme con toda franqueza. Si opina que fue un error posar ante el monumento Sattler, dígamelo sin rodeos.

Pedersen parecía sentirse incómodo. Volvió la cabeza y miró hacia un mausoleo que se divisaba a lo lejos, y dijo:

—Bien, señor Ryder, será sólo mi opinión...

—Me gustaría mucho oírla, señor.

—Bien, ya que me lo pregunta... Sí, señor. Si he de ser franco, me sentí muy decepcionado cuando vi el periódico esta mañana. Opino, señor, como acabo de explicarle hace un momento, que no está dentro de la naturaleza de esta ciudad el abrazar los extremismos de Sattler. Sattler ejerce una atracción para cierta gente precisamente por su lejanía, por su calidad de mito local. Pero si lo tomáramos como una posibilidad seria y real..., entonces, señor, francamente, la gente de esta ciudad sentiría pánico. Se echaría atrás. Se vería de pronto aferrándose a lo que conoce, sean cuales fueren los sinsabores que ello haya podido hasta el momento causarles. Me pregunta mi opinión, señor. A mi juicio, al introducir a Max Sattler en esta discusión no se ha hecho sino minar seriamente las posibilidades de progreso. Pero aún queda esta noche, por supuesto. Al final todo va a depender de lo que suceda esta noche. Y de lo que pueda hacer el señor Brodsky. Y, como acaba usted de señalar, no hay nadie más partidario que usted de enmendar pasados errores... —Durante unos

segundos pareció sopesar algo en silencio. Y al cabo sacudió la cabeza con expresión grave—. Señor Ryder, lo mejor que puede hacer es ir ahora mismo a la sala de conciertos. Esta noche todo debe salir conforme a lo previsto.

—Sí, sí, tiene usted razón —dije—. Estoy seguro de que el coche me estará esperando para llevarme allí. Señor Pedersen, le quedo muy agradecido por su franqueza.

La escalera descendía bruscamente entre altos setos y arbustos. Y al poco me vi junto a la carretera, contemplando la puesta de sol sobre el campo que se extendía al otro lado de la calzada. La escalera me había conducido a un punto donde la carretera describía una cerrada curva, pero después de caminar por ella un trecho vi que la vista se ensanchaba. Un poco más allá se divisaba la colina por cuya ladera había subido antes —la silueta de la pequeña cabana, cerca de la cima, se recortaba contra el cielo—, y vi el coche de Hoffman aparcado en el entrante del arcén donde me había dejado horas antes.

Caminé en dirección al coche pensando en la conversación que acababa de mantener con Pedersen. Recordé cómo lo había conocido en el cine, cuando la alta estima en que me tenía era patente tanto en su actitud como en sus palabras. Ahora, pese a sus buenos modos, también era patente que se sentía profundamente decepcionado en relación conmigo. El pensamiento me resultaba extrañamente turbador, y, mientras avanzaba por el arcén contemplando cómo se ponía el sol, iba sintiéndome más y más irritado por no haber procedido con mayor cautela en el asunto del monumento Sattler. Ciertamente que, como le había señalado a Pedersen, fue la decisión que me pareció más acertada en aquel momento. Pero no podía hurtarme a la mortificante sensación de que, pese a las limitaciones de tiempo, pese a las enormes presiones que había tenido que soportar, para entonces debería haber estado mucho mejor informado. Incluso ahora, tan tardíamente ya, con la crucial velada prácticamente encima, seguían existiendo ciertos aspectos de la problemática local que distaban mucho de estar claros. Ahora veía lo erróneo de no haberme entrevistado horas antes con el Grupo Ciudadano de Ayuda Mutua..., y todo por un ensayo —según había comprobado— perfectamente prescindible.

Cuando llegué al coche de Hoffman, me sentía cansado y descorazonado. Hoffman se hallaba al volante, escribiendo afanosamente en un cuaderno, y no se percató de mi llegada hasta que abrí la portezuela para subir al coche.

—Ah, señor Ryder —exclamó, apartando rápidamente el cuaderno—. ¿Qué tal le ha ido el ensayo?

—Oh, muy bien.

—¿Y el sitio? —Puso el motor en marcha—. ¿Qué le ha parecido?

—Excelente, señor Hoffman, muchas gracias. Pero ahora debo llegar a la sala de conciertos tan pronto como sea posible. Nunca se sabe los ajustes que pueden ser necesarios en el último momento.

—Por supuesto. De hecho, también yo tengo que ir inmediatamente a la sala de conciertos. —Miró el reloj—. Debo supervisar el servicio de cocina. Cuando he estado allí hace una hora, me ha complacido comprobar que todo iba muy bien. Pero,

claro, el desastre puede surgir en cualquier momento.

Hoffman dejó el arcén y salió a la calzada, y durante un rato condujo en silencio. La carretera, aunque con algo más de tráfico que en el viaje de ida, seguía bastante despejada, y Hoffman alcanzó enseguida una velocidad razonablemente alta. Me puse a contemplar los campos y traté de relajarme, pero mi mente volvía a la velada que tenía por delante. Al rato oí que Hoffman me decía:

—Señor Ryder, espero que no le importe que vuelva a mencionar el asunto. Un pequeño asunto. Seguro que lo ha olvidado...

Soltó una risita y sacudió la cabeza.

—¿A qué se refiere, señor Hoffman?

—Me refiero a los álbumes de mi esposa. Quizá recuerde usted que le hablé de ellos cuando nos conocimos. Mi esposa lleva tantos años siendo admiradora suya...

—Sí, claro que me acuerdo. Tiene varios álbumes con recortes de mi carrera. Sí, sí, no lo había olvidado. De hecho, por muy atareado que haya estado, siempre he tenido muchas ganas de verlos...

—Se ha dedicado a su confección con verdadera devoción, señor. Durante muchos años. A veces le ha costado Dios y ayuda conseguir ciertos números atrasados de periódicos y revistas donde aparecían importantes artículos sobre usted. De verdad, señor, para mí ha sido una maravilla presenciar tal dedicación. Y para ella supondría tanto...

—Señor Hoffman, tengo intención de examinar esos álbumes sin tardanza. Como le he dicho, tenía muchas ganas de verlos. Sin embargo, en este preciso momento, querría aprovechar la ocasión para discutir ciertos aspectos, bueno, ciertos aspectos relativos al acto de esta noche...

—Como desee, señor. Pero puedo asegurarle que todo está preparado. No tiene que preocuparse en absoluto.

—Sí, sí, no lo dudo. Sin embargo, y dado que el acontecimiento se nos está echando ya encima, no estaría de más si nos ocupáramos un poco de todo ello. Por ejemplo, señor Hoffman, está el asunto de mis padres. Si bien tengo la mayor confianza en que la gente de esta ciudad sabrá brindarles todo el cuidado que precisan, el caso es que ambos tienen la salud precaria, y por tanto apreciaría sobremanera...

—Oh, por supuesto, lo entiendo perfectamente. Y si me permite decirlo, resulta de lo más conmovedor el que se preocupe usted tanto por sus padres. Me complace mucho asegurarle que se han hecho todos los preparativos necesarios para su comodidad y bienestar. Un grupo de encantadoras y competentes damas locales ha sido comisionado para cuidar de ellos durante su estancia entre nosotros. Y en cuanto al acto de esta noche, hemos planeado algo especial para ellos, una pequeña «fioritura» que espero sea de su agrado. Como sin duda sabe, nuestra empresa local

Seeler Brothers, fabricantes de carruajes, fue célebre en su día por haber servido a una distinguida clientela tanto de Francia como de Inglaterra. Pues bien, la ciudad aún conserva algunos espléndidos ejemplos de su industria, y se me ocurrió que a sus padres les sería grato llegar a la sala de conciertos en uno de esos refinados carruajes, al cual engancharemos un par de engalanados purasangres. ¿Se imagina la escena, señor Ryder? A esa hora la explanada de la entrada de la sala de conciertos estará toda iluminada, y en ella se hallarán congregados todos los miembros destacados de nuestra comunidad, riendo y saludándose, con sus mejores galas, y se palpará la expectación en el ambiente. Los coches, claro está, no podrán entrar en la explanada, de modo que la gente irá llegando a pie desde los árboles cercanos. Y una vez que los asistentes se hayan agrupado en la explanada, junto a la entrada..., ¿se lo imagina, señor?, de la oscuridad del bosque llegará el sonido de unos caballos que se acercan. Las damas y caballeros dejarán de hablar de inmediato, y volverán la cabeza. El ruido de los cascos se hará más y más fuerte, se acercará gradualmente al retazo de luz de la explanada. Y entonces se harán visibles los espléndidos caballos, el cochero con frac y chistera, ¡el rutilante carruaje de los Seeler Brothers llevando en su interior a sus encantadores padres! ¿Se imagina la expectación, la agitación que embargará a los invitados en ese momento? Por supuesto, sus padres no tendrán que ir en el carruaje mucho tiempo, sólo el estrictamente necesario para recorrer la avenida central que atraviesa el bosque. Y, se lo aseguro, el carruaje al que me refiero es una lujosa obra maestra. Sus padres lo encontrarán tan seguro y cómodo como una limusina. Habrán de soportar, como es lógico, un ligero bamboleo, pero eso, en un carruaje de esa categoría, se convierte incluso en un elemento sedante. ¿Visualiza usted la escena, señor Ryder? He de confesar que, en un principio, pensé organizar este agasajo para usted, para su llegada, pero me di cuenta de que en esa fase temprana preferiría usted permanecer en segundo plano. Y, además, no quería que menguara ni un ápice el impacto de su aparición en el escenario. Luego, cuando supe la feliz noticia de que también sus padres nos honrarían con su visita, pensé inmediatamente: «¡Oh, la solución ideal!». Sí, señor, la llegada de sus padres abrirá la velada maravillosamente. No esperamos, como es lógico, que después de bajarse del carruaje vayan a quedarse de pie en la entrada como los demás invitados. Se les conducirá de inmediato a los asientos preferentes que ocuparán en el auditorium, y ello servirá de señal para que los invitados comiencen a entrar para tomar asiento en sus localidades. Y luego, poco después de esto, dará comienzo la parte formal de la velada. Empezaremos por un breve recital de piano a cargo de mi hijo Stephan. ¡Ja, ja! Admito que me he tomado una libertad quizá excesiva en este punto. Pero Stephan anhelaba tanto presentarse en un escenario, y yo entonces creía, quizá neciamente, que... Bien, no tiene sentido hablar de eso ahora. Stephan ofrecerá un pequeño recital, con el fin de crear una cierta atmósfera. Durante esta parte de la velada la luz

permanecerá encendida para facilitar el que la gente encuentre sus asientos, se salude, charle en los pasillos y demás... Luego, una vez que todo el mundo se haya acomodado, las luces se harán más tenues. Se pronunciarán unas palabras formales de bienvenida. A continuación, y conforme al programa, saldrá la orquesta, tomará asiento en sus puestos, afinará sus instrumentos. Y entonces, tras una pequeña pausa, aparecerá en escena el señor Brodsky. Y..., y dirigirá la orquesta. Cuando termine de hacerlo, y cesen los..., esperemos, *presumamos* que así sea..., los atronadores aplausos, y el señor Brodsky haya hecho multitud de reverencias, seguirá un pequeño descanso. No un intermedio exactamente: no permitiremos que los asistentes abandonen sus asientos. Será más bien un breve período de cinco o seis minutos, en el que las luces volverán a encenderse a plena intensidad para que la gente pueda poner en orden sus pensamientos. Luego, mientras la gente sigue intercambiando puntos de vista, el señor Von Winterstein aparecerá en el escenario, delante del telón. Y procederá a una sencilla presentación. De no más de unos minutos (¿es necesaria acaso alguna presentación?). Y desaparecerá tras los bastidores. La sala de conciertos, entonces, se verá sumida en la oscuridad. Y llegamos al momento, señor. Al momento de su aparición. Éste es un punto, ciertamente, que deseaba tratar con usted, ya que, en cierta medida, su colaboración será esencial. Verá, señor, nuestra sala de conciertos es sumamente bella, pero al ser tan vieja carece de ciertas instalaciones que uno daría por descontadas en un edificio más moderno. Las de cocina, por ejemplo, como creo haber mencionado ya, distan de ser las adecuadas, y nos obligan a depender en gran medida de las del hotel. Pero a lo que voy, señor, es a lo siguiente: he tomado prestado del polideportivo, sumamente moderno y bien equipado, el marcador electrónico situado en lo alto del estadio. (¡En este momento el estadio debe de tener un aire muy desolado sin él! Con todos esos negros y feos cables colgando del lugar que normalmente ocupa...). Bien, volvamos a lo que estaba diciendo. El señor Von Winterstein, después de su presentación, desaparecerá tras los bastidores. El auditorium entero, por espacio de un instante, se sumirá en la oscuridad, y en el curso de ese instante se abrirá el telón y se encenderá un foco que iluminará el punto donde se halla usted, de pie tras el atril, en el centro del escenario. Entonces, obviamente, el auditorio estallará en arrebatados aplausos. Luego, cuando cesen los aplausos, y antes de que haya dicho usted ni una palabra..., siempre que, como es lógico, nos dé usted su conformidad..., una voz atronará la sala y formulará la primera pregunta. La voz será la de Horst Jannings, nuestro actor más veterano. Estará en el control de sonido, hablando a través del sistema de megafonía. Horst posee una bonita y rica voz de barítono, e irá leyendo despacio las preguntas. Y al hacerlo, ¡y ésta ha sido mi pequeña idea, señor!, las palabras irán apareciendo simultáneamente en el marcador electrónico, situado en lo alto del escenario, justo encima de su cabeza. ¿Se da usted cuenta? Hasta el momento, y debido a la

oscuridad, nadie ha podido ver el marcador, de forma que será como si las palabras aparecieran en el aire, sobre su cabeza. ¡Ja, ja! Perdóneme, pero pensé que el efecto contribuiría al dramatismo de la ocasión, y al mismo tiempo ayudaría a aclarar un tanto las cosas. Las palabras en el marcador, me atrevo a aventurar, servirán para que algunos de los presentes recuerden la gravedad e importancia de los asuntos que usted estará a punto de tratar. Porque, la verdad, con toda esta excitación, será muy fácil que cierta gente pase por alto concentrarse. Bien, ya ve, señor, con mi pequeña idea no les será posible dejar de hacerlo. Cada pregunta estará allí, delante de sus ojos, en letras gigantescas. Así que, si nos da su aprobación, eso es lo que haremos. Se oirá la primera pregunta, que aparecerá en el marcador, y usted la responderá desde el atril, y, una vez que haya terminado, Horst leerá la siguiente pregunta, y así sucesivamente. Lo único que le pido, señor Ryder, es que al final de cada respuesta deje el atril y se acerque hasta el borde del escenario para saludar con una inclinación de cabeza. La razón de lo que le pido es doble. En primer lugar, y debido al carácter temporal de la instalación del marcador en este emplazamiento, existen ciertas, e inevitables, dificultades técnicas. El técnico electrónico tardará varios segundos en «cargar» cada pregunta en el marcador, y además habrá un desfase de otros quince o veinte segundos hasta que las palabras empiecen a aparecer en la pantalla electrónica. Así que, como ve, el hecho de acercarse al borde del escenario a saludar dará lugar al inevitable aplauso, con lo que podremos evitar la serie de incómodas pausas que de otro modo se producirían en los cambios de preguntas. Entonces, cuando los aplausos vayan cesando, la voz de Horst y el marcador formularán la siguiente pregunta, y usted tendrá tiempo suficiente para volver al atril. Hay además, señor, otra razón que hace recomendable esta estrategia. Al acercarse al borde del escenario para saludar, el técnico electrónico sabrá sin ambigüedades que usted ha finalizado su respuesta. Deseamos evitar a toda costa la eventualidad de que el marcador, por ejemplo, empiece a mostrar la siguiente pregunta mientras usted sigue hablando. Porque, como ya he dicho, debido al problema del desfase, podría darse muy fácilmente tal eventualidad. Usted parece haber terminado, cuando en realidad está haciendo una pausa, quizá a la espera de que se le ocurra una precisión final pertinente, y en el momento en que usted vuelve a hablar el técnico ya ha empezado a poner la siguiente pregunta en el marcador... ¡Ja! ¡Qué desastre! ¡Ni pensemos en ello siquiera! Así que, señor, permítame sugerirle la sencilla pero efectiva argucia de acercarse al proscenio al final de cada pregunta. De hecho, señor, y a fin de dar al técnico unos segundos más para «cargar» la siguiente pregunta, convendría también que pudiera dirigirle alguna casi imperceptible seña indicativa de que está a punto de llegar al final de la respuesta. Un discreto encogimiento de hombros, por ejemplo. Huelga decir, señor Ryder, que tales medidas se hallan supeditadas a su aprobación. Si no le agrada alguna de ellas, por favor, dígallo con franqueza.

Mientras Hoffman hablaba se había ido formando en mi cerebro una imagen enormemente vivida de la velada que me aguardaba. Podía oír los aplausos, el zumbido del marcador electrónico sobre mi cabeza... Me veía a mí mismo ejecutando el pequeño encogimiento de hombros, dirigiéndome hacia la cegadora luz del proscenio... Y al darme cuenta de lo poco preparado que estaba para el evento, me asaltó una curiosa, ensoñadora sensación de irrealidad. Vi que Hoffman esperaba mi respuesta, y dije cansinamente:

—Me parece estupendo, señor Hoffman. Lo tiene todo perfectamente planeado.

—Ah, ¿así que lo aprueba? Todos los detalles, todo...

—Sí, sí —dije, moviendo la mano con impaciencia—. El marcador electrónico, el acercarme hasta el proscenio, el encogimiento de hombros, sí, sí... Todo muy bien planeado.

—Ah. —Hoffman siguió con expresión vacilante unos segundos, pero luego pareció convencerse de que le había hablado sinceramente—. Espléndido, espléndido. Todo arreglado, pues. —Asintió para sí mismo, y durante un rato guardó silencio. Luego le oí susurrar, de nuevo para sí mismo, sin apartar la vista de la carretera—: Sí, sí. Todo arreglado.

En el curso de los minutos siguientes Hoffman no me dijo nada, pero siguió mascullando cosas en voz muy baja. La mayor parte del cielo tenía ahora una tonalidad rosada, y a medida que la carretera fluctuaba a derecha e izquierda a través de las tierras de labrantío el sol daba de lleno en el parabrisas, inundando el habitáculo con su fulgor y haciéndonos parpadear. En un momento dado, miraba yo por la ventanilla cuando oí que Hoffman decía de pronto con voz entrecortada:

—¡Un buey! ¡Un buey, un buey, un buey!

Lo había dicho en un susurro, como para sus adentros, pero sentí un sobresalto y me volví para mirarle. Y vi que Hoffman seguía inmerso en su propio mundo, con la mirada fija en la lejanía y asintiendo para sí mismo. Miré en torno a mí los campos, y aunque vi ovejas en muchos de ellos no alcancé a ver buey alguno. Recordé vagamente que en una ocasión anterior, yendo en coche con él, le había visto hacer algo semejante, pero pronto perdí interés en el asunto.

Poco después nos encontramos de nuevo en las calles de la ciudad, y el tráfico se transformó de pronto en una cansina caravana. Las aceras estaban llenas de gente que volvía del trabajo, y muchas tiendas habían encendido ya las luces de los escaparates. Viéndome de nuevo en la ciudad, sentí que recuperaba en parte la confianza en mí mismo. Pensé que, una vez en la sala de conciertos, una vez que hubiera tenido ocasión de pisar el escenario y supervisar los preparativos en curso, volverían a encajar muchas de las cosas que me preocupaban.

—Créame, señor —dijo de pronto Hoffman—. Todo va a estar en orden. No tiene por qué preocuparse. Esta ciudad va a tratarle a cuerpo de rey. Y en relación con el

señor Brodsky, sigo teniendo plena confianza en él.

Decidí que debía dar alguna muestra de optimismo, y dije en tono alegre:

—Sí, estoy seguro de que el señor Brodsky estará espléndido esta noche. Hace un rato parecía en plena forma.

—Oh, ¿sí? —Hoffman me dirigió una mirada perpleja—. ¿Lo ha visto usted hace poco?

—En el cementerio, hace un rato. Y, como le digo, lo vi muy seguro de...

—¿El señor Brodsky ha estado en el cementerio? Me pregunto qué habrá estado haciendo...

Hoffman me miró inquisitivamente, y por un momento pensé contarle el episodio del entierro y de la soberbia intervención de Brodsky. Pero finalmente no me vi con fuerzas para hacerlo, y me limité a decir:

—Creo que tiene una cita. Con la señorita Collins.

—¿Con la señorita Collins? Santo Dios. ¿De qué diablos se trata?

Lo miré, un tanto sorprendido por su reacción.

—Al parecer existen ciertas probabilidades de que se reconcilien —dije—. Si se llega a tan feliz desenlace, señor Hoffman, será una cosa más de la que, en parte, podrá usted reclamar legítimamente la autoría.

—Sí, sí... —Hoffman, ceñudo, reflexionaba acerca de algo—. ¿El señor Brodsky está ahora en el cementerio? Es curioso, muy curioso.

A medida que nos adentrábamos en el centro de la ciudad, el tráfico se iba haciendo más denso, y en un momento dado, en una callejuela estrecha, tuvimos que detenernos. Hoffman parecía cada vez más preocupado, y se volvió hacia mí y me dijo:

—Señor Ryder, tengo que ocuparme de un asunto. Le veré luego en la sala de conciertos, pero ahora... —Miró el reloj con patente expresión de pánico—. Debo atender un..., cierto asunto... —Asió con fuerza el volante y se quedó mirándome fijamente—. Señor Ryder, verá: por culpa de este maldito sistema de direcciones únicas y del diabólico tráfico vespertino, tardaremos bastante en llegar a la sala de conciertos en coche. Mientras que a pie... —Señaló con el dedo a través de la ventanilla de mi lado—. Allí es. La tiene ante sus ojos. A no más de unos minutos a pie. Sí, señor, aquel tejado de allí...

Divisé un gran tejado en forma de cúpula que se alzaba sobre los edificios circundantes. Ciertamente no parecía muy lejos, apenas a unas cuantas manzanas.

—Señor Hoffman —dije—, si tiene algo urgente que hacer, iré muy gustoso a pie.

—¿De veras? ¿Me disculpa la indelicadeza? El tráfico avanzó imperceptiblemente, y segundos después volvió a detenerse.

—Lo cierto es que me vendrá bien un paseo —dije—. La tarde parece agradable. Y, como usted dice, no está lejos.

—¡Este infernal sistema de direcciones únicas! ¡Podríamos seguir aquí parados otra hora! Señor Ryder, le quedaré enormemente agradecido si no me lo toma en cuenta. Pero ya ve, hay algo que debo..., de lo que debo ocuparme...

—Sí, sí, por supuesto. Iré andando. Usted ya ha sido sumamente amable conmigo, trayéndome a la ciudad a esta hora punta. He de darle las gracias por sus desvelos.

—Llegaré a la parte de atrás de la sala de conciertos. No tiene más que dirigirse hacia aquella cúpula. No la pierda de vista: no tiene pérdida.

—No se preocupe, por favor. No me perderé.

Corté en seco su nuevo intento de excusarse, le di las gracias y me apeé en la acera.

Era una calle estrecha. Eché a andar y pasé por delante de una hilera de librerías especializadas y de las agradables fachadas de unos cuantos hoteles de turistas. No era difícil orientarse sin perder de vista la cúpula, y agradecí aquella oportunidad de pasear al aire fresco de la tarde.

Cuando llevaba recorridas dos o tres manzanas, sin embargo, me asaltaron unos cuantos pensamientos turbadores que no logré apartar de mi cabeza. Para empezar, había muchas probabilidades de que la tanda de preguntas y respuestas no saliera todo lo bien que uno podría desear. Ciertamente, si tomábamos como patrón la intensidad emocional mostrada por los deudos del cementerio, la posibilidad de escenas desagradables no podía en absoluto descartarse. Además, si la tanda de preguntas y respuestas tomaba derroteros verdaderamente peligrosos, era muy probable que mis padres, al presenciar la escena con creciente horror y embarazo, exigieran ser sacados de inmediato del auditorium. En otras palabras, se marcharían antes de que yo tuviera la oportunidad de tocar el piano, y en tal caso..., quién sabe cuándo volvería a presentárseles la ocasión de oírme... Y, lo que era aún peor, si las cosas se ponían realmente mal había la posibilidad de que alguno de ellos tuviera un ataque. Estaba seguro de que, segundos antes de que empezara a tocar, mi padre y mi madre se verían embargados por un absoluto asombro, pero, entretanto, la cuestión de las preguntas y respuestas seguía pareciéndome harto problemática.

De pronto caí en la cuenta de que me hallaba tan metido en estas preocupaciones que había perdido de vista la cúpula del auditorium. No me importó demasiado, porque supuse que pronto volvería a verla detrás de algún edificio. Pero a medida que avanzaba la calle se iba haciendo más estrecha y los edificios, de seis o siete pisos, cada vez más altos, de forma que apenas podía ver el cielo, y menos aún la cúpula del auditorium. Decidí tomar una calle paralela, pero después de doblar una esquina me vi vagando por una serie de pequeñas callejuelas, quizá en círculo, sin divisar en ningún momento la cúpula ni el edificio del auditorium.

Al cabo de unos minutos empezó a invadirme el pánico, y pensé en pararme y preguntar por dónde se iba. Pero después pensé que no era una buena idea. Durante todo el tiempo que me había pasado caminando, la gente se había vuelto —e incluso parado en seco en medio de la acera— para mirarme. Yo había sido vagamente consciente de ello, aunque en mi afán por encontrar el camino no le había concedido demasiada importancia. Pero ahora me daba cuenta de que, dada la inminencia del acto en la sala de conciertos, y dado todo lo que había en juego, no me convenía ser visto vagando por las calles, obviamente extraviado e indeciso. Hice un esfuerzo y erguí el cuerpo, y adopté el porte de quien, con todos sus asuntos bajo control, se está dando un relajante paseo por la ciudad. Meforcé a aminorar el paso y sonreí afablemente a quienes se volvían a mi paso para mirarme.

Al final torcí una esquina y vi, más cercana que nunca, la sala de conciertos. La calle que acababa de tomar era más ancha que las otras, con cafés y tiendas vivamente iluminadas en ambas aceras. La cúpula no se hallaba a más de una o dos manzanas, un poco más allá de donde la calle se perdía de vista tras una curva.

Me sentí no sólo aliviado, sino también mucho más seguro en relación con la velada que me aguardaba. La sensación que había experimentado antes —que todo encajaría cuando llegara a la sala y me viera sobre el escenario— me tranquilizó de nuevo, y empecé a recorrer la calle con ánimo muy cercano al entusiasmo.

Pero entonces, al doblar la esquina, me topé con algo realmente inesperado. Un poco más adelante había un muro de ladrillo que me cortaba el paso, que iba, de hecho, de un lado a otro de la calle. Mi primer pensamiento fue que tras el muro habría una vía férrea, pero enseguida me percaté de que los altos edificios de ambos lados continuaban por encima del muro hasta perderse de vista. Aquel muro despertó mi curiosidad, ciertamente, pero al principio no lo consideré un problema, porque pensé que cuando llegara a él encontraría un arco o pasadizo subterráneo que me permitiría el paso al otro lado. La cúpula, en cualquier caso, se hallaba ahora muy cerca, iluminada por focos y recortada contra el cielo del crepúsculo.

Pero cuando me acerqué y me vi ante el muro caí en la cuenta de que no existía tal paso. Las aceras de ambos lados de la calle se encontraban sin más con el muro de ladrillo. Miré en torno, perplejo, y recorrí de un extremo a otro el muro, negándome a aceptar que no hubiera paso alguno, o siquiera un mero hueco por donde deslizarme hasta el lado opuesto. Nada. Finalmente, después de permanecer un momento allí de pie, impotente, ante el muro, le hice una seña a un viandante —una mujer de mediana edad que salía de una tienda de regalos cercana—, y le dije:

—Perdone, pero deseo llegar a la sala de conciertos. ¿Cómo podría pasar al otro lado?

La mujer pareció sorprenderse ante mi pregunta.

—Oh, no —dijo—. No puede pasar al otro lado del muro. Por supuesto que no

puede. Ese muro cierra la calle por completo.

—Pero eso es un verdadero engorro —dije—. Tengo que llegar a la sala de conciertos.

—Sí, supongo que es un engorro —dijo la mujer, como si jamás se hubiera puesto a pensar en el asunto—. Cuando le he visto mirándolo y mirándolo hace un momento, señor, pensé que era un turista. Este muro, como podrá ver, resulta una gran atracción turística.

Señalaba hacia un expositor giratorio de postales que había junto a la tienda de regalos. A la luz de la entrada de la tienda, pude ver multitud de postales que mostraban ostentosamente el muro.

—Pero ¿a qué diablos viene un muro precisamente aquí? —pregunté, alzando la voz pese a mí mismo—. Es monstruoso. ¿Para qué sirve una cosa semejante?

—Le comprendo perfectamente. Para un forastero, y en especial para alguien que necesite llegar rápidamente a algún sitio, debe de ser un auténtico fastidio. Supongo que usted lo llamaría un disparate. Lo construyó cierto personaje excéntrico a finales del siglo pasado. Es algo bastante raro, por supuesto, pero es famoso desde entonces. En el verano, esta zona donde ahora estamos se llena de turistas. Norteamericanos, japoneses... Y no paran de sacarle fotos.

—Es absurdo —dije, furioso—. Por favor, dígame cómo llegar enseguida a la sala de conciertos.

—¿La sala de conciertos? Bien, la verdad es que si piensa ir a pie le va a resultar francamente lejos... Claro que ahora mismo, estando aquí, la tenemos prácticamente a un paso. —Alzó la mirada hacia la cúpula—. Pero en la práctica, con el muro ahí, eso no quiere decir mucho.

—¡Esto es absolutamente ridículo! —Había perdido la paciencia—. Encontraré el camino yo solo. Ya veo que usted es incapaz de entender que una persona pueda estar realmente atareada, tenga una apretada agenda y no pueda permitirse andar deambulando de un lado a otro durante horas. De hecho, si me permite decirlo, este muro es algo muy propio de esta ciudad. Llena de obstáculos absolutamente absurdos. ¿Y qué hacen al respecto? ¿Se enfadan por el muro de marras? ¿Exigen que sea derribado inmediatamente para que la gente pueda moverse libremente? No, lo soportan durante casi un siglo. Hacen postales de él y creen que es algo encantador. ¿Encantador este muro de ladrillo? ¡Qué monstruosidad! ¡Creo que voy a utilizarlo como símbolo esta noche en mi discurso! Por suerte para ustedes ya tengo en mente la mayor parte de lo que voy a decir, y soy por naturaleza reacio a cambiar cosas en el último momento. ¡Buenas noches!

Dejé allí a la mujer y me apresuré a desandar rápidamente el camino, resuelto a no permitir que un contratiempo tan absurdo echara por tierra mi recién recuperada confianza en mí mismo. Pero luego, al seguir andando y ver que la sala de conciertos

se iba alejando más y más, sentí que volvía a mí el desánimo. La calle me pareció mucho más larga de lo que me había parecido antes, y cuando llegué al final y salí de ella volví a verme perdido en la urdimbre de estrechas callejuelas.

Al rato de inútil deambular sin rumbo, me sentí incapaz de seguir y me detuve. Al verme junto a la terraza de un café me dejé caer en una de las sillas de la mesa más cercana, y nada más hacerlo sentí que huía de mí lo poco que me quedaba de energía. Era vagamente consciente de que empezaba a caer la tarde, de que había una luz eléctrica en alguna parte, a mi espalda, de que, con toda probabilidad, aquella luz me estaba iluminando ante los transeúntes y ante los clientes del café..., pero de alguna forma seguía sin sentir la urgencia de enderezar mi postura o siquiera de disimular mi abatimiento. Al poco apareció un camarero. Pedí un café, y seguí con la mirada fija en la sombra que proyectaba mi cabeza sobre la mesa metálica. Todas las eventualidades aciagas que antes me habían conturbado el ánimo en relación con la velada volvían a agolparse ahora en mi cabeza. Y, sobre todas ellas, la deprimente idea de que mi decisión de dejarme fotografiar ante el monumento Sattler había minado irreversiblemente mi autoridad en la ciudad; de que ahora el terreno a recuperar se había vuelto casi msalvable y de que nada salvo una actuación sobremanera imperiosa en la ronda de preguntas y respuestas podría ahorrarme unas consecuencias absolutamente catastróficas... De hecho, por espacio de un instante, me sentí tan abrumado por tales pensamientos que me vi al borde de las lágrimas. Pero entonces advertí que alguien me había puesto una mano en la espalda, y que me decía con voz suave:

—Señor Ryder, señor Ryder...

Supuse que era el camarero que había vuelto con el café, y le indiqué con un gesto que lo dejara en la mesa. Pero la voz continuó pronunciando mi nombre, y al levantar la mirada vi a Gustav mirándome con expresión preocupada.

—Oh, hola —dije.

—Buenas noches, señor. ¿Cómo está? Me pareció que era usted, pero no estaba seguro y me he acercado a cerciorarme. ¿Se siente bien, señor? Estamos todos allí, todos los chicos... ¿Por qué no viene a sentarse con nosotros? Les haría tanta ilusión...

Miré a mi alrededor y vi que estaba sentado al borde de una plaza. Aunque había una farola en el centro, la plaza se hallaba casi a oscuras, de forma que las figuras de la gente que se movía a través de ella no eran a mis ojos sino poco más que sombras. Gustav me señalaba el lado opuesto de la plaza, donde pude ver otro café, algo más grande que el que yo había elegido y de cuya puerta abierta y ventanales salía una luz cálida. Incluso a aquella distancia pude entrever una gran actividad en su interior, y a través del aire del crepúsculo nos llegaban retazos de música de violín y risas. Sólo entonces caí en la cuenta de que me hallaba frente al Café de Hungría, en la plaza

principal de la ciudad antigua. Seguía mirando a mi alrededor cuando oí que Gustav decía:

—Los chicos, señor, han estado haciendo que les cuente una y otra vez lo de... Ya sabe, señor, lo que me dijo..., lo de que estaba usted *de acuerdo*. Se lo he contado ya cinco, seis veces, pero quieren que vuelva a contárselo una vez más... Apenas dejan de reír y de darse palmadas en la espalda cuando acabo de contárselo, y enseguida vuelven a la carga: «Venga, Gustav, sabemos que no nos lo has contado todo. ¿Qué es lo que ha dicho *exactamente* el señor Ryder?». «Ya os lo he contado», les repito yo. «Ya os lo he contado. Lo sabéis perfectamente». Pero ellos quieren oírlo de nuevo, y me atrevo a decir que querrán volver a oírlo varias veces más antes de que termine la velada. Y claro, señor, aunque yo adopte ese tono de cansancio cada vez que me lo preguntan, lo hago tan sólo por pose, porque la verdad es que a mí también me ilusiona volver a contarlo, y podría seguir repitiendo nuestra conversación de esta mañana una y otra vez, hasta el infinito. Es tan maravilloso verles de nuevo con esa expresión en el semblante... Su promesa, señor, ha traído una nueva esperanza, una nueva juventud a sus personas. ¡Hasta Igor sonreía, hasta se reía con algunas de las bromas! No recuerdo haberles visto así desde hace tanto tiempo... Oh, sí, señor, me hará muy feliz seguir contándolo muchas veces más. Cada vez que llego a cuando usted dice: «Muy bien, me encantará decir unas palabras en su favor...», cada vez que llego a esa parte, señor, ¡debería usted verles la cara! Sueltan vítores, y ríen, y se dan palmadas en la espalda... Hace tanto tiempo que no les veo así. Y allí estamos, señor, bebiendo cerveza y hablando de su gran generosidad, hablando de cómo después de todos estos años la profesión de mozo de hotel va a cambiar para siempre a partir de esta noche, sí, y cuando estábamos en la mitad de la conversación se me ha ocurrido mirar hacia aquí y le he visto... Como puede ver, el propietario deja la puerta abierta. Le da al local una atmósfera mucho más cálida; permite ver la plaza mientras la noche va cayendo... Bien, estaba allí mirando la plaza y pensando para mis adentros: «¿Quién será aquel hombre que está allí sentado, tan solo...?». Mis ojos no están muy bien, señor, y no me daba cuenta de que era usted. Y entonces Karl me ha dicho en una especie de susurro, porque ha debido de presentir que no debía decirlo en voz alta..., me ha dicho: «Puede que me equivoque, pero ¿no es aquél el señor Ryder? Sí, aquél de allí». Y he vuelto a mirar y he pensado, sí, puede ser... ¿Qué diablos puede estar haciendo allí sentado, con el frío que hace y con ese aire tan triste? Iré a ver si es él. Permita que le diga, señor, que Karl ha sido muy discreto. Ninguno de los demás chicos ha oído lo que me ha dicho, así que, aparte de él, nadie sabe a qué he salido, aunque me atrevería a decir que a estas alturas algunos de ellos estarán ya mirando hacia aquí, y preguntándose qué estoy haciendo. Pero, oiga, de veras, ¿se siente usted bien? Parece como si le sucediera algo...

—Oh... —dije. Dejé escapar un suspiro y me sequé las mejillas con la mano—.

No es nada. Sólo que con tanto viaje, con tantas responsabilidades... De cuando en cuando se hace demasiado... —Dejé la frase en suspenso y solté una risita.

—Pero ¿a qué viene sentarse aquí fuera, tan solitario...? Es una noche muy fría, y sólo lleva una chaqueta... ¿De verdad que quiere seguir aquí sentado después de explicarle la calurosa bienvenida que le dispensaríamos en el Café de Hungría? ¿Piensa que no le íbamos a recibir con auténtico entusiasmo? ¡Quedarse aquí sentado, a solas consigo mismo! ¡La verdad, señor Ryder! Por favor, venga a sentarse con nosotros. ¡Aleje toda preocupación de su mente! Los chicos no cabrán en sí de gozo. Por favor...

Al otro extremo de la plaza, la viva luz de la entrada, la música, las risas..., todo parecía tan atrayente... Me levanté y volví a secarme la cara con la mano.

—Muy bien, señor. Se sentirá mejor enseguida.

—Gracias. Gracias. De verdad, gracias. —Hice un esfuerzo por controlar mis emociones—. Le estoy muy agradecido. De verdad. Espero no molestar.

Gustav se echó a reír.

—Va a ver si molesta o no, señor...

Mientras cruzábamos la plaza se me ocurrió que debía preparar cómo presentarme a aquellos mozos, que sin duda se sentirían abrumados por la gratitud y la emoción al verme aparecer ante ellos. Ahora, a cada paso, me sentía más y más dueño de mí mismo, y me disponía incluso a hacer algún comentario agradable a Gustav cuando éste, repentinamente, se detuvo en seco. Había mantenido amablemente la mano en mi espalda mientras cruzábamos la plaza, y ahora sentí que sus dedos, durante un instante fugaz, se habían clavado como una garra en la tela de mi chaqueta. Me volví y, a la mortecina luz de la farola de la plaza, vi a Gustav inmóvil, con la mirada fija en el suelo, con la otra mano alzada, pegada a la frente, como si de pronto hubiera recordado algo muy importante. Luego, antes de que yo pudiera decir nada, lo vi sacudiendo la cabeza y sonriendo con timidez.

—Disculpe, señor. Acabo de..., acabo de... —Soltó una pequeña risa y echó de nuevo a andar hacia el Café de Hungría.

—¿Sucede algo? —dije.

—Oh, no, no. ¿Sabe, señor? Los chicos van a sentirse tan emocionados cuando lo vean entrar por esa puerta...

Me adelantó uno o dos pasos, y me precedió con firme determinación a través del trecho de plaza que quedaba.

Sólo al entrar en el café y sentir el calor del fuego de leña que ardía al fondo del local tomé conciencia de lo mucho que había refrescado la noche. El interior del café había cambiado de decoración desde la última vez que yo lo había pisado. La mayoría de las mesas habían sido pegadas a la pared, a fin de habilitar espacio para la gran mesa circular que presidía el centro del recinto. Alrededor de ella había una docena de hombres sentados, bebiendo cerveza y hablando y riendo de forma bulliciosa. Parecían más jóvenes que Gustav, aunque la mayoría de ellos rebasaba ya la edad mediana. A unos pasos de ellos, cerca de la barra, dos hombres delgados ataviados de zingaros tocaban al violín un vals de ritmo vigoroso. Había otros parroquianos, pero parecían satisfechos de permanecer en segundo plano, algunos en los rincones más sombríos del local, como haciéndose perdonar el estar presentes en una fiesta ajena.

Cuando Gustav y yo entramos, los mozos se volvieron al unísono y se quedaron mirándonos, sin saber si dar o no crédito a sus ojos. Entonces Gustav dijo:

—Sí, chicos, es él. Ha venido personalmente a desearnos lo mejor.

Se hizo un silencio absoluto, y todos los presentes —maleteros, camareros, músicos y demás clientes— fijaron la mirada en mí. Y acto seguido se pusieron a aplaudirme. No esperaba tal recibimiento, y a punto estuve de que volvieran a asomarme las lágrimas. Sonreí y dije: «Gracias, gracias», mientras los aplausos proseguían con tal intensidad que apenas alcancé a oír mis propias palabras. Los maleteros se habían levantado de las sillas y hasta los músicos zingaros se habían colocado los violines bajo el brazo para unirse a los aplausos. Gustav me invitó a acercarme a la mesa central, y cuando tomé asiento en ella los aplausos cesaron. Los músicos volvieron a tocar, y me encontré rodeado de caras presas de excitación. Gustav, que se había sentado a mi lado, empezó a decir:

—Chicos, el señor Ryder ha tenido la amabilidad de...

Antes de que pudiera terminar, un maletero corpulento de nariz roja se inclinó hacia mí y levantó la jarra de cerveza.

—Señor Ryder, nos ha salvado usted —declaró—. Ahora nuestra historia será diferente. Nuestros nietos nos recordarán de forma diferente. Ésta es una gran noche para nosotros.

Aún le estaba sonriendo al maletero corpulento cuando sentí que una mano me agarraba del brazo, y vi que una cara demacrada y nerviosa me estaba mirando fijamente.

—Por favor, señor Ryder —dijo el hombre de la cara demacrada—. Por favor, ¿de verdad va a hacerlo? No creo que lo haga: cuando llegue el momento, con todas esas cosas importantes que tendrá usted en la cabeza, delante de toda esa gente..., ¿no cambiará de idea y...?

—No seas insolente —le dijo alguien, y el hombre demacrado y nervioso desapareció del primer plano como si hubieran tirado de él y lo hubieran apartado.

—Pues claro que no va a echarse atrás. ¿Con quién te crees que estás hablando?

Me volví, deseoso de tranquilizar al hombre demacrado, pero alguien me estaba estrechando la mano mientras decía:

—Gracias, señor Ryder, gracias...

—Son ustedes muy amables —dije, sonriendo al grupo en general—. Aunque..., creo que debería advertirles de que...

Entonces alguien me empujó y me lanzó casi contra la persona que tenía al lado. Oí que se disculpaban, y otra voz que decía:

—¡No pegues empujones!

Y luego otra voz que dijo, muy cerca de mí:

—Me pareció usted, señor, allí sentado en la terraza de enfrente... Fui yo quien le dije a Gustav que fuera a cerciorarse. Es tan amable de su parte venir a reunirse con nosotros. Ésta será una noche que recordaremos toda la vida. Una fecha clave para todos los maleteros de esta ciudad.

—Escuchen, tengo que advertirles... —dije en voz alta—. Haré todo lo que esté en mi mano, pero tengo que advertirles de que es posible que ya no ejerza la influencia de otros tiempos. Tienen que hacerse cargo de que...

Pero mis palabras fueron ahogadas por unas cuantas voces que me lanzaban estentóreos vítores. Al segundo «¡hurra!», se unió a ellas el grupo entero de mozos de hotel, y hasta la música cesó momentáneamente cuando la totalidad de los parroquianos me dedicó a coro el último y ensordecedor «¡hurra!». Y al cabo estallaron de nuevo los aplausos.

—Gracias, gracias —dije, genuinamente conmovido.

Cuando el aplauso cesaba ya, el maletero de la nariz roja dijo al otro extremo de la mesa:

—Usted es bienvenido aquí, señor. Usted es una persona célebre, famosa, pero quiero que sepa que nosotros reconocemos a un buen tipo en cuanto lo vemos. Sí, señor, llevamos tanto tiempo en este oficio que hemos desarrollado un buen olfato para detectar la decencia en la gente. Usted es una persona decente de pies a cabeza. Todos podemos verlo. Decente y amable. Puede que piense que le estamos dando esta bienvenida sólo porque va a ayudarnos. Y, por supuesto, le estamos enormemente agradecidos. Pero sé que a todos estos que tiene usted delante les ha caído usted bien desde el primer momento, y no habría sido así si no fuera usted un tipo decente. Si hubiera sido demasiado orgulloso, o falso en algún aspecto, lo habrían detectado inmediatamente. Oh, sí. Por supuesto, le estarían agradecidos de todos modos, y le tratarían bien, pero no les habría gustado usted como les ha gustado. Lo que intento decir, señor, es que aunque no hubiera sido famoso, aunque no fuera más que un

forastero que hubiera llegado aquí por azar, en cuanto hubiéramos visto que era usted un buen tipo, en cuanto nos hubiera explicado que estaba lejos de casa y que necesitaba compañía, le habríamos recibido con los brazos abiertos. No le habríamos recibido de forma muy diferente a como lo hemos hecho ahora, porque habríamos visto que era usted un buen tipo. Oh, sí, no somos personas tan distantes como la gente dice. De ahora en adelante, señor, puede usted contar con la amistad de cada uno de nosotros.

—Eso es —dijo alguien a mi derecha—. Ahora somos sus amigos. Si alguna vez tropieza usted con alguna dificultad en esta ciudad, puede contar con nosotros.

—Gracias, muchísimas gracias —dije—. Gracias. Haré cuanto esté en mi mano por ustedes esta noche. Pero, de verdad, tengo que advertirles de que...

—Señor, por favor. —Gustav me hablaba en voz baja, casi al oído—. Por favor, deje de preocuparse. Todo va a salir bien. ¿Por qué no se divierte al menos unos minutos?

—Pero si sólo quería advertirles a estos buenos amigos suyos...

—De verdad, señor —prosiguió Gustav en voz baja—. Su entrega es admirable. Pero se preocupa demasiado. Por favor, relájese y trate de pasarlo bien. Sólo unos minutos. Mírenos. Todos tenemos preocupaciones. Yo, por ejemplo, tengo que volver enseguida a la sala de conciertos, a todo ese trabajo. Pero cuando nos reunimos aquí todos, nos sentimos felices de estar entre amigos y nos olvidamos de las preocupaciones. Nos relajamos y lo pasamos bien. —Gustav, entonces, alzó la voz por encima del bullicio—: ¡Venga, vamos a mostrarle al señor Ryder cómo nos divertimos de *verdad*! ¡Mostrémosle cómo lo hacemos!

Su exhortación fue acogida con grandes vítores y otra salva de aplausos, y al poco los aplausos se convirtieron en rítmicas palmadas. Los zíngaros empezaron a tocar más rápido, al compás de las palmadas, y algunos de los parroquianos que nos estaban observando se pusieron también a dar palmadas. Vi que otros clientes, más alejados de nosotros, interrumpían sus conversaciones y daban la vuelta a sus sillas, como aprestándose a presenciar un espectáculo esperado con impaciencia. Alguien, que supuse el propietario —un hombre moreno, larguirucho—, salió de la trastienda y se quedó apoyado contra el vano de la puerta, con expresión de no quererse perder tampoco lo que iba a tener lugar a continuación.

Entretanto, los maleteros seguían dando palmadas, cada vez más exultantes, y algunos de ellos golpeaban el suelo con los pies para acompañar las rítmicas palmadas. Entonces aparecieron dos camareros que despejaron apresuradamente la gran mesa central. Jarras de cerveza, tazas de café, azucareros, ceniceros..., todo desapareció de ella como por ensalmo. Y acto seguido uno de los maleteros, un hombre voluminoso y barbudo, se subió a la mesa. Tras la espesa barba, su cara era de un rojo vivo, no sabría precisar si por timidez o por la bebida. En cualquier caso,

en cuanto se encaramó a la mesa esbozó una gran sonrisa y se puso a bailar sin inhibición alguna.

Era una danza extraña, estática, en la que los pies apenas se despegaban de la mesa, basada más en las cualidades del cuerpo humano que en la agilidad o en la movilidad airosa. El hombre barbudo adoptaba posturas de dios griego, con los brazos en ademán de acarrear una pesada carga, y a medida que las palmadas y los gritos de ánimo seguían jaleándole, el hombre cambiaba casi imperceptiblemente el ángulo de la cadera o giraba sobre sí mismo despacio. Me pregunté si todo aquello tendría alguna finalidad cómica, pero a pesar de las estentóreas risas de los maleteros sentados a la mesa pronto estuvo claro que la danza no tenía la menor intención satírica. Mientras estaba observando la danza del hombre barbudo, alguien me dio un codazo y dijo:

—Éste es, señor Ryder. Nuestro baile. El Baile de los Mozos de Hotel. Habrá oído hablar de él, supongo...

—Sí —dije—. Oh, sí... ¿Así que éste es el Baile de los Mozos de Hotel?

—Sí, señor. Pero aún no ha visto nada —dijo quien me había hablado, sonriendo y volviéndome a dar con el codo.

Reparé en que los maleteros se estaban pasando de mano en mano una gran caja de cartón. La caja tendría las dimensiones de una maleta, aunque a juzgar por la ligereza con que surcaba el aire de mano en mano, estaba vacía y apenas tenía peso. La caja viajó alrededor de la mesa durante un rato, y en un momento dado de la danza fue arrojada al aire en dirección al hombre barbudo. Éste, en ese preciso instante, cambió de postura y alzó los brazos de nuevo, y la caja de cartón fue a caer con precisión en sus manos.

El maletero barbudo reaccionó como si acabara de recibir una losa de piedra —lo que arrancó un rugido temeroso entre sus compañeros—, y por espacio de uno o dos segundos pareció doblarse bajo su peso. Pero luego, con determinación inflexible, fue enderezándose poco a poco hasta quedar totalmente erguido, con la caja abrazada contra el pecho. Mientras los vítores celebraban la «proeza», el maletero barbudo empezó a alzar despacio la caja hasta situarla por encima de su cabeza, y finalmente la mantuvo en el aire con los brazos totalmente extendidos hacia lo alto. Aunque, como es lógico, no se trataba de ninguna hazaña, había en todo ello una dignidad y un dramatismo que me hizo unirme a los vítores y celebrarlo como si realmente hubiera levantado un enorme peso. El maletero barbudo procedió entonces a crear, con consumada pericia, el efecto ilusorio de que la pesada caja iba perdiendo peso y se hacía más y más liviana. Y al poco la sostenía con una sola mano, y se puso a hacer malabarismos con ella, e incluso se la lanzó por encima del hombro y la recogió a su espalda. Cuanto más liviana se hacía la caja, más exultantes parecían sus colegas. Luego, cuando las proezas del hombre barbudo fueron haciéndose más y más frívolas

y disparatadas, sus colegas empezaron a mirarse unos a otros, a sonreírse y a incitarse mutuamente, hasta que otro de los maleteros, un hombre menudo y nervudo con un fino bigote, empezó a subirse a la mesa.

La mesa se tambaleó y llegó a ladearse, y los maleteros rieron a carcajadas, como si ello formara parte del espectáculo, y luego sujetaron la mesa para que no volcara y para que el hombre nervudo acabara de subirse a ella. Al principio el hombre barbudo no advirtió la incorporación de su colega, y siguió haciendo alarde de su dominio de la caja, mientras el otro mozo se mantenía ceñudo a su espalda como quien espera su turno para bailar con alguna pareja codiciada. Al final el hombre barbudo vio al hombre nervudo, y le lanzó la caja. Al cogerla entre sus brazos, el hombre nervudo se tambaleó y reculó, y pareció a punto de caerse de la mesa. Pero recuperó el equilibrio justo a tiempo, y, con visibles esfuerzos, fue enderezando el cuerpo con la caja sobre la espalda. Mientras lo hacía, el maletero barbudo, que ahora daba palmadas y reía como sus compañeros, se bajó de la mesa con la ayuda de varias manos.

El maletero nervudo ejecutó muchos de los malabarismos de su predecesor, aunque con aditamentos mucho más cómicos. Arrancaba grandes risotadas con unas muecas y unos traspiés dignos de la mejor tradición bufonesca. Yo lo contemplaba todo sin perder detalle, y las palmadas rítmicas, los violines de los zingaros, las risas, los alaridos burlescos anegaban no sólo mis oídos sino todos mis sentidos. Al cabo, cuando un tercer maletero se subió a la mesa a relevar al hombre nervudo, sentí que el calor humano empezaba a envolverme por completo. Los consejos de Gustav se me antojaron de pronto profundamente sabios. ¿Por qué preocuparse tanto? De cuando en cuando era esencial relajarse totalmente y divertirse.

Cerré los ojos y me dejé ganar por la agradable atmósfera, sólo vagamente consciente de que seguía dando palmadas, y de que mi pie llevaba el ritmo contra el suelo de tablas. Me vino a la mente la imagen de mis padres, de mi padre y mi madre en el carruaje tirado por caballos acercándose a la explanada de la entrada de la sala de conciertos. Podía ver a la gente de la ciudad —los caballeros con traje de etiqueta, las damas con sus abrigos y chales y joyas— interrumpiendo sus conversaciones y volviéndose hacia el sonido de los cascos que les llegaba desde la negrura de los árboles. Luego, el reluciente carruaje irrumpía en el retazo de luz de la explanada, y los hermosos caballos se acercaban al trote y finalmente se paraban, mientras el vaho de su aliento se alzaba y se perdía en el aire nocturno. Y mi padre y mi madre miraban por la ventanilla del carruaje, con la emocionada expectación dibujada en el semblante, pero también con algo cauteloso y reservado en su expresión: cierta actitud remisa a ceder por completo a la esperanza de que la velada fuera a resultar un triunfo deslumbrante. Y luego, cuando el cochero de librea se apresuraba a ayudarles a descender del carruaje, y la hilera de dignatarios se disponía a darles la bienvenida, ellos adoptaban las sonrisas forzosamente calmas que yo les recordaba de mi niñez,

de aquellas raras ocasiones en que tenían invitados para el almuerzo o la cena.

Abrí los ojos y vi que ahora eran dos los maleteros subidos a la mesa, y que ejecutaban juntos un divertido número del programa. Quienquiera que tuviera en ese momento la caja, se tambaleaba y hacía como que iba a desplomarse junto al borde y a caerse de la mesa, pero en el último momento cedía la caja a su compañero. Entonces advertí que Boris —que presumiblemente había estado todo el tiempo sentado en alguna parte del local— se había acercado a la mesa y miraba a los dos maleteros con patente gozo. Por el modo en que el chico daba palmadas y reía en los momentos justos, deduje que Boris se hallaba perfectamente familiarizado con todo aquello. Estaba sentado entre dos maleteros grandes y morenos que parecían hermanos. Vi que Boris le hacía un comentario a uno de ellos, y el hombre se echó a reír y le pellizcó en broma la mejilla.

El espectáculo parecía atraer a más y más gente de la plaza, y el café empezaba a estar abarrotado. Advertí también que, aunque cuando llegué había sólo dos músicos zíngaros, ahora se les habían unido otros tres, y la música de sus violines llegaba de todas direcciones y con mayor potencia que antes. Entonces alguien del fondo —no me pareció que fuera uno de los maleteros— gritó:

—¡Gustav!

Y en un abrir y cerrar de ojos el grito fue adoptado por to dos los maleteros sentados a la gran mesa:

—¡Gustav! ¡Gustav!

Y pronto se convirtió en una especie de salmodia. Hasta el hombre demacrado y nervioso que antes me había hablado y que ahora cumplía su turno encima de la mesa —una actuación vigorosa pero escasamente diestra— se unió a los gritos rítmicos, de forma que mientras manipulaba la caja haciendo que le bajara por la espalda y le rodeara las caderas, entonaba la salmodia:

—¡Gustav! ¡Gustav!

Busqué con la mirada a Gustav —ya no estaba a mi lado—, y vi que se había acercado a Boris y que le estaba diciendo algo al oído. Uno de los hermanos morenos le puso una mano en el hombro, y adiviné que imploraba al anciano mozo que subiera a la mesa y bailara. Gustav sonrió y sacudió la cabeza con humildad, pero su negativa no hizo sino intensificar los gritos. Ahora prácticamente todos los presentes gritaban su nombre, e incluso la gente que había en la plaza parecía unirse gradualmente a la salmodia. Finalmente, dirigiendo una sonrisa cansada a Boris, Gustav se puso en pie.

A Gustav, que era unos años mayor que los demás maleteros, le costó más subirse a la mesa, y lo hizo ayudado por sus compañeros. Una vez arriba, se puso de pie y sonrió a la concurrencia. El mozo demacrado y nervioso le tendió la caja y se bajó de la mesa.

La actuación de Gustav, desde el principio, fue muy distinta de las de los

maleteros que le habían precedido. Al recibir la caja, en lugar de simular que la caja era en extremo pesada, se la echó sin esfuerzo al hombro e hizo ademán como de encogerse. Ello arrancó sonoras risotadas, y oí que gritaban: «¡El bueno de Gustav!», y «¡Ya veréis lo que hace!»... Y entonces, mientras él seguía manejando la caja como quien maneja algo liviano, un camarero se abrió paso entre los presentes, llegó hasta el borde de la mesa y lanzó una maleta en dirección a Gustav. Por la manera de sostenerla y de lanzarla y el ruido que produjo al caer sobre la mesa, era obvio que no estaba vacía. Cayó a los pies de Gustav, y un murmullo se alzó en el local. Luego volvió a oírse la salmodia, esta vez con mayor intensidad: «¡Gustav! ¡Gustav! ¡Gustav!»...

Vi cómo Boris seguía, con expresión de inmenso orgullo, cada movimiento de su abuelo, dando enérgicas palmadas y secundando los gritos rítmicos. Gustav, al ver a su nieto, volvió a sonreírle, y luego se agachó y cogió la maleta por el asa.

Cuando Gustav, aún agachado, se llevó la maleta a la cadera, vi con claridad que no estaba fingiendo respecto a su peso. Luego, al ponerse en pie, con la caja aún en el hombro y la maleta en una mano, cerró los ojos y su cara se crispó. Pero nadie pareció ver nada anormal en ello —era con toda probabilidad una peculiaridad de Gustav previa a la ejecución de algún número difícil—, y la salmodia y las palmadas ensordecedoras siguieron sonando por encima de los quejumbrosos violines. Al instante siguiente Gustav había vuelto a abrir los ojos y sonreía abiertamente a todo el mundo. Luego, alzando aún más la maleta, se las arregló para ponérsela bajo el brazo, y en tal postura —la maleta bajo un brazo y la caja sobre el hombro opuesto— se puso a bailar arrastrando los pies muy despacio por la superficie de la mesa. Hubo vítores y ¡hurras!, y oí que alguien, junto a la entrada, preguntaba:

—¿Qué está haciendo ahora? No veo. ¿Qué es lo que hace?

Gustav, entonces, se subió la maleta al hombro y siguió bailando con la caja en un hombro y la maleta en el otro. El hecho de que la maleta fuese mucho más pesada que la caja le obligaba a inclinarse más hacia un lado, pero por lo demás parecía sentirse cómodo, y sus pies seguían moviéndose con sorprendente agilidad y viveza. Boris, radiante de gozo, le gritó a su abuelo algo que no pude oír, y a lo cual Gustav respondió con un forzado giro de cabeza que arrancó nuevos vítores y carcajadas.

Luego, mientras Gustav seguía bailando, me percaté de que algo sucedía a mi espalda. Alguien llevaba ya un buen rato clavándome un codo en la espalda con irritante regularidad, pero hasta entonces había supuesto que se debía simplemente a la vehemencia con que los presentes se apretaban entre sí a fin de conseguir un buen sitio desde donde presenciar el espectáculo. Pero al volverme vi que, justo detrás de mí, y pese a que la gente no paraba de empujarles por los cuatro costados, dos camareros, arrodillados en el suelo, estaban llenando otra maleta. Habían llenado ya gran parte de ella con lo que parecían tablas de cortar de la cocina. Uno de los

camareros las iba colocando ordenadamente en el interior de la maleta, mientras el otro, dirigiendo impacientes señas hacia el fondo del café, señalaba airadamente el espacio que aún quedaba libre en la maleta. Entonces vi que seguían llegando tablas, dos o tres cada vez, de mano en mano, a través de una cadena humana. Los camareros trabajaban con rapidez, apretando las tablas unas contra otras en el interior de la maleta, hasta que ésta pareció a punto de reventar. Pero las tablas seguían llegando — a veces sólo trozos de ellas—, y los camareros, con experimentada ingenuidad, se las ingeniaban para encontrarles algún hueco. Tal vez habrían seguido metiendo tablas, pero los empujones de los presentes parecieron acabar con su paciencia, y por fin dejaron caer la tapa, cerraron de un par de tirones las correas y, pasando a mi lado, subieron la maleta hasta la mesa.

Boris se quedó mirando fijamente la nueva maleta, y luego miró dubitativamente a Gustav. Su abuelo ejecutaba ahora unos arrastramientos de pies no muy diferentes a los de un matador de toros. Durante un momento el esfuerzo realizado para mantener la caja y la maleta sobre los hombros pareció impedirle ver el nuevo desafío que tenía ante sus pies. Boris miraba atentamente a su abuelo, a la espera de que éste viera la segunda maleta. Era obvio que los demás esperaban lo mismo, pero su abuelo siguió bailando y bailando, haciendo como si no la hubiera visto. ¡Seguramente se trataba de una argucia! Su abuelo, casi con toda seguridad, estaba haciendo «rabiarse» a la concurrencia, y Boris sabía que en cualquier momento su abuelo cogería la pesada maleta, aunque quizá antes dejaría la caja. Pero, sea como fuere, Gustav parecía seguir sin ver la maleta, y la gente empezaba a gritar y a señalarla. Entonces Gustav pareció reparar en ella, y en su cara —emparedada entre la caja y la primera maleta— se dibujó una expresión de consternación y desaliento. Alrededor de Boris, todos reían y daban palmadas. Gustav seguía girando sobre sí mismo despacio, pero sin dejar de mirar fijamente, con expresión de desmayo, la nueva maleta, y durante un instante fugaz Boris pensó que su abuelo no estaba simulando su preocupación ante el nuevo reto. Pero entonces vio que todos los que le rodeaban reían a carcajadas —eran gente que había visto a su abuelo realizar este número muchas veces—, y Boris se echó a reír como los demás y se puso a instar también a su abuelo. La voz del chico llegó a oídos de Gustav, y abuelo y nieto volvieron a dirigirse mutuamente sonrisas.

Entonces Gustav, con un desdén casi donoso, hizo que la caja vacía cayera de su hombro y se le deslizara por el brazo, para finalmente ir a caer encima de los presentes. Se levantó de nuevo un clamor de vítores y carcajadas, y la caja fue reculando por encima de las cabezas hasta perderse en el fondo del local. Luego Gustav volvió a mirar la nueva maleta, y se subió más arriba del hombro la primera. Adoptó de nuevo una expresión de grave preocupación —esta vez no había duda de que era totalmente simulada—, y Boris rió como todo el mundo. Entonces Gustav empezó a doblar las rodillas. Lo hizo muy, muy despacio —no sabría decir si por

culpa de algún achaque físico o merced a un consumado talento dramático—, hasta que quedó en cuclillas, y, con la primera maleta aún en el hombro, alargó el brazo libre y cogió la maleta nueva por el asa. Luego, mientras seguían las palmadas, fue levantándose muy lentamente con la maleta pesada hasta erguirse totalmente y quedar de pie sobre la mesa.

Gustav fingía realizar un ciclópeo esfuerzo, muy similar al simulado al principio por el maletero barbudo con la caja. Boris lo contemplaba todo con el orgullo a flor de piel, y de cuando en cuando se volvía para mirar las admiradas caras de los presentes que se apretaban en torno a él. Hasta los músicos zíngaros se abrían paso ahora entre la gente para ver mejor el espectáculo, ayudándose de furtivos y vigorosos codazos. Uno de los violinistas había conseguido con tales artes llegar hasta la propia mesa, de forma que ahora tocaba el violín con el pecho pegado al borde, apoyado directamente sobre ella.

Gustav volvía a arrastrar los pies. El peso de las dos maletas, en especial de la que contenía tablas de cortar de madera maciza (que ni siquiera había tratado de subirse al hombro, algo sin duda físicamente imposible), hacía que tales movimientos fueran muy limitados, muy suaves, pero para los presentes seguía siendo una hazaña y lo presenciaban todo como en una especie de éxtasis. Y al poco volvieron a estallar los gritos:

—¡El bueno de Gustav! ¡El bueno de Gustav!

Y Boris, pese a no sentirse familiarizado con tal forma de dirigirse a su abuelo, se unió al bullicio general y gritó a voz en cuello:

—¡El bueno de Gustav! ¡El bueno de Gustav!...

De nuevo el viejo mozo oyó la voz de su nieto por encima de las demás voces, y aunque esta vez no se volvió para mirarle —se hallaba demasiado ocupado en simular una gran preocupación por las dos maletas—, pareció insuflar a sus movimientos una viveza nueva. Empezó a girar sobre sí mismo despacio, y en su espalda ya no había el menor atisbo de encorvamiento. Gustav estaba espléndido: allí de pie, encima de la mesa, como una estatua, con una maleta al hombro y la otra a la cadera, girando al ritmo de las palmadas y la música. En un momento dado pareció dar un traspié, pero recuperó el equilibrio casi de inmediato, y la gente premió esta nueva variante con un fuerte «¡ooohhh!», y con otra tanda de sonoras risotadas.

Entonces Boris reparó en una conmoción que se había producido a su espalda: los dos camareros de antes se afanaban de nuevo con algo en el suelo, mientras empujaban hacia atrás a la gente para hacerse sitio. Estaban de rodillas, y parecían hurgar en una bolsa de golf. Sus modos eran irritados e impacientes (quizá estaban furiosos porque la gente que les rodeaba no paraba de empujarles y de clavarles las rodillas en la espalda). Boris miró otra vez hacia su abuelo, y cuando volvió a mirar a su espalda vio que uno de los camareros mantenía abierta la bolsa de golf como a la

espera de que metieran algo de gran tamaño en ella. En efecto, de entre la masa humana emergió el otro camarero apartando a unos y a otros bruscamente; caminaba de espaldas e iba arrastrando algo por el suelo. Metiéndose apretadamente entre la gente Boris vio que lo que arrastraba el camarero era una gran pieza de maquinaria, pero no alcanzó a verla por completo porque entre sus ojos y ella se interponían las piernas de la gente. El objeto era un viejo motor, tal vez de un ciclomotor o tal vez de una lancha motora... Los dos camareros trataban denodadamente de meterlo en la bolsa de golf: tiraban del duro material de la bolsa, forzaban la cremallera... Al volver a mirar a su abuelo Boris vio que seguía controlando por completo las dos maletas, y que no mostraba el menor signo de cansancio. Los presentes, en cualquier caso, no tenían aún intención de permitir que abandonara su actuación. Finalmente se hizo un revuelo en torno a él y los dos camareros auparon la bolsa de golf hasta la mesa.

Durante unos segundos, al correr la voz de que la bolsa se hallaba ya encima de la mesa, se intensificó el tumulto. Gustav no vio inmediatamente la bolsa, pues en ese instante se hallaba intensamente concentrado, pero el urgente apremio de las voces le hizo mirar a su alrededor. Al fijar la mirada en la bolsa que tenía a sus pies, Gustav adoptó una expresión extremadamente seria, pero enseguida sonrió y siguió girando sobre sí mismo despacio. Luego, tal como había hecho antes —aunque sin tanta ligereza—, se descolgó del hombro la maleta menos pesada y la hizo descender por uno de los brazos. Pero antes de permitir que cayera totalmente alzó el brazo con supremo esfuerzo e hizo que la maleta saltara hacia los asistentes. Siendo como era mucho más pesada que la caja vacía, describió un ínfimo arco en el aire, rebotó sobre la mesa y fue a caer en brazos de los maleteros de la primera fila. La maleta, como la caja, fue a perderse entre la multitud, y los ojos se fijaron de nuevo en Gustav. La salmodia que repetía su nombre volvió a dejarse oír en el café, y el anciano maletero miró detenidamente la bolsa de golf que tenía a sus pies. El alivio momentáneo que suponía vérselas tan sólo con una maleta —aunque fuera la de las tablas de cocina—, pareció insuflarle nuevas energías. Puso cara larga y sacudió la cabeza dubitativamente en dirección a la bolsa, con lo que no hizo sino conseguir que la gente lo azuzara aún más:

—¡Vamos, Gustav, demuéstales quién eres!

Gustav empezó a subirse la maleta pesada al hombro que antes había sostenido la maleta liviana. Con gran cuidado y minuciosidad, con los ojos cerrados y encorvado sobre una de las rodillas, fue enderezándose poco a poco. Las piernas le temblaron una o dos veces, pero al final se quedó de pie, derecho, con la maleta sobre el hombro y el brazo libre tendido hacia la bolsa. De pronto a Boris lo invadió el miedo, y gritó:

—¡No!

Pero su grito fue ahogado por la salmodia, las risas, los «¡ooohhh!», y los

suspiros de la masa humana que lo rodeaba.

—¡Venga, Gustav! —gritaba el maletero que había al lado de Boris—. ¡Demuéstrales de lo que eres capaz! ¡Que se entere todo el mundo!

—¡No! ¡No! ¡Abuelo! ¡Abuelo!

—¡El bueno de Gustav! —gritaban las voces—. ¡Vamos! ¡Demuéstrales lo que sabes hacer!

—¡Abuelo! ¡Abuelo! —Ahora Boris extendía los brazos sobre la mesa para llamar la atención de su abuelo, pero la cara de Gustav seguía sombría y concentrada, y su mirada fija en el correa de la bolsa de golf que descansaba sobre la mesa. El viejo maletero, entonces, empezó a agacharse poco a poco, con el cuerpo trémulo bajo el peso de la maleta que sostenía sobre su hombro, y la mano tendida —un tanto prematuramente— hacia la correa de la bolsa de golf. En el aire se percibía una tensión nueva, acaso la sensación de que Gustav iba por fin a intentar una proeza que superaría incluso sus propias habilidades. El ambiente, pese a ello, seguía siendo festivo, y jubilosa la salmodia que repetía su nombre.

Boris miraba con aire suplicante las caras de los adultos de las primeras filas, y por fin tiró del hombro del maletero más cercano.

—¡No! ¡No! Ya basta. El abuelo ya ha hecho suficiente.

El mozo barbudo —que era quien estaba a su lado— miró al chico con sorpresa, y luego dijo con una carcajada:

—No te preocupes, no te preocupes. Tu abuelo es un fenómeno. Puede hacer esto y mucho más. Mucho más. Es un auténtico fenómeno.

—¡No! El abuelo ya ha hecho suficiente.

Pero nadie, ni siquiera el maletero barbudo —que, para tranquilizarle, le había pasado un brazo por el hombro—, le escuchaba. Porque Gustav estaba prácticamente en cuclillas sobre la mesa, y su mano se hallaba a escasos centímetros de la correa de la bolsa. Luego, tras conseguir asirla, con el cuerpo aún en cuclillas, fue pasándosela por encima del hombro libre. Al cabo se pegó la correa al cuerpo y comenzó a enderezarse para alcanzar la posición erecta. Boris gritó y golpeó la superficie de la mesa, y por fin Gustav lo vio. Se hallaba a punto de poner rectas las piernas, y se detuvo, y por espacio de un segundo los dos se miraron fijamente.

—No. —Boris sacudió la cabeza—. No. El abuelo ya ha hecho suficiente.

Puede que, con todo aquel ruido, Gustav no pudiera oírle, pero pareció comprender perfectamente los sentimientos de su nieto. Asintió con unos movimientos rápidos de cabeza, esbozó una tranquilizadora sonrisa y volvió a cerrar los ojos para concentrarse.

—¡No! ¡No! ¡Abuelo!

Boris volvió a tirar del brazo del maletero barbudo.

—¿Qué pasa? —preguntó el maletero barbudo, con lágrimas de risa en los ojos.

Luego, sin esperar una respuesta, volvió a centrar su atención en Gustav y a entonar con más intensidad que nunca la salmodia.

Gustav seguía irguiéndose lentamente. Una o dos veces su cuerpo se sacudió como si fuera a doblarse. Y su cara enrojeció de forma extraña. Las mandíbulas furiosamente crispadas, las mejillas distorsionadas, los músculos del cuello nítidamente marcados, sobresaliéndole... Incluso en medio de aquel estrépito era casi audible la respiración del viejo maletero. Pero nadie salvo Boris parecía darse cuenta de todo ello.

—No te preocupes, tu abuelo es un fenómeno —le dijo el maletero barbudo—. ¡Esto no es nada! ¡Lo hace todas las semanas!

Gustav siguió enderezándose más y más, con la bolsa de golf colgada de un hombro y la maleta aupada sobre el otro. Al final logró ponerse absolutamente recto, con la cara trémula aunque triunfante, y por primera vez en muchos minutos las palmadas rítmicas se transformaron en desatados aplausos y fuertes vítores. Los violines entonaron entonces una melodía más lenta, más solemne, propia de un final. Gustav giró sobre sí mismo despacio, con los ojos entreabiertos y la cara crispada en un gesto de dignidad y sufrimiento.

—¡Ya basta! ¡Abuelo! ¡Para! ¡Para!

Gustav siguió girando, resuelto a exhibir su proeza ante quienes quisieran verlo. Luego, de pronto, algo pareció quebrarse en su interior. Se detuvo, y durante unos segundos siguió meciéndose suavemente, balanceándose como en una brisa. Segundos después, recuperado, reanudó su movimiento rotatorio. Sólo cuando volvió a la postura exacta que había adoptado al ponerse recto, empezó a descolgarse la maleta del hombro. La dejó caer sobre la mesa con ruido —sin duda juzgó que era demasiado pesada para arrojarla sobre los presentes sin riesgo de herir a alguno de ellos—, y fue empujándola con el pie hasta hacerla caer de la mesa en brazos de sus colegas.

La masa humana aplaudía y lanzaba vítores, y una parte de ella empezó a entonar una canción —una especie de balada de oscilante melodía y letra húngara— al son de la música de los zingaros. La canción fue ganando paulatinamente a los presentes, y pronto fue entonada por todo el mundo. Gustav, encima de la mesa, procedía a descolgarse la bolsa de golf, que cayó con un ruido metálico. Esta vez no hizo ademán de empujarla hacia el borde de la mesa, sino que permaneció con los brazos en alto unos segundos —ahora hasta este gesto pareció costarle un gran esfuerzo—, y se apresuró a bajarse de la mesa. Corrieron en su ayuda numerosas manos, y Boris contempló cómo su abuelo volvía a poner pie, sano y salvo, sobre el suelo del café.

El local entero parecía ahora volcado en la canción. La balada poseía una tonalidad nostálgica, y los presentes, mientras la cantaban, empezaron a enlazarse los brazos y a balancearse juntos. Uno de los violinistas zingaros se subió a la mesa, y al

punto se le unió un segundo, y ambos se pusieron a presidir la improvisada fiesta, moviéndose al ritmo de la música de sus propios instrumentos.

Boris se abrió paso a empujones entre la gente y se acercó a su abuelo, que permanecía de pie recuperando el resuello. Extrañamente, pese a haber centrado la atención de todo el mundo hasta hacía sólo unos segundos, nadie parecía mirar cómo abuelo y nieto se fundían ahora en un fuerte abrazo, con los ojos cerrados, sin tratar en absoluto de ocultarse su inmenso alivio. Tras lo que pareció un tiempo interminable, Gustav sonrió a Boris, pero el chico siguió abrazando con fuerza, sin abrir los ojos, a su abuelo.

—Boris —dijo Gustav—. Boris, hay algo que tienes que prometerme.

El chico no respondió, siguió abrazado a su abuelo.

—Boris, escucha. Eres un buen chico. Si alguna vez me sucede algo, si algo llega a sucederme, tendrás que ocupar mi lugar. ¿Sabes?, tu madre y tu padre son buenas personas. Pero a veces todo se les hace muy duro. No son fuertes como tú y yo. Así que, ya sabes, si alguna vez me sucede algo, y ya no estoy aquí, tendrás que ser tú el fuerte. Tendrás que cuidar de tu madre y de tu padre, hacer que la familia se mantenga fuerte, y unida. —Gustav dejó de abrazar a Boris, y le sonrió—. ¿Vas a prometérmelo, Boris?

Boris pareció pensar en ello, y al cabo asintió con la cabeza, muy serio. Luego, al instante siguiente, la masa humana pareció tragárselos y dejó de verlos. Alguien me tiraba de la manga y me rogaba que me cogiera de su brazo y cantara con todos.

Miré a mi alrededor y vi que los demás violinistas se habían unido a la pareja que tocaba y bailaba encima de la mesa, y que el local entero cantaba y giraba en torno a ellos. Había entrado mucha más gente de la plaza, y el café estaba ahora abarrotado por completo. Las puertas del local estaban abiertas, y en la oscuridad del exterior entrevi gente balanceándose y cantando. Enlacé los brazos con un hombre grande —un maletero, supuse— y con una mujer gorda que probablemente procedía de la plaza, y me vi dando vueltas al recinto con ellos a ambos costados. No conocía la canción, pero pronto caí en la cuenta de que la mayoría de la gente tampoco sabía la letra, ni se hallaba familiarizada con la lengua húngara, y que tan sólo articulábamos vagas aproximaciones fonéticas de las palabras correctas. El hombre y la mujer que evolucionaban a mi lado, por ejemplo, cantaban cosas totalmente diferentes, y ninguno de los dos parecía vacilar o sentirse violento en absoluto. De hecho, tras un momento de atención, llegué a la conclusión de que pronunciaban palabras sin sentido, pero ¿qué más daba?, y antes de que pasara mucho tiempo, y ganado por la atmósfera reinante, me sorprendí yo también cantando con palabras que imaginaba aproximadas a las húngaras. No sabría decir por qué, pero la cosa funcionaba —las palabras salían de mí cada vez con mayor y más grata soltura—, y al poco me vi cantando con emoción genuina.

Al final, quizá veinte minutos después, vi que la masa humana empezaba a hacerse menos compacta. Vi que los camareros recogían las sillas y las llevaban a sus primitivos emplazamientos. Éramos muchos, sin embargo, los que seguíamos dando vueltas al recinto, cantando con pasión y con los brazos enlazados. Los zingaros seguían encima de la mesa, sin dar la menor muestra de desear poner fin a la fiesta. Mientras giraba en torno al local, llevado por los suaves empujones y tirones de mis compañeros, sentí que alguien me daba unos golpecitos en el hombro, y al volver la cabeza vi que el hombre a quien antes había tomado por propietario del café me estaba sonriendo. Era un hombre larguirucho, y mientras yo seguía balanceándome y girando, él fue desplazándose a mi lado afablemente, encorvado y con un arrastrar de pies que evocaba vagamente a Groucho Marx.

—Señor Ryder, parece usted muy cansado. —Prácticamente me gritaba al oído, pero yo alcanzaba a oírle a duras penas por encima de la canción y los violines—. Y aún le queda esa importante velada por delante... Por favor, ¿por qué no descansa unos minutos? Disponemos de una cómoda pieza en la trastienda, y mi mujer ha preparado el sofá con unas mantas y unos cojines, y ha encendido la estufa de gas. Se sentirá muy cómodo. Podrá hacerse un ovillo y dormir un rato. La pieza es pequeña, es cierto, pero está apartada, allá al fondo, y es muy tranquila. Nadie le molestará, nos ocuparemos de ello. Estará estupendamente. La verdad, señor, creo que con la velada que le espera debería usted aprovechar el poco tiempo que le queda. Por favor, sígame por aquí. Parece usted tan cansado...

Estaba disfrutando enormemente con la canción y la compañía, pero hube de admitir que me encontraba exhausto y que la sugerencia de aquel hombre era de lo más sensata. La idea de un breve descanso, cuanto más pensaba en ella, más me atraía, y mientras el propietario iba girando en pos de mí por el local yo empezaba a sentir una honda gratitud hacia él, no sólo por su amable ofrecimiento, sino también por habernos brindado el marco de su maravilloso café, y por su generosidad para con los maleteros, un grupo humano claramente subvalorado en la comunidad. Me solté de la cadena humana, sonriendo en señal de adiós a mis compañeros de derecha e izquierda, y dejé que el propietario del café —que me había puesto una mano sobre el hombro— me guiara hacia la puerta que llevaba a la trastienda.

Me condujo a través de una habitación a oscuras, donde pude distinguir montones de mercancías apiladas contra las paredes, y abrió una puerta que dejaba entrever una luz tenue y cálida.

—Aquí es —dijo el propietario, invitándome a entrar—. Échese ahí en el sofá. Deje la puerta cerrada, y si tiene demasiado calor ponga el gas al mínimo. No se preocupe, no existe el menor peligro.

La estufa era la única fuente de luz del cuarto. A su fulgor anaranjado pude distinguir el sofá, que olía a viejo —aunque no desagradablemente—, y antes de que

pudiera darme cuenta la puerta se cerró y me quedé a solas. Me tendí en el sofá, que tenía la largura justa para que pudiera echarme con las piernas encogidas, y me tapé con la manta que la mujer del propietario había dejado a un lado para que no tuviera frío.

IV

Desperté con la aterradora sensación de que había dormido demasiado. De hecho mi primer pensamiento fue que ya era la mañana y que me había perdido los actos de la noche anterior. Pero cuando me incorporé sobre el sofá vi que, aparte del fulgor de la estufa de gas, todo a mi alrededor seguía a oscuras.

Fui hasta la ventana y aparté la cortina. El cuarto daba a un estrecho patio trasero ocupado casi por completo por varios enormes cubos de basura. Una débil luz iluminaba el patio, pero advertí también que en el cielo ya no había una total negrura, y volvió a invadirme el pánico al suponer que se aproximaba el alba. Dejé caer la cortina y empecé a cruzar la habitación, lamentando amargamente haber aceptado el ofrecimiento del propietario del café.

Salí al pequeño recinto de paso donde antes había visto mercancías apiladas contra las paredes. Ahora estaba completamente a oscuras, y al avanzar a tientas en busca de una puerta tropecé dos veces contra unos objetos duros. Al final llegué a la sala principal del café, donde hacía tan poco habíamos bailado y cantado con tanto júbilo y entusiasmo. Por los ventanales que daban a la plaza entraba una débil luz, y entrevi las confusas formas de las sillas apiladas sobre las mesas. Pasé junto a ellas, llegué a la entrada y miré a través de los paneles acristalados de las puertas.

Nada se movía en el exterior. La luz que entraba en el local procedía de la solitaria farola del centro de la plaza vacía, pero volví a advertir que en el cielo empezaban a despuntar los primeros albores del día. Seguí contemplando la plaza, y sentí que iba invadiéndome una furibunda ira. Vi que había permitido que numerosas cosas me distrajeran de mis objetivos prioritarios, hasta el punto de que me había quedado dormido durante una parte sustancial de una de las noches más cruciales de mi vida. Y entonces vi que mi ira se mezclaba con una sensación de desesperación, y durante un instante me sentí al borde de las lágrimas.

Pero luego, mientras seguía mirando el cielo nocturno, empecé a preguntarme si no habría imaginado los signos precursores del amanecer. Al examinar más detenidamente el cielo, en efecto, vi que estaba muy oscuro, y me vino el pensamiento de que aún era relativamente pronto y que me había dejado ganar por el pánico infundadamente. Sin duda aún podría llegar a la sala de conciertos a tiempo para asistir a la mayor parte de los actos, y ciertamente aportar mi grano de arena a la velada.

Había estado todo el tiempo sacudiendo maquinalmente las puertas, y finalmente, después de descubrir el sistema de cerrojos y de proceder a abrirlas una a una, salí a la plaza.

El aire de la calle, tras el ambiente cargado del café, me pareció maravillosamente refrescante, y de no haber tenido tanta prisa me habría paseado un rato por la plaza

para aclararme las ideas. Pero, dadas las circunstancias, eché a andar inmediata y resueltamente en busca de la sala de conciertos.

Durante los minutos que siguieron caminé deprisa por las calles vacías, pasé ante tiendas y cafés cerrados y en ningún momento vi rastro alguno de la cúpula del auditorium. La ciudad antigua, a la luz de las farolas, poseía un encanto especial, pero cuanto más caminaba a través de ella más difícil me resultaba reprimir una sensación de pánico. Había esperado —bastante razonablemente, a mi juicio— encontrar algún taxi en las calles vacías; o al menos alguna gente —quizá saliendo de los últimos locales nocturnos— a quien preguntar cómo llegar a mi destino. Pero, aparte de algún que otro gato perdido, yo parecía ser el único ser despierto en kilómetros a la redonda.

Crucé una vía de tranvía, y al poco me vi bordeando la orilla de un canal. Un viento frío soplaba a través del agua, y al seguir sin divisar la cúpula de la sala de conciertos no pude evitar la sensación de que me estaba perdiendo. Había decidido tomar una bocacalle estrecha que había más adelante, a unos metros, pero al acercarme oí unos pasos y vi que una mujer emergía de ella.

Me había acostumbrado tanto a que las calles estuvieran totalmente desiertas que me detuve en seco al verla. Mi sorpresa, además, se había visto acrecentada por el hecho de que la mujer iba vestida con un traje de noche de mucho vuelo. Ella, al verme, se paró también, y pareció reconocermme, porque vino en dirección a mí con una sonrisa. Al adentrarse más en la luz de la farola, vi que frisaría la cincuentena, o incluso la sesentena. Era ligeramente regordeta, pero se movía con bastante gracia.

—Buenas noches, señora —dije—. Me pregunto si podría usted ayudarme. Busco la sala de conciertos. ¿Voy en la dirección correcta?

La mujer llegó hasta mí. Sonriendo aún, dijo:

—No, en realidad es por allí. Precisamente vengo de la sala de conciertos. Estaba tomando un poco el aire, pero le guiaré allí con mucho gusto, señor Ryder. Es decir, si no le importa.

—Será un auténtico placer, señora, Pero no quiero interrumpir su paseo.

—No, en absoluto. Llevo paseando cerca de una hora. Es hora de que vuelva. Debería haber esperado y llegado con los demás invitados. Pero he pensado tontamente que tenía que estar allí durante todos los preparativos, por si podía ayudar en algo. Pero no había nada que yo pudiera hacer, por supuesto. Por favor, discúlpeme, señor Ryder, aún no me he presentado. Soy Christine Hoffman. Mi marido es el director del hotel donde usted se hospeda.

—Encantado de conocerla, señora Hoffman. Su marido me ha hablado mucho de usted.

Lamenté tal comentario en cuanto lo hube pronunciado. Miré rápidamente a la señora Hoffman, pero la luz de la farola ya no iluminaba con nitidez su cara.

—Por aquí, señor Ryder —dijo—. No está lejos.

Las mangas de su traje de noche, al empezar a andar, ondearon al aire. Tosí y dije:

—¿Debo inferir de lo que dice, señora Hoffman, que los actos aún no han comenzado en la sala de conciertos? ¿Que los invitados y demás... aún no han acabado de llegar?

—¿Los invitados? Oh, no. No creo que nadie empiece a llegar hasta dentro de una hora...

—Ah, magnífico.

Seguimos caminando a paso lento por la orilla del canal, y de cuando en cuando nos volvíamos para contemplar los reflejos de las farolas en el agua.

—Me estaba preguntando, señor Ryder —dijo en un momento dado la señora Hoffman—, si mi marido, al hablarle de mí, le ha dado a entender que yo fuera... una persona fría. Me pregunto si le ha inducido de algún modo a pensar eso...

Solté una breve risa.

—Lo que me ha dado a entender abrumadoramente, señora Hoffman, es que es un hombre que siente auténtica devoción por usted.

La señora Hoffman siguió caminando en silencio, y no tuve la certeza de que hubiera oído mi respuesta. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Cuando era joven, señor Ryder, a nadie se le habría ocurrido describirme de ese modo. Como una persona fría. Y de niña, ciertamente, fui todo menos fría. Ni hoy me veo a mí misma de ese modo.

Mascullé algo vagamente diplomático. Luego, cuando dejamos el canal y tomamos una estrecha calle lateral, vi por fin la cúpula del auditorium iluminada contra el cielo nocturno.

—Incluso hoy —prosiguió a mi lado la señora Hoffman—, por la mañana temprano, tengo esos sueños... Es siempre por la mañana temprano. Son sueños que siempre tratan de... la ternura. No sucede gran cosa en ellos; normalmente no son sino pequeños fragmentos. Puedo estar, por ejemplo, vigilando a mi hijo Stephan. Mirando cómo juega en el jardín. Estuvimos muy unidos en un tiempo, señor Ryder, cuando era niño. Solía consolarle, compartir con él sus pequeños triunfos. Estuvimos muy unidos cuando era niño. Y otras veces sueño con mi marido. La otra mañana, por ejemplo, soñé que mi marido y yo estábamos deshaciendo juntos una maleta, y nos sentíamos..., nos sentíamos muy a gusto. Allí estábamos, realizando esa tarea juntos. Deshaciendo una maleta. Él sacaba esto, yo sacaba aquello... Charlando todo el tiempo. Sobre nada en especial; manteniendo una conversación mientras deshacíamos la maleta. Fue anteayer por la mañana cuando soñé eso. Y me desperté y me quedé allí mirando el alba a través de las cortinas, y me sentí muy feliz. Me dije a mí misma: tal vez pronto pueda ser *realmente* así; tal vez hoy mismo, más tarde, podamos vivir un momento semejante. No estaríamos necesariamente deshaciendo

una maleta, claro está. Pero sí haciendo algo; ese mismo día, más tarde, estaríamos haciendo algo y se nos presentaría la oportunidad. Me volví a dormir diciéndome a mí misma esto, y sintiéndome muy feliz. Y luego llegó la mañana. Es extraño, señor Ryder. Me sucede siempre así. En cuanto comienza el día, esa *otra* cosa, esa *fuerza* llega y se enseñorea de las cosas. Y haga yo lo que haga, todo lo que pueda suceder entre nosotros sucede de otro modo, no del modo en que yo quería que sucediera. Lucho contra ello, señor Ryder, pero a lo largo de los años he ido perdiendo terreno constantemente. Es algo que..., que me sucede. Mi marido lo intenta con toda el alma, trata de ayudarme, pero no sirve de nada. Para cuando bajo a desayunar, todo lo que sentía en el sueño hace ya rato que se ha esfumado.

Unos coches aparcados en la acera nos obligaron a avanzar en fila india, y la señora Hoffman se adelantó unos pasos. Cuando volvimos a caminar juntos, le pregunté:

—¿Y qué supone usted que es? ¿Esa fuerza de la que habla?

Soltó una repentina risa.

—No quise que sonara tan sobrenatural, señor Ryder. La respuesta obvia, por supuesto, sería que todo tiene que ver con el señor Christoff. Eso es lo que creí durante un tiempo. Y ciertamente eso es lo que cree mi marido. Lo sé. Como mucha gente en esta ciudad, pensé que todo era cuestión de reemplazar al señor Christoff, en nuestros afectos, por alguien con más fuste. Pero últimamente no estoy tan segura. He llegado a pensar que tiene que ver conmigo. Con alguna suerte de enfermedad mía. Puede que incluso forme parte del proceso de envejecimiento. Después de todo, nos vamos haciendo viejos y hay partes de nosotros que empiezan a morir. Puede que también suceda en lo emocional. ¿Lo cree usted posible, señor Ryder? Yo lo temo, temo que esa pueda ser la explicación de todo ello. Que nos hayamos desembarazado del señor Christoff y que descubramos, en mi caso particular al menos, que nada ha cambiado.

Doblamos otra esquina. Las aceras eran estrechas y nos desplazamos al centro de la calzada. Tuve la impresión de que esperaba mi respuesta, y al final dije:

—Señora Hoffman, en mi opinión, y suceda lo que suceda en el proceso de envejecimiento, lo que es esencial para usted es mantener alto el ánimo. No ceder ante esa..., lo que fuere.

La señora Hoffman miró hacia el cielo oscuro y caminó durante un rato en silencio. Y luego dijo:

—Esos adorables sueños de la mañana temprano... Luego, cuando el día comienza y nada de ello sucede, a menudo me culpo amargamente. Pero le aseguro, señor Ryder, que aún no me he rendido. Si lo hiciera, me quedaría ya muy poco en la vida. Hasta hoy me he negado a renunciar a mis sueños. Sigo deseando una familia amorosa y unida. Pero no sólo es eso, señor Ryder. Ya ve, puede que sea

absolutamente estúpida al creerlo; quizá pueda usted decirme si lo soy o no... Pero, ya ve, tengo la esperanza de que un día lograré librarme de ello, sea lo que fuere. Tengo la esperanza de llegar a erradicarlo de mi vida, y entonces ya no importará, porque todos estos años en que ha estado obrando en mí se habrán borrado para siempre. Tengo el presentimiento de que no tardará más que un instante en suceder, un *mínimo* instante incluso..., siempre que sea el instante justo... Como una cuerda que súbitamente se rompe o una cortina que de pronto se desploma y deja al descubierto un mundo nuevo, un mundo lleno de sol y de calor. Parece usted por completo incrédulo, señor Ryder. ¿Es totalmente descabellada mi esperanza? ¿Mi fe en que, pese a todos estos años, habrá un día un instante, el instante justo, que lo cambiará todo?

Lo que había tomado por incredulidad había sido algo muy distinto. Mientras la señora Hoffman hablaba, yo había estado pensando en el inminente recital de Stephan, y sin duda mi agitación se había hecho visible. Y, tal vez con un punto de ansiedad, dije:

—Señora Hoffman, no deseo hacerle acariciar falsas esperanzas. Pero es posible, ciertamente posible, que pronto llegue a experimentar algo, algo que acaso pueda ser ese instante que espera, el instante justo al que se refiere... Es posible que tal instante le acontezca en un futuro inmediato. Algo que la sorprenda, que la obligue a volver a evaluarlo todo, a verlo todo a una luz mejor, más fresca... Algo que barrerá definitivamente todos esos malos años. No deseo hacerle concebir falsas esperanzas. Lo único que digo es que es posible. Y tal instante podría incluso acontecer hoy mismo, esta noche. De modo que es vital que se mantenga usted con el ánimo bien alto.

Callé, asaltado por el pensamiento de que tal vez estaba tentado al destino. Después de todo, aunque el fragmento que le había oído tocar a Stephan me había impresionado, era perfectamente posible que, sometido a presión, el joven se viniera abajo. De hecho, cuanto más pensaba en ello, más lamentaba haberle dado a entender tantas cosas a la señora Hoffman. Cuando la miré, sin embargo, me di cuenta de que mis palabras ni la habían sorprendido ni ilusionado. Y al poco la oí decir:

—Cuando me vio usted deambulando por las calles hace un rato, señor Ryder, no estaba tan sólo tomando el aire, como le he dicho. Estaba tratando de prepararme. Porque la posibilidad que usted menciona ya se me ha pasado espontáneamente por la cabeza. Una noche como ésta... Sí, en una noche como ésta son posibles muchas cosas. Así que me estaba preparando. No me importa confesárselo: en este momento me siento un poco asustada. Porque, ¿sabe?, en el pasado ha habido veces en que he tenido tales instantes al alcance de la mano, y no he sido lo bastante fuerte como para atraparlos. ¿Quién sabe cuántas oportunidades más van a presentármese? Así que ya ve, señor Ryder, estaba haciendo todo lo posible por prepararme. Ah, ya hemos

llegado. Ésta es la parte de atrás del edificio. La entrada de ahí lleva a las cocinas. Le mostraré la entrada de artistas. Yo no voy a entrar todavía. Creo que necesito un poco más de aire.

—Me alegra mucho haberla conocido, señora Hoffman. Ha sido muy amable de su parte haberme acompañado hasta aquí en un momento tan importante para usted como éste. Espero que todo le vaya bien esta noche.

—Gracias, señor Ryder. También usted tendrá mucho en qué pensar, estoy segura. Ha sido un verdadero placer el conocerle.

Mientras la señora Hoffman desaparecía en la noche, me volví y corrí hacia la entrada que me había indicado. Y al hacerlo fui diciéndome que debía aprender la lección de mi reciente pánico; que resultaba perentorio no volver a dejarme desviar de las cruciales tareas que tenía por delante. Y en aquel momento, a punto al fin de entrar al edificio de la sala de conciertos, todo me pareció repentinamente simple. Lo cierto era que finalmente, al cabo de tantos años, estaba a punto de volver a tocar el piano ante mis padres. La prioridad primera, por tanto, estribaba en hacer que mi interpretación fuera lo más rica, lo más arrolladura posible. Comparado con ella, hasta la cuestión del turno de preguntas y respuestas quedaba en segundo plano. Todos los contratiempos, todo el caos de los días previos carecerían de importancia si en aquel momento, aquella noche, lograba dar cumplimiento a mi objetivo primordial.

La ancha puerta blanca se hallaba débilmente iluminada desde arriba por una única lámpara. Hube de apoyar todo mi peso contra ella para lograr que cediera y poder entrar, dando un ligero traspié, en el edificio.

Aunque la señora Hoffman me había asegurado que era la entrada de artistas, mi impresión inmediata fue que se trataba de la entrada de las cocinas. Me vi en un ancho pasillo desnudo, pobremente iluminado por lámparas fluorescentes cenitales. De todas partes llegaban voces que hablaban y gritaban, ruidos de pesados objetos metálicos, sibilantes sonidos de vapor y de agua. Un poco más adelante había un carrito de servicio, y a su lado dos hombres que discutían airadamente. Uno de ellos sujetaba un largo papel desenrollado que le llegaba casi hasta los pies, y señalaba repetidamente en él con el dedo. Pensé en interrumpirles para preguntarles dónde podía encontrar a Hoffman —ahora mi mayor preocupación era llevar a cabo una inspección del auditorium, y del propio piano, antes de que empezaran a llegar los invitados—, pero parecían tan absortos en su discusión que decidí pasar de largo.

El pasillo describía una suave curva. Me encontré con muchas personas, pero todas ellas muy ocupadas, cargadas con diversas cosas. La mayoría de ellas, vestidas con uniformes blancos, caminaban apresuradamente, con expresión distraída, acarreando pesados sacos o empujando carritos de servicio. No me pareció oportuno pararles, y seguí por el pasillo convencido de que tarde o temprano llegaría a algún otro sector del edificio donde encontraría al fin los camerinos, y donde Hoffman o cualquier otra persona podría mostrarme el auditorium. Pero entonces oí que alguien gritaba mi nombre a mi espalda, y al volverme vi a un hombre que corría hacia mí. Me resultaba familiar, y por fin lo reconocí: era el maletero barbudo que, horas antes, había abierto la danza en el Café de Hungría.

—Señor Ryder —dijo casi sin resuello—. Gracias a Dios que le encuentro al fin.

Es la tercera vez que recorro el edificio. Está aguantando bien, pero todos estamos ansiosos por llevarlo al hospital y él no quiere moverse hasta que haya hablado con usted. Por favor, venga por aquí, señor. Está aguantando bien, Dios le bendiga.

—¿Quién está aguantando bien? ¿Qué ha pasado?

—Por aquí, señor. Será mejor que nos demos prisa, si hace el favor. Lo siento, señor Ryder, no le estoy explicando nada. Es Gustav: se ha puesto enfermo. Yo no estaba aquí cuando ha pasado, pero dos de los chicos, Wilhelm y Hubert, que trabajaban con él aquí, ayudando con los preparativos, nos han mandado el recado. Y, claro, en cuanto me he enterado he venido como un rayo, y lo mismo los demás chicos. Al parecer Gustav estaba trabajando perfectamente, pero ha ido a los servicios y no ha salido en mucho rato, y como eso no es nada propio de Gustav, Wilhelm ha entrado a ver lo que pasaba. Y parece que al entrar, señor, se lo ha encontrado de pie delante de uno de los lavabos, con la cabeza inclinada sobre la loza. Aún no estaba tan enfermo, y le ha dicho a Wilhelm que se sentía un poco mareado, que eso era todo, y que no fuera a montar ningún jaleo al respecto. Wilhelm, siendo como es, no sabía muy bien qué hacer, máxime con Gustav diciéndole que no armara ningún revuelo, y se ha ido a buscar a Hubert. Hubert le ha echado una mirada y ha decidido que Gustav tenía que echarse. Así que se han puesto uno a cada lado para ayudarle, y es cuando se han dado cuenta de que, aunque seguía de pie, con las manos agarradas al lavabo, se había desmayado. Agarrado con fuerza a los bordes, sí señor, y Wilhelm dice que han tenido que despegarle los dedos uno a uno. Entonces Gustav parece que ha vuelto un poco en sí, y le han cogido cada uno un brazo y lo han sacado de allí. Y Gustav, entonces, ha vuelto a repetir que no armaran ningún revuelo, que se encontraba bien y que podía seguir trabajando. Pero Hubert no ha querido ni oír hablar del asunto, y le han llevado a un camerino, a uno de los vacíos.

El maletero barbudo me precedía por el pasillo a paso rápido, hablándome todo el tiempo por encima del hombro, pero dejó de hablar para esquivar un carrito.

—Un asunto muy penoso —dije yo—. ¿Y cuándo dice que ha sucedido exactamente?

—Supongo que debe de haber sido hace un par de horas. Al principio no parecía tan mal, e insistía en que lo que necesitaba era unos minutos de descanso para recuperar el resuello. Pero Hubert estaba preocupado y nos ha mandado recado y hemos venido volando, todos los chicos. Hemos encontrado un colchón para que se echara, y una manta, pero parece que ha empeorado y hemos hablado entre nosotros y hemos pensado que se le debía atender como es debido. Pero Gustav no quería ni oír hablar del asunto, y de repente, muy resuelto, ha dicho que tenía que hablar con usted. Ha estado muy insistente, y ha dicho que si queríamos llevarle, que de acuerdo, que iría al hospital, pero que antes necesitaba hablar con usted. Y no hacía más que empeorar a ojos vistas. Pero no ha habido forma de razonar con él, señor, así que

hemos tenido que seguir buscándole por todo el edificio. Y gracias a Dios le he encontrado. Es ese de ahí, el del fondo.

Había supuesto que el pasillo era un corredor continuo que comunicaba todo el edificio, pero cuando llegamos a un punto vi que acababa en un muro de color beige. La última puerta antes del muro estaba entreabierta, y el maletero barbudo, parándose en el umbral, miró con cautela hacia el interior. Luego me hizo una seña y entré tras él en el camerino.

Había una docena de personas agrupadas junto a la puerta, y al vernos se volvieron y se apresuraron a dejarnos paso. Supuse que eran los otros mozos de hotel, pero no me detuve a cerciorarme y fijé la mirada en la figura de Gustav, al fondo del pequeño cuarto.

Yacía sobre un colchón, sobre el piso de baldosa, tapado con una manta. Uno de los maleteros estaba junto a él, en cuclillas, y le decía algo con voz suave, pero al verme se puso en pie de inmediato. Entonces, en menos de unos segundos, el camerino se vació, la puerta se cerró a mi espalda y me encontré a solas con Gustav.

El pequeño camerino no tenía mobiliario, ni siquiera una simple silla de madera. Carecía asimismo de ventanas, y aunque la rejilla de ventilación cercana al techo emitía una especie de zumbido suave, el aire estaba viciado. El suelo era frío y duro, y la luz cenital o estaba apagada o no funcionaba, con lo que la única luz venía de las bombillas que rodeaban el espejo de maquillaje. Podía ver perfectamente, sin embargo, que la cara de Gustav había adquirido una extraña coloración gris. Estaba tendido boca arriba, completamente inmóvil, salvo cuando algo como una ola parecía pasar por encima de él y le hacía hundir la cabeza contra el colchón. Me había sonreído al verme entrar, pero no había dicho nada, sin duda reservándose para cuando estuviéramos a solas. Le oí decir, con voz débil pero sorprendentemente serena:

—Lo siento mucho, señor, haber hecho que le trajeran de este modo. Es tremendamente irritante que haya pasado esto, precisamente esta noche. Precisamente cuando iba usted a hacernos ese gran favor...

—Sí, sí —dije rápidamente—, pero tranquilo... ¿Cómo se encuentra?

Me acuclillé junto a él.

—Supongo que no demasiado bien. Tendré que ir al hospital a que me miren algunas cosas.

Hizo una pausa, y otra oleada se abatió sobre él, y por espacio de unos segundos tuvo lugar una muda lucha sobre el colchón, durante la cual el viejo mozo cerró los ojos. Luego volvió a abrirlos y dijo:

—Tengo que hablar con usted, señor. Hay algo de lo que debo hablarle.

—Por favor, déjeme decirle —dije— que sigo tan comprometido como siempre con su causa. De hecho, estoy deseando hacerles ver a todos los invitados lo injusto

del trato que usted y sus colegas han tenido que soportar durante tantos años. Tengo intención de hacer hincapié en los muchos malentendidos que...

Callé: el viejo maletero estaba haciendo un gran esfuerzo por llamar mi atención.

—No lo he dudado en ningún momento, señor —dijo al cabo de una pausa—. Es usted un hombre de palabra. Le estoy muy agradecido por apoyarnos como nos apoya. Pero de lo que le quería hablar era de otra cosa.

Volvió a guardar silencio, y otra callada lucha comenzó a tener lugar bajo la manta.

—La verdad —dije—, me pregunto si no convendría que fuera directamente al hospital...

—No, no. Por favor. Si esperamos a que esté en el hospital, puede que sea demasiado tarde. Verá: ha llegado el momento de que hable con ella. Con Sophie. Debo hablar con ella. Sé que está usted muy ocupado esta noche, pero es que nadie más lo sabe... Nadie sabe lo que sucede entre ella y yo, nadie conoce nuestro *arreglo*. Sé que es mucho pedir, señor, pero me pregunto si no podría usted ir a buscarla para explicárselo. No hay nadie más que pueda hacerlo.

—Lo siento —dije, genuinamente perplejo—. ¿Explicarle qué, exactamente?

—Explicárselo, señor. Por qué nuestro arreglo..., por qué debe terminar ahora. No será fácil persuadirla, después de todos estos años. Pero si usted consiguiera que entendiera por qué tenemos que hacer que el arreglo acabe... Me doy cuenta de que es mucho pedirle, señor, pero aún falta un buen rato para que tenga que salir al escenario. Y, como digo, usted es el único que sabe lo de...

Dejó la frase en suspenso: otra oleada de dolor se apoderó de él. Pude ver cómo sus músculos se crispaban bajo la manta, pero esta vez siguió mirándome, mantuvo los ojos abiertos mientras todo él se estremecía. Cuando su cuerpo se distendió, dije:

—Es verdad, aún falta un rato para que me llamen. Muy bien, iré a ver qué puedo hacer. Intentaré hacerla comprender. En cualquier caso, la traeré aquí tan rápido como pueda. Pero confiemos en que pueda recuperarse usted pronto, en que lo que le está pasando no sea tan grave como temía...

—Señor, por favor. Le agradeceré mucho que la traiga de inmediato. Mientras tanto, intentaré aguantar...

—Sí, sí, iré a buscarla inmediatamente. Por favor, tenga paciencia. Lo haré tan rápido como pueda.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta. Había casi llegado a ella cuando me vino a la cabeza un pensamiento y, volviéndome, me acerqué de nuevo a la figura tendida en el colchón.

—Boris —dije, volviéndome a poner en cuclillas—. ¿Qué hacemos con Boris? ¿Quiere que lo traiga?

Gustav alzó la mirada, aspiró profundamente y cerró los ojos. Cuando vi que

seguía en silencio, dije:

—Quizá sea mejor que no le vea en esta..., en este estado.

Creí ver que asentía casi imperceptiblemente, pero siguió sin decir nada, con los ojos cerrados.

—A fin de cuentas —proseguí—, el chico tiene una imagen de usted. Quizá quiera usted que siga recordándole de ese modo...

Gustav, esta vez, asintió más claramente.

—He pensado que debía preguntárselo —dije, volviendo a ponerme en pie—. Muy bien, Traeré a Sophie. No tardaré.

Me hallaba ya en la puerta —estaba haciendo girar el pomo, de hecho— cuando de pronto oí que me gritaba:

—¡Señor Ryder!

El grito no sólo me sorprendió por lo sonoro, sino que entrañaba tal peculiar intensidad que apenas pude creer que procediera de Gustav. Y, sin embargo, cuando me volví vi que seguía con los ojos cerrados, y aparentemente inmóvil. Me apresuré a acercarme a él, con más que mera aprensión. Pero Gustav abrió los ojos y me miró.

—Traiga a Boris también —dijo con voz muy queda—. Ya no es tan niño. Que me vea como estoy. Tiene que aprender sobre la vida. Hacerle frente.

Sus ojos volvieron a cerrarse, y al ver que sus facciones se crispaban pensé que el dolor volvía a atenazarlo. Pero esta vez percibí algo diferente en su semblante, y cuando me incliné para ver qué le pasaba vi que el anciano maletero estaba llorando. Seguí mirándole unos instantes, sin saber qué hacer, y al final le toqué con suavidad el hombro.

—Volveré enseguida —le susurré.

Cuando salí del camerino, los otros maleteros, que aguardaban todos juntos a unos pasos de la puerta, se volvieron hacia mí con expresión ansiosa. Me abrí paso entre ellos, y dije con voz firme:

—Caballeros, hagan el favor de vigilarle atentamente. Yo he de llevar a cabo una gestión urgente, así que espero que me disculpen...

Alguien empezó a preguntar algo, pero me escabullí sin escucharle.

Mi plan era encontrar a Hoffman y pedirle que me llevaran al apartamento de Sophie de inmediato. Pero luego, mientras avanzaba apresuradamente por el pasillo, caí en la cuenta de que no tenía la menor idea de dónde encontrar al director del hotel. Además, el pasillo tenía ahora un aspecto completamente diferente de cuando lo había recorrido con el maletero barbudo. Seguía habiendo empleados empujando carritos de servicio, pero ahora aparecía abrumadoramente transitado por personas que sólo cabía suponer miembros de la orquesta invitada. Habían aparecido como por ensalmo largas filas de camerinos a ambos lados, y los músicos, en grupos de dos o tres, charlaban y reían, y ocasionalmente se llamaban entre sí de un punto a otro. De

trecho en trecho, al pasar ante una puerta cerrada, oía el sonido de algún instrumento, pero en conjunto —me chocó— su estado de ánimo parecía sorprendentemente despreocupado. Estaba a punto de pararme para preguntar dónde podía encontrar a Hoffman cuando de súbito entrevi al mismísimo director del hotel a través de la puerta de un camerino entreabierto. Me acerqué a ella y la empujé un poco hacia dentro.

Hoffman estaba de pie ante un espejo de cuerpo entero, y se estudiaba detenidamente. Llevaba traje de etiqueta, y al mirarle vi que en su cara había un exceso de maquillaje, y que parte de los polvos se le había caído sobre hombros y solapas. Murmuraba cosas entre dientes, sin apartar la mirada de su imagen reflejada en el espejo. Luego, mientras yo seguía mirándole desde la puerta entreabierta, ejecutó una extraña operación. Inclinandose de improviso hacia adelante, alzó el brazo, y con él doblado y rígido, y el codo en punta, cerró el puño y se golpeó en la frente una, dos, tres veces... Y mientras lo hacía no apartó en ningún momento la vista del espejo ni dejó de hablar entre dientes. Luego se enderezó y siguió mirándose al espejo en silencio. Temiendo que se dispusiera a repetir la operación desde el principio, me aclaré rápidamente la garganta y dije:

—Señor Hoffman...

El director del hotel dio un respingo y me miró con fijeza.

—Perdone que le moleste —dije—. Lo siento...

Hoffman miró a su alrededor con expresión de desconcierto, y luego pareció recuperar la compostura.

—Señor Ryder —dijo, sonriendo—. ¿Cómo está usted? Espero que todo esté a su entera satisfacción...

—Señor Hoffman, acaba de suceder algo que requiere una atención urgente. Necesito un coche que pueda llevarme a donde voy con la mayor rapidez posible. Me pregunto si podrá usted proporcionármelo sin tardanza.

—¿Un coche, señor Ryder? ¿Ahora?

—Es un asunto de suma urgencia. Por supuesto, tengo intención de volver cuanto antes, con tiempo de sobra para cumplir con mis compromisos.

—Sí, sí, por supuesto. —Hoffman parecía vagamente preocupado—. Un coche..., sí, no hay ningún problema. En circunstancias normales, señor Ryder, podría proporcionarle también un chófer, o incluso le llevaría gustosamente yo mismo... Pero desgraciadamente, en este preciso momento, mis empleados están todos muy ocupados. Y en cuanto a mí, tengo tantas cosas de que ocuparme... Incluso debo ensayar unas modestas líneas. ¡Ja, ja! Como sabe, también yo voy a pronunciar un pequeño discurso esta noche. Y por trivial que sin duda vaya a resultar comparado con su contribución a la velada, señor Ryder, y con la del propio señor Brodsky, que, dicho sea de paso, ya debería estar aquí, me siento en la necesidad de prepararlo lo

mejor que pueda. Sí, sí, el señor Brodsky se está demorando un poco, la verdad, pero no creo que haya que preocuparse. De hecho, éste es su camerino, y estaba comprobando que todo estaba en orden. Es un camerino estupendo. Estoy completamente seguro de que llegará en cualquier momento. Como sabe, señor Ryder, he estado supervisando personalmente la..., bueno, la recuperación del señor Brodsky. Para mí ha supuesto una verdadera satisfacción ser testigo de ella. ¡Tal motivación, tal dignidad! Tanto es así que esta noche, esta noche crucial, tengo plena confianza en él. Oh, sí. Plena confianza. Una recaída, a estas alturas, resulta impensable. ¡Sería un desastre para la ciudad! Y, naturalmente, un desastre para mí. Claro que esto último no sería en absoluto importante, pero, me perdonará, una recaída en esta noche crucial, a estas alturas, permítame decirlo, para mí sería la ruina... En el mismísimo umbral del triunfo..., para mí sería el final... ¡Un humillante final! No podría volver a mirar a la cara a nadie en esta ciudad. Tendría que esconderme. ¡Ja! Pero ¿qué estoy haciendo, hablando de tales improbables eventualidades? Tengo absoluta confianza en el señor Brodsky. Llegará enseguida.

—Sí, estoy seguro de que así será, señor Hoffman —dije—. Y estoy seguro también de que la velada va a resultar un rotundo éxito.

—Sí, sí. ¡Lo sé! —gritó con impaciencia—. ¡No me cabe la menor duda al respecto! Ni siquiera lo habría mencionado..., aún queda mucho tiempo hasta que comiencen los actos. Ni siquiera lo habría mencionado si no fuera por..., por los acontecimientos de esta tarde.

—¿Acontecimientos?

—Sí, sí. Oh, no se ha enterado... Claro, ¿cómo iba a enterarse? En realidad no hay mucho que contar, señor. Una secuencia de cosas que ha tenido lugar esta tarde, y que ha dado como resultado que el señor Brodsky, cuando lo he dejado hace unas horas, estuviera bebiendo un pequeño vaso de *whisky*. ¡No, no, señor! Ya sé lo que está pensando. ¡No, no! Me consultó de antemano. Y yo, después de reflexionar sobre el asunto, y de llegar a la conclusión de que en tales excepcionales circunstancias un vasito no le haría ningún daño, accedí a que se lo tomara. Juzgué que era lo mejor, señor. Quizá me equivoqué, ya veremos. Personalmente, no lo creo. Claro que si tomé una decisión errónea, bueno, la velada entera..., ¡puf!, ¡una auténtica catástrofe de principio a fin! Me veré obligado a esconderme para el resto de mis días. Pero el hecho, señor, es que las cosas empezaron a complicarse enormemente esta tarde, y tuve que tomar una decisión. Sea como fuere, el caso es que dejé al señor Brodsky en su casa con su pequeño vaso de *whisky*. Confío en que no haya seguido bebiendo. Lo único que me ronda la cabeza ahora es que debería haber hecho algo acerca de ese armario... Pero, bueno, seguro que de nuevo estoy siendo extremadamente cauteloso... Después de todo, el señor Brodsky ha hecho tantos progresos que seguro que hay que confiar en él plenamente, plenamente...

Había estado jugueteando con su pajarita, y se volvió al espejo para arreglársela.

—Señor Hoffman —dije—, ¿qué ha sucedido exactamente? Si algo le ha sucedido al señor Brodsky, o si ha sucedido algo capaz de alterar de algún modo el programa de esta noche, debería ser informado de ello de inmediato. Seguro que estará de acuerdo conmigo, señor Hoffman.

El director del hotel se echó a reír.

—Señor Ryder, se está haciendo usted una idea completamente errónea. No tiene que preocuparse en absoluto. Míreme, ¿estoy yo preocupado? No. Toda mi reputación depende de esta noche, y ¿no me ve usted tranquilo y confiado? Le aseguro, señor, que no hay nada de lo que tenga usted que preocuparse.

—Señor Hoffman, ¿a qué se refería usted hace un momento cuando ha mencionado un armario?

—¿Un armario? Oh, es un armario que he descubierto esta tarde en casa del señor Brodsky. Puede que usted ya sepa que el señor Brodsky vive desde hace muchos años en una vieja granja, no lejos de la autopista del norte. Yo, por supuesto, ya había estado en ella varias veces, pero como las cosas están siempre tan desordenadas..., el señor Brodsky tiene su propio concepto del orden..., bueno, pues no me había parado nunca a inspeccionar detenidamente su casa. Es decir, antes de esta tarde nunca he sabido que tuviera una provisión extra de bebidas alcohólicas. Me ha jurado que se había olvidado de ello por completo. Así que cuando ha salido a relucir lo de tomarse una pequeña copa, cuando yo he dicho, bien, dadas las circunstancias, en vista de las especiales circunstancias derivadas del enojoso asunto de la señorita Collins y demás..., sólo en tales circunstancias, ya ve, le he dicho que estaba de acuerdo en que, bien mirado, y pese al pequeño riesgo que entrañaba, podría venirle bien un trago, sólo para tranquilizarse. Hágase cargo, señor, el hombre estaba tan abatido por el asunto de la señorita Collins... Y ha sido entonces, al decirle que iba al coche a buscar una petaca, cuando el señor Brodsky ha recordado que había un armario que no había vaciado de botellas. Así que he ido a su..., ejem, a su cocina, si se le puede llamar así... En los últimos meses el señor Brodsky ha trabajado mucho reparando esto y lo otro en la casa. La ha mejorado mucho, y ya apenas le llueve ni le nieva dentro, aunque por supuesto aún no hay ventanas que merezcan llamarse como tales... El caso es que el señor Brodsky ha abierto el armario, que en realidad estaba caído hacia un lado en el suelo, y dentro, bueno, había como una docena de botellas viejas. La mayoría de *whisky*. El señor Brodsky se ha sorprendido tanto como yo. Al principio he pensado, debo admitirlo, que debía hacer algo con ellas. Llévrmelas, o tirar el contenido... Pero, como comprenderá, señor, habría sido un insulto. Una gran afrenta al coraje y la determinación que últimamente ha mostrado el señor Brodsky. Y después del duro golpe a su ego que esta misma tarde le ha asestado la señorita Collins...

—Disculpe, señor Hoffman, pero no hace más que mencionar a la señorita Collins, ¿a qué se refiere?

—Ah, la señorita Collins. Sí, bueno, ésa es otra cuestión. Por eso estaba yo en la granja del señor Brodsky. Ya ve, señor Ryder, esta tarde he tenido que ser portador del más triste de los mensajes. Nadie me habría envidiado tal tarea. El caso es que yo llevaba ya cierto tiempo inquieto al respecto, incluso antes de su cita de ayer en el zoo. Estaba preocupado..., bueno, preocupado por la señorita Collins. ¿Quién podía suponer que las cosas iban a ir tan deprisa entre ellos, después de todos estos años? Sí, sí, estaba preocupado. La señorita Collins es una encantadora dama por quien siento la mayor de las consideraciones. No podría soportar que volviera a arruinar su vida a estas alturas. ¿Sabe?, la señorita Collins es una mujer de gran sabiduría, la ciudad entera puede atestiguarlo, pero a pesar de todo..., si viviera usted aquí, seguro que estaría de acuerdo..., siempre ha habido algo de vulnerable en ella. Hemos llegado a respetarla enormemente, y mucha gente ha encontrado en su consejo una inapreciable ayuda, pero al mismo tiempo, cómo diría..., siempre nos hemos sentido *protectores* respecto a ella. Y cuando el señor Brodsky, con el paso de los meses, se volvió... más él mismo, se plantearon ciertas cuestiones que yo, por lo menos, no había considerado convenientemente de antemano, y bueno, como digo, estaba preocupado. Así que imagínese lo que he sentido, señor, cuando mientras le traía de vuelta a la ciudad después de su ensayo al piano usted ha mencionado inocentemente que la señorita Collins había accedido a verse con el señor Brodsky en el cementerio de St. Peter... Santo Dios, ¡lo rápido que van las cosas! ¡El bueno del señor Brodsky debió de ser en tiempos un verdadero Rodolfo Valentino! Señor Ryder, me he dado cuenta de que tenía que hacer algo enseguida. No podía permitir que la vida de la señorita Collins se viera sumida de nuevo en la miseria, y menos aún como consecuencia de algo que yo, si bien indirectamente, había hecho. Así que hace unas horas, en cuanto me ha permitido usted, tan amablemente, que le dejara en plena calle, he ido a visitar a la señorita Collins a su apartamento. Se ha sorprendido al verme, por supuesto. Le ha sorprendido que haya ido personalmente en una tarde como ésta, con la noche que me espera... En otras palabras: mi sola presencia ha sido harto elocuente... Me ha hecho pasar enseguida, y le he pedido disculpas por lo imprevisto de mi visita, y por el hecho de no abordar el delicado tema que quería tratar con ella con el cuidado y tacto que en circunstancias normales sin duda emplearía. Ella, por supuesto, lo ha entendido perfectamente.

»“Me hago cargo, señor Hoffman”, me ha dicho, “de la enorme presión que debe de estar soportando esta tarde...”.

»Nos hemos sentado en la salita y he ido directamente al grano. Le he dicho que había oído que tenía una cita con el señor Brodsky. Y ella ha bajado los ojos como una colegiala. Y luego ha dicho tímidamente:

»“Sí, señor Hoffman. Momentos antes de que tocara usted a mi puerta, me disponía a prepararme. Llevo más de una hora probándome vestidos. Diferentes modos de sujetarme el pelo. A mi edad, ¿no le parece gracioso? Sí, señor Hoffman, nos hemos citado. Ha estado aquí esta mañana y me ha convencido. Y he accedido a verle luego”.

»Ha dicho algo así, y como entre dientes, no de la forma en que una dama de su elegancia suele expresarse normalmente. Y yo, entonces, he empezado a hablar. Todo lo delicadamente que he podido, claro está. Le he señalado con tacto los posibles riesgos. “No es que pase nada, señorita Collins”, le he dicho. He empleado frases de este tipo. Dada mi penuria de tiempo, he abordado el tema tan delicadamente como he podido. Si hubiera sido otra tarde, si hubiéramos tenido tiempo para bro mear, para charlar frívolamente, me atrevo a asegurar que lo habría hecho mejor. O quizá no habría sido muy diferente. Porque para ella es una verdad difícil de asumir. En cualquier caso, al cabo de múltiples rodeos, le he expuesto la cuestión desnuda, le he dicho:

»“Señorita Collins, todas esas viejas heridas volverán a abrirse. Y le dolerán, le harán sufrir mucho. Harán que se derrumbe, señorita Collins. En cuestión de semanas, en cuestión de días. ¿Cómo ha podido usted olvidar lo que ha pasado? ¿Cómo puede usted avenirse a revivirlo? Todo lo que ha tenido que soportar en el pasado, las humillaciones, el hondo dolor, volverán a herirla, y esta vez con mayor saña. ¡Después de todo lo que ha hecho en estos años para rehacer su vida!”.

»Y cuando le he expuesto la cuestión en tales términos (le aseguro, señor, que no ha sido nada fácil), he visto cómo se desmoronaba interiormente, por mucho que intentara mantener la calma externa. He visto cómo volvían a ella los recuerdos de aquel tiempo, cómo iba reviviendo las viejas aflicciones. No ha sido fácil, señor, se lo aseguro. Pero he creído que era mi deber seguir hablando. Y, al final, ella ha dicho con voz queda:

»“Pero señor Hoffman... Se lo he prometido. He prometido ir a verle. Querrá apoyarse en mí. Siempre me ha necesitado en las ocasiones como ésta, en las grandes noches...”.

»Y yo le he dicho:

»“Señorita Collins, por supuesto que se sentirá decepcionado. Pero haré lo que esté en mi mano para explicárselo. Además, en el fondo de su corazón, el señor Brodsky sabe, como usted sabe, que es una cita poco atinada. Que es mejor no volver sobre el pasado”.

»Ella ha mirado por la ventana con aire ensoñador, y ha dicho:

»“Pero estará ya allí. Me estará esperando”.

»Y yo le he dicho:

»“Iré yo, señorita Collins. Sí, estoy muy ocupado, pero se trata de algo para mí

tan importante que considero necesario hacerlo personalmente. Voy a ir ahora mismo al cementerio y le voy a informar de la situación. Puede usted estar segura, señorita Collins, de que haré todo lo posible por consolarle. Le animaré a pensar en el futuro, en la inmensa importancia del reto que le aguarda esta noche...”.

»Le he hablado así, señor Ryder. Poco más o menos. Y, si bien debo admitir que parecía completamente destrozada, no hay que olvidar que es una dama sensata y que una parte de ella debe de haber comprendido que yo tengo razón. Porque me ha tocado el hombro con suma suavidad, y me ha dicho:

»“Vaya a verle. Ahora mismo. Y haga lo que pueda”.

»Así que me he levantado para marcharme, pero entonces he recordado que aún me quedaba otra dolorosa tarea que cumplir.

»“Oh, y otra cosa, señorita Collins... —le he dicho—. En cuanto a la velada de esta noche, y dadas las circunstancias, creo que lo más juicioso será que se quede usted en casa”.

»Ella ha asentido con la cabeza, al borde de las lágrimas.

»“Al fin y al cabo —he continuado—, debemos ser considerados con sus sentimientos. Dada la situación, su presencia en el auditorium podría ejercer cierta influencia sobre él en esta más que crucial coyuntura”.

»Ella ha vuelto a asentir, dando a entender que lo comprendía perfectamente. Y me he excusado y me he ido. Y entonces, pese a todas las urgentes cosas que requerían mi atención (la recepción del pedido del pan y del bacon, por ejemplo), he comprendido que la prioridad más apremiante era lograr que el señor Brodsky remontara sano y salvo este obstáculo inesperado y último. Así que he ido en mi coche al cementerio. Al llegar había anochecido, y he deambulado entre las tumbas un rato y al final lo he visto, sentado en una lápida, con expresión de desaliento. Y cuando me ha visto acercarme, ha alzado la mirada cansinamente y me ha dicho:

»“Ha venido a decírmelo. Lo sabía. Sabía que no vendría”.

»Ello me habrá facilitado la tarea, pensará usted, pero le aseguro, señor, que no ha sido en absoluto fácil. Ser portador de tales nuevas. He asentido gravemente, y le he dicho que sí, que tenía razón, que la señorita Collins no iba a acudir a la cita. Que había reflexionado sobre el asunto y había cambiado de opinión. Y que además había decidido no ir a la sala de conciertos esta noche. No he considerado necesario explicárselo con más detalle. Y he visto en su semblante una profunda congoja, y he mirado hacia otra parte, fingiendo estudiar la tumba de al lado. “Ah, el viejo señor Kaltz”, he dicho hacia los árboles, porque sabía que el señor Brodsky estaba llorando calladamente. “Ah, el señor Kaltz... ¿Cuántos años hace que lo enterramos? Parece que fue ayer, pero veo que hace ya catorce años... ¡Cuan solo estuvo antes de su muerte!”. He estado hablando así unos instantes, a fin de permitir que el señor Brodsky se entregara al llanto. Luego he visto que contenía ya las lágrimas, y me he

vuelto hacia él y le he sugerido que volviera conmigo al auditorium para prepararse. Pero él ha dicho que no, que era demasiado pronto. Que se pondría muy tenso si tenía que andar vagando por el edificio durante tanto tiempo. Y he pensado que quizá tenía razón, y le he ofrecido llevarlo a casa. Él ha estado de acuerdo, y hemos salido del cementerio y hemos caminado hacia el coche. Y durante todo el viaje, durante todo el trayecto por la autopista del norte, no ha hecho más que mirar por la ventanilla, sin decir nada, con lágrimas en los ojos de cuando en cuando... Y entonces me he dado cuenta de que aún no podía cantar victoria. De que las cosas no estaban tan claras como me había parecido horas antes. Pero seguía teniendo confianza, señor Ryder, la misma confianza que siento ahora. Y hemos llegado a la granja. Ha hecho muchos arreglos; ahora muchas de las habitaciones son perfectamente habitables. Hemos entrado en la habitación principal y hemos encendido la lámpara, y me he puesto a charlar de intrascendencias mientras echaba una ojeada a la sala. Me he ofrecido a ocuparme de que alguien fuera a ver qué se podía hacer con el problema de humedad de las paredes, pero él parecía no oírme. Estaba sentado en una silla, con la mirada perdida. Luego ha dicho que quería una copa. Una pequeña copa. Le he dicho que era imposible. Y él ha dicho, con mucha calma, que no se refería a su forma de beber de antes. Que no, que no era eso. Que aquella forma de beber había quedado atrás para siempre. Pero que acababa de sufrir un terrible golpe, y que se le rompía el corazón. Ha utilizado esas palabras. Que se le rompía el corazón, ha dicho, pero que sabía muy bien lo mucho que dependía de él esta noche. Que sabía que tenía que salir airoso. Que no pedía una copa a la vieja usanza. ¿Es que no me daba cuenta? Y le he mirado y he visto que decía la verdad. He visto a un hombre entristecido, desencantado, pero responsable. Un hombre que ha llegado a conocerse como quizá ningún otro llegará jamás a conocerse, un hombre con pleno dominio de sí mismo. Y me estaba diciendo que, en una crisis como ésta, lo que necesitaba era un pequeño trago. Que le ayudaría a remontar la conmoción emocional que estaba padeciendo. Que le daría la firmeza necesaria para hacer frente a las exigencias de esta noche. Señor Ryder, en los últimos tiempos le había oído innumerables veces pedir alcohol..., pero ahora era algo totalmente diferente. Lo veía claramente. Lo he mirado profundamente a los ojos y le he dicho:

»“Señor Brodsky, ¿puedo confiar en usted? Tengo una petaca de *whisky* en el coche. Si le doy un vasito, ¿puedo fiarme de que no me pedirá más? Un vasito y se acabó, ¿de acuerdo?”.

»A lo que él, sosteniendo mi mirada, ha respondido:

»“No es como antes. Se lo juro”.

»Y entonces he salido hacia el coche, y todo estaba oscuro y el viento soplaba con furia entre los árboles, y he cogido la petaca y he vuelto a entrar, y el señor Brodsky no estaba ya en su silla. Y es cuando he atravesado la casa y he entrado en la cocina.

En realidad es una dependencia aparte conectada con el edificio principal de la granja, que el señor Brodsky ha estado últimamente restaurando con bastante maestría. Sí, y es cuando lo he visto abriendo el armario, un armario que había en el suelo, tirado sobre un costado. Se había olvidado de él, me ha dicho al verme entrar. Y he visto el *whisky*. Botellas y botellas de *whisky*. Ha sacado una botella, la ha abierto y se ha servido un poco en un vaso. Luego, mirándome a los ojos, ha vertido lo que quedaba de la botella en el suelo. El piso de la cocina, debo aclarar, es casi todo de tierra, y ha absorbido el líquido sin hacer ningún charco. Bien, lo ha echado al suelo, como digo, y ha vuelto a la habitación principal y se ha sentado en la silla y se ha puesto a beber. Lo he mirado atentamente, y he visto que bebía de forma diferente a como lo hacía antes. Incluso el hecho de que pudiera hacerlo así, a pequeños tragos... He visto que no me había equivocado. Le he dicho que teníamos que regresar, que ya me había demorado mucho, que tenía que supervisar el pan y el bacon. Me he levantado y entonces, sin necesidad de hablarnos, ambos hemos sabido lo que yo tenía en la cabeza: el armario. Y el señor Brodsky me ha mirado a los ojos y ha dicho:

»“Ya no es como antes”.

»Y eso me ha bastado. Insistir en quedarme un rato más no habría hecho sino minar su propia estima. Habría sido un insulto. En cualquier caso, como digo, cuando le he mirado a la cara he sentido una absoluta confianza. Y me he ido sin ningún recelo. Y sólo en los últimos minutos, señor, ha cruzado por mi mente la sombra de una duda. Pero sé, racionalmente, que se trata únicamente de la tensión que precede a tan importante noche. Estará aquí enseguida, estoy seguro. Y la velada, tengo plena confianza, será un éxito, un rotundo éxito...

—Señor Hoffman —dije, abrumado por la impaciencia—. Si se ha sentido usted bien dejando al señor Brodsky con un vaso en la mano, allá usted. No estoy muy seguro de que su decisión haya sido la correcta, pero usted conoce la situación mucho mejor que yo. Sea como fuere, ¿puedo recordarle que necesito ayuda sin dilación alguna? Como le acabo de explicar, necesito un coche inmediatamente. Es un asunto de la mayor urgencia, señor Hoffman.

—Ah, sí, un coche —dijo Hoffman, mirando a su alrededor con aire pensativo—. Lo mejor será, señor Ryder, que coja mi coche. Está aparcado ahí fuera, nada más salir por la puerta de incendios. —Señaló hacia un punto del pasillo—. Bueno, ¿dónde tengo las llaves? Ah, aquí están. El volante tiene una holgura hacia la izquierda. He estado pensando en hacer que me lo ajusten, pero las cosas se me han echado encima y... Por favor, utilícelo todo lo que le haga falta. Yo no lo necesitaré hasta mañana por la mañana.

Saqué el gran coche negro de Hoffman del aparcamiento y enfilé una carretera sinuosa bordeada de densos abetos a ambos lados. Era obvio que no se trataba de la salida habitual de la sala de conciertos. Era una carretera llena de baches, sin iluminar, demasiado estrecha para que pasaran dos vehículos a un tiempo sin aminorar la marcha. Conduje con prudencia, escrutando la negrura, temiendo que en cualquier momento surgiera un obstáculo o una cerrada curva. Luego la carretera se hizo más recta, y la luz de los faros me permitió ver que me hallaba atravesando un bosque. Apreté el acelerador y durante unos minutos avancé en la oscuridad. Entonces vislumbré algo brillante entre los árboles, a mi izquierda, y al aminorar la marcha vi que estaba mirando hacia la fachada de la sala de conciertos, magníficamente iluminada y recortada contra el cielo de la noche.

El edificio se hallaba a cierta distancia, y lo veía de soslayo, pero podía divisar gran parte de su soberbia fachada. A ambos lados de su gran arco central había sendas hileras de majestuosas columnas de piedra, y altos ventanales que se alzaban hacia la vasta cúpula. Me pregunté si los invitados habrían empezado a llegar ya, y, deteniendo el coche en el arcén, bajé la ventanilla para contemplar mejor el edificio. Pero, incluso irguiéndome más en el asiento, los árboles me impedían ver la parte inferior de la fachada.

Entonces, mientras seguía mirando hacia la sala de conciertos, se me ocurrió que en aquel preciso instante mis padres podían estar a punto de llegar a la explanada. De pronto recordé vividamente la descripción que Hoffman había hecho del carruaje tirado por caballos emergiendo de la negrura de los árboles ante los admirados ojos de los invitados congregados en la entrada. De hecho, en aquel preciso instante, mientras me asomaba por la ventanilla tratando de ver la explanada, tuve la impresión de oír, en algún punto lejano, el nítido sonido del carruaje. Apagué el motor y, sacando aún más la cabeza, agucé el oído. Luego me bajé del coche y me quedé quieto sobre el asfalto, en medio de la oscuridad, escuchando.

El viento se movía entre los árboles. Y entonces volví a oír lo que me había parecido oír antes: el débil golpeteo de unos cascos, un tintineo rítmico, el traqueteo de un carruaje de madera. Luego el sonido quedó ahogado por el rumor de los árboles agitados por el viento. Seguí escuchando unos instantes, pero no pude oír nada más. Y al cabo me volví y subí al coche.

Mientras permanecí de pie en la calzada me sentí tranquilo, sereno, pero en cuanto puse en marcha el motor me invadió una intensa sensación de frustración, pánico y cólera. Mis padres estaban llegando, y aquí seguía yo, sin haber siquiera realizado mis preparativos últimos, alejándome de la sala de conciertos, embarcado en un asunto completamente diferente. No podía comprender cómo había permitido

que me sucediera lo que me estaba sucediendo, y seguí a través del bosque, cada vez más enfurecido, decidido a acabar cuanto antes con lo que estaba haciendo y a volver, a la primera oportunidad que se me presentara, a la sala de conciertos. Pero entonces me asaltó el pensamiento de que ni siquiera sabía cómo llegar al apartamento de Sophie, o si la carretera que atravesaba aquel bosque me llevaba en la dirección correcta. Empezó a envolverme una sensación de absoluta inanidad, pero apreté el acelerador y seguí mirando con obstinación hacia la espesura que se iba abriendo ante los faros del coche.

Entonces, súbitamente, vi que un poco más adelante, en medio de la carretera, dos figuras me hacían señas con la mano. Estaban justo frente a mí, y aunque al acercarme se apartaron hacia un lado, siguieron agitando imperiosamente los brazos. Al aminorar la marcha vi un grupo de cinco o seis personas acampadas a un lado de la carretera en torno a una cocinilla portátil. Al principio pensé que se trataba de vagabundos, pero luego vi que entre ellos había una mujer de mediana edad vestida con elegancia, y un hombre de pelo gris con traje que se acercaba hacia mi ventanilla. Más allá, los demás —hasta entonces sentados alrededor de la cocinilla en lo que parecían cajas de embalaje volteadas—, se levantaron y empezaron a acercarse también hacia el coche. Según pude ver, todos ellos llevaban en la mano jarras metálicas de acampada.

Al bajar la ventanilla, la mujer me miró y dijo:

—Oh, qué alegría que haya venido. Ya ve, estábamos enfrascados en un debate y no lográbamos llegar a ningún acuerdo. Es lo que suele pasar, ¿no le parece? Nunca nos ponemos de acuerdo cuando de lo que se trata es de hacer algo.

—Pero lo cierto —dijo el hombre del pelo gris y traje en tono solemne— es que tenemos que llegar a alguna conclusión cuanto antes.

Pero antes de que ninguno de ellos pudiera decir más, vi que la figura que se había acercado detrás de ellos y se inclinaba ahora para mirarme era Geoffrey Saunders, mi antiguo compañero de colegio. Al reconocerme, se abrió paso hasta situarse en primera fila y dio un golpecito en la portezuela del coche.

—Ah, me preguntaba cuándo volvería a verte —dijo—. Si he de serte sincero, he estado un poco enfadado contigo. Ya sabes, por no haber venido a mi casa a tomar una taza de té. Por haberme dado plantón y demás. Bueno, supongo que no es momento de entrar en ese tema, pero la verdad es que eres un poco caradura, ¿eh, viejo amigo? No importa. Será mejor que te bajes del coche. —Abrió la portezuela y se apartó hacia un lado. Yo iba a protestar, pero Geoffrey Saunders siguió hablando—: Será mejor que te bajes y te tomes una taza de café. Luego podrás incorporarte a nuestro debate.

—Con franqueza, Saunders... —dije—. No me viene bien quedarme.

—Oh, vamos, viejo camarada. —Advertí un punto de enojo en su voz—, ¿sabes?,

he estado pensando mucho en ti desde que nos vimos la otra noche. Recordando los tiempos del colegio y demás. Esta mañana, por ejemplo, me he despertado pensando en aquella vez..., tú puede que no te acuerdes, aquella vez que tú y yo estábamos controlando una carrera a campo traviesa de unos compañeros más pequeños. Debían de ser de cuarto o quinto. Tú seguramente no te acuerdas, pero he estado pensando en ello esta mañana, echado en la cama. Estábamos fuera de un *pub*, enfrente de aquel campo, y tú estabas terriblemente molesto por algo. Oye, sal de ahí, que así no puedo hablarte. —Seguía instándome a que me bajara del coche—. Así, muy bien, así está mejor. —Cuando me bajé a regañadientes, me cogió del codo con la mano libre (con la otra sostenía la jarra metálica)—. Sí, he estado pensando en aquel día. Una de esas mañanas brumosas de octubre tan comunes en nuestra tierra inglesa. Y allí estábamos, esperando a que aparecieran aquellos mocosos resoplando en medio de la niebla, y recuerdo que no hacías más que decir: «Para ti está muy bien, para ti no hay ningún problema». No parabas de lamentarte de tu perra suerte. Así que al final me di la vuelta y te dije: «Mira, no sólo te pasa a ti, tío. No eres el único que tiene problemas». Y me puse a contarte que una vez, cuando tenía siete u ocho años, nos fuimos de vacaciones como todos los veranos, mis padres, mi hermano pequeño y yo, a alguno de esos sitios de la costa inglesa, Bournemouth o algún sitio parecido. O puede que fuera la isla de Wight. El tiempo era bueno y demás, pero había algo que no marchaba como es debido, ya sabes, no nos llevábamos muy bien. Algo muy normal en unas vacaciones familiares, claro, pero yo entonces no lo sabía, sólo tenía siete u ocho años. Bueno, el caso es que la cosa no iba nada bien, y una mañana mi padre estalló. Así, sin más. Estábamos en el paseo junto al mar, y mi madre nos estaba señalando algo para que lo miráramos, y de repente mi padre estalló. No chilló ni nada parecido, simplemente se dio la vuelta y se fue. Nosotros no sabíamos qué hacer, así que empezamos a seguirle, mi madre, el pequeño Christopher y yo. Nos pusimos a seguirle. No de cerca, sino a unos treinta metros, lo suficiente para no perderle de vista. Y mi padre siguió alejándose por el paseo, enfiló el sendero de los acantilados, dejó atrás las casetas de la playa y a los bañistas que estaban tomando el sol... Se encaminó hacia el pueblo, pasó por delante de las pistas de tenis, se adentró en la zona de las tiendas... Creo que lo seguimos durante más de una hora. Y al rato empezamos a hacer una especie de juego de todo ello. Decíamos: «Mira, ya no está enfadado. ¡Está haciendo el tonto!». O bien: «Ha puesto la cabeza así a propósito. ¡Mírale!», y no parábamos de reírnos. Y si lo mirabas detenidamente, podías llegar a creer que estaba haciendo tonterías. Y se lo dije a Christopher, que era muy pequeño. Le dije que papá se había marchado en broma, y Christopher se reía y reía, como si todo fuera un juego. Y mamá también. Se reía y decía: «¡Oh, vuestro padre, hijos míos!», y no paraba de reírse. Y seguimos así, y yo era el único, ¿sabes?, aunque sólo tenía siete u ocho años, el único que sabía que mi padre no estaba bromeando en

absoluto. Que no se le había pasado el enfado y que quizá se estaba poniendo más y más furioso al ver que le estábamos siguiendo. Porque lo que quizá quería era sentarse en un banco o entrar en un café, y no podía porque le estábamos siguiendo. ¿Te acuerdas de esto? Te lo conté todo aquel día. Y en un momento dado miré a mi madre, porque quería acabar con todo aquello, y fue entonces cuando me di cuenta. Me di cuenta de que había llegado a creérselo, de que se había convencido a sí misma de que mi padre estaba haciendo todo aquello en broma, para que nos riéramos. Y el pequeño Christopher estuvo todo el rato queriendo salir corriendo. Ya sabes, echar a correr para alcanzar a nuestro padre. Y yo no hacía más que inventar excusas, sin parar de reír, y le decía: «No, eso no está permitido. El juego no es así. Hay que mantener cierta distancia o el juego no funciona». Pero mi madre, ¿sabes?, decía: «¿Oh, sí?, ¿por qué no vas y le tiras de la camisa e intentas volver hasta aquí sin que te atrape?». Y yo tenía que insistir, porque era el único, ¿te das cuenta?, el único que sabía..., tenía que insistir: «No, no, tenemos que esperar. Atrás, atrás...». Mi padre tenía un aspecto un tanto extraño. Si lo mirabas desde allí, desde aquella distancia, le veías unos andares muy raros. Oye, camarada, ¿por qué no te sientas? Pareces completamente exhausto, y muy preocupado. Siéntate ahí y ayúdanos a decidir.

Geoffrey Saunders me señalaba una caja de embalaje anaranjada que había junto a la cocinilla de camping. Me sentía realmente cansado, y pensé que, fueran cuales fueren las tareas que me aguardaban, las llevaría a cabo con más ánimos después de un pequeño descanso y de un sorbo de café. Me senté, y mientras lo estaba haciendo me di cuenta de que me temblaban las piernas y de que me estaba agachando sobre la caja de un modo harto inseguro y vacilante. El grupo me rodeó en actitud comprensiva. Alguien me tendía una jarra de café, mientras otro de los presentes me ponía una mano en la espalda y me decía:

—Relájese. Descanse.

—Gracias, gracias —dije, y, cogiendo la taza, sorbí con avidez el café humeante, pese a que casi quemaba.

El hombre de pelo gris y traje se puso en cuclillas ante mí, me miró a la cara y me dijo en tono muy suave:

—Vamos a tener que tomar una decisión. Tendrá que ayudarnos.

—¿Una decisión?

—Sí. Sobre el señor Brodsky.

—Ah, sí. —Bebí un poco más de la jarra metálica—. Sí, entiendo. Ahora todo depende de mí, me hago cargo.

—Bueno, yo no diría tanto —dijo el hombre de pelo gris.

Volví a mirarle. Era un hombre de aspecto tranquilizador, de modos apacibles y amables. Pero en aquel instante, advertí, estaba sumamente serio.

—Yo no diría tanto como que todo depende de usted. La cuestión es que, dada la

situación, cada uno de nosotros tiene su propia responsabilidad. Mi opinión personal, como ya he dejado claro, es que deberíamos desencajarlo.

—¿Desencajarlo?

El hombre de pelo gris asintió con gravedad. Entonces le vi el estetoscopio al cuello, y me di cuenta de que era médico.

—Ah, sí —dije—. Hay que desencajarlo. Sí.

Fue entonces cuando miré a mi alrededor y, sobresaltado, vi que un poco más allá, no lejos de mi coche, había una gran maraña de metal. Me asaltó enseguida el temor de haber sido yo quien había causado aquel desastre, de que quizá había tenido un accidente y no me había dado cuenta. Me levanté —ayudado de inmediato por un puñado de manos— y, al acercarme al amasijo de metal, vi que se trataba de una bicicleta. La estructura de metal se hallaba terriblemente retorcida, y en medio de ella, con espanto, vi al señor Brodsky. Estaba echado boca arriba en la tierra, y sus ojos me miraban apaciblemente mientras me acercaba.

—Señor Brodsky —susurré, mirándole.

—Ah, Ryder —dijo él, sin el menor padecimiento en la voz.

Me volví hacia el hombre de pelo gris, que me había seguido, y le dije:

—Estoy seguro de que no tengo nada que ver. No recuerdo haber tenido ningún accidente. Yo iba conduciendo y...

El hombre de pelo gris, asintiendo con expresión comprensiva, hizo un gesto para que me callara. Luego, llevándome un poco aparte, dijo en voz baja:

—Casi con toda seguridad, ha intentado suicidarse. Está muy borracho, Muy, muy borracho.

—Ah. Entiendo.

—Estoy seguro de que quería suicidarse. Pero lo único que ha conseguido es que las piernas se le quedaran atrapadas en toda esa maraña. La pierna derecha está prácticamente ilesa. Sólo está trabada. La izquierda la tiene también trabada. Y es ésta la que me preocupa. No ha quedado en buen estado.

—No —dije yo, y volví a mirar por encima del hombro a Brodsky.

Él pareció darse cuenta, y dijo en la oscuridad:

—Hola, Ryder.

—Estábamos discutiendo el asunto cuando usted llegó —prosiguió el hombre de pelo gris—. A mi juicio hay que desencajársela. Así podríamos salvarle la vida. Después de un rato de debate, la mayoría estamos de acuerdo. Pero las dos damas se oponen. Opinan que lo mejor es esperar a que llegue la ambulancia. Pero creo que si lo hacemos corremos un gran riesgo. Es mi opinión profesional.

—Ah, sí. Sí, le entiendo.

—En mi opinión, tenemos que liberarle la pierna izquierda sin tardanza. Soy cirujano, pero desgraciadamente no tengo aquí mi instrumental. No tengo

analgésicos, nada. Ni siquiera una aspirina. Ya ve, no estaba de servicio, y había salido a tomar un poco el aire. Como toda esta gente. Por suerte llevaba el estetoscopio en el bolsillo. Y nada más. Pero ahora que ha llegado usted, la cosa puede cambiar. ¿Lleva herramientas en el coche?

—¿En el coche? Bueno, la verdad es que no lo sé. El coche no es mío.

—Quiere decir que es alquilado.

—No exactamente. Es prestado. De un conocido.

—Ya. —Miró con aire grave hacia el suelo, y se quedó pensativo. Por encima de su hombro pude ver que los otros nos miraban con impaciencia. Al cabo, el cirujano dijo:

—¿Le importaría mirar en el maletero? Puede que haya algo que pueda servirnos. Alguna herramienta cortante con la que llevar a cabo la operación.

Pensé en ello unos instantes, y luego dije:

—Lo haré encantado. Pero antes quizá deba ir a hablar un momento con el señor Brodsky. Verá: creo conocerle algo, y será mejor que hable con él antes de..., antes de que tomemos una medida tan drástica.

—Muy bien —dijo el cirujano—. Pero en mi opinión..., en mi opinión profesional, ya hemos perdido demasiado tiempo. Por favor, hágalo cuanto antes.

Fui hasta Brodsky y le miré a la cara.

—Señor Brodsky... —empecé a decir, pero él me interrumpió al instante.

—Ryder, ayúdeme. Tengo que ponerme en contacto con ella.

—¿Con la señorita Collins? Creo que en este momento hay otras cosas que le deberían preocupar más.

—No, no. Debo hablar con ella. Ahora lo sé. Ahora lo veo con toda claridad. Tengo la mente absolutamente lúcida. Desde que me ha pasado esto. No sé..., iba en mi bicicleta y algo me golpeó, algún coche, quién sabe... Supongo que estaba borracho. No me acuerdo de esa parte..., pero recuerdo perfectamente lo demás. Y ahora lo veo, lo veo todo con claridad. Es él. Ha sido él todo el tiempo: quiere que no salga bien. Es él, todo esto lo ha hecho él...

—¿Quién? ¿Hoffman?

—Es un ser de lo más bajo. De lo más bajo. Antes no me daba cuenta, pero ahora lo veo perfectamente. Desde el golpe que me ha dado ese vehículo, ese camión o lo que sea..., desde entonces lo veo todo con claridad. Ha venido a verme esta tarde, muy amable y comprensivo... Yo estaba en el cementerio, esperando. Esperando y esperando. El corazón me latía con fuerza. Llevo esperando todos estos años. ¿Sabe, Ryder? Llevo esperando mucho tiempo. Hasta cuando estaba borracho estaba esperando. La semana que viene, solía decirme. La semana que viene dejaré de beber e iré a buscarla. Le pediré una cita en el cementerio de St. Peter. Año tras año, me lo decía año tras año. Y ahora, por fin, allí estaba, esperándola. Sentado en la tumba de

Per Gustavsson, donde solía sentarme con Bruno. Esperando. Quince minutos, media hora, una hora... Y entonces llega *él*. Me toca, aquí en el hombro. Ha cambiado de opinión, dice. No va a venir. Ni va a ir tampoco a la sala de conciertos. Está muy amable, como siempre. Le escucho. Tómese un trago de *whisky*. Le calmará. Es especial. Pero no puedo beber *whisky*, le digo. ¿Cómo voy a beber *whisky*? ¿Está loco? No, bébase un *whisky*, me dice. Sólo un poco. Le calmará los nervios. Pensé que estaba siendo amable conmigo. Y ahora lo veo. No quería que saliera bien, desde el principio. Nunca me ha creído capaz de conseguirlo. Siempre ha pensado que no soy más que un... *trozo de mierda*. Eso es lo que piensa. Ahora estoy sobrio. He bebido como una esponja, pero desde que ese coche me ha..., estoy sobrio. Ahora puedo verlo con toda claridad. Es *él*. Es más miserable que yo. No le dejaré salirse con la suya. Voy a *hacerlo*. Ayúdeme, Ryder. No voy a permitirselo. Voy a ir a la sala de conciertos ahora mismo. Voy a demostrarles a todos de lo que soy capaz. Lo tengo todo preparado. La música..., todo está aquí, en mi cabeza. Ya verán. Pero ella tiene que venir. Tengo que hablar con ella. Ayúdeme, Ryder. Haga que pueda verla. Tiene que ir, tiene que estar sentada en la sala de conciertos. Y entonces recordará. Él es un ser de lo más bajo, pero ahora lo veo claramente. Ayúdeme, Ryder...

—Señor Brodsky —dije, interrumpiéndole—. Hay un cirujano aquí. Va a tener que someterle a una operación. Puede que le duela.

—Ayúdeme, Ryder. Ayúdeme a ponerme en contacto con ella. Su coche. Sí, en su coche. Lléveme. Lléveme a verla. Estará en ese apartamento... Lo odio. Cómo lo odio. Solía quedarme en la calle, enfrente. Lléveme a verla, Ryder. Lléveme ahora mismo.

—Señor Brodsky, creo que no se da usted cuenta de su estado. No hay tiempo que perder. De hecho le he prometido al cirujano que buscaría en el maletero. Volveré en un momento.

—Está tan asustada... Pero aún no es demasiado tarde. Podríamos tener un animal. No, ahora eso no importa; lo del animal ahora no importa. Que vaya a la sala de conciertos. Eso es todo lo que pido. Que vaya a la sala de conciertos. Eso es todo lo que pido...

Dejé a Brodsky y fui hasta el coche. Abrí el maletero, y vi que estaba lleno de cosas amontonadas y revueltas. Había una silla rota, unas botas de goma, unas cuantas cajas alargadas de plástico... Luego vi una linterna, y cuando la encendí para buscar mejor descubrí en un rincón una pequeña sierra para metales. Parecía un poco grasienta, pero al pasar un dedo por la hoja comprobé que tenía los dientes afilados. Cerré el maletero y fui hasta el grupo, que seguía hablando alrededor de la cocina de camping. Al acercarme oí que el cirujano estaba diciendo:

—La obstetricia es una especialidad anodina hoy día. No es como cuando estudiaba la carrera...

—Disculpe —dije—, he encontrado esto.

—Ah —dijo el cirujano, volviéndose—. Gracias. ¿Ha hablado ya con el señor Brodsky? Muy bien.

De pronto sentí una intensa rabia por haberme dejado implicar en todo aquel asunto, y, quizá un tanto irritado, dije:

—¿Es que en esta ciudad no hay medios suficientes para hacer frente a eventualidades como ésta?

—Hemos llamado hace ya una hora —dijo Geoffrey Saunders—. Desde aquella cabina. Desgraciadamente, esta noche no hay muchas ambulancias disponibles a causa de la gran velada que está a punto de celebrarse en el auditorium.

Miré hacia donde señalaba Saunders y vi que, efectivamente, a cierta distancia de la carretera, casi donde empezaba la espesura, había una cabina telefónica. Al verla recordé de pronto el urgente asunto que me había traído hasta allí, y se me ocurrió telefonar a Sophie, ya que de ese modo podría no sólo avisarla de lo que sucedía sino asimismo preguntarle cómo llegar hasta su apartamento.

—Si me disculpan un momento... —dije, encaminándome hacia la cabina—. Tengo que hacer una llamada urgente.

Caminé hasta los árboles y entré en la cabina. Mientras me hurgaba en los bolsillos en busca de unas monedas, vi que el cirujano se acercaba despacio hacia Brodsky, con la sierra oculta a su espalda. Geoffrey Saunders y los otros se habían quedado atrás, y se movían en círculos con aire inquieto, mirando dentro de sus jarras metálicas o en dirección a sus zapatos. El cirujano, entonces, se volvió y les dijo algo, y dos de ellos, Geoffrey Saunders y un joven con cazadora de cuero marrón, le siguieron de mala gana. Luego, al llegar a donde estaba Brodsky, se quedaron mirándolo con expresión sombría.

Dejé de mirarles y marqué el número de Sophie. La señal sonó varias veces, y al cabo Sophie descolgó el teléfono con voz soñolienta y un tanto alarmada. Aspiré profundamente.

—Escucha —dije—. No parece darte cuenta de la presión que estoy soportando en estos momentos. ¿Te crees que es fácil para mí? Ya no me queda casi tiempo y ni siquiera dispongo de un segundo para inspeccionar la sala de conciertos. Y en cambio aquí me tienes, ocupado en todas esas cosas que la gente espera de mí. ¿Crees que ésta es para mí una noche fácil? ¿Te das cuenta de la noche que es? Mis padres van a estar en el auditorium. ¡Exactamente! ¡Por fin vienen! ¡Esta noche! ¡Puede que hasta estén ya allí! Y mira lo que está pasando. ¿Me dejan las manos libres para que me prepare? No, me abruman con una cosa tras otra. Con ese maldito turno de preguntas y respuestas, por ejemplo. Han llevado incluso un marcador electrónico. ¿No es increíble? ¿Qué esperan de mí? Esa gente da por descontadas muchas cosas. ¿Qué esperan de mí, precisamente esta noche? Pero es lo mismo que en todas partes. Lo

esperan todo de mí. Y puede que luego hasta la tomen conmigo, no me extrañaría nada. Cuando no estén contentos con mis respuestas, la tomarán conmigo. Y ¿qué va a ser de mí entonces? Puede que no pueda ni llegar al piano. O que mis padres se marchen en cuanto la gente se vuelva contra mí...

—Oye, tranquilízate —dijo Sophie—. Todo va a ir bien. No van a tomarla contigo. Siempre dices que la van a tomar contigo, y hasta el momento nadie, ni una sola persona en todos estos años, la ha tomado contigo.

—Pero ¿es que no entiendes lo que te estoy diciendo? Ésta no es una noche cualquiera. Vienen mis padres. Si la gente se vuelve contra mí, será..., será...

—Nadie va a volverse contra ti —me interrumpió de nuevo Sophie—. Siempre dices lo mismo. Llamas desde todos los rincones del mundo para decírmelo. Cuando te pones así, siempre haces lo mismo. Que van a volverse contra ti, que van a «descubrirte». ¿Y qué sucede realmente? Que horas después vuelves a llamarme para decirme que estás tan tranquilo y satisfecho. Y te pregunto qué tal ha ido todo, y tú pareces hasta sorprendido de que te lo pregunte. «Oh, perfectamente», me dices. Siempre es lo mismo, y luego te pones a hablar de otras cosas como si lo anterior no mereciera ni el más mínimo comentario...

—Un momento. ¿A qué te refieres? ¿A qué llamadas telefónicas te refieres? ¿Te das cuenta de las molestias que me tomo para hacértelas? A veces estoy terriblemente ocupado, y sin embargo encuentro un hueco en mi apretada agenda para llamarte, para asegurarme de que estás bien. Y las más de las veces eres tú la que aprovechas la llamada para contarme tus problemas. ¿Qué es lo que pretendes al decir que te digo todas esas cosas...?

—De nada sirve hablar de ello ahora... Lo que quiero decir es que todo va a salir bien esta noche.

—Para ti es muy fácil decir eso. Eres como todos los demás. Lo das todo por hecho. Piensas que lo único que tengo que hacer es salir al escenario, y que lo demás se da por añadidura... —De pronto me acordé de Gustav tendido en el colchón de aquel camerino desnudo, y callé al instante.

—¿Qué pasa? —preguntó Sophie.

Seguí unos cuantos segundos poniendo en orden mis pensamientos, y al final dije:

—Escucha, hay algo que debo decirte. Son malas noticias. Lo siento.

Sophie guardó silencio.

—Tu padre —dije—. Se ha puesto enfermo. Está en la sala de conciertos. Tienes que venir inmediatamente.

Hice otra pausa, pero Sophie siguió en silencio.

—Está aguantando bien —continué al cabo de un momento—. Pero tienes que venir inmediatamente. Boris también. De hecho te llamaba para eso. Tengo un coche. Voy de camino a recogerlos.

La línea siguió muda durante una eternidad. Y al cabo Sophie dijo:

—Siento lo de anoche. Me refiero a lo de la Karwinsky Gallery. —Calló. Pensé que iba a guardar silencio otro largo rato, pero continuó enseguida—: Estuve patética. No tienes por qué fingir. Sé que estuve patética. No sé lo que me pasa, pero no consigo desenvolverme normalmente en situaciones como ésta. Voy a tener que asumirlo. Nunca seré capaz de viajar contigo de ciudad en ciudad, de acompañarte en esas giras. No puedo hacerlo. Lo siento.

—Pero ¿qué importa eso? —dije con delicadeza—. La galería de anoche... Ya la he olvidado por completo. ¿A quién le importa la impresión que hayas podido causar a gente de ese tipo? Eran horribles; todos ellos. Y tú fuiste, con mucho, la mujer más bella de todas las presentes.

—No puedo creerte —dijo Sophie, echándose a reír de pronto—. Estoy hecha una vieja.

—Pero envejeces maravillosamente.

—¿Pero qué dices! —Volvió a reír—. ¿Cómo te atreves?

—Perdona —dije, riendo también—. Quería decir que no has envejecido en absoluto. No hasta el punto de que se te note, al menos.

—¿No hasta el punto de que se me note?

—No sé lo que... —dije, confuso. Me eché a reír de nuevo—. Puede que estuvieras ojerosa y fea. Ya no me acuerdo.

Sophie soltó otra carcajada. Y luego guardó silencio. Cuando volvió a hablar, su voz había recuperado el tono grave:

—Pero qué patética estuve. Ni siquiera podré viajar contigo mientras siga así.

—Mira, te lo prometo: no seguiré viajando mucho tiempo. Esta noche, si todo va bien, nunca se sabe... Esta noche podría ser...

—Siento no haber encontrado nada aún. Te prometo encontrar algo muy pronto. Un sitio para nosotros, cómodo de verdad...

No logré encontrar una respuesta adecuada a esto, y nos quedamos callados unos segundos. Luego oí que me decía:

—¿Seguro que no te importa? ¿Cómo me comporté anoche? ¿Cómo me comporto siempre?

—No me importa en absoluto. En recepciones como ésta, puedes comportarte como quieras. Hacer lo que te venga en gana. No tiene la menor importancia. Tú vales mucho más que todos los invitados juntos de cualquiera de esas salas.

Sophie se quedó callada. Y proseguí:

—En parte también es culpa mía. Lo de la casa, quiero decir. No es justo que te encargues tú sola de buscarla. Quizá a partir de ahora, si la velada de hoy sale bien, podamos hacerlo de otro modo. Podríamos buscar juntos.

La línea quedó en silencio, y me pregunté si Sophie seguiría aún al otro extremo.

Pero al poco le oí decir con voz distante, soñadora:

—Vamos a encontrar algo enseguida, ¿verdad?

—Sí, por supuesto que sí. Buscaremos juntos. Con Boris. Encontraremos algo.

—Y vienes enseguida, ¿verdad? A llevarnos a ver a papá.

—Sí, sí. Pasaré a buscaros tan pronto como pueda. Así que procura estar preparada. Los dos.

—Sí, de acuerdo. —Su voz seguía siendo lejana, y carente de urgencia—. Iré a despertar a Boris. Sí, de acuerdo.

Cuando salí de la cabina, me pareció ver en el cielo inequívocos indicios de que se acercaba el alba. Divisé al grupo en torno a Brodsky, y, al acercarme, vi al cirujano arrodillado, serrando. Brodsky parecía aceptar en silencio su tormento, pero luego, justo cuando llegué al coche, lanzó un pavoroso grito que retumbó entre los árboles.

—Tengo que marcharme —dije, sin dirigirme a nadie en particular, y sin que nadie pareciera oírme. Pero luego, cuando cerré la portezuela y puse el motor en marcha, todas las caras se volvieron hacia mí con expresión horrorizada. Y antes de que pudiera subir la ventanilla, llegó corriendo Geoffrey Saunders.

—Escucha —dijo en tono airado—. Escúchame: no puedes irte como si tal cosa. En cuanto logremos liberarle, necesitaremos un coche para llevarle a algún sitio. Necesitaremos tu coche, ¿es que no te das cuenta? Es de sentido común.

—Mira, Saunders —dije con firmeza—. Me hago cargo de que estáis en un aprieto. Me gustaría seguir ayudándoos, pero ya he hecho todo lo que está en mi mano. Tengo mis propios problemas, y he de ocuparme de ellos sin tardanza.

—Muy propio de ti, viejo camarada —dijo Saunders—. Muy propio de ti...

—Mira, Saunders... No tienes ni la más remota idea... De verdad, Saunders, no tienes ni la más remota idea. Tengo más responsabilidades de las que tú eres capaz de imaginar. Escucha: ¡yo no llevo la clase de vida que tú llevas!

La última frase la había dicho gritando, y advertí que hasta el cirujano había dejado de hacer lo que estaba haciendo para volverse y mirarme. Por lo visto también Brodsky parecía haber olvidado momentáneamente su dolor, porque me estaba mirando fijamente. Me sentí cohibido, y dije en tono más conciliador:

—Disculpa, pero tengo que ocuparme de algo de veras urgente. Para cuando hayáis terminado de hacer lo que estáis haciendo, para cuando el señor Brodsky se encuentre en situación de ser trasladado a alguna parte, seguro que habrá llegado la ambulancia. En cualquier caso, lo siento, pero no puedo quedarme ni un minuto más.

En cuanto acabé de decir esto subí la ventanilla, puse en marcha el coche y volví a surcar el bosque en medio de la negrura de la noche.

La carretera siguió atravesando el bosque durante un rato. Al cabo los árboles fueron haciéndose más dispersos y pude vislumbrar a lo lejos la primera luminosidad del alba. Luego ya no hubo más árboles, y llegué a unas calles vacías.

La luz roja del semáforo me obligó a detenerme en un cruce, y mientras esperaba, en medio del silencio —no había ningún otro coche a la vista—, a que la luz cambiara, miré a mi alrededor y vi que poco a poco iba reconociendo el barrio donde me encontraba. Estaba ya, caí en la cuenta, muy cerca del apartamento de Sophie; en efecto, la calle que tenía enfrente me llevaría directamente hasta él. Recordé también que el apartamento se hallaba encima de una barbería, y cuando las luces cambiaron atravesé el cruce, entré en la silenciosa calle y me puse a estudiar atentamente los edificios ante los que pasaba. Al final vi a lo lejos dos figuras que parecían esperar junto al bordillo, y pisé el acelerador.

Sophie y Boris sólo llevaban encima unas chaquetas ligeras, y al parecer se habían enfriado con el aire de la mañana temprana. Vinieron corriendo hacia el coche, y Sophie, inclinándose hacia mi ventanilla, me gritó con enfado:

—¡Has tardado siglos! ¿Por qué has tardado tanto?

Antes de que pudiera responder, Boris puso una mano sobre el brazo de su madre, y dijo:

—No pasa nada. Llegaremos a tiempo. No pasa nada.

Miré a Boris. Llevaba una gran cartera que parecía el maletín de un médico y que le daba un aire de gravedad un tanto cómico. Pero sus modos eran extrañamente tranquilizadores, y parecieron calmar a su madre.

Pensaba que Sophie iba a sentarse a mi lado, pero los dos ocuparon los asientos traseros.

—Perdonad —dije, mientras daba media vuelta en el centro de la calle—, pero aún no conozco bien la zona.

—¿Quién está con él ahora? —preguntó Sophie, de nuevo con voz tensa—. ¿Está cuidándole alguien?

—Está con sus colegas. Están todos con él. Todos y cada uno de ellos.

—¿Lo ves? —dijo Boris con voz suave a mi espalda—. Te lo dije. Así que no te preocupes. Todo saldrá bien.

Sophie dejó escapar un hondo suspiro, pero parecía que Boris había vuelto a lograr que se calmara. Un momento después, oí que Boris decía:

—Le están cuidando como es debido. Así que no te preocupes. Le están cuidando perfectamente. ¿No es cierto?

Era obvio que la pregunta iba dirigida a mí. Yo me sentía un poco molesto por el papel que Boris se había asignado a sí mismo —tampoco me agradaba que se

hubieran sentado atrás los dos juntos, como si yo fuera un taxista—, y decidí no responder.

Durante los minutos que siguieron avanzamos en silencio. Llegamos al cruce, y a partir de allí me esforcé cuanto pude por recordar el camino de vuelta hacia la carretera del bosque. Estábamos aún en las calles desiertas de la ciudad cuando Sophie dijo con voz muy suave, apenas audible por encima del ruido del motor:

—Es un aviso.

No sabía si se dirigía a mí, y me disponía a mirar por encima del hombro para cerciorarme cuando oí que añadía con la misma voz casi inaudible:

—Boris, ¿me estás escuchando? Tendremos que hacer frente a la situación. Es un aviso. Tu abuelo se está haciendo viejo. Necesita bajar el listón. De nada vale tratar de negarlo. Necesita bajar el listón.

Boris respondió algo, pero no pude oírle.

—Llevo algún tiempo pensando en ello —continuó Sophie—. Nunca te he dicho nada porque sé lo mucho que le..., lo mucho que piensas en tu abuelo. Pero llevo ya algún tiempo pensándolo. Hubo otras señales antes de ésta, hace ya tiempo. Pero ahora que ha sucedido esto, ya no podemos cerrar los ojos a la realidad. Se está haciendo viejo, y tiene que bajar su ritmo de trabajo. He hecho algunos planes; nunca te he dicho nada, pero llevo ya algún tiempo haciendo planes al respecto. Voy a tener que hablar con el señor Hoffman; voy a tener una seria charla con él acerca del futuro de tu abuelo. Ya tengo toda la información preparada. He hablado con el señor Sedelmayer, del Hotel Imperial, y con el señor Weissberg, del Ambassadors. Nunca te he dicho nada, pero yo ya veía que el abuelo no estaba tan fuerte como antes. Así que me he estado informando. No suele ser nada raro que, cuando alguien lleva tanto tiempo como tu abuelo trabajando en un hotel, no suele ser nada raro que llegado cierto punto le den otro tipo de trabajo un poco diferente. Y que no tenga que trabajar tanto como antes. En el Hotel Imperial hay un hombre, mucho mayor que tu abuelo, un hombre al que ves nada más entrar en el vestíbulo. En su tiempo fue *chef*, pero cuando se hizo demasiado viejo para seguir haciendo ese trabajo, decidieron darle otra ocupación. Lleva un espléndido uniforme, y está en una esquina del vestíbulo, detrás de un gran mostrador de caoba, y desempeña tareas de papeleo. El señor Sedelmayer dice que trabaja muy bien, que se gana cada céntimo del sueldo. Los clientes, en especial los habituales, se sentirían ofendidos si al entrar no vieran a ese viejo empleado detrás del mostrador de caoba. Es algo que da mucha distinción al establecimiento. Bien, y he pensado hablar de ello con el señor Hoffman. El abuelo podría hacer algo parecido. Le pagarían menos, por supuesto, pero podría seguir teniendo su pequeño cuarto, con el que está tan encariñado, y las comidas. Puede que pudieran ponerle detrás de un mostrador, como al ex *chef* del Imperial, pero el abuelo quizá prefiera estar de pie en alguna parte. Con un uniforme especial, en alguna parte

del vestíbulo. No me refiero a que tenga que ser de inmediato. Pero sí pronto. Ya no es tan joven, y esto ha sido un aviso. No podemos negarnos a la evidencia. De nada vale que finjamos que no ha pasado nada.

Sophie guardó silencio unos instantes. Para entonces ya habíamos llegado a la linde del bosque. El cielo del amanecer se hallaba ahora teñido de una tonalidad purpúrea.

—No te preocupes —dijo Boris—. El abuelo se pondrá bien.

Oí que Sophie dejaba escapar un hondo suspiro. Y que luego decía:

—Así tendría más tiempo libre. No tendría tanto trabajo, y podrías pasar más tardes con él en la ciudad antigua. O podríais pasarlas donde os apeteciera. Pero necesitará un buen abrigo. Por eso le llevo éste ahora. Ya es hora de que se lo dé. Lo tengo desde hace demasiado tiempo.

Oí un crujido de papel a mi espalda, y al mirar por el retrovisor vi que Sophie tenía a su lado el blando paquete de color castaño que contenía el abrigo de su padre. Entonces tuve que atraer su atención para preguntarle algo relacionado con el camino a seguir, y ella pareció reparar en mi presencia por primera vez desde que los había recogido junto a su apartamento. Se inclinó hacia mí y me dijo muy cerca del oído:

—Llevo ya tiempo preparada para esto. Tengo que hablar muy pronto con el señor Hoffman.

Murmuré algo en señal de asentimiento, y al adentrarnos en el bosque puse las luces largas.

—Hay gente —dijo Sophie— que actúa como si fuera a estar en el mundo eternamente. Yo nunca he podido hacer eso.

Durante los minutos siguientes guardó silencio, pero yo podía sentir su presencia muy cerca, y —no sabría decir por qué— al poco me sorprendí esperando sentir el contacto de sus dedos en mi cara. Luego dijo con voz queda:

—Me acuerdo. De cuando mamá murió. Qué solos nos quedamos.

Volví a mirarla por el retrovisor. Seguía inclinada hacia adelante, hacia mí, pero tenía la mirada fija en el bosque que discurría a nuestro paso.

—No te preocupes —dijo suavemente; hizo un gesto y el paquete del abrigo crujió otra vez—. Me ocuparé de que estemos bien. Los tres. Me ocuparé de ello, ya veréis.

Estacioné el coche en un pequeño aparcamiento de la parte trasera de la sala de conciertos. Enfrente había una puerta con la lámpara del dintel aún encendida, y aunque no era la puerta que había utilizado antes me apeé del coche y me dirigí deprisa hacia ella. Cuando miré hacia atrás vi que Boris ayudaba a Sophie a bajar del coche. Mientras se acercaban con paso vivo hacia el edificio, siguió manteniendo una mano protectora en la espalda de su madre, y la cartera-maletín de médico que

llevaba asida con fuerza con la otra mano se bamboleaba y le golpeaba las piernas.

La puerta nos condujo al largo pasillo circular, y casi de inmediato nos vimos obligados a echarnos hacia un lado para dar paso a un carrito empujado por dos hombres. La temperatura era ahora unos cuantos grados más elevada que antes —el ambiente era sofocante—, y enseguida vi a dos músicos con traje de etiqueta que charlaban afablemente en una puerta, y caí en la cuenta con alivio de que no estábamos muy lejos del camerino de Gustav.

Al avanzar por el pasillo vi que cada vez había en él más miembros de la orquesta. La mayoría se había ya cambiado para el concierto, pero el talante entre ellos parecía seguir siendo desenfadado y frívolo. Gritaban y reían más que nunca, y en un momento dado por poco tropezamos con un hombre que salía de un camerino con un violoncelo sostenido entre los brazos a modo de guitarra. Y entonces oí que alguien decía:

—Oh, el señor Ryder, ¿no es cierto? Nos conocemos ya, ¿se acuerda?

Un grupo de cuatro o cinco hombres que pasaban por el pasillo se habían parado y miraban en dirección a nosotros. Llevaban todos ellos traje de etiqueta, y advertí al instante que estaban borrachos. El hombre que había hablado llevaba un ramo de rosas en la mano y, al acercarse hacia nosotros, lo agitó en el aire sin ningún cuidado.

—En el cine, la otra noche, —dijo—. Nos presentó el señor Pedersen. ¿Cómo está usted, señor? Mis amigos me dicen que me comporté muy mal la otra noche y que debo pedirle disculpas.

—Oh, sí —dije, reconociéndole—. ¿Cómo está usted? Me alegro de volver a verle. Por desgracia, tengo algo muy urgente que...

—Confío en no haber sido grosero la otra noche —dijo el hombre borracho, viniendo hasta mí y plantándome la cara a un palmo de la mía—. Nunca quiero ser grosero.

Al oírle, sus amigos emitieron ruidos de reprimido regocijo.

—No, no lo fue. En absoluto —dije—. Pero ahora debe disculparme...

—Estábamos buscando —dijo el hombre borracho— al maestro. No, no a usted, señor. A *nuestro propio* maestro. Le hemos traído flores, ¿ve? Como muestra de nuestro gran respeto. ¿Tiene alguna idea de dónde podríamos encontrarle, señor?

—No, lo lamento. No tengo la menor idea. Yo... No creo que puedan encontrar al señor Brodsky en el edificio en este momento.

—¿No? ¿No ha llegado todavía? —El hombre borracho se volvió hacia sus compañeros—. Nuestro maestro no ha llegado todavía. ¿Qué os parece? —Y, dirigiéndose de nuevo a mí, dijo—: Le traemos flores. —Volvió a agitar el ramo, y cayeron al suelo unos cuantos pétalos—. Una muestra de cariño y respeto de la corporación municipal. Y de disculpa. Naturalmente. Por no haberle comprendido en todo este tiempo. —Nos llegaron de nuevo las risas sofocadas de sus amigos—. Aún

no ha llegado. Nuestro amado maestro. Bueno, en tal caso, seguiremos un rato más con los músicos. O quizá volvamos al bar. ¿Qué vamos a hacer, compañeros?

Vi que Sophie y Boris contemplaban la escena con creciente impaciencia.

—Disculpe —susurré, y eché a andar hacia adelante. A nuestra espalda, el grupo volvió a reír ahogadamente, pero decidí no mirar atrás.

Por fin amainó el bullicio, y poco después vimos a los mozos de hotel congregados al fondo del pasillo, junto a la puerta del último camerino. Sophie apretó el paso, pero cuando ya nos había adelantado cierto trecho se detuvo. Los maleteros, por su parte, al percatarse de nuestra llegada, se apartaron hacia los lados para dejarnos paso, y uno de ellos —un hombre nervudo con bigote al que recordaba del Café de Hungría— se acercó a nosotros. Parecía indeciso, y al principio se dirigió sólo a mí:

—Está aguantando bien, señor. Está aguantando bien. —Luego se volvió a Sophie, y bajando la mirada, dijo en voz baja—: Está aguantando bien, señorita Sophie.

Sophie, al principio, no respondió; se limitó a pasar junto a los mozos en dirección a la puerta entreabierta del camerino. Pero luego dijo de pronto, como para justificar su presencia allí:

—Le he traído algo. Aquí lo tengo. —Levantó el paquete—. Le he traído esto.

Alguien llamó a la puerta del camerino, y al punto aparecieron en el umbral dos maleteros. Sophie no dijo nada, y por espacio de unos segundos nadie pareció estar muy seguro de lo que decir o hacer a continuación. Entonces Boris se abrió paso hasta la puerta y alzó al aire el maletín negro.

—Por favor, caballeros —dijo—. Háganse a un lado, por favor. A un lado, por favor.

Les indicaba que se apartaran de la puerta. Los dos hombres que acababan de salir permanecieron en el umbral con expresión perpleja, mientras Boris les hacía señas con impaciencia.

—¡Caballeros! ¡Háganse a un lado, por favor!

Cuando hubo logrado despejar un razonable espacio frente al camerino, Boris se volvió y miró a su madre. Sophie avanzó unos pasos hacia la puerta, pero se detuvo de nuevo. Fijó la mirada en ella —los dos mozos la habían dejado medio abierta— con expresión de cierto recelo. De nuevo nadie parecía saber qué hacer, y de nuevo fue Boris quien rompió el silencio.

—Mamá, espera aquí —dijo.

Y acto seguido se volvió y desapareció en el interior del camerino.

Vi que Sophie se tranquilizaba. Avanzó unos pasos hacia la puerta y —casi como al desgaire— se inclinó un poco hacia adelante para comprobar si podía vislumbrar algo del interior del camerino. Al ver que Boris había dejado la puerta casi cerrada

por completo, se enderezó y se quedó allí de pie, esperando, como en la cola de un autobús, con el paquete entre los brazos.

Boris salió al cabo de unos minutos. Con su gran cartera-maletín de médico aún en la mano, cerró con cuidado la puerta a su espalda.

—El abuelo dice que está muy contento de que hayamos venido —dijo en tono suave, mirando a su madre—. Está muy contento.

Siguió mirando con fijeza la cara de su madre, y al principio me extrañó sobremanera la forma en que lo hacía. Pero luego caí en la cuenta de que aguardaba a que Sophie le diera un mensaje, que él transmitiría al instante volviendo a entrar en el camerino. Y, en efecto, Sophie se quedó unos segundos pensativa y al cabo dijo:

—Dile que le he traído una cosa. Un regalo. Que se lo voy a llevar yo misma enseguida. Que... Que me estoy preparando.

Cuando Boris desapareció de nuevo en el interior del camerino, Sophie se colocó el paquete encima de un brazo y con el otro comenzó a alisar las arrugas del suave papel castaño. Tal vez tuviera que ver con la palmaria inutilidad de aquel gesto, pero el caso es que me acordé de pronto de los asuntos que me quedaban por atender. Me acordé, por ejemplo, de que aún tenía que inspeccionar las instalaciones del auditorium, y de que mis posibilidades de poder hacerlo con algún viso de provecho disminuían por momentos.

—Volveré enseguida —le dije a Sophie—. Hay algo de lo que debo ocuparme.

Ella siguió alisando las arrugas del paquete y no me respondió. Me disponía a repetírselo con más fuerza cuando, pensándolo mejor, decidí no atraer la atención sobre mi persona de forma innecesaria, y salí apresurada y discretamente en busca de Hoffman.

Había recorrido un trecho del pasillo cuando, un poco más adelante, vi un gran revuelo. Como una docena de personas se estaban gritando y empujando en medio de grandes gesticulaciones, y mi primer pensamiento fue que, a causa de la tensión creciente, había estallado una reyerta entre los empleados del servicio de cocinas. Pero luego advertí que el ruidoso tropel se iba acercando hacia mí despacio y que el grupo lo integraba una curiosa mezcla de personas. Unas vestían traje de etiqueta, y otras —con anoraks, gabardinas y pantalones vaqueros— parecían recién llegadas de la calle. Pude ver entre ellos, asimismo, a algunos miembros de la orquesta.

Uno de quienes más gritaban era un hombre cuya cara me resultaba familiar, y estaba tratando de identificar dónde lo había conocido cuando le oí protestar a voz en cuello:

—¡Señor Brodsky, insisto!

Y entonces reconocí al cirujano de pelo gris que había conocido poco antes en el bosque, y caí en la cuenta de que, en efecto, en el centro del grupo, avanzando por el pasillo despacio pero con expresión de terca determinación, estaba el señor Brodsky. Tenía un aire cadavérico. E increíblemente pálida y arrugada la piel de cara y cuello.

—¡Pero dice que está bien! ¿Por qué no le deja decidir por sí mismo? —le replicó a gritos un hombre de mediana edad con esmoquin. Un coro de voces respaldó de inmediato esta proposición, que fue rebatida a su vez por un coro adverso.

Entretanto, Brodsky seguía avanzando lentamente por el pasillo, haciendo caso omiso de la conmoción creada en torno a su persona. Al principio daba la impresión de que era llevado en volandas por el grupo, pero cuando estuvo más cerca vi que caminaba él solo con la ayuda de una muleta. Algo había en aquella muleta que me hizo mirarla con más detenimiento, y entonces vi que en realidad se trataba de una tabla de planchar plegada que el señor Brodsky llevaba verticalmente bajo la axila.

Mientras yo contemplaba la escena, la gente fue reparando poco a poco en mi presencia, y callándose en señal de respeto, de modo que, a medida que se acercaba, el grupo se iba haciendo más silencioso. El cirujano, sin embargo, seguía lanzando grandes gritos:

—¡Señor Brodsky! Su cuerpo acaba de sufrir un gran *shock*. ¡Debo insistir en que se siente y descanse!

Brodsky miraba hacia abajo, tratando de concentrarse en cada paso, y al principio no pareció reparar en mi presencia. Luego, advirtiendo cierto cambio de talante a su alrededor, alzó la mirada.

—Ah, Ryder —dijo—. Aquí me tiene.

—Señor Brodsky. ¿Cómo se siente?

—Estoy bien —dijo, muy tranquilo.

El grupo se había apartado un poco, y Brodsky pudo recorrer con mayor facilidad el trecho que nos separaba. Cuando alabé cómo había llegado a dominar el arte de caminar con muleta en tan poco tiempo, miró la tabla de planchar como si acabara de recordar que la llevaba.

—Ha dado la casualidad de que el hombre que me ha traído —dijo—, llevaba esto, esta cosa, en la trasera de su furgoneta. No está tan mal. Es resistente, y me permite andar perfectamente. Pero ya ve, tiene un problema, Ryder. Tiende a abrirse. Mire.

La sacudió un poco con el brazo y, efectivamente, la tabla empezó a abrirse. Un tope impedía que siguiera abriéndose, pero comprendí que el continuo desplegarse hasta aquel punto tenía que resultarle harto enojoso.

—Necesito un cordel para sujetarla —dijo Brodsky, un tanto triste—. Un trozo de cuerda o algo. Pero no hay tiempo para ocuparse de eso.

Al mirar hacia donde me indicaba, no pude evitar fijar la vista con espanto en su pernera izquierda: estaba atada con un nudo justo por debajo del muslo.

—Señor Brodsky —dije, forzándome a mirar de nuevo hacia arriba—. No puede sentirse tan bien como dice. ¿Va a tener la energía necesaria para dirigir la orquesta esta noche?

—Sí, sí. Me siento perfectamente. La dirigiré y será..., será fantástico. Todo saldrá como siempre he sabido que saldría. Y ella verá..., lo comprobará con sus propios ojos y oídos. Verá que todos estos años..., que no he sido el necio que parecía. Que durante todos estos años todo ha estado en mi interior, esperando. Esta noche va a ver quién soy, Ryder. Será fantástico.

—¿Se refiere a la señorita Collins? ¿Va a venir?

—Va a venir. Va a venir. Oh, sí, sí. Él ha hecho todo lo que ha podido para impedirlo, la ha asustado, pero ella va a venir, oh, sí... He visto su juego, el de ese tipo. Sí, Ryder, he ido al apartamento de ella, he tenido que caminar mucho, ha sido muy duro, pero al final ha aparecido ese hombre, ese buen hombre de ahí... —miró a su alrededor e hizo un gesto vago en dirección a alguien—, con una furgoneta. Hemos ido a su apartamento, he llamado a la puerta, una y otra vez... Y alguien, un vecino, ha creído que era como antes. Ya sabe, solía hacerlo, llamar y llamar a su puerta de noche, y los vecinos avisaban a la policía. Pero le he dicho, no, no sea imbécil, ya no estoy borracho. He tenido un accidente, y estoy sobrio. Tengo la cabeza perfectamente. Se lo he dicho a gritos, a ese vecino, a ese viejo gordo. Ahora estoy perfectamente lúcido y veo lo que ese tipo ha estado haciendo todo este tiempo. Eso es lo que le he gritado al viejo gordo. Y entonces ella se ha acercado a la puerta, sí, ella, ha ido hasta la puerta, y me ha oído hablar con el vecino, y la he visto a través del cristal, sin saber qué hacer, y he dejado de hablar con el vecino y me he puesto a hablarle a ella. Me ha escuchado, y al principio no quería abrirme la puerta, pero le he

dicho, escucha, he tenido un accidente, y entonces me ha abierto la puerta. ¿Dónde diablos está ese sastre? ¿Adónde se ha ido? Tenía que tenerme el traje listo.

Brodsky miró a su alrededor, y una voz de la última fila del grupo dijo:

—No tardará, señor Brodsky. Bueno, ya está aquí.

Apareció un hombre menudo con una cinta métrica, y empezó a tomarle las medidas.

—Vamos, vamos... —masculló Brodsky con impaciencia. Luego, dirigiéndose a mí, dijo—: No tengo traje de etiqueta. Me tenían uno preparado; me lo llevaron a casa, dicen. Quién sabe... He tenido ese accidente, y no tengo ni idea de dónde puede estar. Tienen que proporcionarme otro. Un traje de etiqueta y una camisa de frac; esta noche quiero lo mejor. Va a ver lo que he guardado en mi interior todos estos años...

—Señor Brodsky —dije—. Me estaba contando lo de la señorita Collins. ¿Cree haberla convencido para que venga al auditorium esta noche?

—Oh, sí, va a venir. Lo ha prometido. No va a romper su promesa por segunda vez. No ha venido al cementerio. He esperado y esperado, pero no ha venido. Pero no ha sido culpa suya. Ha sido él, el director del hotel: la ha asustado. Pero yo le he dicho que ya es tarde para andar con miedos. Hemos tenido miedo toda la vida y ya es hora de que empecemos a ser valientes. Al principio no me escuchaba. No paraba de decirme: «¿Qué has hecho?». No estaba como normalmente suele estar, estaba casi llorando, con las manos en la cara, casi llorando, sin importarle que los vecinos pudieran estar escuchando... A esas horas de la noche y diciéndome, Leo, Leo..., sí, me llama así ahora, Leo, ¿qué te has hecho en la pierna? Esa sangre... No es nada, le he dicho, no importa. Un accidente, pero pasaba por allí un médico, ya no importa, le he dicho, lo que de verdad importa es que vengas esta noche a la sala de conciertos. No hagas caso de lo que te diga ese miserable del hotel, ese..., ese *botones*. Queda muy poco tiempo... Esta noche va a ver de lo que soy capaz. Todos estos años..., no soy el necio que ella pensaba que era. Y ella decía que no podía venir, que no estaba preparada, y que además, me ha dicho, volverían a abrírsele todas esas heridas. Y yo le he dicho que no hiciera caso a ese botones, a ese portero de hotel, que ya es demasiado tarde para eso. Y ella me señalaba la pierna y decía, pero ¿qué te ha pasado?, estás sangrando, y yo le he dicho que no importaba, y entonces le he gritado. No importa, le he gritado. ¿Es que no te das cuenta? ¡Tengo que conseguir que vengas! ¡Tienes que venir! ¡Tienes que verlo por ti misma, tienes que venir! Entonces he visto que se ha dado cuenta de lo en serio que hablaba. He visto sus ojos; he visto cómo cambiaban las cosas en el fondo de sus ojos, cómo el miedo se esfumaba, cómo algo cobraba vida, y he sabido que al fin había vencido, que ese limpiarretetes de hotel había perdido la partida. Y le he dicho, ya con mucha suavidad, le he dicho: «¿Así que vienes?». Y ella ha asentido con la cabeza, con calma, y he sabido que podía confiar en ella. Ni una sombra de duda, Ryder. Ha asentido y he sabido que

podía confiar en ella, y me he dado media vuelta y me he marchado. Y he venido aquí..., este buen hombre, ¿dónde está?, me ha traído en su furgoneta. Pero habría venido andando, no estoy tan mal como podría pensarse.

—Pero, señor Brodsky —dije—. ¿Está seguro de encontrarse lo bastante bien como para subir al escenario? Acaba de sufrir un terrible accidente...

No lo pretendía, claro está, pero mi mención de su estado desencadenó un nuevo griterío. El cirujano se abrió paso hasta donde estábamos Brodsky y yo y, alzando la voz por encima de los otros, se golpeó la palma de la mano con el puño para dar más fuerza a sus palabras.

—¡Señor Brodsky, insisto! ¡Debe descansar, aunque sólo sea unos minutos!

—Estoy bien, estoy bien. ¡Déjeme en paz! —gritó Brodsky, y echó a andar por el pasillo. Luego, volviéndose hacia mí, que me había quedado donde estaba, dijo—: Si ve a ese botones, Ryder, dígame que estoy aquí. Dígaselo. Se pensaba que no iba a llegar, se pensaba que soy una caca de perro... Dígame que estoy aquí. Y verá cómo le sienta.

Dicho lo cual, Brodsky prosiguió su marcha por el pasillo seguido por el tropel vociferante.

Eché a andar en la dirección contraria, atento al menor rastro de Hoffman. Ahora había menos miembros de la orquesta en el pasillo, y la mayoría de las puertas estaban cerradas. En un momento dado, pensaba en volver sobre mis pasos y mirar más detenidamente a través de las puertas que permanecían aún abiertas cuando, un poco más adelante, divisé al fin la figura de Hoffman.

Estaba de espaldas, y avanzaba por el pasillo despacio, con la cabeza baja. Aunque me hallaba demasiado lejos para poder oírle, no había duda de que seguía ensayando su pequeña alocución. Apreté el paso para alcanzarle, y de pronto vi que su cuerpo se proyectaba hacia adelante como un resorte. Pensé que iba a caer de bruces, pero enseguida me di cuenta de que estaba practicando una vez más la extraña operación que le había visto ejecutar ante el espejo del camerino de Brodsky. Inclinado hacia adelante, levantó el brazo en ángulo, con el codo en punta, y empezó a darse puñetazos en la frente. Seguía haciéndolo cuando llegué hasta él por la espalda y solté una tosecilla. Hoffman se irguió de un respingo, y se volvió.

—Ah, señor Ryder. Por favor, no se preocupe. Estoy seguro de que el señor Brodsky llegará en cualquier momento.

—En efecto, señor Hoffman. Y, de hecho, si estaba usted ensayando su discurso de petición de disculpas por la incomparecencia del señor Brodsky, me complace informarle de que ya no será necesario. El señor Brodsky está ya aquí. —Hice un gesto en la dirección opuesta del pasillo—. Acaba de llegar.

Hoffman se quedó perplejo, y durante unos segundos permaneció paralizado.

Luego recuperó el dominio de sí mismo, y dijo:

—Ah. Estupendo. Qué alivio. Pero, por supuesto, yo siempre he..., siempre he estado seguro de que así sucedería. —Rió, mirando a un lado y a otro del pasillo, como si esperara ver en alguna parte a Brodsky. Luego rió otra vez, y dijo—: Bien, será mejor que vaya a buscarle.

—Señor Hoffman, antes de hacer lo que dice le agradecería que me diera las últimas noticias relativas a mis padres. Supongo que estarán ya en el edificio, ¿me equivoco? Y en cuanto a su idea del carruaje y los caballos..., me ha parecido oírlos hace un rato, cuando he pasado en coche a cierta distancia de la fachada de la sala de conciertos. Confío en que haya causado el impacto que usted quería que causara...

—¿Sus padres? —Hoffman pareció otra vez desconcertado. Luego me puso una mano en el hombro y dijo—: Ah, sí. Sus padres. Déjeme pensar...

—Señor Hoffman, he dejado en sus manos y en la de sus colegas el oportuno cuidado de mis padres. Ninguno de ellos está bien de salud...

—Claro, claro. No tiene por qué preocuparse. Sólo que, con tantas cosas que hacer, y con el pequeño retraso del señor Brodsky..., aunque ahora me dice usted que ya ha llegado... Ya... —Dejó la frase en suspenso, y volvió a mirar a un lado y a otro del pasillo.

Le pregunté, en tono seco:

—Señor Hoffman, ¿dónde están mis padres en este momento? ¿Tiene usted alguna idea?

—Ah. En este preciso instante, si he de serle sincero, no sé... Pero puedo asegurarle que están en manos de la mayor solvencia. Por supuesto, desearía supervisar personalmente todos los aspectos de la velada, pero comprenderá que... Ya... La señorita Stratmann. Ella sabrá exactamente dónde están sus padres. Ha recibido instrucciones precisas de seguir de cerca en todo momento los pasos de sus padres. No es que haya ningún peligro de que vaya a faltarles atención alguna mientras estén entre nosotros. Muy al contrario, he tenido que pedir a la señorita Stratmann que tenga mucho cuidado de que no resulten agobiados por la hospitalidad que sin duda va a deparárseles en todas partes...

—Señor Hoffman, veo que no tiene usted la menor idea de dónde están mis padres. ¿Dónde está la señorita Stratmann?

—Oh, seguro que está por ahí... Señor Ryder, vayamos a ver cómo va el señor Brodsky. Tengo la seguridad de que nos toparemos con la señorita Stratmann en cualquier momento. Puede incluso que esté en la oficina. En cualquier caso, señor... —de pronto adoptó unos modos más dominantes—, si seguimos aquí quietos no vamos a conseguir gran cosa.

Nos pusimos en marcha. A medida que avanzábamos por el pasillo, Hoffman pareció ir recuperando la compostura, y al poco dijo con una sonrisa:

—Ahora podemos tener la certeza de que todo va a ir bien. Usted, señor, tiene todo el aspecto de ser una persona que sabe exactamente lo que hace en todo momento. Y, estando ya aquí el señor Brodsky, todo está en regla. Todo saldrá según lo planeado. Tenemos ante nosotros una espléndida velada...

Entonces reparé en que Hoffman alteraba el paso, y que se quedaba mirando hacia algo que teníamos enfrente, a cierta distancia. Seguí su mirada y vi a Stephan en medio del pasillo, con expresión preocupada. El joven nos vio y vino hacia nosotros apresuradamente.

—Buenas noches, señor Ryder —dijo. Luego, bajando la voz, le dijo a Hoffman —: Papá, ¿podríamos hablar un momento?

—Estamos muy ocupados, Stephan. El señor Brodsky acaba de llegar.

—Sí, ya lo he oído. Pero verás, papá, es referente a mamá.

—Ah. Mamá.

—Sigue ahí en el vestíbulo, y voy a actuar dentro de un cuarto de hora. Acabo de verla, y estaba deambulando por el vestíbulo, y le he dicho que iba a salir enseguida, y ella me ha dicho: «Bien, querido, aún tengo que hacer unas cosas. Intentaré al menos llegar al final de tu actuación, pero antes tengo que ocuparme de unas cosas...». Eso es lo que me ha dicho, pero no parecía en absoluto ocupada. Lo cierto es que mamá y tú deberíais estar ya entrando en la sala. Voy a actuar en menos de un cuarto de hora.

—Sí, sí. Iré enseguida. Y tu madre..., estoy seguro de que no tardará en terminar lo que está haciendo e irá a ocupar su asiento. ¿Por qué te preocupas tanto? Vuelve a tu camerino y prepárate como es debido.

—Pero ¿qué es lo que tiene que hacer mamá en el vestíbulo? Está allí de pie, charlando con la gente que pasa. Pronto se quedará sola. La gente está ya sentándose en la sala.

—Supongo que estará estirando un poco las piernas antes de sentarse para la velada. Vamos, Stephan, cálmate. Tienes que abrir la noche con brillantez. Todos contamos contigo.

El joven pensó en ello unos instantes, y de pronto pareció acordarse de mi presencia.

—Ha sido usted tan amable, señor Ryder —dijo con una sonrisa—. Su aliento ha sido para mí inestimable.

—¿Su aliento? —Hoffman me miró con expresión de asombro.

—Oh, sí —dijo Stephan—. El señor Ryder ha sido extremadamente generoso conmigo, tanto en tiempo como en elogios. Ha escuchado uno de mis ensayos y me ha infundido el mayor ánimo que he recibido en años.

Hoffman nos miraba, primero a uno y luego a otro, con una sonrisa de incredulidad asomándole a los labios. Y me dijo:

—¿Ha dedicado tiempo a escuchar a Stephan? ¿A él?

—Sí, en efecto. Intenté decírselo en una ocasión, señor Hoffman. Su hijo tiene mucho talento, y, ocurra lo que ocurra con las demás actuaciones de esta noche, tengo la certeza de que la suya será un éxito rotundo.

—Vaya... ¿De veras lo cree? Pero eso no cambia, señor, que Stephan, que él..., que él... —Hoffman parecía confuso; soltó una rápida risa y dio una palmada a su hijo en la espalda—. Bien, pues. Stephan, al parecer nos tienes reservado algo bueno esta noche.

—Eso espero, papá. Pero mamá sigue en el vestíbulo. Tal vez te esté esperando. Me refiero a que, ya sabes, siempre resulta algo violento para una dama sentarse sola en una velada como ésta. Puede que sólo sea eso. En cuanto vea que has ocupado tu asiento, puede que entre a reunirse contigo. Yo tengo que salir al escenario enseguida.

—Muy bien, Stephan. Veré lo que puedo hacer. No te preocupes. Ahora vuelve a tu camerino y prepárate. El señor Ryder y yo tenemos que ocuparnos antes de unas cosas.

Pese a la expresión contrariada de Stephan, nos alejamos por el pasillo.

—Creo que debo advertirle, señor Hoffman —dije cuando llevábamos recorrido un trecho—. Puede que se encuentre con que el señor Brodsky ha adoptado una actitud un tanto hostil hacia..., bueno, hacia usted.

—¿Hacia mí? —Hoffman parecía sorprendido.

—Lo que quiero decir es que, cuando le he visto hace un momento, ha manifestado cierto enojo con usted. Se quejaba de cierto agravio... Y he pensado que debía advertirle.

Hoffman masculló algo que no pude oír. Luego, mientras recorríamos la suave curva que describía el pasillo, apareció ante nosotros —no había duda: la gente se apelotonaba ante la puerta— el camerino de Brodsky. El director del hotel aminoró el paso, y luego se detuvo por completo.

—Señor Ryder, le he estado dando vueltas a lo que acaba de decir Stephan. Pensándolo bien, creo que voy a buscar a mi esposa. Para cerciorarme de que está bien. Después de todo, los nervios en una noche como ésta son..., ya me entiende...

—Por supuesto.

—Entonces, le ruego me disculpe. Me pregunto, señor, si podría pedirle que comprobara si todo marcha bien ahí dentro, en el camerino del señor Brodsky. Yo, en fin, creo que... —Miró el reloj—. Creo que es hora de que vaya a ocupar mi asiento. Stephan tiene razón.

Hoffman soltó una risita, se volvió y se alejó deprisa en la dirección contraria.

Esperé hasta que se perdió de vista, y me encaminé hacia el grupo que se agolpaba ante la puerta del camerino de Brodsky. Algunos de los presentes parecían estar allí por mera curiosidad, mientras otros mantenían, en tono ahogado, encendidas

discusiones. El cirujano del pelo gris estaba junto a la puerta, y exponía con vehemencia algo ante un miembro de la orquesta, mientras agitaba exasperadamente una mano en dirección al interior del camerino. Para mi sorpresa, la puerta estaba abierta de par en par, y cuando me acerqué a ella vi que el sastre menudo que había visto antes asomaba la cabeza por el vano y gritaba:

—El señor Brodsky quiere unas tijeras. ¡Unas tijeras grandes! Uno de los presentes salió corriendo en busca de las tijeras, y la cabeza del sastre desapareció de nuevo de la puerta. Me abrí paso entre la gente y miré en el interior del camerino.

Brodsky estaba sentado, de espaldas a la puerta, mirándose con detenimiento en el espejo. Llevaba puesta la chaqueta del frac; el sastre le estaba cogiendo con alfileres ambos hombros. Llevaba puesta la camisa, pero no la pajarita.

—Ah, Ryder —dijo al verme reflejado en el espejo—. Entre, entre. ¿Sabe?, hace mucho tiempo que no me pongo ropa de este tipo.

Parecía mucho más calmado que cuando lo había visto antes en el pasillo, y de pronto recordé el talante imperativo que había mostrado en el cementerio, al plantarse delante de los deudos.

—Veamos, señor Brodsky —dijo el sastre, irguiéndose. Ambos se pusieron a estudiar en el espejo cómo le quedaba la chaqueta después de los ajustes. Al cabo, Brodsky sacudió la cabeza.

—No, no. La quiero un poco más ajustada —dijo—. Por aquí y por aquí. Le sobra tela.

—No tardaré ni un segundo, señor Brodsky.

El sastre le quitó rápidamente la chaqueta y, dirigiéndome una pequeña inclinación de cabeza al pasar, salió del camerino.

Brodsky seguía mirándose en el espejo, tocándose con expresión pensativa las alas del cuello de la camisa. Luego cogió un peine y se arregló un poco el pelo (me di cuenta de que se había dado algún tipo de brillantina).

—¿Cómo se siente ahora? —le pregunté, acercándome.

—Muy bien —dijo él pausadamente, sin dejar de alisarse el pelo—. Ahora me siento muy bien.

—¿Y la pierna? ¿Está seguro de que podrá dirigir con tan grave herida?

—¿La pierna? No es nada. —Dejó el peine y se estudió el pelo—. No ha sido tan terrible como parecía. Estoy bien.

Mientras lo decía, vi por el espejo cómo el cirujano —que en ningún momento se había alejado de la puerta— daba unos pasos hacia el interior del camerino con expresión de estar a punto de estallar. Pero antes de que pudiera decir algo, Brodsky gritó con ferocidad hacia la imagen reflejada en el espejo:

—¡Estoy bien! ¡Es una herida sin importancia!

El cirujano retrocedió hasta el umbral, y se quedó quieto sin dejar de mirar

airadamente la espalda de Brodsky.

—Pero señor Brodsky —dije con voz suave—. Ha perdido un miembro. Eso nunca puede ser algo sin importancia.

—He perdido un miembro, es cierto. —Brodsky volvía a ocuparse de su pelo—. Pero lo perdí hace años, Ryder. Muchos años. Cuando era niño, creo. Fue hace tantos años que casi no me acuerdo. El imbécil del cirujano ni siquiera se ha dado cuenta. Me he quedado enredado en esa bicicleta, es cierto, pero ha sido la pierna postiza la que se me ha quedado atrancada. El muy necio ni siquiera se ha dado cuenta. ¡Y se llama a sí mismo cirujano! Me he pasado la vida sin esa pierna, Ryder. ¿Hace cuánto fue? Uno, a mi edad, empieza a olvidarse. Y acaba no importándole. Acaba siendo como un viejo amigo, como una vieja herida. Claro que de cuando en cuando me molesta, pero llevo viviendo con ello tanto tiempo... Creo que me sucedió de niño. Puede que fuera un accidente de tren. En alguna parte de Ucrania. Puede que en la nieve. Quién sabe. Ya no importa. Tengo la sensación de haber estado así toda la vida. Con una sola pierna. No está tan mal. Te acostumbras. Ese médico imbécil. Me ha serrado la pierna de madera. Sí, ha sangrado, aún me sangra un poco, necesito unas tijeras, Ryder. He mandado a por unas. No, no para la herida. Para la pernera, para esta pernera. ¿Cómo voy a dirigir con la pernera bailándome ahí abajo, vacía? Pero ese imbécil de médico, ese interno de hospital, me ha cortado la de madera, así que ¿qué voy a hacer ahora? Tengo que... —Fingió cortar con los dedos la pernera, por encima de la rodilla—. Tengo que hacer algo. Ponerme todo lo elegante que pueda. Ese imbécil, no sólo echa a perder mi pierna ortopédica sino que encima me hurga en el muñón hasta hacerme sangre. Hace muchísimos años que la herida no me ha sangrado de este modo. El muy imbécil, con esa cara de serio que tiene... Se cree un hombre muy importante, y va y me sierra la pierna de madera. Y de paso me corta un poco el muñón. No es extraño que siga sangrando. Sangre por todas partes. Pero la pierna la perdí hace años. Hace mucho, mucho tiempo. Ésa es la sensación que siento. He tenido toda una vida para acostumbrarme. Pero ahora va ese imbécil con esa sierra y..., a sangrar de nuevo... —Miró hacia abajo, y restregó algo contra el suelo con el zapato—. He mandado a por unas tijeras. Tengo que estar todo lo elegante que pueda, Ryder. No soy vanidoso. No lo hago por vanidad. Pero un hombre ha de tener buena presencia en un momento como éste. Esta noche va a verme; recordará esta noche durante todos los años que nos queden. Y la orquesta es una buena orquesta. Mire, voy a enseñarle algo. —Alargó la mano, cogió una batuta y la levantó hacia la luz—. Es una buena batuta. Tiene un tacto especial, se lo aseguro. Y eso, como usted sabe, tiene su importancia. Para mí, la punta es siempre importante. Debe ser eso: una punta. —Se quedó mirando la batuta—. Ha pasado mucho tiempo, pero no tengo miedo. Van a ver todos esta noche... Y no voy a ser blando. Iré hasta el final. Como usted dice, Ryder. Max Sattler... ¡Pero el imbécil del

médico ése! ¡El muy memo! ¡Ese portero de hospital!

Las últimas palabras las pronunció a gritos, con cierta Fruición, contra el espejo, y vi cómo el cirujano —que nos había estado mirando desde el umbral con expresión de perplejidad— se replegaba dócilmente y desaparecía del hueco de la puerta.

Cuando se hubo ido el cirujano, Brodsky empezó a dar por vez primera muestras de agotamiento. Cerró los ojos y se inclinó hacia un lado en su silla, respirando pesadamente. Pero instantes después irrumpió en el camerino un hombre con unas tijeras en la mano.

—Oh, por fin —dijo Brodsky. El hombre le tendió las tijeras y él las cogió. Luego, cuando el hombre se fue, Brodsky dejó las tijeras en el anaquel del espejo y se dispuso a levantarse. Utilizó el respaldo de la silla como soporte para alzarse, y luego alargó una mano hacia la tabla de planchar que estaba apoyada sobre la pared contigua. Me adelanté unos pasos para ayudarle, pero él, con asombrosa agilidad, cogió la tabla por sí mismo y se la colocó bajo la axila.

—¿Lo ve? —dijo, mirándose con tristeza la pernera vacía—. Tengo que hacer algo.

—¿Quiere que llame de nuevo al sastre?

—No, no. Ese hombre no sabría qué hacer. Lo haré yo mismo.

Brodsky siguió contemplando su pernera vacía. Y, mientras le estaba mirando, recordé de pronto los apremiantes asuntos que aún requerían mi atención. En primer lugar, tenía que volver a donde Sophie y Boris, y enterarme de cómo seguía Gustav. Cabía la posibilidad incluso de que se hubiera diferido alguna decisión crucial —relativa a Gustav— hasta mi vuelta. Dejé escapar una tosecilla, y dije:

—Si no le importa, señor Brodsky... Tengo que marcharme.

Brodsky seguía mirándose la pernera.

—Va a ser fantástico, Ryder —dijo con voz suave—. Va a ver... Ella, por fin, va a ver...

En las inmediaciones del camerino de Gustav, la situación apenas había cambiado durante mi ausencia. Los mozos de hotel, que quizá se habían alejado un poco más de la puerta, se habían agrupado junto a la pared opuesta del pasillo y conferenciaban en voz baja. Sophie, sin embargo, seguía prácticamente igual a como la había visto al marcharme, con el paquete entre los brazos, mirando a través de la puerta entreabierta. Al ver que me acercaba, uno de los maleteros vino hacia mí y me dijo en un susurro:

—Sigue aguantando bien, señor. Pero Josef se ha ido a buscar al médico. Hemos decidido que no podemos demorarlo más.

Asentí con la cabeza, y luego le pregunté en voz baja, mirando hacia Sophie:

—¿Ha entrado en algún momento?

—Aún no, señor. Aunque estoy seguro de que la señorita Sophie no tardará en hacerlo.

Ambos nos quedamos mirándola unos segundos.

—¿Y Boris? —pregunté.

—Oh, él ha entrado varias veces.

—¿Varias veces?

—Oh, sí. Ahora mismo está dentro.

Volví a asentir, y luego me acerqué a Sophie. No se había percatado de mi vuelta, y al sentir que le tocaba con suavidad el hombro dio un respingo. Luego rió y dijo:

—Está ahí dentro. Papá.

—Sí.

Cambió ligeramente de postura, y se inclinó hacia un lado como tratando de ver mejor a través de la abertura de la puerta.

—¿No vas a darle el abrigo? —le pregunté.

Sophie miró el abrigo, y dijo:

—Oh, sí. Sí, sí. Estaba a punto de...

Dejó la frase sin terminar y volvió a inclinarse hacia un lado. Luego llamó:

—¿Boris? ¡Boris! Sal un momento.

Al cabo de unos segundos Boris apareció en el umbral, muy sereno, y cerró la puerta a su espalda.

—¿Y bien? —preguntó Sophie.

Boris me dirigió una rápida mirada. Luego, volviéndose a su madre, dijo:

—El abuelo dice que lo siente. Dice que te diga que lo siente.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que ha dicho?

Una sombra de incertidumbre cruzó el semblante del chico. Pero al cabo dijo en tono tranquilizador:

—Entraré otra vez. Va a decirme más.

—Pero ¿eso ha sido todo lo que te ha dicho hasta ahora? ¿Que lo siente?

—No te preocupes. Voy a volver a entrar.

—Espera un momento. —Sophie empezó a rasgar el papel que envolvía el abrigo—. Llévale esto al abuelo. Dáselo. Y mira si le queda bien. Dile que, si no le queda bien, puedo arreglárselo.

Dejó caer el papel roto al suelo, y levantó el abrigo. Era un abrigo marrón oscuro. Boris lo cogió sin protestar y entró en el camerino. Tal vez a causa de lo abultado de la prenda —sus pequeños brazos apenas podían abarcarla—, dejó la puerta a medio abrir a su espalda, y nada más hacerlo nos llegó un murmullo de voces del interior del camerino. Sophie no se movió de su sitio, pero vi que aguzaba el oído para captar lo que decían. A nuestra espalda, los mozos seguían manteniendo una respetuosa distancia, pero pude ver que también ellos miraban con ansiedad hacia la puerta.

Transcurrieron unos minutos, y finalmente salió Boris.

—El abuelo dice que muchas gracias —le dijo a Sophie—. Que está muy contento. Dice que está muy contento.

—¿Eso es todo?

—Ha dicho que está muy contento. Antes no se sentía muy a gusto, pero ahora que le he dado el abrigo dice que significa mucho para él. —Boris miró hacia atrás, y luego de nuevo a su madre—. Dice que está muy contento con el abrigo.

—¿Eso es todo lo que ha dicho? ¿No ha dicho nada de..., nada sobre si le queda bien y demás? ¿Si le ha gustado el color?

Yo estaba mirando a Sophie, y por tanto no pude ver con precisión lo que Boris hizo a continuación. Pero no me pareció que hiciera nada especial, aparte de callar unos instantes para buscar una respuesta a las insistentes preguntas de su madre. Pero Sophie, de pronto, dijo a gritos:

—¿Por qué haces eso?

El chico se quedó mirándola, desconcertado.

—¿Por qué estás haciendo eso? Sabes a lo que me refiero. ¡Esto! ¡Esto! —Cogió a su hijo por el hombro y comenzó a sacudirlo con violencia—. ¡Igual que su abuelo! —dijo, volviéndose hacia mí—. ¡Le copia! —Luego se volvió a los mozos de hotel, que miraban la escena con sobresalto, y dijo—: ¡De su abuelo! De ahí lo ha sacado. Ya sabéis, eso que hace con el hombro... Tan ufano, tan satisfecho de sí mismo. ¿Lo veis? ¡Exactamente igual que su abuelo! —Miró airadamente a Boris, y continuó sacudiéndolo—. Oh, así que piensas que eres muy importante, ¿eh?, ¿eso piensas?

Boris se zafó de la presa de su madre y retrocedió con paso vacilante.

—¿Lo has visto? —me preguntó Sophie—. ¿Has visto eso que hace siempre? Igualito que su abuelo.

Boris se alejó de nosotros unos pasos más. Luego, agachándose, recogió la

cartera-maletín de médico del suelo y se la llevó al pecho en ademán defensivo. Pensé que iba a echarse a llorar, pero consiguió contenerse en el último momento.

—No te preocupes... —empezó a decir, pero se quedó callado. Se subió la cartera negra a la parte alta del pecho, y dijo—: No te preocupes. Voy a..., voy a... —Dejó la frase a medias y miró a su alrededor. La puerta del camerino contiguo se hallaba apenas a unos pasos a su espalda, y el chico se volvió con rapidez, se metió en el camerino y cerró la puerta de un portazo.

—¿Estás loca? —le dije a Sophie—. El chico ya está bastante afectado con lo de su abuelo.

Sophie se quedó callada. Después suspiró, y fue hasta la puerta del camerino donde había entrado Boris. Llamó, y luego entró.

Oí que Boris decía algo, pero aunque Sophie había dejado la puerta abierta no pude entender lo que decía.

—Lo siento —oí que respondía Sophie—. No quería hacerte eso...

Boris volvió a hablar, pero tampoco alcancé a entender lo que decía.

—No, no, está bien —dijo Sophie en tono afectuoso—. Has estado maravilloso. —Luego, tras una pausa, añadió—: Ahora voy a ir a hablar con tu abuelo. Tengo que hacerlo.

Boris dijo algo más.

—Sí, de acuerdo —dijo Sophie—. Le diré que entre y que se quede esperando contigo.

El chico, entonces, empezó a decir algo más extenso, pero Sophie no tardó en interrumpirle:

—No, no lo hará. Será amable contigo. No, te lo prometo. Hazme caso. Le diré que entre. Pero ahora tengo que ir a hablar con el abuelo. Antes de que llegue el médico.

Sophie salió del camerino y cerró la puerta. Vino hasta mí, y me dijo con voz muy calma:

—Por favor, entra y espera con él. Está muy disgustado. Yo tengo que ir a hablar con papá. —Luego, antes de que pudiera siquiera moverme, me puso una mano en el brazo y dijo—: Por favor, vuelve a ser cariñoso con él. Como antes. Lo echa tanto en falta.

—Perdona, pero no sé a qué te refieres. Si está disgustado, es porque tú...

—Por favor —dijo Sophie—. Puede que yo tenga la culpa de todo lo que está pasando entre nosotros, pero ya basta. Por favor, entra ahí dentro y siéntate con él.

—Pues claro que me voy a sentar con él... —dije con frialdad—. ¿Por qué no? Será mejor que vayas a hablar con tu padre. Lo más seguro es que lo haya oído todo.

Entré en el camerino donde se había refugiado Boris, y me sorprendió ver que no se parecía en nada a los demás camerinos que había visto en el pasillo. De hecho era

mucho más parecido a un aula, con hileras de pequeños pupitres y sillas y, frente a ellas, una gran pizarra. El recinto era espacioso, y estaba pobremente iluminado y lleno de espesas sombras. Boris estaba sentado en uno de los pupitres del fondo, y cuando entré alzó los ojos y me dirigió una rápida mirada. No le dije nada, y me puse a mirar a mi alrededor.

Había un gran garabato en la pizarra, y me pregunté vagamente si lo habría hecho Boris. Luego, mientras seguía paseándome entre los pupitres vacíos, mirando los gráficos y los mapas que colgaban de las paredes, el chico dejó escapar un hondo suspiro. Miré hacia él y vi que se había colocado la cartera en el regazo, y que hurgaba en su interior en busca de algo. Al final sacó un libro grande y lo puso sobre el tablero del pupitre.

Me volví y seguí moviéndome por el aula. Cuando le volví a mirar, vi que pasaba las hojas con expresión de arrobamiento, y caí en la cuenta de que de nuevo estaba hojeando el manual del «hombre mañoso». Sentí una gran irritación, y me volví para mirar un póster que advertía sobre los peligros de la proliferación de los disolventes químicos. Y oí que Boris decía a mi espalda:

—Me gusta de veras este libro. Te enseña a hacer de todo.

Había tratado de decirlo como para sí mismo, pero al ver que me hallaba un poco lejos de donde él estaba sentado, había alzado la voz de forma muy forzada. Decidí no responder, y seguí deambulando por el aula.

Al poco Boris volvió a suspirar.

—Mamá se enfada tanto a veces —dijo.

Aparentaba una vez más no dirigirse a mí concretamente, por lo que tampoco respondí. Además, cuando al final me volví hacia él para mirarle, vi que fingía seguir absorto en el libro. Me paseé por el otro extremo del aula y vi, colgada de la pared, una gran hoja de papel con el encabezamiento: «Objetos perdidos». Seguía una larga lista de avisos, dispuestos en columnas y escritos con letras de lo más variadas, en los que se hacía constar la fecha, el objeto perdido y el nombre del propietario. No sé, pero me pareció divertido, y me puse a estudiar cada caso. Los avisos de la parte superior parecían escritos en serio: la pérdida de una pluma, de una pieza de ajedrez, de una cartera... Pero hacia la mitad de la hoja los avisos fueron haciéndose más y más jocosos. Alguien, por ejemplo, notificaba que había perdido «tres millones de dólares». Otro de los avisos lo firmaba «Gengis Kan», que había perdido «el continente asiático».

—Me gusta de veras este libro —le oí repetir a Boris—. Te enseña a hacer de todo.

Mi paciencia, repentinamente, se agotó: me precipité hacia él y golpeé con la palma el tablero del pupitre.

—¿Por qué sigues leyendo este libro? —le interrogué—. ¿Qué es lo que te ha

dicho tu madre? Que es un regalo maravilloso, supongo. Bueno, pues no lo es. ¿Es eso lo que te ha dicho? ¿Que era un regalo espléndido? ¿Que lo elegí para ti con gran esmero? ¡Míralo! ¡Míralo! —Traté de arrebatárselo el libro del regazo, pero Boris se aferró con fuerza a él, y lo protegió con los brazos—. No es más que un viejo manual inservible que alguien iba a tirar... ¿Crees que un libro como éste, que un libraco como éste puede enseñarte algo?

Seguía intentando arrancárselo el libro de debajo de los brazos, pero ahora Boris, inclinado sobre el pupitre, lo protegía con el cuerpo. Mantuvo durante todo el tiempo un turbador silencio. Y yo porfié, decidido a quitárselo de una vez por todas.

—Escucha, es un regalo que no sirve para nada. Totalmente inservible. No hay ningún pensamiento en él, ninguna emoción, nada. Ideas manidas, eso es lo que hay en cada página. ¡Y crees que es un regalo maravilloso que yo te he hecho! ¡Dámelo! ¡Dámelo!

Acaso el miedo a que acabara desencuadrándolo hizo que Boris, repentinamente, levantase los brazos y dejase de protegerlo, y al poco me sorprendí asiéndolo por una de las tapas. Boris seguía sin emitir sonido alguno, y empecé a sentir lo absurdo de mi furioso arrebato. Miré el libro, que pendía de mi mano, y lo arrojé hacia el otro extremo del aula. Rebotó sobre un pupitre y fue a caer al suelo en medio de las sombras. Me calmé de inmediato, y respiré profundamente. Cuando volví a mirarlo, Boris estaba sentado, rígido, con la mirada fija en el rincón del aula donde el manual había caído. Luego se levantó y corrió hacia él para recuperarlo. Se hallaba a medio camino, sin embargo, cuando llegó del pasillo la voz de Sophie:

—Boris —llamó, con tono urgente—. Sal un momento.

Boris vaciló un instante, miró una vez más hacia donde había caído el libro, y al final salió del aula.

—Boris —le oí decir a Sophie en el pasillo—, vete a preguntarle al abuelo cómo se siente ahora. Y pregúntale si quiere que le haga algún arreglo al abrigo. Los botones de abajo puede que estén mal. Puede que los faldones se le abran demasiado con el viento, ya sabes, si se queda mucho rato en el puente. Vete y pregúntaselo, pero no te quedes ni le hables mucho. Pregúntaselo, y sal enseguida.

Cuando salí al pasillo, el chico ya había entrado en el camerino de Gustav, y la situación que me encontré se me antojó hartamente familiar: Sophie de pie, tensa, en el mismo sitio, con la mirada fija en la puerta del camerino; los maleteros un poco más allá, mirando también hacia la puerta con aire preocupado. En el semblante de Sophie, sin embargo, percibí una expresión desolada que no le había visto antes, y de pronto me sentí inundado por una oleada de ternura. Me acerqué a ella y le rodeé los hombros con el brazo.

—Es un momento difícil para todos —dije en tono afectuoso—. Un momento muy difícil.

La atraje hacia mí, pero ella, de pronto, se zafó de mi abrazo y siguió mirando hacia la puerta. Sobresaltado por su rechazo, le dije airadamente:

—Escucha: en momentos como estos, todos tenemos que apoyarnos.

Sophie no respondió, e instantes después Boris salió del camerino de su abuelo.

—El abuelo dice que ese abrigo es justo lo que necesitaba, y que le gusta aún mucho más por ser un regalo de mamá.

Sophie emitió un sonido exasperado.

—Pero ¿no quiere que le haga ningún arreglo? ¿Por qué no me lo dice? El médico está a punto de llegar.

—Dice que..., dice que le encanta el abrigo. Que le parece maravilloso.

—Pregúntale lo de los botones de abajo. Porque si va a pasarse mucho rato encima del puente, con todo ese viento, tendrá que podérselo abrochar como es debido.

Boris pensó en ello unos segundos; luego asintió y volvió a entrar en el camerino.

—Mira —le dije a Sophie—. No parece darte cuenta de la presión que estoy soportando en estos momentos. ¿Te das cuenta de que voy a tener que salir al escenario dentro de un rato? Tendré que responder a complicadas preguntas sobre el futuro de esta comunidad. Va a haber un marcador electrónico. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Está muy bien que te preocupes de esos botones y demás... Pero ¿te das cuenta de la presión a la que me veo sometido en estos momentos?

Sophie se volvió hacia mí con expresión contristada, y pareció a punto de decirme algo, pero Boris volvió a salir del camerino. Y miró a su madre a la cara, muy serio, sin decir nada.

—Bueno, ¿qué ha dicho? —preguntó Sophie a su hijo.

—Dice que le encanta el abrigo. Dice que le recuerda a un abrigo que mamá tenía cuando era pequeña. Por el color, creo. Dice que tenía el dibujo de un oso... Ese abrigo que mamá tenía de niña.

—¿Tengo que hacerle algún arreglo? ¿Por qué no me responde llanamente? ¡El médico va a llegar de un momento a otro!

—Parece que no entiendes —le interrumpí—. Hay gente ahí en la sala que depende de mí. Va a haber un marcador electrónico y demás. Quieren que vaya hasta el borde del escenario después de cada pregunta. Es mucha presión. No parece que te...

Oí que Gustav llamaba diciendo algo, y callé. Boris se volvió de inmediato y entró en el camerino, y durante un tiempo interminable Sophie y yo permanecimos allí juntos, esperando a que saliera. Cuando al final lo hizo, el chico no nos miró a ninguno de los dos, sino que pasó de largo y se encaminó hacia el grupo de mozos de hotel.

—Caballeros, por favor —dijo, invitándoles con un gesto a que lo siguieran—. El

abuelo quiere que ahora entren todos ustedes. Quiere que pasen todos a verle.

Boris abrió la marcha y los maleteros, tras una breve vacilación, le siguieron muy resueltos. Pasaron a nuestro lado, y algunos dirigieron a Sophie algunas torpes palabras de disculpa.

Cuando hubo entrado el último, aproveché para echar una mirada al camerino, pero no pude ver a Gustav porque el grupo se había quedado hecho una pina justo en el interior de la puerta. Entonces nos llegó el sonido de tres o cuatro voces que hablaban a un tiempo, y me disponía a acercarme unos pasos más cuando Sophie me adelantó con brusquedad y entró en el camerino. Oí un gran ajetreo, y las voces callaron.

Me asomé al umbral. Los maleteros habían hecho un pasillo para dejar pasar a Sophie, y a través de él vi a Gustav tendido en el colchón, con el abrigo marrón echado sobre la parte superior de su cuerpo, encima de la manta que recordaba haber visto antes. No tenía almohada, y era evidente que carecía de fuerzas para levantar la cabeza. Pero tenía los ojos alzados hacia su hija y una sonrisa muda en la mirada.

Sophie se había parado a unos dos o tres pasos del lecho de su padre. Me daba la espalda, y no podía ver su expresión, pero parecía mirarle con fijeza. Luego, tras unos segundos de silencio, Sophie dijo:

—¿Te acuerdas de aquel día en que viniste a la escuela? ¿Cuando me trajiste la bolsa con mis cosas de natación? Me la había dejado en casa y me pasé toda la mañana preocupada, preguntándome qué hacer, y entonces llegaste tú con la bolsa de deportes azul, la de la bandolera de cuerda, y entraste en la clase y... ¿Te acuerdas, papá?

—Este abrigo me dará calor —dijo Gustav—. Era lo que necesitaba.

—Sólo tenías media hora libre, y viniste corriendo desde el hotel. Y entraste en la clase con la bolsa azul.

—Siempre me he sentido orgulloso de ti.

—Había estado tan preocupada toda la mañana, preguntándome qué hacer.

—Es un abrigo excelente. Mira el cuello. Y esto de aquí es de cuero auténtico.

—Disculpe —dijo una voz a mi lado.

Me volví y vi que un joven con gafas y un maletín de médico en la mano trataba de abrirse paso hacia el interior del camerino. Detrás de él iba un mozo de hotel que recordaba haber visto en el Café de Hungría. Ambos entraron, y el joven médico, acercándose apresuradamente hacia Gustav, se arrodilló a su lado y empezó a reconocerle.

Sophie miró al médico en silencio. Luego, como admitiendo que ahora era otra persona quien debía acaparar la atención de su padre, retrocedió unos pasos. Boris se acercó a ella, y por espacio de unos segundos se quedaron allí quietos, casi tocándose. Pero Sophie no pareció reparar en la presencia de su hijo, y siguió mirando fijamente

hacia la espalda encorvada del médico.

Fue entonces cuando volví a recordar las numerosas cosas que debía hacer antes de mi actuación, y pensé que, dado que ya estaba allí el médico, era un buen momento para escabullirme. Retrocedí sin hacer ruido y salí al pasillo, y me disponía a salir en busca de Hoffman cuando oí un movimiento a mi espalda y sentí que un brazo me agarraba con aspereza.

—¿Es que piensas irte? —me preguntó Sophie en un susurro airado.

—Perdona, pero ya veo que no entiendes. Tengo muchas cosas que hacer. Va a haber un marcador electrónico y demás. Hay muchísima gente dependiendo de mí en este momento... —dije, tratando de liberarme de la presa de su mano.

—Pero Boris... Te necesita. Los dos te necesitamos.

—¡Escucha: no tienes ni la menor idea! Mis padres, ¿entiendes? ¡Mis padres van a llegar en cualquier momento! ¡Tengo que hacer miles de cosas! ¡No tienes ni idea, ni la menor idea! —Por fin logré zafarme—. Vuelvo enseguida —le dije en tono conciliador por encima del hombro mientras me alejaba por el pasillo—. Volveré en cuanto pueda.

Caminaba a toda prisa por el pasillo cuando vi varias figuras de pie junto a la pared, haciendo cola. Miré hacia ellas con más detenimiento y vi unos hombres con monos de cocina que, según me pareció, esperaban su turno para subir a un pequeño armario negro pegado a la pared. Sentí curiosidad y aflojé el paso, y al final me volví y me dirigí hacia ellos.

El armario —pude ver— era alto y estrecho como un armario de escobas, y se hallaba adosado a la pared como a medio metro del suelo. Se subía hasta él por unos cuantos escalones, y por la actitud de quienes esperaban en la cola razoné que se trataba de un urinario o de una fuente. Pero al acercarme vi que el hombre que ocupaba el peldaño de arriba se había inclinado hacia el interior del armario y, con medio cuerpo dentro y el trasero sobresaliéndole del hueco, parecía hurgar afanosamente en lo que había dentro. Los que esperaban en la cola, entretanto, gesticulaban y alzaban la voz para que el hombre terminara de hacer lo que estaba haciendo. Luego, cuando el hombre sacó el cuerpo del armario y miró cautelosamente hacia atrás en busca del escalón primero, alguien de la cola soltó una exclamación y me señaló con el dedo. Las cabezas se volvieron, y al instante siguiente deshicieron la cola y vinieron hacia mí todos juntos. El hombre que había estado en el armario bajó los escalones precipitadamente y, una vez abajo, me invitó a subir al armario.

—Gracias —dije yo—, pero había otros esperando.

Hubo un vocerío de protestas, y sentí que varias manos me empujaban escalones arriba.

La estrecha puerta del armario se había cerrado, y cuando la abrí —se abría hacia fuera, y hube de echarme hacia atrás y mantener precariamente el equilibrio sobre el escalón de arriba— me quedé perplejo: estaba contemplando la vasta sala de conciertos desde una gran altura. El armario no tenía fondo, y, de haberlo deseado, habría podido cometer la temeridad de asomarme, estirar un poco el cuerpo y tocar el techo del auditorium. La vista era, ciertamente, espectacular, pero todo aquel artificio del armario que miraba al auditorium se me antojó una insensatez peligrosa. El armario, de hecho, se inclinaba ligeramente hacia adelante, obligando al mirón osado a resbalar un poco hacia el abismo. Sólo se facilitaba una delgada cuerda que, atada a la cintura, evitaría que el mirón osado cayera encima de los espectadores del patio de butacas. No lograba encontrar justificación alguna para aquel armario (salvo que formara parte de algún sistema para colgar de lo alto del recinto banderas u otros elementos de gala).

Fui introduciendo con prudencia los pies en el armario, y luego, asiéndome con fuerza a las jambas de la puerta, eché una mirada a la vista que se extendía bajo mis

pies.

Unas tres cuartas partes del aforo se hallaban ya ocupadas, pero las luces seguían encendidas y la gente charlaba y se saludaba a lo largo y ancho de la sala. Algunos agitaban la mano para enviar saludos a puntos distantes del auditorium, otros se agolpaban en los pasillos, conversando y riendo. Y, entretanto, los invitados seguían afluyendo por las dos entradas principales. En el foso de la orquesta, los relucientes atriles dispuestos en hileras reflejaban la intensa luz ambiental, y en el escenario —el telón estaba abierto— se veía un solitario piano de cola con la tapa levantada. Mientras miraba el piano en el que habría de ofrecer la más importante de las actuaciones de la velada, vino a mi mente el pensamiento de que lo que estaba haciendo en aquel momento era lo más cercano a una inspección de las condiciones de aquella sala de conciertos que llegaría a realizar nunca, y de nuevo sentí la frustración respecto al modo en que había organizado mi tiempo desde mi llegada a la ciudad.

Entonces, mientras seguía mirando, vi que Stephan Hoffman salía al escenario desde bastidores. No había habido anuncio alguno, y las luces no se habían atenuado lo más mínimo. Las maneras de Stephan, además, carecían del menor sentido de la ceremonia. Se acercó al piano con paso vivo y aire preocupado, sin mirar al auditorio. No era extraño, pues, que los asistentes no mostraran sino una vaga y fugaz curiosidad ante su presencia en el escenario, y que siguieran charlando y saludándose y riendo. Cuando acometió los primeros y «explosivos» acordes de *Glass Passions*, ciertamente, los asistentes mostraron cierta sorpresa, pero la mayoría de ellos, incluso entonces, se limitó a pensar que aquel joven no estaba sino probando el piano o comprobando el sistema de amplificación. Luego, tras los compases primeros de la pieza, algo pareció centrar la atención de Stephan, porque su interpretación perdió toda intensidad (como si alguien hubiera arrancado de pronto un enchufe de su toma de corriente)... Su mirada estaba siguiendo algo que se desplazaba entre los asistentes, y en un momento dado llegó a tener la cabeza volteada en dirección opuesta al piano. Entonces caí en la cuenta de que miraba hacia un par de figuras que abandonaban la sala de conciertos, y asomándome un poco más alcancé a ver cómo Hoffman y su esposa llegaban a un extremo de la sala y salían de mi campo de visión.

Stephan dejó de tocar por completo y, haciendo girar su taburete, se quedó mirando directamente hacia sus padres. Ello, ciertamente, despejó cualquier duda que aún pudiera quedar en el auditorio: aquel joven, no había duda, se había sentado al piano para una mera prueba de sonido. Y, en efecto, por espacio de unos instantes, y a ojos de todo el mundo, pareció aguardar alguna señal de los técnicos apostados al otro extremo de la sala, y nadie le prestó la menor atención cuando finalmente se levantó de la banqueta y salió del escenario.

Sólo cuando se vio entre bastidores dio rienda suelta al sentimiento de agravio

que lo anegaba íntimamente. Por otra parte, en la idea de haber abandonado el escenario tras tocar apenas unos acordes no había de momento sino una total irrealidad, y no pensó más en ello mientras bajaba apresuradamente las escaleras de madera y pasaba por la serie de puertas que conducían a la salida trasera del escenario.

Cuando salió al pasillo se topó con numerosos tramoyistas y camareros y empleados de cocina. Se encaminó hacia el vestíbulo en busca de sus padres, pero antes de que hubiera recorrido un gran trecho vio que su padre venía hacia él, solo y con aire preocupado. El director del hotel no vio a Stephan hasta que se dieron casi de bruces. Entonces se detuvo, y se quedó mirando a su hijo con expresión de asombro.

—¿Qué pasa? ¿No estás tocando?

—Papá, ¿por qué mamá y tú os habéis marchado de ese modo? ¿Y dónde está mamá ahora? ¿No se siente bien?

—Tu madre... —Hoffman suspiró con gravedad—. Tu madre ha juzgado que lo correcto era marcharse en ese momento. Y, por supuesto, la he acompañado y... Bueno, permíteme serte sincero, Stephan. Déjame decírtelo. Creo que comparto su opinión. No lograba hacerme a la idea. Oh, ahora me miras así, Stephan... Sí, me doy cuenta de que te he fallado. Te prometí esta oportunidad, esta plataforma para que tocaras en público, ante toda la ciudad, ante nuestros amigos y colegas. Sí, sí, te lo prometí. Quizá fuiste tú quien me lo pediste, quizá en algún momento en que estaba distraído, ¿quién sabe ahora cómo fue...? Ya no importa. El hecho es que accedí, que te lo prometí. Y no quería echarme atrás, sí, ha sido culpa mía. Pero tienes que tratar de comprender, Stephan, lo difícil que es para nosotros, tus padres... Lo difícil que es tener que presenciar...

—Voy a hablar con mamá —dijo Stephan, y echó a andar por el pasillo.

Durante un instante fugaz, Hoffman pareció horrorizado, y agarró a su hijo por el brazo con brusquedad, soltando una risita de timidez al hacerlo.

—No puedes, Stephan. Verás, mamá está en el aseo de señoras. Ja, ja... En cualquier caso, creo que será mejor que, por así decir, le dejes digerir un poco las cosas. Pero, Stephan, ¿qué es lo que has hecho? Tendrías que estar tocando. Ah, aunque quizá sea mejor así, después de todo. Habrá unas cuantas preguntas embarazosas al respecto, y eso será todo.

—Papá, voy a volver al escenario. Voy a tocar. Por favor, vete a ocupar tu asiento. Y te ruego que convenzas a mamá para que haga lo mismo.

—Stephan, Stephan... —Hoffman sacudió la cabeza y puso una mano en el hombro de su hijo—. Quiero que sepas que los dos tenemos la más alta opinión de ti. Los dos nos sentimos inmensamente orgullosos de ti. Pero esa idea tuya, esa idea que has tenido toda tu vida... Me refiero a..., a tu música. Tu madre y yo nunca hemos tenido corazón para decírtelo. Queríamos, naturalmente, que tuvieras tus sueños. Pero

esto... Todo esto... —hizo un gesto en dirección a la sala—, todo esto ha sido un terrible error. No deberíamos haber dejado que las cosas llegaran hasta este punto. Verás, Stephan, tu modo de tocar es encantador. Muy conseguido en su nivel. Siempre hemos disfrutado oyéndote tocar en casa. Pero la música, la música seria, la música de un determinado nivel que se requiere esta noche..., ésa, ¿sabes?, es algo muy distinto. No, no, no me interrumpas. Estoy tratando de decirte algo, algo que debería haberte dicho hace mucho tiempo. Verás: ésta es la sala municipal de conciertos. La gente, la gente que va a los conciertos, no son esos amigos y familiares que escuchan con simpatía y comprensión en la sala de estar de tu casa. El verdadero público de los conciertos está habituado a unos determinados niveles, a unos niveles profesionales. Stephan, ¿cómo podría explicártelo?

—Papá —le interrumpió Stephan—, creo que no te das cuenta. He ensayado mucho. Y aunque la pieza que voy a tocar la he elegido no hace mucho, he trabajado duro, y si quisieras sentarte en la sala verías que...

—Stephan, Stephan... —Hoffman volvió a sacudir la cabeza—. Si sólo fuera cuestión de trabajar duro... Si sólo se tratara de eso. Algunos de nosotros no hemos nacido con ese don. No lo poseemos, y eso es algo que tenemos que aceptar. Es terrible tenerte que decir esto en este momento, máxime después de haberte tenido engañado durante tanto tiempo. Espero que puedas perdonarnos, a tu madre y a mí; hemos sido débiles durante tantos años. Veíamos lo feliz que te hacía, y no tuvimos corazón para desengañarte. Pero es una excusa que no sirve, lo sé. Es horrible, y mi corazón sufre por ti en este momento, puedes creerme. Confío en que podrás perdonarnos. Fue una terrible equivocación, haber dejado que llegaras a este punto. Haber permitido que te presentaras en el escenario, ante toda la ciudad. Tu madre y yo te amamos demasiado como para ser capaces de presenciarlo. Sería demasiado para nosotros..., sería excesivo ver a nuestro hijo querido convertido en blanco de las burlas... Bueno, ya está, ya he puesto mis cartas sobre la mesa. Es cruel, pero por fin te lo he dicho. Pensé que podría ser capaz. Ser capaz de estar sentado ahí en la sala en medio de todas esas burlas y risitas solapadas. Pero cuando ha llegado el momento, tu madre ha comprendido que no podía, y yo tampoco. ¿Qué pasa? ¿Por qué no me estás escuchando? ¿No te das cuenta de que esto me está causando un hondo sufrimiento? No es fácil hablar con tanta franqueza, ni siquiera a un hijo...

—Papá, por favor, te lo ruego. Entra y escúchame tocar aunque sólo sea unos minutos. Y juzga por ti mismo. Y mamá también. Por favor, convence a mamá. Los dos veréis cómo..., estoy seguro de que...

—Stephan, es hora de que vuelvas al escenario. Tu nombre aparece impreso en el programa. Ya has salido una vez. Ahora debes ir, y al menos intentarlo. Que todo el mundo vea que has hecho lo que está en tu mano. Ve y toca: ése es mi consejo. No les hagas caso, no hagas caso a las risitas. Y aun en el caso de que rieran abiertamente

como si se tratara de una hilarante pantomima en lugar de una solemne y profunda pieza musical, aun en ese caso, Stephan, recuerda que tu madre y tu padre estarán orgullosos de que al menos hayas tenido el coraje de tocar de principio a fin. Pero debes perdonarnos; sencillamente te amamos demasiado como para ser capaces de presenciarlo. De hecho, Stephan, creo que a tu madre, el hacerlo, le partiría el corazón. Ahora debes irte, no te queda mucho tiempo. Ve, Stephan, ve, ve...

Hoffman giró sobre sí mismo con la mano en la frente, como atormentado por una fuerte jaqueca, y se alejó unos pasos de Stephan. Luego, de pronto, se enderezó y volvió la cabeza hacia su hijo.

—Stephan —dijo en tono severo—. Es hora de que vuelvas al escenario.

Stephan siguió mirando a su padre unos instantes, y luego, viendo que su empeño era una causa perdida, se volvió y echó a andar por el pasillo.

Mientras franqueaba la serie de puertas que llevaban al escenario, Stephan se vio asediado por diversos pensamientos y emociones. Como es lógico, se sentía frustrado por no haber logrado convencer a sus padres para que volvieran a sus asientos. Además, sentía que en lo hondo de sí mismo renacía un lacerante miedo que no había experimentado en muchos años: la posibilidad de que lo que le había dicho su padre fuera cierto, de que en realidad no hubiera sido sino víctima de una descomunal quimera. Pero luego, a medida que se acercaba al escenario, fue recuperando la confianza en sí mismo, y con ella una agresiva urgencia por comprobar por sí mismo su capacidad artística.

Cuando volvió a pisar las tablas vio que las luces se habían atenuado un tanto. La sala, sin embargo, seguía iluminada, y muchos de los invitados aún no habían tomado asiento. En varias zonas del recinto podían verse filas enteras levantándose como olas para dar paso a algún recién llegado camino de su asiento. El bullicio apenas amainó cuando el joven se sentó al piano, y continuó de forma sostenida mientras las emociones de éste iban poco a poco apaciguándose. Y al final sus manos descendieron sobre el teclado con la dureza y precisión de su primer intento, evocando ese territorio a medio camino entre la sacudida y la exultación esencial en los comienzos de *Glass Passions*.

Cuando se hallaba por la mitad del breve pasaje introductorio, el público se había ya callado en gran medida. Y en los acordes finales del primer movimiento el público guardaba ya un silencio absoluto. Quienes antes charlaban en los pasillos, seguían aún de pie, pero permanecían como paralizados, con la mirada fija en el escenario. Quienes ocupaban ya sus asientos, se mantenían quietos, concentrados, mirando y escuchando. Y en una de las entradas se había formado un pequeño grupo: el de los rezagados que habían empezado a entrar instantes antes y que se habían parado en seco. Cuando Stephan acometió el segundo movimiento, los técnicos bajaron las

luces hasta apagarlas por completo, y ya no pude ver con claridad al auditorio. Pero no había duda de que en la sala reinaba ahora un absoluto asombro. Bien es verdad que, en parte, tal respuesta se debía a la sorpresa general ante el descubrimiento de un joven convecino capaz de alcanzar tales alturas técnicas. Pero, por encima —y más allá— de su pericia, en la interpretación de Stephan había una extraña intensidad que se hacía patente a todos los oídos. Tuve la sensación, además, de que en aquel comienzo inesperado de la velada muchos de los presentes estaban viendo una suerte de presagio. Si aquél era sólo el preludeo, ¿qué les tendría reservado el resto de la velada? ¿Llegaría a constituir ésta, después de todo, un hito crucial en la vida de la comunidad? Tal parecía ser el interrogante oculto tras el asombro de muchos de los presentes.

Stephan remató su actuación con una melancólica, levemente irónica interpretación de la coda. Cuando finalizó la pieza, hubo unos cuantos segundos de silencio, e instantes después el público estalló en entusiasmados aplausos. El joven pianista se levantó para acogerlos. Estaba radiante —era evidente—, y si se sentía aún más frustrado por el hecho de que sus padres no hubieran estado allí para presenciar su rotundo éxito, no permitió que ello aflorara a su semblante. Saludó varias veces mientras seguían los aplausos, y luego, acaso al recordar de pronto que su actuación no era sino una modesta contribución al programa, se retiró apresuradamente del escenario.

Los aplausos continuaron con la misma fuerza algún tiempo más, y al final se diluyeron en un vivo murmullo general. Al poco, antes de que el público tuviera ocasión de cambiar impresiones sobre lo que había oído, apareció en escena un hombre de pelo plateado y semblante severo. Al acercarse pavoneándose hacia el atril, lo reconocí como el hombre que había presidido el banquete en honor de Brodsky que se había celebrado la noche de mi primer día en la ciudad.

El auditorio guardó silencio de inmediato; durante más de medio minuto, sin embargo, el hombre de semblante severo tampoco dijo nada. Se limitó a mirar al auditorio con cara levemente disgustada. Finalmente, tras una honda inspiración, dijo:

—Aunque es mi deseo que todos ustedes disfruten de esta velada, he de recordarles que no estamos aquí reunidos para asistir a un *cabaret*. Asuntos de la mayor gravedad han de ser tratados esta noche. No se equivoquen. Asuntos relativos a nuestro futuro, a nuestra misma identidad como comunidad.

El hombre de semblante severo siguió reiterando con pedantería el mismo punto durante varios minutos más: de cuando en cuando hacía una pausa, y se quedaba estudiando al auditorio con ceño grave. Empecé a perder interés y, recordando la cola que había a mi espalda, decidí dejar que el siguiente ocupara mi lugar. Pero justo cuando me esforzaba por salir de aquel reducido espacio, me percaté de que el hombre de semblante severo había pasado al asunto siguiente: en efecto, estaba

presentando al hombre que se hallaba a punto de salir al escenario.

El personaje en cuestión, al parecer, no era sólo «la piedra angular del sistema de bibliotecas de la ciudad», sino que poseía además la facultad de «captar la curvatura de una gota de rocío en la punta de una hoja otoñal». El hombre de semblante severo miró con desdén al auditorio una vez más, masculló un nombre y salió con paso majestuoso del escenario. El público estalló en un fuerte aplauso, dedicado claramente al hombre de semblante severo y no a quien éste acababa de presentar. El nuevo orador tardó todo un minuto en salir al escenario, y cuando lo hizo no cosechó sino una acogida más bien tibia.

Era un hombre menudo y pulcro, calvo y con bigote. Llevaba una carpeta que enseguida depositó sobre el atril. Luego soltó el clip de unas hojas y empezó a pasarlas, a barajarlas desmañadamente, sin mirar en ningún momento al auditorio, que empezó a moverse, inquieto. Volvió a picarme la curiosidad, y pensé que a quienes guardaban cola no les importaría esperar unos segundos más, y volví a acomodarme con cuidado en el borde del armario.

Cuando el hombre calvo habló por fin, lo hizo con los labios demasiado pegados al micrófono, y su voz sonó atronadora y trémula por toda la sala de conciertos.

—Esta noche me gustaría ofrecerles una selección de los tres períodos de mi obra. Muchos de estos poemas les resultarán familiares a ustedes de mis lecturas en el Café Adèle, pero confío en que no les importará oírlos de nuevo en el marco de esta gran noche. Y, les aseguro, habrá una pequeña sorpresa al final. Algo que espero les proporcione a todos ustedes cierta modesta dosis de placer.

Volvió a revolver sus papeles, y en la sala empezaron a oírse conversaciones ahogadas. El hombre calvo se decidió al fin, y tosió ruidosamente a unos milímetros del micrófono, y volvió a reinar el silencio en la sala.

Muchos de los poemas eran rimados y relativamente cortos. Eran poemas sobre los peces del parque municipal, sobre tormentas de nieve, sobre ventanas rotas traídas a la memoria desde la niñez..., todos ellos recitados en un tono agudo, extraño, de encantamiento. Mi atención se desplazó hacia otros puntos, y entonces me percaté de que en cierta zona de la sala, situada más o menos bajo mis pies, la gente se había puesto a hablar en tono bastante audible.

Las voces, hasta el momento, resultaban razonablemente discretas, pero se iban haciendo gradualmente más osadas. Al rato —mientras el hombre calvo recitaba un largo poema sobre los sucesivos gatos que su madre había poseído a lo largo de los años—, el ruido que ascendía hasta el armario parecía provenir de un nutrido grupo que conversaba amigablemente, en tono menos soportable. Sobreponiéndome a mi sentido de la prudencia, me deslicé hasta el borde mismo del armario y, asiéndome a los costados de madera con ambas manos, miré hacia abajo.

La conversación provenía, en efecto, de un grupo sentado justo debajo del

armario, pero el número de quienes lo integraban era menor de lo que había imaginado. Eran siete u ocho personas, y al parecer habían decidido dejar de prestar atención al poeta y se habían puesto a conversar animadamente entre sí, e incluso algunas de ellas se habían vuelto por completo en sus asientos para poder hacerlo más cómodamente. Me disponía a estudiar con más detenimiento al grupo cuando, unas filas más atrás, vi a la señorita Collins.

Llevaba el elegante traje de noche negro que le había visto la noche del banquete, y el mismo chai en los hombros. Miraba al hombre calvo con indulgencia, con la cabeza ligeramente ladeada y un dedo pegado a la barbilla. Seguí mirándola unos instantes, pero nada había en su apariencia que autorizara a poner en duda su perfecta serenidad y calma.

Mi atención volvió a centrarse en el ruidoso grupo de antes, y vi que en él se estaban pasando de mano en mano unas cartas. Sólo entonces caí en la cuenta de que el núcleo del grupo lo integraban los borrachos que había conocido en el cine la primera noche de mi estancia en la ciudad, y que acababa de volver a ver en el pasillo hacía un rato.

La partida de cartas se fue haciendo más y más tumultuosa, y al poco todos gritaban y lanzaban vítores y risotadas. El público circundante les dirigía miradas reprobadoras, pero poco después el grueso de los espectadores, gradualmente, fue también poniéndose a charlar, aunque en tono mucho más discreto.

El hombre calvo no parecía darse cuenta de nada, y continuó recitando con vehemencia, uno tras otro, sus poemas. Luego, unos veinte minutos después de su salida al escenario, hizo una pausa y, juntando varias hojas, dijo:

—Y ahora entramos en mi segundo período. Como algunos de ustedes ya saben, mi segundo período fue propiciado por un incidente clave. Un incidente que hizo que ya no me fuera posible utilizar las herramientas creativas que hasta entonces venía utilizando. A saber: el descubrimiento de que mi mujer me había sido infiel.

Bajó la cabeza como si el recuerdo de lo que acababa de confesar aún siguiera mortificándolo. Fue entonces cuando alguien del grupo bullicioso gritó:

—¡Pues lo que está claro es que utilizaba unas *herramientas* equivocadas!

Sus compañeros se echaron a reír, y una segunda voz gritó:

—El mal operario siempre echa la culpa a su herramienta.

—Y su mujer también, al parecer —gritó la primera voz.

Tal intercambio de gritos, claramente dirigidos al mayor número de presentes posible, provocó toda una oleada de risitas solapadas. Quién sabe hasta qué punto era consciente de ellas el hombre calvo, pero el caso es que calló, y que, sin mirar a los alborotadores, volvió a hurgar en sus papeles. Tal vez tenía pensado añadir algo a modo de introducción de su segundo período, pero abandonó la idea y acometió de nuevo las recitaciones.

El segundo período poético del hombre calvo no se diferenciaba en nada del primero, y la impaciencia del auditorio crecía por momentos. Hasta el punto de que minutos después, cuando uno de los alborotadores gritó algo que no alcancé a entender, gran parte del auditorio se echó a reír abiertamente. El hombre calvo pareció advertir por vez primera que estaba perdiendo el control del público, y, tras alzar la mirada a mitad de un verso, se quedó quieto, parpadeando frente a las luces, como pasmado. Una de las opciones que se le presentaban era abandonar el escenario. Otra, más digna, habría consistido en leer otros tres o cuatro poemas más antes de retirarse. El hombre calvo, sin embargo, optó por otra salida completamente diferente. Se puso a leer a un ritmo atropellado, despavorido, los poemas que le quedaban, tal vez con intención de dar término a su programa cuanto antes. Lo que consiguió fue no sólo volverse un tanto incoherente, sino insuflar nuevos ánimos a sus enemigos, que ahora lo sabían contra las cuerdas. Los cada vez más numerosos comentarios en voz alta —ya no sólo proferidos por el grupo de alborotadores— eran acogidos con estallidos de risa de un extremo a otro de la sala.

Al final, el hombre calvo hizo un último intento por recuperar el control del auditorio. Dejó la carpeta a un lado y, sin decir palabra, se puso a mirar desde el atril con aire suplicante. El público, que hasta el momento se había estado riendo, se calmó —quizá tanto por curiosidad cuanto por remordimiento— y acabó callándose. Y cuando el hombre calvo volvió a hablar, su voz había recuperado cierta autoridad.

—Les prometí una pequeña sorpresa —dijo—. Hela aquí: un nuevo poema. Lo he terminado la semana pasada. Y lo he compuesto especialmente para esta ocasión. Se titula, sencillamente, «Brodsky el conquistador». Y ahora, si me permiten...

Volvió a revolver en sus papeles, pero ahora el público permaneció en silencio. Al cabo se inclinó hacia adelante y empezó a recitar. Tras los primeros versos, alzó rápidamente la mirada y pareció sorprenderse del silencio reinante. Siguió leyendo, y a medida que lo hacía iba ganando seguridad en sí mismo, y poco después movía las manos con arrogancia para subrayar tal o cual verso clave.

Yo había pensado que el poema sería una especie de retrato global de Brodsky, pero pronto se hizo patente que abordaba únicamente las batallas de Brodsky con el alcohol. Las primeras estrofas trazaban comparaciones entre Brodsky y diversos héroes míticos. Había imágenes de Brodsky arrojando lanzas contra los invasores desde la cima de una colina; de Brodsky luchando cuerpo a cuerpo con una serpiente de mar; de Brodsky encadenado a una roca... El público seguía escuchando en actitud respetuosa, incluso solemne. Miré a la señorita Collins, pero no aprecié en ella ningún cambio de talante. Seguía, como antes, mirando al poeta con expresión interesada, aunque distante, y con un dedo a un lado de la barbilla.

Al cabo de varios minutos, el poema cambió de registro. Abandonó el decorado mítico, y se centró en incidentes reales del pasado reciente de Brodsky, incidentes que

—según pude inferir— habían llegado a formar parte de la épica local. La mayoría de las referencias, claro está, eran para mí ininteligibles, pero pude apreciar que tenían por objeto reconsiderar y dignificar el papel de Brodsky en cada episodio. Desde un punto de vista literario, esta parte del poema se me antojó harto superior a la primera, pero la introducción de tales elementos concretos y familiares produjo el efecto de arruinar todo ascendiente que el hombre calvo hubiera podido lograr hasta el momento sobre sus oyentes. Una referencia a la «tragedia del autobúsalbergue», por ejemplo, no consiguió sino arrancar un murmullo de risitas, que no hizo sino extenderse cuando el poema abordó el incidente en el que Brodsky «superado en número y cansado de batallar», hubo de «rendirse finalmente tras la cabina telefónica». Pero fue cuando el hombre calvo hizo mención de la «deslumbrante muestra de valentía en la excursión escolar» cuando la sala entera prorrumpió en sonoras carcajadas.

A partir de entonces vi con absoluta claridad que ya nada podría salvar al hombre calvo. Las estrofas finales, dedicadas a loar la recién recuperada sobriedad de Brodsky, fueron acogidas, verso a verso, con auténticos vendavales de carcajadas. Cuando volví a mirar a la señorita Collins, vi que el dedo que mantenía en la barbilla se acariciaba con movimientos rápidos la piel, pero por lo demás no había cambiado de actitud. El hombre calvo, ahora prácticamente inaudible en aquel mar de carcajadas y apostillas, llegó al final del poema y, recogiendo sus papeles con expresión indignada, se retiró del escenario con paso digno. Una parte del auditorio, quizá juzgando que las cosas habían ido demasiado lejos, aplaudió con generosidad la intervención del hombre calvo.

Durante los minutos que siguieron el escenario permaneció vacío, y el público pronto volvió a charlar animada y ruidosamente. Al estudiar las caras de la gente, consideré de interés el hecho de que, aunque muchos de los presentes se intercambiaban miradas de regocijo, un gran número de ellos parecía hacer gestos airados en dirección a los alborotadores. Y de pronto un foco iluminó el escenario, y apareció en él el señor Hoffman.

El director del hotel parecía furioso; avanzó con paso vivo hacia el centro del escenario y se plantó ante el atril sin ninguna ceremonia.

—¡Damas y caballeros, por favor! —gritó, pese a que el tumulto se apaciguaba ya—. ¡Por favor! Les ruego piensen en la importancia de esta velada. Citando al señor Von Winterstein, «¡no estamos aquí para asistir a un *cabaret!*».

La contundencia de tal reconvención no fue bien acogida por parte del auditorio, y un irónico «uuuhhh» se alzó en el grupo de debajo del armario. Pero Hoffman prosiguió:

—Sobre todo, me siento muy afectado al comprobar la persistencia de ese concepto estúpidamente anticuado que muchos de ustedes tienen del señor Brodsky.

Dejando a un lado los otros grandes méritos del poema del señor Ziegler, su postulado cardinal, es decir, el hecho de que el señor Brodsky haya derrotado de una vez por todas a los demonios que un día lo asediaron, no admite refutación alguna. Aquellos de ustedes que acaban de mofarse de la elocuente articulación de este punto por parte del señor Ziegler, estoy seguro de que muy pronto..., ¡sí, dentro de escasos minutos!, se sentirán avergonzados. ¡Sí, avergonzados! ¡Tan avergonzados como yo acabo de sentirme, en nombre de toda la ciudad, hace unos segundos!

Dio una fuerte palmada en el atril, y una parte sorprendentemente numerosa del auditorio estalló en sonoros y farisaicos aplausos. Hoffman, visiblemente aliviado, pero sin saber muy bien cómo reaccionar ante tal recibimiento, inclinó desmañadamente la cabeza varias veces. Luego, antes de que los aplausos hubieran cesado por completo, recuperó el dominio de sí mismo y declaró con voz sonora ante el micrófono:

—¡El señor Brodsky merece ser una figura destacada de nuestra comunidad! Un manantial cultural para nuestra juventud. Un guía para aquellos más maduros en edad, quizá, pero que sin embargo se sienten perdidos y desolados ante estos negros capítulos de la historia de nuestra ciudad. ¡El señor Brodsky no merece menos! ¡Miren, mírenme! ¡Apuesto mi reputación, mi *credibilidad* por esto que ahora les estoy diciendo! Pero ¿qué necesidad tengo de decir esto? Dentro de un momento todos ustedes lo comprobarán con sus propios ojos y oídos. Esto no se parece en nada a la presentación que tenía pensado hacer, y lamento haberme visto obligado a decir lo que he dicho. Pero dejémonos de dilaciones. Permítanme que les presente a nuestros muy estimados invitados de la orquesta de la Stuttgart Nagel Foundation, esta noche dirigida por nuestro..., por... ¡el señor Leo Brodsky!

Sonó una salva de aplausos y el señor Hoffman se retiró del escenario. Durante los minutos que siguieron no sucedió nada, y al cabo se iluminó el foso de la orquesta y aparecieron los músicos. Hubo otra salva de aplausos, seguida de un tenso silencio mientras los miembros de la orquesta se movían en sus asientos, afinaban los instrumentos y disponían a su gusto los atriles. Hasta el grupo de alborotadores de debajo de mi armario pareció aceptar la seriedad de lo que estaba a punto de tener lugar; habían guardado las cartas y permanecían sentados y atentos, con la mirada fija en el escenario.

La orquesta, finalmente, pareció estar preparada, y un foco iluminó un extremo del escenario. Transcurrió otro minuto sin que sucediera nada, y al cabo se oyó un ruido sordo entre bastidores. El ruido se hizo más intenso, y al final Brodsky irrumpió en el círculo de luz. Y entonces se detuvo, tal vez para que el público tuviera tiempo de reaccionar ante su presencia.

A muchos de los presentes, ciertamente, les habría sido hartamente difícil reconocerle. Con el frac, la resplandeciente camisa blanca y el pelo bien peinado, su porte era

verdaderamente impresionante. No había duda, sin embargo, de que la vieja tabla de planchar que utilizaba como muleta desmerecía un tanto su apariencia de conjunto. Al avanzar hacia el estrado del director de orquesta —la tabla de planchar producía un ruido sordo sobre el tablado a cada paso—, reparé en el arreglo que había llevado a cabo en la pernera vacía. Su deseo de que ésta no le bailara al desplazarse era perfectamente comprensible. Pero en lugar de atarla a la altura del muñón, Brodsky la había cortado y había dejado un sinuoso bajo un par de centímetros por debajo de la rodilla. Me hacía cargo de que una solución enteramente elegante no habría sido factible, pero aquel bajo sinuoso se me antojó demasiado llamativo, algo que no haría sino atraer la atención hacia su minusvalía.

Y sin embargo, mientras él seguía atravesando el escenario, caí en la cuenta de que muy probablemente me había equivocado a ese respecto. Porque por mucho que esperé a que el auditorio se quedara boquiabierto ante la invalidez de Brodsky, tal momento nunca llegó. Hasta donde pude ver, en efecto, nadie pareció darse cuenta de que le faltaba una pierna, y la gente siguió esperando callada y expectante a que Brodsky llegara al estrado del director de orquesta.

Tal vez fuera debido a la fatiga, o tal vez a la tensión, pero Brodsky no parecía ya capaz del airoso caminar con la tabla que yo le había visto un rato antes en el pasillo. Caminaba a trompicones, y pensé que, dado que el público aún no había descubierto que le faltaba una pierna, tales andares pronto despertarían serias sospechas de embriaguez. Le faltaban aún unos metros para llegar al estrado cuando se detuvo y miró con enfado la tabla de planchar, que —según pude ver— había empezado a abrírsele de nuevo. La sacudió un poco, y siguió andando. Pero al cabo de unos pasos algo cedió en el mecanismo de la tabla, porque ésta empezó a desplegarse en el preciso instante en que él cargaba todo su peso en ella, y Brodsky y tabla se desplomaron en el suelo hechos un ovillo.

La reacción del público fue muy extraña. En lugar de lanzar los gritos de alarma que habrían sido lógicos, el público, en el curso de los primeros segundos, mantuvo un reprobador silencio. Luego se alzó un murmullo en la sala, una suerte de «mmmmm» colectivo, como si la gente evitara aún sacar conclusiones pese a los desalentadores indicios. De modo similar, los tres tramoyistas que se acercaron a Brodsky para brindarle ayuda, lo hicieron con notoria parsimonia, e incluso con cierto rictus de disgusto. En cualquier caso, antes de que llegaran a él, Brodsky, que había estado pugnando con la tabla en el suelo, les gritó airadamente que se fueran. Los tres hombres se detuvieron en seco sobre el escenario, y luego siguieron mirando a Brodsky con algo no muy distinto a la fascinación morbosa. Brodsky siguió debatiéndose en el suelo unos instantes. Había momentos en que parecía tratar de ponerse en pie, pero en otros parecía empeñado en liberar alguna parte de su ropa que había quedado atrapada en el mecanismo de la tabla. Y en un momento dado se puso

a proferir una sarta de juramentos (presumiblemente dirigidos a la tabla de planchar) que el sistema de amplificación captó con toda claridad. Miré de nuevo a la señorita Collins y vi que se había echado hacia adelante en su asiento. Pero luego, cuando vio que la batalla de Brodsky proseguía, empezó a recuperar lentamente su postura normal y volvió a ponerse el dedo en la barbilla.

Por fin, Brodsky logró cierto progreso. Consiguió enderezar la tabla sin que se le desplegara, y se aupó sobre ella hasta ponerse en pie. Se mantuvo allí orgullosamente, sobre su única pierna, aferrado a la tabla con ambas manos, con los codos proyectados hacia afuera, como a punto de montarse encima de ella. Miró con furia a los tres tramoyistas, y al ver que se replegaban hacia los bastidores dirigió la mirada hacia el auditorio.

—Lo sé, lo sé —dijo, y aunque no estaba hablando en voz alta, los micrófonos situados en el proscenio hacían que sus palabras resultaran perfectamente audibles—. Sé lo que estáis pensando. Pero estáis equivocados.

Miró hacia abajo y volvió a quedarse absorto en su problema. Luego se irguió un poco más, y empezó a pasar la mano por la superficie acolchada de la tabla como si acabara de caer en la cuenta de la finalidad original del artilugio. Finalmente volvió a mirar al auditorio, y dijo:

—Aparten de su mente tales pensamientos. Eso... —hizo un gesto con la cabeza en dirección al suelo— no ha sido más que un desdichado accidente. Nada más.

Otro murmullo recorrió la sala de conciertos. Y luego volvió el silencio.

En los segundos siguientes, Brodsky siguió allí de pie, agachado sobre la tabla de planchar, sin moverse, con la mirada fija en el estrado del director de orquesta. Me di cuenta de que estaba midiendo la distancia que le separaba del estrado, y un momento después, en efecto, reanudó la marcha. Avanzaba levantando la tabla entera y dejándola caer de golpe contra el suelo, y a continuación arrastraba su única pierna. Al principio el público pareció quedarse estupefacto, pero luego, a medida que Brodsky avanzaba ininterrumpidamente hacia el estrado, hubo quienes pensaron que se trataba de alguna especie de número circense, y se pusieron a aplaudir. Tal reacción fue rápidamente tomada como pie por el resto de la sala, y el trayecto que le quedaba a Brodsky hasta el estrado fue subrayado por una salva de fuertes aplausos.

Al llegar a su destino, Brodsky dejó la tabla a un lado y, asiéndose a la barandilla semicircular del estrado, buscó la postura adecuada. Apoyó el cuerpo sobre la barandilla y, una vez hubo logrado el equilibrio, cogió la batuta.

El aplauso que había premiado el número de la tabla de planchar cesó por fin, y volvió a instalarse en la sala una atmósfera de callada expectación. También los músicos miraban a Brodsky con cierto nerviosismo. Pero Brodsky parecía saborear la sensación de volverse a ver frente a una orquesta después de tantos años, y por espacio de unos segundos sonrió y miró a su alrededor. Y por fin alzó la batuta. Los

músicos se aprestaron a tocar, pero Brodsky cambió de opinión en el último momento, bajó la batuta y se volvió hacia el auditorio. Sonrió con afabilidad, y dijo:

—Todos pensáis que soy un borracho inmundo. Veamos si es eso lo que soy.

El micrófono más cercano se hallaba a cierta distancia, y sólo parte del auditorio pareció oír su comentario. En cualquier caso, instantes después había vuelto a levantar la batuta al aire y la orquesta había acometido las primeras y ásperas semibreves de *Verticality*, de Mullery.

A mí no me pareció una forma particularmente extraña de abrir la pieza, pero vi claramente que no era lo que el público esperaba. Muchos de los presentes dieron un respingo en sus asientos, y, cuando las disonancias se prolongaron hasta el sexto y séptimo compás, pude ver en algunas caras expresiones cercanas al pánico. Incluso algunos miembros de la orquesta miraban con ansiedad ora a Brodsky, ora a la partitura. Pero Brodsky seguía haciendo que las notas fueran ganando en intensidad, manteniendo siempre un tempo exageradamente lento. Luego llegó el duodécimo compás, y las notas estallaban y caían como revoloteando. Algo como un suspiro recorrió el auditorio, e instantes después la melodía volvió a remontar el vuelo...

Brodsky, de cuando en cuando, se afianzaba en la barandilla con la mano libre, pero para entonces se había adentrado ya en alguna honda dimensión de sí mismo, y parecía mantener el equilibrio sin necesidad de apoyo material alguno. Hizo oscilar el torso. Meció ambos brazos al aire en ademán de abandono. Durante los primeros pasajes del primer movimiento, advertí que algunos miembros de la orquesta miraban al auditorio con un mohín de culpabilidad, como diciendo: «¡Sí, de verdad, es lo que nos dijo que hiciéramos!». Pero luego, progresivamente, los músicos fueron embebiéndose en la visión de la pieza de Brodsky. Fueron los violinistas quienes primero sucumbieron al embrujo de la versión brodskiana, y luego —según pude comprobar— fueron cada vez más los miembros de la orquesta que fueron adentrándose en sus interpretaciones. Cuando Brodsky los adentró en la melancolía del segundo movimiento, la orquesta parecía haber aceptado por completo su dominio. El auditorio, para entonces, también había superado su primer desasosiego, y permanecía absolutamente inmóvil.

Brodsky aprovechó la mayor laxitud formal del segundo movimiento para adentrarse en territorios aún más extraños, y hasta yo —habitado como estaba a todo tipo de aproximación a Mullery— acabé por sentirme fascinado. Brodsky tenía muy poco en cuenta la estructura externa de la música —las concesiones del compositor a la tonalidad y la melodía que ornaban la superficie de la obra—, y se centraba en las peculiares formas vivas ocultas tras la «cascara». Había cierta calidad levemente sórdida en todo ello, algo cercano al exhibicionismo, que sugería que el propio Brodsky se sentía profundamente turbado ante la naturaleza de lo que estaba desvelando, pero no podía resistirse a la compulsión de seguir hacia adelante. El

efecto resultaba turbador, pero irresistible.

Volví a estudiar al auditorio que se sentaba bajo mis pies. No había duda de que aquel auditorio provinciano había quedado emocionalmente «enganchado» por Brodsky, y ahora me parecía muy posible que el turno de preguntas y respuestas no me resultara tan difícil como había imaginado. Era obvio que si Brodsky había logrado convencer a aquel auditorio con su trabajo, lo que yo pudiera responder a las preguntas resultaba algo mucho menos agobiante. Mi tarea consistiría esencialmente en endosar a aquella gente algo de lo que ya estuviera previamente convencida (en cuyo caso, aun con mi precario nivel de investigación, no había razón para que no pudiera salir airoso con unos cuantos diplomáticos y ocasionalmente humorísticos comentarios). Si, por el contrario, Brodsky dejaba al auditorio confuso e indeciso, yo, con independencia de mi estatus y experiencia, vería considerablemente entorpecida mi tarea. La atmósfera de la sala de conciertos seguía siendo inquieta, y al recordar la atormentada cólera del tercer movimiento, me pregunté qué sucedería cuando Brodsky llegara a él.

Entonces, en ese preciso instante, se me ocurrió buscar a mis padres entre el auditorio. Y casi simultáneamente, me vino a la cabeza el pensamiento de que, si no los había visto ya en las numerosas ocasiones en que había estudiado el auditorio, las probabilidades de dar con ellos ahora eran muy escasas. Sin embargo, me asomé casi temerariamente al borde del armario, y volví a barrer el auditorio con la mirada. Había ciertas partes de la sala que no alcanzaba a ver por mucho que estirara el cuello, y caí en la cuenta de que tarde o temprano tendría que bajar a la sala de conciertos. Y entonces, si seguía sin encontrarles, podría al menos interrogar a Hoffman o a la señorita Stratmann sobre el paradero de mis padres. En cualquiera de los casos, comprendí que no podía permitirme pasar más tiempo mirando desde aquel lugar de privilegio y, volviéndome con sumo cuidado, me dispuse a salir de aquel armario.

Una vez fuera, en lo alto de la pequeña escalera, vi que la cola había aumentado considerablemente. Ahora había unas veinte personas como mínimo, y experimenté un gran sentimiento de culpa por haberme demorado tanto en el armario. La gente de la cola hablaba con agitación y nerviosismo, pero al verme calló y guardó silencio. Mientras bajaba los escalones mascullé unas vagas palabras de disculpa, y al alejarme apresuradamente por el pasillo vi que quien iba detrás de mí en la cola empezaba a subir ansiosamente la escalera hacia la puerta del armario.

El pasillo estaba mucho más tranquilo que antes, debido en gran medida al momento de respiro que tenía ahora lugar en las actividades del servicio de cocina. De cuando en cuando me encontraba con algún carrito parado, cargado de alimentos y bebidas, y quizá a varios hombres con mono apoyados sobre él, fumando y

bebiendo en vasitos de plástico. Al final, cuando me detuve y pregunté a uno de esos hombres el camino más corto para acceder a la sala de conciertos, éste se limitó a señalarme una puerta a mi espalda. Le di las gracias, empujé la puerta que me había indicado y me encontré frente a una mal iluminada escalera.

Bajé unos cinco tramos de peldaños, y al llegar abajo empujé un par de pesadas puertas de batiente y me vi vagando por una zona umbría que debía de estar situada en la trasera del escenario. A la macilenta luz del lugar pude divisar varios telones de foro rectangulares y pintados —un castillo, un cielo con luna, un bosque—, apoyados contra el muro. Por encima de mi cabeza vi una maraña de cables de acero. La orquesta era perfectamente audible, y avancé hacia la música poniendo sumo cuidado en no tropezar contra los numerosos objetos en forma de caja que jalonaban mi camino. Al final, después de subir un tramo de escalones de madera, llegué a lo que sin duda era la zona que rodea el escenario. Iba a volverme —había esperado ir a parar discretamente a la parte frontal del patio de butacas—, pero algo en la música que ahora llenaba mis oídos, algo que no cuadraba, algo que antes no había en ella, me hizo quedarme quieto.

Seguí allí escuchando unos instantes, y al cabo avancé unos pasos y atisbé a través de las pesadas cortinas recogidas que tenía delante. Lo hice, como es lógico, con la mayor de las cautelas —quería evitar a toda costa que el auditorio entreviera mi cara y estallara en aplausos—, y descubrí que veía a Brodsky y a la orquesta desde un ángulo muy cerrado y que era muy poco probable que el público pudiera verme.

Comprobé que las cosas habían cambiado mucho durante mi recién concluido vagabundeo por el edificio. Brodsky —inferí— había llevado las cosas demasiado lejos, porque en el sonido de la orquesta se había instalado esa vacilación técnica que tan a menudo delata la existencia de una disarmonía entre el director y sus músicos. Vi en éstos —ahora podía verlos de cerca— expresiones de incredulidad, de congoja, incluso de asco... Luego, cuando mis ojos fueron acostumbrándose al deslumbrante fulgor de las luces del proscenio, miré más allá del foso, hacia el patio de butacas. Sólo alcanzaba a ver las primeras filas de espectadores, pero era evidente que éstos se miraban con preocupación, lanzaban tosecillas incómodas, sacudían la cabeza. Vi incluso que una mujer se levantaba para marcharse. Brodsky, sin embargo, seguía dirigiendo de forma apasionada, y si algo se percibía en él era su deseo de llevar las cosas aún más lejos. Vi cómo dos violoncelistas se miraban y sacudían la cabeza. Era una clara señal de rebelión, y a Brodsky sin duda no le pasó inadvertida. Su dirección había adoptado ahora cierto tinte maniaco, y la música viró peligrosamente hacia los reinos de la perversidad.

Hasta entonces no había podido distinguir con claridad la expresión de Brodsky —veía sobre todo su espalda—, pero a medida que sus giros y fluctuaciones fueron haciéndose más acusados, empecé a captar mayores vislumbres de su cara. Sólo

entonces caí en la cuenta de la existencia de otro factor que estaba influyendo en la conducta de Brodsky. Volví a observarlo con detenimiento —el modo en que su cuerpo se tensaba y retorció según un ritmo enteramente suyo—, y comprendí que en aquel momento, y probablemente desde hacía rato, Brodsky estaba soportando un lacerante dolor físico. Una vez hube llegado a esta conclusión, la vi corroborada de inmediato por numerosos síntomas. Brodsky se limitaba a aguantar a duras penas, y en su cara distorsionada podía verse algo más que pasión.

Sentí la necesidad imperiosa de hacer algo, y evalué con rapidez la situación. Brodsky debía aún dirigir un movimiento y medio hartos difíciles, amén del intrincado epílogo. La impresión favorable que había causado al principio se estaba rápidamente disipando. El auditorio podía volver a desmandarse en cualquier momento. Cuanto más pensaba en ello, más clara veía la necesidad de detener aquel concierto, y empecé a preguntarme si no debía salir al escenario y hacerlo yo personalmente. Porque, en efecto, yo era probablemente la única persona en toda la sala que podía hacerlo sin despertar en los presentes una sensación de catástrofe.

Durante los minutos que siguieron, sin embargo, no me moví de donde estaba, y reflexioné sobre el modo concreto de llevar a la práctica tal intervención. ¿Debía irrumpir en el escenario agitando las manos para hacer que la orquesta dejara de tocar? Ello no sólo resultaba presuntuoso sino que podía sugerir una cierta desaprobación por mi parte, lo cual se me antojaba desastroso. O tal vez fuera mejor esperar a que iniciaran el andante, y entrar en el escenario muy humildemente, sonriendo a Brodsky y a la orquesta, y haciendo casar mi recorrido con la música como si todo hubiera sido planeado de antemano. Sin duda el público se pondría a aplaudir, y entonces yo, a mi vez, y sin dejar de sonreír, me pondría a aplaudir primero a Brodsky y luego a los músicos de la orquesta. Y Brodsky, entonces —era de esperar—, tendría la presencia de ánimo necesaria para ir haciendo cesar la música gradualmente, sin brusquedad, y finalmente saludaría al auditorio. Conmigo en el escenario, las posibilidades de que el público se volviera contra Brodsky eran muy remotas. De hecho, en cuanto yo tomara las riendas de la situación —seguiría aplaudiendo, sonriendo, como si no cupiera la menor duda de que Brodsky acababa de ejecutar algo de indiscutible belleza—, el recuerdo de los momentos primeros del concierto podría hacerse lo bastante intenso en el auditorio como para que Brodsky volviera a ganarse su favor. Brodsky saludaría varias veces, y luego, cuando se volviera para retirarse, yo le ayudaría afablemente a bajar del estrado, y quizá plegaría su tabla de planchar y se la tendería para que pudiera volver a utilizarla como muleta. Luego podría conducirlo hacia las cortinas laterales, mirando repetidamente hacia el auditorio para que los aplausos no cesaran... Casi podía ver toda la escena y su desenlace feliz..., pero tendría que hacerlo todo con sumo tacto.

Y en aquel preciso instante sucedió algo que quizá era previsible, o sencillamente

inevitable. Brodsky describió un gran arco con la batuta, y casi simultáneamente lanzó un puñetazo al aire con la otra mano. Y al hacerlo pareció despegar del suelo. Ascendió en el aire unos centímetros, y fue a caer de bruces sobre las tablas, llevándose por delante barandilla, tabla de planchar, partitura, atril...

Pensé que la gente iba a correr en su ayuda inmediatamente, pero el grito de asombro que acogió su caída se convirtió enseguida en un silencio embarazoso. Luego, mientras Brodsky yacía en el suelo boca abajo, inmóvil, volvió a alzarse entre los presentes un leve alboroto. Por fin, uno de los violinistas dejó a un lado su instrumento y se dirigió hacia Brodsky. Le siguieron enseguida varios tramoyistas y músicos, pero en la forma de acercarse a aquella figura prona pude ver cierta indecisión, como un temor a encontrarse con algo absolutamente reprochable.

Recuperé mi presencia de ánimo —había estado dudando, indeciso acerca del efecto que podría causar mi aparición en aquel momento— y corrí hacia Brodsky a través del escenario. Al acercarme a él, el violinista lanzó un grito y, arrodillándose, se puso a examinar a Brodsky con una urgencia nueva. Luego alzó la mirada hacia nosotros y dijo, en un susurro horrorizado:

—¡Dios santo, ha perdido una pierna! ¡Es un milagro que haya tardado tanto en desmayarse!

Hubo unas exclamaciones de asombro. Quienes rodeábamos a Brodsky —como una docena de personas— nos miramos. No sabría explicar por qué, pero todos sentimos a un tiempo la necesidad de que la noticia de la pierna seccionada de Brodsky no trascendiera al auditorio, y nos acercamos más unos a otros para formar una barrera humana que detuviera las miradas. Quienes estaban más cerca de Brodsky parlamentaban en voz baja sobre la conveniencia o no de sacarlo del escenario. Entonces alguien hizo una seña, y empezó a cerrarse el telón. Pronto se hizo evidente que Brodsky estaba tendido justo en la línea de cierre del telón, y varios brazos se apresuraron a retirarle medio a rastras hacia adentro instantes antes de que el telón se cerrara a nuestra espalda.

El movimiento reanimó un poco a Brodsky, y cuando el violinista le dio la vuelta y lo puso boca arriba, Brodsky abrió los ojos y fue mirando inquisitivamente de cara en cara. Y al cabo dijo, con voz más somnolienta que otra cosa:

—¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí abrazándome?

Se miraron unos a otros. Y alguien susurró:

—La señorita Collins. Debe de referirse a la señorita CoUins.

Apenas habían pronunciado estas palabras cuando se oyó una suave tos a nuestra espalda, y al volvernos vimos a la señorita Collins de pie junto al telón, a unos metros. Parecía seguir muy serena, y miraba hacia nosotros con cortés preocupación. Sólo sus manos —enlazadas en el pecho, un poco más arriba de lo que cabría esperar—, delataban quizá una agitación interior.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar Brodsky con voz somnolienta.

Luego, de pronto, se puso a cantar en voz baja.

El violinista nos miró.

—¿Está borracho? Lo cierto es que huele a alcohol.

Brodsky dejó de cantar, y volvió a decir, mientras cerraba los ojos:

—¿Dónde está? ¿Por qué no viene?

Esta vez fue la señorita Collins quien respondió. No en voz muy alta, pero con nitidez, desde el telón:

—Estoy aquí, Leo.

Lo dijo con ternura, como si estuviera caminando hacia él. Pero cuando el grupo le abrió al instante un pasillo para que pasara, no se movió. La visión de aquella figura en el suelo, sin embargo, hizo que su semblante reflejara al fin la congoja. Brodsky, con los ojos aún cerrados, se puso a cantar de nuevo.

Luego abrió los ojos y miró a su alrededor con detenimiento. Su mirada se dirigió primero hacia el telón —quizá en busca de su público—, y luego, viéndolo cerrado, volvió a examinar las caras que le miraban. Finalmente miró hacia la señorita Collins.

—Abracémonos —dijo—. Que el mundo nos vea. El telón... —Se incorporó un poco con esfuerzo, y gritó—: ¡Prepárense para abrir el telón! —Luego le dijo con voz suave a la señorita Collins—: Ven y abrázame. Abrázame. Y luego que abran el telón. Haremos que el mundo vea... —Se dejó caer despacio hasta que su espalda volvió a descansar sobre el suelo—. Ven... —susurró.

La señorita Collins pareció a punto de hablar, pero no lo hizo. Miró hacia el telón, y una expresión de espanto se reflejó en sus ojos.

—Que vean... —dijo Brodsky—. Que vean que hemos estado juntos al final. Que nos hemos amado durante toda la vida. Que lo vean. Cuando se abra el telón, que vean...

La señorita Collins siguió mirando a Brodsky, y finalmente se dirigió hacia él. Los presentes se apartaron discretamente, y algunos miraron hacia otra parte. Antes de llegar hasta él, la señorita Collins se detuvo y dijo, con voz un tanto trémula:

—Podemos darnos la mano, si quieres.

—No, no. Éste es el final. Abracémonos como es debido. Que los demás vean.

La señorita Collins dudó unos instantes, y luego fue hasta él y se arrodilló a su lado. Sus ojos —pude ver— estaban llenos de lágrimas.

—Mi amor —dijo Brodsky en un susurro—. Abrázame otra vez. La herida me duele tanto...

De pronto, la señorita Collins retiró la mano que tendía hacia él y se levantó. Miró a Brodsky con frialdad, y volvió con paso vivo hacia el telón.

Brodsky pareció no darse cuenta de que ya no estaba a su lado. Miraba hacia lo alto con los brazos extendidos, como esperando a que la señorita Collins se inclinara

sobre él para abrazarlo.

—¿Dónde estás? —dijo—. Que vean... Cuando abran el telón. Que vean que hemos estado juntos al final. ¿Dónde estás?

—No voy a ir, Leo. Vayas donde vayas, tendrás que ir solo.

Brodsky debió de percibir su tono nuevo, porque aunque seguía mirando hacia el techo, dejó que sus brazos descendieran hasta descansar a ambos costados.

—Tu herida —dijo en voz baja la señorita Collins—. Siempre tu herida. —Su gesto se torció, y su cara se afeó—. ¡Oh, cómo te odio! ¡Cómo te odio por echar a perder mi vida! ¡Nunca, nunca te lo perdonaré! ¡Tu herida, tu pequeña y estúpida herida! Ése es tu verdadero amor, Leo: esa herida. ¡El verdadero amor de tu vida! Sé cómo sería todo si volviéramos a intentarlo; por mucho que lográramos volver a construir algo juntos... Y la música. Tampoco sería diferente con la música. Por mucho que te hayan aceptado esta noche, por mucho que volvieras a ser apreciado en esta ciudad, lo destruirías todo, echarías por tierra todo lo que te rodea, como hiciste antes... Y todo por esa herida. Yo, la música, no somos para ti más que concubinas en las que buscar consuelo. Porque siempre volverás a tu amor verdadero. ¡A esa herida! Y ¿sabes lo que me pone realmente furiosa? Leo, ¿me escuchas? Que tu herida no tiene nada de especial, nada en absoluto. En esta ciudad, sin ir más lejos, conozco muchas personas con heridas peores. Y sin embargo siguen adelante, todos ellos, con mucho más coraje que el que tú has tenido en toda tu vida. Ellos siguen con sus vidas. Llegan a ser personas de provecho. Pero tú, Leo, mírate. Siempre volviendo a tu herida. ¿Me estás escuchando? ¡Escúchame, quiero que oigas hasta la última palabra de lo que te digo! Esa herida es todo lo que te queda ahora. Traté de dártelo todo un día, pero no tenías interés..., y no vas a tenerme otra vez. ¡Cómo echaste a perder mi vida! ¡Cómo te odio! ¿Me oyes, Leo? ¡Mírate! ¿En qué te has convertido? Bien, escúchame. Ahora te vas a un sitio horrible. A un sitio oscuro y solitario, y no voy a acompañarte. ¡Vete solo! ¡Vete solo con esa pequeña y estúpida herida!

Brodsky había estado moviendo la mano en el aire, despacio. Ahora, al ver que ella callaba, dijo:

—Podría volver a..., podría volver a ser director de orquesta. Esa música, antes de caerme... ¿La has oído? Podría volver a ser director de orquesta...

—Leo, ¿me estás escuchando? Nunca serás un director de orquesta *de verdad*. Nunca lo fuiste, ni siquiera entonces. Nunca serás capaz de servir a la gente de esta ciudad; aunque ellos quisieran que lo hicieras, no podrías. Porque no te importan sus vidas. Ésa es la verdad. Tu música siempre girará en torno a esa pequeña y estúpida herida. Nunca será más que eso, nunca será nada más profundo, no tendrá valor para nadie más. Yo, al menos, en mi modesta medida, puedo decir que he hecho lo que he podido. Que he hecho todo lo que he podido para ayudar a la gente infeliz de esta ciudad. Pero tú, mírate. Lo único que te ha importado ha sido esa herida. Por eso ni

siquiera entonces fuiste un músico *de verdad*. Y no llegarás a serlo nunca. Leo, ¿me escuchas? Quiero que lo oigas. Nunca serás más que un charlatán. Un impostor, un impostor cobarde e irresponsable...

Un hombre corpulento y de cara rubicunda irrumpió de pronto a través del telón.

—¡Su tabla de planchar, señor Brodsky! —anunció en tono jovial, alzando ante él el artilugio. Luego, al intuir la situación, retrocedió discretamente.

La señorita Collins se quedó mirando al recién llegado, y luego, mirando por última vez a Brodsky, salió corriendo por la abertura del telón.

La cara de Brodsky seguía vuelta hacia el techo, pero había cerrado los ojos. Abriéndome paso entre los presentes, me arrodillé a su lado y le tomé el pulso.

—Nuestros marineros —dijo entre dientes—. Nuestros marineros. Nuestros marineros borrachos. ¿Dónde están ahora? ¿Dónde estás tú? ¿Dónde estás?

—Soy yo —dije—. Ryder. Señor Brodsky, debemos buscar ayuda rápidamente.

—Ryder. —Abrió los ojos y me miró—. Ryder. Tal vez es cierto. Lo que ella ha dicho.

—No se preocupe, señor Brodsky. Su música ha sido magnífica. Sobre todo los dos primeros movimientos...

—No, no, Ryder. No me refiero a eso. Eso apenas importa ahora. Me refiero a las otras cosas que ha dicho. Que voy a ir solo. A algún sitio oscuro, solitario. Quizá sea cierto. —De pronto levantó la cabeza del suelo y me miró a los ojos—. No quiero ir, Ryder —me dijo en un susurro—. No quiero ir...

—Señor Brodsky, intentaré que vuelva. Como le digo, los dos primeros movimientos, sobre todo, han supuesto una enorme innovación. Estoy seguro de que ella entrará en razón. Discúlpeme, por favor, sólo será un momento...

Liberé mi brazo de la presa de su mano y salí a toda prisa a través de la abertura del telón.

Me sorprendió ver que en la sala del auditorium las cosas habían cambiado por completo. Habían vuelto a dar las luces, y prácticamente dos tercios de los invitados habían abandonado el recinto. La mayoría de quienes no lo habían hecho charlaba en los pasillos. Pero no me quedé contemplando la escena mucho tiempo, porque vi que la señorita Collins se encaminaba hacia la salida. Me bajé del escenario y corrí hacia ella abriéndome paso entre la gente. Vi que llegaba ya a la salida y, desde cierta distancia, le grité:

—¡Señorita Collins! ¡Espere un momento, por favor!

La señorita Collins se volvió y, al verme, me dirigió una mirada dura. Un tanto sorprendido, me detuve en seco a mitad del pasillo. De pronto sentí que se esfumaba mi determinación de llegar hasta ella y hablarle, y —quién sabe por qué— me sentí cohibido y me puse a mirarme la punta de los zapatos. Cuando por fin levanté los ojos, vi que se había ido.

Seguí allí unos minutos más, preguntándome si no habría sido una necedad el haber permitido que se fuera tan fácilmente. Pero luego, poco a poco, fui centrando mi atención en las distintas conversaciones que tenían lugar a mi alrededor. En concreto, había un grupo a mi derecha —seis o siete personas de avanzada edad—, y oí que uno de los hombres estaba diciendo:

—Según la señora Schuster, el tipo no ha estado sobrio ni un solo día desde que empezó todo este asunto. ¿Cómo se puede pedir respeto para un hombre así, por mucho talento que tenga? ¿Qué ejemplo es ése para nuestros hijos? No, no, han dejado que las cosas vayan demasiado lejos...

—Y en el banquete de la condesa —dijo una de las mujeres—, seguro que estaba borracho. Consiguieron ocultarlo, pero les costaría Dios y ayuda.

—Disculpen —dije, interrumpiéndoles—. Pero no tienen ni idea de lo que están hablando. Puedo asegurarles que están pésimamente informados.

Pensé que mi sola presencia bastaría para callarles la boca, pero se limitaron a dirigirme una mirada desenfadada —como si les hubiera preguntado si podía unirme a ellos—, y siguieron con su conversación.

—Nadie pretende empezar a ensalzar a Christoff de nuevo —dijo el hombre que había hablado primero—. Pero esta interpretación que acabamos de oír, como bien dices, ha rayado en el mal gusto.

—Ha rayado en lo inmoral. Eso es. Ha rayado en lo inmoral.

—Perdonen —dije, esta vez con mayor rotundidad—. Pero coincide que he escuchado con mucha atención lo que el señor Brodsky nos ha ofrecido antes de su desmayo, y mi apreciación personal difiere de la suya. En mi opinión, el señor Brodsky ha logrado una visión estimulante, fresca, una visión ciertamente cercana al

verdadero espíritu de la pieza.

Les dirigí una mirada gélida. Ellos volvieron a mirarme con amabilidad, y algunos rieron cortésmente como si acabaran de oír alguna broma. Y el hombre primero dijo:

—Nadie está defendiendo a Christoff. A Christoff lo hemos desenmascarado hace ya tiempo. Pero cuando oyes algo como lo que acabamos de oír, las cosas empiezan a verse en perspectiva...

—Al parecer —dijo otro de los hombres—, Brodsky cree que Max Sattler tenía razón. Sí. De hecho ha andado por ahí diciéndolo todo el santo día. No hay duda de que lo habrá dicho en el estupor étlico, pero, dado que el hombre está siempre borracho, es todo lo que podemos acercarnos a su pensamiento. Max Sattler... Eso explica un montón de cosas sobre lo que acabamos de escuchar.

—Christoff, al menos, tenía sentido de la estructura. Un sistema que podía servirnos de referencia...

—Caballeros —les grité—. ¡Me dan asco!

Ni siquiera se volvieron para mirarme, y me alejé de ellos lleno de cólera.

Mientras desandaba mis pasos por el pasillo, comprobé que todo el mundo parecía comentar lo que acababan de presenciar. Me di cuenta de que la mayoría lo hacían movidos por la necesidad de comentar una experiencia, del mismo modo que se comenta un accidente o un incendio. Al llegar a la parte delantera de la sala, vi que dos mujeres lloraban y que una tercera las consolaba diciendo:

—Está bien, ya ha pasado. Ya ha pasado todo.

En aquella zona del patio de butacas podía apreciarse un fuerte aroma de café, y muchas personas tenían tazas en la mano —tazas con su platillo—, y sorbían el café como si quisieran serenarse.

Entonces se me ocurrió que debía subir al piso de arriba para ver cómo seguía Gustav, y, tras abrirme paso entre los grupos que ocupaban los pasillos, salí por una puerta de emergencia.

Me encontré en un pasillo silencioso y vacío. Al igual que el de arriba, describía una suave curva, pero éste estaba claramente destinado al público. La moqueta era mullida, las luces tenues y cálidas. A lo largo de las paredes pude ver pinturas con marcos de pan de oro. No me esperaba encontrar un pasillo tan desierto, y durante un momento me quedé quieto, sin saber qué camino tomar. Luego, cuando eché a andar, oí una voz a mi espalda:

—¡Señor Ryder!

Me volví y vi a Hoffman. Estaba en el pasillo, a cierta distancia, y me hacía señas con el brazo. Volvió a llamarme, pero, extrañamente, seguía donde estaba, de modo que me vi obligado a volver sobre mis pasos.

—Señor Hoffman —dije, mientras me dirigía hacia él—. Lo que ha pasado es de

lo más desafortunado...

—Un desastre. Un desastre sin paliativos.

—De lo más desafortunado. Pero no debe deprimirse demasiado, señor Hoffman. Usted ha hecho todo lo que estaba en su mano para que todo fuera un éxito. Y, si me permite señalarlo, aún falta mi actuación. Le aseguro que haré todo lo posible para que la velada vuelva a su cauce. De hecho, señor, me estaba preguntando si no podríamos suprimir el turno de preguntas y respuestas; me refiero a su concepción original. Mi sugerencia es, simplemente, que yo pronunciaría mi alocución, algo adecuado al momento, algo que tuviera en cuenta lo que acaba de suceder. Podría, por ejemplo, decir unas palabras que dieran a entender que llevamos en nuestro corazón el sentido de la extraordinaria concepción musical que el señor Brodsky estaba ofreciéndonos cuando se ha puesto enfermo, y que debemos intentar mantenernos fieles al espíritu de tal concepción... Algo de ese tipo. Naturalmente, no me extenderé demasiado. Y luego podría incluso dedicar mi propio recital al señor Brodsky, o a su memoria, dependiendo de cómo estén las cosas en ese momento...

—Señor Ryder —dijo Hoffman con gravedad (me dio la impresión de que no me había estado escuchando). Estaba muy preocupado, y al parecer me había estado mirando con la sola finalidad de encontrar una ocasión para interrumpirme—. Señor Ryder, hay una cuestión que me gustaría tratar con usted. Una pequeña cuestión que...

—Oh, ¿y cuál es, señor Hoffman?

—Una cuestión menor, al menos para usted. Para mí y para mi esposa, sin embargo, de bastante importancia.

De pronto su cara se torció, llena de furia, y echó hacia atrás el brazo. Pensé que iba a golpearme, pero luego caí en la cuenta de que lo que hacía era señalar un punto situado a su espalda. A la tenue luz del pasillo vi la silueta de una mujer que estaba de espaldas, inclinada hacia el interior de un hueco de la pared, de una especie de hornacina con espejo. La mujer se estaba mirando en él, con la cabeza casi pegada al cristal, de modo que su reflejo sesgado se perdía en lo hondo de la hornacina. Yo estaba mirando hacia la mujer, y Hoffman, quizá pensando que no había comprendido su primer gesto, volvió a echar hacia atrás el brazo con fuerza. Y dijo:

—Me refiero, señor, a los álbumes de mi esposa...

—Los álbumes de su esposa. Ah, sí. Sí, su esposa es muy amable... Pero verá, señor Hoffman, éste no es el momento más...

—Señor Ryder, recordará su promesa de echarles una ojeada... Y convinimos, por consideración a usted, señor, para evitar la posibilidad de resultar importunado en un momento inconveniente, convinimos..., ¿se acuerda, señor?, convinimos en una señal. Una señal que usted me haría cuando tuviera un rato libre para mirar los álbumes... ¿Se acuerda, señor?

—Claro que me acuerdo, señor Hoffman. Y mi intención era cumplir mi...

—Le he observado con toda atención, señor Ryder. Siempre que le veía paseando por el hotel, por el vestíbulo, o tomando café..., me decía a mí mismo: «Ah, parece que tiene un momento. Quizá ahora...». Y esperaba la señal, le observaba atentamente, pero ¿me dirigió alguna vez la señal? ¡Puf! Y ahora henos aquí, con su visita a la ciudad a punto de terminar, ¡a apenas unas horas de su vuelo y de su siguiente compromiso en Helsinki! Ha habido veces, señor, en que he pensado que a lo peor la había pasado por alto, que había mirado hacia otra parte durante un segundo y que, al volver a mirarle, tomé el instante final de su señal por cualquier otro gesto. Si ése fuera el caso, si me ha dirigido usted la señal en varias ocasiones y soy yo quien ha sido tan obtuso que no lo he sabido interpretar, entonces no puedo sino pedirle disculpas sin reservas, sin vergüenza, sin dignidad, y arrastrarme ante usted para pedirselas... Pero tengo para mí, señor, que no ha sido ése el caso, que nunca me ha dirigido usted señal alguna. En otras palabras, señor, que ha tratado usted, que ha tratado usted... —miró hacia la figura de la hornacina y bajó el tono de voz—:... que ha tratado usted con desdén a mi esposa. ¡Mire, aquí los tiene!

Sólo entonces reparé en los dos gruesos bultos que llevaba en ambos brazos. Los levantó hacia mí y dijo:

—Aquí los tiene, señor. Los frutos de la devoción de mi esposa por su maravillosa carrera... Cuánto lo admira a usted. Puede verlo aquí. ¡Mire estas páginas! —Abrió desmañadamente uno de los álbumes mientras mantenía el otro bajo el brazo—. Mire, señor. Hasta mínimos recortes de oscuras revistas... Breves referencias a usted de pasada... Ya ve, señor, la devoción que le profesa. ¡Mire aquí, señor! ¡Y aquí, y aquí! Y usted ni siquiera puede encontrar un momento para echarles una ojeada... ¿Qué voy a decirle yo a mi esposa ahora? —Hizo otro gesto hacia la figura de la hornacina.

—Lo siento —empecé a decir—. Lo siento enormemente. Pero, comprenda, mi estancia aquí ha sido bastante confusa... Mi intención era cumplir mi... —De pronto comprendí que, visto el creciente caos de la velada, lo que tenía que hacer era mantener la cabeza fría. Hice una pausa, pues, y al cabo dije con un mayor dominio de la situación—: Señor Hoffman, quizá a su esposa le resulte más fácil aceptar mis sinceras disculpas si las escucha de mis propios labios. He tenido el gran placer de conocerla esta misma tarde, hace unas horas. Puede que si me conduce usted hasta ella podamos solucionar este asunto en un momento... Luego, por supuesto, tendré que salir al escenario, decir unas palabras sobre el señor Brodsky y ofrecer mi recital. Mis padres, concretamente, estarán impacientándose...

Hoffman, al oír mis palabras, pareció un tanto desconcertado. Luego, tratando de atizar de nuevo su ira, dijo:

—¡Mire estas páginas, señor! ¡Mírelas! —Pero el fuego se había apagado ya, y

me miró con expresión cohibida—. Vayamos, pues —dijo con voz queda, en un tono que delataba un sentimiento de total derrota—. Vayamos.

Pero siguió unos segundos sin moverse, y tuve la impresión de que rumiaba mentalmente ciertos recuerdos lejanos. Luego echó a andar con determinación hacia su mujer, y le seguí a cierta distancia.

La señora Hoffman, al ver que nos acercábamos, se volvió para recibirnos. Me detuve a unos pasos, pero la mirada de ella, orillando a su marido, me llegó a mí directamente. Y dijo:

—Es un placer verle de nuevo, señor Ryder. La velada, por desgracia, parece que no se está desarrollando como todos habríamos deseado...

—Lamentablemente —dije—, parece que es así... —Me adelanté unos pasos, y añadí—: Además, con unos asuntos y otros, parece también que he descuidado ciertas cosas que tenía verdaderas ganas de hacer...

Esperaba una respuesta a mi cortés insinuación, pero ella se limitó a mirarme con interés, a la espera de que continuara. Entonces Hoffman se aclaró la garganta, y dijo:

—Cariño. Yo... Conocía tu deseo y...

Con una sonrisa mansa, levantó los álbumes, uno en cada mano.

La señora Hoffman lo miró con espanto.

—Dame esos álbumes —dijo en tono severo—. ¡No tenías derecho! Dámelos ahora mismo.

—Cariño... —Hoffman soltó una débil risita, y su mirada se deslizó hasta el suelo.

La señora Hoffman siguió tendiendo la mano con expresión furiosa. El director del hotel le entregó primero un álbum y luego el otro. Su mujer dirigió a ambas sendas miradas rápidas, para cerciorarse de cuáles eran, y luego pareció en extremo turbada.

—Cariño... —masculló Hoffman—. Pensé que no molestaría a nadie... —Volvió a dejar la frase en suspenso y soltó una risita...

La señora Hoffman lo miró con frialdad. Luego, volviéndose a mí, dijo:

—Lo siento mucho, señor Ryder. Mi marido ha creído necesario importunarle con algo tan trivial. Buenas noches. Se puso los álbumes bajo los brazos y empezó a alejarse por el pasillo. Apenas había recorrido unos pasos, sin embargo, cuando Hoffman, de pronto, exclamó:

—¿Trivial? ¡No, no! ¡No son nada trivial! Como tampoco lo es el álbum de Kosminsky. Ni el de Stefan Hallier. ¡No son nada trivial! Ojalá lo fueran. ¡Ojalá yo pudiera creer que lo son!

La señora Hoífman se detuvo, pero no se volvió, y Hoffman y yo nos quedamos mirando su espalda mientras ella seguía allí, completamente inmóvil, a la mortecina luz del pasillo. Luego Hoffman dio unos pasos hacia ella.

—La velada... Es una ruina. ¿Por qué fingir que no lo es? ¿Por qué seguir soportándome? Año tras año, fracaso tras fracaso. Después del Festival de la Juventud, tu paciencia conmigo sin duda se agotó. Pero no, volviste a soportarme. Luego la Semana de la Exposición. Y volviste a soportarme. Volviste a darme una oportunidad. Muy bien, te lo supliqué, es cierto. Te supliqué que me dieras otra oportunidad. Resumiendo: me diste esta noche. ¿Y qué resultado puedo ofrecerte? La velada es una ruina. Nuestro hijo, nuestro único hijo, convertido en el hazmerreír de la velada..., delante de los ciudadanos más distinguidos de nuestra ciudad. Fue culpa mía, sí, lo sé. Le animé a hacerlo. He sabido hasta el último momento que debía disuadirle, pero no he tenido la fuerza suficiente. He permitido que fuera hasta el final. Créeme, cariño: nunca tuve intención de permitirlo. Desde el primer día me he dicho: se lo diré mañana; hablaremos de ello mañana, cuando tenga más tiempo. Mañana, mañana... Y lo he seguido posponiendo. Sí, he sido débil, lo admito. Incluso esta noche. Me decía: se lo diré dentro de sólo unos minutos. Pero no, no, no podía decírselo. Y ha continuado con ello. Sí, nuestro Stephan ¡ha subido al escenario, se ha plantado delante del mundo entero y ha tocado el piano! ¡Y ha sido el hazmerreír! ¡Ah, pero ojalá eso hubiera sido todo! Todos, toda la ciudad sabe quién asumió la responsabilidad de la recuperación del señor Brodsky. Muy bien, muy bien, no lo niego, he fracasado. No he logrado rehabilitarlo. Es un borracho, y yo debería haber sabido lo inútil de mi empeño desde el principio. La velada, mientras estoy aquí hablando, se viene abajo estrepitosamente. Ni siquiera el señor Ryder, aquí presente, puede salvarla. No hace sino acrecentar nuestra vergüenza. El mejor pianista del mundo... ¿De qué ha servido traerlo? ¿Para qué lo he traído? ¿Para que participe en este desastre? ¿Cómo se me ha permitido jamás poner estas torpes manos en algo tan divino como la música, el arte, la cultura? Tú, que vienes de una familia de talento..., tú podrías haberte casado con quien hubieras querido. Qué gran error cometiste. Una tragedia. Pero para ti no es demasiado tarde. Tú sigues siendo hermosa, ¿por qué esperar un minuto más? ¿Qué más pruebas necesitas? Déjame, déjame. Encuentra a otro que te merezca. Un Kosminsky, un Hallier, un Ryder, un Leonhardt... ¿Cómo pudiste llegar a cometer tamaño error? Abandóname, te lo ruego, abandóname... ¿No te das cuenta de lo odioso que es ser tu carcelero? No, peor aún: los mismísimos grillos en tus tobillos. Abandóname, abandóname... —Hoffman, de pronto, se agachó hacia adelante y, llevándose el puño a la frente, ejecutó el movimiento que le había visto ensayar horas antes—. Mi amor, mi amor, abandóname... Mi situación se ha vuelto insostenible. A partir de esta noche, mi fingimiento, al fin, ha cesado. Todos lo sabrán, hasta el niño más pequeño de la ciudad. A partir de esta noche, cuando me vean afanado en mi trabajo, sabrán que no tengo nada. Ni talento, ni sensibilidad, ni finura... Abandóname, abandóname. ¡No soy sino *un buey, un buey, un buey!*

Volvió a ejecutar la operación de antes: con el codo proyectado extrañamente

hacia adelante, se golpeó la frente con el puño. Luego cayó de rodillas y se echó a llorar.

—Una ruina —susurró entre sollozos—. Todo ha sido una ruina...

La señora Hoffman se había dado la vuelta, y miraba a su marido con fijeza, con detenimiento. No parecía experimentar el menor asombro por el arrebato de su esposo, y una expresión de ternura, casi de añoranza, se instaló en sus ojos. Dio un paso vacilante, y luego otro, hacia la figura doblada de Hoffman. Luego, despacio, extendió una mano como para tocarle con suavidad la parte superior de la cabeza. Su mano quedó suspendida un instante sobre Hoffman, sin llegar a tocarle, y luego se retiró. Y al momento siguiente se había dado media vuelta y había desaparecido al fondo del pasillo.

Hoffman siguió llorando, visiblemente ajeno a los últimos movimientos de su esposa. Me quedé mirándole sin saber qué hacer. Luego, de pronto, me di cuenta de que tendría que estar ya en el escenario. Y recordé con una oleada de emoción que hasta el momento había sido incapaz de dar con rastro alguno de la presencia de mis padres en la sala de conciertos. Mis sentimientos hacia Hoíffman, hasta entonces muy cercanos a la piedad, cambiaron súbitamente, y, acercándome a él, le grité al oído:

—Señor Hoffman: puede que usted haya hecho una ruina de su velada. Pero no voy a dejarme arrastrar por usted en su fracaso. Tengo intención de salir al escenario y tocar el piano. Haré todo lo que esté en mi mano para traer un poco de orden a los actos de esta noche. Pero, antes que nada, señor Hoffman, exijo saber de una vez por todas qué ha sido de mis padres.

Hoíffman alzó los ojos, y pareció un tanto sorprendido al ver que su mujer se había marchado. Luego, mirándome con cierta irritación, se levantó.

—¿Qué es lo que dice que quiere, señor? —preguntó con aire cansino.

—Mis padres, señor Hoffman... ¿Dónde están? Me aseguró usted que serían atendidos debidamente. Y antes, cuando he mirado en la sala, no estaban entre los invitados. Estoy a punto de salir al escenario y desearía que mis padres estuvieran confortablemente sentados en sus butacas. Así que ahora, señor, debo exigirle que me responda: ¿dónde están mis padres?

—Sus padres, señor... —Hoffman inspiró profundamente y se pasó una mano por el pelo con aire fatigado—. Tendrá que preguntárselo usted a la señorita Stratmann. Yo me he limitado a supervisar las líneas maestras de la velada. Y dado que, como ha podido comprobar, he sido un auténtico fracaso a ese respecto, malamente puede esperar que sea capaz de responder a su pregunta...

—Sí, sí, sí —dije, más impaciente por momentos—. ¿Y dónde está la señorita Stratmann?

Hoffman suspiró y señaló por encima de mi hombro. Volví la cabeza y vi una puerta a mi espalda.

—¿Está ahí dentro? —pregunté en tono severo.

Hoffman asintió con la cabeza, y luego, llegando con paso tambaleante hasta la hornacina donde había estado su esposa, se puso a mirarse en el espejo.

Llamé con fuerza a la puerta. Como no obtuve respuesta, volví a lanzarle a Hoffman una mirada acusadora. Ahora estaba inclinado sobre la repisa de la hornacina. Iba a descargar sobre él toda mi cólera cuando me llegó una voz que me invitaba a entrar. Lancé una última mirada a la figura encorvada de Hoffman y abrí la puerta.

La amplia y moderna oficina en la que me encontraba no se parecía en nada a ningún otro lugar que yo conociera del edificio. Era una especie de anexo, todo de cristal. No había iluminación alguna, y vi que finalmente había despuntado el alba. Suaves retazos de sol temprano fluctuaban sobre los inseguros montones de papeles, los archivadores, las carpetas y directorios esparcidos por las mesas. Había tres mesas, pero la señorita Stratmann estaba sola en la oficina.

Parecía estar muy ocupada, y me extrañó que hubiera apagado las luces, pues el pálido fulgor reinante era claramente insuficiente para leer o escribir. Sólo se me ocurrió conjeturar que la señorita Stratmann había apagado las luces momentáneamente para disfrutar de la vista del sol alzándose en la lejanía, tras los árboles. Y, en efecto, cuando entré la vi sentada en su mesa, con el auricular del teléfono en la mano y la mirada perdida en el paisaje que se divisaba a través de los gigantescos ventanales.

—Buenos días, señor Ryder —dijo, volviéndose hacia mí—. Estaré con usted en un segundo. —Siguió hablando por teléfono—: Sí, dentro de unos cinco minutos. Las salchichas también. Tendréis que empezar a freirlas dentro de unos minutos. Y la fruta. La fruta debería estar ya preparada.

—Señorita Stratmann —dije, acercándome a su mesa—. Hay asuntos más urgentes que dilucidar el momento idóneo para freír unas salchichas.

Me dirigió una rápida mirada, y volvió a decir:

—Le atenderé en un momento, señor Ryder.

Siguió hablando por teléfono, y escribió algo en un papel.

—Señorita Stratmann —dije, endureciendo el tono—. Tengo que pedirle que deje el teléfono y escuche lo que tengo que decirle.

—No cuelgues —dijo la señorita Stratmann a su interlocutor telefónico—. Tengo aquí una persona a la que será mejor que atienda. No tardaré nada. —Dejó a un lado el auricular y me dirigió una mirada airada—. ¿De qué se trata, señor Ryder?

—Señorita Stratmann —dije—. La primera vez que nos vimos, me aseguró usted que me tendría perfectamente informado de todos los aspectos de mi visita a la ciudad. Que me asesoraría en todo lo relacionado con mi programa y con la naturaleza de mis compromisos. Creí, pues, que era usted alguien con quien se podía contar para todo. Lamento tener que decir que mis expectativas se han visto bastante defraudadas.

—Señor Ryder, no sé a qué viene esa diatriba. ¿Hay algo en particular de lo que esté descontento?

—Estoy descontento con todo, señorita Stratmann. No he recibido informaciones importantes cuando las he necesitado. No he sido avisado de cambios de última hora

en mi programa. No se me ha prestado apoyo o asistencia en momentos cruciales. Como resultado, no he podido prepararme para hacer frente a mis obligaciones como yo habría deseado. Sin embargo, y pese a todo lo que le menciono, me dispongo a salir en breve al escenario, donde trataré de salvar algo del desastre en que parece haberse convertido esta velada. Pero, antes de todo, tengo una cosa muy sencilla que preguntarle. ¿Dónde están mis padres? Han llegado hace ya rato en un carruaje con caballos, pero cuando he mirado en el auditorium no he podido verlos. No están en ninguno de los palcos ni en ninguno de los asientos preferentes del patio de butacas. Así que se lo pregunto otra vez, señorita Stratmann: ¿dónde están mis padres? ¿Por qué no han sido atendidos con el cuidado que prometieron dedicarles?

—Señor Ryder, llevo ya tiempo queriendo hablar con usted sobre este asunto. Nos complació mucho que hace meses nos informara usted de la intención de sus padres de visitar nuestra ciudad. A todo el mundo le encantó la idea. Pero debo recordarle, señor Ryder, que fue usted, y sólo usted, quien nos habló de los planes de sus padres al respecto. Bien, pues llevo tres días, y en especial el día de hoy, haciendo lo increíble para averiguar dónde se encuentran. He telefoneado repetidamente al aeropuerto, a la estación de ferrocarril, a las compañías de autobuses, a todos los hoteles de la ciudad..., y no he logrado hallar ni rastro de ellos. Nadie ha recibido ninguna comunicación al respecto, nadie los ha visto. Por tanto, señor Ryder, soy yo quien debo preguntarle a usted: ¿está usted seguro de que sus padres van a venir a esta ciudad?

A medida que le oía hablar me iban asaltando numerosas dudas, y de pronto sentí que algo empezaba a derrumbarse en mi interior. Para ocultar mi desazón, me volví y miré el amanecer a través de los cristales.

—Bueno —dije al cabo—. Esta vez estaba absolutamente seguro de que vendrían.

—Estaba absolutamente seguro... —La señorita Stratmann, cuyo orgullo profesional había yo sin duda maltratado, me miraba ahora con expresión acusadora—. ¿Se da usted cuenta, señor Ryder, de la cantidad de molestias que todo el mundo se ha tomado en previsión de la llegada de sus padres? Un grupo de damas locales se ha pasado semanas y semanas elaborando un programa para agasajar a sus padres durante su estancia en la ciudad. ¿Así que estaba totalmente seguro de que vendrían, dice usted...?

—Como es lógico —dije, riendo—, jamás habría dejado que la gente se tomara tantas molestias si no hubiera estado tan seguro. Pero lo cierto es que... —reí de nuevo de forma involuntaria—, lo cierto es que esta vez..., esta vez, por fin, estaba seguro de que vendrían. Así que no veo que estuviera tan fuera de lugar el darlo por sentado. Después de todo, ahora estoy en plenitud de facultades, pero ¿cuánto tiempo más voy a seguir viajando de este modo? Lamentaría mucho, claro está, haber causado todas estas molestias para nada, pero no creo que sea el caso. Tienen que

estar en alguna parte. Además, les he oído. Cuando paré el coche en el bosque, oí cómo llegaban: el carruaje, los caballos... Les oí. Tienen que estar por ahí. Seguro. No creo que...

Me dejé caer en una silla cercana, y me di cuenta de que estaba llorando. De pronto recordé cuán remota había sido la posibilidad de que mis padres vinieran a la ciudad. No podía entender cómo había llegado a convencerme de ello hasta el punto de exigir explicaciones a Hoffman y a la señorita Stratmann de la forma en que acababa de hacerlo. Seguí llorando allí sentado, y al poco me percaté de que la señorita Stratmann estaba de pie a mi lado.

—Señor Ryder, señor Ryder... —repetía con delicadeza. Luego, cuando conseguí contener un poco las lágrimas, oí que me decía en tono afectuoso—: Señor Ryder. Quizá nadie se lo haya mencionado hasta ahora. Pero una vez, hace ya bastantes años, sus padres estuvieron en esta ciudad.

Dejé de llorar y la miré. Y ella me sonrió. Y luego fue despacio hasta el vasto cristal y se puso a mirar el amanecer.

—Debían de estar de vacaciones —dijo, con los ojos fijos en la lejanía—. Vinieron en tren y se pasaron dos o tres días visitando la ciudad. Como he dicho, fue hace bastante tiempo, y usted aún no era la celebridad que es hoy. Pero ya era conocido, en cualquier caso, y alguien, quizá algún empleado del hotel donde se hospedaban, le preguntó si tenían algún parentesco con usted. Ya sabe, por el apellido y la nacionalidad inglesa. Así es como se supo que aquella simpática pareja de ingleses de la tercera edad eran sus padres. Puede que no se les mimara tanto como se les habría mimado hoy, pero recibieron todo tipo de atenciones. Y luego, a lo largo de los años, mientras su fama crecía, la gente se acordaba de ello, de la vez en que sus padres visitaron la ciudad. Yo, personalmente, no puedo tener muchos recuerdos de esa visita porque era muy pequeña. Pero sí recuerdo haber oído hablar de ello.

Miré detenidamente su espalda.

—Señorita Stratmann, no me estará contando eso sólo para consolarme, ¿verdad?

—No, no. Es la verdad. Cualquiera puede confirmar lo que le he contado, y, como le digo, yo era muy niña entonces, pero hay montones de gente que podrá darle todo tipo de detalles. Además, se trata de una visita perfectamente documentada.

—Pero ¿parecían felices? ¿Se reían juntos, disfrutaron de sus vacaciones?

—Seguro que sí. Al decir de todos, se divirtieron mucho en la ciudad. De hecho todo el mundo los recuerda como una pareja muy simpática. Y se llevaban muy bien: eran muy amables y considerados entre ellos.

—Pero..., pero lo que le estoy preguntando, señorita Stratmann, es si se les trató bien, si fueron bien atendidos. Eso es lo que quiero saber...

—Pues claro que fueron bien atendidos. Y se divirtieron mucho. Fueron muy felices el tiempo que estuvieron aquí.

—¿Cómo puede acordarse de eso? Ha dicho que no era más que una niña entonces.

—Lo que le estoy transmitiendo es cómo lo recuerda la gente.

—Si lo que me cuenta es cierto, ¿cómo es que nadie ha sacado a colación el asunto en todo el tiempo que llevo aquí?

La señorita Stratmann dudó unos instantes, y luego siguió mirando los árboles, el alba.

—No lo sé —dijo con voz suave, sacudiendo la cabeza—. No sé a qué puede ser debido. Pero tiene usted razón. La gente no habla mucho de ello. Pero no existe equivocación posible, se lo aseguro. Lo recuerdo muy bien de cuando era niña.

Del exterior llegaron los primeros cantos de los pájaros. La señorita Stratmann siguió mirando hacia los árboles lejanos, y quizá otros recuerdos de la niñez cruzaron por su mente en aquel momento. La observé unos instantes más, y dije:

—Dice que les trataron bien.

—Oh, sí. —La señorita Stratmann lo dijo casi en un susurro, mientras seguía con los ojos fijos en la lejanía—. Estoy segura de que les trataron bien. Debió de ser en primavera, y la primavera es tan maravillosa aquí... La gente les señalaría las cosas de interés; gente normal y corriente que pasaría por allí en aquel momento. Los edificios de especial interés, el museo de artesanía, los puentes... Y si entraban en alguna parte para tomarse un café y un tentempié y no sabían cómo pedirlos, quizá a causa del problema del idioma, los camareros o camareras les ayudarían con suma amabilidad. Oh, sí, seguro que se lo pasaron en grande en esta ciudad...

—Pero me ha dicho que vinieron en tren. ¿Les ayudó alguien con el equipaje?

—Oh, los mozos de la estación seguro que acudieron a ayudarles inmediatamente. Cargarían con las maletas hasta el taxi, y el taxista se ocuparía de todo a partir de ese momento. Les llevaría hasta el hotel, y todo solucionado... Estoy segura de que ni siquiera tuvieron que pensar en su equipaje.

—¿El hotel? ¿Qué hotel era?

—Un hotel muy confortable, señor Ryder. Uno de los mejores hoteles de aquellos días. Seguro que les encantó. Seguro que disfrutaron cada minuto de su estancia.

—No estaría cerca de las principales carreteras, espero... Mi madre siempre ha odiado los ruidos del tráfico.

—En aquellos días, como es lógico, el tráfico no era ni por asomo lo que es hoy. Recuerdo que, cuando era niña, solía jugar a la comba o a la pelota con mis amigas en las calles del barrio donde vivíamos... ¡Hoy sería algo impensable! Oh, sí, solíamos jugar y jugar, a veces durante horas. Pero para volver a su pregunta, señor Ryder...

—la señorita Stratmann se volvió hacia mí con una sonrisa melancólica—, el hotel donde se alojaron sus padres estaba muy alejado de cualquier tráfico. Era un hotel idílico. Hoy ya no existe, pero si quiere puedo enseñarle una foto. ¿Le apetecería

verla? ¿Una foto del hotel donde estuvieron sus padres?

—Me encantaría, señorita Stratmann.

Volvió a sonreír, y recorrió el trecho que le separaba de su mesa. Pensé que iba a abrir uno de los cajones, pero en el último momento cambió de gesto y se dirigió hacia la pared opuesta de la oficina. Alargó la mano, tiró de un cordel y empezó a desenrollar una especie de gráfico mural. Pero vi que no era un gráfico sino una gigantesca fotografía en color. Siguió desenrollándola casi hasta el suelo, donde el mecanismo del rodillo emitió un clic y quedó fijado. Luego volvió hasta su mesa, encendió una lámpara portátil y dirigió la luz hacia la fotografía.

La estudiamos en silencio. El hotel evocaba —a menor escala— uno de esos castillos de cuento de hadas construidos por algún rey loco en el pasado siglo. Se alzaba en el borde de un hondo valle lleno de heléchos y flores de primavera. La instantánea había sido tomada en un día soleado, desde la ladera opuesta, y ofrecía un encuadre amable propio de una postal o un calendario.

—Creo que sus padres estuvieron en esta habitación de aquí —oí que me decía la señorita Stratmann. Había sacado un puntero y señalaba una ventana situada en uno de los torreones—. Seguro que disfrutaron de una bonita vista.

—Sí, ciertamente.

La señorita Stratmann bajó el puntero, pero siguió mirando la ventana, tratando de imaginar la hermosa vista que se disfrutaría desde ella. Mi madre debió de apreciar especialmente tal vista. Aun en el caso de que hubiera estado atravesando una de sus malas rachas, y hubiera tenido que pasarse los días acostada, debió de hallar un gran consuelo en aquella vista. Contemplaría cómo la brisa barría el fondo del valle, agitando los heléchos y el follaje de los retorcidos árboles que salpicaban la ladera del lado opuesto. Disfrutaría también de la vasta extensión de cielo visible desde la ventana. Miré más detenidamente la fotografía y vi, en primer plano, surcando la parte inferior derecha, una parte de la carretera de la colina en la que probablemente el fotógrafo se había situado para tomarla. Mi madre, casi con certeza, había podido ver esa carretera desde el cuarto. Y sin duda había podido contemplar ciertos retazos de la vida local. Vería, a lo lejos, un coche o una furgoneta de la tienda de comestibles, o incluso algún carro tirado por caballos; y, de cuando en cuando, un tractor o un grupo de niños de excursión... Estampas que con toda seguridad le alegraron el ánimo.

Al cabo, mientras seguía mirando aquella ventana, volví a echarme a llorar. No tan incontroladamente como antes, sino con suavidad: las lágrimas me anegaron los ojos y me resbalaron por las mejillas. La señorita Stratmann vio las lágrimas, pero esta vez no pareció sentir la necesidad de acercarse para consolarme. Me sonrió con delicadeza y volvió a mirar la fotografía.

De pronto oí que llamaban a la puerta y di un respingo. Vi que la señorita

Stratmann también se sobresaltaba.

—Disculpe, señor Ryder —dijo, y se dirigió hacia la puerta.

Me volví en la silla y vi que un hombre con uniforme blanco entraba en la oficina empujando un carrito de servicio. Dejó el carrito atravesado en el umbral, para que la puerta no se cerrara, y miró el amanecer a través de los cristales.

—Va a hacer un día estupendo —dijo, sonriéndonos—. Aquí tiene su desayuno, señorita. ¿Quiere que se lo lleve a la mesa?

—¿El desayuno? —La señorita Stratmann pareció desconcertada—. Pero si todavía falta media hora...

—El señor Von Winterstein ha ordenado que se empiece a servir ahora, señorita. Y, en mi opinión, tiene razón. La gente, a estas alturas, está hambrienta.

—Oh. —La señorita Stratmann seguía con expresión de desconcierto, y me miró como pidiéndome consejo. Y luego le preguntó al camarero—: ¿Está todo bien... ahí fuera?

—Todo está perfectamente, señorita. Después del desmayo del señor Brodsky, como es lógico, la gente se asustó bastante, pero ahora todo el mundo está contento y lo pasa en grande... El señor Von Winterstein acaba de pronunciar un bonito discurso en el vestíbulo, sobre el magnífico patrimonio de esta ciudad, sobre la cantidad de cosas de las que tenemos que sentirnos orgullosos... Ha mencionado nuestros logros a lo largo de los años, ha señalado los horribles problemas que están hundiendo a otras ciudades y que a nosotros ni nos han rozado. Exactamente lo que necesitábamos, señorita. Siento que se lo hayan perdido ustedes. Ha hecho que nos sintamos orgullosos de nosotros mismos y de nuestra ciudad, y ahora todo el mundo lo está pasando en grande. Mire, allí puede ver a algunos... —Señaló hacia un punto del exterior del edificio, y, en efecto, a la tenue luz del amanecer, vi varias figuras que se paseaban despacio por el césped con platos en la mano, buscando con la mirada algún lugar para sentarse.

—Disculpen —dije, levantándome—. Debo ir a dar mi recital. Voy a llegar tarde. Señorita Stratmann, le estoy muy agradecido. Por su amabilidad, por todo... Pero ahora, por favor, discúlpeme...

Sin esperar a su respuesta, pasé junto al carrito del desayuno y salí al pasillo.

Una pálida luz matinal impregnaba ahora la penumbra del pasillo. Miré hacia la hornacina donde había dejado a Hoffman, pero ya no estaba. Me encaminé apresuradamente hacia el auditorium, y al pasar volví a ver las pinturas con sus marcos dorados. En un momento dado me topé con otro camarero que, junto a un carrito del desayuno, se disponía a llamar a una puerta. Pero, aparte de él, el pasillo estaba desierto.

Seguí andando deprisa, buscando la puerta de emergencia por la que había salido a aquel pasillo hacía un rato. Sentía una abrumadora urgencia por subir al escenario a ofrecer mi recital. Era consciente de que los disgustos que había recibido últimamente, fueran cuales fueren, no atenuaban mi responsabilidad frente a quienes llevaban semanas esperando que me sentara ante ellos al piano. Dicho de otro modo: era mi deber tocar, como mínimo, como solía hacerlo habitualmente. Una interpretación inferior en excelencia —tuve de pronto la certeza— supondría la apertura de una puerta extraña a través de la cual me vería arrastrado a un lugar oscuro, ignoto.

Cuando llevaba ya recorrido un buen trecho, el pasillo empezó a antojárseme irreconocible. El papel pintado era azul oscuro, y de las paredes ya no colgaban cuadros sino fotografías artísticas. Me di cuenta de que había pasado de largo la puerta de emergencia que buscaba. Vi, no obstante, que me acercaba hacia otra puerta para mí mucho más interesante, pues en ella se leía: *Escenario*.

La abrí y salí a través de ella, y durante unos segundos me vi sumido en la oscuridad. Avancé a tientas, y al final me encontré de nuevo entre bastidores. En el centro del escenario vacío vi el piano, débilmente iluminado por apenas una o dos luces cenitales. El telón seguía cerrado, y caminé sin hacer ruido hacia el centro de las tablas.

Eché una mirada al lugar donde había estado tendido Brodsky, pero no pude ver rastro alguno de lo que allí había pasado. Luego volví a mirar el piano, sin saber muy bien qué hacer. Si me sentaba en el taburete y, sin más, me ponía a tocar, era muy posible que los técnicos tuvieran el buen juicio de abrir el telón y encender los focos. Pero existía asimismo la posibilidad —quién podía saber cómo se habían desarrollado los acontecimientos— de que los técnicos hubieran dejado su puesto y que el telón ni siquiera se abriese. Además, la última vez que los había visto, los invitados merodeaban por los pasillos, charlando con impaciencia. Lo mejor —decidí— era pasar a través del telón y acercarme al borde del proscenio y anunciar mi recital, brindando así a todos los presentes —técnicos e invitados— la oportunidad de que se fueran preparando. Hice un rápido repaso mental a las palabras que pensaba dirigirles, y luego, sin más dilaciones, fui hasta el telón y aparté hacia un lado los

pesados cortinajes.

Me hallaba preparado para enfrentarme a un auditorio sumido en el desorden, pero la visión que me aguardaba me dejó completamente anonadado. No sólo no había un alma en la sala, sino que habían desaparecido hasta los mismísimos asientos. Se me ocurrió que la sala tal vez disponía de alguna suerte de artilugio por el cual, al accionar una palanca, los asientos desaparecían en el subsuelo (posibilitando así que la sala pudiera ser utilizada también como pista de baile o algo semejante), pero de pronto recordé la antigüedad del edificio, y concluí que era una posibilidad harto improbable. Sólo me cabía suponer que las butacas no eran fijas sino transportables, y que habían sido retiradas como medida preventiva contra los incendios. En cualquier caso, me encontraba ante un vasto espacio oscuro y vacío. No había ninguna luz, pero aquí y allá faltaban grandes rectángulos de techo, de forma que la tenue luz del amanecer bañaba grandes retazos de piso.

Escruté la lúgubre penumbra y creí ver unas figuras al fondo de la sala. Parecían estar de pie, conferenciando. Quizá fueran los tramoyistas, que ultimaban las tareas de adecentamiento del recinto; me llegó el eco de unos pasos y vi que una de las figuras salía de la sala por alguna puerta.

Me quedé allí, en el borde del escenario, preguntándome qué hacer. Razoné que me había demorado demasiado en la oficina de la señorita Stratmann —tal vez una hora—, y que el público había perdido toda esperanza de verme aparecer en el escenario. Sin embargo, si se anunciaba mi actuación, los invitados podrían volver a llenar la sala en cuestión de minutos, y no veía por qué —aunque no hubiera ya asientos— no podían escuchar mi recital sin ulteriores contratiempos. No estaba claro, sin embargo, dónde se hallaba ahora el grueso del auditorio, y comprendí que lo primero que tenía que hacer era encontrar a Hoffman, o a quienquiera que se hubiera hecho cargo del evento, y discutir con él los pasos a seguir.

Me bajé del escenario y eché a andar por la sala. No había llegado muy lejos cuando empecé a sentirme desorientado en medio de la oscuridad, y, desviándome un poco, me encaminé hacia el retazo de luz más cercano. Y, mientras lo estaba haciendo, una figura me pasó rozando.

—Oh, perdone —dijo—. Le ruego que me perdone.

Reconocí la voz de Stephan, y dije:

—Hola. Así que está usted aquí, al menos...

—Oh, señor Ryder. Lo siento. No le he visto —dijo Stephan. Parecía cansado y descorazonado.

—Debería usted estar más animado —le dije—. Ha tocado usted maravillosamente. El público se ha emocionado enormemente.

—Sí, sí. Supongo que me ha acogido bien.

—Bien, enhorabuena. Después de lo mucho que ha trabajado, debe de sentirse

muy satisfecho.

—Sí, supongo que sí.

Empezamos a andar codo con codo en la oscuridad. La mortecina luz de la mañana no hacía sino impedirnos ver por dónde íbamos, pero Stephan parecía conocer bien el camino.

—¿Sabe, señor Ryder? —dijo al cabo de un momento—. Le estoy muy agradecido. Me ha animado usted mucho. Pero la verdad es que no he estado como debía. No todo lo bien que debía haber estado, en cualquier caso. Claro que el público me ha aplaudido mucho, pero si lo ha hecho ha sido porque no esperaba gran cosa. Sí, sé que aún me falta mucho. Mis padres tienen razón.

—¿Sus padres? Santo Dios, no debería usted preocuparse por ellos.

—No, no, señor Ryder, usted no lo entiende. Mis padres, ¿sabe?, tienen un gran nivel. Esa gente que me ha escuchado esta noche es muy amable, pero no entiende mucho de estas cosas. Ven que un joven de la ciudad toca aceptablemente bien y se emocionan. Pero yo quiero que se me juzgue poniendo el listón muy alto. Y sé que mis padres también lo quieren. Señor Ryder, he tomado una decisión. Me voy. Necesito una ciudad más grande; estudiar con maestros como Lubetkin o Peruzzi. Me he dado cuenta de que el nivel que deseo no puedo alcanzarlo aquí, en esta ciudad. Mire, si no, cómo ha aplaudido una interpretación bastante vulgar de *Glass Passions*. Eso lo resume todo. Antes no me daba cuenta, pero supongo que usted podría definirme como un gran pez en un estanque pequeño. Tengo que salir de aquí. Ver de lo que soy capaz realmente.

Seguimos caminando, y nuestros pasos resonaban en el auditorium. En un momento dado, dije:

—Quizá sea una decisión juiciosa. De hecho estoy seguro de que lo es. Irse a vivir a una ciudad más grande, encarar nuevos retos... Estoy seguro de que le vendrá muy bien. Pero debe usted tener cuidado de con quién estudia. Si quiere, pensaré en ello y veré si puedo hacer algo al respecto.

—Señor Ryder, si lo hace le quedaré eternamente agradecido. Sí, necesito saber hasta dónde puedo llegar. Y un día volveré a esta ciudad y les demostraré quién soy. Les enseñaré cómo hay que tocar realmente *Glass Passions*. —Se echó a reír, pero en su risa no había el menor rastro de alegría.

—Es usted un joven con mucho talento. Tiene toda la vida por delante. Debería estar de mejor ánimo.

—Supongo que sí. Supongo que estoy un poco descorazonado. Hasta esta noche no me había dado cuenta de lo mucho que he de mejorar. Le parecerá gracioso, pero ¿sabe?, pensaba que ya no tenía nada que aprender. Ello da clara muestra de adonde puede llevarte vivir en un lugar como éste. Empiezas a pensar mezquinamente. Sí, ¡pensaba que esta noche iba a dar la medida de mi talento! Ya ve lo ridículo que hasta

hoy ha sido mi pensamiento al respecto. Mis padres tienen toda la razón. Me queda aún mucho por aprender.

—¿Sus padres? Escuche: mi consejo es que de momento se olvide por completo de sus padres. Si me permite decirlo, no entiendo cómo pueden...

—Ah, ya estamos. Es por ahí... —Habíamos llegado a una especie de puerta, y Stephan descorrió una cortina que colgaba de ella—. Es por aquí.

—Perdón, ¿adónde va?

—Al conservatorio. Oh, quizá no haya oído hablar del conservatorio. Es muy famoso. Fue construido un siglo después de la sala de conciertos, pero hoy es casi tan famoso como ella. Es donde está la gente desayunando.

Nos encontrábamos en un corredor; a uno de los lados se abría una larga hilera de ventanas, y a través de la más cercana vi el pálido cielo azul de la mañana.

—A propósito —dije al reanudar la marcha—. Me estaba preguntando por el señor Brodsky. ¿Qué le ha pasado? ¿Está... muerto?

—¿El señor Brodsky? Oh, no. Se va a poner bien, estoy seguro. Lo han llevado a alguna parte. Bueno, lo cierto es que he oído que lo han llevado a la clínica de St. Nicholas.

—¿A la clínica de St. Nicholas?

—Es donde llevan a los indigentes. En el conservatorio, hace un momento, estaban comentándolo, y decían que, bueno, que era el sitio que le corresponde, que allí saben cómo tratar a la gente con problemas como el suyo... A mí me ha causado una gran impresión, si he de serle sincero. De hecho..., se lo diré confidencialmente, señor Ryder, todo esto me ha ayudado a decidirme. A irme de la ciudad, me refiero. El concierto que esta noche nos ha ofrecido el señor Brodsky ha sido, en mi opinión, lo mejor que se ha oído en este auditorium en mucho tiempo. Al menos desde que tengo edad para apreciar la música. Pero ya ha visto lo que ha pasado. Lo han rechazado, se han asustado. Ha sido mucho más de lo que jamás hubieran esperado. Se han sentido muy aliviados al ver que se desplomaba en el escenario. Y ahora se dan cuenta de que quieren algo diferente a eso. Algo menos extremo...

—Algo más parecido a lo del señor Christoff, quizá...

Stephan pensó en ello unos instantes.

—Algo un *poco* diferente. Con un nombre nuevo, al menos. Ahora se dan cuenta de que no es exactamente lo del señor Christoff. Quieren algo *mejor*. Pero..., pero no eso.

A través de las ventanas veía ahora la gran pradera de césped del exterior, y el sol alzándose a lo lejos sobre las hileras de árboles.

—¿Y qué será ahora del señor Brodsky? —pregunté.

—¿Del señor Brodsky? Oh, volverá a ser lo que siempre ha sido aquí. Acabará sus días como el borracho del municipio, supongo. No van a dejarle ser otra cosa; no

después de esta noche. Como digo, lo han llevado a la clínica de St. Nicholas. Yo he crecido aquí, señor Ryder, y en muchos aspectos sigo amando esta ciudad. Pero ahora deseo tanto marcharme...

—Quizá debería tratar de decir algo. Me refiero a pronunciar unas palabras en el conservatorio. Dirigirles unas palabras sobre el señor Brodsky. Abrirles los ojos acerca de él.

Stephan consideró la idea mientras seguíamos caminando, y al cabo sacudió la cabeza.

—No merece la pena, señor Ryder.

—Debo admitir que a mí tampoco me seduce mucho la idea. Pero nunca se sabe. Quizá unas palabras mías...

—No lo creo, señor Ryder. Ahora ni siquiera le escucharían. No después de este concierto del señor Brodsky. Les ha recordado todo aquello que temen. Además, en el conservatorio no hay ningún micrófono; ni siquiera un estrado desde el que hablar. No es posible hacerse oír con todo ese ruido. ¿Sabe?, es un sitio muy grande, casi tan grande como la propia sala de conciertos. De extremo a extremo debe de haber..., bueno, si vas de una punta a otra en diagonal, apartando las mesas y los invitados que te puedas encontrar en el camino..., puede haber como mínimo unos cincuenta metros. Es un sitio bastante grande, ya lo verá. Si yo fuera usted, señor Ryder, me relajaría y disfrutaría del desayuno. A fin de cuentas, puede pensar en Helsinki...

El conservatorio, en efecto, era muy grande, y en aquel momento el sol de la mañana entraba a raudales. La gente charlaba alegremente aquí y allá, sentada a las mesas o de pie en pequeños grupos. Vi que unos tomaban café y zumo de frutas, y otros comían en platos o boles, y al abrirnos paso entre la gente me llegó un aroma de panecillos recién hechos, de pastel de pescado, de bacon... Los camareros iban de un lado para otro con platos y jarras de café. A mi alrededor los invitados se saludaban con grandes muestras de alegría, y me chocó que aquel ambiente se asemejara tanto al de un reencuentro entre viejos camaradas. Y sin embargo eran gentes que se veían diariamente. Era evidente que los acontecimientos de la velada les habían hecho verse a sí mismos y a su comunidad de un modo profundo y nuevo, y que el resultado, de algún modo, había sido aquel talante de celebración.

Comprendí que Stephan tenía razón. No tenía ningún sentido tratar de dirigirles unas palabras, y menos aún pedirles que regresaran al auditorium para escuchar mi recital. De pronto me sentí cansado y extremadamente hambriento, y decidí sentarme y tomar el desayuno. Cuando miré a mi alrededor, sin embargo, no pude ver ninguna mesa libre. Al volverme, además, vi que Stephan ya no estaba a mi lado: se había quedado hablando con los integrantes de una mesa que acababa de dejar a mi espalda. Vi que lo saludaban con calor, quizá esperando que me presentara al grupo. Pero él pareció enfrascarse en la conversación, y al poco adoptó los alegres modos del grupo.

Decidí, pues, dejarle allí, y seguí andando entre los invitados. Pensé que tarde o temprano algún camarero me vería y se apresuraría a traerme un plato y una taza de café, y quizá me buscaría una mesa. Pero, aunque vi venir hacia mí a un camarero varias veces, invariablemente pasaba de largo y se acercaba a servir a otras personas.

Luego, al cabo de un rato, caí en la cuenta de que me hallaba muy cerca de la entrada principal del conservatorio. Alguien la había abierto de par en par, y vi que había muchos invitados en el césped. Salí yo también, y me sorprendió mucho la frialdad del aire. Pero la gente, también aquí, charlaba en grupos, de pie, mientras tomaba café o comía algo. Algunos se habían vuelto para recibir el sol de cara, mientras otros deambulaban por el césped para estirar las piernas. Un grupo, incluso, se había sentado sobre la hierba húmeda, con los platos y las jarras de café a su alrededor, como en una merienda campestre.

Vi un carrito sobre el césped, no lejos de donde yo estaba, y a un camarero inclinado sobre él, muy atareado. Cada vez estaba más hambriento, así que me acerqué a él y me disponía a darle un golpecito en el hombro cuando el hombre se volvió de pronto y pasó apresuradamente por mi lado con tres grandes platos —pude ver huevos revueltos, salchichas, champiñones, tomates— en los brazos. Me quedé mirando cómo se alejaba con paso vivo, y decidí no moverme del carrito hasta que volviera.

Mientras esperaba, observé la escena que se ofrecía ante mis ojos, y comprendí cuán ocioso había sido dudar de mi capacidad para hacer frente a las exigencias que me había planteado la ciudad. Como de costumbre, mi experiencia y mi olfato habían sido más que suficientes para permitirme salir airoso. Sentía, por supuesto, cierta decepción en relación con la velada, pero, después de pensar en ello con detenimiento, pude ver lo inapropiado de mi desencanto. Después de todo, si una comunidad puede alcanzar cierto grado de equilibrio sin necesidad de ser guiada por un forastero, tanto mejor...

Cuando después de esperar varios minutos vi que el camarero no volvía —seguía mortificado por los aromas que ascendían de las marmitas calientes del carrito—, decidí que no había razón alguna para que no pudiera servirme yo mismo. Había cogido ya un plato y me agachaba hacia las bandejas inferiores del carrito en busca de unos cubiertos cuando vi, por el rabillo del ojo, unas figuras a mi espalda. Me volví y vi a los mozos de hotel.

Según me pareció ver, todos cuantos habían estado junto al lecho de Gustav —aproximadamente una docena—, se hallaban en aquel momento frente a mí. Al volverme, algunos de ellos bajaron la mirada, pero otros me seguían mirando fija, intensamente.

—Dios mío —dije, tratando de ocultar que me habían sorprendido cuando estaba a punto de servirme el desayuno—. Dios mío, ¿qué ha pasado? Como es natural, tenía

intención de ir a ver cómo seguía Gustav, pero he supuesto que lo habían llevado al hospital. Es decir, que estaba en buenas manos. Pero pensaba ir a verle en cuanto...

Callé al ver la expresión de dolor en sus semblantes.

El maletero barbudo dio un paso hacia adelante y tosió con embarazo.

—Ha muerto hace media hora, señor. Había tenido problemas esporádicos a lo largo de los años, pero se mantenía en buena forma, y ha sido muy inesperado para nosotros. Muy inesperado.

—Lo siento muchísimo —dije. Lo sentía de veras—. Lo siento muchísimo. Les agradezco mucho que se hayan molestado en venir a decírmelo personalmente. A todos ustedes. Como saben, sólo lo conocía de unos días, pero había sido muy amable conmigo, ayudándome con las maletas y demás...

Vi que los colegas del hombre barbudo no dejaban de mirarle con insistencia, como instándole a decir algo. Y el hombre barbudo inspiró profundamente.

—Claro, señor Ryder —dijo al fin—. Hemos venido a decírselo porque sabíamos que querría usted enterarse cuanto antes. Pero también... —Bajó la mirada—. Pero también..., verá, señor, antes de morir, Gustav quería saber si usted..., quería saber si usted había pronunciado ya su discurso. O sea, el pequeño discurso que iba usted a pronunciar en nuestro favor, señor... Gustav, hasta el final, no hacía más que preguntarlo.

Ahora todos los maleteros habían bajado la mirada y esperaban en silencio mi respuesta.

—Ah —dije—. ¿Así que no saben lo que ha ocurrido en el auditorium...?

—Hemos estado con Gustav hasta ahora, señor —dijo el maletero barbudo—. Acaban de llevárselo hace un momento. Debe disculparnos, señor Ryder. Ha sido muy descortés de nuestra parte no haber estado presentes mientras pronunciaba su discurso, sobre todo si ha tenido la amabilidad de acordarse de su promesa y...

—Miren —le interrumpí con suavidad—. Hay muchas cosas que no han salido como estaban planeadas. Me sorprende que no hayan oído lo que ha pasado; pero, claro, dadas las circunstancias... —Hice una pausa, y luego, tomando aliento, dije con voz más firme—: Lo siento, pero lo cierto es que hay muchas cosas, no sólo el pequeño discurso en favor de ustedes que tenía preparado, que no han salido según lo planeado.

—Así que me está diciendo, señor... —El mozo barbudo dejó la frase en suspenso, y bajó la cabeza con expresión decepcionada. Los otros maleteros, que habían estado mirándome con fijeza, fueron bajando, uno a uno, la mirada. Y al cabo uno de ellos, desde el fondo del grupo, me espetó en un tono casi iracundo:

—Gustav no ha parado de preguntarlo. Hasta el final. No ha parado de preguntarlo: «¿Se sabe algo ya del señor Ryder?». Hasta el último suspiro...

Varios de sus colegas se apresuraron a calmarle, y luego siguió un largo silencio.

Finalmente, el maletero barbudo, sin dejar de mirar hacia la hierba, dijo:

—No importa. Seguiremos intentándolo, igual que siempre. De hecho lo intentaremos con más empeño que nunca. No vamos a fallarle a Gustav. Él siempre fue nuestro guía, y nada va a cambiar ahora que se ha ido. Tenemos una ardua y difícil lucha por delante, siempre la hemos tenido, lo sabemos, y no va a ser menos dura de ahora en adelante. Pero no vamos a bajar la guardia, no vamos a ceder un ápice. Recordaremos a Gustav y seguiremos en la brecha. Por supuesto, su pequeño discurso, señor, si hubiera podido pronunciarlo, habría sido..., nos habría ayudado mucho, no hay duda. Pero, claro, si llegado el momento no le ha parecido oportuno...

—Escuche —dije, empezando a impacientarme—. Sabrán muy pronto lo que ha sucedido. La verdad es que me sorprende que no se hayan preocupado por estar más al tanto de los asuntos de mayor trascendencia de su comunidad. Es más: parecen no tener ni idea de la clase de vida que me veo obligado a llevar. De las grandes responsabilidades a las que debo hacer frente. Ahora mismo, mientras estoy aquí hablando con ustedes, he de pensar en mi próximo compromiso en Helsinki. Si las cosas no les han salido como esperaban, lo siento mucho. Pero no tienen ningún derecho a venir a importunarme de este modo...

Las palabras se apagaron en mis labios. A mi derecha, a lo lejos, había un sendero que partía de la sala de conciertos y se internaba en el bosque cercano. Llevaba ya cierto tiempo viendo cómo una columna de personas subía por él y se perdía entre los árboles. De vuelta a casa —me dije— para descansar un par de horas antes de dar comienzo a la jornada. De pronto divisé a Sophie y a Boris, que, mezclados entre la gente, subían con paso resuelto por el sendero. El chico había vuelto a rodear con el brazo —en ademán protector— el hombro de su madre, pero por lo demás nada hacía sospechar el dolor que sin duda les embargaba por su reciente pérdida. Traté de ver la expresión de sus caras, pero estaban demasiado lejos, e instantes después también ellos se perdieron entre los árboles.

—Lo siento —dije, en tono más calmado, volviéndome a los maleteros—, pero ahora deben excusarme.

—No vamos a ceder ni un ápice —dijo el maletero barbudo en voz baja, con la mirada aún fija en el suelo—. Un día lo conseguiremos. Ya lo verá.

—Disculpe...

Y, cuando me estaba retirando, llegó el camarero que había estado esperando en vano y se abrió paso entre los maleteros para llegar hasta el carrito. Recordando el plato que aún mantenía oculto a mi espalda, se lo puse en las manos sin miramientos.

—El servicio, esta mañana, ha sido horroroso —dije fríamente antes de alejarme con paso vivo.

El sendero surcaba el bosque en línea recta, de modo que pude ver claramente al fondo la alta verja de hierro. Sophie y Boris se habían alejado mucho, y aunque caminé lo más rápido que pude durante un buen rato, apenas logré reducir la distancia que nos separaba. Había, además, un grupo de jóvenes que no hacía más que obstaculizar mi marcha. Caminaban un poco más adelante y, cada vez que trataba de adelantarles, apretaban el paso o se abrían hacia los lados hasta tapar por completo el sendero. Al final, cuando vi que Sophie y Boris estaban a punto de alcanzar la calle que discurría tras la verja, eché a correr y pasé por el medio del grupo de jóvenes, sin importarme ya la impresión que pudiera causar en ellos.

Luego seguí avanzando a paso rápido, pero a pesar de ello no logré acortar la distancia suficiente para poder llamarles, y Sophie y Boris cruzaron la verja de hierro. Cuando llegué a ella, me había quedado casi sin aliento, y tuve que tomarme un respiro.

Me encontraba en uno de los bulevares cercanos al centro de la ciudad. El sol de la mañana bañaba la acera opuesta. Las tiendas seguían cerradas, pero había ya bastante gente camino de su trabajo. Entonces, a mi izquierda, vi una cola que estaba subiendo a un tranvía, y a Sophie y a Boris llegando en ese momento a ella. Volví a echar a correr, pero el tranvía debía de estar más lejos de lo que había imaginado, porque a pesar de avanzar a la carrera no lo alcancé hasta que la cola hubo montado toda ella y el tranvía reanudaba ya la marcha. Agité frenéticamente los brazos hasta que el conductor me vio y se detuvo, y me subí como pude al tranvía.

El conductor arrancó y yo avancé tambaleándome por el pasillo. Me faltaba tanto el resuello que apenas pude reparar en que el tranvía se hallaba medio lleno, y sólo cuando me dejé caer en un asiento del fondo me di cuenta de que por fuerza tenía que haber pasado junto a Sophie y Boris. Sin dejar de jadear, me incliné hacia un lado y miré a lo largo del pasillo.

El tranvía estaba dividido en dos secciones, separadas por una plataforma para las puertas de salida. En la sección delantera, los asientos se hallaban dispuestos en dos largas hileras, la una enfrente de la otra, y vi a Sophie y a Boris sentados en el lado bañado por el sol, no lejos de la cabina del conductor. No podía verlos bien a causa de unos pasajeros que iban de pie, asidos a las correas de sujeción, en la plataforma de salida, y me incliné un poco más hacia el centro del pasillo. Al hacerlo, el hombre que se sentaba frente a mí —en la sección trasera, los asientos se disponían en pares, adosados y opuestos unos a otros—, se dio una palmada en el muslo y dijo:

—Parece que viene otro día soleado...

Iba vestido con pulcritud, aunque modestamente, con una chaquetilla de cremallera. Un obrero especializado —pensé—, quizá un electricista. Le dirigí una

rápida sonrisa, y acto seguido se puso a contarme algo sobre un edificio en el que sus colegas y él llevaban ya unos días trabajando. Le escuché sin demasiada atención, sonriéndole ocasionalmente o emitiendo algún sonido de asentimiento. Entretanto, mi visión de Sophie y Boris se iba viendo obstaculizada más y más por la gente que se levantaba de sus asientos y se agolpaba en la plataforma de salida.

El tranvía se detuvo en una parada, y la gente se apeó y mi campo visual se despejó un tanto. Boris, tan dueño de sí mismo como antes, rodeaba con el brazo el hombro de su madre, y observaba a los pasajeros con recelo, como si constituyeran una amenaza para ella. Yo seguía sin poder ver la expresión de Sophie. Pero veía que, cada varios segundos, hacía un irritado movimiento en el aire con la mano, como para apartar a algún insecto volador que la estuviera importunando.

Me disponía a volver a cambiar de posición para poder ver mejor cuando me percaté de que el electricista había sacado a colación el tema de sus padres. Ambos eran octogenarios —me contaba—, y aunque hacía todo lo posible por ir a verlos todos los días, cada vez le resultaba más difícil hacerlo a causa de su actual trabajo. Me asaltó de pronto un pensamiento, y le interrumpí diciendo:

—Disculpe, pero hablando de padres, creo que los míos estuvieron en esta ciudad hace unos años. Como turistas, ya sabe. Supongo que debió de ser hace bastante tiempo. La persona que me lo ha contado era muy niña entonces, y no se acuerda bien de cuándo pudo ser. Así que, dado que estamos hablando de nuestros padres, y que..., bueno, no querría ser descortés, pero supongo que usted tendrá unos cincuenta y tantos años..., me estaba preguntando si no recordará usted la visita de mis padres a esta ciudad...

—Cabe dentro de lo posible —dijo el electricista—. Pero tendrá que describírmelos un poco.

—Bien, mi madre es una mujer bastante alta. Morena, con el pelo por el hombro. Nariz bastante picuda. Eso le puede dar un aspecto algo severo, aun cuando esté de excelente humor...

El electricista se quedó pensativo unos instantes, mirando hacia el exterior del tranvía.

—Sí —dijo, asintiendo con la cabeza—. Sí, creo que recuerdo a una dama de esas características. Fueron sólo unos días. Visitando monumentos y ese tipo de cosas...

—Eso es. ¿La recuerda, entonces?

—Sí, parecía muy agradable. Tiene que haber sido..., oh, hace como trece o catorce años como mínimo. O incluso más.

Asentí entusiasmado.

—Eso concuerda con lo que me ha contado la señorita Stratmann. Sí, era mi madre. Cuénteme, ¿le dio la impresión de que lo estaba pasando bien?

El electricista pareció forzar la memoria, y al cabo dijo:

—Por lo que puedo recordar, parecía disfrutar de su estancia aquí, sí. De hecho... —Vio mi expresión preocupada—. De hecho, estoy *seguro* de que disfrutó de ella. —Alargó una mano y me dio una afectuosa palmadita en la rodilla—. Estoy absolutamente seguro de que se lo pasó en grande. Piense en ello y verá. Seguro que lo pasó bien, ¿no le parece?

—Sí, supongo que sí —dije, y me volví hacia la ventanilla. El sol se desplazaba ahora por el interior del tranvía—. Supongo que sí. Sólo que... —Dejé escapar un hondo suspiro—. Sólo que me habría gustado saberlo en su día. Me habría gustado que alguien me hubiera informado al respecto. Y ¿qué me dice de mi padre? ¿Parecía divertirse?

—Su padre... Mmm... —El electricista cruzó los brazos y frunció ligeramente las cejas.

—En aquel tiempo debía de estar ya muy delgado —dije—. Y con el pelo gris. Tenía una chaqueta que le gustaba mucho. Una de *tweed*, verde clara, con coderas de cuero.

El electricista siguió pensando. Luego sacudió la cabeza.

—Lo siento. No consigo acordarme de su padre.

—Pero eso es imposible. La señorita Stratmann me ha asegurado que vinieron juntos.

—Y seguro que tiene razón. Sólo que yo, personalmente, no recuerdo a su padre. A su madre, sí. Pero a su padre... —Volvió a sacudir la cabeza.

—¡Pero eso es ridículo! ¿Qué iba a estar haciendo mi madre aquí sola?

—Yo no he dicho que él no estuviera con ella. Sólo que a él no lo recuerdo. Mire, no se altere tanto. No habría sido tan franco si hubiera sabido que se iba a poner así. Tengo una memoria horrible. Todo el mundo me lo dice. Ayer mismo, me dejé la caja de herramientas en casa de mi cuñado, donde había ido a comer. Tuve que perder cuarenta minutos en ir a buscarla. ¡La caja de herramientas! —Soltó una risotada—. Ya ve, tengo una memoria horrible. Soy la última persona en quien confiar en cosas importantes como ésta. Estoy seguro de que su padre estuvo aquí con su madre. Máxime si es eso lo que aseguran otras personas. La verdad, soy la última persona de quien uno debe fiarse.

Pero me había desentendido de él y miraba de nuevo hacia la parte delantera del tranvía, donde Boris, al fin, había dado rienda suelta a sus emociones. Estaba en brazos de su madre, y sus hombros se sacudían convulsivamente por los sollozos. De pronto nada me pareció más importante en aquel momento que ir hasta él para consolarle, y, mascullando unas rápidas palabras de disculpa dirigidas al electricista, me levanté y empecé a recorrer el trecho que me separaba de Sophie y Boris.

Había casi llegado hasta ellos cuando el tranvía tomó una curva cerrada y me vi obligado a agarrarme a una barra para mantener el equilibrio. Cuando volví a

mirarles, vi que —pese a estar ya muy cerca de ellos— aún no se habían percatado de mi presencia. Seguían fundidos en su abrazo, con los ojos cerrados. Franjas de sol fluctuaban sobre sus brazos y hombros. Había algo tan íntimo en su mutuo darse consuelo que me pareció que nadie —ni yo mismo— podía inmiscuirse entre ellos. Mientras los estaba mirando empecé a experimentar —pese a su evidente dolor— un extraño sentimiento de envidia. Me acerqué más hacia ellos; estaba ya tan cerca que casi podía sentir la textura misma de su abrazo.

Por fin Sophie abrió los ojos. Me miró con cara inexpresiva mientras Boris seguía llorando contra su pecho.

—Lo siento —dije al cabo—. Lamento mucho todo lo que ha pasado. Acabo de enterarme de lo de tu padre hace un momento. Y, por supuesto, he corrido a buscaros en cuanto lo he sabido...

Algo en su expresión me hizo callar. Sophie siguió mirándome con frialdad durante unos segundos. Y luego dijo con voz cansada:

—Déjanos. Siempre estuviste fuera de nuestro amor. Y ahora mírate. También estás fuera de nuestro dolor. Déjanos en paz. Vete.

Boris se apartó del pecho de su madre y se volvió para mirarme. Y luego la miró a ella y le dijo:

—No, no. Tenemos que seguir juntos.

Sophie sacudió la cabeza.

—No, no serviría de nada. Déjale, Boris. Deja que se vaya a recorrer el mundo, a ofrecer a manos llenas su maestría y sabiduría. Necesita hacerlo. Dejémosle las manos libres para que pueda hacerlo.

Boris se quedó mirándome, confuso. Y luego miró a su madre. Puede que estuviera a punto de decir algo, pero en aquel preciso instante Sophie se levantó de su asiento.

—Vamos, Boris. Tenemos que bajarnos. Boris, vamos.

El tranvía, en efecto, estaba frenando, y vi que otros pasajeros se levantaban también de sus asientos. Varios de ellos pasaron a mi lado dando empujones, y para cuando quise darme cuenta Sophie y Boris se habían abierto paso hacia la plataforma. Aferrado aún a la barra, vi cómo Boris se alejaba por el pasillo. En un momento dado, se volvió y me miró, y le oí decir:

—Pero tenemos que seguir juntos. Tenemos que hacerlo...

Vi la cara de Sophie a su espalda, mirándome con un extraño desapego. Y le oí decir:

—Nunca ha sido uno de los nuestros. Tienes que comprenderlo, Boris. Nunca te querrá como un padre verdadero.

Pasaron, entre apreturas, otros pasajeros. Alcé la mano al aire y grité:

—¡Boris!

El chico, rezagándose del grupo que se disponía a apearse, volvió a mirarme.

—¡Boris! El viaje en autobús, ¿te acuerdas? Aquel viaje al lago artificial. ¿Te acuerdas, Boris, de lo bien que lo pasamos? ¿De lo amables que fueron todos en el autobús? Los pequeños regalos que nos hicieron, la canción... ¿Te acuerdas, Boris?

Los pasajeros empezaron a apearse. Boris me dirigió una última mirada y desapareció de mi vista. Seguí recibiendo empujones de gente que quería apearse, y finalmente el tranvía reanudó la marcha.

Me quedé allí quieto un momento, y luego me di la vuelta y me dirigí a mi asiento. El electricista, al ver que volvía a sentarme frente a él, me sonrió alegremente. Luego, instantes después, vi que se inclinaba hacia mí y me daba una palmadita en el hombro, y entonces sentí la humedad en las mejillas y caí en la cuenta de que estaba llorando.

—Mire —me estaba diciendo el electricista—, todo nos parece horrible cuando nos sucede. Pero todo pasa, nada es tan terrible como parece. Alegre esa cara. — Siguió diciendo frases vacías de ese tenor, y yo seguí llorando. Y al final le oí decir —: Oiga, ¿por qué no desayuna un poco? ¿Por qué no come algo, como hacemos todos? Se sentirá mucho mejor. Vamos. Vaya y coma algo.

Alcé la mirada y vi que tenía un plato sobre el regazo, con un cruasán a medio comer y una pequeña porción de mantequilla. Tenía las rodillas llenas de migas.

—Ah —dije, enderezándome y recuperando la compostura—. ¿Dónde ha conseguido eso?

El electricista señaló hacia mi espalda. Me volví y vi cierto número de personas agrupadas al fondo del tranvía, donde se había dispuesto una especie de bufé. Advertí también que la mitad trasera del tranvía se hallaba ahora muy concurrida, y que la gente que nos rodeaba comía y bebía. El desayuno del electricista era modesto en comparación con muchos de los que veía en otras personas. Y vi que, al fondo, la gente se abría paso hacia grandes bandejas de huevos, bacon, tomates, salchichas...

—Vamos —repitió el electricista—. Vaya a servirse algo. Luego hablaremos de sus problemas. O, si prefiere, podemos olvidarnos de ellos y charlar de lo que le apetezca, de cualquier cosa que pueda levantarle el ánimo. De fútbol, de cine... De lo que le venga en gana. Pero lo primero que tiene que hacer es desayunar un poco. Tiene aspecto de no haber comido en mucho tiempo.

—Tiene usted razón —dije—. Ahora que lo pienso, llevo mucho tiempo sin comer. Pero, por favor, dígame: ¿adónde va este tranvía? Tengo que ir a mi hotel a hacer las maletas. Ya ve, tengo que coger el avión para Helsinki esta misma mañana. Así que he de irme al hotel enseguida.

—Oh, el tranvía puede dejarle en el punto de la ciudad que usted desee. Más o menos. Es lo que llamamos el circuito matinal. También tenemos el circuito nocturno. Y dos veces al día hay un tranvía que hace el circuito entero. Oh, sí, en este tranvía

puede usted ir a donde quiera. Y en el de la noche también, aunque el ambiente es completamente diferente. Oh, sí, es un tranvía maravilloso...

—Me parece magnífico. Bien, entonces discúlpeme. Creo que seguiré su sugerencia e iré a desayunar algo. De hecho, tiene usted toda la razón. Sólo con pensarlo me siento ya mucho mejor.

—Así se habla —dijo el electricista, y levantó el medio cruasán a modo de saludo.

Me levanté y fui hasta el fondo del tranvía. Me recibieron varios aromas. La gente estaba sirviéndose, pero miré por encima de sus hombros y vi un gran bufé dispuesto sobre una mesa semicircular adosada a la parte inferior de la ventanilla trasera. Había prácticamente de todo: huevos revueltos, huevos fritos, fiambres y embutidos, patatas salteadas, champiñones, tomates asados... Una gran fuente con arenques enrollados y otros pescados preparados, dos enormes cestas llenas de cruasanes y de diferentes tipos de panecillos, un bol de cristal con frutas frescas, multitud de jarras de café y zumos... Todos los que se agrupaban en torno al bufé parecían sobremanera ávidos por servirse, y a pesar de ello la atmósfera era sumamente cordial: se pasaban las cosas unos a otros, se intercambiaban alegres comentarios...

Cogí un plato, y al hacerlo miré a través de la ventanilla las calles que íbamos dejando atrás, y sentí que mi ánimo mejoraba aún más. Las cosas, a la postre, no habían salido tan mal. Fuera cuales fueren los desencantos que me hubiera podido causar esta ciudad, no había duda de que mi presencia en ella había merecido un alto aprecio (al igual que en cualquiera de los lugares que había visitado a lo largo de mi carrera). Y ahora heme ahí, a punto de concluir mi estancia en la ciudad, frente a un soberbio bufé que me brindaba prácticamente todo lo que podría haber deseado para el desayuno. Los cruasanes, por ejemplo, parecían particularmente tentadores. Por la forma en que los pasajeros de todo el tranvía los estaban devorando, debían de ser, en efecto, casi recién hechos y de la calidad más excelente. Y no sólo los cruasanes: todo lo que miraba se me antojaba irresistible.

Empecé a servirme un poco de cada fuente. Al hacerlo me imaginé acomodado ya en mi asiento, en animada charla con el electricista, mirando entre bocado y bocado las calles de las primeras horas de la mañana. El electricista era para mí, en muchos aspectos, la persona ideal con la que charlar en aquel momento. Tenía, a todas luces, buen corazón, pero al mismo tiempo procuraba escrupulosamente no resultar indiscreto. Lo miré y vi que seguía comiendo su cruasán, sin prisa alguna por apearse del tranvía. De hecho, daba la impresión de estar acomodado allí para quedarse mucho tiempo. Y, dado que el tranvía era un «circular», si nuestra charla nos resultaba placentera, era de ese tipo de personas capaces de no apearse al llegar a su parada y continuar en el tranvía hasta completar otra vuelta y llegar de nuevo a ella. El bufé también —era obvio— seguiría allí durante cierto tiempo, de modo que, de

cuando en cuando, en mitad de la conversación, podríamos levantarnos e ir a llenar nuestros platos de nuevo. Podía imaginarnos, incluso, exhortándonos repetida y mutuamente para que comiéramos más: «¡Ánimo! ¡Una salchicha más! ¡Sólo una salchicha más! Vamos, déme su plato, se la serviré yo mismo». Seguiríamos allí sentados, juntos, comiendo, cambiando impresiones sobre fútbol y sobre cualquier otra cosa que nos viniera en gana, mientras afuera el sol se iba alzando más y más en el cielo, iluminando las calles de nuestro lado del tranvía. Y sólo cuando hubiéramos terminado, cuando hubiéramos comido y charlado a conciencia, el electricista miraría el reloj, dejaría escapar un suspiro y me indicaría que la parada de mi hotel llegaría *de nuevo* en breve. También yo suspiraría, y casi a regañadientes me levantaría y me sacudiría las migas de los pantalones. Nos estrecharíamos la mano, nos desearíamos buenos días —también su parada *volvería* a llegar pronto, me informaría—, y me iría hacia la plataforma de salida, donde habría ya un nutrido grupo de alegres pasajeros esperando para apearse. Luego, cuando el tranvía se parara, quizá le enviaría al electricista un último saludo y me apearía, con la serena certeza de que podía mirar hacia Helsinki con orgullo y confianza.

Llené mi taza de café casi hasta el borde. Y luego, con sumo cuidado, con ella en una mano y el colmado plato en la otra, me encaminé por el pasillo hacia mi asiento.



KAZUO ISHIGURO. Escritor británico nacido el 8 de noviembre de 1954 en Nagasaki, Japón. Su familia se trasladó a Inglaterra (su padre, oceanógrafo de profesión, empezó a trabajar en plataformas petrolíferas del Mar del Norte) cuando él tenía seis años, siendo ciudadano británico a todos los efectos. Se graduó por la Universidad de Kent en 1978, haciendo después un posgrado de Literatura Creativa en la Universidad de East Anglia.

Aunque varias de sus novelas están ambientadas en el pasado, como por ejemplo *An Artist of the Floating World* (*Un artista del mundo flotante*, 1986, en donde la acción se sitúa en su ciudad natal en los años posteriores al bombardeo atómico de la misma de 1945), ha cobrado relevancia como escritor de ciencia ficción. En *Never Let Me Go* (*Nunca me abandones*, 2005) la historia transcurre en un mundo alternativo, similar pero distinto, al nuestro, durante los postreros años 90 del siglo XX.

Sus novelas están escritas en primera persona y los narradores con frecuencia muestran el fracaso humano. La técnica de Ishiguro permite que estos personajes revelen sus imperfecciones de manera implícita a lo largo de la narración, creando así un patetismo que permite al lector observar los defectos del narrador al mismo tiempo que simpatiza con él.

Kazuo Ishiguro ha sido merecedor de numerosos premios, entre los que hay que mencionar el premio Booker de 1989 por *The Remains of the Day* (*Los restos del día*, 1989, aunque ha estado nominado a dicho premio en varias ocasiones más), así como

la Orden de las Artes y las Letras por parte del Ministerio de Cultura de la República Francesa.

Notas

[1] En español, en el original. (N. del T.) <<